

Mujeres Enamoradas

Por

D H Lawrence

1. LAS HERMANAS

Una mañana, Úrsula y Gudrun Brangwen estaban sentadas en el balcón mirador de la casa de su padre, trabajando y conversando. Úrsula daba puntadas a un bordado de vívidos colores, y Gudrun dibujaba sobre una tabla que sostenía en las rodillas. Hablaban poco, con largos intervalos de silencio, y, cuando lo hacían, parecía que expresaran pensamientos que de tanto en tanto cruzaban al azar su mente.

Gudrun dijo:

—Úrsula, ¿tienes verdaderas ganas de casarte?

Úrsula dejó el bordado en su regazo y alzó la vista. La expresión de su cara era serena y meditativa. Replicó:

—No lo sé. Depende de lo que hayas querido decir.

Gudrun quedó levemente sorprendida y miró durante unos instantes a su hermana. Con ironía repuso:

—Bueno... por lo general, casarse sólo significa una cosa. De todos modos, ¿no crees que estarías —en este punto, la expresión de Gudrun se hizo levemente sombría— en mejor situación que en la que estás?

Una sombra cruzó la cara de Úrsula:

—Quizá. Pero tampoco lo sé con certeza.

Una vez más, Gudrun guardó un breve silencio, algo irritada. Quería concretar más. Preguntó:

—¿No crees que es necesario tener la experiencia de haber estado casada?

—¿Y tú crees que estar casada representa siempre una experiencia?

Fríamente, Gudrun contestó:

—Forzosamente, en algún aspecto u otro. Quizá sea una experiencia desagradable, pero experiencia al fin.

—No lo creo así. Lo más probable es que el matrimonio signifique el final de las experiencias.

Gudrun, sentada, inmóvil, meditó estas palabras, y dijo:

—Claro, siempre hay que tener en cuenta esa posibilidad.

Con esto terminó la conversación por el momento. Gudrun, con gesto casi irritado, cogió la goma y comenzó a borrar parte de su dibujo, Úrsula siguió

dando puntadas, absorta.

Gudrun preguntó:

—¿Tomarías en consideración una buena oferta matrimonial?

Úrsula repuso:

—He rechazado varias.

Gudrun se sonrojó intensamente:

—¡No me digas! Pero ¿ha habido alguna que realmente mereciera tenerse en cuenta? ¿De veras?

—Unas mil al año, y se trataba de un muchacho realmente encantador. Le tenía una simpatía enorme.

—Increíble. ¿Y no sentiste una tentación tremenda de decirle que sí?

Úrsula contestó:

—De una manera abstracta, sí; pero en concreto no. Cuando llega el momento de adoptar la decisión, ni tentaciones se sienten. Si tuviera tentaciones, me casaría con la velocidad del rayo. Ocurre que sólo tengo tentaciones de no casarme.

De repente, una expresión divertida iluminó el rostro de las dos hermanas. Gudrun exclamó:

—¡Es asombroso lo fuerte que es la tentación de no casarse!

Las dos se miraron y se echaron a reír. En el fondo de su corazón estaban atemorizadas.

Hubo una larga pausa, durante la cual Úrsula siguió con su bordado, y Gudrun con su dibujo. Las hermanas eran ya mujeres hechas, Úrsula tenía veintiséis años y Gudrun veinticinco. Las dos tenían el aspecto virginal y remoto propio de las muchachas modernas, antes hermanas de Artemisa que de Hebe. Gudrun era muy hermosa, pasiva, de piel suave y miembros suavemente torneados. Iba con un vestido de tejido sedoso, azul oscuro, con adornos de encaje de hilo, azules y verdes, en las bocamangas y el cuello, y llevaba medias verde esmeralda. Su aire de seguridad y reticencia contrastaba con el de expectación y sensibilidad de Úrsula. Las gentes de la localidad, las gentes de espíritu provinciano, impresionadas por la perfecta sangre fría y la prohibitiva sobriedad de sus modales, decían de Gudrun: «Es una mujer muy lista». Acababa de regresar de Londres, donde había pasado varios años estudiando en una escuela de arte y viviendo en un estudio.

Gudrun, de repente, se mordió el labio inferior y compuso una extraña mueca que era, en parte, astuta sonrisa y, en parte, expresión de angustia. Dijo:

—Precisamente ahora deseaba que apareciera un hombre en mi vida.

Úrsula quedó un tanto atemorizada. Se echó a reír y preguntó:

—¿Y has venido aquí con la idea de encontrar a ese hombre?

Con voz estridente, Gudrun exclamó:

—¡Oh, no es eso...! Puedes estar segura de que no estoy dispuesta a dar ni un paso para encontrarlo. Pero si apareciera un individuo muy atractivo y en buena posición...

Irónicamente dejó la frase inacabada. Luego dirigió una mirada inquisitiva a Úrsula, como si quisiese sondear sus pensamientos. Preguntó a su hermana:

—¿No te aburres? ¿No tienes la impresión de que las cosas no llegan a realizarse? ¡Nada se realiza! Todo muere antes de nacer.

Úrsula preguntó:

—¿Qué es lo que muere antes de nacer?

—Bueno... todo, las cosas en general... una misma...

Hubo una pausa mientras las dos hermanas consideraban su porvenir. Úrsula dijo:

—Sí, da miedo. Pero ¿tú piensas que conseguirás algo casándote?

Después de otra pausa, Úrsula comentó:

—De todas maneras, parece el inevitable próximo paso.

Úrsula meditó estas palabras, no sin cierta amargura. Era maestra en la escuela primaria de Willey Green, y llevaba ya algunos años en ese puesto. Dijo:

—Sí, eso parece cuando se piensa en ello así, en abstracto. Pero imagínalo en la realidad, imagina a un hombre al que conozcas, regresando a casa todas las noches, diciéndote «Hola», y dándote un beso...

Hubo una pausa que fue como un vacío. Después, con voz ahogada, Gudrun dijo:

—Sí, es imposible. El hombre es la causa de que sea imposible.

Dubitativa, Úrsula apuntó:

—Claro que hay que tener en cuenta a los hijos...

La expresión del rostro de Gudrun se endureció. Fríamente preguntó:

—¿Realmente quieres tener hijos, Úrsula?

Úrsula quedó desconcertada unos instantes. Dijo:

—Parece que es algo superior a una.

—¿Eso piensas? La idea de tener hijos no me produce la más leve emoción.

Gudrun miró a Úrsula, inexpresiva la cara, como una máscara. Úrsula frunció el entrecejo. Con voz insegura, dijo:

—Quizá no se trate de un sentimiento genuino. Quizá, realmente, en el fondo del alma no queramos tener hijos... Quizá lo queramos sólo superficialmente.

Una expresión de dureza cubrió el rostro de Gudrun. No quería llegar al fondo del tema. Úrsula dijo:

—Cuando se piensa en los hijos de los otros...

Una vez más, Gudrun fijó la vista en su hermana, casi con hostilidad. Para terminar la conversación, repuso:

—Exactamente.

Las dos hermanas trabajaron en silencio. Úrsula siempre había tenido la extraña luz de una llama esencial sometida a elementos hostiles, atrapada, contravenida. En gran parte, vivía en soledad para sí misma, trabajando, dejando pasar así los días, esforzándose en arraigar en la vida, procurando aprehenderla con su comprensión. Su vida activa estaba en estado de suspensión, pero debajo de ella, en la oscuridad, algo ocurría. Ansiaba romper las últimas amarras. Causaba la impresión de intentarlo, de alargar las manos, como un niño en el útero materno, pero no podía, todavía no podía. A pesar de todo, tenía extraños presentimientos, anuncios de que algo iba a ocurrir.

Dejó el trabajo y miró a su hermana. Pensó que Gudrun era encantadora, infinitamente encantadora, con su suavidad, con la exquisita riqueza de su textura y la delicadeza de sus líneas. Había en ella algo juguetón, algo picante, una sombra de ironía, unas reservas no explotadas. Úrsula la admiraba con toda su alma. Preguntó a Gudrun:

—¿Y por qué has regresado a casa, pequeña?

Gudrun sabía que su hermana la estaba admirando. Se reclinó, alejándose del dibujo, y, entornando los ojos, bajo la sombra de sus pestañas onduladas, miró a Úrsula, y se repitió la pregunta:

—¿Por qué he regresado a casa, Úrsula? Pues me lo he preguntado mil veces.

—¿Y sabes la respuesta?

—Pues sí, creo que sí. Me parece que regresar a casa ha sido exactamente

reculer pour mieux sauter.

Y dirigió a Úrsula una larga y lenta mirada de certeza. Úrsula, con expresión un tanto desorientada y falsa, gritó:

—¡Eso ya lo sabía!

Y, como si no lo supiera, añadió:

—Pero ¿adónde se puede saltar?

Con aire un poco superior, Gudrun repuso:

—¡Eso da igual! Si saltas, en un sitio u otro aterrizarás.

—Pero ¿no es muy peligroso?

Gudrun esbozó una lenta sonrisa burlona, y riendo contestó:

—Bueno, en el fondo todo es un juego de palabras.

Y de esa manera, una vez más, cerró la conversación. Sin embargo, Úrsula siguió meditando. Preguntó:

—Y, ahora, al regresar, ¿qué te ha parecido tu casa?

Antes de contestar, Gudrun meditó fríamente unos instantes. Luego, con voz helada y sincera, contestó:

—Me siento completamente ajena a ella.

—¿Y papá?

Gudrun miró a Úrsula, casi con resentimiento, como si su hermana la hubiera acorralado al fin. También fríamente contestó:

—No he pensado en él. Me he abstenido adrede.

Con voz insegura, Úrsula comentó:

—Comprendo.

Y la conversación terminó realmente. Las dos hermanas vieron un vacío a sus pies, un terrible abismo, a cuyo borde se habían asomado.

Durante un rato, las dos trabajaron en silencio. La emoción contenida había sonrojado las mejillas de Gudrun. Que la hubieran obligado a volver a la vida le había provocado rencor. Por fin, con voz excesivamente indiferente, Gudrun dijo:

—¿Vamos a ver la boda esa?

Con exagerado entusiasmo, Úrsula gritó:

—¡Vamos!

Echó a un lado la labor y se puso en pie de un salto, como si quisiese huir de algo, revelando así la tensión que la presente situación había creado en ella, con lo que produjo en los nervios de Gudrun una desagradable fricción.

Mientras subía la escalera, camino del piso superior, Úrsula tuvo plena conciencia de la casa, de aquel hogar que la envolvía. ¡Aborrecía aquella casa sórdida, excesivamente conocida! Le aterraba la profundidad de sus sentimientos hostiles hacia el hogar, el ambiente, la atmósfera y circunstancias de aquel vivir anticuado. Sus propios sentimientos la aterraban.

Poco después, las dos hermanas descendían ágilmente por la vía principal de Beldover, calle ancha, con tiendas y viviendas, sumamente gris y sórdida, aunque sin pobreza. Gudrun, recién llegada de su vida en Chelsea y Sussex, rehuía dolorosamente la amorfa fealdad de aquella pequeña población, surgida de las minas de carbón, en Midlands. Sin embargo, siguió adelante por la larga y amorfa calle sucia de hollín, pasando por toda la gama de sus mezquindades. Se sentía sometida a todas las miradas, mientras avanzaba por aquella vía de tortura. Era extraño que hubiese decidido regresar, para comprobar, en su plenitud, los efectos que en ella producía aquella informe y pelada fealdad. ¿Por qué había querido someterse, y por qué aún quería someterse a la insufrible tortura de la presencia de aquellas gentes feas y carentes de significado, de aquel paisaje desalmado? Se sentía como una cucaracha avanzando penosamente sobre la tierra polvorienta. Un sentimiento de repulsión la dominaba totalmente.

Abandonaron la calle principal, pasando ante un huerto comunitario, de cuyo suelo salían desvergonzadamente troncos de col cubiertos de hollín. A nadie se le ocurría sentir vergüenza. Nadie estaba avergonzado de nada.

—Es un paisaje de mundo subterráneo. Son los mineros quienes lo sacan a la superficie, a paletadas. Es maravilloso, Úrsula, realmente maravilloso... Pasma... Es otro mundo. Aquí las personas son espectros, y todo es fantasmal. Todo es una copia fantasmal del mundo verdadero, una copia, el espíritu de un muerto, todo sucio, todo sórdido. Estar aquí es lo mismo que estar loca, Úrsula.

Las dos hermanas cruzaban una senda negra que pasaba por un campo oscuro y sucio. A la izquierda se extendía un amplio paisaje, un valle con minas de carbón, y, al otro lado, unas colinas con campos de trigo y bosque, todo lejano y difuso, cual si se hallara detrás de un crespón. En el aire oscuro se alzaban, mágicas, blancas y negras columnas de humo que ascendían sin cesar. Cerca estaban las largas hileras de casitas, que se acercaban por la ondulada falda de la colina, formando líneas rectas, desde la base de ésta. Eran casas de ladrillos ásperos, de color rojo oscurecido, y tejados de negruzca pizarra. La senda por la que las dos hermanas avanzaban era negra, hundida

por el paso de los mineros en su constante ir y venir, y vallas de hierro la separaban de los campos contiguos. El puentecillo que volvía a dar entrada a la calle principal tenía el piso reluciente por el roce de las botas de los mineros. Las dos muchachas pasaban por entre filas formadas por las casitas más pobres del lugar. Las mujeres, con los brazos cruzados sobre sus batas de burda tela, charlando de pie en las esquinas, dirigían a las hermanas Brangwen la larga y fija mirada propia de los aborígenes. Los niños proferían insultos.

Gudrun avanzaba casi cegada. Si aquello era vida humana, si aquellos eran seres humanos, viviendo en un mundo terminado y completo, ¿qué sería aquel otro mundo en que ella se encontraba, el mundo exterior a aquello? Tenía plena conciencia de sus medias verde césped, de su gran sombrero de terciopelo verde césped, de su larga y suave chaqueta de fuerte color azul. Y tenía la sensación de caminar en el aire, con total inestabilidad, contraído el corazón, como si en cualquier instante pudiera precipitarse al suelo. Sentía miedo.

Se arrimó a Úrsula, quien, debido a la larga costumbre, era inmune a los ataques de aquel mundo oscuro, increado, hostil. Pero, en todo instante, el corazón de Gudrun gritaba, como si estuviera sometido a una tortura: «Quiero volver allá, quiero irme de aquí, no quiero saberlo, no quiero saber que esto existe». Sin embargo, tenía que seguir adelante.

Úrsula percibió, igual que si lo sintiera, el sufrimiento de Gudrun, y le preguntó:

—Aborreces esto, ¿verdad?

Con voz insegura, Gudrun repuso:

—Me desorienta.

—No te quedarás mucho tiempo aquí.

Y Gudrun siguió adelante, en espera del momento de la liberación.

Por la curva de la colina se alejaron de la zona de minas de carbón, penetrando en la región más pura, situada al otro lado, avanzando en dirección a Willey Green. A pesar de todo, el leve encanto de los tonos oscuros dominaba los campos y los bosques de las montañas, y parecía brillar foscamente en el aire. Era un día de primavera, frío, con pasajeros momentos soleados. Amarillas celedonias asomaban la cabeza al pie de los arbustos, y en los huertos de las casitas de Willey Green los groselleros abrían sus hojas, y menudas florecillas moteaban de blanco las grises plantas trepadoras pegadas a los muros de piedra.

Después de seguir una curva, descendieron por la carretera principal que avanzaba encajonada en altos márgenes hacia la iglesia. Al frente, junto a la

curva más hundida de la carretera, bajo las copas de los árboles, había un grupo de curiosos que esperaban para ver la boda. La hija del principal propietario de minas de carbón del distrito, Thomas Crich, iba a casarse con un oficial de la armada.

Gudrun dio media vuelta y dijo:

—Regresemos a casa. Esa gente...

Y se quedó quieta, dubitativa, en la carretera. Úrsula dijo:

—No les hagas caso. Son buenas personas. Y todos me conocen. Son gente sin importancia.

—¿Y tendremos que pasar entre ellos?

Úrsula expuso:

—Ya te he dicho que es buena gente.

Y siguió adelante. Juntas, las dos hermanas se acercaron al grupo de gente vulgar, un poco avergonzada, a la expectativa. Eran casi todas mujeres, esposas de los mineros del carbón más desarraigados. Tenían expresión vigilante, caras de inframundo.

Las dos hermanas, tenso el aire, se dirigieron rectamente hacia el portalón. Las mujeres les dejaron paso, aunque apenas el suficiente, como si les doliera ceder su terreno. En silencio, las dos hermanas pasaron bajo el arco de piedra y subieron los peldaños, llegando así al lugar en que comenzaba la roja alfombra en forma de pasillo, mientras un policía vigilaba su avance.

A espaldas de Gudrun, una voz dijo:

—Son muy caras esas medias.

Una oleada de rabia feroz, asesina, invadió a la muchacha. Deseó que todas aquellas mujeres quedaran aniquiladas, que desaparecieran, que el mundo quedara liberado de ellas. ¡Cuánto le desagradaba avanzar por el patio de la iglesia, siguiendo la alfombra roja, seguir moviéndose bajo la vista de aquella gente! De repente, Gudrun dijo:

—No entraré en la iglesia.

Lo expuso con tal firmeza que Úrsula, inmediatamente, se detuvo, dio un cuarto de vuelta sobre sí misma y avanzó por un sendero lateral que conducía al jardín particular de la escuela primaria, cuyos terrenos eran contiguos a los de la iglesia.

Inmediatamente después de haber pasado la puertecilla en el seto que separaba los terrenos de la escuela, ya fuera del patio de la iglesia, Úrsula se sentó, para descansar unos instantes, en el bajo muro de piedra, bajo las ramas

de un laurel. A su espalda se alzaba el gran edificio rojo de la escuela primaria, pacífico, con todas las ventanas abiertas por ser día de fiesta. Ante ella, por encima de los arbustos, veía los pálidos tejados y el campanario de la vieja iglesia. El follaje ocultaba a las dos hermanas.

Gudrun se sentó en silencio. Mantenía los labios prietamente cerrados, y la cabeza baja. Lamentaba amargamente haber regresado. Úrsula la miró y pensó que su hermana estaba increíblemente bella, arrebolada por el enojo. Pero Gudrun la cohibía, le producía cierta fatigada inquietud. Deseó quedarse sola, liberada de aquella tensión, de aquella sensación de encierro que la presencia de Gudrun le producía.

Ésta preguntó:

—¿Vamos a quedarnos aquí?

Úrsula se puso en pie, como si su hermana la hubiera reprendido, y dijo:

—Sólo descansaba un instante. Podemos quedarnos aquí, en la esquina, junto al frontón, y lo veremos todo.

El sol iluminaba alegremente el patio de la iglesia, y el aire llevaba un vago aroma a savia y a primavera, quizá el aroma de las violetas junto a las tumbas. Habían brotado ya unas cuantas margaritas, luminosas como ángeles. Y, en el aire, las hojas de un haya, en trance de abrirse, eran rojas como la sangre.

A las once en punto comenzaron a llegar los carruajes. Los grupos junto al portalón se agitaron. Se concentraban cada vez que llegaba un carruaje, y los invitados a la boda subían los peldaños y avanzaban por la alfombra roja hacia la iglesia. Todos estaban alegres y excitados porque el sol brillaba.

Gudrun los contemplaba atentamente, con objetiva curiosidad. Veía a cada uno de ellos como si se tratara de un personaje completo, como si fuera un personaje de novela, o el tema de un cuadro, o una marioneta en un teatrillo; en fin, como una creación acabada. Le gustaba reorganizar sus diversas características, situarlos bajo su luz verdadera, darles el ambiente que les correspondía, dejarlos fijados para siempre mientras pasaban ante ella, camino de la iglesia. Entre ellos, no hubo ni uno que tuviera algo secreto, desconocido, sin resolver, hasta el momento en que comenzaron a aparecer los Crich. Entonces, el interés de Gudrun quedó espoleado. En ellos había algo que no era tan patente.

Llegó la madre, la señora Crich, acompañada de su hijo mayor, Gerald. La figura de aquella mujer era rara y desaliñada, a pesar de los intentos que evidentemente se habían efectuado con la idea de ponerla a la altura de la ocasión. Tenía la cara pálida, amarillenta, con la piel clara y transparente,

caminaba inclinada al frente, tenía rasgos muy marcados, bellos, y de expresión tensa, ciega, adquisitiva. Llevaba el cabello descolorido y mal peinado, hasta el punto de que de su sombrero de seda azul salían mechones que, flotando al viento, llegaban hasta el manto de seda de color azul oscuro. Parecía una mujer dominada por una monomanía, una mujer casi furtiva, pero con mucho orgullo.

Su hijo era un tipo rubio, de piel tostada por el sol, cuerpo bien formado, y casi exageradamente bien vestido. Sin embargo, también tenía cierto aire extraño, cierto aspecto cauteloso, un resplandor subconsciente, como si no perteneciera a la misma creación que la gente que había alrededor.

Gudrun se sintió inmediatamente atraída por él. Advertía en aquel hombre cierto aire nórdico que la hipnotizaba. En su clara carne nórdica y en su rubio cabello brillaba una luz como la del sol, filtrada a través de hielo cristalizado. Y tenía un aspecto nuevo, sin explotar, puro como el de un ser ártico. Parecía contar unos treinta años, quizá más. Su esplendente belleza, su virilidad, cual la de un lobo joven y alegre, sonriente, no impidieron que Gudrun advirtiera también la siniestra y reveladora calma de su comportamiento, el agazapado peligro de su carácter indómito. Gudrun dijo para sí: «Su tótem es el lobo. Su madre es una vieja loba salvaje». Y entonces experimentó un agudo paroxismo, una exaltación, igual que si hubiera hecho un increíble descubrimiento, igual que si hubiera llegado a saber algo que nadie más, en todo el mundo, sabía. Aquella extraña exaltación la poseyó íntegramente, todas sus venas estaban estremecidas por el paroxismo de aquella violenta sensación. Exclamó para sí: «¡Santo Dios! ¿Qué es esto que me ocurre?». Y, un momento después, se decía con seguridad: «Sabré más cosas acerca de este hombre». La torturaba el deseo de volver a verle, la torturaba una nostalgia, la necesidad de verle otra vez para saber con certeza que no se había equivocado, que no se estaba engañando a sí misma, que realmente sentía aquella extraña y avasalladora sensación ante el hombre, aquel conocimiento del hombre, allí, en su propia esencia, aquella poderosa aprehensión del hombre. Se preguntó: «¿Realmente he sido escogida, de una manera u otra, para este hombre, realmente hay una pálida y dorada luz ártica que sólo a nosotros dos envuelve?». Y no podía creerlo, quedando sumida en una ensoñada meditación, sin tener apenas conciencia de lo que ocurría alrededor.

Las damas de honor de la novia estaban ya allí, pero el novio aún no había llegado. Úrsula se preguntó si acaso pasaba algo raro, y si acaso la boda iba a estropearse. Se sintió inquieta, como si ella tuviera la culpa. Las principales damas de honor de la novia habían llegado. Úrsula contempló cómo subían los peldaños. Conocía a una de ellas, mujer alta y de lentos movimientos, de aire remiso, con densa cabellera rubia y larga cara pálida. Era Hermione Roddice, amiga de la familia Crich. Avanzaba, alta la cabeza, balanceando un enorme

sombrero aplanado, de pálido terciopelo amarillo, con grises plumas de avestruz naturales. Se deslizaba casi como si se hallara en estado de inconsciencia, con la cara larga y blanquecina alzada, como si no quisiera ver el mundo. Era rica. Llevaba un vestido de fino terciopelo de seda, de color amarillo pálido, con el adorno de gran número de artemisas rosadas. Los zapatos y las medias eran de un color gris con matices castaños, al igual que las plumas del sombrero, y densa su cabellera. Y así avanzaba desliziéndose, con una peculiar quietud de las caderas, en extraño movimiento involuntario. Impresionaba con su colorido amarillo pálido y castaño rosado, pero había en ella algo macabro y repulsivo. Cuando ella pasaba, la gente guardaba silencio, impresionada, excitada, animada por los deseos de proferir gritos, pero, por desconocidas razones, quedaba en silencio. Su cara, larga y pálida, que llevaba alzada, al modo de las caras de Rosseti, casi parecía drogada, como si una extraña masa de pensamientos se retorciera en sus tinieblas interiores, como si viviera presa sin poder escapar jamás de su prisión.

Úrsula la contempló fascinada. La conocía un poco. Se trataba de la mujer más notable de Midlands. Su padre era un vizconde del Derbyshire, de la vieja escuela, en tanto que ella era una mujer de la nueva escuela, muy intelectual, pesada, con los nervios destrozados por la constante conciencia de sí misma. Estaba apasionadamente interesada en las reformas, había entregado el alma a las causas públicas. Pero, mujer afín a los hombres, era el mundo de los hombres el que la tenía presa.

Tenía diversas intimidades de mente y de alma con diversos hombres de valía. Entre esos hombres, Úrsula sólo conocía a Rupert Birkin, que era uno de los inspectores de las escuelas del condado. Pero Gudrun había conocido a otros de esos hombres en Londres. En ocasión de frecuentar con sus amigos artistas diferentes núcleos sociales, Gudrun había llegado a conocer a muchos hombres destacados y con prestigio. Había tratado a Hermione dos veces, pero no trabaron amistad. Sería raro volverse a encontrar en Midlands, lugar en el que su respectiva posición social era tan diferente, después de haberse tratado en condiciones de igualdad en casa de amigos comunes, en la ciudad. Y así fue porque Gudrun destacaba en el trato social, y tenía amigos en los ámbitos de la laxa aristocracia que estaba en contacto con las artes.

Hermione sabía que iba bien vestida, sabía que era socialmente igual, cuando no muy superior, a cuantos pudiera encontrar en Willey Green. Le constaba que era aceptada en el mundo de la cultura y la inteligencia. Era una Kulturträger, un medio de la cultura ideológica. Con todo lo anterior, se hallaba siempre en la más elevada posición. Tanto en la sociedad, como en el pensamiento, como en las ocasiones públicas, e incluso en las artes, estaba segura de sí misma, y se movía entre los más destacados con la misma facilidad con que se movía en su propia casa. Nadie podía despreciarla, nadie

podía mofarse de ella, porque siempre se hallaba entre los primeros, y aquellos que la atacaban se encontraban por debajo de ella, ya en lo tocante a rango, ya en riqueza, ya en relaciones de pensamiento, progreso y comprensión. En consecuencia, era invulnerable, inatacable, y estaba por encima del juicio de los humanos.

Y sin embargo, su alma era torturada e indefensa. Incluso mientras avanzaba hacia la iglesia, segura de que, en todos los aspectos, se encontraba fuera del alcance de los juicios vulgares, perfectamente sabedora de que su apariencia era perfecta y en todo acabada, de acuerdo con los más elevados criterios, sufría, bajo su confianza y su orgullo, la tortura de sentirse a merced de hirientes ataques, de la burla y el desprecio. Siempre se sentía vulnerable; siempre hubo una secreta grieta en su armadura. Aunque ni siquiera ella sabía en qué consistía esa grieta. Faltaba vigor a su personalidad, carecía de natural suficiencia; había, en su interior, un terrible vacío, una laguna, una deficiencia de su ser.

Y quería que alguien supliera esa deficiencia, cerrara esa grieta de una vez para siempre. Necesitaba ansiosamente a Rupert Birkin. Cuando este hombre estaba con ella, Hermione se sentía completa, suficiente, entera. El resto del tiempo quedaba cual un edificio con cimientos de arena, pendiente sobre un abismo, y, a pesar de su vanidad y de todas sus certidumbres, cualquier vulgar criada dotada de carácter robusto y positivo podía arrojarla a aquel pozo sin fondo, pozo de insuficiencia, mediante el más leve movimiento de mofa y desprecio. Por eso, aquella pensativa y torturada mujer no hacía más que acumular defensas de conocimientos estéticos, de cultura, de visiones del mundo y desinterés. Sin embargo, jamás podía colmar el vacío de la insuficiencia.

Si Birkin estableciera con ella relaciones íntimas duraderas, Hermione quedaría a salvo en el azaroso viaje de la vida. Birkin podía transformarla en una mujer firme y triunfante, triunfante incluso sobre los ángeles del cielo. ¡Oh, si Birkin se decidiera! Pero el temor y las dudas atormentaban a Hermione. Se esforzaba en ser hermosa, se esforzaba intensamente en alcanzar aquel grado de belleza y distinción que Birkin necesitaba para quedar convencido. Pero siempre se daba aquella deficiencia.

Además, Birkin era perverso. Se la quitaba de encima, siempre se quitaba de encima a Hermione. Cuanto más se esforzaba ésta en atraerle, más la rechazaba Birkin. Y llevaban años siendo amantes. Era tan fatigoso, tan doloroso... Se sentía tan cansada... Pero, a pesar de todo, Hermione seguía teniendo fe en sí misma. Le constaba que Birkin estaba intentando dejarla. Sabía que quería romper definitivamente con ella y recuperar la libertad. Pero Hermione aún tenía fe en su capacidad de retenerlo, creía en su superior juicio. Pese a que la inteligencia de Birkin era grande, ella seguía siendo la central

piedra de toque de la verdad. Lo único que necesitaba era estar unida a Birkin.

Y esta unión, que también representaba la más alta realización personal de Birkin, era precisamente lo que éste, con la perversidad de un niño malcriado, quería rechazar. Con la firme voluntad del niño tozudo, Birkin quería romper los vínculos que unían a los dos.

Y Birkin iba a asistir a esa boda. Sí, sería el primer testigo del novio. Estaría ya dentro de la iglesia, esperando. Y la vería entrar. En el momento en que Hermione cruzó la puerta del templo, la aprensión nerviosa y el deseo le produjeron un estremecimiento. Allí estaría Birkin, y vería cuán elegantemente vestida iba ella; sin la menor duda se percataría de qué hermosa se había puesto ella, por él. Birkin comprendería, sí, podría darse cuenta de que ella, la primera, estaba hecha para él; ella, la más alta. Sin la menor duda, por fin Birkin podría aceptar su alto destino, y no resistirse.

Con una leve convulsión de ansias fatigadas, Hermione entró en la iglesia, y despacio paseó la mirada en busca de Birkin, mientras la agitación estremecía su esbelto cuerpo. En su calidad de primer testigo del novio, Birkin tenía que hallarse en pie, junto al altar. Hermione movió despacio los ojos, morosa en su certidumbre.

Y vio que Birkin no estaba allí. Una terrible tormenta se desencadenó dentro de ella, y tuvo la impresión de que se ahogaba en el mar. La invadió una devastadora desesperanza. Mecánicamente, se acercó al altar. Jamás había sentido semejante dolor de suma e irremediable desesperanza. Peor que la muerte era aquella sensación de vacío y soledad.

El novio y su primer testigo y acompañante aún no habían llegado. En el exterior, junto a la iglesia, imperaba una inquietud creciente. Úrsula se sentía casi responsable de lo que estaba ocurriendo. Le parecía intolerable que la novia llegara y el novio no estuviera allí. La boda no podía frustrarse. No, jamás.

Y he aquí que llegó la carroza de la novia, adornada con cintas y escarapelas. Alegrementemente los caballos tordos avanzaban al trote hacia su destino, el portalón del patio de la iglesia, y su movimiento era como una risa. Allí estaba el núcleo central de cuanto es alegría y placer. Abrieron la puerta de la carroza, para que de ella saliera la flor del día. La gente en la calle murmuró levemente, con el murmullo propio de las multitudes defraudadas.

Primero, al aire de la mañana, salió el padre, como una sombra. Era un hombre alto, flaco, preocupado, con rala barbita negra entreverada de gris. Esperó pacientemente, junto a la puerta de la carroza, discreto.

En el hueco de la puerta de la carroza apareció una espuma de delicadas hojas y flores, una blancura de satén y encaje, y allí sonó una alegre voz que

dijo:

—¿Cómo bajo de aquí?

Una onda de satisfacción conmovió a los espectadores. Se acercaron y se apiñaron más para recibir a la novia, contemplando con entusiasmo la rubia cabeza inclinada hacia abajo, con los capullos en flor, y el delicado, blanco y dubitativo pie que buscaba el peldaño de la carroza. Súbitamente se produjo el apresurado movimiento de algo parecido a una blanca nube, y apareció la novia, cual la espuma del mar, flotando toda ella de blanco junto a su padre, a la sombra matutina de los árboles, agitado su velo por la risa. La novia dijo:

—Ya está, ya he bajado.

La novia puso la mano sobre el brazo de su flaco y agobiado padre, y, agitándose el sutil tejido del velo, avanzó por la eterna alfombra roja. Su padre, mudo y amarillento, con la negra barba dándole aspecto mayormente agobiado, subió los peldaños en rígidos movimientos, como si su alma estuviera ausente. Pero la riente neblina blanca formada por la novia avanzó sin mengua, a la par que él.

¡Y el novio no había llegado! Para la novia, eso era intolerable. Úrsula, con el corazón atezado por la angustia, contemplaba la colina, más allá, la carretera descendente por la que el novio tenía que llegar. Allí estaba el carruaje. Descendía muy deprisa. Sí, acababa de aparecer en la carretera. Sí, era el novio. Úrsula volvió la vista a la novia y a la gente, y, desde su lugar de observación, emitió un grito inarticulado. Quiso advertirles que el novio iba a llegar. Pero su grito fue inarticulado e inaudible, y Úrsula, llevada por sus ansias y por su dubitativa confusión, se sonrojó intensamente.

Traqueteando, el carruaje del novio descendía por la carretera y se acercaba más y más. La gente soltó un grito. La novia, que acababa de llegar a lo alto de los peldaños, dio alegremente media vuelta sobre sí misma, para saber a qué se debía aquella agitación. Vio a la gente inquieta, vio que un carruaje se detenía y que de él bajaba su novio que, pasando por delante de los caballos, penetró en la multitud.

La novia, en un arrebatado de burlona excitación, en lo alto de los peldaños, ante la senda roja, a la luz del sol, agitó en el aire el ramillete, y gritó:

—¡Tibs! ¡Tibs!

Pero el novio, abriéndose paso entre la gente, con el sombrero en la mano, no la oyó. Mirándole desde lo alto, la novia volvió a gritar:

—¡Tibs!

Desorientado, el novio miró alrededor, y vio a la novia y a su madre, en pie en el sendero, a altura superior a la suya. Su cara adoptó una expresión extraña

y sorprendida. Dudó unos instantes. Y, a continuación, encogió el cuerpo dispuesto a dar un salto que le llevara al lado de la novia. En una reacción refleja, la novia emitió un grito extraño, inhalando el aire:

—¡Aaah...!

Dio media vuelta y echó a correr, avanzando con increíble velocidad, con el taconeo de sus pies blancos y el revoloteo de sus blancas ropas, hacia la iglesia. Como un lebre, el muchacho echó a correr tras ella, saltando los peldaños y esquivando al padre, moviendo las grupas con la flexibilidad propia del galgo que corre tras su presa.

Las mujeres vulgares, abajo, de repente arrastradas por el espectáculo, gritaron:

—¡Corre! ¡Atrápala!

La novia, desprendiéndose sus flores como si fueran salpicones de espuma, frenaba su carrera para dar la vuelta a la esquina de la iglesia. Miró hacia atrás, soltó un selvático grito de risa y desafío, giró sobre sí misma, se irguió y desapareció al otro lado del contrafuerte de piedra gris. En el instante siguiente, el novio, inclinado al frente en su carrera, apoyando la mano en el ángulo formado por la piedra silenciosa, dio el giro y desapareció, desapareciendo con él, en aquella persecución, sus grupas flexibles y fuertes.

En el mismo instante la multitud junto al portalón lanzó gritos y exclamaciones de excitación. Entonces, Úrsula volvió a fijarse en la oscura y encorvada figura del señor Crich, detenido absorto en el sendero, que había contemplado con cara inexpresiva la carrera de los novios hacia la iglesia. Había terminado, y el señor Crich dirigió la vista hacia atrás, para mirar a Rupert Birkin, quien inmediatamente se adelantó y se puso a su lado. Con una leve sonrisa, Birkin dijo:

—Nosotros cerraremos la marcha.

Lacónicamente, el padre replicó:

—Ya.

Y los dos hombres avanzaron juntos por la alfombra. Birkin tenía aspecto pálido y enfermizo, y era tan flaco como el señor Crich. Tenía el cuerpo estrecho, pero bien construido. Caminaba arrastrando levemente un pie, lo cual se debía solamente a la timidez. Pese a que vestía correctamente, había en él un innato matiz de incongruencia que daba cierta leve ridiculez a su apariencia. Era, por naturaleza, inteligente y solitario, por lo que no se adaptaba debidamente a los ambientes en las ocasiones sociales regidas por los convencionalismos. A pesar de ello, se subordinaba a las ideas dominantes en dichas ocasiones, interpretaba su papel.

Se esforzaba en parecer absolutamente normal, perfecta y maravillosamente corriente. Y lo hacía tan bien, adaptándose al tono de su entorno, ajustándose con rapidez a su interlocutor y sus circunstancias, que conseguía que sus apariencias de ser normal y corriente adquirieran tal verosimilitud que, por lo general, suscitaban momentáneamente las simpatías de quienes le trataban, y les impedía atacarle por su singular manera de ser.

Hablaba tranquila y amablemente con el señor Crich, mientras los dos avanzaban hacia la puerta de la iglesia. Se comportaba ante las diversas situaciones igual que el que pasa por la cuerda floja. Siempre se encontraba en la cuerda floja, aunque fingiendo hallarse totalmente cómodo. Decía:

—Lamento que hayamos llegado tan tarde. Hemos estado buscando un gancho para abrochar las botas, y hemos tardado mucho en encontrarlo. Parece que ustedes han llegado puntualmente.

El señor Crich repuso:

—Por lo general somos puntuales.

—Yo siempre llego tarde a todas partes. Pero hoy he sido verdaderamente puntual, y si hemos llegado tarde no ha sido por nuestra culpa. Fue un accidente. Lo siento.

Los dos hombres desaparecieron, y, por el momento, no hubo nada más que ver. Úrsula se quedó pensando en Birkin. Birkin picaba su curiosidad; la atraía y la irritaba.

Quería saber más. Había hablado una o dos veces con él, aun cuando sólo en su calidad de inspector de enseñanza primaria. A juicio de Úrsula, Birkin se daba cuenta de que existía cierta afinidad entre los dos, una comprensión natural, tácita, el empleo de un mismo idioma. Pero no habían tenido tiempo de desarrollar esa comprensión. Y había algo que separaba a Úrsula de Birkin, y, al mismo tiempo la atraía hacia él. En Birkin se daba cierta hostilidad, una última reserva oculta, algo frío e inaccesible.

Sin embargo, quería conocerle. No sin renuencia, Úrsula, que no quería iniciar una conversación a fondo sobre Birkin, preguntó a Gudrun:

—¿Qué piensas de Birkin?

Gudrun repitió:

—¿Que qué pienso de Rupert Birkin? Pues me parece atractivo, decididamente atractivo. Lo que no aguanto es la manera en que trata al prójimo... Trata a cualquier tonta como si mereciera su más alta consideración. Entonces una se siente horriblemente traicionada.

Úrsula preguntó:

—¿Y por qué lo hace?

—Porque carece de capacidad crítica. Por lo menos en lo tocante a las personas. Ya te he dicho que trata a cualquier tonta igual que a ti o a mí, lo cual es un tremendo insulto.

—Sí, sí, desde luego. Hay que diferenciar.

—Exactamente: hay que diferenciar. Ahora bien, en otros aspectos es un muchacho maravilloso. Sí, tiene una personalidad maravillosa. Pero no se puede confiar en él.

Vagamente, Úrsula asintió:

—Ya.

Siempre se sentía obligada a dar su asentimiento a los juicios de Gudrun, incluso cuando estaba en total desacuerdo con ella.

Las dos hermanas guardaron silencio, en espera de que la ceremonia terminara, y los novios y su cortejo salieran de la iglesia. Gudrun no quería hablar. Prefería pensar en Gerald Crich. Deseaba saber si la fuerte impresión que le había causado era real. Quería estar plenamente preparada para comprobarlo.

Dentro de la iglesia la ceremonia de la boda seguía su curso. Hermione Roddice sólo pensaba en Birkin. Se encontraba cerca de ella. Hermione tenía la impresión de gravitar físicamente hacia él. Deseaba tocarlo. No podía tener la certeza de que Birkin se encontraba cerca de ella si no le tocaba. A pesar de todo, Hermione dominó sus impulsos durante la ceremonia.

Había sufrido tan amargamente durante el retraso de Birkin, que aún se sentía alterada. La neuralgia todavía la torturaba al pensar que podría no haber acudido a su lado. Lo había esperado, dominada por un leve delirio de tortura nerviosa. Al verla con el aire pensativo y con aquella expresión embelesada que le daba apariencias de ser toda ella espíritu, como los ángeles, pero que, en realidad, era causada por la tortura, y que le confería indudable patetismo, Birkin sintió que la lástima le desgarraba el corazón. Miró la cabeza inclinada al frente de Hermione, su cara con expresión de embeleso, una cara en un éxtasis casi demoníaco. Sintiendo que Birkin la miraba, Hermione levantó la cara y buscó sus ojos, dirigiéndole con sus hermosos ojos grises una llameante mirada, como una gran señal. Pero Birkin rehuyó su mirada, y ella volvió a bajar la cabeza, hundida en la tortura y la vergüenza, mientras el dolor le roía el corazón. Y Birkin también se sentía atormentado por la vergüenza, por un supremo desagrado, por una profunda lástima hacia Hermione, debido a que no quería mirarla a los ojos, a que no quería recibir su llameante señal de reconocimiento.

La novia y el novio ya estaban casados. Todos pasaron a la vicaría. Hermione, sin querer, se puso al lado de Birkin, para tocarlo. Y él lo toleró.

Fuera, Gudrun y Úrsula aguzaron el oído para percibir las notas del órgano, tocado por su padre. A su padre le gustaba tocar la marcha nupcial. Los recién casados salían de la iglesia. Las campanas volteaban haciendo vibrar el aire. Úrsula se preguntó si los árboles y las flores podían sentir la vibración, y se preguntó qué pensaban, qué pensaban de aquella extraña conmoción del aire. La novia estaba muy modosa, cogida del brazo del novio, que tenía la vista fija en el cielo, allí, ante él, y abría y cerraba inconscientemente los ojos, como si no supiera con exactitud dónde se encontraba. El novio presentaba un aspecto un tanto cómico, al parpadear e intentar formar parte de la escena, a pesar de que, desde el punto de vista emotivo, se sentía atacado al quedar ofrecido a la vista de la gente allí congregada. Presentaba el típico aspecto de un oficial de la armada, viril y presto a cumplir con su deber.

Birkin salió con Hermione. Ésta tenía expresión de embeleso y de triunfo, igual que los ángeles caídos y reivindicados, aun cuando sutilmente demoníaca, pues tenía a Birkin cogido por el brazo. Y Birkin iba inexpresivo, neutralizado, dejándose poseer por Hermione, como si ése fuera su sino, su sino inevitable.

Salió Gerald Crich, rubio, bien parecido, saludable, con grandes reservas de energía. Era un hombre erecto y completo, y una furtiva cautela se transparentaba como una leve luz por su aspecto amable y casi feliz. Gudrun se levantó bruscamente y se fue. No podía aguantar aquello. Quería estar sola para saber qué era aquella extraña y fuerte inoculación que había cambiado totalmente los humores de su sangre.

2. SHORTLANDS

Las hermanas Brangwen fueron a su casa de Beldover, en tanto que los invitados a la boda se reunieron en Shortlands, la casa de los Crich. Se trataba de una casa antigua, alargada y baja, una especie de solariega casa de campo, que se extendía en lo alto de una colina, inmediatamente al otro lado del pequeño y alargado lago de Willey Water. Desde Shortlands se divisaba un prado, inclinado en sentido descendente, que bien hubiera podido denominarse parque debido a los grandes y solitarios árboles que en él se alzaban. Al otro lado del estrecho lago, el prado se empinaba para convertirse en la colina cubierta de bosque que ocultaba perfectamente la mina de carbón en el valle que se extendía detrás, aunque no conseguía tapar del todo las columnas de

humo surgidas de la mina. Sin embargo, el paisaje era rural y pintoresco, muy tranquilo, y la casa no dejaba de tener su encanto.

La familia Crich y los invitados a la boda atestaban la casa. El padre, que estaba enfermo, se había retirado a descansar. Gerald actuaba de anfitrión. Estaba en el hogareño vestíbulo atendiendo amable y cortésmente a los hombres. Causaba la impresión de que le gustara cumplir con sus deberes sociales. Sonreía y daba muestras de inagotable hospitalidad.

Las mujeres iban de un lado para otro, un tanto confusas y perseguidas de cerca por las tres hijas casadas de la familia Crich. En todo momento se oía la característica e imperiosa voz de alguna mujer Crich gritando: «Helen, ven aquí un instante», «Marjorie, quiero hablar contigo...», «Oh, señora Witham, dígame una cosa...». Se oía un gran rumor de faldas, se veían rápidas miradas de mujeres elegantemente vestidas, un niño cruzaba correteando el vestíbulo, y, luego, volvía a cruzarlo en sentido inverso. Una doncella iba y venía apresurada.

Entretanto, los hombres formaban pequeños y sosegados grupos, charlaban y fumaban, fingían no prestar la menor atención a la rumorosa animación del mundo femenino. Pero en realidad no podían hablar por culpa de la cristalina barahúnda de las voces excitadas y las frescas cascadas de las risas de las mujeres. Los hombres esperaban, inhibidos, sin saber qué hacer, aburridos. Pero Gerald seguía causando aquella impresión de afabilidad y dicha, sin reparar en que estaba esperando y sin nada que hacer, consciente de que era el pivote alrededor del cual giraba la escena.

De repente, la señora Crich entró ruidosamente en la estancia, volviendo a uno y otro lado su cara fuerte y de limpios rasgos. Todavía iba con el sombrero y el manto de seda azul. Gerald le dijo:

—¿Pasa algo, mamá?

Vagamente, la señora Crich repuso:

—Nada, nada...

Y se dirigió hacia Birkin, quien hablaba con un cuñado de Gerald Crich. Con su voz de bajo registro, y en tono que causaba la impresión de que no estuviera dispuesta a hacer el menor caso de sus invitados, la señora Crich dijo:

—¿Qué tal, señor Birkin?

Y le ofreció la mano. Cambiando rápidamente el tono, Birkin repuso:

—Buenos días, señora Crich. No he podido saludarla antes, realmente lo siento.

Con su voz baja, la señora Crich observó:

—No conozco ni a la mitad de la gente que se ha reunido aquí.

Su yerno se alejó un tanto inhibido. Riendo, Birkin dijo:

—¿Y resulta que los desconocidos no le gustan? La verdad es que yo tampoco comprendo a santo de qué hay que estar pendiente de la gente por el mero hecho de que se encuentren en el mismo cuarto en que uno se encuentra. ¿Por qué estoy obligado a fijarme en que están presentes?

Con su voz baja y tensa, la señora Crich dijo:

—¡Exactamente! Pero resulta que están aquí. Y en mi propia casa encuentro gente a la que no conozco. Mis hijos me presentan a esa gente: «Mira, mamá, te presento al señor Fulano de Tal». Y yo me quedo igual que antes. ¿Qué tiene que ver quién sea el señor Fulano de Tal con su nombre y apellidos? ¿Y qué tengo yo que ver con ese señor o con su apellido?

La señora Crich miró fijamente a Birkin, sobresaltándole. A Birkin le halagaba que la señora Crich se hubiera dirigido a él, ya que esa señora no hacía el menor caso a nadie. Birkin miró la cara de la señora Crich, tensa y limpia, de grandes rasgos, pero no osó mirar sus azules ojos de penetrante mirada. Sin embargo, se fijó en que el cabello le caía en mechones lacios y desaliñados sobre las orejas, ciertamente bellas, pero que no podía decirse estuvieran totalmente limpias. Tampoco el cuello de la señora Crich estaba limpio del todo. Incluso en eso se sentía aún a la señora Crich, a pesar, pensó Birkin, de que él iba siempre perfectamente lavado, por lo menos en lo tocante a cuello y orejas.

Mientras pensaba lo anterior, Birkin sonrió levemente. Sin embargo, se sentía tenso, con la sensación de que él y aquella señora entrada en años, extraña en su propia casa, estaban hablando con aire de conspiración, como dos traidores, como enemigos en el terreno de todos los demás. Birkin parecía un venado en el momento en que inclina una oreja hacia atrás, para saber qué tiene a la espalda, y otra hacia delante, para saber quién se encuentra al frente. Un tanto remiso a proseguir aquella conversación, dijo:

—La gente carece de importancia.

La madre le miró con brusca y tenebrosa expresión interrogante, como si dudara de su sinceridad. Secamente preguntó:

—¿Qué quiere decir con que carecen de importancia?

Obligado a profundizar más de lo que deseaba, Birkin repuso:

—Que hay mucha gente que no es nada. Es gente que hace ruido y parlotea. Pero más valdría quitarla de en medio, eliminarla. Esencialmente, es

gente que no existe, que no está, no está ahí.

Mientras Birkin pronunciaba estas palabras, la señora Crich le miró fijamente. Con sequedad, observó:

—Pero esa gente no es fruto de nuestra imaginación.

—Es que no hay nada que imaginar con respecto a ella, y precisamente por eso no existe.

—Bueno, la verdad es que yo no diría tanto. El caso es que aquí están todos, tanto si existen como si no existen. No soy yo quien debe decidir si existen o no. Yo solamente sé que no se puede esperar de mí que preste atención a todos. No se me puede pedir que los conozca a todos, sólo porque están aquí. En cuanto a mí respecta, igual da que estén como que no estén.

—Exactamente.

La señora Crich preguntó:

—¿Puedo portarme como si no estuvieran?

—Naturalmente.

Hubo una breve pausa. La señora Crich la rompió:

—Pero ocurre que están aquí, y eso es molesto.

En tono de monólogo, prosiguió:

—Ahí están mis yernos. Y ahora que Laura se ha casado, tengo un yerno más. En realidad, todavía no distingo a John de James. Se acercan a mí y me llaman madre. Sé muy bien que cuando me dicen: «Hola madre, ¿cómo estás?», debería contestar: «No soy tu madre en ningún sentido». Mas ¿para qué voy a decir eso? Son lo que son. He tenido hijos propios. Y me parece que los distingo de los hijos de otras mujeres.

—Cabe suponerlo, ciertamente.

La señora Crich miró a Birkin, un tanto sorprendida, quizá habiendo olvidado que hablaba con él. La señora Crich perdió el hilo de su monólogo.

Vagamente, paseó la mirada por la estancia. Birkin no sabía qué buscaba la señora Crich ni qué pensaba. Evidentemente, la señora Crich se dio cuenta de la presencia de sus hijos. Bruscamente preguntó:

—¿Están todos mis hijos aquí?

Sorprendido, quizá un poco atemorizado, Birkin se echó a reír y replicó:

—Apenas les conozco. Sólo conozco a Gerald, en realidad.

—¡Gerald! Entre todos es el que más protección necesita. Viéndole, nadie

lo diría, ¿verdad?

—Efectivamente.

La madre miró al mayor de sus hijos, le miró fijamente un rato. En un incomprensible monosílabo que pareció profundamente cínico, expresó su pensamiento:

—¡Ay!

Birkin sintió miedo, el miedo que se siente cuando no se osa comprender algo. Y la señora Crich se alejó, olvidándose de él. Pero volvió sobre sus pasos y dijo a Birkin:

—Me gustaría que Gerald tuviera un amigo. Jamás ha tenido un amigo.

Birkin la miró a los ojos, azules, de intensa mirada. No podía comprenderlos. Casi alegremente, dijo para sí: «¿Acaso soy el guardián de mi hermano?».

Inmediatamente recordó, con leve sobresalto, que aquélla era la frase de Caín. Y si alguien había que fuera Caín, sin duda alguna era Gerald. Bueno, en realidad tampoco cabía decir que fuera Caín, a pesar de que había dado muerte a su hermano. El puro y simple accidente es una realidad, y no cabe atribuir la culpa a nadie, incluso en el caso de que uno mate, de esa manera, a su propio hermano. Gerald, siendo chico, había matado a su hermano de manera puramente accidental. ¿Y qué? ¿Por qué marcar y maldecir la vida que ha causado el accidente? El hombre puede vivir después de un accidente y morir de accidente. ¿O no? ¿Será que la vida de cada hombre, individualmente considerado, está sujeta al puro accidente, y que sólo la raza, el género y la especie tienen una referencia universal? ¿O, contrariamente, esto último no es verdad, y el puro accidente no existe? ¿Acaso todo lo que ocurre tiene un significado universal? ¿Sí o no? Mientras Birkin meditaba acerca de esto, se olvidó de la señora Crich, y la señora Crich se olvidó de él.

Birkin no creía en la existencia del accidente. Todo estaba unido, en el más profundo sentido.

En el instante en que llegaba a esta conclusión, una de las hermanas Crich se acercó a ellos y dijo a su madre:

—Mamá, ¿por qué no te quitas el sombrero? Dentro de un momento vamos a sentarnos a la mesa, y será una comida solemne.

La muchacha pasó el brazo por debajo del de su madre y se la llevó. Inmediatamente, Birkin trabó conversación con el primer hombre que encontró.

Sonó el gong anunciando el almuerzo. Los hombres alzaron la vista, pero

nadie se dirigió al comedor. Las mujeres de la casa causaban la impresión de que aquel sonido carecía de todo significado para ellas. Pasaron cinco minutos. Crowther, el viejo criado, apareció en la puerta, exasperado. Dirigió a Gerald una mirada en petición de auxilio. Él fijó la vista en la caracola grande y retorcida que reposaba sobre la repisa del hogar, y, sin decir nada a nadie, la cogió y sopló, dando con ella un trompetazo ensordecedor. Fue un sonido extraño y excitante que aceleró los latidos de todos los corazones. Aquella llamada tuvo efectos casi mágicos. Todos acudieron presurosos, como obedeciendo a una orden. Y después, todos a la vez, agrupados, se dirigieron al comedor.

Gerald esperó unos instantes, para permitir que su hermana cumpliera las funciones de señora de la casa. Sabía muy bien que su madre no prestaría la menor atención al cumplimiento de sus deberes. Sin embargo, su hermana se limitó a ir directamente a su puesto en la mesa. En consecuencia, el joven Gerald, con aire quizá un poco dictatorial, indicó a cada invitado su lugar.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales todos miraron los hors d'oeuvres que les estaban sirviendo. Y, en aquel silencio, una niña de unos trece o catorce años, con larga melena cayéndole por la espalda, dijo tranquila, con gran seguridad en sí misma:

—Gerald, al hacer ese ruido espantoso, te has olvidado de papá.

Gerald repuso:

—Pues sí, quizá...

Dirigiéndose a los invitados, en general, añadió:

—Papá se ha acostado. No se encuentra bien.

Una de las hijas casadas, inclinando la cabeza para que el inmenso pastel de boda que se alzaba en medio de la mesa, adornado con flores artificiales, no le impidiera la visión de Gerald, preguntó:

—¿Cómo sigue papá?

Fue Winifred, la jovencita con la melena, quien contestó:

—No le duele nada, pero está cansado.

Sirvieron el vino, y todos comenzaron a hablar alborotadamente. En un extremo de la mesa se sentaba la madre, con el cabello desaliñado. Birkin estaba a su lado. A veces, la madre miraba con expresión de ferocidad la fila de caras, inclinándose hacia delante, sin ningún recato. Después de hacerlo una vez más, preguntó a Birkin:

—¿Quién es ese muchacho?

Discretamente, Birkin repuso:

—No lo sé.

—¿Cree que puedo haberlo visto antes?

—Me parece que no. Yo no le he visto.

Y la madre quedó satisfecha. Fatigadamente, cerró los párpados, una expresión de paz cubrió su rostro, y adquirió aspecto de reina en reposo. Luego se estremeció, en su cara se formó una leve sonrisa, y, por unos instantes, pareció una agradable señora dispuesta a atender a sus invitados. Durante esos instantes inclinó grácilmente la cabeza, como si todos fueran seres deliciosos y bien acogidos en aquella casa. E inmediatamente otra vez se le ensombreció el rostro, y se le formó una expresión severa, de águila, mientras miraba cejijunta, como una siniestra criatura acorralada, odiando a todos los presentes.

Diana, linda muchacha un poco mayor que Winifred, preguntó:

—Mamá, puedo beber vino, ¿verdad?

Automáticamente, puesto que la pregunta le era absolutamente indiferente, la madre repuso:

—Sí, puedes beber vino.

Y Diana llamó con un ademán al criado para que le llenara el vaso. Dirigiéndose a todos los presentes, observó con calma:

—No sé por qué Gerald me prohíbe beber vino.

Amablemente, su hermano le dijo:

—Bueno, bueno, no te enfades, Di.

Y la muchacha le dirigió una mirada de desafío mientras bebía vino.

En la casa imperaba una extraña libertad que casi era caos. Se trataba más de resistencia a la autoridad que de libertad. Si Gerald ejercía el mando, en cierta medida, ello se debía simplemente a la fuerza de su personalidad, y no a la atribución de determinado rango. Su voz tenía un tono amable pero dominante, que intimidaba a los otros, todos ellos más jóvenes que él.

Hermione discutía con la novia acerca del tema de la nacionalidad. Hermione dijo:

—No. Yo creo que invocar el patriotismo es un error. Es lo mismo que la competencia comercial entre dos empresas.

Gerald, que era un apasionado de las discusiones, exclamó:

—¡No creo que se pueda hacer semejante comparación! No se puede decir que una raza sea una empresa comercial, y, a mi juicio, la nacionalidad se basa, en términos generales, en la raza, o, por lo menos, ése es el sentido que se da a la nacionalidad.

Se produjo un breve silencio. Gerald y Hermione siempre se enfrentaban de una manera extraña, como corteses y equilibrados enemigos. Pensativa, con inexpresiva indecisión. Hermione preguntó:

—¿Realmente crees que raza y nacionalidad son lo mismo?

Birkin sabía que Hermione esperaba que él interviniera. Y, en cumplimiento de su deber, habló:

—Creo que Gerald tiene razón. La raza es el elemento esencial de la nacionalidad, por lo menos en Europa.

Otra vez Hermione esperó unos instantes, como si quisiera que la afirmación de Birkin se enfriara. Luego, revistiendo raramente de autoridad sus palabras, dijo:

—Sí, pero incluso en este caso, ¿cabe decir que la invocación del patriotismo sea una invocación al instinto racial? ¿No será una llamada al instinto de propiedad, al instinto comercial? ¿Y no es precisamente ese instinto lo que nosotros denominamos nacionalidad?

Birkin, que consideraba que esa discusión era impropia del momento y las circunstancias, dijo:

—Probablemente.

Pero Gerald se había encelado en la discusión:

—Toda raza puede tener su faceta comercial. En realidad, debe tenerla. Es lo mismo que una familia. Hay que atender sus necesidades. Y para atender las necesidades de una familia, es preciso competir con otras familias, con otras naciones. Y no veo por qué no debe ser así.

Antes de contestar, Hermione, dominante y fría, hizo otra pausa. Por fin dijo:

—Estoy convencida de que suscitar el espíritu de rivalidad siempre constituye un error. Crea mala sangre, y la mala sangre se acumula.

Gerald objetó:

—No se puede prescindir totalmente del espíritu de emulación, creo yo. Es uno de los incentivos imprescindibles de la producción y del progreso.

Hermione emitió su morosa respuesta:

—Pues sí, creo que puede prescindirse.

Birkin intervino:

—Por mi parte debo decir que detesto el espíritu de emulación.

Hermione mordía una porción de pan, tirando de ella, al mismo tiempo, con los dedos, en movimiento lento, levemente burlón. Se volvió hacia Birkin, y, en tono íntimo y satisfecho, le dijo:

—Sí, lo odias.

Birkin repitió:

—Lo detesto.

Segura y satisfecha. Hermione murmuró:

—Sí.

Gerald insistió:

—Pero si no se permite que un hombre se apodere de los bienes de su vecino, ¿por qué razón va a permitirse que una nación se apodere de los bienes de otra?

Hermione emitió un largo y lento murmullo inarticulado, antes de romper a hablar para decir con lacónica indiferencia:

—No creo que siempre se trate de una cuestión de posesiones. Y no es, en modo alguno, cuestión de bienes.

Esta insinuación de vulgar materialismo picó a Gerald, quien repuso:

—Pues sí lo es, más o menos. Si yo quito el sombrero de la cabeza de un hombre y me quedo con ese sombrero, se convierte en el símbolo de la libertad de ese hombre. Cuando el hombre lucha conmigo para recuperar su sombrero, lucha conmigo en defensa de su libertad.

Hermione se mostró escandalizada. Con irritación dijo:

—Esta manera de discutir, utilizando al efecto casos imaginarios, no es correcta, ¿no crees? No hay hombre que se acerque a mí y me quite el sombrero.

Gerald dijo:

—Porque la ley se lo prohíbe.

Birkin terció:

—No es sólo eso, sino que el noventa por ciento de los hombres carece de interés por mi sombrero.

Gerald observó:

—Eso depende del parecer de cada cual.

Riendo, la novia dijo:

—O del sombrero.

Birkin arguyó:

—Y en el caso de que dicho individuo quiera mi sombrero, gozo indudablemente del derecho de decidir cuál de las dos pérdidas es mayor para mí: la del sombrero o la de mi libertad de hombre con propio arbitrio. Si me siento obligado a luchar, pierdo esa libertad. Todo radica en determinar qué tiene más valor para mí: mi agradable libertad de comportamiento o mi sombrero.

Dirigiendo una extraña mirada a Birkin, Hermione intervino:

—Sí. Sí.

La novia preguntó a Hermione:

—Pero ¿tú permitirías que se te acercara alguien y te arrancara el sombrero?

La cara de la alta y erecta mujer se volvió despacio, como drogada, hacia su nueva interlocutora. En voz baja y de tono deshumanizado, en cuyo seno parecía esconderse una risita, Hermione replicó:

—No. A nadie permitiría que me arrancara de la cabeza el sombrero.

Gerald le preguntó:

—¿Y qué harías para impedirlo?

Despacio, Hermione replicó:

—No lo sé. Probablemente le mataría.

Había una extraña risa en su tono, un humor peligroso y convincente en su apostura. Gerald dijo:

—Claro. De todas maneras, comprendo el punto de vista de Rupert. Para él, todo consiste en determinar si es más importante su sombrero o su paz mental.

Birkin observó:

—La paz corporal.

Gerald replicó:

—Como quieras. Sin embargo, ¿cómo vas a decidir esa relativa

importancia en el caso de una nación?

Birkin se rio:

—Ruego a los cielos que no me vea jamás en semejante trance.

Gerald insistió:

—De acuerdo, pero supón que tuvieras que hacerlo.

—Decidiría de la misma manera. Si el sombrero nacional, la corona nacional, no es más que una antigualla sin valor, permitiría que el señor ladrón se quedara con él.

Gerald le preguntó:

—Pero ¿tú crees que el sombrero nacional o el sombrero racial puede ser una antigualla sin valor?

Birkin contestó:

—A mi parecer, si no lo es, lo será muy pronto.

Gerald contrastó:

—Pues yo no estoy tan seguro de ello.

Hermione intervino:

—No estoy de acuerdo contigo, Rupert.

Birkin dijo:

—Bueno.

Riendo, Gerald dijo:

—Soy un furibundo partidario del anticuado sombrero nacional.

Diana, su descarada hermana quinceañera, gritó:

—¡Y la cara de tonto que tienes con ese sombrero!

Laura Crich gritó:

—La verdad es que nos hemos armado todos un lío, con ese asunto tan viejo, más viejo que los sombreros esos de que habláis.

»Ahora, Gerald, haz el favor de callarte. Vamos a brindar. ¡Copas, copas! ¡Brindemos! ¡Anda, habla!

Mientras pensaba en la raza y en la muerte nacional, Birkin contempló cómo le llenaban la copa de champán. Las burbujas estallaban junto al borde, el criado se alejó, y, sintiendo sed repentinamente al ver el fresco vino, Birkin se bebió la copa. Percibió una leve y extraña tensión en el comedor, que alertó

su espíritu. Experimentó una dolorosa sensación de obligación.

Se preguntó: «¿Lo he hecho accidentalmente o adrede?». Y decidió que, de acuerdo con la frase popular, lo había hecho «accidentalmente adrede». Con la vista buscó al criado contratado para aquella ocasión. Y el criado se acercó a él silenciosamente, con expresión de helada repulsa de doméstico. Birkin decidió que odiaba los brindis, los criados, las reuniones y al género humano en casi todos sus aspectos. Luego se puso en pie para pronunciar su discursito. Se sentía un tanto asqueado.

Por fin, el almuerzo terminó. Varios hombres salieron a pasear por el jardín. Había césped, parterres, y, al final, una verja de hierro que limitaba el pequeño campo o parque. El panorama era agradable. La carretera se curvaba siguiendo la orilla del lago, abajo, entre los árboles. En el aire primaveral, el agua del lago destellaba, y la vida renovada había puesto rojizos los bosques más allá. Unas cuantas vacas de raza jersey se habían acercado a la verja, y de sus aterciopelados hocicos surgían broncos sonidos de exhalación de aire dirigidos a los seres humanos, de los que quizá esperaban una porción de pan.

Birkin se apoyó en la verja. Una vaca proyectaba sobre su mano, con su aliento, cálida humedad. Marshall, uno de los yernos de la señora Crich, observó:

—Buen ganado, excelente. Produce la mejor leche que hay.

Birkin afirmó:

—Sí.

Marshall, en extraño y agudo falsete, que suscitó convulsiones de risa en el estómago de Birkin, dijo, dirigiéndose a una vaca:

—¡Hola, guapa! ¡Hola! ¡Guapa!

Birkin, para disimular la risa, se dirigió al novio:

—¿Quién ha ganado la carrera, Lupton?

El novio se quitó el cigarro de entre los dientes y preguntó:

—¿Qué carrera?

Luego, en sus labios se dibujó una sonrisa levemente astuta. No quería hablar de la carrera hacia la puerta de la iglesia. Dijo:

—Llegamos juntos. Ella fue la primera en tocar la meta, pero yo tenía la mano sobre su hombro.

Gerald preguntó:

—¿De qué habláis?

Birkin le explicó la carrera de los novios. En tono de censura, Gerald dijo:

—Ya... ¿Y por qué llegasteis tarde?

—Porque a Lupton le dio por hablar de la inmortalidad del alma. Y luego resultó que no tenía el gancho para abrocharnos las botas.

Marshall gritó:

—¡Oh Dios! ¡Mira que hablar de la inmortalidad del alma el día que uno se casa! ¿Es que no podíais hablar de algo mejor?

El novio, oficial de la armada, con la cara impecablemente rasurada, preguntó, sonrojándose quisquilloso:

—¿Y qué hay de malo en ello?

El cuñado contestó con énfasis asesino:

—Pues que parece que te dispusieras a ser ejecutado en vez de casarte. ¡La inmortalidad del alma!

Pero la frase fue recibida con absoluta indiferencia. Gerald, levantando las orejas ante la perspectiva de una discusión metafísica, preguntó:

—¿Y qué habéis concluido?

Marshall habló:

—Muchachos, la verdad es que en los presentes tiempos no es necesario en absoluto tener alma. Sería un obstáculo.

Gerald, en un súbito arrebató de intolerancia, dijo:

—¡Dios! Oye, Marshall, ¿por qué no te largas a hablar con otra gente?

Marshall, picado, contestó:

—¡Es exactamente lo que deseaba hacer! ¡Estoy harto de tanta alma y tanta palabrería!

Y se fue ofendido. Gerald contempló la retirada de su cuñado, con ojos de expresión airada, que, poco a poco, se tornó tranquila y amable, a medida que la robusta figura de su cuñado se alejaba. Dirigiéndose súbitamente al novio, dijo:

—Por lo menos estoy seguro de una cosa, Lupton: Laura no ha traído a la familia un necio como el que trajo Lottie.

Riendo, Birkin observó:

—Triste consuelo.

El novio también rio y dijo:

—No le hago el menor caso.

Gerald preguntó:

—Oye, ¿y quién comenzó la carrera esa?

Birkin repuso:

—Llegamos tarde. Laura estaba en lo alto de los peldaños del patio de la iglesia cuando llegó nuestro coche. Vio que Lupton se dirigía corriendo hacia ella. Y echó a correr. Pero, oye, Gerald, ¿por qué te has puesto tan serio? ¿Ha sido un insulto a la dignidad de tu familia quizá?

—Pues sí. Si haces una cosa, hazla bien. Y si no sabes hacerla bien, no la hagas.

Birkin comentó:

—Bella frase.

Gerald le preguntó:

—¿No estás de acuerdo?

Birkin contestó:

—Sí. Ocurre que me aburro cuando te dedicas a hacer frases.

—¡Maldita sea, Rupert! Lo que te pasa es que quieres que todas las frases sean de tu agrado.

—No. Sólo quiero no oírlos. Y tú no haces más que amontonar frase tras frase.

Gerald sonrió amargamente. Luego efectuó un movimiento con las cejas, quitándole importancia a la discusión. En tono de censura, preguntó a Birkin:

—¿No crees en la necesidad de tener ciertas normas de comportamiento?

—Normas no. Odio las normas. Sin embargo, reconozco su necesidad para quienes no son nadie. Todo aquel que sea algo puede ser él mismo y actuar como le plazca.

—¿A qué le llamas tú ser uno mismo? ¿Eso qué es, una máxima o un cliché?

—Con ello quería decir hacer lo que se quiere hacer. A mi juicio, Laura se comportó con absoluta corrección cuando, para huir de Lupton, echó a correr hacia la puerta de la iglesia. Fue un comportamiento de una corrección magistral. Una de las cosas más difíciles que hay en este mundo es actuar espontáneamente, de acuerdo con los propios impulsos, y, además, es lo único que puede hacer una persona realmente noble, siempre y cuando sea capaz de

hacerlo.

Gerald le preguntó:

—¿No esperarás que tome en serio tus palabras?

—Sí, Gerald. Tú eres una de las poquísimas personas de quien espero eso.

—En ese caso, mucho temo que no podré complacerte. ¿Crees que la gente debería hacer lo que le dé la gana?

—Creo que siempre lo hace. Pero quisiera que a la gente le gustara una realidad puramente individual, en sí misma, que los indujera a actuar como individuos. Y a la gente sólo le gusta la realidad colectiva.

Tristemente, Gerald dijo:

—Y a mí no me gustaría vivir en un mundo en que todos se comportaran individual y espontáneamente, como tú dices. A los cinco minutos estaríamos todos asesinándonos unos a otros.

Birkin dijo:

—Eso sólo significa que a ti te gustaría asesinar a todos los demás.

Enojado, Gerald preguntó:

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Ningún hombre rebana el cuello de otro si no quiere rebanarlo, y si el otro hombre no quiere que se lo rebanen. La verdad escueta es ésta. Para que se produzca un asesinato hace falta que haya dos individuos: el asesinado y el asesino. Y todo asesinado es hombre asesinable. Y el hombre asesinable es el que siente el profundo y oculto deseo de ser asesinado.

—A veces dices tonterías. En realidad nadie quiere que le rebanen el pescuezo, y hay mucha gente que está dispuesta a cortar pescuezos en determinado momento...

Birkin observó:

—La tuya es una fea concepción de la vida, y no me sorprende que tengas miedo de ti mismo y de tu propia desdicha.

—¿Puedes decirme en qué sentido tengo miedo de mí mismo? Además, no me considero desdichado.

—Pareces tener un oculto deseo de que te rebanen el cuello, e imaginas que todos los hombres llevan un cuchillo escondido a ese fin.

Gerald preguntó:

—¿Y quién te ha dicho eso?

Birkin repuso:

—Tú.

Hubo una pausa provocada por una extraña enemistad entre los dos hombres, una enemistad muy próxima al amor. Siempre les ocurría lo mismo. Sus conversaciones los llevaban a una mortal cercanía del contacto, a una extraña y peligrosa intimidad que o bien era odio o bien amor, o las dos cosas al mismo tiempo. Se separaban con aparente indiferencia, como si la despedida fuera un hecho trivial. Y, realmente, mantenían sus despedidas en la esfera de lo trivial. Sin embargo, los dos ansiaban de todo corazón estar juntos, aunque en su fuero interno. Lo cual no querían reconocer, en modo alguno. Se esforzaban en que su relación fuera la de una amistad libre y cómoda. No estaban dispuestos a llegar a tal punto de falta de virilidad y falta de naturalidad que permitiera que entre ellos mediaran sentimientos nacidos de ardientes corazones. No tenían la menor fe en las relaciones profundas de hombre a hombre, y esta carencia de fe impedía el desarrollo de su poderosa pero reprimida amistad.

3. EL AULA

La jornada escolar se acercaba a su fin. En el aula se desarrollaba la última clase en paz y tranquilidad. Se trataba de botánica elemental. Sobre los pupitres había ramas de amento, de avellano y de sauce, que los niños habían estado dibujando; pero, hacia el fin de la tarde, el cielo se había puesto oscuro, de manera que apenas había la luz precisa para seguir dibujando. Úrsula se encontraba de pie ante los alumnos, formulándoles preguntas encaminadas a que comprendieran por sí mismos la estructura y el significado de las espigas de amento.

Por la ventana que daba a occidente penetraba un chorro de luz densa y cobriza, que daba matices del color del oro rojizo a los contornos de las cabezas de los niños, y se reflejaba en la pared opuesta provocando una luz colorada y densa. Sin embargo, Úrsula apenas se daba cuenta. Estaba ocupada, el final de la jornada casi había llegado, y el trabajo avanzaba como la marea que ha llegado a su más alto punto y se dispone a retirarse en silencio.

El día había transcurrido al igual que muchos otros, dedicado a una actividad que era como estar en trance. A su término, se producían prisas para terminar el trabajo que se estaba haciendo. Úrsula apremiaba con preguntas a los niños, a fin de que, en el momento en que sonara el gong, supieran cuánto tenían que aprender. Úrsula se encontraba ante los alumnos, sumida en las

sombras, con espigas de amento en la mano, inclinada hacia sus discípulos, entregada a la pasión de enseñar.

Oyó el sonido de la puerta al abrirse, pero no le prestó atención. De repente, se sobresaltó. En el chorro de luz de rojo cobrizo, cerca de ella, vio la cara de un hombre. La cara resplandecía como el fuego, la miraba, y esperaba que ella se diera cuenta de su presencia. Úrsula tuvo un terrible sobresalto. Creyó que iba a desmayarse. Todo su temor subconsciente y reprimido adquirió angustiada vida.

Mientras le estrechaba la mano, Birkin le dijo:

—¿Te he sobresaltado? Pensaba que me habías oído llegar.

Tartamudeando, casi sin poder hablar, Úrsula soltó un «no». Riendo, Birkin dijo que sentía mucho lo ocurrido. Úrsula se preguntó qué era lo que divertía a Birkin. Éste dijo:

—Está muy oscuro. ¿Encendemos la luz?

Se apartó y encendió la fuerte luz eléctrica. El aula adquirió apariencia de dureza en todos sus detalles, pareció un lugar extraño, después de la luz suave, oscura y mágica que la inundaba antes de la llegada de Birkin. Éste dirigió una curiosa ojeada a Úrsula, quien tenía entonces los ojos redondeados e interrogantes, desorientada la mirada, en tanto que los labios le temblaban levemente. Estaba igual que aquellos a quienes se despierta bruscamente. Su cara resplandecía con una belleza viva y tierna, como la tierna luz del alba. Birkin la contempló con renovado placer, sintiéndose irresponsable, y con el corazón alegre. Cogiendo una rama de avellano del pupitre del alumno sentado ante él, Birkin dijo:

—¿Estudiáis esto ya? ¿Tan adelantados vais? Este año no me he fijado en esas flores.

Birkin contemplaba absorto las borlas en la rama que tenía en la mano. Fijándose en los hilos carmesíes que surgían de la flor femenina, exclamó:

—¡Y también han salido las flores rojas!

A continuación, Birkin paseó por entre los pupitres, para ver los cuadernos de los alumnos. Úrsula le observaba. Había en sus movimientos un silencio que acalló los latidos del corazón de Úrsula, que parecía hallarse paralizada por el silencio, contemplando cómo Birkin se movía en otro mundo de concentración. La presencia del hombre era en extremo silenciosa, casi como un vacío en el aire corpóreo.

De repente, Birkin levantó la cabeza y miró a Úrsula, cuyo corazón aceleró sus latidos al impulso de su voz:

—Oye, dales tiza de colores, por favor. Para que pinten de color rojo las flores hembra y de color amarillo las macho. Lo mejor será que las pinten con toda sencillez, sólo con tiza, tiza roja y tiza amarilla. En este caso, la línea de las flores carece de importancia. Basta con que se fijen en un solo aspecto de las flores.

—No tengo tizas de colores.

—En alguna parte habrá. Sólo necesitas tiza roja y amarilla.

Úrsula mandó a un chico en busca de tiza de colores. Luego, sonrojándose intensamente, dijo a Birkin:

—Los cuadernos van a quedar sucios de polvillo de tiza.

—No mucho. Hay que fijarse en esas cosas. La realidad es lo que se debe resaltar, en vez de dar constancia de la impresión subjetiva. ¿Y cuál es la realidad? Rojas manchitas picudas en la flor femenina, colgantes flores amarillas, que son las masculinas, cuyo polen amarillo pasa a las otras. Hay que dejar constancia gráfica de este hecho, de la misma manera que hacen los niños cuando dibujan una cara: dos ojos, una nariz, una boca con dientes... Así.

Y Birkin trazó un dibujo en la pizarra.

En aquel instante, detrás de los cristales de la puerta apareció otra visión. Era Hermione Roddice. Birkin fue allá y abrió la puerta. Hermione le dijo:

—He visto tu automóvil. ¿Te molesta que haya entrado? Quería verte en pleno trabajo.

Hermione le miró fija y largamente, íntima y juguetona, y luego soltó una breve risita. Sólo después de haber hecho lo anterior, se volvió hacia Úrsula, quien, al igual que toda la clase, había contemplado la escenita entre los dos amantes. En su voz baja, extraña, cantarina, que casi parecía burlarse de su interlocutor, Hermione dijo:

—¿Qué tal, señorita Brangwen, cómo está? Espero que no le moleste que haya entrado.

La mirada de sus ojos grises, casi sarcásticos, no se había apartado ni un instante de Úrsula, como si le estuviera definiendo resumidamente. Úrsula repuso:

—No, en modo alguno.

Con total frialdad, y un extraño descaro en buena medida dominante, Hermione repitió:

—¿Está segura?

Úrsula, un poco excitada y desorientada, debido a que Hermione parecía querer imponerle su voluntad, situarse muy cerca de ella, como si fueran íntimas, a pesar de que no podían serlo, repuso:

—Sí. En realidad me ha gustado mucho que viniera.

Ésta era la contestación que Hermione deseaba. Satisfecha, se volvió hacia Birkin, y en tono intrascendentemente inquisitivo, le preguntó:

—¿Qué estabais haciendo?

—Estudiando las flores del avellano.

—¿De veras? ¿Y qué tienen que aprender sobre ellas?

En todo momento, Hermione hablaba burlonamente, de forma casi provocativa, como si tomara a broma la situación. Cogió una ramita, picada por la curiosidad manifestada por Birkin.

Allí, en el aula, la figura de Hermione resultaba rara, con su largo y viejo abrigo de paño verdoso, adornado con dibujos realzados, en oro mate. El alto cuello del abrigo era de piel oscura, y la misma piel forraba su interior. Debajo, llevaba un vestido de bello color de espliego, con adornos de piel. Se tocaba con un gorro de piel y de la misma tela del abrigo, verde y con dibujos dorados. Alta y extraña, parecía salida de un cuadro raro, insólito.

Birkin le preguntó:

—¿Habías visto las florecillas femeninas rojas que producen las avellanas? ¿No te habías fijado en ellas?

Birkin se acercó a Hermione y le indicó las flores rojas, en la ramita que él sostenía en la mano. Hermione replicó:

—No. ¿Qué son?

—Estas flores pequeñas son las que producen la semilla, y las largas producen únicamente el polen que fertiliza a las primeras.

Mirando atentamente, Hermione dijo:

—¿De veras?

—De esas florecillas rojas salen las avellanas, siempre y cuando las flores reciban el polen de estas otras, alargadas y colgantes.

Hermione murmuró para sí:

—Son como llamitas rojas, como llamitas rojas.

Y quedó unos instantes mirando únicamente los menudos brotes de los que salían los rojos hilillos. Acercándose a Birkin e indicando con su dedo largo y

blanco los hilos rojos, Hermione dijo:

—¡Qué hermosas! ¿Verdad que son hermosas?

Birkin le preguntó:

—¿Nunca te habías fijado en esas flores?

—No, nunca.

—Pues a partir de ahora te fijarás siempre.

Hermione repitió:

—A partir de ahora me fijaré siempre. Muchas gracias por habérmelas mostrado. Me parecen muy hermosas. Como menudas llamas rojas.

La absorta atención que prestaba a las flores era extraña, casi rapsódica. Tanto Birkin como Úrsula quedaron suspensos. Las pequeñas flores rojas con pistilos ejercían una extraña atracción, casi de pasión mística, en Hermione.

La clase había terminado, los alumnos guardaron los cuadernos, y, por fin, se fueron. Y Hermione seguía sentada a la mesa, con la barbilla en la mano, el codo en el tablero, absorta la expresión de su larga y blanca cara, ajena a todo. Birkin se había acercado a la ventana, y, desde el aula fuertemente iluminada, contemplaba el exterior gris e incoloro, mojado por la lluvia que caía silenciosamente. Úrsula guardó sus cosas en el armario.

Por fin, Hermione se levantó y se acercó a Úrsula, a quien preguntó:

—¿Ha regresado a casa su hermana?

—Sí.

—¿Y le gusta volver a vivir en Beldover?

—No.

—Me maravilla que pueda soportarlo. Cuando estoy aquí, tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para aguantar la fealdad de esta zona. ¿Por qué no va a mi casa? Me gustaría que pasara unos días, con su hermana, en Breadalby... Vayan, por favor...

—Con mucho gusto.

Hermione dijo:

—Muy bien, pues le escribiré para concretar la visita. ¿Cree que su hermana irá? Me gustaría mucho que fuera. Su hermana me parece maravillosa. Y algunas de sus obras son realmente una maravilla. Tengo dos pajaritos, dos nevatillas, en bajorrelieve sobre madera, y pintadas, hechos por su hermana... ¿Los ha visto?

—No.

—Me parece una obra perfectamente maravillosa... Es una revelación instintiva...

—Sus bajorrelieves pequeños son realmente extraños.

—De una belleza perfecta, rebosantes de pasión primitiva...

—¿Verdad que es raro que a mi hermana le gusten las cosas pequeñas? Siempre hace cosas pequeñas, cosas que quepan en la palma de la mano, como pajarillos y animales menudos. Le gusta contemplar el mundo a través de prismáticos puestos al revés. ¿A qué cree que puede deberse?

Hermione, desde su altura, dirigió a Úrsula aquella larga, independiente y escrutadora mirada que tenía la virtud de excitar a la más joven de las dos mujeres. Por fin, Hermione dijo:

—Sí. Es curioso. Es como si las cosas pequeñas le parecieran más sutiles.

—Pero no lo son, ¿verdad? Yo no creo que un ratón sea más sutil que un león.

Una vez más, Hermione, desde lo alto, dirigió a Úrsula aquella larga y escrutadora mirada, como si estuviera absorta en un proceso mental exclusivamente suyo, y apenas prestara atención a las palabras de la otra. Hermione contestó:

—No lo sé.

Con voz suave, llamó a Birkin:

—Rupert, Rupert...

Birkin se acercó en silencio. Y Hermione, con un extraño estremecimiento de risa en la voz, como si se riera del problema planteado, le preguntó:

—¿Las cosas pequeñas son más sutiles que las cosas grandes?

Birkin contestó:

—No lo sé.

Úrsula declaró:

—Odio las sutilezas.

Hermione la miró despacio:

—¿De veras?

Úrsula, alzándose en armas, cual si viera su prestigio amenazado, dijo:

—Siempre he considerado que son síntoma de debilidad.

Hermione no le hizo el menor caso. De repente, se le nubló la cara, pensativa frunció el entrecejo, y parecía torturada por las dificultades con que tropezaba para expresar su pensamiento. Como si Úrsula no estuviera presente, Hermione preguntó:

—Rupert, ¿realmente crees que vale la pena? ¿Crees que despertar la conciencia de los niños es bueno para ellos?

La cara de Birkin se ensombreció bruscamente, una silenciosa furia cruzó por ella. Birkin quedó con las mejillas hundidas y pálidas, casi fantasmales. La pregunta grave y de trascendencia moral que la mujer le había formulado, le hirió en lo más sensible de su ser. Repuso:

—No se les despierta la conciencia. La conciencia surge en ellos tanto si quieren como si no quieren.

—Pero ¿tú crees que es bueno para los niños el que se acelere, se estimule, la formación de la conciencia? ¿No sería mejor que siguieran sin tener conciencia de lo que son las flores del avellano, que sería mejor que las contemplaran en su conjunto, globalmente, formando parte de un todo, en vez de darles ese conocimiento mediante la desmembración?

Con dureza, Birkin preguntó a su vez:

—En cuanto a ti respecta, ¿prefieres saber o no saber que las florecillas rojas están ahí, esperando el polen?

Birkin había hablado en tono brutal, despreciativo, cruel. Hermione siguió con la cara alzada, abstraída. Birkin, irritado, guardaba silencio. Balanceando levemente la cabeza, Hermione repuso:

—No lo sé, no lo sé...

Birkin barbotó:

—Pero el saber lo es todo para ti, es toda tu vida.

Hermione le dirigió una lenta mirada:

—¿De veras?

Birkin gritó:

—Toda tu vida es esto: saber. Sólo tienes eso: el conocimiento. En tus labios sólo hay un árbol, sólo hay un fruto.

De nuevo, Hermione guardó silencio durante un rato. Por fin, con la misma calma imperturbable, dijo:

—¿Tú crees?

Después, en tono de caprichosa curiosidad, preguntó:

—¿Y qué fruto es, Rupert?

Exasperado y odiando la metáfora por él mismo empleada, Birkin repuso:

—La eterna manzana.

Hermione dijo:

—Sí.

Hermione parecía haber quedado agotada. Durante unos instantes reinó el silencio. Después, reuniendo fuerzas mediante un movimiento convulsivo, Hermione volvió a hablar con voz de ritmo cantarín, en tono ligero:

—Pero, prescindiendo de mí, Rupert, ¿crees que los niños, gracias a esos conocimientos serán mejores, más felices, y con el espíritu mayormente enriquecido? ¿Realmente lo crees así? ¿O acaso no sería mejor dejarlos tal como son, espontáneos? ¿No sería mejor que fueran animales, simples animales, primitivos, violentos, cualquier cosa, antes que darles esa conciencia de sí mismos, esa incapacidad para ser espontáneos?

Pensaron que Hermione había terminado. Pero, con un raro matiz gutural en la voz, prosiguió:

—¿No sería mejor para ellos que fueran cualquier cosa, antes que convertirse en adultos tullidos, con el alma tullida, con los sentimientos tullidos... así, tan reprimidos, tan ensimismados, tan incapaces...?

Hermione crispó la mano, como en un trance. Siguió:

—¿Tan incapaces de actuación espontánea, siempre premeditando sus actos, siempre con la carga de tener que elegir, jamás en actuación arrebatada?

Una vez más, pensaron que Hermione había terminado. Pero, en el mismo instante en que Birkin iba a contestar, Hermione continuó su rara rapsodia:

—¿Jamás arrebatados, jamás salidos de cauce, siempre conscientes, siempre inhibidos por la conciencia de sí mismos, siempre atentos a su propia personalidad? ¿Acaso cualquier cosa no es mejor que esto? Más valdría que fueran animales, simples animales carentes de mente, antes que esa nada...

Irritado, Birkin preguntó:

—¿Realmente crees que el conocimiento es lo que nos quita vida y lo que nos hace conscientes de nosotros mismos?

Hermione desorbitó los ojos, miró lentamente a Birkin y repuso:

—Sí.

Hermione guardó silencio, sin dejar de mirar a Birkin, con mirada vaga. Luego se pasó los dedos por la frente, con cierta expresión de cansancio. Eso

irritó profundamente a Birkin. Hermione dijo:

—Es la mente, y la mente es la muerte.

Observó despacio a Birkin, y acompañando sus palabras con un convulso movimiento del cuerpo, dijo:

—¿Acaso la mente no es nuestra muerte? ¿Acaso no es la mente lo que destruye toda nuestra espontaneidad, lo que destruye nuestros instintos? ¿Acaso los jóvenes, en nuestros días, no crecen realmente muertos, sin que se les dé la oportunidad de vivir?

Brutalmente, Birkin repuso:

—Esto ocurre debido a la escasez de inteligencia, no al exceso.

Hermione gritó:

—¿Estás seguro? A mí me parece que ocurre todo lo contrario. Tienen un exceso de conciencia. La carga de la conciencia les mata.

Birkin gritó:

—Están aprisionados por un falso y limitado conjunto de conceptos.

Pero Hermione no hizo caso de estas palabras, y prosiguió con su interrogativa rapsodia. Patéticamente preguntó:

—Cuando adquirimos el conocimiento, ¿acaso no lo perdemos todo menos el conocimiento? Si conozco la flor, ¿acaso no pierdo la flor y sólo me quedo con el conocimiento? ¿No será que trocamos la sustancia por la sombra, no será que entregamos la vida a cambio de esa muerte que son los conocimientos? Y, después de todo, ¿qué significa para mí el conocimiento? Nada.

Birkin dijo:

—No haces más que jugar con las palabras. El conocimiento lo significa todo para ti. Incluso quieres tener en la cabeza tu afición a la animalidad. No quieres ser un animal, sólo quieres observar tus funciones animales, para que te den una emoción intelectual. Para ti, esto es puramente secundario, y mucho más decadente que el más limitado intelectualismo. ¿Qué es sino la peor y más extrema forma de intelectualismo ese amor que tienes a las pasiones y a los instintos animales? Realmente ansías la pasión y los instintos, pero en tu cabeza, en tu conciencia. Todo ocurre dentro de tu cabeza, dentro de ese cráneo que llevas sobre los hombros. Ocurre que no quieres tener conciencia de que realmente es así. Quieres contar con una mentira que esté a tono con tu restante mobiliario intelectual.

Hermione aguantó este ataque con expresión dura y venenosa. Úrsula se

sentía embargada por el asombro y la vergüenza. La aterraba percatarse de lo mucho que se odiaban aquellos dos. Con su voz recia y de tono lacónico, Birkin dijo:

—Todo se debe a esa actitud de Lady Shalott. Tienes el espejo, tienes tu propia y fija voluntad, tienes tu inmortal comprensión, y, fuera de eso, no hay más nada. Necesitas que todo esté ahí, en el espejo. Pero ahora que has llegado a todas tus conclusiones, necesitas retroceder para ser como una salvaje, carente de todo conocimiento. Y quieres una vida plena de sensaciones y «pasión».

Había dirigido con sarcasmo estas últimas palabras a Hermione. Ésta seguía sentada, convulsa de furia y de ultraje, con el habla cortada, como fulminada pitonisa griega.

Violentamente, Birkin siguió:

—Pero tu pasión es una mentira. No es pasión, es sólo tu voluntad. Es tu voluntad brutalmente dominante. Quieres agarrar las cosas y tenerlas en tu poder. Sí, quieres tener las cosas en tu poder. ¿Por qué? Pues porque no tienes cuerpo verdadero, careces de la oscura vida sensual del cuerpo. Careces de sensualidad. Sólo tienes tu voluntad y la vanagloria de tu conciencia, y tus ansias de poder, de saber.

Birkin la contemplaba con una mezcla de odio y desprecio, y también con dolor, debido a que Hermione sufría, y con vergüenza por cuanto sabía que la estaba torturando. Sintió el impulso de arrodillarse ante ella y pedirle perdón. Pero más amarga era la roja rabia que, ardiendo, alimentaba su furia. Birkin se olvidó de Hermione, y se transformó únicamente en una voz apasionada:

—¡Espontánea! ¡Tú y tu espontaneidad! ¡Tú, el ser que con más deliberación actúa entre todos los que andan o reptan! Serías espontánea, sí, pero de manera muy deliberada. Sí, porque todo lo quieres tener en tu voluntad, en tu conciencia voluntaria y deliberada. Lo quieres tener todo dentro de esa odiosa calavera que debieran cascarte como se casca una nuez. Sí, porque seguirás siendo igual hasta que te casquen el cráneo, hasta que te revienten la cabeza, tal como se revienta a un insecto. Si alguien te partiera el cráneo, quizá consiguiéramos hacer de ti una mujer espontánea y apasionada, dotada de verdadera sensualidad. Tal como eres, lo que deseas es pornografía, mirarte en espejos, contemplar al desnudo tus actuaciones animales reflejadas en espejos, con el fin de tenerlo todo en tu conciencia, con el fin de transformarlo todo en cosa mental.

Había en el ambiente una sensación de ultraje, como si se estuvieran diciendo demasiadas cosas, como si se dijera lo imperdonable. Sin embargo, Úrsula estaba únicamente ocupada en resolver sus propios problemas, a la luz

de las palabras de Birkin. Estaba pálida y abstraída. Úrsula preguntó intrigada a Birkin:

—¿Realmente buscas la sensualidad?

—Sí. Actualmente, más que cualquier otra cosa. Es el gran logro, el grande y oscuro conocimiento que no se puede tener en la cabeza, el ser oscuro e involuntario. Es la muerte del propio yo, pero también es la conversión en otro ser.

Incapaz de interpretar las frases de Birkin, Úrsula preguntó:

—¿Cómo es posible? ¿Cómo se puede tener conocimiento fuera de la cabeza?

Birkin repuso:

—Se tiene en la sangre cuando la mente y el mundo conocido se sumen en las tinieblas, y, entonces, todo debe desaparecer, entonces debe llegar el Diluvio. Entonces, te descubres a ti mismo en el cuerpo palpable de las tinieblas, convertido en un demonio...

Úrsula preguntó:

—¿Y por qué he de convertirme en demonio?

Birkin recitó:

—«Mujer que gime por su demoníaco amante.» ¿Por qué? Pues no lo sé.

Hermione se levantó como si se levantara de la tumba, del aniquilamiento. Dirigiéndose a Úrsula con voz extraña y resonante, que se convirtió, al fin, en una aguda risita ante el más puro ridículo, dijo:

—¿Verdad que es un horrible ser satánico?

Las dos mujeres, riendo, se burlaban de él, le aniquilaban con sus burlas. La voz de hembra, aguda y triunfal, de Hermione, se burlaba de él como si fuera un ser sin sexo. Birkin dijo:

—No. Tú eres el verdadero diablo que no permite la existencia de la vida.

Hermione le dirigió una mirada larga, lenta, malévola, de pedante superioridad. Con sorna lenta, fría y astuta, le dijo:

—Bueno... Parece que lo sabes todo.

La cara de Birkin adquirió belleza y claridad de acero, al responder:

—Sé lo suficiente.

Una oleada de horrible desesperación, y, al mismo tiempo, una sensación de liberación, invadieron a Hermione, quien, con agradable intimidad, se

dirigió a Úrsula para decirle en tono de súplica:

—¿Seguro que irá a Breadalby?

Úrsula contestó:

—Sí, con mucho gusto.

Hermione la miró de arriba abajo, satisfecha, reflexiva, y extrañamente ausente, como si estuviera poseída, como si en realidad no se encontrara allí. Como si volviera en sí, Hermione dijo:

—Me alegro tanto... Será dentro de quince días, más o menos. ¿Le parece bien? Le escribiré aquí, a la escuela. ¿Y seguro que irá? Sí. Me alegrará mucho. Adiós, adiós.

Hermione ofreció la mano a la otra mujer y la miró a los ojos. Sabía que Úrsula era una inmediata rival, y eso le produjo una extraña excitación. Por otra parte, era ella la que se iba. Siempre le producía una sensación de fortaleza, de ventaja, el irse y dejar a la otra detrás. Además, se llevaba al hombre consigo, aun cuando con odio recíproco.

Birkin quedó un poco apartado, rígido, irreal. Pero cuando le correspondía despedirse, comenzó a hablar de nuevo:

—Hay una inmensa diferencia entre la realidad verdaderamente sensual y el vicioso y deliberado libertinaje mental que la gente busca. Por la noche, la luz eléctrica está siempre encendida, nos contemplamos a nosotros mismos, y todo se nos mete en la cabeza. Hay que salir de esto, para llegar a conocer lo que es la verdadera realidad sensual, salir de esto para penetrar en la inconsciencia y renunciar a nuestra voluntad. Debemos hacerlo. Debemos aprender a no ser, antes de que podamos comenzar a ser.

»Pero estamos muy engreídos de nosotros mismos, y ahí radica el problema. Somos muy engreídos y carentes de dignidad. Carecemos de noble orgullo, todos somos engreídos, muy engreídos de nuestro yo de cartón-piedra, grabado en la conciencia. Preferimos morir a renunciar a nuestra mezquina voluntad, arbitraria e hipócritamente honrada.

En el aula reinaba el silencio. Las dos mujeres contemplaban a Birkin con hostilidad y resentimiento. Había hablado como si estuviera ante una multitud. Hermione se limitó a no hacerle caso, con los hombros alzados, en un encogimiento de desagrado.

Úrsula le contemplaba igual que si lo hiciera furtivamente, sin darse realmente cuenta de lo que veía. Aquel hombre estaba dotado de gran atractivo físico, había en él una fuerza oculta, que se manifestaba a través de su delgadez y de su palidez, como otra voz que comunicara otro conocimiento de él. Esto se hallaba en las curvas de sus cejas y de su mentón, curvas bellas,

exquisitas, firmes, con la poderosa belleza de la propia vida. Úrsula no podía decir en qué radicaba, pero había en Birkin algo que daba impresión de plenitud y de libertad.

Úrsula, volviéndose hacia él con cierta áurea expresión de risa destellando en el fondo de sus verdosos ojos, como un reto, le preguntó:

—¿No crees que todos nosotros somos ya suficientemente sensuales, sin necesidad de adquirir más sensualidad?

Después de estas palabras, inmediatamente, una sonrisa rara, despreocupada y terriblemente atractiva apareció en los ojos y cejas de Birkin, a pesar de que sus labios no se distendieron. Repuso:

—No, no lo somos. Vivimos excesivamente poseídos de nosotros mismos.

Úrsula gritó:

—¡Pero esto no es engreimiento!

Birkin dijo:

—Es sólo eso.

Úrsula, francamente desconcertada, preguntó:

—¿Y no crees que la gente está sobre todo engreída de sus poderes sensuales?

—Ésa es la razón por la que la gente no es sensual, sino sólo sensualista, lo cual es cosa muy distinta. Las personas siempre tienen conciencia de sí mismas, y están tan engreídas que, en vez de liberarse de sí mismas y de vivir en otro mundo, de vivir teniendo otro centro, prefieren...

Hermione, volviéndose hacia Úrsula con elegante amabilidad, dijo:

—Es la hora de tomar el té para usted, ¿verdad? Ha estado trabajando todo el día...

Birkin se calló. Una oleada de rabia y enojo recorrió el cuerpo de Úrsula. Birkin, con cara inexpresiva, se despidió de ella, igual que si hubiera dejado de tener seguridad de su existencia.

Ya se habían ido. Úrsula se quedó unos instantes con la vista fija en la puerta. Luego apagó las luces. Y después se sentó en su silla, absorta y perdida. Luego se echó a llorar amargamente, muy amargamente. Pero no supo si lloraba de alegría o de desdicha.

4. EL NADADOR

La semana había transcurrido ya. El sábado llovió. Una lluvia suave, una llovizna, que a veces dejaba de caer. Una de esas veces, Gudrun y Úrsula salieron a dar un paseo hacia Willey Water. La atmósfera estaba gris y translúcida, los pájaros cantaban con voz aguda en las jóvenes ramas y la tierra adquiría la vida y la lozanía del verdor. Las dos muchachas caminaban a paso vivo, alegremente, estimuladas por el suave y sutil airecillo matutino que corría por entre los mojados avellanos. Junto a la carretera, los endrinos estaban en flor, blanca y húmeda, y sus menudos granos de ámbar ardían suavemente entre el blanco humo de las flores. Las ramas de tono morado eran oscuramente luminosas en el aire gris, los altos setos resplandecían cual sombras vivas, más y más cercanos, como si se incorporaran a la creación. La mañana rebosaba nueva creación.

Cuando las dos hermanas llegaron a Willey Water, el lago se extendía gris, como un espejismo, llegando hasta el húmedo y translúcido paisaje formado por los árboles y el prado. De la carretera abajo llegaba el bello sonido eléctrico de los cables sostenidos por los postes, los pájaros se lanzaban agudos gritos los unos a los otros, y el agua lamía misteriosamente la orilla del lago.

Las dos muchachas avanzaban deprisa. Ante ellas, en un ángulo del lago, cerca de la carretera, se alzaba la caseta del embarcadero, cubierta de musgo, bajo las ramas de un nogal, y en la corta pasarela del embarcadero estaba amarrada una barca, que se balanceaba como una sombra sobre el agua gris, bajo los maderos verdosos, medio podridos. Las sombras anunciadoras del verano lo invadían todo.

De repente, de la caseta salió corriendo una blanca figura que, en su brusco y rápido tránsito por la pasarela del embarcadero, sobresaltó a las dos hermanas. La figura saltó, trazando un blanco arco en el aire. Hubo una explosión de agua, y luego, entre las suaves ondas, el nadador avanzó hacia los espacios libres, como un centro de movimiento levemente jadeante. Tenía para sí todo aquel otro mundo, húmedo y remoto. Podía moverse en la pura transparencia del agua gris e increada.

Gudrun, en pie junto al muro de piedra, observaba al nadador. En voz baja, animada por el deseo, dijo:

—¡Cómo le envidio!

Úrsula se estremeció:

—¡Uf! ¡Con lo fría que debe de estar!

—Sí, pero ha de ser muy bonito nadar ahí, en el centro del lago...

Las dos hermanas contemplaron al nadador, mientras éste se alejaba más y más en el gris y pleno espacio del agua, a la que daba el latido de su leve movimiento invasor, bajo la bóveda de la niebla y el bosque oscuro.

Mirando a Úrsula, Gudrun preguntó:

—¿No te gustaría estar en su lugar?

—Quizá. Pero no sé... Ha de estar fría...

Gudrun, con desgana, dijo:

—No.

Y se quedó mirando, fascinada, aquel movimiento en el seno del agua. El nadador, después de haber recorrido cierta distancia, había dado media vuelta sobre sí mismo y nadaba de espaldas, mirando a lo largo de la superficie del agua a las dos muchachas junto al muro. A través de la leve imprecisión producida por los movimientos del nadador, las dos hermanas podían ver su rostro, colorado, y podían sentir que él las estaba mirando. Úrsula dijo:

—Es Gerald Crich.

Gudrun replicó:

—Ya lo sabía.

Y se quedó quieta, mirando, en el agua, la cara que se hundía y salía alternativamente del agua, mientras el nadador se deslizaba en constante avance. Desde aquel elemento separado, el nadador contemplaba a las muchachas, y se sentía exultante de gozo, gracias a la situación de ventaja en que se hallaba, poseyendo todo un mundo para él solo. Se sentía a salvo y perfecto. Le gustaban sus movimientos vigorosos y sueltos, así como el violento impulso que el agua, muy fría, daba a sus miembros, manteniéndole a flote. Veía a las muchachas contemplándole desde lejos, fuera, y eso le gustaba. Sacó un brazo del agua y las saludó. Úrsula dijo:

—Nos saluda.

Gudrun repuso:

—Sí.

Siguieron mirándole. Volvió a saludar con un extraño movimiento de reconocimiento a través de la distancia que mediaba entre ellos. Riendo, Úrsula dijo:

—Igual que un nibelungo.

Gudrun se quedó quieta, en silencio, mirando hacia el agua.

De repente, Gerald dio otra vuelta sobre sí mismo, y se alejó nadando

velozmente, de costado. Estaba solo, solo y a salvo, en medio del agua, teniendo el lago entero a su disposición. Exultaba de gozo en el aislamiento, en el nuevo elemento, libre de toda condición, libre de toda duda. Era feliz, impulsándose a sí mismo con las piernas y todo su cuerpo, sin vínculos ni relaciones con nada, solo en el mundo del agua.

Gudrun le envidiaba casi dolorosamente. Aquella momentánea posesión del puro aislamiento y de la pura fluidez le parecía tan terriblemente deseable que se sentía como condenada allí, en tierra.

Gudrun gritó:

—¡Dios mío, quién pudiera ser hombre!

Sorprendida, Úrsula exclamó:

—¿Qué dices?

Extrañamente sonrojada, brillantes los ojos, Gudrun dijo:

—¡La libertad, la independencia, la movilidad! Los hombres, si quieren hacer una cosa, la hacen. No tienen los miles de obstáculos con que la mujer se tropieza.

Úrsula se preguntó cuáles serían los pensamientos de Gudrun que habían provocado aquel estallido. No podía comprenderlo. Úrsula preguntó:

—¿Qué pretendes hacer?

Gudrun, rápidamente, repuso:

—Nada. Pero supongamos que quisiera hacer algo. Supongamos que quisiera nadar aquí, en esa agua. Sería imposible. Es una de las imposibilidades de nuestra vida. No puedo desnudarme y tirarme al agua. ¡Es ridículo! ¡Nos prohíben vivir!

Gudrun estaba tan exaltada, tan colorada, tan furiosa, que Úrsula se sintió intrigada.

Las dos hermanas siguieron su camino, ascendiendo por la carretera. Pasaban por entre los árboles situados exactamente debajo de Shortlands. Alzaron la vista a la casa, alargada y baja, dotada de oscuro encanto, en la húmeda mañana, con los cedros inclinados ante sus ventanas. Gudrun parecía estudiar atentamente la casa. Preguntó:

—¿Te parece bonita, Úrsula?

—Mucho. Tiene encanto y da sensación de paz.

—Y también tiene forma. Pertenece a un período.

—¿Qué período?

—Siglo dieciocho, sin la menor duda. Dorothy Wordsworth y Jane Austen, ¿no lo crees así?

Úrsula se echó a reír. Gudrun repitió:

—¿No te parece así?

—Quizá. Pero también me parece que los Crich no encajan debidamente en el período en cuestión. Me consta que Gerald se dispone a instalar un generador de electricidad para iluminar la casa, y que está modernizándola en todos los aspectos.

Gudrun se encogió brevemente de hombros y dijo:

—Claro... Es inevitable.

Riendo, Úrsula expuso:

—Naturalmente. Lo que ocurre es que Gerald lleva encima varias generaciones de juventud reunidas. Le odian por ser así. Coge a la gente por el pescuezo y la empuja y zarandea, llevándola a donde él quiere. Tendrá que morirse pronto, cuando haya implantado todas las mejoras posibles y ya no le quede nada que mejorar. De todas maneras, Gerald tiene empuje.

—Sí, tiene empuje. La verdad es que jamás había visto a un hombre con tanto empuje. Lo malo es que no podemos saber adónde le llevará ese empuje, qué será de él.

Úrsula dijo:

—Sí, yo lo sé. Le llevará a servirse de todas las innovaciones que aparezcan.

—¡Exactamente!

—¿Sabes que mató de un tiro a su hermano?

Gudrun frunció el entrecejo, en expresión de censura, y preguntó:

—¿Mató de un tiro a su hermano?

—¿No lo sabías? Pues sí. Pensaba que lo sabías. Gerald y su hermano estaban jugando con una escopeta. Gerald dijo a su hermano que mirara por la boca del cañón, la escopeta estaba cargada, se disparó, y le voló la mitad de la cabeza. Es una historia espeluznante, ¿verdad?

—Terrible... ¿Hace mucho que ocurrió?

—Sí, claro, eran pequeños. Es una de las historias más horribles que he oído en mi vida.

—¿Y acaso Gerald no sabía que el arma estaba cargada?

—No. Se trataba de un arma vieja que llevaba qué sé yo cuántos años en el establo. Nadie creía que pudiera dispararse, y, desde luego, nadie imaginaba que estuviera cargada. Pero el caso es que ocurrió. Fue horrible.

Gudrun se mostró de acuerdo:

—Horrible, horrible... Y también es horrible pensar que si a uno le pasa una cosa así, siendo niño, tiene que llevar la carga de la responsabilidad hasta el fin de sus días... Imaginas... Dos chicos jugando, y, de repente, sin más, pasa eso. ¡Es terrible, Úrsula! Es una de esas cosas que me parecen insoportables... El asesinato es comprensible porque, después de todo, hay una voluntad que lo decide. Pero que a una le ocurra una cosa así...

Úrsula dijo:

—Quizá concurriera una voluntad inconsciente. Cuando se juega a matar, siempre se da un primitivo deseo de matar, ¿no crees?

Fríamente, envarándose un poco, Gudrun expuso:

—Un deseo... Parece que ni siquiera jugaban a matar. Supongo que un chico dijo al otro: «Mira dentro del cañón, y oprimiré el gatillo, y así veremos qué pasa». Me parece un accidente en su más pura acepción.

—No lo creo así. Yo sería incapaz de oprimir el gatillo del arma más descargada del mundo si alguien estuviera mirando el interior del cañón. Eso es algo que instintivamente no se hace. No se puede hacer.

Gudrun, en profundo desacuerdo con su hermana, guardó silencio unos instantes. Luego, fríamente, observó:

—Desde luego, si se es mujer, y una mujer mayor, el instinto le impide oprimir el gatillo. Pero no creo que eso sea aplicable a un par de chicos que están jugando.

Había hablado en tono irritado, frío. Úrsula se mantuvo firme.

—Es aplicable igual.

En ese momento, oyeron a pocos pasos de distancia una voz de mujer:

—¡Oh, maldita sea!

Las dos hermanas avanzaron y vieron a Laura Crich y a Hermione Roddice, en el campo, al otro lado del seto. Laura forcejeaba con la puerta en la verja, a fin de abrirla. Úrsula se adelantó corriendo y ayudó a Laura a abrir la puerta.

Laura, sonrojada y con aspecto de amazona, pero un tanto aturdida, dijo:

—Muchas gracias. Parece que las bisagras están mal.

Úrsula opinó:

—Parece que sí. Además, la puerta es muy pesada.

Laura repuso:

—¡Sorprendentemente pesada!

Un poco alejada, en el campo, Hermione dijo con voz cadenciosa, en el mismo instante en que se produjo el silencio, después de las palabras de Laura:

—¿Qué tal? ¿Cómo estáis? Se está bien ahora al aire libre. ¿Vais de paseo? Sí. ¿Verdad que es bonito el césped nuevo? Es hermoso, esplendente... Buenos días, buenos días... ¿Iréis a casa? Muchas gracias... Sí, sí, la semana próxima... Adiós, Adiós...

Gudrun y Úrsula, quietas, contemplaron cómo Hermione inclinaba una y otra vez la cabeza, lentamente, y lentamente agitaba la mano, despidiéndolas, mientras sonreía de forma extraña y afectada, ofreciendo una extraña imagen, con su cuerpo alto y temible, con el denso cabello cayéndole sobre los ojos. Las dos hermanas siguieron su camino, como seres inferiores despedidos. Así se separaron las cuatro mujeres.

Tan pronto se hubieron alejado un poco, Úrsula, con la mejilla ardiendo, dijo:

—Es insolente, con toda seguridad.

Gudrun preguntó:

—¿Quién? ¿Hermione Roddice? ¿Por qué?

—¡La forma en que trata a la gente es insolente!

Con cierta frialdad, Gudrun preguntó:

—¿Qué ha hecho para que la llames insolente?

—Sus modales en general. Es insoportable la manera en que intenta dominar brutalmente. Es pura y simple brutalidad. Es insolente. «¿Iréis a casa?», como si estuviéramos dispuestas a matarnos para tener tan alto honor...

No sin exasperación, Gudrun observó:

—Úrsula, no comprendo por qué te alteras tanto. Todos sabemos que son insolentes esas mujeres, esas mujeres libres que se han emancipado de la aristocracia.

Úrsula gritó:

—¡Pero es que no tienen ninguna necesidad de serlo! ¡Es un

comportamiento vulgar!

—Pues no, no lo entiendo así. Y si considerase que su comportamiento es insolente, recordaría que pour moi elle n'existe pas. No le reconozco la personalidad precisa para ser insolente conmigo.

—¿Crees que te tiene simpatía?

—Pues no, me parece que no.

—En ese caso, ¿por qué te invita a pasar unos días con ella en su casa de Breadalby?

Gudrun encogió despacio los hombros, y dijo:

—Al fin y al cabo, Hermione tiene el juicio suficiente para darse cuenta de que tú y yo no somos como la mayoría de las chicas. Será lo que tú quieras, pero no tiene un pelo de tonta. Y prefiero tratar a una mujer detestable que tratar a la mujer vulgar que vive apegada a su mundo. En ciertos aspectos, Hermione Roddice se arriesga.

Úrsula pensó lo anterior unos instantes, y dijo:

—Lo dudo. En realidad, no arriesga nada. Supongo que deberíamos admirarla por saber que puede invitarnos a nosotras, simples maestras de escuela, sin arriesgar nada.

—¡Exactamente! Piensa en los miles de mujeres que no se atreven. Saca el máximo partido a sus privilegios. Y eso es algo importante. Supongo que, si nos encontráramos en su lugar, haríamos lo mismo.

—No. Me aburriría. Sería incapaz de pasarme la vida jugando a esos juegos a que ella juega. Está por debajo de mi dignidad.

Las dos hermanas eran como las piezas de una tijera, y cortaban cuanto mediara entre las dos. O quizá como el cuchillo y la aguzadera, que se afilan recíprocamente. De repente, Úrsula gritó:

—Desde luego, esa mujer debería dar gracias a los cielos de que la visitemos. Tú eres muy bella, mil veces más bella de lo que ella haya sido jamás, y, a mi juicio, vas mucho mejor vestida, ya que ella nunca tiene aspecto lozano y natural, aspecto de flor, y siempre parece anticuada y trasnochada. Además, tú y yo somos más inteligentes que la mayoría de la gente.

Gudrun se mostró de acuerdo:

—¡Sin ninguna duda!

—¡Y eso hay que reconocerlo!

—Ciertamente. Pero debes tener en cuenta que, en la actualidad, lo

verdaderamente elegante es ser total y absolutamente ordinario, perfectamente corriente, igual que la gente de la calle, de tal manera que se te pueda considerar una obra maestra de humanidad, sin ser, realmente, como la gente de la calle, sino una creación artística...

Úrsula opinó:

—¡Me parece horrible!

—Sí, Úrsula, en muchos aspectos es horrible. No te atrevas a ser algo que no sea pasmosamente à terre, tan à terre que pueda considerarse la creación artística de la ordinariez.

Riendo, Úrsula comentó:

—Ha de ser muy aburrido formarse una misma a fin de no ser algo mejor que esto.

—¡Muy aburrido! Es realmente aburrido, Úrsula. Ésta es la palabra. Después de todo, tenemos ansias de elevación y de hablar como los personajes de Corneille.

Gudrun comenzaba a sentirse excitada, y con las mejillas sonrojadas, por su propia penetración. Úrsula dijo:

—Queremos pavonearnos. Sí, queremos ser un cisne entre gansos.

Gudrun gritó:

—¡Exactamente! ¡Un cisne entre gansos!

Riendo despectivamente, Úrsula precisó:

—Todos están ocupadísimos en interpretar el papel del ganso feo. Y yo no me siento humilde y patética como un ganso. Me siento como un cisne entre gansos. No puedo evitarlo. Los demás hacen que me sienta así. Y me importa muy poco lo que piensen de mí. Je m'en fiche.

Gudrun miró a Úrsula de una manera rara, con cierta envidia y desagrado. Dijo:

—Desde luego, lo único que se puede hacer es despreciarlos a todos. A todos sin excepción.

Las hermanas regresaron a su casa para leer, hablar y trabajar, y esperar la llegada del lunes para reanudar las clases. Úrsula se preguntaba a menudo qué más esperaba, además de los principios y los fines de la semana escolar, los principios y los fines de las vacaciones. ¡Ésa era toda su vida! A veces, pasaba temporadas dominada por un intenso horror, al pensar que quizá consumiera toda su vida sin haber hecho más que eso. Pero, en realidad, jamás lo aceptó. Su espíritu estaba activo, y su vida era como una semilla que había germinado,

pero que aún no había salido a la superficie.

5. EN EL TREN

Un día, durante aquel tiempo, Birkin fue llamado a Londres. Carecía de residencia fija. Tenía un piso en Nottingham, debido a que desarrollaba su trabajo principalmente en aquella ciudad. Pero iba a menudo a Londres y a Oxford. Se movía mucho, y su vida parecía incierta, sin un ritmo definido, sin sentido orgánico.

En el andén de la estación del ferrocarril vio a Gerald Crich leyendo el periódico; evidentemente esperaba el tren. Birkin se mantuvo un tanto alejado de él, mezclado con la gente. Era contrario a su manera de ser el acercarse a otra persona.

De vez en cuando, en un gesto que le era característico, Gerald levantaba la cabeza y miraba alrededor. A pesar de que leía atentamente el periódico, tenía que vigilar el mundo exterior que le rodeaba. Parecía que tuviera doble conciencia. Pensaba vigorosamente en algo que acababa de leer en el periódico, y, al mismo tiempo, su vista recorría la superficie de la vida alrededor, y no perdía detalle. Birkin, que observaba a Gerald, se sintió irritado por esa dualidad. También advirtió que Gerald causaba la impresión de estar en guardia ante todos, a pesar de la extraña afabilidad de su trato social, cuando se sentía propicio.

Birkin experimentó un violento sobresalto al ver que esa afable expresión iluminaba el rostro de Gerald, que se acercaba a él con la mano extendida.

—¡Hola, Rupert! ¿Adónde vas?

—A Londres. Tú también, supongo.

La vista de Gerald se fijó curiosamente en la cara de Birkin. Gerald dijo:

—Podemos hacer el viaje juntos.

Birkin le preguntó:

—¿No vas en primera, como de costumbre?

—No puedo aguantar a las multitudes. Pero, en fin, también puedo ir en tercera. Hay un vagón restaurante. Podemos tomar una taza de té.

Los dos hombres, al no tener nada más que decirse, miraron el reloj de la estación. Birkin preguntó:

—¿Qué dice el periódico?

Gerald le dirigió una rápida mirada y dijo:

—Es divertido lo que los periódicos publican.

Levantó el Daily Herald y añadió:

—Aquí están los dos editoriales, con las habituales tonterías tendenciosas que dicen todos los periódicos...

Recorrió la página con la vista y dijo:

—Y aquí está eso... no sé cómo lo llaman... ensayo, o casi... en la misma página de los editoriales, diciendo que hace falta que surja un hombre que dé nuevos valores a las cosas, que nos dé nuevas verdades, una nueva actitud ante la vida, ya que de lo contrario en pocos años todo se derrumbará alrededor y el país quedará en ruinas...

Birkin comentó:

—Bueno, parece que eso también es un ejemplo de periodismo tendencioso...

—Aunque el autor del artículo realmente esté convencido de lo que dice.

Alargando la mano, Birkin le pidió:

—A ver, dame el periódico.

Llegó el tren, subieron, y se sentaron a uno y otro lado de una mesita, junto a la ventanilla, en el vagón restaurante. Birkin leyó rápidamente el artículo, y luego miró a Gerald, quien estaba esperando le diera su parecer. Dijo:

—Parece que el individuo lo dice en serio, en la medida en que es capaz de serlo.

Gerald preguntó:

—¿Y crees que es verdad lo que dice? ¿Crees que realmente necesitamos un nuevo evangelio?

Birkin se encogió de hombros:

—Creo que aquellos que dicen que necesitan una nueva religión son precisamente los que más se resisten a aceptar cualquier novedad. Quieren novedades, ciertamente. Sí, porque mirar rectamente esta vida que nos hemos impuesto y, después de mirarla, rechazarla, destruir totalmente esos viejos ídolos nuestros, es algo que nunca haremos. Y es absolutamente imprescindible destruir lo viejo, antes de que aparezca algo nuevo, algo nuevo incluso en la propia personalidad de cada cual.

Gerald le dirigió una penetrante mirada y le preguntó:

—¿Crees que deberíamos destruir esta clase de vida y empezar de nuevo?

—Esta clase de vida, sí. Estoy convencido. Tenemos que aniquilarla o resignarnos a marchitarnos dentro de sus límites. Para nosotros esta vida no es más que una piel que nos oprime. Y esa piel no se dilatará más.

En los ojos de Gerald bailaba una extraña sonrisita, y una expresión divertida, curiosa y serena. Preguntó:

—¿Y cómo comenzarías la tarea? ¿Pretendes reformar totalmente el orden de la sociedad?

Birkin había fruncido leve y tensamente el entrecejo. Aquella conversación le desagradaba. Repuso:

—No pretendo nada. Cuando realmente queramos conseguir algo mejor, destruiremos lo viejo. Hasta ese momento, toda propuesta o toda investigación de propuestas no será más que un juego aburrido al que se dedicarán personas que imaginan ser importantes.

La sonrisa comenzó a desaparecer de los ojos de Gerald, y, dirigiendo una fría mirada a Birkin, dijo:

—¿Realmente crees que la situación es muy mala?

—Absolutamente mala.

La sonrisa reapareció:

—¿Desde qué punto de vista?

—Desde todos. Somos unos terribles embusteros. No pensamos más que en mentirnos a nosotros mismos. Tenemos el ideal de un mundo perfecto, limpio, recto y satisfactorio. Y a ese fin, cubrimos la tierra de inmundicia. La vida no es más que trabajo constante, vivimos como insectos arrastrándonos en la porquería, con la finalidad de que los mineros puedan tener un pianoforte en la sala de estar, de que tú puedas tener un mayordomo y un automóvil en tu modernizada casa, y de que, como nación, podamos presumir del Ritz, o del Imperio, o de Gaby Desly, o de los periódicos dominicales. Es todo muy sórdido.

Gerald tardó algún tiempo en ajustar su actitud a aquel ataque. Luego preguntó:

—¿Prefieres que vivamos sin casas, un retorno a la naturaleza?

—No prefiero nada. La gente sólo hace lo que quiere hacer, dentro de lo que es capaz de hacer. Si la gente fuera capaz de hacer algo más, algo nuevo habría.

Gerald meditó de nuevo. No estaba dispuesto a sentirse ofendido por las

palabras de Birkin. Preguntó:

—¿Y no crees que el pianoforte, como tú lo llamas, del minero es un símbolo de algo que realmente existe, de un verdadero deseo de algo más elevado, en la vida del minero?

Birkin aseguró:

—¡Más elevado! Sí. Pasmosas alturas de erectas grandezas. El piano le sitúa a gran altura, en opinión del minero que vive en la casa contigua. El dueño del piano se ve reflejado en la opinión del vecindario, y en el reflejo se ve mucho más alto, gracias al piano, y queda satisfecho. Vive gracias al espectro del reflejo de Borcken, al reflejo de sí mismo en la opinión del prójimo. Y tú haces lo mismo. Si tienes gran importancia para la humanidad, tienes también gran importancia para ti mismo. Ésa es la razón por la que trabajas tan intensamente en tu industria minera. Si puedes sacar carbón para guisar cinco mil comidas al día, serás cinco mil veces más importante que si te limitaras a guisar sólo tu propia comida.

Riendo, Gerald dijo:

—Supongo que sí, supongo que tengo esa importancia que dices.

—¿No comprendes que ayudar al prójimo a comer es lo mismo que comer yo? «Yo como, tú comes, él come, nosotros comemos, vosotros coméis, ellos comen.» ¿Y luego qué? ¿Por qué todos tenemos que conjugar el verbo entero? Yo me contento con la primera persona del singular.

—Hay que comenzar por las necesidades materiales.

Birkin ignoró esta observación. Gerald añadió:

—Y yo tengo que vivir para algo, no somos ganado que con pastar queda satisfecho.

—Pues dime, ¿para qué vives?

En el rostro de Gerald se formó un gesto de desconcierto:

—¿Para qué vivo? Supongo que vivo para trabajar, para producir algo, en la medida en que soy un ser dotado de propósitos. Prescindiendo de esto último, vivo porque vivo.

—¿Y cuál es tu trabajo? Extraer de la tierra tantas miles de toneladas de carbón más, todos los días. Y, cuando tengamos todo el carbón que queramos, y todos los muebles forrados de terciopelo, y todos los pianofortes, y cuando todos los conejos hayan sido guisados y comidos, y todos estemos calentitos y con la panza llena, y estemos escuchando el piano tocado por una señorita, ¿qué? ¿Qué harás cuando hayas conseguido en una medida decente esas cosas materiales?

Las palabras y el burlón sentido del humor de Birkin hicieron reír a Gerald, quien, a pesar de ello, no dejó de pensar. Repuso:

—Todavía no hemos conseguido todo lo que dices. Hay mucha gente que aún espera el conejo y el fuego con que guisarlo.

Mofándose de Gerald, Birkin dijo:

—En resumen, ¿mientras tú sacas el carbón, yo debo cazar el conejo?

—Algo parecido.

Birkin le dirigió una mirada escrutadora. Percibió la dura insensibilidad, revestida de perfecto buen humor, incluso la extraña y resbaladiza malicia de Gerald, transparentándose por la plausible ética de la productividad. Birkin dijo:

—Gerald, me pareces odioso.

—Ya lo sabía. ¿Por qué?

Inescrutable el rostro, Birkin meditó durante unos instantes. Por fin dijo:

—Me gustaría saber si tienes conciencia de odiarme. ¿Me has detestado conscientemente alguna vez?, ¿me has odiado con odio místico? En ciertos momentos extraños, te odio de manera sublime.

Gerald quedó un tanto sorprendido, incluso desconcertado. No sabía qué contestar. Dijo:

—Es posible que en algunas ocasiones te odie. Pero no me doy cuenta. Bueno, quiero decir que no tengo aguda conciencia de odiarte.

—Tanto peor.

Gerald le miró con curiosidad. Realmente no comprendía lo que Birkin había querido decir. Le preguntó:

—¿Tanto peor dices?

Hubo un silencio entre los dos hombres mientras el tren proseguía su avance. La cara de Birkin revelaba una irritada tensión, un seco fruncimiento en el entrecejo, agudo y difícil. Gerald le observaba cautamente, con cuidado, calculadamente, ya que no acertaba a adivinar qué pensaba.

De repente, Birkin fijó la mirada recta y avasalladoramente en los ojos del otro, y le preguntó:

—¿Cuál crees que es la finalidad y el objeto de tu vida, Gerald?

Una vez más, Gerald quedó sorprendido. No sabía qué pretendía su amigo. ¿Se burlaba de él o no? Con humor levemente irónico, contestó:

—En este instante, así, de buenas a primeras, no lo sé.

Con atenta y directa seriedad, Birkin le preguntó:

—¿Crees que el amor es cuanto hay en la vida y la última finalidad de la vida?

Gerald preguntó:

—¿De mi propia vida?

Verdaderamente intrigado, Gerald guardó silencio unos instantes. Por fin dijo:

—No lo sé. Por el momento, no ha sido así.

—¿Cómo ha sido tu vida por el momento?

—Bueno, pues averiguar por mí mismo lo que son las cosas, vivir experiencias, y hacer lo preciso para que las cosas marchen.

Birkin frunció el entrecejo, que quedó como si fuera de duro acero, y dijo:

—Creo que se necesita una sola actividad realmente pura. Se podría decir que uno ama esa sola actividad pura. Pero amar, no amo de veras a nadie. No ahora.

Gerald le preguntó:

—¿Has amado de veras alguna vez a alguien?

—Sí y no.

—¿No de una manera absoluta?

—Absoluta, absoluta, no.

Gerald dijo:

—Yo tampoco.

—¿Y quieres amar así?

Gerald dirigió una larga y chispeante mirada, una mirada casi de sorna, a los ojos de Birkin, y repuso:

—No lo sé.

—Pues yo sí. Yo quiero amar.

—¿De veras?

—Sí. Y con el carácter absoluto del amor.

—El carácter absoluto del amor.

Después de repetir estas palabras de Birkin, Gerald esperó unos instantes y añadió:

—¿Amar a una mujer solamente?

—Sí, a una mujer solamente.

Pero Gerald, al oír estas palabras, tuvo la impresión de que Birkin no las hubiera dicho llevado por la seguridad, sino sólo con el fin de ser insistente. Dijo:

—No creo que una mujer, y únicamente una mujer, baste para colmar mi vida.

—¿No consideras que el amor entre una mujer y tú puede ser el núcleo central de tu vida, el centro?

Mientras contemplaba a Birkin, Gerald achicó los ojos en una sonrisa extraña y peligrosa. Dijo:

—Nunca lo he sentido así.

—¿No? En ese caso, ¿cuál es el centro del vivir para ti?

—No lo sé. Ésa es la razón por la que quiero que alguien me lo diga. En cuanto sé, mi vida carece de centro. Mi vivir está artificialmente conformado por el mecanismo social.

Birkin meditó estas palabras, y lo hizo con una expresión tal que parecía quisiera cascar algo, algo duro. Dijo:

—Comprendo. No hay centro. Los viejos ideales han muerto, no queda nada de ellos. A mi juicio, sólo queda esa perfecta unión con una mujer, una especie de matrimonio absoluto, y nada más.

—¿Quieres decir con esto que si no hay una mujer no hay nada?

—Más o menos, si tenemos en cuenta que Dios no existe.

—En ese caso, mal asunto.

Y volvió la cabeza para contemplar por la ventanilla el dorado paisaje que, volando, se deslizaba hacia atrás.

Birkin no pudo dejar de observar cuán hermoso era el rostro de Gerald, rostro de soldado, dotado de la valentía precisa para ser indiferente.

Birkin le preguntó:

—¿Crees que es un asunto difícil?

—Si tenemos que construir nuestra vida basándonos en una mujer, sólo en una mujer, sí, creo que es asunto difícil. Por lo menos, no creo que jamás

pueda construir mi vida de esa manera.

Birkin le miró casi enojado:

—Eres un incrédulo nato.

Gerald repuso:

—Sólo puedo pensar así.

Y volvió a mirar a Birkin, casi burlescamente, con sus ojos azules, viriles, penetrantemente luminosos. En esos instantes, los ojos de Birkin estaban llenos de ira. Pero su expresión rápidamente se tornó preocupada, dubitativa, y luego llena de cálido y recio afecto, y también de risa.

Frunciendo el entrecejo, dijo:

—Es un asunto que me preocupa mucho, Gerald.

Gerald sonrió, dejando al descubierto los dientes, en una sonrisa viril, rápida, de soldado, y dijo:

—Ya lo veo.

Gerald quedó inconscientemente subyugado por Birkin. Quería estar cerca de él, quería hallarse en su esfera de influencia. Había en Birkin algo muy afín a él. Pero Gerald, salvando esta afinidad, poco caso le hacía. Gerald consideraba que estaba en posesión de verdades más sólidas y más duraderas que las de Birkin. Se sentía mayor, con más conocimiento. Lo que le gustaba en su amigo era la simpatía rápidamente cambiante que de él emanaba, la cálida brillantez de su expresión. Gerald gozaba con aquel apasionante juego de palabras, aquel rápido intercambio de sentimientos. Sin embargo, en ningún momento prestaba atención al contenido de esas palabras, por cuanto tenía la certeza de que él sabía más que Birkin.

Y a Birkin le constaba. Le constaba que Gerald quería tenerle afecto sin tomarle en serio. Y eso lo inducía a tornarse duro y frío. Mientras el tren proseguía su avance, Birkin contempló el paisaje, y Gerald desapareció de su mente, y llegó a no significar nada para él.

Birkin contemplaba el paisaje del atardecer y pensaba: «Bien, en el caso de que la humanidad quede destruida, en el caso de que nuestra raza sea destruida como Sodoma, y quede este hermoso atardecer, con esta luminosa tierra y estos luminosos árboles, me sentiré contento. Aquello que da forma a todo está aquí y no podrá perderse jamás. A fin de cuentas, la humanidad sólo es una expresión de lo incomprensible. Y si la humanidad desaparece, sólo significará que esa particular expresión ha quedado terminada y completa. Lo que se expresa y lo que debe ser expresado no puede menguar. Y está ahí, en este esplendente atardecer. Dejemos que la humanidad desaparezca. Ya hubiera

debido desaparecer, en realidad. Las manifestaciones creadoras no desaparecerán, seguirán estando ahí. La humanidad ha dejado de encarnar las manifestaciones de lo incomprensible. La humanidad es letra muerta. Habrá una nueva encarnación, de una manera diferente. Ojalá la Humanidad desaparezca lo antes posible».

Interrumpiendo el curso de sus pensamientos, Gerald le preguntó:

—¿Dónde paras en Londres?

Birkin alzó la vista:

—En casa de un conocido, en Soho. Pago parte del alquiler de la casa, y voy allí siempre que quiero.

—Es bueno tener casa en Londres, una casa que puedas considerar más o menos tuya.

—Sí, pero, tal como están las cosas, mi situación no me entusiasma. Estoy harto de la clase de gente que encuentro en esa casa.

—¿Qué clase de gente?

—Arte, música... bohemios londinenses... La bohemia más mezquina y calculadora que cabe imaginar. Pero hay unas cuantas personas decentes, decentes en cierto aspecto, por lo menos. Son esos que rechazan totalmente el mundo. Quizá sólo vivan gracias al gesto de rechazo y negación. Pero en fin, de todas maneras, algo niegan.

—¿Qué es esa gente? ¿Se trata de pintores, músicos...?

—Pintores, músicos, escritores, vagos, modelos, jóvenes progresistas, gente de diverso pelaje que está abiertamente en contra de todos los convencionalismos. A menudo van chicos que estudian en la universidad, y chicas que, como ellas dicen, viven su vida.

Gerald preguntó:

—¿Todos libres?

Birkin advirtió que había despertado la curiosidad de Gerald. Contestó:

—En cierto modo, sí. Desde otros puntos de vista, están muy atados, a pesar de que todos ellos tienen la nota común de escandalizar al prójimo.

Miró a Gerald, y advirtió que en sus azules ojos se había encendido una llamita de curioso deseo. También advirtió cuán apuesto era. Gerald tenía atractivo, parecía tener la sangre muy fluida, eléctrica. En sus ojos ardía una luz viva y fría, había en él cierta belleza, una bella pasividad en todo su cuerpo, en su moldeado. Gerald dijo:

—Si te parece nos vemos en Londres. Voy a quedarme dos o tres días.

—Sí. Pero no quiero ir al teatro ni a los espectáculos de variedades. Lo mejor será que vengas, y veas si Halliday y sus amigos te divierten.

Riendo, Gerald dijo:

—Gracias. ¿Qué haces esta noche?

—He quedado con Halliday en el Pompadour. Es un mal sitio, pero no hay otro.

Gerald preguntó:

—¿Dónde está?

—Piccadilly Circus.

—¡Ah, sí!... ¿Te parece que vaya allá?

—Me parece muy bien. A lo mejor te diviertes.

Anocheía. Acababan de cruzar Bedford. Birkin contemplaba el paisaje y se sentía invadido por una especie de desesperanza. Siempre experimentaba esta sensación cuando se acercaba a Londres. El desagrado que la humanidad, como masa humana, inspiraba en él casi equivalía a una enfermedad.

Where the quiet coloured end of evening smiles

Miles and miles...

Birkin murmuraba para sí estas palabras, como un condenado a muerte. Gerald, que era hombre sutilmente alerta, con todos sus sentidos muy despiertos, se inclinó hacia delante y preguntó, sonriente:

—¿Qué dices?

Birkin le miró, se echó a reír y repitió:

Where the quiet coloured end of evening smiles

Miles and miles.

Over pastures where the something sheep

Half asleep...

Gerald también contempló el paisaje. Y Birkin, que por alguna razón se sentía cansado y aburrido, le dijo:

—Cuando el tren penetra en Londres siempre me siento hundido. Siento desesperación y desesperanza, como si hubiera llegado al fin del mundo.

—¡Vaya, hombre! ¿Y te asusta el fin del mundo?

Birkin se encogió lentamente de hombros:

—No lo sé. Bueno, en realidad sí, en los momentos en que parece inminente, pero no ha comenzado todavía. Sucede que la gente me desagrada. Me desagrada de mala manera.

En los ojos de Gerald apareció una alegre sonrisa:

—¿De veras?

Y contempló analíticamente a Birkin.

Pocos minutos después, el tren entraba en los lamentables barrios extremos de Londres. Todos los pasajeros estaban alerta, prestos a escapar. Por fin se encontraron bajo el gran arco de la estación, a la tremenda sombra de la ciudad. Birkin se encerró totalmente en sí mismo. Había llegado.

Los dos compartieron un taxi. Birkin, sentado en aquella menuda celda que avanzaba velozmente, dijo, con la vista fija en la calle, grande y horrenda:

—¿No tienes la impresión de ser un condenado?

Riendo, Gerald repuso:

—No.

Birkin comentó:

—Realmente, esto es la muerte.

6. CRÈME DE MENTHE

Horas después volvían los dos a reunirse en el café. Por las puertas de vaivén, Gerald entró en la amplia estancia de alto techo en que los rostros y las cabezas de los bebedores se veían difusamente a través del humo, y se reflejaban de manera todavía más difusa, repetidas ad infinitum en los grandes espejos colgados en las paredes, de modo que se tenía la impresión de entrar en un oscuro y vago mundo de sombríos bebedores, que emitía murmullos en la atmósfera de azul humo de tabaco. Sin embargo, el terciopelo rojo de los asientos daba sustancia a aquella burbuja de placer.

Gerald avanzó despacio, con aire observador y atento, por entre las mesas y por entre la gente cuyas sombrías caras se alzaban a su paso. Tenía la impresión de penetrar en un extraño elemento desconocido, de penetrar en una iluminada región nueva, entre una cohorte de almas licenciosas. Eso le gustaba y le divertía. Miró las caras oscuras, evanescentes, extrañamente iluminadas, inclinadas sobre las mesas. Y vio a Birkin, quien se levantó y le hizo una seña.

En la mesa de Birkin había una muchacha de cabello oscuro y corto, peinado al modo de las artistas, que le colgaba liso hasta las orejas, como a una princesa egipcia. Era menuda y de aspecto delicado, de tez clara y grandes ojos oscuros y hostiles. En todas sus formas había delicadeza, casi belleza, y al mismo tiempo cierta atractiva grosería espiritual, lo que fue causa de que en los ojos de Gerald apareciera instantáneamente una chispa.

Birkin, que parecía apagado, irreal, como si quisiera que su presencia no se notara, presentó a Gerald a la chica, de la que dijo se llamaba la señorita Darrington. La muchacha alargó la mano en movimiento brusco, desabrido, sin dejar de mirar a Gerald, con sus ojos de mirada tenebrosa y vulnerable. Gerald se ruborizó al sentarse.

Llegó el camarero. Gerald miró los vasos de los otros dos. Birkin bebía un líquido verde. Y la señorita Darrington tenía ante sí una copa de licor, pequeña, en la que sólo quedaban unas gotas.

—¿Tomará otra copa de...?

La chica dijo:

—Brandy.

Se bebió las últimas gotas y dejó la copa. El camarero se fue. La chica dijo a Birkin:

—No. No sabe que he vuelto. Quedagá ategado, cuando me vea aquí.

Hablaba transformando, a menudo, las erres en ges, y pronunciando a medias las sílabas, de manera un tanto infantil, con lo que su habla era, al mismo tiempo, afectada y muy acorde con su aparente carácter. Tenía voz apagada, átona. Birkin le preguntó:

—¿Dónde está?

La chica expuso:

—Inaugura una exposición privada en casa de lady Snellgrove. Warens también ha ido.

Hubo una pausa. Luego Birkin, con aire desapasionado y protector, le preguntó:

—Bueno, ¿qué piensas hacer?

La chica meditó enfurruñada. La pregunta la había disgustado. Contestó:

—No pienso hacer nada. Mañana veré si me contratan para posar.

Birkin le preguntó:

—¿A quién irás a ver?

—Primero igué a ver a Bentley. Pero me parece que está enfadado conmigo por haberme escapado.

—¿Cuando estaba pintando el cuadro de la Virgen?

—Sí. Y si no me quiere contratar, iré a ver a Carmarthen. Éste me dagá trabajo.

—¿Carmarthen?

—Frederick Carmarthen. Hace fotografías.

—Gasas y hombros.

—Sí. Pero es un tipo muy decente.

Hubo una pausa. Birkin preguntó:

—¿Y qué vas a hacer con Julius?

—Nada. Como si no existiera.

—¿Has terminado con él para siempre?

La muchacha volvió la cara hacia el otro lado, enfurruñada, y no contestó.

Un hombre se acercó a paso muy vivo a la mesa. Con gran cordialidad, dijo:

—Hola, Birkin. Hola, Pussum, ¿cuándo has regresado?

—Hoy.

—¿Lo sabe Halliday?

—No lo sé. Y me da igual.

—¡Vaya! Veo que las cosas no han cambiado. ¿Te molesta que me sienta a vuestra mesa?

Fríamente, aunque con cierto tono de súplica, como una niña, la chica repuso:

—Estoy hablando con Gupert, ¿sabes?

El joven dijo:

—Te estás confesando... Eso siempre es bueno para el alma. Hasta luego, pues.

Y después de dirigir una rápida y penetrante mirada a Birkin y a Gerald, el recién llegado se fue de prisa, balanceando los faldones de la chaqueta.

Durante este tiempo, nadie había prestado la menor atención a Gerald. Sin embargo, Gerald tenía la impresión de que la muchacha tenía física conciencia

de su proximidad. Gerald esperaba, escuchaba y procuraba averiguar el significado de la conversación entre los otros dos.

La chica preguntó a Birkin:

—¿Te alojas en la casa?

—Sí, estaré tres días. ¿Y tú?

—Todavía no lo sé. Siempre puedo ir a casa de Bertha.

Hubo un silencio. De repente, la chica se volvió hacia Gerald y le preguntó con acento formal y cortés, en el tono distante de la mujer que acepta su inferioridad social, pero que da por supuesta una camaradería íntima con el hombre a quien se dirige:

—¿Conoce bien Londres?

Riendo, Gerald repuso:

—No mucho, parece. He estado infinidad de veces, pero no conocía todavía este sitio.

En un tono que situó a Gerald en la posición de un extraño, la chica le preguntó:

—Entonces ¿usted no es artista?

—No.

Birkin, dando a Gerald las cartas credenciales que lo hacían admisible en el mundo de la bohemia, dijo:

—Es soldado, explorador y Napoleón de la industria.

Con curiosidad fría, pero viva, la chica preguntó a Gerald:

—¿Es usted militar?

—Ya no. Dejé el ejército hace unos años.

Birkin terció:

—Estuvo en la última guerra.

La chica preguntó:

—¿De verdad?

Birkin añadió:

—Luego hizo una expedición al Amazonas, y ahora explota minas de carbón.

La muchacha miró a Gerald con fija y tranquila curiosidad. Gerald se echó

a reír al escuchar la definición que de él había dado Birkin. Se sentía satisfecho de sí mismo, rebosante de fortaleza viril. La risa iluminaba sus ojos azules y profundos. Su cara, colorada, coronada por el cabello rubio y fuerte, estaba llena de satisfacción y resplandecía de vida. Había intrigado a la chica, que le preguntó:

—¿Cuánto tiempo se queda aquí?

—Un día o dos. Quizá más, no tengo prisa.

La chica seguía dirigiendo a su cara aquella mirada lenta y franca que tan curiosa y excitante parecía a Gerald. Se sentía aguda y deliciosamente consciente de sí mismo, de su propio atractivo. Se sentía pletórico de fuerzas, capaz de comunicar algo parecido a la fuerza eléctrica. Y tenía conciencia de los oscuros ojos de la chica, con su mirar vulnerable, fijos en él. Eran bellos aquellos ojos, con aspecto de flor, plenamente abiertos, mirándole desnudos. Y en ellos parecía flotar una curiosa iridiscencia, una especie de película desintegrada, cierta tristeza, como aceite flotando sobre el agua. Debido al calor que reinaba en el café, la chica se había quitado el sombrero. Llevaba un vestido sencillo, cerrado en el cuello, pero era de rico crêpe-de-chine amarillo, y el vestido colgaba pesada y suavemente del joven cuello de la joven y de sus delgadas muñecas. Su aspecto era sencillo y acabado, realmente bello, debido a su forma y regularidad. El brillante cabello oscuro caía y se curvaba simétricamente a uno y otro lado de la cabeza; sus facciones eran menudas, correctas y suaves, egipcias en la leve plenitud de sus curvas; el cuello era esbelto, y el sencillo vestido de denso color sobresalía de sus delicados hombros. La muchacha tenía un aire de gran quietud, casi de inexistencia, un aire distante y cauteloso.

Gerald se sentía fuertemente atraído por ella. Y se daba cuenta de que ejercía un tremendo y gozoso poder sobre ella, un cariño instintivo muy próximo a la crueldad. Sí, porque la chica era una víctima. Gerald se daba cuenta de que ella se hallaba a su merced, y se sentía generoso. Una corriente eléctrica tensa y voluptuosamente generosa recorría los miembros de Gerald. Con la fuerza de su descarga, podía aniquilar a la muchacha. Pero ésta esperaba, a su distancia, entregada.

Durante un rato hablaron de cosas triviales. De repente, Birkin dijo:

—¡Ahí viene Julius!

Birkin se levantó un poco, sin llegar a ponerse en pie, y dirigió una seña al recién llegado. La chica, en un movimiento raro, casi malvado, volvió la cabeza, mirando por encima del hombro, sin mover el resto del cuerpo. Gerald observó el balanceo del cabello oscuro y suave de la muchacha sobre sus orejas. Comprendió que la muchacha miraba intensamente al hombre que se

acercaba, por lo que también él miró hacia allá. Vio a un hombre joven y flaco, atezado, con el cabello rubio, largo y denso saliéndole por debajo del sombrero negro, que avanzaba difícilmente por la sala, con el rostro iluminado por una sonrisa que era, al mismo tiempo, ingenua y cálida, y también vacía. Se acercó a Birkin de prisa, impulsado por el deseo de darle la bienvenida.

Hasta que estuvo muy cerca de la mesa, el recién llegado no se dio cuenta de la presencia de la joven. Al verla retrocedió, se le puso vercosa la cara, y dijo en voz aguda y chillona:

—Pussum, ¿qué haces aquí?

Todos los que estaban en el café miraron como animales al oír el grito. Halliday se había quedado inmóvil, mientras una pálida sonrisa, casi de imbécil, se dibujaba en su cara. La chica se limitó a mirarle con expresión helada, en la que se veía el resplandor de un diabólico e insondable conocimiento, mezclado con cierta impotencia. Aquel hombre la limitaba.

Halliday, con la misma voz chillona e histérica, dijo:

—¿Por qué has regresado? Te dije que no volvieras.

La chica no le contestó, limitándose a mirarle de aquella misma manera, inexpresiva como el hielo, pesada, recta, mientras Halliday, como si quisiera protegerse, con las manos echadas hacia atrás, a la espalda, se apoyaba en la mesa contigua. Birkin le dijo:

—Sabes muy bien que querías que regresara. Anda, ven y siéntate.

—No, yo no quería que volviera y le dije que no regresara. ¿Qué quieres, Pussum?

Con voz preñada de resentimiento, la chica dijo:

—De ti, nada.

Halliday gritó, en voz que se elevó hasta el chillido:

—Entonces ¿por qué diablos has vuelto?

Birkin dijo:

—Es libre de hacer lo que le dé la gana. Oye, ¿te sientas o no?

Halliday gritó:

—No, no me sentaré con Pussum.

Secamente, pero con cierto tono de protección, la chica dijo:

—No tengas miedo, que no te haré daño.

Halliday se acercó, se sentó a la mesa, se llevó la mano al corazón y dijo:

—¡Qué susto me has dado! Pussum, no me hagas estas cosas. ¿Por qué has vuelto?

La chica repitió:

—No pretendo nada de ti.

Alzando la voz, Halliday dijo:

—Eso ya lo has dicho antes.

La chica volvió la cara, apartándola totalmente de Halliday, y miró a Gerald Crich, en cuyos ojos había un sutil destello de diversión. Con su voz átona e infantil, la chica le preguntó:

—¿Y no le daban un miedo teguible los salvajes?

—Pues no, no mucho, realmente. En términos generales, son inofensivos. Son como niños, y no dan miedo. Se les puede manejar bien.

—¿De veras? ¿No son muy fieros?

—No, ni mucho menos. En realidad hay muy pocos seres fieros, tanto entre los animales como entre los hombres. Pocos seres son los que tienen la ferocidad precisa para ser verdaderamente peligrosos.

Birkin intervino:

—Salvo cuando van en rebaño.

La chica dijo:

—¿De modo que no son peligrosos? Pues yo pensaba que todos los salvajes eran muy peligrosos, y que la mataban a una antes de parpadear.

Gerald se echó a reír:

—¿De veras? A los salvajes se les da demasiada importancia. En realidad, son iguales que la demás gente, y cuando se les conoce no resultan interesantes.

—Bueno, ¿en ese caso resulta que para ser explorador no hace falta ser terriblemente valiente?

—No. Antes es un asunto de privaciones y vida dura más que de peligros.

—Vaya... ¿Y nunca ha tenido miedo?

—¿En toda mi vida? No lo sé... Bueno, sí, hay cosas que me dan miedo, como estar encerrado, encerrado en un sitio, o que me aten. Me da mucho miedo que me aten de pies y manos.

La muchacha le miraba fijamente con sus ojos oscuros, clavados en él, y esa mirada producía a Gerald una excitación tan profunda que la parte externa

de su personalidad permanecía en perfecta calma. Era delicioso sentir que la muchacha le arrancaba aquellas revelaciones acerca de sí mismo, como si hurgara en el más recóndito y oscuro tuétano de su cuerpo. La chica quería saber. Y sus ojos parecían penetrar en el organismo desnudo de Gerald. Se daba cuenta de que la joven se sentía impulsada hacia él, que fatalmente tendría que entrar en contacto con él, tendría que verle y conocerle. Y eso le suscitaba un estado de ánimo curiosamente exultante. También sentía que la chica tendría que entregarse a sus manos y quedar subyugada por él. La muchacha era profundamente profana, propensa al comportamiento de esclava, allí, mirándole, dejándose absorber por él. No, no estaba interesada en lo que él le decía, sino absorta en la revelación que de sí mismo hacía Gerald, absorta por él, quería conocer su secreto, quería experimentar su ser viril.

Una sonrisa insólita, rebosante de luz y de vitalidad alerta, aunque inconsciente, iluminaba la cara de Gerald. Estaba sentado con los antebrazos sobre la mesa, y las manos, de piel tostada por el sol, un tanto siniestras, manos animales pero muy bellas, adelantadas hacia la chica. Y esas manos la fascinaban. Y la chica lo sabía, hasta el punto que se complacía en observar su propia fascinación.

A la mesa se habían sentado más hombres, que hablaban con Birkin y con Halliday. En voz baja, aparte, Gerald preguntó a Pussum:

—¿Y de dónde ha regresado?

En voz muy baja, pero plenamente resonante, la chica repuso:

—Del campo.

Su cara adquirió una expresión cerrada y dura. Constantemente dirigía miradas a Halliday, y, entonces, un destello aparecía en sus ojos. Halliday, joven y meditabundo, prescindía completamente de ella. Realmente, le tenía miedo. Había instantes en que la muchacha se olvidaba de la existencia de Gerald. Éste no la había conquistado todavía. En voz también baja, Gerald le preguntó:

—¿Y qué tiene que ver Halliday con que usted estuviera en el campo?

Durante unos segundos pareció que la muchacha no quería contestar. Luego, con desgana, dijo:

—Me obligó a vivir con él, y ahora quiere echarme de su vida. Pero tampoco me deja ir con otro. No me deja ir con nadie. Quiere que viva escondida en el campo. Y luego dice que le persigo y que no puede desembarazarse de mí.

Gerald dijo:

—No sabe lo que quiere.

—Es que no sabe nada. Siempre espera que alguien le diga lo que debe hacer. Nunca hace lo que quiere por sí mismo, porque no sabe lo que quiere. Es como un niño.

Gerald miró a Halliday unos instantes. Observó la cara blanda, notablemente degenerada del muchacho. La blandura, en sí misma, constituía un atractivo. Cálida y suave, parecía que aquella blandura pudiera acoger gratamente a quien se arrojara a ella. Gerald preguntó:

—Pero ¿no tiene poder alguno sobre usted?

—Bueno, es que me obligó a vivir con él. Vino y se puso a llorar, sí, se puso a llorar a mares, diciendo que no podría seguir viviendo si no volvía a su lado. Y no quería irse. Estaba dispuesto a quedarse todo el tiempo que fuera preciso. Y me obligó a volver a su lado. Siempre se porta así. Y ahora que estoy esperando un hijo, quiere darme cien libras y mandarme al campo, para no verme nunca más y no volver a saber de mí. Pero no lo conseguiré después de...

En la cara de Gerald se formó una expresión rara. Con incredulidad, preguntó:

—¿Espera un hijo?

Viéndola tan joven y tan alejada del espíritu de la maternidad, parecía imposible. La muchacha le miró plenamente a la cara, y, en sus oscuros, primarios ojos, había una expresión furtiva, una expresión de conocimiento del mal, tenebrosa e indomable. Una llama secreta brotó en el corazón de Gerald. La muchacha repuso:

—Sí. ¿Verdad que es horroroso?

—¿Y quiere tenerlo?

Dando gran énfasis a la contestación, la chica dijo:

—No. No quiero.

—Pero ¿cuánto hace que lo sabe?

—Diez semanas.

Todo el tiempo, la muchacha mantuvo la mirada fija en la cara de Gerald. Éste se quedó pensativo y en silencio. Después asumió otro estado de ánimo, se enfrió, y con voz cargada de amable consideración, preguntó a la chica:

—¿Podemos comer algo aquí? ¿Qué le apetece?

—Pues sí. Me encantaría comer ostras.

—Bueno, pues comeremos ostras.

Gerald llamó al camarero.

Halliday no se dio cuenta de nada hasta que el plato estuvo ante la muchacha. Entonces gritó bruscamente:

—Pussum, no puedes comer ostras ni beber brandy.

La chica le preguntó:

—¿Y a ti qué te importa?

—Nada, nada... Pero no puedes comer ostras ni beber brandy.

La muchacha replicó:

—No estoy bebiendo brandy.

Y arrojó las últimas gotas de licor que quedaban en la copa a la cara de Halliday. Éste soltó un extraño chillido. Y la muchacha se lo quedó mirando, con aparente indiferencia. Aterrado, Halliday chilló:

—¡Pussum! ¿Por qué has hecho eso?

Gerald tuvo la impresión de que Halliday temía, hasta el terror, a la muchacha, y que le gustaba sentir ese terror. Parecía gozar de las sensaciones de horror y de odio que la chica le inspiraba, parecía paladearlas y gozar, profundamente aterrado, de todos sus aromas. Gerald pensó que era un extraño necio, aunque no carente de cierto atractivo.

Otro hombre, con voz muy delgada y rápida, y acento de Eton, dijo:

—Pussum, prometiste no hacerle daño.

La chica repuso:

—No le he hecho daño.

El hombre que había hablado era joven, moreno, de piel suave, y rebosante de oculto vigor. Preguntó:

—¿Qué vas a beber?

La chica repuso:

—La cerveza negra no me gusta, Maxim.

La voz caballerosa del joven dijo en un murmullo:

—Debes pedir champán.

Gerald se dio cuenta de que ese consejo era una insinuación dirigida a él. Riendo, dijo:

—¿Bebemos champán?

La chica, con su infantil pronunciación, contestó:

—Sí, seco, pog favog.

Gerald observó a Pussum mientras ésta comía las ostras. Lo hacía con delicadeza y remilgo; tenía dedos hermosos que parecían estar dotados de gran sensibilidad en las yemas, separaba la comida con movimientos menudos y bellos, comía cuidadosa y delicadamente. A Gerald le gustaba mucho verla comer así. A Birkin le irritaba. Todos bebían champán. Maxim, el atildado joven ruso, con la cara suave y de color cálido, y el cabello negro y brillantado, era el único que parecía hallarse en perfecta calma y serenidad. Birkin estaba blanco y abstraído, muy poco natural, Gerald sonreía en estado de constante beatitud, divertido, con frías chispas bailándole en los ojos, inclinándose un poco, con aire protector, hacia Pussum, que estaba muy hermosa y suave, esponjada, expuesta como una flor roja en un paisaje helado, en desnudez temiblemente florida, un tanto envanecida, animada por el vino y excitada por la presencia de los hombres. Halliday tenía aspecto de necio. Bastaba con que bebiera un vaso de vino para quedar embriagado, propenso a soltar risitas ahogadas. Sin embargo, en Halliday siempre se daba una agradable y cálida ingenuidad que le confería atractivo.

Pussum, levantando sus redondos ojos, que parecían cubiertos por una ígnea película cegadora, y fijando plenamente la mirada en Gerald, dijo:

—No tengo miedo a nada, excepto a las cucagachas.

Gerald rio peligrosamente, como si fuera la sangre lo que le hubiera impulsado a ello. La infantil manera de hablar de Pussum le acariciaba los nervios, y aquellos ojos ardientes y cubiertos por una película, mirándole plenamente, olvidados de todo su pasado, le causaban una sensación de licenciosa libertad. Pussum aseguraba:

—No, no, no tengo miedo de nada. Pero las cucagachas negras... ¡Uf...!

Y se estremeció convulsivamente, como si sólo pensar en las cucarachas fuera insoportable. Gerald, con la puntillosa precisión propia del hombre que ha estado bebiendo, preguntó:

—¿Quiere decir que la visión de las cucarachas le da miedo, o que tiene miedo a que las cucarachas la muerdan o le causen daño de una manera u otra?

La chica gritó:

—¿Muerden?

Gerald miró alrededor de la mesa y dijo:

—No lo sé. ¿Muerden las cucarachas? Pero no es ése el quid de la cuestión. Lo importante es: ¿tiene usted miedo de que la muerdan, o se trata de

una antipatía metafísica?

La muchacha no había dejado de mirarle plenamente, con ojos primarios. Gritó:

—¡Me parecen repugnantes y horrorosas! En cuanto veo una, se me pone toda la carne de gallina. Si una cucagacha me tocara el cuerpo, me moriría.

El joven ruso musitó:

—Esperemos que no ocurra.

La chica insistió:

—¡Estoy segura de que me moriría, Maxim!

Sonriente y sabio, Gerald dijo:

—Jamás una cucaracha tocará su cuerpo.

De una forma extraña, Gerald comprendía a la chica.

Birkin dictaminó:

—Tal como ha dicho Gerald, es un problema metafísico.

Se produjo una pausa embarazosa. El joven ruso, con su habla rápida, elegante, preguntó:

—¿Y de nada más tienes miedo, Pussum?

—Pues no. Algunas cosas me dan miedo, pero guealmente no es lo mismo que lo que me pasa con las cucagachas. La sangre no me da miedo.

Un hombre joven, de cara gruesa, pálida y con expresión burlona, que acababa de llegar a la mesa y que bebía whisky, dijo:

—¡La sangre no le da miedo!

Pussum le dirigió una enfurruñada mirada de desagrado, una mirada fea y de baja estofa. El individuo, con expresión de mofa en la cara, insistió:

—¿Verdad que no le da miedo la sangre?

Pussum repuso:

—No, no me da miedo.

El joven que bebía whisky le preguntó con sorna:

—¿Y dónde has visto sangre, como no sea en la escupidera del dentista?

Con aire de soberbia, Pussum le dijo:

—No estaba hablando contigo.

—Lo que pasa es que no puedes contestar.

Por toda respuesta, Pussum le atizó una cuchillada en la mano gruesa y pálida. El muchacho se levantó de un salto, lanzando una vulgar maldición. Con desprecio, Pussum dijo:

—Eso es lo que eres tú.

El joven, de pie junto a la mesa, y mirando a Pussum con corrosiva malevolencia, dijo:

—Ojalá te mueras.

Gerald, rápido, con instintivo tono de mando, dijo:

—¡Basta ya!

El joven se quedó quieto, en pie, mirando con sarcástico desprecio a Pussum, con una expresión acobardada, de conciencia de sí mismo, en su cara gruesa y pálida. La sangre comenzaba a manar de su mano. A Halliday se le había puesto la cara verdosa, y la había vuelto hacia el otro lado. Chilló:

—¡Qué horrible! ¡Lléváoslo!

El sarcástico joven, en tono un tanto preocupado, preguntó a Halliday:

—¿Te encuentras mal? ¿Te encuentras mal, Julius? Pero si eso no es nada, hombre... No des a la chica el placer de imaginar que ha llevado a cabo una hazaña. No le des esa satisfacción, hombre. Es lo único que quiere.

Halliday chilló:

—¡Oh!

Dirigiéndose al ruso, Pussum advirtió:

—Va a vomitar, Maxim.

El cortés joven ruso se levantó, cogió a Halliday por el brazo y se lo llevó. Birkin, blanco e inhibido, tenía expresión de desagrado. El sarcástico joven herido se alejó, haciendo exagerado alarde de no prestar la menor atención a su mano sangrante.

Pussum dijo a Gerald:

—En realidad es un cobarde. Ejerce gran influencia en Julius.

Gerald le preguntó:

—¿Quién es?

—Es un judío. No puedo verle.

—En fin, que carece de importancia. Pero ¿qué le ha pasado a Halliday?

—Julius es el hombre más cobarde que he visto en mi vida. Siempre se desmaya, si le amenazo con un cuchillo. Me tiene tegog.

—Ya...

—Todos me tienen miedo. Pero el judío piensa que puede demostrarme que es valiente. En realidad, es el más cobagde de todos, sí, porque teme lo que la gente pueda pensar de él. A Julius, en cambio, eso no le importa.

Con buen humor, Gerald observó:

—Bueno, parece que entre todos reúnen una gran cantidad de valentía.

Pussum le miró y esbozó una sonrisa lenta, muy lenta. Estaba muy bella, sonrosada y segura de sí misma, en su temible conocimiento. Dos puntos de luz destellaron en los ojos de Gerald, quien preguntó a la chica:

—¿Por qué la llaman Pussum? ¿Porque tiene cara de gato?

La chica repuso:

—Eso espego.

La sonrisa en la cara de Gerald adquirió más intensidad. Dijo:

—Pues sí, algo de gato tiene... O, mejor dicho, de joven pantera hembra.

Con evidente repulsión, Birkin exclamó:

—¡Gerald, por Dios!

Pussum y Gerald, un tanto inseguros, rieron, mirando a Birkin. Pussum, con leve insolencia, por sentirse a salvo bajo la protección de Gerald, dijo a Birkin:

—Estás muy callado esta noche, Gupert.

Halliday regresaba a la mesa, con aspecto desolado y mareado. Dijo:

—Pussum, por favor, no hagas esas cosas.

Lanzando un gemido, Halliday se derrumbó en su asiento. La chica le dijo:

Deberías irte a casa.

—Efectivamente, iré a casa.

Dirigiéndose a Gerald, Halliday añadió:

—¿Por qué no venís todos a casa? Me gustaría que vinierais. De veras. Sería estupendo.

Con la mirada buscó al camarero. Dijo:

—Quiero un taxi, que busquen un taxi.

Volvió a gemir:

—¡Qué mal me encuentro...! Pussum, ¿ves lo que has conseguido?

Con necia tranquilidad, la chica le dijo:

—Te lo tienes merecido por idiota.

—¡Yo no soy idiota! Oh, qué horroroso... Vayamos todos a casa... Sí, será estupendo. Pussum, tú ven también. ¿Qué? Debes venir, sí, claro que debes venir. ¿Qué? Oye, no comiences a armar líos ahora. Oh, cómo me encuentro... Es horroroso... Oh... Oh...

Fríamente, la chica le dijo:

—Sabes muy bien que no puedes beber.

—Debes saber que no se debe al vino, sino a tu comportamiento absolutamente repulsivo, y a nada más. ¡Qué horror! Libidnikov, anda, vayámonos ya.

Con su voz rápida y baja, el joven ruso dijo:

—Sólo ha bebido una copa, una solamente.

Todos se dirigieron hacia la puerta. La chica se mantuvo junto a Gerald, y parecía moverse al unísono con él. Gerald se daba cuenta de ello, y el hecho de que su movimiento fuera compartido le llenaba de demoníaca satisfacción. Tenía a la muchacha en la palma de la mano de su voluntad, y la chica, al moverse a su lado, era suave, secreta, invisible.

Cinco de ellos se metieron apretados en un taxi. Halliday fue el primero en entrar, y, agachado, avanzó hasta el otro extremo, quedando sentado junto a la ventanilla contraria. Pussum entró y Gerald se sentó a su lado. Oyeron la voz del joven ruso dando instrucciones al taxista y luego permanecieron todos sentados en la oscuridad, apretujados. Halliday gemía y asomaba la cabeza por la ventanilla. Sentían el rápido y sordo avance del automóvil.

Pussum, al lado de Gerald, parecía hallarse en trance de adquirir mayor suavidad, de penetrar suavemente en los huesos de Gerald, como si pasara a ellos merced a una oscura corriente eléctrica. Penetraba en sus venas como una magnética oscuridad, y quedaba concentrada en la base de su espina dorsal como una terrible fuente de energía. Entretanto, la voz de Pussum sonaba metálica y distraída, mientras charlaba en tono indiferente con Birkin y Maxim. Entre ella y Gerald mediaba aquel silencio, aquella negra y eléctrica comprensión en la oscuridad. Luego Pussum cogió la mano de Gerald y la oprimió fuertemente con la suya, pequeña y firme. Fue una expresión tan absolutamente tenebrosa y al mismo tiempo tan claramente desnuda, que rápidas vibraciones recorrieron el cuerpo de Gerald, así como su cerebro, de

manera que dejó de ser responsable de sus actos. Pero la voz de Pussum seguía sonando con vibraciones de campanilleo, matizada de burla. Y cuando Pussum volvió la cabeza, su sutil melena corta rozó la cara de Gerald, quien sintió fuego en todos sus nervios, un fuego como una sutil fricción eléctrica. Pero el gran centro de su fuerza seguía firmemente asentado, motivo de magnífico orgullo para él, en la base de su espina dorsal.

Llegaron a una calle de casas silenciosas, cruzaron un jardín a lo largo de un sendero y llegaron a una puerta que les abrió un criado de piel oscura. Gerald lo miró sorprendido, y se preguntó si no sería también un señorito, quizá uno de aquellos orientales que estudiaban en Oxford. Pero no: era un criado. Halliday le dijo:

—Prepara té, Hasan.

Birkin preguntó al criado:

—¿Hay un dormitorio libre para mí?

El criado contestó a los dos hombres con una sonrisa y un murmullo.

Gerald sentía dudas con respecto al criado. Debido a ser alto, delgado y dotado de aire reticente, parecía un caballero. Preguntó a Halliday:

—¿Quién es tu criado? Parece un señorito.

—Sí, lo parece. Pero se debe a que lleva ropas prestadas. De señorito no tiene un pelo. Lo encontramos por ahí, medio muerto de hambre. Lo traje aquí, y un amigo le dio ropa. Puede ser cualquier cosa menos lo que parece. Su única ventaja es que no habla inglés ni lo entiende, con lo que no representa ningún riesgo.

Con voz rápida y apagada, el joven ruso advirtió:

—Es muy sucio.

El criado apareció en el marco de la puerta, Halliday le preguntó:

—¿Qué pasa?

El criado esbozó una sonrisa y murmuró tímidamente:

—Querer hablar con amo.

Gerald observó con curiosidad al criado. Allí, de pie en el marco de la puerta, aquel hombre, apuesto y con cuerpo de limpias líneas, con aire tranquilo, tenía aspecto elegante, aristocrático. Sin embargo, era medio salvaje y sonreía como un necio. Halliday se fue al corredor para hablar con su criado. Oyeron la voz de Halliday:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué dices? Vuélvelo a decir. ¿Qué? ¿Que quieres dinero?

¿Que quieres más dinero? Pero ¿para qué quieres dinero?

Se oyó el confuso sonido de la voz del árabe. Luego Halliday volvió a la estancia, también con sonrisa de necio, y dijo:

—Dice que quiere más dinero para comprarse ropa interior. ¿Puede prestarme alguien un chelín? Gracias. Con un chelín podrá comprarse toda la ropa interior que necesita.

Halliday cogió el dinero que le ofrecía Gerald y volvió al pasillo, desde donde le oyeron decir:

—No puedes necesitar más dinero. Ayer te di tres chelines y seis peniques. No pidas más. Y sirve el té. Deprisa.

Gerald miró la estancia. Se trataba de una sala de estar londinense, normal y corriente, de una casa que, sin duda, había sido alquilada amueblada, y lo estaba de manera agradable aunque un tanto arbitraria. Había varias estatuillas, tallas de las islas del Pacífico Occidental, extrañas e inquietantes. Los cuerpos de los nativos tallados en madera casi parecían fetos humanos. Una de las tallas representaba a una mujer desnuda, sentada en extraña postura, con aspecto torturado y el abdomen salido.

El joven ruso explicó que la mujer estaba sentada, dando a luz, y que agarraba los extremos de una banda que le colgaba del cogote, un extremo en cada mano, para, tirando de ellos hacia abajo, facilitar el parto. La extraña, traspuesta y rudimentaria cara de la mujer volvió a traer a la mente de Gerald la imagen de un feto, pero también tenía cierta calidad maravillosa, expresando una extrema sensación física, más allá de los límites de la conciencia.

En tono de censura, Gerald dijo:

—¿No son un tanto obscenas esas estatuillas?

El ruso murmuró rápidamente:

—No lo sé. Jamás he definido lo obsceno. A mí me parecen muy buenas.

Gerald se alejó de las estatuillas. En la estancia había dos pinturas recientes, ambas futuristas. También vio un gran piano. Todo esto, juntamente con el mobiliario propio de una normal y corriente pensión londinense de la más alta categoría, formaba el conjunto del cuarto.

Pussum se había quitado el sombrero y el abrigo, y estaba sentada en el sofá. No cabía duda de que se encontraba totalmente familiarizada con la casa, aunque insegura, a la espera de algo. No sabía con exactitud cuál era su posición allí. Por el momento, se sentía vinculada a Gerald e ignoraba cómo reaccionarían los otros hombres ante esa situación, hasta qué punto la

tolerarían. Pussum pensaba en la manera en que debía comportarse en esa situación. Habiendo llegado las cosas a esas alturas, no estaba dispuesta a que le impidieran hacer su voluntad. Tenía la cara sonrojada, como si estuviera empeñada en una batalla, y la mirada pensativa, pero inquebrantablemente decidida.

Entró el criado con el té y una botella de Kümmel. Dejó la bandeja en una mesilla baja, ante el sofá. Halliday dijo:

—Pussum, sirve el té.

La chica no se movió. Halliday, con nerviosa aprensión, preguntó:

—¿No quieres hacerlo?

La chica contestó:

—No he venido aquí para ser lo que era antes. He venido porque los demás querían que viniese, no por ti.

—Querida Pussum, sabes perfectamente que eres libre. No te pido nada, sólo quiero que consideres esta casa a tu disposición, y que hagas en ella lo que te dé la gana. Te lo he dicho mil veces.

La chica no contestó; pero, en silencio, con aire reservado, cogió la tetera. Todos se sentaron alrededor de la mesilla. Gerald sentía la conexión eléctrica entre él y la muchacha, sentada allí, a su lado, silenciosa y reservada, y había quedado sumido en un conjunto de sensaciones totalmente distintas. El silencio y la inmutabilidad de la chica le tenían perplejo. ¿Cómo iba a arreglárselas para estar a solas con la chica? Sin embargo, le parecía un hecho inevitable. Gerald depositó toda su confianza en la corriente que los unía. Su perplejidad sólo era superficial. Imperaban nuevas condiciones. Las viejas habían quedado superadas. Allí tenía uno que hacer aquello que estimara debía hacer, fuera lo que fuese.

Birkin se puso en pie. Casi era la una. Dijo:

—Me voy a la cama. Gerald, mañana por la mañana te llamaré por teléfono. O llama tú aquí.

—De acuerdo.

Birkin se fue. Halliday, con tono insinuante, dijo a Gerald:

—Oye, ¿por qué no pasas la noche aquí? Vamos, hombre, quédate...

—No puedes acomodar a todos...

—Claro que sí, perfectamente. Hay tres camas más, además de la mía. Vamos, quédate. Lo tengo todo preparado. En esta casa siempre tengo invitados a dormir... Siempre se queda alguien. Me gusta que haya gente en la

casa.

Con acento frío y hostil, Pussum observó:

—Pero, estando Gupert aquí, sólo quedan dos dormitorios.

Halliday, con su extraña manera de hablar, con su voz chillona, dijo:

—¡Ya sé que sólo quedan dos dormitorios! ¿Y eso qué importa? Tenemos el estudio...

Halliday sonreía bobamente mientras hablaba con avidez, con insinuante decisión. El ruso, con su voz discreta y de exacta pronunciación, dijo:

—Julius y yo compartiremos un dormitorio.

El ruso y Halliday eran amigos desde los tiempos en que estudiaban en Eton. Gerald se levantó y echó los brazos hacia atrás, desperezándose. Dijo:

—Si no hay dificultades...

Y se alejó para volver a contemplar uno de los cuadros. Todos sus miembros rebosaban fuerza eléctrica, y tenía la espalda tensada cual la de un tigre, por un fuego en brasas. Se sentía seguro y altivo.

Pussum se levantó. Dirigió una tenebrosa mirada a Halliday, una mirada feroz y asesina, que tuvo la virtud de hacer aflorar aquella necia y complacida sonrisa en el rostro del muchacho. Luego salió de la estancia, dirigiendo un frío «Buenas noches» a todos, en general.

Hubo un breve silencio, durante el cual oyeron el ruido de una puerta al cerrarse. Luego Maxim dijo con su acento refinado:

—No hay problema.

El ruso dirigió una significativa mirada a Gerald, efectuó un silencioso movimiento afirmativo con la cabeza, y repitió:

—No hay problema. No tienes problema.

Gerald miró la suave, atezada y bien parecida cara del ruso, miró sus ojos extraños, de significativa mirada, y tuvo la impresión de que su voz, tan queda y tan perfectamente modulada, hubiera sonado en su sangre en vez de haber sonado en el aire.

Gerald dijo:

—Muy bien, pues no tengo problema.

El ruso dijo:

—¡Exactamente! ¡Exactamente! No tienes problema.

Halliday siguió sonriendo, en silencio.

De repente, Pussum reapareció en el marco de la puerta. En su rostro menudo e infantil había una expresión enfurruñada y vengativa. Con su voz fría y resonante dijo a Halliday:

—Ya sé que quieres atraparme. Pero me da igual, puedes atraparme todo lo que quieras.

Dio media vuelta y se fue. Iba con una amplia bata de seda roja, ceñida en la cintura. Era tan pequeña, tan infantil y tan vulnerable que casi daba lástima. Sin embargo, la expresión de sus ojos dio a Gerald la sensación de quedar hundido en una oscuridad tan potente que casi le atemorizó.

Los hombres encendieron cada cual un cigarrillo y comenzaron una conversación intrascendente.

7. TÓTEM

A la mañana siguiente, Gerald se despertó tarde. Había dormido profundamente. Pussum seguía durmiendo. Dormía infantil y patéticamente. Había en ella cierta calidad menuda, acurrucada e indefensa, que daba nacimiento a una insatisfecha llama de pasión en la sangre de Gerald, a una piedad ávida y devoradora. Gerald volvió a mirar a Pussum. Pero pensó que sería cruel despertarla. Se dominó y salió del dormitorio.

Oyó voces en la sala de estar, las voces de una conversación entre Libidnikov y Halliday, por lo que se acercó a la puerta y se asomó, sabiendo que en esa casa de soltero se podía andar en pantalón y camiseta.

Para su sorpresa, vio a los dos hombres junto al fuego del hogar, totalmente desnudos. Halliday levantó la vista, con expresión complacida, y dijo:

—Buenos días. Oye, ¿necesitas toallas?

Y, totalmente desnudo, salió al vestíbulo, con lo que su figura blanca adquirió extraño aspecto allí, entre los muebles sin vida. Regresó con las toallas, y volvió a sentarse, en cuclillas, en el guardafuego. Dijo:

—¿No te gusta sentir el fuego en la piel?

Gerald repuso:

—Sí, es agradable.

Halliday comentó:

—Tiene que ser maravilloso vivir en un clima en que se pueda prescindir

de las ropas.

Gerald dijo:

—Sí, mas para ello sería preciso que no hubiera tantos bichos dedicados a picar y morder.

Maxim murmuró:

—No deja de ser un inconveniente.

Gerald le miró, y con leve sensación de repulsión vio en Maxim al animal humano, de piel dorada y pelada, un tanto humillante. Halliday era diferente. Tenía una belleza pesada, flexible, quebrada, blanca y firme. Era como el Cristo de la Pietà. Allí, el animal no estaba presente. Sólo había aquella pesada y quebrada belleza. Gerald se dio cuenta de que Halliday también tenía ojos bellos, azules, cálidos y de confuso mirar, y también de expresión quebrada. El resplandor del fuego iluminaba sus hombros pesados, un poco inclinados hacia delante, mientras permanecía relajado en cuclillas ante el fuego, con la cara levantada, una cara débil, quizá levemente desintegrada, aun cuando con una belleza conmovedora, peculiarmente suya.

Maxim dijo a Gerald:

—Desde luego, has estado en países de clima cálido donde la gente va desnuda...

Halliday exclamó:

—¿De veras? ¿Dónde?

Gerald repuso:

—En América del Sur. Amazonas.

—¡Es maravilloso! Ésa es una de las cosas que más deseo hacer. Vivir día tras día, sin tener que vestirme jamás. Si pudiera hacer esto, consideraría que mi vida ha quedado justificada.

Gerald preguntó:

—¿Por qué? No creo que tenga tanta importancia.

—Pues yo creo que sería absolutamente maravilloso. Tengo la seguridad de que la vida sería diferente, otra cosa totalmente diferente y perfectamente maravillosa.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de serlo?

—Porque entonces uno sentiría las cosas en lugar de limitarse a mirarlas. Sentiría el aire moviéndose contra mi cuerpo, tocaría las cosas y las sentiría, en vez de mirarlas solamente. Tengo la seguridad de que la vida es mala

debido a que es excesivamente visual. No podemos oír, ni sentir, ni comprender; sólo podemos ver. Y estoy seguro de que eso es un gran error.

El ruso dijo:

—Es verdad, es verdad.

Gerald miró al ruso. Vio su suave cuerpo de color dorado, con un hermoso vello negro que crecía libremente, como formando zarcillos, y sus extremidades como suaves tallos de una planta. Siendo, como era, tan saludable, tan bien formado, ¿a qué se debía que mirarle produjera vergüenza, inspirase repulsión? ¿A qué se debía que a Gerald le desagradara aquel cuerpo, que le diera la impresión de mermar su propia dignidad? ¿Acaso un ser humano no era más que aquello, aquello, carente de todo espíritu? Eso fue lo que Gerald pensó.

Bruscamente, Birkin apareció en la puerta, en pijama blanco, con el cabello mojado y una toalla al brazo. Blanco y lejano, tenía cierto aire evanescente. Dirigiéndose a todos, dijo:

—El baño ha quedado libre.

Había ya emprendido la retirada cuando Gerald le llamó:

—¡Rupert!

—¿Qué?

La solitaria figura blanca reapareció como una extraña presencia en la estancia. Gerald le preguntó:

—Quiero saber qué opinas de esa estatuilla que hay ahí.

Birkin, blanco y fantasmal, se acercó a la talla de la mujer dando a luz, con el cuerpo desnudo y abultado, agazapado en aquella extraña y tensa postura, con las manos a la altura de los pechos agarrando los extremos de la banda. Dijo:

—Es arte.

El ruso dijo:

—Muy bello, muy bello.

Todos se acercaron para mirar la estatuilla. Gerald se fijó en el grupo formado por los que miraban la estatuilla. En el ruso, dorado y con aspecto de planta acuática; en Halliday, alto y pesado, quebradamente bello; en Birkin, muy blanco e indefinido, remiso a que le clasificaran y mirando muy atentamente la figura de madera de la mujer. Extrañamente entusiasmado, Gerald también levantó la vista a la cara de la talla. Y sintió que el corazón se le contraía.

Vio nítidamente, con su espíritu, la cara grisácea y tensamente adelantada de la negra, africana y tensa, absorta en un supremo esfuerzo físico. Era una cara terrible, vacía, agudizada, abstraída hasta casi la nada, a causa del peso de la sensación experimentada debajo de ella. En aquella cara vio a Pussum. Y, como en un sueño, conoció a Pussum. Escandalizado, con resentimiento, Gerald preguntó:

—¿Y por qué es arte?

Birkin repuso:

—Porque expresa una verdad completa. La obra contiene toda la verdad de ese estado, sea lo que fuere lo que te provoque.

Gerald insistió:

—¡Pero no puedes considerarlo gran arte!

—¡Gran arte! Detrás de esa talla hay siglos y siglos de desarrollo, en línea recta, hay un terrible fondo de cultura, de cierta clase de cultura.

Gerald odiaba aquel objeto africano, y, en tono de reto, preguntó:

—¿Qué cultura?

—Pura cultura de las sensaciones, cultura de la conciencia física; en realidad, de suprema conciencia física, sin mente, sumamente sensual. Es tan sensual que alcanza el punto último, el punto supremo.

Pero Gerald sentía resentimiento hacia la talla. Deseaba conservar ciertas ilusiones, ciertas ideas, como si de vestidos se tratara. Dijo:

—Rupert, te gusta lo que no debería gustarte, te gustan cosas que van contra ti.

Birkin replicó:

—Bueno, ya sé que esta estatuilla no lo es todo.

Y se fue.

Cuando Gerald regresó al dormitorio, procedente del baño, lo hizo llevando sus prendas en la mano. Parecía de mal gusto en esta casa no andar desnudo. Y, después de todo, era más agradable, era verdadera simplicidad. Además era divertido, todos deliberadamente desnudos.

Pussum yacía en la cama, inmóvil, con sus ojos redondos y oscuros como dos tristes lagunas de agua estancada. Gerald sólo veía aquellas lagunas muertas e insondables. Quizá Pussum sufriera. La sensación del primario sufrimiento volvió a provocar en Gerald la aparición de aquella antigua llama, una piedad mordiente, una pasión que casi era crueldad. Dijo a Pussum:

—¿Despierta?

Con voz adormilada, Pussum preguntó:

—¿Qué hora es?

La muchacha parecía retroceder, casi como un líquido, ante el avance de Gerald; parecía hundirse, sin posible remedio, para evitar su proximidad. Su primario aspecto de esclava violada, cuyo supremo destino consiste en más y más violaciones, hacía vibrar los nervios de Gerald con aguda sensación de deseo. Después de todo, allí, la única voluntad era la suya, y la muchacha era la pasiva sustancia de su voluntad. La sutil y mordiente sensación hacía estremecer levemente a Gerald. Y en aquel momento supo que debía apartarse de ella, que entre los dos debía mediar una absoluta separación.

El desayuno se desarrolló de manera tranquila y normal. Los cuatro hombres causaban la impresión de estar recién bañados y extremadamente limpios. Tanto Gerald como el ruso se mostraron muy correctos y *comme il faut*, tanto en su aspecto exterior como en sus modales. Birkin, flaco y enfermizo, había evidentemente fracasado en sus intentos de ir bien vestido, vestido como Gerald o Maxim. Halliday llevaba un traje de tweed, camisa de franela gris y una corbata andrajosa, todo ello muy acorde con su personalidad. El criado sirvió grandes cantidades de tiernas tostadas, y tenía exactamente el mismo aspecto de la noche anterior, manteniéndose extáticamente igual a sí mismo.

Hacia el final del desayuno apareció Pussum, en bata de seda roja, y ceñida con una faja brillante. Se había recuperado un poco, pero seguía muda y sin animación. Parecía que fuera para ella una tortura el que alguien le dirigiera la palabra. Su cara era una máscara menuda, bella, siniestra, labrada por un sufrimiento inevitable. Era casi el mediodía. Gerald se levantó de la mesa para ir a sus asuntos, contento de salir de allí. Pero aquella situación no había terminado. Por la noche, volvería a la casa, cenarían todos juntos, y luego irían todos, salvo Birkin, a un espectáculo de variedades, para el que Gerald había reservado localidades.

Aquella noche también regresaron muy tarde, y asimismo excitados por el alcohol. Una vez más, el criado —que invariablemente desaparecía de diez a doce de la noche—, entró silencioso e inescrutable con la bandeja del té, y se inclinó con gesto lento y extraño, de leopardo, para dejar la bandeja suavemente en la mesa baja. Su rostro seguía inmutable, aristocrático, con un leve matiz gris bajo la piel. Era joven y bien parecido. Pero Birkin experimentaba una ligera sensación de enfermizo desagrado al mirarle, y tenía la impresión de que el leve matiz gris fuera como una ceniza o algo podrido, en la aristocrática e increíble expresión de nauseabunda y bestial estupidez.

Una vez más todos hablaron cordial y animadamente. Pero el grupo ya había comenzado a resquebrajarse. Birkin estaba ferozmente irritable, Halliday daba muestras de odiar de una manera insensata a Gerald. Pussum se comportaba con dureza y frialdad de cuchillo, en tanto que Halliday no dejaba de atacarla. La intención de Pussum, en última instancia, era capturar a Halliday, llegar a tenerlo totalmente bajo su poder.

Por la mañana todos volvieron a holgazanear, y a ir de un lado para otro. Pero Gerald percibió en el aire una extraña hostilidad hacia él. Eso suscitó su obstinación y decidió luchar contra ella. Se quedó dos días más en la casa, lo cual dio lugar, en la cuarta velada, a una escena desagradable y absurda con Halliday. En el café, Halliday atacó a Gerald con animosidad de loco. Hubo una violenta discusión. Gerald estaba a punto de partir a puñetazos la cara de Halliday, cuando, de repente, sintió indiferencia y asco, por lo que se fue, dejando a Halliday regodeándose como un insensato en su triunfo, a Pussum dura y con su posición consolidada, y a Maxim neutral. Birkin no estuvo presente, ya que de nuevo había salido de la ciudad.

Gerald quedó descontento de sí mismo, debido a que se había ido sin dar dinero a Pussum. Ciertamente que Gerald ignoraba si Pussum quería dinero o no. Pero pensaba que hubiera aceptado con alegría diez libras, y que él hubiera quedado muy satisfecho al dárselas. Gerald se sentía en falso. Se fue mordisqueándose el labio superior, en un intento de alcanzar con los dientes las puntas del pelo de su bigote recortado. Le constaba que Pussum se alegraba de haberse desembarazado de él. Pussum había cazado a Halliday, que era el hombre que quería cazar. Quería tenerlo totalmente sometido a su poder. Después se casaría con él. Sí, quería casarse con él. Se había propuesto casarse con Halliday. No quería volver a saber nada de Gerald, salvo, quizá, si se encontraba en una situación difícil, ya que, a fin de cuentas, Gerald era lo que Pussum consideraba un hombre de veras, en tanto que los otros, Halliday, Libidnikov, Birkin y restantes bohemios, sólo eran medio-hombres. Y precisamente los medio-hombres eran aquellos con los que Pussum podía lidiar. Ante ellos se sentía segura de sí misma. Los hombres de veras, como Gerald, la ponían demasiado en su lugar.

Aún así, respetaba a Gerald, le respetaba de verdad. Había conseguido que le diera su dirección, a fin de poder recurrir a él en caso de encontrarse en una situación difícil. A Pussum le constaba que Gerald quería darle dinero. Y quizá le escribiera cuando llegaran los inevitables malos tiempos.

8. BREADALBY

Breadalby era una casa del período georgiano, con columnas corintias, que se alzaba en el paisaje de suaves y verdes colinas del Derbyshire, no muy lejos de Cromford. La parte delantera daba a un prado, después del cual venía un terreno con algunos árboles, y, luego, una serie de estanques, destinados a vivero, en la parte más baja del parque. Detrás de la casa había árboles, entre los que se encontraba el establo y el gran huerto. Más allá se extendía el bosque.

Se trataba de un lugar muy tranquilo, a varias millas de la carretera principal, detrás del valle de Derwent, lejos del mundanal ruido. Por entre los árboles se veía el dorado estuco silencioso y solitario de la fachada, inmutada e inmutable, que daba al parque.

En los últimos tiempos, Hermione había vivido preferentemente en esa casa, para alejarse de Londres, de Oxford, y gozar del silencio del campo. Su padre casi siempre estaba ausente, en el extranjero, pero ella no estaba sola, ya que siempre tenía varios visitantes invitados a la casa, o a su hermano, soltero, liberal, miembro del Parlamento. Éste iba a esa casa cuando la Cámara no celebraba sesiones, y parecía estar siempre presente en Breadalby, a pesar de que jamás dejaba de cumplir sus deberes parlamentarios.

La llegada del verano era inminente cuando Gudrun y Úrsula fueron a pasar unos días en casa de Hermione, por segunda vez. Cuando llegaron, en automóvil, después de haber entrado en el parque, miraron, por encima de la depresión en que se encontraban los silenciosos estanques, la fachada con columnas, iluminada por el sol y pequeña como un dibujo inglés de la vieja escuela, en lo alto de la verde colina, con los árboles detrás. En el césped había pequeñas figuras, mujeres vestidas de azul y de amarillo que se movían a la sombra del enorme cedro de líneas bellamente equilibradas.

Gudrun dijo:

—¡Qué acabada está! Inmutable como una antigua aguatinta.

Había hablado en tono un tanto resentido, como si el espectáculo la hubiera cautivado contra su voluntad, como si se sintiera obligada a admirar aquello contra su voluntad. Úrsula preguntó:

—¿Te gusta?

—No me gusta; pero, dentro de su estilo, está totalmente acabada.

El automóvil descendió por una pendiente y subió una cuesta, llevado por un solo impulso, e inició la curva que llevaba a una puerta lateral de la casa. Apareció una doncella, y luego salió Hermione, que avanzó con su pálida cara alzada, las manos ofrecidas al frente, dirigiéndose rectamente hacia las recién llegadas, mientras entonaba:

—Aquí estáis... aquí estáis... qué alegría veros... ¡Cuánto me alegra!

Besó a Gudrun.

—¡Cuánto me alegra verte!

Besó a Úrsula, y quedó con un brazo alrededor del cuerpo de ésta.

—¿Estás fatigada?

Úrsula repuso:

—No, en absoluto.

—¿Estás cansada, Gudrun?

—No, no, gracias.

Hermione musitó:

—No...

Hermione se irguió y miró a las hermanas. Ambas estaban un poco inhibidas ante el comportamiento de Hermione, que demoraba la entrada en la casa. Quería representar la escena de la bienvenida allí, en la senda. Las criadas esperaban.

Por fin, después de haber examinado concienzudamente a las dos, Hermione dijo:

—Entremos.

Y una vez más, decidió que Gudrun era la más hermosa y atractiva de las dos; Úrsula era más física, más hembra. A Hermione le gustaba más el vestido de Gudrun. Era de popelín verde; llevaba encima una holgada chaqueta con anchas rayas verde oscuro y castaño oscuro. El sombrero era de paja pálida y verdosa, del color del heno nuevo, con una cinta trenzada negra y naranja. Llevaba medias verde oscuro y zapatos negros. Las prendas formaban un bonito conjunto, a la moda y personal al mismo tiempo. Úrsula, de azul oscuro, tenía aspecto más vulgar, aun cuando también iba bien vestida.

Hermione llevaba un vestido de seda color de ciruela, con cuentas de coral, y medias también de color de coral. Pero su vestido parecía viejo y gastado, incluso sucio.

—Queréis ver vuestras habitaciones, ¿verdad? Sí. ¿Subimos?

Úrsula se alegró de quedar sola por fin, en su cuarto. Hermione era excesivamente lenta, creaba tensión. Se ponía siempre demasiado cerca de una, se cernía sobre una, de un modo que causaba inhibición y era opresiva. Hermione parecía tener la virtud de entorpecer las reacciones normales.

Almorzaron en el prado, ante la casa, bajo la copa del gran árbol cuyas ramas, recias y negruzcas, descendían hasta casi tocar el suelo. Entre los presentes se encontraba una joven italiana, leve, menuda y a la moda, la joven y atlética señorita Bradley, un erudito y seco vizconde de unos cincuenta años, que no hacía más que decir ingeniosidades y reír las con ásperas y caballunas carcajadas, Rupert Birkin y una secretaria joven, esbelta y linda, llamada Fräulein März.

La comida fue excelente, eso sí. Gudrun, que a todo aplicaba su sentido crítico, no pudo ponerle el menor reparo. A Úrsula le gustó la situación, la mesa con blancos manteles junto al cedro, la sensación de la nueva luz del sol, el panorama reducido del parque frondoso, y, a lo lejos, un venado pastando pacíficamente. Parecía que el lugar estuviera encerrado en un círculo mágico que excluía el presente y que encerraba en su interior el delicioso e inapreciable pasado, los árboles, el venado y el silencio, como si de un sueño se tratara.

Pero espiritualmente Úrsula era desdichada. La conversación se desarrollaba produciendo un sonido como el del tableteo de la artillería ligera, con frases levemente sentenciosas, cuya solemnidad quedaba resaltada por las piruetas de las constantes ingeniosidades, por la incesante lluvia de juegos de palabras, que tenían la finalidad de dar tono ligero al caudal de conversación de carácter crítico y alcance general, caudal que no era como el de un río sino como el de un canal.

Habían adoptado una actitud intelectual y fatigosa. Sólo el sociólogo entrado en años, cuya fibra mental se había endurecido hasta el punto de la insensibilidad, parecía sentirse totalmente a gusto. Birkin apenas hablaba. Hermione dio muestras, con pasmosa insistencia, de albergar deseos de dejar a Birkin en ridículo, de ponerle en evidencia ante todos. Y sorprendía ver la facilidad con que lo conseguía, y lo impotente que era Birkin ante Hermione. Birkin parecía un ser totalmente insignificante. Úrsula y Gudrun, poco habituadas a aquel ambiente, guardaron silencio casi todo el tiempo, escuchando el lento y rapsódico hablar cadencioso de Hermione, las verbales ocurrencias de sir Joshua, el parloteo de la Fräulein o las contestaciones de las otras dos mujeres.

Al terminar el almuerzo, se sirvió el café, y todos se levantaron de la mesa para sentarse en tumbonas, ya a la sombra, ya al sol, según quisieran. La Fräulein se fue a la casa, Hermione tomó su labor de bordado, la pequeña Contessa cogió un libro, la señorita Bradley se dedicó a tejer un cesto con fina hierba, y todos se quedaron allí, en el césped, en aquella primera hora de la tarde veraniega, trabajando reposadamente, y con el parloteo de una conversación medio intelectual y lenta.

De repente se oyó un ruido de frenos y el del motor de un automóvil, que paró inmediatamente. Hermione, con su lento y divertido canturreo, dijo:

—¡Ha llegado Salsie!

Dejando la labor, se levantó despacio y despacio cruzó la zona de césped, rodeó el seto y desapareció.

Gudrun preguntó:

—¿Quién es?

Sir Joshua repuso:

—El señor Roddice, el hermano de la señorita Roddice. Al menos eso supongo.

La pequeña Contessa, levantando por un instante la vista del libro, y hablando como quien sólo pretende dar información, con su inglés levemente oscuro y gutural, dijo:

—Salsie, sí, es el hermano de Hermione.

Todos esperaron. Luego, del seto salió la alta figura de Alexander Roddice, avanzando en románticas zancadas, como un protagonista de Meredith que recuerda a Disraeli. Saludó cordialmente a todos, transformándose inmediatamente en anfitrión, con una hospitalidad fácil y de aire negligente, que había aprendido de los amigos de Hermione. Acababa de llegar de Londres, donde había asistido a las sesiones de la Cámara. Al instante la atmósfera de la Cámara de los Comunes se dejó sentir, allí, en el césped. El ministro del Interior había dicho tal cosa, y él, Roddice, pensaba tal y cual otra cosa, y así se lo había dicho al primer ministro.

Por el seto reapareció Hermione, en compañía de Gerald Crich, que había llegado con Alexander. Gerald fue presentado, y Hermione tuvo buen cuidado de tenerle unos instantes a la vista de todos, para luego llevárselo. Evidentemente, Gerald era el invitado más destacado de Hermione.

Había crisis ministerial: el ministro de Educación había dimitido en vista de las críticas. Y esto dio lugar a que la conversación se centrara en el tema de la educación. Levantando la cara como un rapsoda, Hermione dijo:

—Desde luego no hay razón alguna, no hay excusa que justifique la educación, excepto el deleite y la belleza del conocimiento en sí mismo.

Pareció rumiar y hurgar subterráneos pensamientos durante unos instantes, y luego prosiguió:

—La educación profesional no es educación, más bien es la negación de la misma.

Gerald, al ver que se avecinaba una discusión, olisqueó el aire con placer y se dispuso a entrar en acción. Dijo:

—No siempre es así. Sin embargo, ¿acaso la educación no es lo mismo que la gimnasia, acaso la finalidad de la educación no es dar lugar a una mente bien preparada, vigorosa y enérgica?

Enérgicamente de acuerdo con Gerald, la señorita Bradley exclamó:

—De la misma manera que el atletismo produce cuerpos saludables, dispuestos a todo.

Gudrun miró con silencioso aborrecimiento a la señorita Bradley. Hermione murmuró:

—Bueno... No sé... Para mí, el placer de saber es tan grande, tan maravilloso... En mi vida nada ha habido que haya significado tanto como la certeza del conocimiento... No, estoy segura de que no. Nada.

Alexander preguntó:

—¿Qué conocimiento por ejemplo?

Hermione levantó la cara y musitó:

—Mmm... No sé... Uno de ellos fue, por ejemplo, las estrellas. Cuando realmente comprendí algo acerca de las estrellas. Se tiene tal sensación de elevación, de libertad...

Birkin la miró, blanco de furia. Con sarcasmo dijo:

—¿Y para qué quieres ser libre? En realidad, tú no quieres ser libre.

Hermione, ofendida, guardó silencio. Gerald siguió:

—Sí, verdaderamente se tiene esa sensación de libertad. Es algo parecido a subir a lo alto de una montaña y ver el Pacífico.

Levantando por unos instantes la cabeza del libro, la italiana murmuró:

—«Silencioso en lo alto de un pico de Dariayn.»

Mientras Úrsula se echaba a reír, Gerald dijo:

—Bueno, tampoco hace falta que sea en Darien.

Hermione esperó que las aguas volvieran a su cauce, y dijo impertérrita:

—Sí, saber es lo más grande que hay en la vida. En realidad, significa ser feliz, ser libre.

Mattheson dijo:

—Desde luego, el conocimiento es libertad.

Fija la vista en el seco y rígido cuerpecillo del vizconde, Birkin argumentó:

—En tabletas, en comprimidos.

En ese instante, Gudrun vio al famoso sociólogo transformado en un frasquito lleno de tabletas de libertad comprimida. Eso gustó a Gudrun. Sir Joshua había quedado definido y archivado para siempre en su mente.

En suave tono de reprensión, Hermione preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso, Rupert?

—Que, en sentido estricto, sólo podemos tener conocimiento de realidades acabadas, pasadas. Es algo parecido a embotellar la libertad del verano pasado, junto con las grosellas.

Con retintín, el vizconde preguntó:

—¿Sólo del pasado podemos tener conocimiento? ¿Podemos decir, por ejemplo, que nuestro conocimiento de las leyes de la gravitación universal es conocimiento del pasado?

Birkin repuso:

—Sí.

De repente, la pequeña italiana dijo dulcemente:

—En el libro que estoy leyendo he encontrado una frase muy bonita. Dice: «El hombre salió a la puerta y arrojó los ojos a la calle».

Todos rieron. La señorita Bradley se levantó y miró el libro por encima del hombro de la condesa, quien dijo:

—¡Aquí!

Leyó:

—«Bazarov salió a la puerta y arrojó apresuradamente los ojos a la calle».

De nuevo rieron todos con sonoras carcajadas, entre las cuales la más estridente era la del vizconde, que sonaba igual que un torrente de piedras. Rápido, Alexander preguntó:

—¿Qué libro es ése?

La menuda extranjera, pronunciando nítidamente todas las sílabas, repuso:

—Padres e hijos, de Turgenev.

Y miró la cubierta para ratificar sus propias palabras. Birkin observó:

—Es una vieja edición norteamericana.

Alexander, con su bella voz declamatoria, dijo:

—¡Ah, claro! Una traducción del francés: Bazarov auvra la porte et jeta les yeux dans la rue.

Dirigió una inteligente mirada alrededor. Úrsula dijo:

—Me pregunto qué sería el «apresuradamente».

Todos comenzaron a aventurar hipótesis.

Y entonces, ante la sorpresa general, llegó la doncella muy diligente, con una gran bandeja en la que llevaba el servicio de té. La tarde había pasado muy deprisa.

Después del té, todos salieron a dar un paseo. Hermione les había preguntado a uno por uno:

—¿Quieres dar un paseo?

Y todos contestaron que sí, sintiéndose un poco como presidiarios a la hora del ejercicio. Sólo Birkin se negó:

—¿Vienes a dar un paseo, Rupert?

—No, Hermione.

—¿Estás seguro?

—Totalmente seguro.

Hubo un momento de duda antes de la contestación. Hermione le preguntó en un canturreo:

—¿Y por qué no?

El hecho de que la contradijeran, incluso en algo tan baladí, bastaba para que le hirviera la sangre en las venas. Quería que todos pasearan por el parque con ella. Birkin contestó:

—Porque no me gusta ir en manada.

La voz de Hermione produjo un sordo sonido de gargarismos durante unos instantes, y después, con cuidosa y distante calma, ella dijo:

—Bueno, si el niño está enfurruñado, que se quede en casa.

Y Hermione, mientras insultaba a Birkin, tuvo una expresión genuinamente alegre. Pero eso sólo produjo el efecto de envarar un poco a Birkin.

Hermione se unió al grupo, y sólo se volvió para agitar el pañuelo en dirección a Birkin, mientras, entre risas, entonaba:

—¡Adiós, adiós, pequeño!

Birkin repuso para su capote: «Adiós, arpía insolente».

Todos pasearon por el parque. Hermione quería mostrarles los narcisos silvestres que crecían en un ribazo. De vez en cuando, su voz canturreaba:

—Por aquí, por aquí...

Y todos tenían que ir por allí. Los narcisos eran bellos, pero ¿había alguien capaz de apreciar su belleza? En esos momentos, Úrsula estaba ya rígida de desagrado y resentimiento. Le desagradaba e irritaba el ambiente, en general. Gudrun, burlona y objetiva, observaba y registraba todo.

Todos contemplaron al tímido venado, y Hermione le habló como si se tratara de un niño al que quisiera mecer y mimar. Era macho, por lo que Hermione se consideraba obligada a ejercer poder sobre él. Regresaron a la casa pasando por los estanques dedicados a viveros, y Hermione les contó la pelea habida entre dos cisnes machos, en pugna por el amor de una dama cisne. Rio y se estremeció al contar que el derrotado se sentó en la orilla y se cubrió la cabeza con el ala.

Cuando llegaron a la casa, Hermione se detuvo en el césped; y en voz extraña, muy aguda, sin gritar, pero llegando hasta muy lejos, entonó:

—¡Rupert! ¡Rupert!

La primera sílaba era alta y lenta, y la segunda descendía: ¡Ruuu-pert!

No obtuvo contestación. Apareció una doncella. La suave y negligente voz de Hermione preguntó:

—Alice, ¿dónde está el señor Birkin?

Pero bajo la negligencia de aquella voz había una voluntad obstinada, casi propia de una loca.

—Me parece que está en su habitación, madame.

—¿Sí?

Hermione subió despacio la escalera, y recorrió el corredor, sin dejar de entonar su llamada, con aquella voz aguda y sin gritar:

—¡Ruuu-pert! ¡Ruuu-pert!

Llegó a la puerta del cuarto de Birkin, y llamó sin dejar de gritar: «¡Ruuu-pert! ¡Ruuu-pert!».

Por fin sonó la voz de Birkin:

—¿Sí?

—¿Qué haces?

La pregunta fue formulada en tono suave y curioso. No hubo contestación. Acto seguido, Birkin abrió la puerta. Hermione dijo:

—Ya hemos regresado. Los narcisos están muy hermosos.

—Sí, los he visto.

Hermione contempló a Birkin, con su larga, lenta, impasible mirada, que parecía deslizarse hacia abajo, a lo largo de sus mejillas. Como un eco preguntó:

—¿Ya los has visto?

Y se quedó mirándole. No había nada que estimulara tanto a Hermione como aquella clase de enfrentamiento con Birkin, que se producía cuando éste se comportaba como un niño enfurruñado y desamparado, y ella le tenía bajo su poder allí, en Breadalby. Pero Hermione sabía, en su fuero interno, que la separación se acercaba, y odiaba a Birkin, con intenso odio subconsciente. En su tono suave e indiferente, volvió a preguntar:

—¿Qué hacías?

Birkin no contestó, y Hermione, casi inconscientemente, penetró en el cuarto. Éste había cogido un dibujo chino que representaba unos gansos, y lo estaba copiando con gran destreza, muy vívidamente.

En pie junto a la mesa, y mirando la obra de Birkin, Hermione dijo:

—Estás copiando el dibujo. Sí. ¡Lo haces muy bien! Te gusta mucho, ¿verdad?

—Es un dibujo maravilloso.

—¿De veras? No sabes cuánto me alegra que te guste, sí, porque siempre le he tenido mucho cariño. Me lo regaló el embajador de China.

—Ya lo sabía.

En su negligente canturreo, Hermione preguntó:

—Pero ¿por qué lo copias? ¿Por qué no dibujas algo original, tuyo?

Birkin repuso:

—Quiero conocer a fondo este dibujo. Copiándolo, se llega a saber más acerca de China que leyendo un montón de libros.

—¿Y qué es lo que llegas a saber?

Hermione se había excitado repentinamente. Quería extraer a Birkin sus secretos, y lo hacía igual que si empleara violentamente las manos a ese fin. Tenía que saberlos. Para Hermione constituía una obsesión, era una terrible

tiranía aquella necesidad de saber todo lo que sabía Birkin. Durante unos instantes, Birkin guardó silencio, porque le repelía contestar la pregunta. Luego, sintiéndose obligado, dijo:

—Llego a saber cuáles son los centros del vivir del pueblo chino, qué es lo que percibe y siente, el centro ardiente y picante de un ganso en el móvil caudal de agua y de barro, el curioso, amargo y picante ardor de la sangre del ganso, penetrando en la propia sangre del pueblo chino como una inoculación de fuego corruptor, de fuego del barro que arde fríamente, el misterio del loto...

Hermione, dejando que su mirada le resbalara por las pálidas mejillas, miró a Birkin. Los ojos de Hermione eran extraños, parecían drogados, de pesado mirar bajo sus párpados entornados. Su flaco pecho se encogió convulsivamente. Birkin, diabólico, incommovible, le devolvió la mirada. Con otra enfermiza y extraña convulsión, Hermione apartó la cara, como si estuviese mareada, como si sintiese que su cuerpo comenzara a disolverse. Y así era porque la mente de Hermione no podía aprehender el significado de las palabras de Birkin. Parecía que Birkin siempre pudiera pasar por debajo de sus defensas y destruirla mediante una insidiosa y oculta fuerza. Como si no supiese lo que decía, Hermione repuso:

—Sí, sí.

Tragó saliva e intentó recuperar el dominio de su mente. Pero no podía porque había quedado descentrada, sin capacidad de pensamiento. Por mucha que fuera la voluntad que pusiese en ello, Hermione no podía recuperarse. Sufría los horrores de la disolución, una horrible corrupción la había desmembrado y aniquilado. Birkin se levantó y la miró impertérrito. Pálida, como un fantasma perseguido, como alguien atacado por las influencias de las tumbas que nos torturan, Hermione se dirigió vacilante hacia la puerta. Y desapareció como un cadáver, sin presencia, sin vínculos. Birkin siguió allí, duro y vengativo.

Hermione bajó a cenar extraña y sepulcral, densa la mirada, rebotante de oscuridad y fuerza. Se había puesto un vestido de viejo y rígido brocado antiguo, ajustado, que la hacía parecer más alta y con aspecto terrible, horroroso. A la alegre luz de la sala de estar, parecía rara y opresiva. Pero, sentada a la media luz del comedor, rígida ante los candelabros con pantalla sobre la mesa, causaba la impresión de ser una potencia, una presencia. Escuchaba, se conducía con drogada atención.

El grupo era alegre y de apariencias extravagantes. Todos se habían vestido de gala, salvo Birkin y Mattheson. La pequeña condesa italiana llevaba un vestido de gasa anaranjada y dorada, con suaves bandas de terciopelo negro. Gudrun iba de verde esmeralda con el adorno de una rara redécilla. Úrsula, de

amarillo con opacos velos plateados. La señorita Bradley vestía colores grises, carmesíes y negro azabache. Y Fräulein März iba de azul pálido. Hermione sintió una brusca y convulsiva sensación de placer al ver aquellos ricos colores a la luz de las velas. Prestaba atención a las conversaciones que se desarrollaban incesantemente, dominando en ellas la voz de Joshua, al constante cascabeleo de las risas y las palabras femeninas, a los brillantes colores, a los blancos manteles y a las sombras arriba y abajo. Hermione parecía hallarse en un pasmo de satisfacción, convulsa de placer, pero enferma, como un revenant. Muy poco participaba en las conversaciones, pero las oía todas y todas eran suyas.

Pasaron todos a la sala de estar, como si fueran una familia, fácilmente, sin prestar atención a sociales cumplidos. La Fräulein sirvió el café, todos fumaron cigarrillos o bien largas pipas de arcilla, ofrecidas en un haz.

La Fräulein preguntaba coquetamente:

—¿Fuma? ¿Cigarrillos o pipa?

Estaban todos sentados en círculo. Sir Joshua con su aspecto de hombre del siglo XVIII, Gerald era el joven inglés divertido y apuesto, Alexander, el gallardo y alto político democrático y lúcido; Hermione extraña como una alta Cassandra, y las mujeres ataviadas en vivos colores, todas ellas fumando, como debían, las largas pipas blancas, y sentadas en el curvo diván, cómodamente, a la media luz del salón, ante los leños que llameaban en el hogar de mármol.

Se hablaba principalmente de política y de sociología, y, cosa curiosa e interesante, la conversación tenía cierto matiz anarquista. Se daba en la estancia una acumulación de fuerzas poderosas, poderosas y destructivas. Parecía que todo se arrojara a un crisol, y Úrsula tuvo la impresión de que todas las mujeres fueran brujas que ayudaran a guisar el potaje. Todo ello se hacía con excitación y satisfacción, sin embargo, aquella implacable presión intelectual, aquella intelectualidad poderosa, corrosiva, destructiva que emanaba de sir Joshua, de Hermione y de Birkin, dominando a todos los demás, resultaba cruelmente agotadora para las dos recién llegadas.

Pero he aquí que un mareo, unas terribles náuseas se apoderaron de Hermione. Se produjo una pausa en la conversación cuando la detuvo con su voluntad inconsciente pero todopoderosa.

Interrumpiendo a todos, Hermione dijo:

—Salsie, ¿no quieres jugar a algo? ¿No queréis bailar? Gudrun, tú bailarás, ¿verdad? Me gustaría mucho que bailaras. Anche tu, Palestra, ballerai? Si, per piacere. Y tú también, Úrsula.

Hermione se levantó y, despacio, tiró de la ancha cinta bordada de oro que colgaba a un lado del hogar, manteniendo la presión hacia abajo unos instantes, para soltarla luego con brusquedad. Igual que una sacerdotisa, tenía aspecto inconsciente, sumida en profundo trance. Acudió una doncella, se fue y no tardó en reaparecer con un montón de túnicas, echarpes y amplios pañuelos, todo ello de seda, y, casi todo oriental, prendas que Hermione, llevada por su amor a las ropas bellas y extravagantes, había reunido poco a poco. Hermione dijo:

—Las tres bailaréis juntas.

Alexander, diligente, preguntó:

—¿Y qué bailarán?

Inmediatamente, la condesa repuso:

—Vergini delle Rocchette.

Úrsula objetó:

—Son muy lánguidas esas vírgenes.

La Fräulein, siempre dispuesta a ayudar, propuso:

—Las tres brujas de Macbeth.

Por fin se decidió interpretar la danza de Noemí, Ruth y Orpah. Úrsula sería Noemí; Gudrun, Ruth; y la contessa, Orpah. La idea consistía en organizar un baile al estilo de los ballets rusos de la Pavlova y Nijinsky.

La condesa fue la primera en estar dispuesta, Alexander se sentó al piano, y entre todos despejaron el centro del salón. Orpah, ataviada con bellas prendas orientales, comenzó a bailar lentamente, como lamento por la muerte de su esposo. Entonces Ruth se unió a Orpah y las dos, conjuntamente, lloraron y se dolieron, y luego llegó Noemí a consolarlas. Todo se hizo en silencio, y las bailarinas interpretaron sus emociones mediante los movimientos y gesticulación del baile. El pequeño drama tuvo una duración de quince minutos.

Úrsula estaba muy bella en el papel de Noemí. Todos sus hombres habían muerto, y podía permanecer sola, en indomable afirmación de sí misma, y no pedir nada. Ruth, dada a amar a las mujeres, amaba a Noemí. Y Orpah, la vital y sutil viuda sensacional, se disponía a volver a su antigua vida, a repetirla. Era extraño contemplar a Gudrun pegarse con recia y desesperada pasión a Úrsula, mientras, a pesar de ello, sonreía con sutil malevolencia. Ver a Úrsula aceptar lo anterior en silencio, aunque siendo incapaz de ofrecer algo, ya a la otra, ya a sí misma, rechazando, peligrosa e indómita, su dolor.

A Hermione le gustó la danza. Le divirtió observar el rápido

sensacionalismo de armiño de la condesa, el supremo pero traidor ataque de Gudrun a la mujer que veía en su hermana, y el peligroso desamparo de Úrsula, un desamparo que le daba apariencias de estar irremediabilmente encadenada, sin posible libertad.

Al terminar el baile, todos gritaron: «¡Muy bien! ¡Muy bonito!». Pero el espíritu de Hermione se retorció de dolor, al tener conciencia de todo lo que jamás llegaría a saber. A gritos pidió más danzas, y fue su voluntad la que puso a la condesa y a Birkin en el trance de una danza burlona.

Los desesperados esfuerzos de Gudrun para conseguir el amor de Noemí excitaron a Gerald. La esencia de aquella femenina temeridad y burla subterránea penetró en su sangre. No podía olvidar la materialidad alzada, ofrecida, agresiva y temeraria, pero al mismo tiempo burlona, de Gudrun. Birkin, contemplando el espectáculo como un cangrejo en su escondite, había percibido la frustración y el desamparo brillantes de Úrsula. Ésta rebosaba peligroso poderío. Era como un extraño e inconsciente capullo de poderosa feminidad. Birkin se sintió inconscientemente atraído por ella. Úrsula era el futuro de Birkin.

Alexander interpretó música húngara, y, arrastrados por su fuerza, todos bailaron. Gerald se sentía maravillosamente excitado al ejecutar los movimientos del baile, que le acercaban a Gudrun, y, a pesar de que sus pies no conseguían hurtarse a los movimientos del vals y del doble paso, sentía que sus fuerzas se agitaban en sus extremidades y en su tronco, para liberarse de su cautiverio. Gerald aún no sabía bailar aquella danza convulsa, del tipo rag-time, pero sabía ya cómo empezar a aprender. Birkin, cuando lograba liberarse del peso que en él ejercía aquella gente, que no le gustaba, bailaba con agilidad y verdadera alegría.

La condesa, excitada al ver los alegres y puros movimientos de Birkin, movimientos que éste con nadie compartía, gritó:

—Ahora lo veo claramente. Birkin es cambiante.

Hermione la miró despacio y se estremeció, sabedora de que sólo una extranjera podía darse cuenta de aquello y decirlo. En su rítmico hablar, Hermione preguntó a la condesa:

—Cosa vuol'dire Palestra?

En italiano, la otra repuso:

—Míralo. No es un hombre, es un camaleón, un ser cambiante.

Estas palabras volvieron a sonar en la conciencia de Hermione, aunque traducidas a las siguientes: «No es un hombre, es un traidor, no es de los nuestros». Y el alma de Hermione se retorció en la tenebrosa subyugación por

Birkin, a causa del poder que Birkin tenía para escapar, para existir, al contrario que ella, debido a que Birkin no era congruente, no era un hombre, era menos que un hombre. Hermione odiaba a Birkin con una desesperación que la despedazaba, que la quebraba, de manera que padecía una disolución parecida a la de un cadáver, y de nada tenía conciencia, salvo de aquella horrible enfermedad de disolución que se desarrollaba en su interior, en su cuerpo y en su alma.

Por estar la casa llena, a Gerald le habían asignado el cuarto más pequeño, cuarto que, en realidad, era un vestidor que comunicaba con el dormitorio de Birkin. Cuando todos, cada cual con su vela, subieron la escalera, en la que las lámparas ardían casi apagadas, Hermione abordó a Úrsula y se la llevó a su dormitorio, porque quería hablar con ella. Úrsula se sintió un tanto inhibida en aquel dormitorio grande y desconocido. Tenía la impresión de que Hermione la acosaba, temible y primaria, dispuesta a suplicarle algo. Hermione le mostró unas camisas indias, de seda, hermosas y sensuales, en su forma, en su casi corrupta belleza. Luego se acercó y su pecho exhaló un dolorido suspiro, y Úrsula quedó unos momentos paralizada por el terror. Los ojos de macilento mirar de Hermione vieron el temor en el rostro de Úrsula, y una vez más se produjo un choque, un choque y un derrumbamiento. Úrsula cogió una camisa de seda roja y azul, hecha para una princesa de catorce años, y dijo mecánicamente:

—Es una maravilla. Nadie osaría poner juntos dos colores tan fuertes...

En ese instante la doncella de Hermione entró silenciosamente, y Úrsula, dominada por el temor, escapó, llevada por un impulso irresistible.

Birkin se acostó inmediatamente. Sentíase feliz y con sueño. Bailar le había proporcionado esa felicidad. Pero Gerald quería hablar con él. Con la misma vestimenta que se había puesto para cenar, se sentó, dispuesto a hablar, en la cama en que yacía Birkin, y le preguntó:

—¿Quiénes son esas dos Brangwen?

—Viven en Beldover.

—¡En Beldover! ¿Y qué son?

—Son maestras de la escuela primaria.

Hubo una pausa. Por fin, Gerald exclamó:

—¡Vaya! Ya tenía la impresión de haberlas visto antes...

—¿Te defrauda?

—¿Si me defrauda? Pues no. Sin embargo, ¿cómo es que Hermione las ha invitado?

—Conoció a Gudrun en Londres. Gudrun es la más joven, con el cabello más oscuro. Es artista, escultora.

—¿No es maestra de la escuela primaria? ¿Sólo la otra lo es?

—Las dos lo son. Gudrun da clases de arte y la otra se encarga de todo lo demás.

—¿Y el padre qué es?

—Maestro de artes y oficios en las escuelas.

—¿De veras?

—Las barreras entre las clases sociales están desapareciendo.

Gerald casi se sintió inhibido ante el tono burlón de Birkin. Dijo:

—El que el padre sea maestro de artes y oficios no me afecta en absoluto.

Birkin se echó a reír. Gerald fijó la vista en la cara de Birkin, que se reía con amargura, con la cabeza tranquilamente apoyada en la almohada, y no pudo marcharse. Birkin dijo:

—De todas maneras, me parece que no verás mucho a Gudrun. Es una muchacha inquieta. Se irá dentro de una o dos semanas.

—¿Y adónde irá?

—A Londres, a París o a Roma; sólo Dios lo sabe. Siempre tengo la impresión de que cualquier día se irá a Damasco o a San Francisco. En Beldover no tiene nada que hacer. Beldover y esa chica forman un contraste de pesadilla.

Gerald meditó unos instantes. Luego preguntó:

—¿Y cómo es que la conoces tan bien?

—La conocí en Londres, en el grupo de Algernon Strange. Sabe quiénes son Pussum, Libidnikov y todos los demás, incluso en el caso de que no los conozca personalmente. Gudrun nunca perteneció a ese grupo, en realidad. Es más convencionalista que éstos. Hace unos dos años que la conozco, me parece.

—¿Y gana dinero cuando no da clases?

—Algo, aunque de manera irregular. Vende sus obras. Tiene cierto prestigio.

—¿Por cuánto las vende?

—Una guinea... Diez guineas...

—¿Son buenas? ¿Qué clase de obras son?

—Algunas me parecen maravillosas. Aquí hay una obra suya, esas pajaritas aguzanieves que habrás visto en el gabinete de Hermione. Están talladas en madera y pintadas.

—Pues pensaba que se trataba de una de esas obras que hacen los salvajes.

—No. Es de Gudrun. Eso es lo que hace; animales, pájaros, a veces personas de tamaño muy pequeño, vestidas con ropas normales y corrientes. Cuando esas obras le salen bien, son maravillosas. Tienen un aire divertido, muy sutil, y totalmente inconsciente.

Pensativo, Gerald insinuó:

—Quizá llegue el día en que sea una artista conocida.

—Es posible. Pero me parece que no será así. Cuando otra cosa le interesa, se olvida de su arte. Su espíritu de contradicción le impide tomar en serio su arte. Es una chica que jamás puede tomar nada muy en serio. Piensa que tiene la obligación de entregarse totalmente a algo. Pero nunca se entrega. Siempre está a la defensiva. Esto es lo que me parece insoportable en las mujeres como ella. A propósito: ¿qué tal te fue con Pussum cuando te dejé? No me han dicho nada.

—Bueno, pues fue bastante desagradable. Halliday se puso quisquilloso, y poco faltó para que le pateara las tripas en una pelea así, al viejo estilo.

Birkin guardó silencio. Luego dijo:

—Desde luego, Julius está un poco loco. Por una parte vive obseso por la religión, y, por otra, le fascina la obscenidad. O bien se comporta como un esclavo del Señor, entregado a lavar los pies de Cristo, o bien se entrega a hacer dibujos obscenos de Jesús. Acción y reacción, y entre una y otra, nada. Está realmente loco. Por una parte, desea un lirio de pureza, otra chica, una chica con cara de Botticelli, pero por otra parte necesita a Pussum, para profanarse a sí mismo con ella.

Gerald observó:

—Eso es lo que no comprendo. ¿Quiere a Pussum o no?

—Ni la quiere ni la deja de querer. Pussum es la ramera. Para él, Pussum es la auténtica ramera del libertinaje. Y siente la necesidad de revolcarse en el barro con ella. Pero luego se levanta e invoca el nombre del lirio de la pureza, de la muchacha con cara de niña, y de esa manera no se aburre ni un instante. Es la vieja historia: acción y reacción, y nada entre una y otra.

Después de una pausa, Gerald precisó:

—Pues la verdad es que no creo que ese muchacho sea injusto con Pussum. La chica me parece bastante procaz.

—Pensaba que te gustaba. Yo siempre le he tenido cariño. Aunque también es verdad que jamás he establecido relación personal alguna con ella.

—Pues sí, me gustó durante un par de días. Pero si hubiese pasado una semana con ella, no hubiera podido aguantarla. La piel de estas mujeres desprende cierto olor que asquea de una forma indecible, incluso en el caso de que al principio guste.

Birkin asintió:

—Sí, ya sé.

Luego, con cierto nerviosismo, Birkin añadió:

—Anda, vete a la cama, Gerald. Serán las tantas ya.

Gerald miró su reloj, se levantó y fue a su cuarto. Pero, pocos minutos después, regresaba con camisa de dormir. Volvió a sentarse en el borde de la cama y dijo:

—Sólo una cosa. Pussum y yo nos separamos de manera un tanto tormentosa, y no tuve tiempo de darle nada.

Birkin preguntó:

—¿Te refieres a dinero? Pussum puede conseguir lo que necesite de Halliday o de cualquiera de sus conocidos.

—Pero yo hubiera preferido darle algo, y quedar en paz con ella.

—Le da igual.

—Quizá tengas razón. Pero siento que la deuda sigue pendiente, y me gustaría haberla dejado saldada.

—¿De veras?

Birkin dijo estas palabras con la vista fija en las blancas piernas de Gerald, sentado en el borde de la cama. Eran piernas blancas, recias, musculosas, hermosas y decididas. Sin embargo, suscitaban en Birkin una especie de compasión, de ternura, como si fueran piernas infantiles. Repitiendo con vago acento lo dicho, Gerald afirmó:

—Hubiera preferido dejar la cuenta saldada.

—Eso es algo que carece de importancia desde todos los puntos de vista.

Un tanto intrigado, mirando con afecto a Birkin, Gerald prosiguió:

—No sé por qué dices que carece de importancia.

—Es que no la tiene.

—Es que la chica se portó muy decentemente, en realidad...

Poniéndose de costado, Birkin observó:

—Dad a la Cesarina lo que es de la Cesarina.

Birkin tenía la impresión de que Gerald hablaba por ganas de hablar. Añadió:

—Anda, vete. Estoy cansado. Es muy tarde.

Mirando todo el tiempo hacia abajo, hacia la cara de su amigo, con gesto de espera, Gerald dijo:

—Hubiera deseado que me dijeras algo al respecto.

Birkin se limitó a volver su cabeza a un lado. Gerald agregó:

—Bueno, que duermas bien.

Después de decir estas palabras, puso afectuosamente la mano en el hombro de Birkin y se fue.

Por la mañana, cuando Gerald despertó, oyó a Birkin moviéndose, y le gritó:

—Aún creo que tengo que dar algún dinero a Pussum.

Birkin repuso:

—¡Oh, Dios! No seas tan materialista. Salda la cuenta en tu alma. Ahí es donde la tienes que saldar.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque te conozco.

Gerald meditó un momento. Luego dijo:

—Pues oye, a mi parecer, lo que hay que hacer con todas las Pussums de este mundo, es pagar.

Birkin dijo:

—Y lo que hay que hacer con las amantes es mantenerlas. Y con las esposas vivir bajo el mismo techo. *Integer vitae scelerisque purus...*

—Tampoco tienes por qué ser tan mordaz.

—El asunto me aburre. Tus problemitas morales no me interesan.

—Me importa poco que te interesen o no. A mí, sí.

Aquella mañana también era soleada. La doncella había traído agua caliente y había descorrido las cortinas. Birkin, sentado en la cama, contemplaba perezosamente complacido el parque verde, desierto y romántico, perteneciente a otra época, una época ya pasada. Pensaba en lo bellas, lo

seguras, lo formadas, lo definitivas que eran las cosas del pasado —del pasado siempre bellamente logrado—, como aquella casa, tan serena y dorada, y el parque adormecido en siglos de paz. Pero cuán falsa y engañosa era la belleza de las cosas extáticas, qué horrible y mortal prisión era Breadalby, y qué intolerable encierro era la paz... Sin embargo, era mejor que el sórdido y ajetreado conflicto del presente. Si al menos se pudiera crear el futuro de acuerdo con los deseos del propio corazón, en busca de un poco de verdad pura, en busca de poder aplicar con seguridad un poco de sencilla verdad a la vida... Eso era lo que el corazón pedía sin cesar.

Desde la otra habitación, la voz de Gerald dijo:

—La verdad es que no sé de qué me serviría el que estuvieras interesado en mis asuntos, tanto si se trata de Pussum, como de las minas, como de cualquier otra cosa.

—Interésate en lo que puedas interesarte, Gerald. Ahora bien, esos asuntos, a mí, no me interesan.

Birkin volvió a oír la voz de Gerald:

—¿Qué debo hacer?

—Haz lo que te dé la gana. ¿Y yo qué? ¿Qué debo hacer yo?

En el silencio que siguió, Birkin tuvo la impresión de ver a Gerald meditando estas palabras. Oyó la alegre contestación:

—Así me condene si lo sé.

—Una parte de tu ser quiere a Pussum y sólo a Pussum, otra parte quiere las minas y los negocios, y sólo eso. Y ahí estás partido por la mitad.

Con voz extraña, serena, auténtica, Gerald dijo:

—Y otra parte de mí quiere otra cosa.

Sorprendido, Birkin preguntó:

—¿Qué?

—Precisamente eso es lo que quiero que me digas.

Hubo unos instantes de silencio. Birkin contestó:

—Pues no puedo decírtelo. Si no puedo encontrar mi propio camino, menos podré encontrar el tuyo. Siempre puedes casarte...

Gerald preguntó:

—¿Con quién? ¿Con Pussum?

—Quizá.

Birkin se levantó y se acercó a la ventana. Gerald dijo:

—Ésta es tu panacea, pero ni siquiera te la has aplicado, a pesar de que estás notablemente enfermo.

—Lo estoy, pero sanaré.

—¿Gracias al matrimonio?

Tozudo, Birkin contestó:

—Sí.

Gerald añadió:

—Y no. No, no, no, querido muchacho.

Se produjo un silencio en el que una extraña tensión de hostilidad medió entre los dos. Siempre mantenían aquella distancia entre ambos, siempre querían ser libres el uno del otro. Sin embargo, se daba también un cordial afecto entre ellos. Con sorna, Gerald dijo:

—Salvator feminibus.

—¿Por qué no?

—Claro, no hay razón alguna que lo impida. Sólo falta ver si dará resultados. ¿Y con quién vas a casarte?

—Con una mujer.

—Buena idea.

Birkin y Gerald fueron los últimos en bajar a desayunar. A Hermione le gustaba que todos madrugaran. Sufría al ver que quienes se demoraban le recortaban el día, creía que le quitaban vida. Hermione causaba la impresión de coger las horas por el gañote y extraerles vida. Aquella mañana estaba pálida y con mal aspecto, como si hubiera quedado rezagada y abandonada. Sin embargo, conservaba su poder, y su voluntad era extrañamente dominante. Cuando los dos hombres entraron, se produjo bruscamente cierta tensión.

Hermione levantó la cabeza y dijo con su divertido canturreo:

—¡Buenos días! ¿Habéis dormido bien? Me alegro mucho.

Y les volvió la cara, haciendo caso totalmente omiso de ellos. Alexander, con voz que revelaba leve censura, dijo:

—Por favor, coged lo que queráis en el aparador. Espero que el desayuno no se haya enfriado. No... Rupert, ¿te molestaría mucho apagar el hornillo de alcohol? Muchas gracias.

Incluso Alexander se comportaba de modo autoritario cuando Hermione

reaccionaba con frialdad. De manera inevitable, el tono de Alexander era consecuencia del de Hermione. Birkin se sentó y fijó la vista en la mesa. Estaba totalmente habituado a aquella casa, a aquella estancia, a aquella atmósfera, a causa de largos años de intimidad, y sentía completa hostilidad hacia todo. Aquello no guardaba ninguna relación con él. Se dio cuenta de lo bien que conocía a Hermione, al verla allí sentada, erecta y silenciosa, un tanto abstraída, pero firme y poderosa. La conocía de forma tan definitiva e invariable que ello representaba para Birkin algo parecido a la locura. Le resultaba difícil tener la certeza de que no estaba loco, de que no era una figura en la sala de los reyes de una tumba egipcia, en la que todos los muertos se hallaban sentados, tremendos e inmemoriales. Cuán bien conocía a Joshua Mattheson, que hablaba con su voz áspera pero remilgada, interminablemente, siempre al impulso del funcionamiento de su robusta mente, siempre de modo interesante, pero diciendo siempre cosas sabidas, todo sabido de antemano, por nuevo e inteligente que fuera lo que decía. Alexander, el anfitrión con modales del día, siempre tan heladamente a sus anchas, la Fräulein diciendo siempre coquetamente lo que de ella se esperaba, la pequeña condesa italiana fijándose en todos, jugando su juegucito, objetiva y fría, mirándolo todo igual que una comadreja, y sacando su propia diversión privada de todo, sin dar jamás nada de sí misma, y la señorita Bradley, pesada y un tanto servil, tratada con frío y casi divertido desprecio por Hermione, y, en consecuencia, menospreciada por todos. Cuán conocido era todo, conocido como un juego de piezas conocidas de antemano, la reina, los caballos, los peones, siempre las mismas jaezas, ahora las mismas que siglos atrás, las mismas piezas moviéndose en el tablero en una de las innumerables permutaciones que constituyen el juego. Pero el juego es conocido, y está tan agotado, que su prosecución es como una locura.

Y allí estaba Gerald con expresión divertida en la cara. El juego le divertía. Y Gudrun, mirándolo todo con sus grandes ojos de expresión firme, hostil. Aborrecía aquel juego, y, al mismo tiempo, la fascinaba. Y Úrsula, con expresión levemente sobresaltada, como si estuviera dolida, y el dolor se hallara fuera de su conciencia.

De repente, Birkin se levantó y se fue.

Hermione creía saber lo que le pasaba a Birkin, pero no conscientemente. Levantó sus ojos de pesado mirar, y lo vio desaparecer bruscamente, llevado por una súbita e ignota marea, y las olas se estrellaron contra ella. Pero su indomable voluntad siguió inconmovible y mecánica, y permaneció sentada a la mesa, haciendo sus meditativas observaciones en constante divagación. Sin embargo, se había sumido en las tinieblas, era como un buque hundido. Para ella también todo había terminado, estaba hundida en las tinieblas. Pero el implacable mecanismo de su voluntad seguía funcionando. Le quedaba esta

actividad.

De repente, mirándolos a todos, Hermione dijo:

—¿Vamos a bañarnos?

Joshua exclamó:

—¡Magnífica idea! Es una mañana perfecta para tomar un baño.

La Fräulein dijo:

—Una mañana muy hermosa...

La italiana insistió:

—Sí, tomemos un baño.

Gerald objetó:

—He venido sin el traje de baño.

Alexander dijo:

—Coge el mío. Yo tengo que ir a la iglesia. Me esperan.

Súbitamente interesada, la condesa italiana preguntó a Alexander:

—¿Eres cristiano?

Alexander repuso:

—No, no lo soy. Pero creo que debemos mantener en pie las viejas instituciones.

Delicadamente, la Fräulein observó:

—Son tan hermosas...

La señorita Bradley abundó:

—¡Muy hermosas!

Todos salieron al prado y avanzaron lánguidamente por él. Era una mañana soleada y suave, de principios de verano, en la que la vida penetraba en el mundo sutilmente, como un recuerdo. No muy lejos, sonaban las campanas de la iglesia. No había siquiera una nube en el cielo, los cisnes parecían lirios en el agua, allá abajo. Los pavos reales cruzaron la zona de sombra, a pasos largos, contoneándose, y penetraron en la parte del césped iluminada por el sol. Daban ganas de sumirse con abandono en la acabada perfección de todo aquello.

Agitando alegremente los guantes en el aire, Alexander gritó:

—¡Hasta luego!

Y desapareció detrás del seto, camino de la iglesia. Hermione insistió:

—¿Vamos a bañarnos?

Úrsula dijo:

—Yo no me bañaré.

Dirigiéndole una lenta mirada, Hermione le preguntó:

—¿No quieres bañarte?

Úrsula repuso:

—No, no tengo ganas.

Gudrun se sumó:

—Yo tampoco.

Gerald preguntó:

—¿Y mi traje de baño?

Hermione, con rara y divertida entonación, dijo:

—No sé nada de eso. Ponte un pañuelo, un pañuelo grande, ¿te parece?

—Muy bien.

Hermione canturreó:

—En marcha, pues.

La primera en cruzar corriendo el prado fue la pequeña italiana, menuda y gatuna, con las blancas piernas destellando al sol y la cabeza, en la que llevaba un pañuelo de seda dorada, levemente hundida entre los hombros. Atravesó la puerta corriendo, descendió por el prado, y se quedó en pie, como una figurita de marfil y bronce, en la orilla, donde se despojó de la toalla, contemplando los cisnes que, sorprendidos, habían alzado la cabeza. Luego, salió la señorita Bradley, grande y suave como una ciruela, con su traje de baño azul oscuro. Después fue Gerald, con un pañuelo de seda escarlata liado a la cintura, y la toalla al brazo. Parecía pavonearse un poco a la luz del sol, demorándose y riendo, mientras caminaba a zancadas lentas y tranquilas, blanco y natural en su desnudez. Salió sir Joshua con albornoz, y, por fin, Hermione, caminando con rígida gracia, envuelta en un gran manto de seda púrpura, y con un pañuelo púrpura y oro en la cabeza. Era hermoso su cuerpo rígido y alargado, así como también eran hermosas sus blancas piernas de firme paso. Había en ella una extática magnificencia, mientras avanzaba dejando que el manto revoloteara alrededor de sus piernas.

Había tres estanques, grandes, de lisas aguas, hermosos, dispuestos en tres

niveles descendentes en el mismo sentido en que descendía el valle. El agua sonora saltaba de un estanque a otro, pasando por encima de un bajo muro de piedra y unas rocas. Los cisnes se habían retirado a la orilla opuesta, los juncos despedían dulce olor y una leve brisa acariciaba la piel.

Gerald se había lanzado al agua después de sir Joshua, y nadando había llegado al otro extremo del estanque. Allí se sentó en el bajo muro. La pequeña condesa saltó al agua y se puso a nadar como una rata, en dirección a Gerald. Los dos quedaron sentados al sol, riendo, y con los brazos cruzados. Sir Joshua se acercó nadando a ellos y se quedó a poca distancia, de pie en el agua, que le llegaba al pecho. Luego se lanzaron Hermione y la señorita Bradley, y fueron a sentarse en el muro, formando fila con los otros dos.

Gudrun dijo:

—¿Verdad que son todos aterradores? ¿No te parecen aterradores? ¿Verdad que parecen saurios? Son como gigantescos lagartos. ¿Has visto alguna vez algo parecido a sir Joshua? Realmente, Úrsula, este hombre pertenece al mundo prehistórico, a aquella época en que grandes lagartos se arrastraban por la faz de la tierra.

Gudrun miró con pasmada tristeza a sir Joshua, que seguía en pie, con el agua hasta el pecho, su cabello largo y gris cayéndole sobre los ojos, y el cuello asentado entre hombros gruesos y primitivos. Sir Joshua hablaba con la señorita Bradley, quien, sentada en el muro, a altura superior a la de sir Joshua, grande, rolliza y mojada, parecía que de un momento a otro fuera a deslizarse contoneándose en el agua, casi igual que las resbaladizas focas del parque zoológico.

Úrsula observaba en silencio. Gerald reía feliz, sentado entre Hermione y la condesa. Gerald, a juicio de Úrsula, parecía Dionisos, con su cabello amarillo, su recia figura, su talante risueño. Hermione, grande, con su gracia rígida y siniestra, se inclinaba temiblemente hacia Gerald, como si no respondiera de lo que fuera capaz de hacer. Gerald advertía que Hermione entrañaba cierto peligro, que en ella se daba una convulsa locura. Pero eso sólo servía para hacerle reír más, y para que se volviera a menudo hacia la pequeña condesa, quien le miraba alzando la cara.

Todos saltaron al agua y nadaron juntos, como un grupo de focas. En el agua, Hermione era poderosa e inconsciente, grande, lenta y poderosa, Hermione era rápida y silenciosa como una nutria, Gerald destellaba ondulante, como una natural sombra blanca. Luego, uno tras otro, salieron del agua y se dirigieron a la casa.

Menos Gerald, que se quedó unos instantes para hablar con Gudrun:

—¿No te gusta el agua?

Gudrun le dirigió una mirada larga, lenta, inescrutable, mientras Gerald permanecía ante ella, negligente, con el agua formando cuentas sobre su piel.

Gudrun replicó:

—El agua me gusta mucho.

Gerald siguió en silencio, esperando que Gudrun le diera más explicaciones. Luego preguntó:

—¿Sabes nadar?

—Sí, sé nadar.

Gerald decidió no preguntarle por qué no se había bañado con ellos. Había advertido cierta irónica expresión en Gudrun. Por primera vez un poco picado, se alejó.

Luego, cuando Gerald volvió a ser el joven inglés impecablemente vestido, preguntó a Gudrun:

—¿Por qué no has querido bañarte?

Gudrun dudó unos instantes antes de contestar, como si la insistencia de Gerald la irritara, pero por fin repuso:

—Porque no me gustaba la muchedumbre.

Gerald se echó a reír. La frase de Gudrun le causó la impresión de rebotar como un eco en su conciencia. La forma de expresión empleada por Gudrun le había parecido picante. Tanto si a Gerald le gustaba como si no le gustaba, Gudrun representaba para él el mundo real. Sintió deseos de ponerse a la altura de los criterios de Gudrun, deseos de satisfacer sus esperanzas. Le constaba que el criterio de Gudrun era el único que realmente tenía importancia para él. Sabía instintivamente que todos los demás eran seres ajenos, fuera cual fuese su significado social. Y Gerald sabía que no podía evitarlo, sabía que estaba obligado a esforzarse para ponerse a la altura de los criterios de Gudrun, para encarnar la idea que Gudrun tenía de un hombre, de un ser humano.

Después del almuerzo, todos se retiraron menos Hermione, Gerald y Birkin, que se quedaron para terminar la conversación que habían sostenido. Se había producido una discusión en términos generales muy intelectual y artificial, acerca de una nueva sociedad, de un mundo nuevo para el hombre. En el supuesto de que el viejo estado social presente quedara desmembrado y destruido, ¿qué saldría del caos?

Sir Joshua había dicho que la gran idea social era la idea de la igualdad social del hombre. No —dijo Gerald—, la idea básica consistía en que cada hombre debía realizar la tarea para la que era idóneo. Primero debía hacer esto, y luego que hiciera lo que le diese la gana. El principio unificador era el

trabajo diario. Sólo el trabajo, sólo la tarea de producir mantenía unidos a los hombres. Se trataba de un hecho mecánico, ciertamente, pero no se debía olvidar que la sociedad era, realmente, un mecanismo. Fuera del trabajo, los hombres quedaban aislados, con libertad para hacer lo que quisieran.

Gudrun había gritado:

—¡Oh...! Entonces ni siquiera tendremos nombres. Lo mismo que los alemanes no seremos más que Herr Obermeister y Herr Untermeister. Ya lo imagino: «Yo soy la esposa-del-director-de-las-minas-de-carbón-Crich», «Yo soy la esposa-del-miembro-del-Parlamento-Roddice», «Yo soy la maestra-de-arte-Brangwen». Una maravilla.

Gerald había contestado:

—Pues todo funcionaría mucho mejor, maestra-de-arte-Brangwen.

—¿Al decir «todo» a qué te refieres, señor director-de-minas-de-carbón-Crich? ¿A la relación entre tú y yo, por ejemplo?

La italiana gritó:

—¡Exactamente! ¡A la relación entre hombre y mujer, por ejemplo!

Sarcástico, Birkin observó:

—Se trata de una relación no-social.

Gerald dijo:

—Exacto. La cuestión social no tiene nada que ver en la relación entre una mujer y yo. Es asunto exclusivamente mío.

Birkin dijo:

—No lo dudo ni un instante.

Úrsula había preguntado a Gerald:

—¿Niegas que la mujer sea un ser social?

Gerald contestó:

—Es las dos cosas. Es un ser social en cuanto se refiere a la sociedad. Pero, en cuanto a personalidad privada, es libre, y sólo ella puede decidir lo que quiere hacer.

Úrsula preguntó:

—Pero ¿no será un tanto difícil armonizar las dos mitades?

Gerald replicó:

—En absoluto. Se armonizan de una manera natural. Lo vemos a diario.

Birkin advirtió a Gerald:

—No rías con tanta satisfacción hasta el momento en que el problema quede realmente resuelto.

Llevado por brusca irritación, Gerald frunció el entrecejo y dijo:

—¿Me reía quizá?

Por fin, Hermione había dicho:

—Si pudiéramos darnos cuenta de que espiritualmente todos somos lo mismo, que todos somos iguales, desde el punto de vista del espíritu, de que todos somos hermanos, lo demás carecería de importancia y desaparecerían esas envidias y resquemores, esas luchas por el poder que comportan destrucción y sólo destrucción.

Estas palabras fueron acogidas en silencio, y casi inmediatamente todos se levantaron de la mesa. Pero cuando los demás se hubieron ido, Birkin se dirigió a Hermione, en amargo tono declamatorio:

—Es exactamente al revés, es todo lo contrario de lo que tú has dicho, Hermione. En el espíritu todos somos diferentes y desiguales, y sólo las diferencias sociales son las que se basan en circunstancias materiales accidentales. Abstracta o matemáticamente somos todos iguales, si así lo quieres. Todo hombre tiene hambre y sed, dos ojos, una nariz y dos piernas. Numéricamente, todos somos iguales. Pero espiritualmente todo es pura diferencia, y la igualdad y la desigualdad no cuentan para nada. Sobre estas dos bases de conocimiento se debe fundar la sociedad. Tu democracia es una absoluta mentira, tu hermandad de los hombres es pura falsedad, siempre y cuando apliques algo más que las abstracciones matemáticas. Al principio de nuestra vida, todos nos alimentamos con leche, ahora todos comemos pan y carne, todos queremos ir en automóvil, y aquí se encuentra el principio y el fin de la hermandad entre los hombres. Pero no de la igualdad. Yo, este yo personal, ¿qué tiene que ver con la igualdad con otro hombre u otra mujer? Espiritualmente, estoy tan alejado como una estrella de otra, y soy diferente en calidad y en cantidad. Intenta fundar una sociedad sobre esta base... No hay hombre alguno que sea mejor que otro hombre, y ello es así debido, no a que sean iguales, sino a que cada hombre es intrínsecamente otro, debido a que no hay término de comparación posible. En el mismo instante en que comienzas a comparar, ves que un hombre es mucho mejor que otro, y que, gracias a la propia naturaleza de las cosas, se dan todas las desigualdades que quepa imaginar. Quiero que todos los hombres disfruten de su parte de los bienes del mundo, para quedar yo, de esa manera, liberado de las molestas peticiones del prójimo, y poder decirle: «Ahora ya tienes lo que quieres, ahora ya gozas de la parte que te toca de los bienes del mundo; en consecuencia, insensato boceras,

ocúpate en tus asuntos y no entorpezcas mi vivir».

Hermione le miraba burlonamente, de arriba abajo, con una mirada que parecía resbalarle por las mejillas. Birkin sentía que Hermione despedía, dirigiéndolas hacia él, violentas oleadas de odio y aborrecimiento hacia todo lo que había dicho. Se trataba de un odio y de un aborrecimiento generadores de fuerzas que surgían potentes y tenebrosas de su subconsciente; ella oía las palabras de Birkin en su subconsciente, en tanto que, conscientemente, sus oídos permanecían sordos, sin prestarles la menor atención.

Afablemente, Gerald observó:

—Rupert, lo que acabas de decir tiene un marcado tono de megalomanía.

Hermione emitió un sonido raro, como un gruñido. Birkin retrocedió. De repente, con voz de la que había desaparecido totalmente aquel tono de insistencia con el que había apabullado a sus oyentes, Birkin dijo:

—Sí, más vale dejarlo.

Y se fue.

Pero después sintió cierto arrepentimiento. Había tratado con violencia y crueldad a la pobre Hermione. Sentía deseos de hacer algo para resarcirla y quedar en paz con ella. La había ofendido, se había comportado llevado por deseos de venganza. Birkin quería volver a tener con ella relaciones amistosas.

Fue al gabinete de Hermione, estancia aislada y con grandes cantidades de almohadones. Estaba sentada ante el escritorio escribiendo cartas. Cuando Birkin entró, Hermione levantó la cara con expresión abstraída y le estuvo mirando mientras Birkin se dirigía al sofá y se sentaba. Luego Hermione volvió la vista al papel.

Birkin cogió un grueso volumen que había estado leyendo anteriormente, y poco después quedó absorto en la lectura. Se encontraba de espaldas a Hermione. Ésta no podía seguir escribiendo. Toda su mente había quedado sumida en el caos, envuelta en tinieblas, y luchaba mediante su voluntad para recuperar el dominio de su pensamiento, tal como un nadador lucha contra las aguas arremolinadas. Pero, a pesar de sus esfuerzos, era arrastrada hacia las profundidades, y las tinieblas se abatían sobre ella mientras le parecía que su corazón iba a estallar. Esta terrible tensión adquirió más y más intensidad, convirtiéndose en una terrible angustia, semejante a la de estar reclusa.

Entonces Hermione se dio cuenta de que la presencia de Birkin era precisamente el muro que la asfixiaba, de que la presencia de Birkin la estaba destruyendo. Si no rompía aquel muro moriría de manera terrible, horriblemente asfixiada. Y Birkin era el muro. Tenía que derribar aquel muro, tenía que derribar a Birkin, aquella horrible obstrucción que oprimiría su vida

hasta aniquilarla. Tenía que hacerlo, o de lo contrario perecería de manera horrorosa.

Terribles estremecimientos recorrieron el cuerpo de Hermione, estremecimientos que parecían producidos por descargas eléctricas, igual que si su cuerpo hubiera quedado derribado por voltios y voltios de electricidad. Sólo pensaba en Birkin, sentado allí, en silencio, como una inimaginable y perversa obstrucción. Bastaba la silenciosa e inclinada espalda de Birkin, la parte posterior de su cabeza, para que la mente de Hermione quedara en caótica confusión, para que la presión le impidiera respirar.

Una terrible y voluptuosa sensación descendió por los brazos de Hermione. Iba a conocer su consumación en la voluptuosidad. Se le estremecieron los brazos, que eran fuertes, inconmensurable e irresistiblemente fuertes. ¡Qué deleite, qué deleite en la fortaleza, qué delirio de placer! Por fin, Hermione iba a conocer su consumación en un éxtasis de voluptuosidad. ¡Se acercaba el momento! Con sumo terror y angustia, Hermione supo que el momento había llegado, y lo supo con suma dicha también. Su mano se cerró sobre una bella bola azul de lapislázuli que tenía sobre el escritorio a modo de pisapapeles. La hizo rodar en la palma de la mano, mientras se ponía en pie silenciosamente. El corazón le parecía una pura llama encerrada en su pecho, y estaba puramente inconsciente en su éxtasis. Se acercó a Birkin, y quedó quieta, a su espalda, durante un instante de éxtasis. Birkin, preso en aquel mundo mágico, seguía quieto, sin darse cuenta de la cercanía de Hermione.

Luego, rápidamente, en una llamarada que descendió por su cuerpo, penetrándolo íntegramente, cual un rayo fluido, y que le causó una perfecta e inexpresable consumación, una satisfacción indecible, con la bola de bella piedra, de arriba abajo, con todas sus fuerzas, golpeó la cabeza de Birkin. Pero los dedos de Hermione, agarrando la piedra, amortiguaron el golpe. A pesar de ello, la cabeza de Birkin cayó hacia delante, sobre el tablero de la mesa en que se encontraba el libro, de manera que la superficie de la piedra resbaló por la parte lateral de la cabeza, pasando sobre la oreja, y Hermione experimentó una convulsión de pura dicha, encendida por el dolor de los dedos aplastados. Pero aquella dicha no era aún completa. Hermione volvió a levantar el brazo sobre la cabeza que reposaba atontada sobre la mesa. Tenía que aplastar aquella cabeza, tenía que aplastarla para que su éxtasis quedara consumado, logrado para siempre. Mil vidas, mil muertes carecían de toda importancia, y solo importaba la consumación de aquel perfecto éxtasis.

Hermione no era mujer rápida, sólo podía moverse despacio. Un recio espíritu despertó en el interior de Birkin y le obligó a levantar la cabeza y volver la cara para ver a Hermione. Tenía el brazo alzado y en la mano una bola de lapislázuli. Era el brazo izquierdo. Con horror, Birkin volvió a recordar que Hermione era zurda. Rápido, en un movimiento propio del acto

de guarecerse, Birkin se cubrió la cabeza con el grueso volumen de Tucídides, y entonces cayó el golpe, que casi le partió el pescuezo y que hizo añicos su corazón.

Birkin se sentía aniquilado, pero sin miedo. Girando sobre sí mismo, para dar frente a Hermione, empujó la mesa, y quedó fuera del alcance de ella. Birkin se sentía como si fuera un frasco hecho añicos, añicos menudos como átomos. Tenía la impresión de que todo él no era más que fragmentos. Sin embargo, sus movimientos fueron perfectamente coherentes y firmes. Su alma estaba entera, y sin haber experimentado sorpresa alguna. En voz baja, Birkin dijo:

—No hagas eso, Hermione. No te lo permitiré.

La veía ante él, alta, pálida y atenta, con la piedra en la mano crispada. Acercándose a Hermione, Birkin dijo:

—Apártate y déjame salir de aquí.

Como si una mano la empujara, Hermione se echó a un lado, sin dejar de mirar inmutable a Birkin, como un ángel neutralizado que con él se enfrentara. Después de haber rebasado a Hermione, Birkin dijo:

—No serviría para nada. ¿Oyes? No sería yo quien moriría. ¿Oyes?

Birkin se fue sin perder de vista a Hermione, no fuera que volviese a golpearle. Mientras Birkin estuviera en guardia, Hermione no osaría atacarle. Mientras Birkin estuviera en guardia, Hermione era impotente. Birkin salió, dejándola allí, de pie.

Quedó perfectamente rígida, en pie, largo rato. Luego se acercó con paso inseguro al sofá y se tendió en él, sumiéndose en un profundo sueño. Cuando despertó, recordó lo que había hecho, pero le pareció que se había limitado a golpear a Birkin, tal como hubiera hecho cualquier otra mujer, debido a que la torturaba. Hermione tenía toda la razón. Le constaba que, espiritualmente, tenía toda la razón. En su infalible pureza, había hecho lo que se debe hacer. Tenía razón y era pura. Una expresión drogada, religiosa y casi siniestra se formó en su rostro, quedando permanentemente fijada en él.

Birkin, apenas consecuente, pero con movimientos firmes, salió de la casa, cruzó el parque y salió al campo abierto, encaminándose hacia las colinas. El cielo, antes luminoso, estaba cubierto y lloviznaba aquí y allá. Vagando sin rumbo, llegó a una zona, junto al valle, en la que había grupos de avellanos, gran número de flores, matojos, y grupitos de pinos jóvenes, con brotes como suaves zarpas. Había humedad en todas partes, y, allá, en el fondo del valle, discurría un triste riachuelo, o por lo menos un riachuelo que pareció triste a Birkin. Se daba cuenta de que no podía recuperar la plena conciencia y de que

se movía en un ambiente de penumbra.

Sin embargo, deseaba algo. Se sentía feliz en la falda de la colina, oscurecida por la vegetación, con abundancia de arbustos y flores. Birkin quería tocar todo aquello, saturarse con el contacto de cuanto veía. Se desnudó, y se sentó desnudo entre las velloritas, moviendo suavemente los pies entre ellas, moviendo las piernas, las rodillas y los brazos hasta los sobacos metidos entre las flores, yacente, dejando que las flores tocaran su vientre, tocaran su pecho. Era un contacto muy delicado, fresco y sutil en todo su cuerpo, que parecía íntegramente saturado de aquella sensación.

Pero las flores eran suaves en exceso. Por entre la alta hierba, se acercó a un grupo de jóvenes pinos, cuya altura no superaba la de un hombre. Las suaves y agudas ramas golpearon su cuerpo, mientras avanzaba por entre ellas sintiendo penetrantes sensaciones dolorosas, y las ramas le arrojaban rociadas de agua al vientre, y le fustigaban los lomos con las apiñadas agujas suaves y picantes. Un cardo le pinchó vivamente, aunque no mucho, ya que los movimientos de Birkin eran suaves y equilibrados. Yacer y revolcarse entre los pegajosos y frescos jacintos jóvenes, yacer boca abajo y cubrirse la espalda con puñados de hierba fresca y fina, suave como el aliento, suave y más delicada y más hermosa que el contacto con cualquier mujer, y luego pincharse un muslo contra las vivas y oscuras puntas de las ramas de los pinos, y después sentir el leve latigazo de las ramas del avellano en los hombros, el latigazo picante, y luego oprimir el plateado tronco del abedul contra el pecho, con su suavidad, su dureza, sus vitales nudos y surcos. Eso era bueno, todo eso era muy bueno y muy satisfactorio. Ninguna otra cosa había, nada sería satisfactorio, salvo aquel frescor y sutileza de la vegetación penetrando en la sangre. ¡Cuánta suerte tenía de que existiera aquella vegetación bella, sutil, amiga, que le esperaba, tal como él la esperaba a ella! ¡Cuán logrado, cuán feliz se sentía!

Mientras se secaba un poco el cuerpo con un pañuelo, Birkin pensó en Hermione y en el golpe que le había propinado. Sentía dolor en la parte lateral de la cabeza. Pero ¿qué importaba?, ¿qué importaba Hermione, qué importaba la gente? Tenía aquella perfecta y fresca soledad, dulce, fresca e inexplorada. Realmente, había cometido un error al imaginar que necesitaba a la gente, que necesitaba una mujer. No quería una mujer, de ninguna manera. Las hojas, las velloritas y los árboles eran verdaderamente adorables, frescos y deseables, y realmente penetraban en la sangre y se incorporaban a su ser. Se sentía inconmensurablemente enriquecido y contento.

Hermione estuvo en lo cierto al desear matarle. ¿Qué tenía él que ver con ella? ¿Por qué fingir, él, la existencia de relación alguna con los seres humanos? Su mundo estaba allí. No quería a nadie ni nada, salvo la vegetación dulce, sutil y viva, y su propio yo, su propia persona viva.

Era preciso regresar al mundo. En él se hallaba la verdad. Nada importaba todo lo demás si uno sabía cuál era el lugar al que pertenecía. Birkin sabía cuál era su lugar. Ése era su lugar, el lugar de su matrimonio. La vida social no tenía nada que ver con él.

Mientras subía la cuesta para salir del valle, Birkin se preguntó si acaso estaba loco. Y concluyó que, en caso de estarlo, prefería su particular locura a la cordura habitual. Gozaba con su locura, se sentía libre. No quería la vieja cordura del mundo, que tan repulsiva había llegado a ser. Gozaba en el recién descubierto mundo de su locura. Era fresco, delicado y satisfactorio.

El indudable dolor que, al mismo tiempo, sentía en su alma, sólo se debía a los restos de la vieja ética, que imponen al ser humano que sea solidario con la humanidad. Pero Birkin estaba ya cansado de la vieja ética, del ser humano y de la humanidad. Amaba la suave y delicada vegetación, tan fresca y tan perfecta... Ignoraría el viejo dolor, alejaría de sí la vieja ética, y sería libre en su nuevo estado.

Se daba cuenta de que el dolor en su cabeza aumentaba. Caminaba por la carretera hacia la estación de ferrocarril más próxima. Llovía e iba sin sombrero. Sin embargo, en los presentes tiempos, abundaban los excéntricos que iban sin sombrero bajo la lluvia.

Volvió a preguntarse hasta qué punto aquel peso que sentía en el corazón, aquella depresión indudable, se debía al miedo, al miedo de que alguien le hubiera visto desnudo, yacente entre la vegetación. ¡Qué miedo tenía al prójimo, a los seres humanos! Aquel miedo era casi horror, el horror que se siente en las pesadillas, su horror a ser observado por la gente. Si viviera en una isla, como Alexander Selkirk, con la sola compañía de los animales y los árboles, viviría libre y contento, sin sentir aquel peso, aquellos celos. Podría amar la vegetación y ser feliz, sin que nadie le formulara preguntas, completamente solo.

Pensó que más le valdría mandar una nota a Hermione. Cabía la posibilidad de que ésta se preocupara por su suerte, y Birkin no estaba dispuesto a llevar semejante carga. En la estación le escribió:

Me voy a la ciudad. Por el momento no deseo regresar a Breadalby. Pero no debes preocuparte. No quisiera que el hecho de haberme atizado sea, para ti, motivo de siquiera la más leve preocupación. Di a los demás que me he ido en uno de mis arrebatos de mal humor. Al atizarme hiciste lo que debías, sí, porque deseabas atizarme. En fin, así ha terminado la historia.

Sin embargo, en el tren se sintió mal. Las sacudidas le producían un dolor terrible, y estaba mareado. Casi arrastrándose consiguió salir de la estación y subir a un taxi, caminando despacio, tanteando el suelo a cada paso, como un

ciego, y manteniéndose en pie gracias solamente a un oscuro resto de voluntad.

Estuvo enfermo una o dos semanas, pero hizo lo preciso para que Hermione no se enterara, y ésta creyó que Birkin quería demostrarle que estaba dolido. La separación de los dos era absoluta. Hermione se sumió en un éxtasis de convencimiento de la justicia de su comportamiento. Vivía por y para su propia estima, por y para la convicción de la justicia de su espíritu.

9. POLVILLO DE CARBÓN

Camino de su casa, procedentes de la escuela, las hermanas Brangwen descendieron por la falda de la colina, entre las pintorescas casitas de Willey Green, hasta llegar al paso a nivel. Lo encontraron cerrado, debido a que el tren de la mina se acercaba con creciente ruido. Oían el ronco jadeo de la pequeña locomotora avanzando cautelosa por entre los dos márgenes. El hombre de la pierna amputada, en la caseta de señales, junto a la carretera, vigilaba desde su refugio, como un cangrejo en una caracola.

Mientras las dos chicas esperaban, llegó Gerald Crich, montado en una roja yegua árabe, al trote. Cabalgaba bien, suavemente, sintiendo el placer del delicado temblor del animal que llevaba entre las rodillas. Gerald tenía aspecto pintoresco, por lo menos a juicio de Gudrun, firme y suavemente asentado en la esbelta yegua roja, cuya larga cola flotaba en el aire. Gerald saludó a las dos muchachas, se acercó a las vías, para esperar que se levantara la barrera, mirando hacia el lado por el que se acercaba el tren. A pesar de que el pintoresco aspecto de Gerald hacía sonreír irónicamente a Gudrun, a ésta le gustaba contemplarle. Tenía el cuerpo bien asentado y flexible, en su cara cálidamente tostada destacaba el bigote blanquecino y de pelo duro, y sus azules ojos estaban llenos de luz, mientras miraban a lo lejos.

Jadeante y despacio, la locomotora avanzaba por entre los márgenes, oculta. Eso no gustó a la yegua. Comenzó a retroceder, como si el desconocido ruido la fustigara. Pero Gerald la obligó a avanzar, hasta dejarla con la cabeza junto a la barrera. Los recios resoplidos de la máquina jadeante azotaban con más y más fuerza a la yegua. Los repetidos y secos golpes de aquel ruido desconocido y aterrador estremecieron el cuerpo de la yegua, hasta el punto de producirle un terror que la balanceaba hacia delante y hacia atrás. Igual que un muelle liberado de la presión que lo oprime, la yegua retrocedió. Pero en el rostro de Gerald apareció una expresión luminosa y casi sonriente. Obligó a la yegua a volver, inevitablemente, al punto en que antes se hallaba.

El ruido sonaba ya libremente; la pequeña locomotora, con su ruidoso émbolo de acero, apareció ante la vista de los que se encontraban en la carretera, acompañada de su sonoro traqueteo. La yegua saltó como una gota de agua al caer sobre una porción de hierro ardiente. Úrsula y Gudrun, atemorizadas, retrocedieron hasta quedar con la espalda junto al seto. Pero Gerald, dominando pesadamente a la yegua, la obligó a volver al sitio anterior. Parecía que Gerald hubiera penetrado magnéticamente en el cuerpo de la yegua, y pudiera impulsarla hacia delante, en contra de su voluntad.

En voz alta, Úrsula opinó:

—¡Necio! ¿Por qué no se aleja hasta que haya pasado el tren?

Gudrun miraba a Gerald, con los ojos tenebrosamente dilatados, fascinados. Gerald, luminoso y obstinado, se imponía a la yegua inquieta, que se revolvió y agitaba como un viento, a pesar de lo cual no podía hurtarse a la voluntad de Gerald, y tampoco podía escapar del loco clamoreo de terror que resonaba en todo su cuerpo, mientras los vagones traqueteaban despacio, pesados, horrísonos, uno tras otro, persiguiéndose, sobre los raíles del paso a nivel.

La locomotora, como si quisiera hacer algo para solucionar el problema, frenó, con lo que los vagones retrocedieron, entrechocando sus parachoques de hierro, sonando como terribles címbalos, estrellándose los unos contra los otros, más y más cerca, en aterradores impactos estridentes. La yegua abrió la boca y despacio se levantó en el aire, como si un viento de terror la alzara. De repente, braceó con las patas delanteras, en una convulsión suprema para huir del horror. Se encabritó más, hacia arriba y hacia atrás, y las dos muchachas se cogieron, la una a la otra, convencidas de que caería de grupas sobre ellas. Pero Gerald inclinó el cuerpo hacia delante, luminosa la cara con expresión de firme diversión, y, por fin, hundió a la yegua, la obligó a posar las manos en el suelo, y la impulsó hacia delante, hacia el lugar en que antes estaba. Pero tan fuerte como la presión de mando que Gerald ejercía en la yegua era la repulsión del sumo terror que ésta sentía, y que la alejaba de las vías del tren, por lo que, alzada sobre sus patas traseras, giró sobre sí misma, y giró y giró, como si se encontrara en el centro de un remolino. Eso produjo en Gudrun una sensación de desmayo, un penetrante mareo que parecía empapar su corazón.

Úrsula, totalmente fuera de sí, gritó con todas sus fuerzas:

—¡No! ¡No! ¡Déjala! ¡Déjala que se aleje! ¡Necio! ¡Necio!

Y Gudrun odió intensamente a Úrsula por no saber dominarse. La voz de Úrsula, tan recia y tan desnuda, le parecía insoportable.

La expresión del rostro de Gerald se endureció. Clavó su cuerpo en la yegua como se clava un cuchillo en la carne, y la obligó a dar media vuelta. La

respiración de la yegua sonaba como un rugido, sus ollares eran dos anchos y ardientes orificios, tenía la boca abierta, frenéticos los ojos. Era una imagen repulsiva. Pero Gerald no disminuyó su presión, casi mecánicamente implacable, agudamente clavado en ella, como una espada. La violencia había cubierto de sudor tanto al hombre como al caballo. Pero, a pesar de ello, Gerald parecía tranquilo como un rayo de sol frío.

Entretanto, los eternos vagones pasaban con su estruendoso rumor, muy despacio, unidos el uno al otro, uno tras otro, como un pesado sueño sin fin. Las cadenas que los unían gemían y chirriaban al compás de las variaciones de la tensión, la yegua braceaba e intentaba alejarse mecánicamente, con el terror cuajado en ella, ya que el hombre la tenía dominada. Ciegas y patéticas eran las manos de la yegua al golpear el aire, y el hombre, cercándola a horcajadas, hacía descender su cuerpo, casi como si la yegua fuera parte de su propia realidad física.

Úrsula, en frenético odio y oposición a Gerald, gritó:

—¡Está sangrando! ¡La yegua sangra!

Sólo ella comprendía perfectamente a Gerald, en su pura oposición.

Gudrun miró, vio los riachuelos de sangre en los ijares de la yegua, y palideció. Y, en ese momento, las destellantes espuelas, en implacable presión, volvieron a clavarse en las heridas. El mundo vaciló y se disolvió en la nada, ante Gudrun, que quedó sin capacidad de ver y comprender.

Cuando Gudrun se recobró, su alma se hallaba fría y sosegada, sin sentimientos. Los vagones seguían desfilando estruendosos y el hombre y la yegua seguían luchando. Pero Gudrun estaba fría y lejos, y la yegua y el hombre ningún sentimiento inspiraban en ella. Estaba dura, fría e indiferente.

Ya veían la techumbre del furgón de cola, con su pequeña atalaya cubierta, acercándose. El sonido de los vagones menguaba, y había esperanzas de alivio del intolerable ruido. El necio jadeo de la atontada yegua sonaba automáticamente, y el hombre que la montaba parecía relajarse confiadamente, con su voluntad reluciente y sin mácula. Llegó el furgón de cola y pasó despacio, y el hombre que iba en él contempló al pasar el espectáculo en la carretera. A través del hombre del furgón de cola, Gudrun pudo ver la escena entera como un espectáculo aislado y pasajero, como una visión solitaria en la eternidad.

Parecía que los vagones que se alejaban hubieran dejado una estela de bello y agradable silencio. ¡Qué dulce es el silencio! Úrsula miró con odio los parachoques traseros del vagón cuyo tamaño disminuía a lo lejos. El guarda estaba de pie en la puerta de la caseta, presto a abrir la barrera. Pero Gudrun se adelantó bruscamente, de un salto, se puso ante el caballo, que seguía

luchando, abrió el cerrojo de la barrera y separó las vallas, lanzando una hacia el guarda, y empujando corriendo la otra en sentido opuesto. Bruscamente, Gerald alivió la tensión de las riendas, y el caballo, liberado, saltó al frente, casi sobre Gudrun. Ésta no sintió miedo. En el momento en que Gerald tiraba de las riendas para hacer volver a un lado la cabeza de la yegua, Gudrun gritó en voz extraña y aguda, como la de las gaviotas, o como una bruja, allí, en el linde de la carretera:

—Eres un orgulloso.

Las palabras sonaron claramente, bien formadas. El hombre, volviendo su cuerpo, mientras el caballo parecía bailar, la miró con cierta sorpresa, con cierto intrigado interés. Cuando los cascos de la yegua hubieron bailado tres veces en las maderas, sonoras cual tambores, entre los rieles, el hombre y el caballo se alejaron a saltos potentes y desiguales, carretera arriba.

Las dos muchachas los contemplaron mientras se alejaban. El guarda cruzó cojeando, golpeando con la pata de madera las maderas del paso a nivel. Había fijado, a uno y otro lado, las dos partes de la barrera abierta. Se volvió y dijo a las dos muchachas:

—Buen jinete es el muchacho. Éste hará carrera a poco que le dejen.

Con voz ardiente, insultante, Úrsula gritó:

—Sí. ¿Y por qué no ha alejado al caballo hasta que hubieran pasado los vagones? Es un necio y un bruto. ¿Imagina que es muy viril torturar a un caballo? El caballo es un ser vivo, ¿por qué ha de tratarlo brutalmente y torturarlo?

Hubo una pausa. Luego el guarda meneó la cabeza y dijo:

—Sí, es una yegua muy bonita, pequeña y hermosa. No, el padre del muchacho jamás trató así a los animales... No, no. Son muy distintos esos dos, Gerald Crich y su padre. Son hombres muy diferentes, de naturaleza diferente...

Hubo otra pausa, Úrsula gritó:

—Pero ¿por qué lo hace?, ¿por qué? ¿Supone que ha hecho algo grande al maltratar a un ser que tiene diez veces más sensibilidad que él?

Hubo otra cautelosa pausa. Y otra vez el guarda meneó la cabeza, como si prefiriera guardar silencio a decir lo mucho que pensaba. Sin embargo, replicó:

—Supongo que quiere acostumbrar a la yegua a todo. Es una yegua árabe, purasangre. No, no es como los caballos de aquí, es totalmente distinta. Dicen que se la trajeron de Constantinopla.

Úrsula opinó:

—Más le hubiera valido dejarla entre los turcos. Estoy segura de que la hubieran tratado mejor que él.

El hombre entró en la caseta para tomar su botecillo de té, y las chicas siguieron su camino por la carretera cubierta de una espesa y suave capa de polvillo negro. Gudrun tenía la mente atontada por la sensación del indomable y suave peso del hombre, hundiéndose en el vivo cuerpo del caballo, de los fuertes e indomables muslos del hombre rubio oprimiendo el palpitante cuerpo de la yegua, en absoluto dominio, en una especie de dominio suave, blanco, magnético, ejercido con los lomos, los muslos y las pantorrillas, abrazando y abarcando pesadamente a la yegua, para someterla a una indecible sumisión, una sumisión de sangre suave y terrible.

Las muchachas caminaban en silencio. A su izquierda se alzaban los grandes montículos de la mina de carbón, y las formas cuadrículadas de las instalaciones de superficie. Inmediatamente debajo, la negra zona del ferrocarril, con los vagones quietos, parecía un puerto, una amplia bahía con rieles y con vagones anclados.

Cerca del segundo paso a nivel, con gran número de relucientes vías, había una granja, propiedad de la empresa minera, y en un cercado, cerca de la carretera, se veía un gran globo de hierro, una caldera en desuso, grande, oxidada, perfectamente redonda y silenciosa. Las gallinas picoteaban alrededor de la caldera, unos pollos guardaban el equilibrio subidos al abrevadero y unos pajarillos se alejaban volando del agua, por entre los camiones.

Al otro lado del ancho paso a nivel, en la linde de la carretera, había un montón de piedrecillas de color gris pálido, para reparar el piso de las carreteras, un carro con su caballo, y un hombre de edad mediana, con bigotes que parecían rodearle la cara, apoyado en una pala, que hablaba con un joven con polainas, situado junto a la cabeza del caballo. Los dos estaban frente al paso a nivel.

Vieron aparecer a las dos muchachas, figuras pequeñas y coloridas, a poca distancia, bajo la fuerte luz de la última hora de la tarde. Ambas iban con ligeros y alegres vestidos veraniegos. Úrsula llevaba una chaqueta de punto de color naranja. Y Gudrun una de color amarillo pálido. Úrsula iba con medias amarillo canario. Y Gudrun, de vivo color de rosa. Las figuras de las dos mujeres parecían brillar en su avance por la llana zona del paso a nivel, en blanco, naranja, amarillo y rosa, destellando en su movimiento a través de un mundo ardiente cubierto de polvillo de carbón.

Los dos hombres, muy quietos, en el calor, miraban. El mayor era un hombre de edad mediana, bajo, de facciones duras, enérgicas. El más joven contaría unos veintitrés años, aproximadamente. Los dos contemplaban en

silencio el avance de las hermanas. Las contemplaron cuando se acercaban, mientras pasaban ante ellos, y mientras se alejaban por la polvorienta carretera, con viviendas a lo largo de uno de sus lados, y polvoriento trigo verde en el otro.

Entonces, el mayor de los dos, el de los bigotes rodeándole la cara, dijo con tono de lujuria al otro:

—Buena pieza la chica, ¿no? No ha de estar mal, no...

El joven, riendo, interesado preguntó:

—¿Cuál de las dos?

—La de las medias rosas. ¿Qué te parece? Daría la paga de una semana para estar cinco minutos con ella. Sólo cinco minutos.

El joven volvió a reír. Contestó:

—Me parece que tu costilla no estaría de acuerdo.

Gudrun había dado media vuelta y miraba a los dos hombres. Para ella eran seres siniestros, que la observaban allí, junto al montón de pálida escoria. El hombre con los bigotes alrededor de la cara provocó odio y aborrecimiento en ella. Desde lejos, el hombre le dijo:

—De primera, de primera clase eres.

El joven, meditativo, preguntó:

—¿Crees que vale el salario de una semana?

—¿Que si lo creo? ¡Ahora mismo pondría el dinero aquí!

El joven miró objetivamente a Gudrun y a Úrsula, como si quisiera averiguar qué había en ellas que valiera el salario de una semana. Meneó la cabeza con fatal desconfianza y dijo:

—No. Yo no daría tanto dinero.

El viejo afirmó:

—¿No? ¡Pues yo sí!

Y con la pala volvió a atacar el montón de piedrecillas.

Las muchachas descendían por entre dos filas de casas con tejados de pizarra y negruzcas paredes de ladrillos. El pesado encanto dorado del ocaso ya cercano cubría la zona minera, y su fealdad cubierta de belleza era como un narcótico para los sentidos. La riqueza de aquella luz se posaba más cálidamente, más pesadamente sobre los caminos cubiertos de polvillo negro, y el esplendor de los últimos momentos del día infundía magia a aquella

amorfa sordidez.

Gudrun, evidentemente víctima de la fascinación, dijo:

—Este lugar tiene una especie de belleza sucia. ¿No ejerce en ti una atracción caliente, espesa? En mí, sí. Me deja pasmada.

Pasaban entre bloques de viviendas de mineros. En el patio trasero de algunas viviendas se veía a algún que otro minero, lavándose al aire libre, en la tarde calurosa, con el torso desnudo, con los anchos pantalones de burda tela caídos por debajo de las caderas. Mineros ya limpios, sentados en cuclillas, con la espalda en la pared de la casa, hablaban o guardaban silencio, gozando de puro bienestar físico, cansados, en físico descanso. Hablaban con fuerte entonación, y el acento abierto del habla dialectal acariciaba curiosamente la sangre. A Gudrun le parecía que aquel sonido la envolvía en caricias de obrero; en el ambiente había el eco de hombres físicos, una atractiva densidad de trabajo y virilidad impregnaba el aire. Pero eso se encontraba en todo el distrito minero, por lo que sus habitantes no se daban cuenta.

Sin embargo, para Gudrun constituía una realidad fuerte y, en parte, repulsiva. Jamás había sabido por qué Beldover era tan profundamente diferente de Londres y del sur, por qué los sentimientos que suscitaba eran tan distintos, por qué se tenía la impresión de vivir en otro planeta. Gudrun se dio cuenta de que aquél era el mundo de los recios hombres de las entrañas de la tierra, que pasaban la mayor parte de su tiempo en la oscuridad. En sus voces, Gudrun oía la voluptuosa resonancia de la oscuridad, del fuerte y peligroso mundo subterráneo, indiferente e inhumano. También había en su voz el sonido de máquinas extrañas, pesadas, engrasadas. Aquella voluptuosidad era como la de la maquinaria, fría y férrea.

Lo mismo le sucedía a Gudrun cada noche al regresar a su casa; tenía la impresión de encontrarse sumida en una onda de fuerza que la quebrantaba, de fuerza emanada de la presencia de miles de vigorosos, subterráneos y casi automáticos mineros, fuerza que penetraba en su cerebro y en su corazón, despertando en ella un mortal deseo y una dureza mortal.

Entonces la avasalló una sensación parecida a la nostalgia, nostalgia de aquel lugar. Odiaba el lugar, sabía cuán irremediablemente aislado se hallaba, cuán horrible y cuán irremediablemente era diferente de todo. Alguna que otra vez, Gudrun batió sus alas, como una nueva Dafne, aunque no para convertirse en árbol, sino en máquina. Y, sin embargo, la nostalgia seguía avasallándola. Luchó para estar más y más en armonía con el ambiente del lugar, por cuanto ansiaba extraer de él satisfacción.

Gudrun fue arrastrada fuera de la noche y llevada a la calle principal, fea e

increada, aun cuando recargada de aquella misma atmósfera de intensa y oscura dureza. Siempre había mineros en un sitio u otro. Se movían con aquel extraño y deforme aire de dignidad, con cierta belleza y artificial serenidad en su porte, con gesto abstraído y casi de resignación en sus caras pálidas y, a menudo, flacas. Pertenecían a otro mundo, tenían un extraño encanto, sus voces rebosaban profunda e intolerable resonancia, cual la del zumbido de una máquina, una música más enloquecedora que la de las marinas sirenas de antaño.

Se juntó con las restantes mujeres normales y corrientes, que en la tarde del viernes eran arrastradas al pequeño mercado. El viernes era el día en que los mineros cobraban, y su noche era noche de compras. Todas las mujeres estaban fuera de casa, todos los hombres se encontraban en la calle, de compras con la esposa o reunidos con sus camaradas. El pavimento de las calles quedaba oscurecido por la multitud de personas que se adentraba en el pueblo. El pequeño mercado, en lo alto de la colina, y la calle principal de Beldover quedaban negros de hombres y de mujeres que formaban una densa muchedumbre.

Era de noche, las luces de petróleo hacían caluroso el aire del mercado y proyectaban luz rojiza sobre los rostros graves de las mujeres que compraban, y sobre las pálidas y abstraídas caras de los hombres. En el aire resonaban los gritos de los vendedores, que pregonaban sus mercancías, y las voces de la gente que hablaba, en tanto que densos caudales de seres humanos avanzaban hacia la compacta multitud congregada en el mercado. Las tiendas ardían de luz y estaban atestadas de mujeres; en las calles habían hombres, hombres principalmente, mineros de todas las edades. El dinero se gastaba casi con pródiga libertad.

Los carros que llegaban no podían pasar. Tenían que esperar, y el conductor gritaba y aullaba hasta que la densa multitud le cedía paso. En todas partes, muchachos de los distritos contiguos charlaban con chicas, en pie en la calle, en las esquinas. Las puertas de las tabernas estaban abiertas de par en par y en los locales rebosantes de luz, una incesante corriente de hombres entraba y salía, todos los hombres se saludaban a gritos, o cruzaban de un lado a otro para ir al encuentro de alguien, o estaban en pie formando pequeños grupos o círculos, discutiendo, discutiendo interminablemente. La sensación de las conversaciones, conversaciones en zumbidos, conversaciones hirientes, conversaciones medio secretas, las constantes discusiones sobre temas mineros y políticos vibraban en el aire como el discordante sonido de la maquinaria. Estas voces afectaban a Gudrun hasta el punto de dejarla sin fuerzas, casi desvanecida. Provocaban un extraño y nostálgico dolor de deseo, algo casi demoníaco, que jamás podría quedar satisfecho.

Al igual que cualquier otra chica del distrito, Gudrun anduvo arriba y

abajo, a lo largo de los doscientos pasos de iluminado pavimento inmediato al mercado. Sabía que su comportamiento era vulgar. Sus padres lo hubieran considerado intolerable. Pero la nostalgia la dominaba y tenía necesidad de estar inmersa en la multitud.

Y Gudrun, en esas salidas nocturnas, a veces iba al cine, para sentarse entre muchachos palurdos, muchachos de aspecto chulapo, sin atractivo, paletos. Pero, a pesar de todo, Gudrun tenía la necesidad de mezclarse con ellos.

Y, al igual que cualquier otra muchacha normal y corriente, Gudrun encontró a su «chico». Era un técnico, especializado en electricidad, uno de los técnicos incorporados a la industria del carbón, en virtud de los nuevos planes implantados por Gerald. Se trataba de un hombre entusiasta, inteligente, de un científico apasionado por la sociología. Vivía solo en una casita, a pensión, en Willey Green. Era un caballero en posición suficientemente desahogada. Su patrono difundía detalles acerca de la manera de ser del muchacho: exigía tener una gran bañera de madera en su dormitorio, y siempre, al regresar del trabajo, exigía que subieran a su cuarto cubos y cubos de agua, para tomar un baño, y, después, todos los días, se ponía camisa y paños menores limpios, y limpios calcetines de seda. Era refinado y exigente en todos esos asuntos; pero, por lo demás, sumamente sencillito y sin pretensiones.

Gudrun sabía todo lo anterior. A casa de los Brangwen las habladurías llegaban de manera natural e inevitable. Primeramente, Palmer fue amigo de Úrsula. Pero, en su cara pálida, seria y elegante, había los mismos signos de aquella sensación de nostalgia que experimentaba Gudrun. También él sentía la necesidad de pasear arriba y abajo por la calle, en la tarde del viernes. Gudrun y él paseaban juntos, y así se inició una amistad entre los dos. Pero Palmer no estaba enamorado de Gudrun. En realidad, Palmer deseaba a Úrsula, pero, por extrañas y desconocidas razones, no podía ocurrir nada entre los dos. Le gustaba tratar a Gudrun, aunque sólo como mente afín y nada más. Y Gudrun no sentía nada real por Palmer. Era un científico y necesitaba el apoyo de una mujer. Pero se trataba de un hombre impersonal, dotado de la belleza propia de una elegante máquina. Excesivamente frío y destructivo, excesivamente egoísta, no podía dar verdadera importancia a las mujeres. Vivía en la órbita de los hombres. Individualmente, los despreciaba y detestaba, pero como masa le fascinaban, de la misma forma que le fascinaban las máquinas. Para él los hombres eran una nueva especie de maquinaria, aunque totalmente imprevisible en su comportamiento.

El caso es que Gudrun paseaba por la calle o iba al cine en compañía de Palmer. Y la cara de Palmer, larga, pálida y de notable elegancia, se iluminaba cuando Gudrun hacía sus sarcásticas observaciones. Así eran aquellos dos: en cierto sentido, dos elegantes; en otro sentido, dos unidades absolutamente

solidarias con la gente del pueblo, unidas a los deformes mineros de carbón. Parecía que el mismo secreto animara las almas de todos ellos, de Gudrun, de Palmer, de los jóvenes palurdos de sangre ardiente, de los flacos mineros de edad mediana. Todos tenían una secreta sensación de poderío, de una indecible capacidad de destrucción, y de una fatal tibieza, de cierta podredumbre de la voluntad.

A veces, Gudrun se alejaba de todo, se echaba a un lado, para contemplarlo todo, para ver cómo se acoplaba a aquello. Y entonces la invadían una ira y un desprecio furiosos. Tenía la impresión de que se estaba hundiendo en una masa, juntamente con todos los demás, todos apretujados, mezclados y desalentados. Era horrible. Gudrun se ahogaba. Emprendía la huida, febrilmente se refugiaba en su trabajo. Pero pronto lo abandonaba. Salía al campo, al campo oscuro, pletórico de encanto. Y su hechizo comenzaba de nuevo a producirle efectos.

10. EL CUADERNO DE APUNTES

Una mañana, las dos hermanas estaban dibujando en la orilla más alejada del lago de Willey Water. Gudrun, chapoteando en el agua, había llegado a un islote cubierto de guijarros y, sentada al modo de los budistas, miraba fijamente las plantas acuáticas que se alzaban lujuriantes en el barro de la orilla. Gudrun veía barro suave, rezumante y aguado barro, de cuyo fecundo frescor se alzaban las plantas acuáticas, gruesas, frescas y carnosas, rectas y turgentes, proyectando sus hojas horizontalmente, y con colores oscuros y vitales, verde oscuro, con manchas de un negro purpúreo y bronceo. Pero Gudrun sentía la turgente y carnosa estructura, en una visión sensual, y sabía el modo en que aquellas plantas surgían del barro, y sabía el modo en que ramificaban su cuerpo, el modo en que se alzaban rígidas y lujuriantes en el aire.

Úrsula contemplaba las mariposas, que las había a docenas en las inmediaciones del agua, las menudas mariposas azules que salían bruscamente de la nada para penetrar en una vida preciosa, una vida como una joya; la gran mariposa negra y roja posada sobre una flor, y alentando con sus suaves alas, alentando embriagadoramente, alentando pura y etérea luz del sol; las dos mariposas blancas que se debatían en el aire bajo, con una aureola alrededor, y cuando se acercaron a Úrsula ésta vio que las puntas de las alas tenían color anaranjado y que era ese color lo que les confería aquella aureola. Úrsula se levantó y se alejó inconscientemente, como las mariposas.

Gudrun, absorta en un estupor de aprehensión de las plantas acuáticas

alzándose hacia el cielo, se quedó sentada, con la espalda encorvada, en el islote, dibujando, sin levantar la vista durante largo rato, y mirando luego inconscientemente, absorta, los rígidos, desnudos y lujuriantes tallos. Iba descalza, y había dejado el sombrero en la orilla, frente a ella.

El sonido de remos en el agua la sacó de su trance. Miró alrededor. Vio una barquichuela, con una sombrilla japonesa de vívidos colores, y un hombre vestido de blanco, remando. La mujer con la sombrilla era Hermione, y el hombre era Gerald. Gudrun se dio cuenta al instante. Y seguidamente, fue presa de un agudo estremecimiento de anticipación, de una vibración eléctrica en las venas, intensa, mucho más intensa que aquella que siempre zumbaba sordamente en el ambiente de Beldover.

Gerald era, para Gudrun, el punto por el que huir del pesado ataque de los mineros subterráneos y automáticos. Gerald salía del barro. Era dueño de sí. Gudrun se fijó en la espalda de Gerald, en el movimiento de sus lomos cubiertos de blanco. Pero, en realidad, no se fijó en eso, sino en la blancura que Gerald parecía llevar en sí en el momento en que, al remar, se inclinaba al frente. Parecía inclinarse en busca de algo. Su aire esplendente y blanquecino semejava la electricidad del cielo.

La voz de Hermione, flotando clara y distinta en el aire, sobre el agua, llegó a los oídos de Gudrun:

—Mira, ahí está Gudrun. Vayamos a hablar con ella, ¿te parece?

Gerald alzó la vista y vio a la muchacha en pie, junto al agua, mirándole. Orientó la barca hacia ella, magnéticamente, sin pensar siquiera. En el mundo de Gerald, en su mundo consciente, Gudrun no significaba nada todavía. A Gerald le constaba que Hermione se complacía en prescindir de todo género de diferencias sociales, por lo menos aparentemente, por lo que dejó que fuera ella quien llevara la iniciativa.

Hermione, utilizando el nombre de pila, lo cual era moda, canturreó:

—¿Cómo estás, Gudrun? ¿Qué haces?

—¿Qué tal, Hermione? Estaba dibujando.

La barca se acercó hasta tocar fondo con la quilla.

—¿De veras? ¿Podemos ver lo que dibujabas? Tengo muchas ganas de verlo.

Era inútil ofrecer resistencia a la deliberada voluntad de Hermione. Con desgana, Gudrun, a quien no gustaba mostrar las obras cuando estaban inacabadas, repuso:

—La verdad es que el dibujo no tiene interés alguno.

—¿No? Anda, deja que lo vea.

Gudrun alargó el brazo con el cuaderno de apuntes en la mano, y Gerald inclinó el cuerpo fuera de la borda, para cogerlo. Y, en el momento de hacerlo, recordó las últimas palabras que Gudrun le había dirigido, y recordó la cara de Gudrun alzada hacia él, montado en la inquieta yegua. Sintió en los nervios una intensificación del orgullo, por cuanto comprendió que, en cierto modo, Gudrun se sentía fuertemente atraída hacia él. El intercambio de sentimientos entre los dos era fuerte y totalmente ajeno a sus respectivas conciencias.

Como en un trance mágico, Gudrun tuvo conciencia del cuerpo de Gerald, acercándose a ella, como un fuego de San Telmo, y de la mano dirigiéndose también hacia ella, rectamente, como un tallo. La voluptuosa y aguda aprehensión de Gerald debilitó la sangre en las venas de Gudrun, y dejó su mente oscurecida e inconsciente. Y Gerald se balanceaba perfectamente sobre el agua, con el balanceo de las fosforescencias. Gerald miró alrededor de la barca. Se estaba apartando un poco de la orilla. Levantó el remo para volver a acercarla. Y el exquisito placer de detener lentamente la barca, en el agua densa y suave, fue total, como una pérdida del conocimiento.

Mirando inquisitivamente las plantas en la orilla y comparándolas con el dibujo de Gudrun, Hermione dijo:

—Es esto lo que has dibujado.

Gudrun miró el lugar que el largo y afilado dedo de Hermione indicaba. Ésta, sintiendo la necesidad de que confirmaran sus palabras, repitió:

—Es esto, ¿verdad?

Automáticamente, sin prestar atención, Gudrun repuso:

—Sí.

Gerald se inclinó hacia el cuaderno y dijo:

—Déjame ver.

Hermione no le hizo caso. Gerald no podía emitir opiniones antes de que ella hubiera terminado. Pero la voluntad de Gerald era tan inquebrantable y recia como la de Hermione, por lo que siguió inclinándose al frente, hasta llegar a tocar el cuaderno con la mano. Sin que Hermione lo quisiera, una sensación de sobresalto, una pequeña tormenta de repulsión hacia Gerald estremeció su cuerpo. Hermione soltó el cuaderno antes de que Gerald lo tuviera bien cogido con la mano. El cuaderno cayó en la borda, y, de rebote, fue a parar al agua.

Con extraños ecos de malévolos victoria en la voz, Hermione entonó:

—¡Ahí va! Lo lamento, lo lamento infinitamente. ¿Puedes recuperarlo,

Gerald?

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en un tono de burlona ansiedad que tuvo la virtud de que un sutil odio hacia ella estremeciera la sangre de Gerald. Se inclinó cuanto pudo sobre la borda, acercando la mano al agua. Se daba clara cuenta de que su posición era ridícula. Oyó la voz clara y resonante de Gudrun:

—No tiene importancia.

Gerald tuvo la impresión de que Gudrun le tocara. Se inclinó todavía más, y la barca se balanceó violentamente. A pesar de ello, Hermione siguió imperturbable. Gerald cogió el cuaderno, sumergido en el agua, y lo sacó chorreando.

Hermione repitió:

—Lo siento terriblemente, terriblemente. Me parece que ha sido mi culpa.

Gudrun, en voz muy alta, con énfasis, intensamente sonrojada la cara, dijo:

—Te aseguro que no tiene importancia.

Y alargó la mano, impaciente, para coger el cuaderno y terminar de una vez aquella escena. Gerald se lo entregó, levemente alterado. Hermione siguió repitiendo «Lo siento terriblemente» hasta exasperar a Gerald y a Gudrun.

Por fin, Hermione preguntó:

—¿Y no se puede remediar?

Con fría ironía, Gudrun preguntó:

—¿Remediar qué?

—¿No es posible salvar los dibujos?

Hubo una pausa, durante la cual Gudrun dejó que se advirtiera con toda evidencia la hostilidad que en ella despertaba la insistencia de Hermione. Luego, con cortante claridad, Gudrun dijo:

—Te aseguro que, para mí, estos dibujos tienen ahora la misma utilidad que tenían antes. Sólo los quería como referencia.

—¿Y no puedo regalarte otro cuaderno? Deja que te regale otro cuaderno. Lo lamento muy de veras. Yo he tenido la culpa, toda la culpa.

Gudrun dijo:

—Por lo que he visto, no tienes nada que reprocharte. Si alguien ha tenido la culpa, ese alguien ha sido mister Crich. Pero lo ocurrido carece de importancia, es absolutamente trivial y me parece ridículo que hablemos de

ello.

Gerald observó atentamente a Gudrun, mientras ésta reprendía a Hermione. Advirtió que en Gudrun se daba un temple frío y poderoso. Gerald la veía con una penetración reveladora. Advirtió que había en ella un espíritu peligroso y hostil, invencible, indomable. Un espíritu soberano, y, además, dotado de gesto perfecto. Gerald dijo:

—En fin, me alegro de que carezca de importancia, de que no le haya causado ningún daño.

Gudrun le miró, con sus azules ojos, y entró en plena comunicación con el espíritu de Gerald, al decirle con voz en la que había ecos de intimidad casi acariciante, que a él iba dirigida:

—Naturalmente, no tiene la menor importancia.

Gracias a esa mirada, esos ecos en la voz, quedó establecido el vínculo entre los dos. Mediante el tono de su voz, Gudrun dio a entender claramente que los dos, ella y él, pertenecían a una misma clase de seres, que entre los dos formaban algo parecido a una diabólica masonería. A partir de ese momento, Gudrun supo que tenía poder sobre Gerald. Fuera cual fuese el lugar en que se encontrasen, estarían secretamente asociados. Y Gerald quedaría reducido a nada en aquella asociación con ella. El alma de Gudrun exultaba de gozo.

Hermione se despidió canturreando:

—¡Adiós! Estoy muy contenta de que me hayas perdonado. ¡Adiós!

Y agitó la mano en el aire. Automáticamente, Gerald cogió el remo y apartó la barca de la orilla. Pero en todo momento estuvo mirando, con destellante y sutilmente sonriente expresión en sus ojos, a Gudrun, la cual se encontraba de pie, en el islote, sacudiendo su cuaderno mojado. Gudrun dio media vuelta sobre sí misma, olvidándose de la barca que se alejaba. Pero Gerald, mientras remaba, volvió la vista atrás, para mirar a Gudrun, olvidándose de lo que estaba haciendo.

Hermione, sentada bajo la colorida sombrilla, sin que Gerald le prestara atención, canturreó:

—¿No crees que nos estamos desviando mucho hacia la izquierda?

Sin contestar, Gerald miró alrededor, teniendo los remos quietos, fuera del agua, reluciendo al sol.

Con buen humor, Gerald repuso:

—Creo que vamos bien.

Y volvió a remar, sin fijarse en lo que hacía. Hermione, al percatarse de la

bienhumorada negligencia de Gerald, sintió profunda antipatía hacia él. Había quedado anulada y jamás podría recuperar su anterior ascendencia.

11. LA ISLA

Entretanto, Úrsula se había alejado del lago de Willey Water, siguiendo el curso de un alegre arroyuelo. La tarde estaba llena de cantos de alondras. En las luminosas faldas de las colinas se veía el mortecino resplandor ígneo de las aulagas. Junto al agua florecían los nomeolvides. Había vida y miradas en todas partes.

Úrsula, absorta, seguía adelante, junto al arroyo. Quería ir a la laguna del molino, situada más arriba. La amplia casa del molino estaba desierta, salvo por un empleado y su esposa que vivían en la cocina. Úrsula cruzó el corral vacío, después un huerto abandonado a la mala hierba, y subió la cuesta, caminando junto a la acequia. Cuando llegó a lo alto para contemplar la vieja y aterciopelada superficie de la laguna que se extendía hacia ella, advirtió la presencia de un hombre, en la orilla, trabajando en una batea. Era Birkin, dedicado a aserrar maderas y a esgrimir el martillo.

Úrsula se quedó en lo alto de la acequia, mirando a Birkin, que no se había dado cuenta de su presencia. Parecía muy ocupado, con aspecto de animal salvaje, activo y atento a su actividad. Úrsula pensó que lo mejor era irse, pues Birkin seguramente no deseaba hablar con ella. Parecía muy absorto en su tarea. Pero ella no quería irse. En consecuencia siguió caminando en espera de que Birkin alzara la vista.

Lo cual hizo pronto. Cuando la vio, dejó las herramientas, se acercó a ella y le dijo:

—Hola, ¿qué tal? Estaba reparando la batea, para que no entre agua. Anda, ven y dime si lo he hecho bien.

Úrsula fue con él. Birkin dijo:

—Estoy seguro de que eres digna hija de tu padre, por lo que podrás decirme si he hecho bien la chapuza.

Úrsula se inclinó y examinó la remendada batea. Sin atreverse a juzgar, dijo:

—Estoy segura de que soy digna hija de mi padre, pero no sé nada de carpintería. Yo creo que ha quedado bien. ¿Tú qué opinas?

—Pues sí, creo que sí. Lo único que pretendo es que no se hunda y acabe

yo en el fondo de la laguna. Aunque tampoco importaría gran cosa, porque me parece que sabría salir a flote. Ayúdame a echarla al agua.

Entre los dos dieron la vuelta a la pesada batea y la empujaron hasta el agua. Birkin dijo:

—Voy a probarla. Tú quédate aquí y observa lo que pasa. Si la batea se mantiene a flote, te llevaré a la isla.

Úrsula, observando ansiosamente, dijo:

—Adelante.

La laguna era grande y tenía la perfecta quietud y el oscuro lustre propio de las aguas muy profundas. Aproximadamente en la parte central, había dos islillas con unos pocos árboles, cubiertas de maleza. Birkin, a bordo de la batea, se alejó de la orilla, y, al efectuar una torpe maniobra de giro, la batea se inclinó a un lado. Sin embargo, la barquichuela siguió adelante, de modo que pudo agarrarse a la rama de un sauce, y, tirando de ella, llevar la batea hasta la orilla de la isla.

Birkin echó una ojeada al interior y dijo:

—Hay mucha maleza, pero me gusta. Voy a buscarte. El agua cuele un poco en la barca.

Instantes después, llegaba al lugar en que se encontraba Úrsula, y ésta subía a la húmeda batea. Birkin dijo:

—Nos mantendremos a flote, seguro.

Y volvió a dirigirse hacia la isla.

Desembarcaron bajo las ramas de un sauce. Úrsula se quedó en la orilla, repelida por aquella pequeña jungla de plantas de mala ralea que se extendía ante ella, por la maloliente escrufularia y la cicuta. Pero Birkin se internó diciendo:

—Voy a arrancar todo esto, entonces la isla quedará romántica, como en Paul et Virginie.

Entusiasmada, Úrsula comentó:

—Y podremos organizar meriendas a lo Watteau.

A Birkin se le oscureció la cara:

—Aquí no quiero meriendas a lo Watteau.

Riendo, Úrsula observó:

—Sólo quieres a tu Virginie.

Con torcida sonrisa, Birkin dijo:

—Con Virginie basta, sí. Mejor dicho, no. Tampoco quiero a Virginie aquí.

Úrsula le miró atentamente. No le había visto desde su estancia en Breadalby. Estaba delgado, con las facciones sumidas, y muy mala cara. Úrsula, con sensación de desagrado, le dijo:

—Has estado enfermo, ¿verdad?

Birkin contestó fríamente:

—Sí.

Se habían sentado bajo las ramas del sauce y estaban contemplando la laguna, desde su retiro, allí, en la isla. Úrsula le preguntó:

—¿Y no te ha producido sensación de miedo?

Birkin la miró:

—¿Miedo de qué?

Había en Birkin algo inhumano y brusco que alteraba a Úrsula, que la sobresaltaba hasta el punto de obligarla a comportarse de forma distinta a la habitual en ella. Úrsula insistió:

—Estar muy enfermo siempre produce miedo, ¿no es cierto?

—No es agradable. Aunque todavía no he llegado a determinar si se siente verdadero miedo a la muerte o no. Depende del estado de ánimo. En cierto estado de ánimo, no se tiene el menor miedo a la muerte. En otro, mucho.

—¿Y no da vergüenza? Siempre he creído que estar enfermo da mucha vergüenza. Las enfermedades son terriblemente humillantes, ¿no crees?

Birkin pensó unos instantes y repuso:

—Quizá. Cuando se está enfermo, se sabe constantemente que la propia vida tiene un vicio de origen. Y en eso radica la humillación. La enfermedad, en sí misma, no creo que importe mucho, comparada con lo anterior. Se está enfermo debido a que no se vive bien ni se puede vivir bien. Es la incapacidad de vivir lo que nos enferma, lo que nos humilla.

En tono casi burlón, Úrsula le preguntó:

—¿Y tú eres incapaz de vivir?

—Pues sí. No puedo decir que mi vida cotidiana sea un éxito constante. Siempre me doy de narices contra un muro negro que se levanta ante mí.

Úrsula se echó a reír. Estaba atemorizada, y siempre que sentía miedo se reía y fingía alegría. Mirando aquella parte de la cara de Birkin, Úrsula dijo:

—¡Pobre nariz!

—No es de extrañar que sea fea.

Úrsula guardó silencio, luchando contra los engaños de que se hacía objeto a sí misma. Engañarse a sí misma era algo instintivo en ella. Dijo:

—Pues yo soy feliz. La vida me parece tremendamente divertida.

Con cierta fría indiferencia, Birkin opinó:

—Me parece muy bien.

Úrsula extrajo una porción de papel en el que había envuelto un poco de chocolate que había encontrado en el bolsillo, y comenzó a hacer una barca de papel. Birkin la observaba distraídamente. Había una expresión extrañamente patética y tierna en las móviles e inconscientes puntas de los dedos de Úrsula, agitadas y vulnerables. Úrsula dijo:

—Gozo de las cosas en general. ¿Tú no?

—Sí, claro. Pero me enfurece ver que no me aclaro en lo referente a aquella parte de mi personalidad que realmente pueda desarrollarse. Me siento liado y ofuscado, y no puedo aclarar nada. En realidad, no sé lo que debo hacer. Y hay que hacer algo.

Úrsula le contradijo:

—¿Y por qué tienes que estar siempre haciendo algo? Es una actitud propia de plebeyos. Creo que es mucho mejor comportarse como un auténtico patricio y no hacer nada, limitarse a ser uno mismo, como una flor andante.

—Estoy totalmente de acuerdo siempre y cuando uno haya florecido. Sin embargo, no sé por qué, no consigo que mi flor florezca. O bien se marchita cuando sólo es un capullo, o los parásitos la devoran, o no es debidamente aumentada. Ni siquiera llega a capullo. No es más que un apretado nudo.

Una vez más, Úrsula rio, debido a que se sentía intensamente atemorizada y exasperada. Pero, al mismo tiempo, se sentía ansiosa e intrigada. ¿Cómo cabía salir de aquel laberinto? Forzosamente tenía que haber una salida.

Se hizo un silencio, y Úrsula sintió ganas de llorar. Cogió otra porción del papel en que había envuelto el chocolate, y se puso a hacer otra barquita.

Por fin, preguntó:

—¿Y a qué se debe el que ahora la vida humana no florezca y carezca de dignidad?

—La idea del florecimiento y de la dignidad ha muerto. La humanidad se ha secado. Hay infinidad de seres humanos por ahí, sueltos, y tienen buen

aspecto sonrosado. Sí, son nuestros saludables jóvenes. Pero, en realidad, son manzanas de Sodoma, frutos del mar Muerto, vulgares agallas, es decir, esas excrecencias en el tronco de los árboles, resultantes de haber depositado los insectos sus huevos allí. Y esa gente no significa nada, porque en su interior solamente hay amargas y corrompidas cenizas.

Úrsula protestó:

—¡Pero son buenas personas!

—Suficientemente buenas para el vivir de nuestros días. Pero la humanidad es un árbol muerto, cubierto de las hermosas agallas formadas por la gente.

Úrsula no pudo evitar envararse ante tal aseveración, por considerarla excesivamente pintoresca y rotunda. Pero tampoco pudo evitar inducir a Birkin a seguir adelante. Con hostilidad, le preguntó:

—¿Y a qué se debe eso?

Se estaban provocando el uno y el otro mutuamente, para llegar a una bella pasión contradictoria.

—¿Preguntas a qué se debe que la gente rebose estupidez y amargas cenizas? Pues se debe a que no quiere caer del árbol, cuando la fruta está madura. Todos siguen en sus antiguos puestos, cuando esos puestos ya no significan nada, y siguen así hasta quedar infestados de gusanos y de podredumbre.

Hubo una larga pausa. La voz de Birkin había adquirido un tono ardientemente sarcástico. Úrsula se sentía alterada y desorientada. Los dos se habían olvidado de todo, salvo de la abstracción en que se habían sumergido. En tono de exclamación, Úrsula preguntó:

—Pero aun si todos están equivocados, ¿en qué aciertas tú? ¿En qué eres tú mejor que ellos?

También en tono de exclamación, Birkin repuso:

—¿Quién? ¿Yo? Yo no acierto en nada. En todo caso reconozco que no sé nada. Detesto lo que soy externamente. Me aborrezco a mí mismo como ser humano. La humanidad no es más que un gran conglomerado de mentiras, y, al fin y al cabo, una gran mentira es menos que una pequeña verdad. La humanidad es menos, mucho menos que el individuo, debido a que el individuo, algunas veces, es capaz de verdad, y la humanidad no es más que un árbol de mentiras. Y dicen que el amor es lo más grande, insisten en decirlo esos puercos embusteros, ¡y mira lo que hacen! Mira a los millones de individuos que no hacen más que decir que el amor es lo más grande y que la caridad es lo más grande, y fíjate en lo que hacen constantemente. Por sus

obras los conoceréis. Y si miras sus obras, verás que no son más que puercos y cobardes embusteros, que no se atreven a asumir la responsabilidad de sus propios actos, y menos aún la de sus palabras.

Con tristeza, Úrsula dijo:

—Pero eso no es obstáculo para que el amor sea lo más grande, ¿no crees? Lo que esta gente hace no altera la verdad de lo que dice.

—Totalmente. Sí, debido a que si lo que esos individuos dicen fuera verdad, no podrían evitar hacer honor a sus palabras. Pero resulta que defienden una mentira, y, a fin de cuentas, enloquecen. Es una mentira decir que el amor es lo más grande. Igual podrías decir que el odio es lo más grande, si tenemos noción de que los términos opuestos siempre se equilibran recíprocamente. Lo que la gente quiere es odio, odio y sólo odio. Y, en nombre de la justicia y del amor, la gente odia. Todos, por los mismísimos méritos del amor, destilan nitroglicerina, y quedan aniquilados, convertidos al fin en nitroglicerina. Ésta es la mentira que mata. Si queremos odiar, odiamos. Sí, matemos, asesinemos, torturemos, entreguémonos a la destrucción violenta. Pero no lo hagamos en nombre del amor. Aborrezco a la humanidad, y deseo que sea barrida de la faz de la tierra. La humanidad puede desaparecer, sin que nada ocurra, todos los seres humanos pueden perecer mañana sin que ello signifique la más leve pérdida. La realidad quedaría incólume, intacta. Incluso mejorada. En este caso, el verdadero árbol de la vida quedaría libre de la más repulsiva y onerosa cosecha de frutos del mar Muerto, de la intolerable carga de miríadas de simulacros de individuos, de un infinito peso de mortales mentiras.

—¿Y realmente quieres que la humanidad entera sea aniquilada?

—Así es.

—¿Y que el mundo quede desierto?

—Exactamente. ¿No te parece una idea hermosa y limpia la del mundo sin gente, todo césped, con una liebre sentada sobre sus patas traseras?

La agradable sinceridad de la voz de Birkin indujo a Úrsula a guardar silencio para pensar lo que le acababa de decir. Y, realmente, resultaba agradable: un mundo limpio, bello, sin seres humanos. Era realmente deseable. El corazón de Úrsula dudó y luego quedó exultante de gozo. Pero, de todos modos, se sentía insatisfecha, y la causa de su insatisfacción era Birkin. Úrsula objetó:

—Pero ¿de qué te serviría este mundo si tenemos en cuenta que también tú estarías muerto?

—Moriría entusiasmado si supiese que el mundo iba a quedar realmente

limpio de seres humanos. Es la idea más hermosa y liberadora que se puede concebir. Y luego jamás se volvería a crear otra sucia humanidad, profanadora del universo.

—No. No habría nada.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Que no habría nada? ¿Sólo debido a que la humanidad habría sido barrida? Eres muy vanidosa. Quedaría todo.

—¿Sin personas?

—¿Crees que la creación es función del hombre? Pura y simplemente, no. Hay árboles, hierba y pájaros. Prefiero pensar en la alondra volando al alba, en un mundo sin seres humanos. El hombre es un error. Debe desaparecer. Está la hierba, están las liebres y las serpientes, y las presencias invisibles, que en realidad son ángeles que vagan libremente cuando la puerca humanidad no se lo impide, y también los demonios de pura seda, todo muy hermoso.

Lo que Birkin acababa de decir gustó a Úrsula, le gustó mucho, como pura fantasía. Naturalmente, sólo de una agradable fantasía se trataba. Úrsula sabía muy bien, por sí misma, la realidad de la humanidad, la repulsiva realidad de la humanidad. Y también sabía que no iba a desaparecer de una manera tan limpia y tan cómoda. Todavía le quedaba mucho trecho por recorrer, un largo y horrendo camino. Su alma sutil, femenina y demoníaca lo sabía muy bien.

Birkin decía:

—Si el hombre fuera barrido de la faz de la tierra, la creación seguiría adelante maravillosamente, comenzando de nuevo, en un comienzo no humano. El hombre es uno de los errores de la creación, lo mismo que los ictiosauros. Si el hombre desapareciera de nuevo, creo que los días liberados darían lugar a cosas muy bellas, a cosas surgidas directamente del fuego.

Con insidioso y diabólico conocimiento de los horrores de la persistencia, Úrsula afirmó:

—Pero el hombre nunca desaparecerá, y el mundo seguirá con hombres en él.

—¡Ah no! ¡No, no! Creo en los altivos ángeles y en los demonios que fueron nuestros predecesores. Y éstos nos destruirán porque carecemos de la precisa altivez. Los ictiosauros no eran altivos, se arrastraban, y se hundieron tal como nosotros nos estamos hundiendo. Además, mira la flor del saúco y las campánulas. Demuestran que la creación pura está vigente, como lo demuestra incluso la mariposa. Pero la humanidad jamás superará el estadio de oruga, se pudre en la crisálida y jamás llegará a tener alas. Es la anticreación, lo mismo que los micos y los mandriles.

Mientras Birkin rabiaba, Úrsula le miraba. Parecía que en él hubiera cierta

impaciente y constante furia, y, al mismo tiempo, que todo le divirtiera grandemente, en virtud de una suprema tolerancia. Úrsula recelaba precisamente de esa tolerancia, no de la furia. Advertía que Birkin tenía que intentar redimir al mundo constantemente y en contra de su propia voluntad. Y este conocimiento, si bien consolaba el corazón de Úrsula, en cierta manera, mediante un poco de autosatisfacción y estabilidad, la llenaba a la vez de agudo desprecio y odio hacia Birkin. Úrsula quería a Birkin para sí, y odiaba su faceta de Salvator Mundi. Antes que de una faceta, se trataba de una aureola difusa y generalizada que lo envolvía, y que Úrsula no podía tolerar. Birkin se comportaría de la misma manera, diría las mismas cosas y se entregaría completamente ante cualquier persona que apareciera junto a él, ante todos aquellos que recurrieran a él. Se trataba de una despreciable y extremadamente insidiosa forma de prostitución. Úrsula dijo:

—Pero ¿crees en el amor individual, incluso en el caso de que no creas en el amor a la humanidad?

—No creo en absoluto en el amor. Es decir, no creo en el amor en la misma medida en que no creo en el odio o en la pena. El amor es una emoción solamente, igual que todas las demás, y, en consecuencia, nada hay que objetar al amor mientras se siente. Pero no alcanzo a comprender cómo puede convertirse en un valor absoluto. Es un aspecto de las relaciones humanas, ni más ni menos. Y sólo es un aspecto de relaciones humanas concretas. Por eso no puedo concebir que uno tenga que sentir amor siempre, de la misma forma que es inconcebible sentir siempre tristeza o lejana alegría. El amor no es un desideratum, es una emoción que se siente o no se siente, según las circunstancias.

—Entonces ¿por qué te preocupa la gente, si no crees en el amor? ¿Por qué te preocupa la humanidad?

—¿Por qué? ¡Pues porque no puedo escapar de ella!

Úrsula insistió:

—Porque la amas.

Estas palabras irritaron a Birkin:

—Pues si la amo es que estoy enfermo.

Con cierto tono de burla, Úrsula observó:

—Y es una enfermedad de la que no quieres sanar.

Ahora, Birkin, embargado por la sensación de que Úrsula quería insultarle, guardó silencio. Burlona, Úrsula le preguntó:

—Si no crees en el amor, ¿en qué crees? ¿Sólo en el fin del mundo y en la

hierba?

Birkin comenzaba a sentirse tonto. Dijo:

—Creo en las presencias invisibles.

—¿Y en nada más? ¿No crees en nada visible, salvo la hierba y los pájaros? Tu mundo es muy pobre.

Con fría superioridad, Birkin repuso:

—Quizá.

Ahora que había sido ofendido, Birkin adoptó aire de insufrible altanería, protegiéndose a través de la imposición de distancias. Úrsula miró con antipatía a Birkin. Pero Úrsula también se daba cuenta de que había sufrido una pérdida. Había en Birkin cierta pedante rigidez de escuela dominical, rigidez pedante y detestable. Pero, al mismo tiempo, era hombre de expresión atractiva y ágil, lo que infundía una gran sensación de libertad. Era la expresión de sus cejas y su barbilla, de toda su realidad física, tan viva, en cierto modo, a pesar de su aspecto enfermizo.

Y esta dualidad de sentimientos que Birkin había provocado en Úrsula era la causa de aquel refinado odio que hacia él sentía en sus entrañas. Allí estaba la maravillosa y deseable agilidad vital de Birkin, aquella rara cualidad de hombre sumamente atractivo; pero, al mismo tiempo, también estaba aquel ridículo y mezquino refugiarse en el papel de Salvator Mundi, de maestro de la escuela dominical, en la más rígida pedantería.

Birkin miró a Úrsula. Vio que su cara estaba extrañamente iluminada, como si un dulce y poderoso fuego interior penetrara en ella. Birkin se mantuvo suspenso, en maravillado asombro. Úrsula estaba iluminada por su propio y vivo fuego interior. Suspenso y maravillado, arrastrado por una atracción pura y perfecta, Birkin se acercó a Úrsula. Estaba sentada como una extraña reina, casi sobrenatural, en su sonriente riqueza y esplendor. La conciencia de Birkin recuperó rápidamente el equilibrio. Dijo:

—Lo más importante, en lo referente al amor, es que odiamos la palabra amor debido a que la hemos vulgarizado. Debería ser proscrita, debería prohibirse su empleo durante muchos años, hasta que se nos ocurra una idea nueva y mejor.

Surgió un rayo de comprensión entre los dos. Úrsula dijo:

—Pero siempre significará lo mismo.

Birkin gritó:

—¡Oh Dios, no! ¡No permitamos que vuelva a significar esto! Olvidémonos de los viejos significados.

—Pero significará lo mismo.

En los ojos de Úrsula, fijos en Birkin, brillaba una extraña y perversa luz amarilla. Birkin dudó, desconcertado, replegándose sobre sí mismo:

—No, no. La palabra esa, empleada tal como ahora se emplea, jamás volverá a significar lo mismo. No debemos pronunciar esa palabra.

Burlona, Úrsula accedió:

—No me queda más remedio que dejar a tu arbitrio el sacar esa palabra del Arca de la Alianza en el momento oportuno.

Una vez más se miraron. Bruscamente, Úrsula se puso en pie de un salto, dio la espalda a Birkin y se alejó. Birkin se levantó despacio y se acercó al agua. Se puso en cuclillas en la orilla y comenzó a divertirse distraídamente. Cogió una margarita y la arrojó al agua de la laguna, de modo que el tallo de la flor actuaba como quilla, y la flor flotaba como un nenúfar, contemplando con su cara abierta el cielo. Giraba despacio sobre sí misma, en lenta, muy lenta, danza de derviche, mientras se alejaba.

Birkin la observó un rato. Luego arrojó otra margarita al agua, y luego otra, y las observó con mirada brillante y benévola, en cuclillas cerca del agua. Úrsula dio media vuelta y miró. Tuvo una extraña sensación, como si algo ocurriese. Pero se trataba de algo intangible. Sentía que sobre ella se ejercía cierto dominio. Aunque no podía saber de qué se trataba. Sólo podía contemplar los menudos y luminosos discos de las margaritas girando lentamente, mientras navegaban en el agua oscura y lustrosa. La pequeña flotilla iba adentrándose en la zona iluminada, formando un grupo de puntos blancos y lejanos.

Con miedo a que se prolongara más su confinamiento en la isla, Úrsula propuso:

—Volvamos a la orilla siguiendo a las margaritas.

Así lo hicieron a bordo de la batea.

Úrsula se alegró de volver a encontrarse en tierra firme, libre. Por la orilla se dirigió hacia la acequia. Las margaritas estaban ampliamente desperdigadas en la laguna, como menudos objetos radiantes, como una exaltación, como puntos de exaltación, aquí y allá. ¿Por qué la conmovían tan poderosa y místicamente? Birkin dijo:

—Fíjate, tu barco de papel de color púrpura las escolta. Son un convoy de balsas.

Unas cuantas margaritas se acercaban despacio a Úrsula, dubitativas, en un tímido y luminoso cotillón sobre el agua oscura y límpida. El alegre y colorido

candor de las margaritas, cuando estuvieron cerca de ella, conmovió de tal manera a Úrsula, que poco le faltó para llorar. Úrsula preguntó:

—¿Por qué son tan bellas? ¿A qué crees que se debe el que sean tan bellas?

La emoción en las palabras de Úrsula inhibió a Birkin, el cual dijo:

—Son flores lindas, sí.

Birkin añadió:

—Cada margarita es un conjunto de florecillas, una colectividad, transformada en individualidad. Los botánicos las clasifican en el punto más alto de la escala del desarrollo. Al menos eso creo. ¿Recuerdas algo al respecto?

Úrsula repuso:

—Las margaritas compositae sí, al menos eso me parece.

Úrsula jamás estaba segura de nada. Cosas que sabía perfectamente en un momento dado le parecían dudosas en el instante siguiente. Birkin dijo:

—Eso lo explica todo. La margarita es una perfecta democracia en miniatura; en consecuencia, es la más importante entre todas las flores, y de ahí su encanto.

Úrsula se opuso:

—¡No, no, señor! No es una democracia.

Birkin se mostró de acuerdo:

—Ciertamente no lo es. Es la dorada multitud del proletariado, rodeada por la presuntuosa valla blanca de los ricos ociosos.

—¡Qué odiosos son tus conceptos de ordenamientos sociales!

—¡También es verdad! Pues digamos que una margarita es una margarita y basta.

—Eso me parece mejor. Dejemos que sea un misterio.

Luego, en tono burlón, Úrsula añadió:

—Si hay algo que pueda ser un misterio para ti.

Quedaron distanciados, olvidado cada cual del otro, igual que si estuvieran un poco atontados, los dos quietos, con la conciencia adormecida. El pequeño conflicto a que se habían visto arrastrados había desgarrado su conciencia, dejándolos como dos fuerzas impersonales allí, en contacto.

Birkin se dio cuenta del abismo que mediaba entre los dos. Sentía deseos de decir algo para pasar a otro terreno más normal. Dijo:

—¿Sabes que voy a arreglar unas habitaciones para poder vivir ahí, en el molino? Me visitarás, supongo. Podemos pasar buenos ratos ahí.

Haciendo caso omiso de aquellas palabras que presuponían intimidad entre los dos, Úrsula dijo:

—¿De veras vas a vivir aquí?

Birkin se adaptó inmediatamente a la reacción de Úrsula y asumió aire de normal distancia. Prosiguió:

—Si veo que puedo vivir solo, con el debido desahogo, dejaré mi actual trabajo. Para mí, ese trabajo no significa nada. No creo en la humanidad de la que finjo formar parte, me importan un pimiento las ideas sociales por las que vivo, odio el moribundo organismo social de la humanidad, y, por todo eso, trabajar en la enseñanza sólo puede ser un engaño. Dejaré este trabajo tan pronto como las circunstancias me lo permitan (quizá mañana), y viviré independientemente.

—¿Tienes dinero suficiente para vivir?

—Sí, unas cuatrocientas libras al año. Eso facilita las cosas.

Hubo una pausa. Úrsula preguntó:

—¿Y Hermione?

—Eso ha terminado definitivamente. Fue un fracaso total y no podía ser otra cosa.

—Pero ¿seguís tratándoos?

—No vamos a fingir que jamás nos hemos visto.

Hubo otra pausa, una pausa larga y tensa. Por fin, Úrsula preguntó:

—¿Y no crees que eso no es más que una solución a medias?

—No. Y tú misma podrás comprobarlo.

Volvió a producirse una larga pausa. Birkin pensaba. Luego volvió a hablar:

—Es preciso renunciar a todo, prescindir de todo, si se quiere conseguir lo que se desea.

En tono de reto, Úrsula preguntó:

—¿Y qué es lo que deseas?

Birkin repuso:

—No lo sé. Quizá la libertad en compañía.

Úrsula había deseado que Birkin dijera «el amor».

A sus oídos llegó el sonido de fuertes ladridos abajo. Pareció que los ladridos inquietaran a Birkin. Úrsula no sabía con certeza si realmente Birkin se había alterado al oír los ladridos, pero hubiera dicho que sí.

En voz baja, Birkin dijo:

—Me parece que es Hermione, que acaba de llegar, en compañía de Gerald Crich. Quiere ver las habitaciones del molino antes de que estén amuebladas.

—Comprendo. Hermione quiere dar el visto bueno a tus muebles.

—Probablemente. ¿Tiene alguna importancia?

—No, claro, creo que no. De todas maneras, personalmente, no soporto a Hermione. Y te diré, a ti, que siempre estás hablando de mentiras, que Hermione no es más que una mentira.

Úrsula meditó unos instantes, y, con acento decidido, añadió:

—Sí, me molesta que Hermione te amueble esas habitaciones. Me molesta. Me molesta que la tengas siempre andando alrededor.

Birkin, ceñudo, guardó silencio. Y luego dijo:

—Quizá tengas razón. No deseo que amueble esas habitaciones, y no la tengo andando alrededor. Ocurre que no hay necesidad alguna de tratarla mal. De todas maneras, ahora debo bajar a verlos. ¿Vienes?

Fría y dubitativamente, Úrsula contestó:

—Me parece que no.

—Anda, ven. Ven y verás las habitaciones. Por favor.

12. EL ALFOMBRADO

Birkin inició el descenso de la ladera y Úrsula le siguió con desgana. De todos modos, Úrsula tampoco deseaba quedarse sola allí. Birkin dijo:

—Parece que tú y yo nos conocemos bien ya.

Úrsula no contestó.

En la amplia y oscura cocina del molino, la esposa del trabajador allí empleado hablaba con voz chillona con Hermione y Gerald, quienes en la penumbra, en pie, tenían aspecto extrañamente luminoso, Gerald vestido de blanco, y Hermione con un vestido de reluciente gasa azulenca, mientras diez,

doce o más canarios, en jaulas colgadas de la pared, cantaban enérgicamente. Las jaulas estaban situadas alrededor de una pequeña ventana rectangular, en el fondo de la cocina, por la que entraba la luz del sol, en un hermoso chorro, filtrada por las verdes hojas de un árbol. La voz de la señora Salmon chillaba para superar el canto de los canarios, canto que se alzaba más y más, enloquecido y triunfal, por lo que la voz de la mujer se elevaba más y más, en lucha con el canto, y los canarios replicaban con enloquecido entusiasmo.

En medio de aquella barahúnda, Gerald gritó:

—¡Ahí viene Rupert!

Gerald, que era hombre de oído sensible, sufría horriblemente. Enojada, la mujer del empleado chilló:

—¡Esos pájaros! ¡No dejan hablar! ¡Voy a taparlos!

Y anduvo veloz de un lado a otro, lanzando sobre las jaulas de los pájaros un trapo para quitar el polvo, un delantal, una toalla, un mantel... Con voz excesivamente chillona, la mujer dijo:

—¡Ahora os vais a callar y dejaréis que las personas hablen!

Todos los presentes observaron a la mujer. Las jaulas pronto quedaron cubiertas, adquiriendo cierto aspecto fúnebre. Pero, a pesar de ello, bajo las toallas todavía sonaban, estremecidos, desafiantes trinos y gorjeos. Para tranquilizar a sus visitantes, la señora Salmon dijo:

—Se callarán enseguida. Dentro de poco estarán dormidos.

Cortésmente, Hermione preguntó:

—¿De veras?

Gerald repuso:

—Sí. Se duermen inmediatamente cuando tienen la impresión de que ha anochecido.

Úrsula inquirió:

—¿Tan fácilmente se los engaña?

Gerald repuso:

—Sí, sí. ¿No sabes la anécdota de Fabre que, siendo niño, cogió a una gallina, le puso la cabeza bajo el ala, y la gallina se durmió? Es auténtica.

Birkin preguntó:

—¿Y Fabre se dedicó al estudio de las ciencias naturales?

Gerald contestó:

—Probablemente.

Entretanto, Úrsula se había acercado a los canarios y espiaba por debajo de uno de los trapos. Vio a un canario, en un rincón, hecho una bola, ahuecadas las plumas, dispuesto a dormir. Úrsula gritó:

—¡Qué ridículo! ¡Realmente cree que es de noche! ¡Qué absurdo! ¡No se puede sentir el menor respeto hacia un ser que se deja engañar tan fácilmente!

Hermione también se acercó para ver el canario y canturreó:

—¡Sí, es absurdo!

Puso la mano sobre el brazo de Úrsula, y, riendo en voz baja, dijo:

—Resulta cómico, ¿verdad? Es igual que un marido estúpido.

Luego, sin quitar la mano del brazo de Úrsula, se la llevó aparte y le preguntó en su suave cantilena:

—¿Cómo has venido? También hemos visto a Gudrun.

Úrsula repuso:

—He ido a la laguna y allí he encontrado a Birkin.

—¡Vaya! Parece que estamos en territorio de las Brangwen...

—Eso creía yo... He venido aquí para refugiarme cuando te he visto en el lago... Sí, para quitarme de en medio.

—¿De veras? ¡Y por fin te hemos atrapado!

Hermione alzó los párpados superiores, en un movimiento raro, divertido pero fatigado. Tenía siempre aquella expresión extraña, como de hallarse en trance, artificial e irresponsable. Úrsula dijo:

—Iba a seguir paseando, pero Birkin quería que viera sus habitaciones. Ha de ser delicioso vivir aquí, ¿verdad? Perfecto.

Abstraída, Hermione contestó:

—Sí.

Y sin más se alejó de Úrsula, dejó de tener conciencia de su existencia. En tono diferente, afectuoso, canturreó, dirigiéndose a Birkin:

—¿Cómo te encuentras, Rupert?

—Muy bien.

—¿Estuviste bien atendido?

En la cara de Hermione había aparecido aquella curiosa, siniestra y pasmada expresión. Encogió el pecho en movimiento convulsivo, causando la

impresión de que casi se hallara en trance. Birkin repuso:

—Muy bien atendido.

Hubo una larga pausa, mientras Hermione le miraba con fijeza, bajo sus párpados pesados, como drogados. Por fin, Hermione dijo:

—¿Y crees que serás feliz aquí?

—Estoy seguro de que sí.

La mujer del empleado del molino intervino:

—Haré todo lo que pueda para que esté bien aquí. Y mi marido también. Por eso espero estará bien aquí.

Hermione se volvió y le dirigió una lenta mirada. Dijo:

—Muchas gracias.

Luego apartó la vista de la mujer del empleado y se olvidó totalmente de ella. Recobró su posición, alzó la cara hacia Birkin y, dirigiéndose exclusivamente a él, preguntó:

—¿Has medido las habitaciones?

—No. Me he dedicado a reparar la batea.

Despacio, equilibrada y desapasionada. Hermione propuso:

—¿Las medimos ahora?

Volviéndose hacia la mujer del empleado del molino, Birkin le preguntó:

—¿Tiene una cinta métrica, señora Salmon?

—Sí, señor, me parece que sí.

Inmediatamente comenzó a buscar en un cesto, volvió y dijo:

—Es la única que tengo; supongo que servirá.

Hermione cogió la cinta, a pesar de que la mujer la ofrecía a Birkin, y dijo a la mujer:

—Muchas gracias. Sí, servirá. Muchas gracias.

Se volvió a Birkin, y, efectuando un alegre movimiento, dijo:

—¿Lo hacemos ahora, Rupert?

Un tanto remiso, Birkin dijo:

—Los demás van a aburrirse.

Dirigiéndose vagamente a Úrsula y a Gerald, Hermione les preguntó:

—No os molesta, ¿verdad?

Los dos contestaron:

—En absoluto.

Dirigiéndose de nuevo a Birkin, con la misma alegría, ya que iba a hacer algo juntamente con él, Hermione preguntó:

—¿Qué habitación medimos primero?

—Podemos medirlas según vayamos entrando.

La esposa del empleado del molino, también contenta ante la posibilidad de tener algo que hacer, preguntó:

—¿Les preparo el té mientras miden los cuartos?

Hermione se volvió hacia ella con un extraño movimiento de intimidad que pareció envolver a la mujer, casi atraerla a su pecho, y que dejó a todos los demás separados, lejanos:

—¿Puede hacer el té? Magnífico. ¿Y dónde lo tomaremos?

—¿Dónde quieren tomarlo? ¿Aquí o fuera, en la hierba?

Dirigiéndose a todos, Hermione preguntó:

—¿Dónde tomamos el té?

Birkin contestó:

—En la ladera, junto a la laguna. Nosotros mismos nos encargaremos de llevar las cosas allá, señora Salmon. Si usted las prepara, nosotros las llevaremos.

Complacida, la mujer exclamó:

—¡Sí, señor!

El grupo, por un pasillo, fue a la habitación delantera. Estaba vacía, pero limpia y soleada. La ventana daba al descuidado y enmarañado jardín. Hermione dijo:

—Esto es el comedor. Vamos a medirlo, Rupert. Anda, ve allá.

Gerald se acercó a Hermione:

—Deja que aguante el extremo de la cinta.

Inclinándose hasta tocar el suelo, ataviada con su vestido de brillante gasa azulena, Hermione se negó:

—No, gracias.

Le producía gran placer hacer cosas con Birkin y dirigir ella la operación. Birkin la obedecía dócilmente. Úrsula y Gerald miraban. Hermione gozaba de la virtud de tener un íntimo en todo momento y de convertir a todos los demás en espectadores. Eso elevaba su espíritu, dándole sensación de triunfo.

Tomaron medidas y discutieron allí, en el comedor, y Hermione decidió cómo debía alfombrarse. Las contradicciones producían una ira extraña y convulsiva en Hermione. Birkin siempre le dejaba hacer su voluntad, por el momento.

Luego, por un cuarto de paso, entraron en la otra estancia delantera, que era un poco más pequeña que la primera. Hermione dijo:

—Esto es el estudio. Rupert, tengo una alfombra que me gustaría pusieras aquí. ¿Me permites que te la regale? Por favor, me hace mucha ilusión.

Groseramente, Birkin preguntó:

—¿Cómo es?

—No la has visto. Básicamente es de color rosa rojizo, después azul, un azul metálico, de intensidad intermedia, y también azul oscuro, muy suave. Me parece que te gustará. ¿Qué opinas?

—Parece muy bonita. ¿Qué es? ¿Oriental? ¿Con pelusa?

—Sí. ¡Es persa! De sedosa piel de camello. Creo que esas alfombras se llaman Bérghamos. Doce pies por siete. ¿Crees que es adecuada al cuarto?

—Parece... Pero ¿por qué tienes que regalarme una alfombra cara? Me basta con mi vieja alfombra turca de Oxford.

—Pero ¿puedo regalártela? Anda, deja que te la regale.

—¿Cuánto te costó?

Hermione le miró fijamente y contestó:

—No me acuerdo. Sé que fue un precio muy barato.

Birkin la miró, grave el rostro:

—No la quiero, Hermione.

Acercándose a Birkin, y poniendo la mano en su brazo, levemente, en ademán de súplica, Hermione insistió:

—Pues deja que la regale al cuarto. Si no lo permites, me sentiré terriblemente defraudada.

Desesperado, Birkin dijo:

—Ya sabes que no me gusta que me regales cosas.

Burlonamente provocativa, Hermione dijo:

—Y no quiero regalarte cosas. Pero esto lo aceptarás, ¿verdad?

Derrotado, Birkin accedió:

—Bueno.

Hermione había triunfado. Fueron al piso superior. Había dos dormitorios, encima, correspondiéndose con las dos estancias inferiores. Uno de ellos estaba a medio amueblar, y era evidente que Birkin había dormido en él. Hermione dio la vuelta al cuarto, observándolo todo muy atentamente, fijándose en todos los detalles, como si absorbiera las pruebas de la presencia de Birkin allí, en todos los objetos inanimados. Tentó la cama y examinó las sábanas. Oprimiendo la almohada, dijo:

—¿Estás seguro de que la cama es verdaderamente cómoda?

Con frialdad, Birkin contestó:

—Totalmente.

—¿Y que la cama es caliente? No veo el edredón. Estoy segura de que necesitas uno. Hay que evitar el peso de las mantas.

—Tengo edredón. Está en camino.

Midieron los dos dormitorios y estudiaron todos los detalles. Úrsula, de pie ante la ventana, contemplaba cómo la mujer del empleado del molino subía el té a la orilla de la laguna. Odiaba el parloteo de Hermione, quería tomar el té, quería hacer cualquier cosa menos aguantar aquellas consideraciones y trabajos.

Por fin, todos subieron la cuesta, cubierta por el césped, y llegaron al lugar en que iban a tomar el té. Hermione lo sirvió. Hacía caso omiso de la presencia de Úrsula. Y ésta, disipado su mal humor, se dirigió a Gerald:

—Hace pocos días no sabes cuánto te odié.

Gerald, en leve sobresalto, preguntó:

—¿Y por qué?

—Por maltratar a tu caballo. Te odié con furia.

Hermione canturreó:

—¿Qué hizo Gerald?

—Obligó a su caballo árabe, un caballo hermoso y sensible, a estar con él junto al paso a nivel, mientras desfilaba un horrendo convoy de vagones. Y la pobre yegua quedó aterrada, sufriendo de una manera indecible. Fue la escena

más horrorosa que se pueda imaginar.

Serena e interrogante, Hermione preguntó:

—¿Y por qué lo hiciste, Gerald?

—Para que aprendiera a estarse quieta. ¿De qué me sirve a mí esta yegua en este país, si se aterroriza y sale al galope cada vez que oye el silbido de una locomotora?

Úrsula dijo:

—¿Y por qué torturarla sin necesidad? ¿Por qué obligarla a estar todo el rato junto al paso a nivel? Hubieras podido retroceder por la carretera y evitarle aquel horror. Con las espuelas le hiciste sangrar los flancos. ¡Qué horrible!

Gerald se envaró:

—Tengo que acostumbrarla a eso. Si quiero montar esa yegua con seguridad, debo enseñarle a soportar los ruidos.

Apasionadamente, Úrsula replicó:

—¿Y por qué ha de aguantar los ruidos? Es un ser vivo y no tiene por qué tolerar nada sólo porque tú quieras obligarle a ello. Tiene tantos derechos sobre su propio ser como tú sobre el tuyo.

Gerald objetó:

—En ese punto no estoy de acuerdo. Estimo que esta yegua está a mi servicio. Y es así no porque yo la haya comprado, sino porque lo establece el orden natural. Lo natural es que el hombre coja el caballo y lo use a su voluntad, y no que el hombre se ponga de rodillas ante el caballo y le suplique que haga su voluntad, para que el caballo realice así su maravillosa naturaleza.

Úrsula se disponía a replicar cuando Hermione levantó la cara, y en su cantilena comenzó a decir:

—Pues yo creo... Yo realmente creo que debemos tener la valentía de utilizar a los animales inferiores para satisfacer nuestras necesidades. Realmente creo que cometemos un error cuando contemplamos a todo ser vivo como si de nosotros mismos se tratara. Realmente entiendo que nos equivocamos cuando proyectamos nuestros sentimientos en todos los seres animados. Constituye una falta contra el sentido de discriminación, contra el sentido de la crítica.

Secamente, Birkin asintió:

—Totalmente de acuerdo. No hay nada más detestable que la sentimentaloides atribución de conciencia y sentimientos humanos a los

animales.

En tono fatigado, Hermione lo apreció así:

—Sí, realmente debemos tener conciencia de nuestra posición. Si no utilizamos a los animales, los animales nos utilizarán a nosotros.

Gerald intervino:

—Así es. El caballo tiene voluntad, igual que el hombre; pero, en sentido estricto, carece de mente. Y si no se impone la propia voluntad al caballo, el equino impone la suya. Y eso es algo que no puedo evitar. No puedo evitar ser el amo del caballo.

Hermione comentó:

—Si aprendiéramos a utilizar nuestra voluntad, seríamos capaces de todo. La voluntad puede curarlo y arreglarlo todo. Estoy convencida de que es así siempre y cuando utilicemos debidamente, con inteligencia, la voluntad.

Birkin le preguntó:

—¿Qué significa «debidamente»?

—Por ejemplo, si tienes el vicio de morderte las uñas, muérdetelas cuando no tengas ganas de mordértelas, imponte la obligación de morderte las uñas. Y así perderás el vicio.

Gerald preguntó:

—¿De veras?

—Sí. Y en muchas otras cosas, mediante el empleo de la voluntad, me he corregido. Yo era una chica extremadamente extraña y nerviosa, y gracias a aprender a servirme de mi voluntad, sólo con la voluntad, me corregí.

Úrsula había mirado fijamente a Hermione mientras ésta hablaba con su voz lenta, desapasionada, pero extrañamente tensa. Úrsula sintió un curioso estremecimiento de emoción. Hermione estaba dotada de cierto raro, oscuro poder convulsivo, que era fascinante y repelente al mismo tiempo. Con sequedad, Birkin comentó:

—Es terrible utilizar la voluntad de esa manera. Es asqueroso. Se trata de una voluntad obscena.

Hermione le miró largamente, con sus ojos de mirada pesada y sombría. Tenía la cara suave, pálida y delgada, casi fosforescente, y la mandíbula alargada y estrecha. Por fin, Hermione expuso:

—Estoy segura de que no es así.

Siempre mediaba un intervalo, siempre se daba un vacío entre lo que

Hermione parecía sentir y experimentar y lo que en realidad decía y pensaba. Causaba la impresión de atrapar sus pensamientos desde lejos, en la superficie de un remolino de caóticas y tenebrosas emociones y reacciones, y Birkin siempre sentía repulsión al ver cuán infalible era Hermione en su capacidad de atrapar pensamientos. La voluntad jamás le fallaba. Su voz siempre era desapasionada y tensa, perfectamente segura de sí misma. Sin embargo, a Hermione la estremecía cierta sensación de náuseas, una especie de mareo que siempre amenazaba con avasallar su mente. Pero su mente permanecía intacta y su voluntad perfecta. Poco faltaba para que eso enloqueciera a Birkin. Sin embargo, éste jamás osaría quebrantar la voluntad de Hermione, dejar en libertad el vendaval de su subconsciente, y verla en su suprema locura. A pesar de lo cual, Birkin siempre atacaba a Hermione.

Dijo a Gerald:

—Sin embargo, los caballos no tienen una voluntad completa, como los seres humanos. El caballo no tiene una sola voluntad. En sentido estricto, todo caballo tiene dos voluntades. Con una de ellas desea someterse totalmente a la voluntad humana, y con la otra quiere ser libre, salvaje. A veces, las dos voluntades se aúnan. Y eso se advierte claramente cuando un caballo, al que tú montas, da un brusco salto de rebeldía.

Gerald repuso:

—Que el caballo dé uno de esos saltos que tú dices me ha pasado muchas veces, pero para mí eso no ha significado que el caballo tuviera dos voluntades, sino sencillamente que se ha asustado.

Hermione había dejado de prestar atención. Cuando se abordaban temas de esa naturaleza, Hermione se limitaba a ausentarse mentalmente. Úrsula preguntó:

—¿Y por qué el caballo ha de querer someterse a la voluntad humana? Para mí es incomprensible. No creo que el caballo quiera semejante cosa.

Birkin repuso:

—Sí quiere. Y eso constituye el último y quizá el más alto impulso amoroso: someter la propia voluntad a la del ser superior.

Mofándose alegremente, Úrsula comentó:

—Tienes unas ideas muy curiosas en lo tocante al amor.

—Las mujeres son como los caballos. En su interior actúan dos voluntades opuestas. Con una de ellas desean someterse totalmente. Con la otra, desean dar un salto y llevar a la perdición al jinete.

Echándose a reír, Úrsula dijo:

—Pues yo soy así, dada a saltar.

—Es peligroso domesticar a los caballos, y mucho más peligroso es domesticar a las mujeres. El ser superior y dominante se enfrenta con un antagonista muy raro.

Úrsula precisó:

—Buena cosa.

Con una leve sonrisa, Gerald añadió:

—Totalmente de acuerdo. Así resulta más divertido.

Hermione no podía aguantar más aquello. Se levantó y dijo en su fácil cantilena:

—¡Qué tarde tan hermosa! A veces tengo una sensación de belleza tan grande, que apenas puedo resistirla.

Úrsula, a quien Hermione se había dirigido, también se levantó, conmovida hasta las últimas profundidades impersonales. Y Birkin le parecía casi un monstruo de odiosa arrogancia. Úrsula y Hermione caminaron por la orilla de la laguna, hablando de cosas bellas y tranquilizantes, mientras cogían velleritas. Úrsula dijo a Hermione:

—¿No te gustaría un vestido de este color amarillo, con toques anaranjados? ¿Un vestido de algodón?

Hermione se detuvo y miró la flor, dejando que el pensamiento entrara en ella y la tranquilizara. Dijo:

—Sí. Sería muy lindo. Me encantaría.

Y sonrió a Úrsula, con sentimiento de genuino afecto.

Pero Gerald se quedó con Birkin, ya que quería sondearle y averiguar qué había querido decir al referirse a la doble voluntad de los caballos. En la cara de Gerald bailaba una móvil expresión excitada.

Hermione y Úrsula se alejaron juntas, vagando sin rumbo, repentinamente unidas por un vínculo de profundo afecto e intimidad. Deteniéndose ante Úrsula, y acercando a ella los puños crispados, Hermione dijo:

—No quiero que me obliguen a entrar en ese mundo de crítica y análisis de la vida. Quiero ver las cosas enteras, sin que las despojen de su belleza. Quiero verlas en su integridad, en su natural carácter sagrado. ¿No crees que ya no se puede aguantar más que torturen imponiendo más y más conocimientos?

Úrsula repuso:

—Efectivamente. Estoy harta de tanto hurgar y rebuscar.

De nuevo detuvo Hermione su avance y se volvió hacia Úrsula:

—¡Cuánto me alegra! A veces... A veces, me pregunto si estoy obligada a someterme a toda esa comprensión, si no me comporto con debilidad al rechazarla. Pero es que tengo la sensación de que no puedo... no puedo. Se trata de una comprensión que parece destruirlo todo. Todo, toda la belleza y... toda la verdadera santidad, quedan destruidas... Y sin eso no puedo vivir.

Úrsula dio su opinión:

—Sería un error vivir sin eso. Es terriblemente irreverente pensar que todo debe ser comprendido, ahí, en la cabeza. Realmente algo hay que dejar en manos del Señor. Siempre ha sido así, y siempre será así.

Tranquilizada, como una niña, Hermione dijo:

—Sí, así debe ser, claro. Y Rupert...

Hizo una pausa, alzó la cara hacia el cielo, en meditación, y prosiguió:

—Rupert sólo sabe destrozar las cosas, hacerlas añicos. En realidad, es como un niño que se siente obligado a desmontarlo todo para ver cómo funciona. Y creo que está en un error. Tal como tú has dicho, es irreverente.

—Como destrozar un capullo para ver cómo será la flor.

—Sí. Y esto lo mata todo, ¿no crees? Elimina todas las posibilidades de florecimiento.

—Claro, se trata de una actitud puramente destructiva.

—¡Así es!

Hermione dirigió una larga y lenta mirada a Úrsula, como si estuviera dispuesta a aceptar que Úrsula la bendijera. Las dos mujeres guardaron silencio. Tan pronto como estuvieron de acuerdo, comenzaron a desconfiar la una de la otra. Úrsula se dio cuenta de que, contra su voluntad, se retraía de Hermione. Era lo único que podía hacer para atenuar la repulsión que le inspiraba.

Regresaron al lado de los hombres, como dos conspiradoras que se han alejado para hablar a solas y llegar a un acuerdo. Birkin levantó la vista y las miró. Úrsula sintió odio hacia Birkin, al verle tan fríamente vigilante. Pero Birkin no dijo nada.

Hermione habló:

—¿Nos vamos? Rupert, ¿vienes a cenar a Shortlands? ¿Vienes ahora con nosotros?

Birkin repuso:

—No voy adecuadamente vestido, y ya sabes que Gerald observa estrictamente las normas de la etiqueta.

Gerald dijo:

—No creas. Sin embargo, si estuvieras tan harto como lo estoy yo de vivir en una casa en la que todos hacen lo que les da la gana, y van de cualquier manera, también preferirías que la gente se comportara pacífica y educadamente, por lo menos a la hora de las comidas.

Birkin dijo:

—Comprendido.

Hermione insistió, dirigiéndose a Birkin:

—Podemos esperar aquí mientras tú te vistes.

—Como queráis.

Birkin se levantó para entrar en el molino. Úrsula dijo que se iba. Pero, antes de emprender el camino, se volvió hacia Gerald y le dijo:

—De todas maneras, debo decirte que el hombre, por muy amo y señor que sea de todos los seres de pelo y pluma, no por ello creo que tenga derecho a violar el modo de ser de las criaturas inferiores de la creación. Sigo creyendo que hubiera sido mucho más sensato y elegante por tu parte retroceder al trote por la carretera, mientras el tren pasaba. Y también hubiera sido mucho más considerado.

Sonriendo, aunque un tanto enojado, Gerald repuso:

—Ya. Muy bien. Comprendo. Haré un esfuerzo para recordarlo la próxima vez.

Mientras se iba, Úrsula se dijo: «Todos piensan que soy la clásica hembra entrometida». Úrsula se había alzado en armas contra todos ellos.

Regresó apresuradamente a su casa, sumida en pensamientos. Hermione la había conmovido en gran manera. Las dos habían entrado realmente en contacto, de modo que se había cerrado un pacto entre ellas. Pero, a pesar de eso, Úrsula no podía aguantar a Hermione. Apartó de su mente ese pensamiento. Se dijo: «En realidad, Hermione es buena. En realidad, Hermione desea cuanto es justo y bueno». A continuación se esforzó en estar de acuerdo con los sentimientos de Hermione y en aislarse de Birkin. Últimamente Úrsula era totalmente hostil a este último. A pesar de lo cual se sentía unida a él, en virtud de un vínculo desconocido, de un profundo principio. Eso producía el efecto de irritarla y de redimirla, al mismo tiempo.

De vez en cuando violentos estremecimientos la sacudían,

estremecimientos nacidos en su subconsciente, y le constaba que había retado a Birkin y que éste, consciente o inconscientemente, había aceptado el reto. Se trataba de una lucha a muerte entre los dos, o de una lucha para una nueva vida. Sin embargo, no había modo de saber en qué consistía aquel conflicto.

13. EL MININO

Pasaron los días y Úrsula no recibió noticias. ¿Iba Birkin a ignorarla? ¿Dejaría de prestar atención a su secreto? Sentía un terrible peso de ansiedad y una profunda amargura. A pesar de lo cual, le constaba que se estaba engañando a sí misma y que Birkin actuaría. Úrsula no dijo nada a nadie.

Y, como cabía prever, recibió una nota de Birkin en la que la invitaba a tomar el té, en compañía de Gudrun, en su casa alquilada en las afueras de la ciudad. Inmediatamente, Úrsula se preguntó: «¿Y por qué invita también a Gudrun? ¿Es que quiere protegerse o piensa que me negaría a ir sola?».

La idea de que Birkin quería protegerse atormentaba a Úrsula. Pero, a fin de cuentas, se limitó a decirse: «No quiero que Gudrun esté presente, porque deseo que Birkin me diga más cosas. No diré nada a Gudrun e iré sola. Así me enteraré de lo que quiero saber».

Úrsula se encontró sentada en el tranvía que subía por la cuesta que llevaba a las afueras de la ciudad, al lugar en que Birkin tenía su casa. A Úrsula le parecía haber penetrado en un mundo de sueños, libre de las imposiciones de la actualidad. Contemplaba las sórdidas calles de la ciudad que desfilaban allí abajo, se sentía un espíritu ajeno al universo material. ¿Qué tenía que ver con ella aquel universo? Úrsula palpitaba informe en el fluido de la vida fantasmal. Ya no podía siquiera tener en cuenta lo que cualquier ser humano dijera o pensara de ella. La gente se encontraba fuera de su esfera, había quedado totalmente exonerada. Había caído, extraña y oscura, del envoltorio de la vida material, tal como una mora cae del único mundo que siempre ha conocido, había caído del envoltorio para penetrar en la realidad de lo desconocido.

Cuando la patrona la requirió, Úrsula encontró a Birkin de pie en medio de la estancia. También Birkin había salido de los habituales límites de su personalidad. Úrsula le vio agitado y estremecido, como un cuerpo frágil y sin sustancia, silencioso como el nudo de una fuerza violenta, una fuerza que Birkin desprendía y que estremeció a Úrsula hasta casi hacerle perder la conciencia de sí misma.

Birkin preguntó:

—¿Vienes sola?

—Sí, Gudrun no ha podido venir.

Birkin adivinó por qué al instante.

Y los dos quedaron sentados en silencio, en la terrible tensión de la estancia. Úrsula tenía conciencia de que era una habitación agradable, con mucha luz, y, por su forma, inducente a la tranquilidad. También se dio cuenta de la presencia de una fucsia, con colgantes flores escarlata y purpúreas. Para romper el silencio, Úrsula dijo:

—¡Qué bonitas son las fucsias!

—Sí, lo son. Oye, ¿crees que he olvidado lo que dije?

Úrsula sintió que su mente quedaba casi anulada por una súbita debilidad. A través de la negra niebla que la envolvía, dijo con dificultad:

—No quiero que lo recuerdes si no quieres recordarlo.

—No. No es eso. Ahora bien, si queremos conocernos el uno al otro, tenemos que comprometernos para siempre. Si vamos a entablar una relación, incluso una amistad, ha de ser con carácter definitivo e irrevocable.

En su voz había un metálico sonido de desconfianza, casi de irritación. Úrsula no contestó. Sentía el corazón tan contraído que no pudo hacerlo. Era incapaz de hablar.

Birkin, al percatarse de que Úrsula no iba a contestar, prosiguió, casi amargamente, su confesión:

—No puedo decir que sea amor lo que tengo para ofrecer. Y no es amor lo que quiero. Es algo mucho más impersonal, mucho más duro... Y menos frecuente.

Hubo un silencio, y, en este silencio, Úrsula dijo:

—¿Quieres decir con eso que no me amas?

Al decir estas palabras, Úrsula experimentó un dolor furioso.

—Efectivamente, si quieres expresarlo de esa manera. Aun cuando quizá no sea cierto. No lo sé. De todas maneras, no siento por ti la emoción del amor. No, no quiero sentirla. Porque esa emoción se desvanece cuando se plantean los temas fundamentales.

Con los labios insensibles, siguió preguntando:

—¿Que el amor se desvanece ante los temas fundamentales?

—Así es. Y en última instancia, uno se encuentra solo, más allá de la influencia del amor. Hay un yo impersonal que está más allá del amor, más allá de toda relación emotiva. Y lo mismo te pasa a ti. Pero queremos

engañarnos y creer que el amor es la raíz de todo. Y no lo es. El amor es las ramas. La raíz se encuentra fuera del alcance del amor, la raíz es una especie de desnudo aislamiento, un yo aislado, que no tiene relaciones y que con nadie se mezcla y que no puede tener relaciones ni mezclarse.

Úrsula le contemplaba con ojos dilatados y preocupados. El rostro de Birkin estaba incandescente en su abstracto apasionamiento. Agitada, Úrsula le preguntó:

—¿Quieres decir que no puedes amar?

—Sí, si te gusta decirlo de ese modo. He amado. Pero hay un más allá, un más allá en el que no hay amor.

Úrsula no podía aceptar eso. Se sintió aplastada por la aseveración de Birkin. Pero no podía someterse a ella. Preguntó:

—¿Cómo puedes saberlo si nunca has amado verdaderamente?

—Lo que he dicho es verdad. Hay un más allá, en ti, en mí, que se encuentra fuera del alcance del amor, tal como las estrellas, por lo menos algunas, se encuentran fuera del alcance de nuestra visión.

Úrsula trepidó:

—¡En ese caso, el amor no existe!

—En última instancia, hay otra cosa. En última instancia, el amor no existe.

Úrsula meditó esas palabras unos instantes. Luego, iniciando el movimiento de levantarse del asiento, dijo en tono definitivo, en tono de rechazo:

—En ese caso me voy a casa. ¿Qué hago aquí?

—Ahí está la puerta. Eres libre de hacer lo que quieras.

En ese momento decisivo, Birkin se dominó a la perfección, bellamente. Úrsula permaneció inmóvil unos segundos, luego volvió a sentarse. Casi con burlón desprecio, exigió:

—Si no hay amor ¿qué hay?

Mirándola fijamente, luchando consigo mismo con todas sus fuerzas, Birkin repuso:

—Algo.

—¿Qué?

Birkin guardó silencio un rato, incapaz de mantener la comunicación con

Úrsula, mientras se hallara en aquel estado de oposición. Por fin, Birkin, con tono de pura abstracción, dijo:

—Hay un último yo, desnudo e impersonal, más allá de la responsabilidad. Y en ti también está tu yo. Y ése es el terreno en el que quisiera encontrarme contigo, no en el plano emotivo, en el plano amoroso, sino más allá, allá donde no hay palabras ni términos de acuerdo. En este punto somos dos seres desnudos y desconocidos, dos criaturas sumamente extrañas, y, así, yo quisiera acercarme a ti, y que tú te acercaras a mí. Y no habría obligación posible, porque en este punto no hay modelos de actuación, porque en este plano la comprensión no ha madurado. Es un plano inhumano, absolutamente inhumano, por lo que no cabe recurrir a las normas en forma alguna, debido a que se encuentra fuera del ámbito de todo lo aceptado, y nada de cuanto se conoce es aplicable. Sólo cabe seguir los impulsos, tomar lo que se tiene delante, no hay responsabilidad posible, ni se puede pedir, ni se puede dar, y cada cual sólo puede actuar de acuerdo con los deseos primigenios.

Úrsula escuchó ese discurso, con la mente atontada, casi insensible: tan imprevisto y directo era lo que Birkin le dijo. Úrsula decidió:

—No es más que puro egoísmo.

—Puro, sí. Egoísmo, no. No, debido a que no sé lo que quiero de ti. Me entrego, yo, yo me entrego a lo desconocido cuando voy a ti; me entrego sin reservas, sin defensas, totalmente desnudo, a lo desconocido. Sólo es preciso el compromiso entre los dos, el compromiso de despojarnos de todo, de prescindir incluso de nosotros mismos, de dejar de ser, a fin de que aquello que es verdaderamente nuestro yo pueda tener lugar en nosotros.

Úrsula siguió la línea de sus propios pensamientos. E insistió:

—Pero si me deseas, ¿se debe a que me amas?

—No. Se debe a que creo en ti, caso de que crea en ti.

Riendo, súbitamente ofendida, Úrsula dijo:

—¿No lo sabes con certeza?

Birkin la miraba fijamente, sin apenas prestar atención a sus palabras. Birkin repuso:

—Sí, forzosamente he de creer en ti, ya que de lo contrario no estaría diciendo lo que digo. Pero eso es la única prueba que tengo. En este preciso instante, mi fe en mi creencia en ti no es muy fuerte que digamos.

Este brusco regreso al cansancio y a la falta de fe motivó que Úrsula sintiera nuevamente antipatía hacia Birkin. Con voz burlona, Úrsula insistió:

—¿No te parezco bella?

Birkin la miró, para enterarse de si le parecía bella o no. Dijo:

—No siento que me parezcas bella.

Con mordaz acento de burla, Úrsula insistió:

—¿Ni siquiera atractiva?

Súbitamente exasperado, Birkin frunció el entrecejo. Gritó:

—¿Es que no te das cuenta de que lo que te he dicho nada tiene que ver, en absoluto, con la apreciación visual? No quiero verte, he visto a infinidad de mujeres y estoy harto de verlas. Quiero una mujer a la que no vea.

Úrsula rio:

—Lamento no poder volverme invisible para complacerte.

—Sí, para mí eres invisible si no me obligas a tener conciencia visual de ti. Pero la verdad es que no quiero verte ni oírte.

Adoptando de nuevo el tono burlón, Úrsula le preguntó:

—En ese caso, ¿por qué me has invitado a tomar el té?

Pero Birkin no le hizo el menor caso. En voz alta, hablaba para sí:

—Quiero encontrarte en ese lugar en el que tú ignoras tu propia existencia, quiero encontrar ese tú que tu común personalidad niega a rajatabla. Pero no quiero tu belleza ni quiero tus sentimientos femeninos, y no quiero tus pensamientos, tus opiniones, tus ideas... Todo eso, para mí, son bagatelas.

—Es usted muy vanidoso, Monsieur. ¿Cómo sabes cuáles son mis sentimientos femeninos, mis pensamientos y mis ideas? Ni siquiera sabes lo que pienso de ti ahora.

—Y a mí no me importa lo más mínimo.

—Me pareces muy tonto. Pienso que pretendes decirme que me quieres y que estás dando todos estos rodeos a ese fin.

Con súbita exasperación Birkin levantó la vista:

—Muy bien, pues vete y déjame en paz. Ya estoy harto de tus mercenarias bufonadas.

La cara de Úrsula se relajó en una genuina expresión de risa. Mofándose de Birkin, dijo:

—¿Crees que realmente son bufonadas?

Birkin, a juicio de Úrsula, acababa de hacerle una profunda confesión de amor. Sin embargo, sus palabras eran absurdas.

Hubo un largo, muy largo silencio. Úrsula se sentía contenta y excitada como una niña. Birkin salió de su estado de concentración, y comenzó a mirarla de manera sencilla y natural. Con voz serena, dijo:

—Quiero una extraña conjunción contigo, no un simple encuentro, ni un trato, sino un equilibrio, un puro equilibrio de dos seres, tal como las estrellas se equilibran entre sí.

Úrsula le miró. Birkin estaba profundamente serio, y a Úrsula la seriedad siempre le había parecido un tanto ridícula y vulgar. Le daba una sensación de incomodidad y de limitación de la libertad. Birkin le gustaba, le gustaba mucho. Pero ¿para qué sacar las estrellas a colación?

Riendo, Úrsula dijo:

—¿No ha sido todo muy repentino?

Birkin comenzó a reír y dijo:

—Sí, más valdrá que estudiemos las cláusulas del contrato antes de firmarlo.

Un joven gato gris, que había estado durmiendo en el sofá, saltó al suelo, estiró sus largas patas traseras y arqueó el esbelto lomo. Luego se sentó, erecto y mayestático, para pensar un poco. Y después, como una flecha, salió de la habitación y, por las puertas abiertas del balcón, pasó al jardín.

Levantándose, Birkin dijo:

—No sé qué habrá visto...

El joven gato trotó señorial por el sendero, balanceando la cola. Se trataba de un gato del país, normal y corriente, con patas blancas y con lúcido aspecto de joven caballero. Otro gato, encogido, erizado el pelo, de color gris pardusco, penetraba furtivamente en el jardín, por encima de la verja. El minino de la casa se acercó majestuosamente, con masculina indiferencia, a la gata recién llegada. Ésta se agazapó y humildemente oprimió el cuerpo contra la tierra, cual suave y peluda paria, y miró, alzando la vista al minino, con sus ojos agrestes, verdes y bellos como dos grandes joyas. El minino miró negligentemente a la gata. Ésta se acercó unas cuantas pulgadas más al gato, avanzando hacia la puerta trasera de la casa, agazapada, con un maravilloso y suave aire de humildad, moviéndose como una sombra.

El minino, con los majestuosos pasos de sus esbeltas patas, anduvo tras la gata, y, de repente, por pura y simple voluntad de abusar de ella, le lanzó un leve zarpazo a un lado de la cara. La gata se alejó raudamente, aunque distanciándose sólo unos pasos, como una hoja seca arrastrada por el viento, y luego se agazapó pasiva, en sumisa y selvática paciencia. El minino fingió olvidarse de la gata. Con expresión mayestática parpadeó, orientada la vista

hacia el paisaje. Poco después, la gata se alzaba y, suavemente, como una velluda sombra gris pardusca, se alejó unos pasos. La gata aceleró la marcha, causando la impresión de que fuera a desaparecer en un instante, como un sueño, y ése fue el momento en que el gato gris, el joven gran señor, saltó ante la gata, y le propinó un leve y elegante zarpazo. La gata, sumisa, se quedó quieta.

Birkin dijo:

—Es una gata salvaje. Ha venido del bosque.

Durante un momento, los ojos de la gata salvaje miraron alrededor, lanzando destellos, y como grandes hogueras de verdes llamas, se fijaron en Birkin. En el instante siguiente, en rápida y suave carrera, la gata se situó en mitad del jardín. Allí se detuvo y miró alrededor. El minino, con movimiento de pura y absoluta superioridad, volvió la cara hacia su amo y cerró despacio los ojos, allí, en pie, en estatuaria y juvenil perfección. Los ojos redondos, verdes e interrogantes de la gata salvaje miraban constantemente, como raras hogueras. Y, una vez más, como una sombra, la gata se deslizó hacia la cocina.

En un bello y potente salto, fácil como el viento, el minino ya había alcanzado a la gata, y le había propinado dos zarpazos, limpios y rotundos, con su blanco y delicado puño. La gata se encogió y, deslizándose, retrocedió sin protestar. El minino anduvo hacia ella, y la golpeó una o dos veces, sin prisa, con imprevistos movimientos de sus mágicas patas blancas.

Indignada, Úrsula gritó:

—¿Por qué le hace esto?

Birkin repuso:

—Mantienen relaciones íntimas.

—¿Y por eso pega a la gata?

Riendo, Birkin contestó:

—Sí. El gato quiere que la gata no tenga la menor duda acerca del cariz de la situación.

—¡Pues me parece un comportamiento horrible!

Úrsula salió al jardín y, dirigiéndose al gato, gritó:

—¡Basta ya, abusón! ¡Deja de pegarle!

La gata salvaje se desvaneció como una rápida e invisible sombra. El minino miró a Úrsula y luego apartó desdeñosamente la vista de ella para fijarla en su amo. Birkin le preguntó:

—¿Eres un abusón?

El joven y esbelto gato le miró, y achicó despacio las pupilas. Luego apartó la vista para mirar el paisaje, lejos, como si se hubiese olvidado totalmente de los dos seres humanos.

Úrsula le dijo:

—Minino, no me gustas nada. Eres un abusón, igual que todos los machos.

—No. Lo hace con justificación. No es abusón. Se limita a pedir insistentemente a la pobre gata vagabunda que reconozca que él es algo así como su destino, el destino de la gata. Sí, porque, como puedes ver, la gata es ligera y promiscua como el viento. Estoy totalmente de acuerdo con el minino. Desea una estabilidad perfecta.

—¡Sí, ya lo veo! Quiere hacer su voluntad. Sé perfectamente lo que significan tus bellas palabras: ganas de mandar y nada más. A eso se le llama ser mandón.

El joven gato volvió a mirar a Birkin, manifestando así su desdén por la ruidosa mujer. Dirigiéndose al gato, Birkin dijo:

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Miciotto. Defiende tu dignidad masculina y tu superior comprensión.

Una vez más el minino contrajo las pupilas, como si mirase al sol. Luego, aparentando repentinamente que no tenía relación alguna con los dos seres humanos, se fue al trote, con fingida espontaneidad y alegría, erecta la cola, gracioso el aire de sus blancas patas. Riendo, Birkin anunció:

—Ahora volverá a encontrar a su belle sauvage, y le dará amenas lecciones gracias a su superior sabiduría.

Úrsula miró al hombre que estaba de pie en el jardín, con el cabello agitado por el viento y una irónica sonrisa en los ojos. Úrsula gritó:

—¡Me irrita tanto la idea de la superioridad masculina! ¡Y además es totalmente falsa! Si tuviera una mínima justificación no me molestaría.

—A la gata salvaje no le molesta. Se da cuenta de que está justificado.

—¡Mentira! ¡Eso se lo cuentas a tu tía!

—De acuerdo, se lo contaré.

—Es lo mismo que Gerald Crich con su yegua: ganas de abusar brutalmente, una auténtica Wille zur Macht, baja y mezquina.

—Reconozco que la Wille zur Macht es baja y mezquina. Pero en el caso del minino, se trata del deseo de llevar a esa hembra a un estado de puro y

estable equilibrio, a una relación trascendente y estable con el macho individual. Contrariamente, esa gata, sin el minino, es un ser extraviado, una suave y esporádica porción de caos. Se trata de una voluntad de pouvoir, si quieres, de pouvoir en cuanto verbo.

—¡Sofismas! ¡No es más que el viejo cuento de Adán!

—Claro que sí. Adán mantuvo a Eva en el paraíso indestructible cuando la tuvo sólo para él, como una estrella en su órbita.

Señalando a Birkin con el dedo, Úrsula gritó:

—Sí, sí... ¡Una estrella en su órbita! ¡Mentira! ¡Un satélite, un satélite de Marte, eso será! ¡Ahora te has puesto en evidencia! Quieres un satélite. Marte y su satélite... ¡Tú mismo lo has dicho! ¡Has caído en tu propia trampa!

Birkin sonrió embargado por sensaciones de frustración, diversión, irritación, admiración y amor. Úrsula era rápida, radiante, como una llama tangible, vengativa y compleja en su peligrosa sensibilidad inflamada. Birkin dijo:

—Es que no lo he dicho todo aún. Dame la oportunidad de hablar al menos.

—¡No, no! No estoy dispuesta a dejarte hablar. Lo has dicho: un satélite. Y no estoy dispuesta a dejar que te escurras de la trampa en que has caído. Tú mismo lo has dicho.

—Nunca creerás que yo no he dicho eso. No he mencionado ningún satélite, ni siquiera he insinuado tal concepto, y, además, tampoco pensaba en satélites.

Verdaderamente indignada, Úrsula le ofendió:

—¡Tramposo!

La patrona se acercó a la puerta y anunció:

—El té está listo.

Los dos miraron a la mujer, de manera muy semejante a aquella en que los gatos les habían mirado a ellos, hacía poco.

—Gracias, señora Daykin.

El silencio de la interrupción se hizo entre los dos. Fue un momento de tregua. Birkin dijo:

—¿Tomamos el té?

Serenándose, Úrsula repuso:

—Sí, gracias.

Se sentaron a la mesa de té, uno frente al otro.

—No he dicho satélite, y ni siquiera lo he insinuado. Quería decir dos estrellas iguales y separadas en equilibrada conjunción.

Úrsula comenzó a comer inmediatamente, y dijo:

—Tú mismo te has delatado. Has revelado completamente el jueguito que te traías entre manos.

Birkin advirtió que Úrsula no haría el menor caso de sus explicaciones, por lo que comenzó a servir el té, Úrsula gritó, refiriéndose a lo que comía:

—¡Está muy bueno!

—Ponte tú misma el azúcar.

Birkin le entregó la taza. Todo era bello; las tazas y los platos eran preciosos, pintados de reluciente malva y verde, elegantes eran las formas de los cuencos y de los platos de cristal, y las cucharillas antiguas, todo sobre mantel de hilo gris pálido, negro y púrpura. Todo era fino y sofisticado. Pero Úrsula veía allí la influencia de Hermione. Casi enojada, dijo:

—¡Tienes un servicio de té muy hermoso!

—Sí, me gusta. Me produce verdadero placer utilizar objetos que sean atractivos en sí mismos, cosas agradables. Y, en ese aspecto, la señora Daykin es una maravilla. Para complacerme, procura que todo sea lo más bonito que quepa encontrar.

—En realidad, las patronas son mejores que las esposas actualmente. Se preocupan muchísimo más. Tu casa, ahora, es mucho más bonita y con más detalles que si estuvieras casado.

Riendo, Birkin dijo:

—No olvides la soledad.

—No. Me da celos que los hombres tengan patronas tan perfectas y vivan en casas alquiladas tan bonitas. No pueden desear más.

—Desde el punto de vista del funcionamiento de una vivienda, debemos esperar que así sea. Esa gente que se casa para tener un hogar da asco.

—De todas maneras, en la actualidad, el hombre apenas tiene necesidad de una mujer.

—En los aspectos superficiales, quizá sea así, con la salvedad de necesitarla para compartir el lecho y para que le dé hijos. Pero, esencialmente, la mujer sigue siendo tan necesaria como siempre. Ocurre que nadie se toma la

molestia de ser esencial.

—¿Esencial en qué sentido?

—Creo que lo único que mantiene con vida al mundo es la mística conjunción, la suprema armonía entre las personas, es decir, la vinculación. Y la vinculación suma es la que se da entre hombre y mujer.

—Pero eso es muy viejo, está pasado. ¿Por qué el amor ha de ser un vínculo? No, no lo acepto.

—Si caminas hacia el oeste, no puedes caminar, al mismo tiempo, en dirección al norte, al este y al sur. Si aceptas la armonía, eliminas todas las posibilidades de caos.

Úrsula declaró:

—El amor es libertad.

Birkin replicó:

—No me vengas con demagogia barata. El amor es una dirección que excluye todas las restantes direcciones. Es una libertad en unión, si lo prefieres.

—No. El amor lo abarca todo.

—Eso no es más que demagogia sentimental. Sucede que te gusta el caos. Eso de la libertad en el amor, esa libertad que es amor y ese amor que es libertad, no significa más que puro nihilismo. En realidad, si se llega a la total armonía, el amor es irrevocable, y el amor nunca es puro hasta el instante en que llega a ser irrevocable. Y cuando es irrevocable tiene una sola dirección, como las estrellas en su trayectoria.

Con amargura, Úrsula gritó:

—¡Otra vez! ¡La vieja moral muerta!

—No, es la ley de la creación. Es la entrega. Uno debe entregarse a una conjunción con el otro... entregarse para siempre. Y eso no significa renunciar a uno mismo, sino mantener el propio yo en místico equilibrio e integridad, igual que una estrella que se equilibra con otra.

—Siento desconfianza hacia ti siempre que sacas a relucir las estrellas. Si fueras sincero, no tendrías necesidad de recurrir a realidades tan lejanas.

Irritado, Birkin replicó:

—Muy bien, desconfía. Me basta con confiar en mí mismo.

—Y ahí cometes otro error. No confías en ti mismo. No crees plenamente en lo que dices. No deseas de verdad esa conjunción, ya que si la desearas de

veras no hablarías de ella sino que la convertirías en realidad.

Birkin quedó parado unos instantes. Preguntó:

—¿Cómo?

Desafiante, Úrsula repuso:

—Amando, sencillamente.

Birkin, irritado, guardó silencio. Luego se explicó:

—Pues te diré que no creo en esa clase de amor. Y tú sólo quieres que el amor esté al servicio de tu egoísmo, quieres que el amor esté subordinado a ti. El amor es un proceso de dominio, para ti... Para ti y para todos. Odio ese proceso.

Echando la cabeza hacia atrás, como una cobra, destellantes los ojos, Úrsula gritó:

—No. Es un proceso de dignidad. Y quiero tener dignidad.

Secamente, Birkin observó:

—Dignidad y dominio, dignidad y dominio: te comprendo perfectamente. Primero dignidad y dominio, y luego dominada por los dignos; comprendo perfectamente tu clase de amor. No es más que un tictac, tictac, una danza de recíproca oposición.

En tono de burla mordaz, Úrsula preguntó:

—¿Estás seguro de que sabes lo que es mi amor?

—Sí, totalmente.

—¡Y con arrogancia además! ¿Cómo es posible que una persona tan arrogante esté en lo cierto? Tu arrogancia demuestra que estás equivocado.

Birkin, mortificado, volvió a guardar silencio.

La larga conversación y las discusiones sostenidas habían dejado agotados a los dos. Birkin pidió:

—Háblame de ti y de tu familia.

Úrsula le habló de los Brangwen, le habló de su madre... Luego le habló de Skrebensky, su primer amor, y de sus experiencias subsiguientes. Birkin la escuchó muy quieto, mirándola mientras hablaba. Parecía escucharla con reverencia. La cara de Úrsula era hermosa y rebosante de una luz sorprendida, mientras explicaba a Birkin hechos que la habían herido profundamente o que la habían dejado perpleja. La hermosa luz de la manera de ser de Úrsula parecía dar calor y consuelo al alma de Birkin.

Para sí, con apasionada insistencia, aunque casi sin esperanzas, Birkin pensaba: «Si realmente pudiera entregarse...». Sin embargo, al mismo tiempo, en su corazón surgió una risita irresponsable. Irónicamente, Birkin dijo:

—Cuánto hemos sufrido todos...

Úrsula le miró, y en su cara apareció un resplandor de selvática alegría, un extraño resplandor de luz amarilla, nacido en sus ojos. Con voz aguda, con expresión de temeridad, Úrsula gritó:

—¿Verdad que sí? Es casi absurdo, ¿no crees?

—Totalmente absurdo. El sufrimiento sólo sirve para aburrirme.

—Me pasa lo mismo.

Birkin casi tenía miedo de la burlona valentía que expresaba la cara de Úrsula. Era una mujer capaz de llegar hasta los últimos extremos, de cruzar los cielos y los infiernos si ello fuera preciso. Birkin la contemplaba con recelo, temía a una mujer capaz de semejante abandono, capaz de aquella concienzuda y peligrosa labor de destrucción. Sin embargo, en su fuero interno, Birkin también reía.

Úrsula se acercó a Birkin y le puso la mano en el hombro, mirándolo desde lo alto, con extraños ojos de luz dorada, muy tiernos, pero con una curiosa expresión endiablada, en el fondo.

Úrsula suplicó:

—Di que me quieres, dime «mi amor».

Birkin miró el fondo de los ojos de Úrsula y comprendió. En la cara de Birkin hubo un leve estremecimiento de burlona comprensión.

Con solemne tristeza, Birkin dijo:

—Te quiero cuanto debo quererte. Pero quiero que este amor sea otra cosa.

Inclinando su cara maravillosamente luminosa sobre Birkin, Úrsula insistió:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no te parece suficiente?

Birkin puso los brazos alrededor del cuerpo de Úrsula, y contestó:

—Porque podemos conseguir algo mejor.

Con voz fuerte, con la voluptuosa voz de la entrega, Úrsula dijo:

—No, no podemos. Sólo podemos amarnos el uno al otro. Dime «mi amor», anda, dilo.

Úrsula puso los brazos alrededor del cuello de Birkin. Éste la atrajo hacia

sí y la besó suavemente, murmurando con voz sutil, con voz de amor, ironía y sumisión:

—Sí, mi amor, sí, mi amor. Dejemos que el amor baste. Te quiero, te quiero, y todo lo demás me aburre.

Acurrucándose junto a él, muy dulcemente, Úrsula murmuró:

—Sí.

14. LA FIESTA ACUÁTICA

Todos los años, el señor Crich daba una fiesta en el lago, que en cierto modo superaba el carácter de fiesta familiar. Allí había una pequeña embarcación de recreo y varias barcas de remos. Los invitados podían tomar el té bajo el entoldado que se instalaba junto a la casa o bien a la sombra del gran nogal, junto a la caseta, en la orilla del lago. Ese año, entre los invitados se contaban los maestros de la escuela primaria de la localidad, así como los empleados con cargos directivos de la empresa de los Crich. Esa fiesta no le gustaba a Gerald ni a sus hermanos, pero se había convertido en consuetudinaria, y gustaba al padre por ser la única ocasión en que podía reunir a gente del distrito para que compartieran con él aquellos festivos momentos. Al señor Crich le agradaba ofrecer diversión y placeres a sus empleados y a quienes tenían menos dinero que él. Contrariamente, sus hijos preferían tratar con iguales en lo referente a posición económica. Les irritaba la humildad, la gratitud y la timidez de sus inferiores. De todos modos, los hijos del señor Crich asistían sin quejas a esa fiesta, como habían hecho casi desde la infancia y luego con más motivo, debido a que se sentían un poco culpables ante su padre, cuya voluntad no querían contrariar, ya que estaba muy enfermo. En consecuencia, Laura, alegremente, se dispuso a hacer las veces de su madre, en el papel de dueña de la casa, en tanto que Gerald se ocupó de las diversiones en el lago.

Birkin había escrito a Úrsula diciéndole que esperaba verla en la fiesta, en tanto que Gudrun, a pesar de que se burlaba de la cortés superioridad de los Crich, estaba dispuesta a acompañar a sus padres si hacía buen tiempo.

Y llegó el día señalado, un día de cielo azul y sol claro, con pequeñas ráfagas de viento. Las dos hermanas iban con vestido de crepé blanco y sombreros de suave terciopelo. Pero Gudrun llevaba una faja brillante, negra, amarilla y rosada, muy ancha, medias de seda de color de rosa y el sombrero adornado con una cinta negra, amarilla y rosada, cinta colgante que daba cierto aspecto de pesadez al sombrero. También llevaba al brazo una chaqueta de

seda amarilla, todo lo cual daba a su figura cierto realce, de modo que su aspecto traía a la mente un cuadro del «Salón». Ese atuendo irritaba en gran manera al padre de Gudrun, que le dijo:

—Oye, ¿crees que estamos en carnaval o qué?

Pero Gudrun tenía, en realidad, aspecto elegante y brillante, y lucía su ropa con actitud desafiante. Cuando la gente la miraba y se reía de ella después de haber pasado, se complacía en decir con voz alta a Úrsula:

—Regarde, regarde ces gens-là! Ne sont-ils pas des hiboux incroyables?

Y mientras pronunciaba esta frase en francés, miraba hacia atrás, por encima del hombro a los que se reían.

Úrsula replicaba en voz alta y clara:

—Sí, realmente es increíble.

Y de esta manera, las dos hermanas se mofaban de sus universales enemigos. Contrariamente, la rabia de su padre iba en constante aumento.

Úrsula vestía toda de blanco, con la salvedad del sombrero, de color rosa y sin adornos, y de los zapatos, de color granate. Llevaba al brazo una chaqueta anaranjada. Y de esta manera se dirigían a pie a Shortlands, detrás de sus padres.

Las dos se reían de su madre, quien, ataviada con un vestido veraniego a rayas negras y púrpura, y tocada con un sombrero de paja púrpura, avanzaba mucho más cohibida y tensa que sus hijas, como una pobre muchachita, sumisa al lado de su marido, quien, como de costumbre, tenía cierto aspecto desaliñado, incluso con su mejor traje, como si fuera padre de hijos pequeños y hubiera sostenido en brazos al benjamín mientras su esposa se vestía.

Con calma, Gudrun dijo:

—Fíjate en la pareja que va delante.

Úrsula miró a sus padres, y, repentinamente, fue presa de un violento ataque de risa. Las dos muchachas se detuvieron en el camino y rieron hasta que se les saltaron las lágrimas, al volver a tener clara conciencia de la inhibida y poco mundana pareja formada por sus padres, que caminaban ante ellas.

Ahogándose de risa, sin poderlo remediar, Úrsula gritó, mientras volvía a ponerse en marcha:

—Nos estábamos riendo de ti como locas.

La señora Brangwen volvió la cabeza, con expresión levemente exasperada e interrogativa:

—¿Sí? ¿Y se puede saber por qué os doy tanta risa?

No podía comprender que hubiera deficiencia alguna en su aspecto exterior. Era mujer dotada de tranquila suficiencia, de fácil indiferencia ante todo género de críticas, como si se hallara muy por encima de ellas. Siempre vestía de forma un tanto rara y por regla general desaliñada, pero llevaba las ropas con total tranquilidad y satisfacción. Fuera lo que fuese lo que se pusiera, siempre y cuando tuviese cierto aspecto de corrección, le sentaba bien, de manera que nada se podía objetar a su aspecto. Era instintivamente aristocrática.

Úrsula, riéndose, no sin ternura, de la expresión ingenuamente intrigada de su madre, dijo:

—Estás solemne como una baronesa de provincias.

Como un eco, con voz cantarina, Gudrun dijo:

—¡Exactamente igual que una baronesa de provincias!

La natural dignidad de la madre se tornó solemnemente rígida, y las dos chicas volvieron a soltar agudas carcajadas. El padre, sulfurado, dijo:

—¡A casa, pareja de idiotas! ¡No sabéis más que reír como idiotas!

Úrsula, componiendo una mueca de burla ante el enfado de su padre, exclamó con voz hueca:

—Mm-mmer!

Amarillentas chispas danzaron en los ojos del padre, se inclinó llevado por verdadera ira, y dijo a la señora Brangwen, que se disponía a seguir su camino:

—Supongo que no serás tan tonta como para hacer caso de ese par de estúpidas mocosas.

Vengativo, el padre añadió a gritos:

—Ya me encargaré yo de que ese par de tontas no anden riendo y chillando detrás de mí...

Las dos muchachas, detenidas en la vera del camino, junto al seto, se reían sin poderlo evitar de la rabia de su padre. La señora Brangwen, enojada al ver que su marido estaba verdaderamente furioso, dijo:

—Eres tan tonto como ellas por hacerles caso.

En tono de burlona advertencia, Úrsula gritó a su padre:

—Padre, que viene gente.

El padre dirigió una rápida mirada alrededor, y echó a andar, tieso de rabia,

para ponerse al lado de su mujer. Y las muchachas le siguieron, debilitadas por la risa.

Cuando la gente a que Úrsula se había referido hubo pasado, Brangwen gritó en voz alta y estúpida:

—Si seguís así, me vuelvo a casa. No consentiré que os burléis de mí de esa manera en la vía pública.

Estaba verdaderamente fuera de sí. Al percatarse del tono ciegamente vengativo del padre, las risas abandonaron bruscamente a las dos hermanas, y el desprecio contrajo su corazón. Las palabras «en la vía pública» les habían parecido odiosas. ¿Qué les importaba a ellas la «vía pública»? Pero Gudrun adoptó una actitud conciliadora. Con insólita dulzura que molestó a sus padres, gritó:

—No reíamos para hacerte enfadar. Reíamos porque te queremos.

Irritada, Úrsula dijo:

—Si tan quisquillosos son, nos pondremos delante de ellos.

Y así, yendo las chicas delante, llegaron a Willey Water. El lago estaba azul y límpido, los prados inclinados, descendentes, resplandecían al sol, a un lado del lago, y el denso y oscuro bosque formaba una marcada pendiente al otro lado. La pequeña embarcación de recreo se alejaba trabajosamente de la orilla, con la estridente musiquilla a bordo, atestada de invitados, impulsada por las ruedas con canales. Cerca de la caseta del lago había un grupo de gente alegremente vestida, que, contemplada desde lejos, parecía pequeña, diminuta. Y en la carretera un grupo de gente del pueblo contemplaba con envidia la fiesta que se desarrollaba allá, a lo lejos, como almas a las que no se ha dado entrada en el paraíso.

En voz baja, fija la vista en los abigarrados invitados, Gudrun dijo:

—¡Dios! ¡Vaya multitud! Y tendremos que estar ahí, mezcladas.

El aprensivo horror que Gudrun tenía a las multitudes deprimía a Úrsula, quien dijo, angustiada:

—Sí, parece bastante horrorosa.

En la misma voz baja, deprimente, Gudrun insistió:

—¡Imagina lo que será tratar con esa gente!

A pesar de lo cual, Gudrun siguió avanzando decidida. Angustiada, Úrsula dijo:

—Bueno, supongo que podremos zafarnos de ellos.

Gudrun opinó:

—Estamos en aprietos si no lo conseguimos.

El tono de irónico aborrecimiento y de aprensión, muy marcado, de estas palabras tuvo la virtud de exasperar a Úrsula, que dijo:

—Tampoco hace falta que nos quedemos.

—Desde luego, yo no estaré ni cinco minutos entre esos.

Cuando ya estaban muy cerca, vieron a dos policías junto a la entrada a la finca. Gudrun dijo:

—¡Policías! ¡Para que no nos escapemos! Menuda fiesta...

Angustiada, Úrsula añadió:

—Más valdrá que ayudemos un poco a nuestros padres ahí dentro.

No sin desprecio, Gudrun observó:

—Mamá es perfectamente capaz de desenvolverse en esa fiestecita.

Pero a Úrsula le constaba que su padre tenía allí conciencia de su rudeza, y estaba irritado, se sentía deprimido. Por eso, Úrsula tampoco se encontraba tranquila y a sus anchas. Esperaron, ante la entrada a la finca, la llegada de sus padres. El padre, hombre alto y flaco, con sus ropas desaliñadas, estaba nervioso e irritable como un chiquillo en el momento de disponerse a penetrar en aquel acto social. Sospechaba que no era un caballero, y lo único que, en realidad, sabía con certeza, era que estaba absolutamente exasperado.

Úrsula se puso al lado de su padre, todos entregaron las entradas al policía y entraron en la zona cubierta de césped, los cuatro juntos: el hombre alto, sudoroso, con su tez rojiza y la estrecha frente de muchacho fruncida por la irritación, la mujer tranquila de cara lozana, perfectamente segura de sí misma, a pesar de que el cabello se le caía hacia delante, en uno de los lados de la cabeza, luego Gudrun, con los ojos redondeados, tenebrosos y alerta, su cara suave, ovalada e impasible, casi enfurruñada, de manera que causaba la impresión de replegarse sobre sí, llevada por la antipatía, a pesar de que seguía avanzando, y después Úrsula, con extraña, intrigada y brillante expresión en la cara, la expresión que siempre adoptaba cuando se encontraba en una situación falsa.

Birkin fue el ángel de la guarda. Se acercó sonriente a ellos, con su afectada cortesía social que, sin que jamás se supiera por qué, siempre resultaba un tanto extraña. Pero Birkin se quitó el sombrero y les sonrió con una genuina sonrisa en los ojos, por lo que Brangwen, aliviado, gritó cordialmente:

—¿Qué tal? ¿Cómo está? ¿Se encuentra ya mejor?

—Sí, mucho mejor. ¿Qué tal, señora Brangwen? Soy buen amigo de Gudrun y de Úrsula.

En los ojos de Birkin había una sonrisa cálida y natural. Birkin solía tratar de manera suave y halagadora a las mujeres, principalmente cuando no eran jóvenes.

Tranquila y satisfecha, la señora Brangwen dijo:

—Sí, las he oído hablar de usted a menudo.

Birkin rio. Gudrun, sintiendo que aquellas palabras disminuían la importancia de su persona, apartó la vista. La gente, en pie, formaba grupitos; unas cuantas mujeres se habían sentado a la sombra del nogal, con la taza de té en la mano. Un camarero vestido de etiqueta iba diligente de un lado a otro, algunas muchachas paseaban con sus sombrillas y una sonrisa tonta en la cara; unos cuantos hombres jóvenes que habían estado remando, estaban sentados con las piernas cruzadas en el césped, virilmente remangadas las camisas, las manos descansando en los muslos cubiertos con pantalones de blanca franela, las coloridas corbatas al viento, riendo y esforzándose en conversar ingeniosamente con jóvenes damiselas.

Picada, Gudrun pensó: «Deberían tener la educación de ponerse la chaqueta y de no adoptar ese aire de intimidad».

Le horrorizaba aquel tipo de muchacho, peinado hacia atrás con fijador, y con modales confianzudos.

Apareció Hermione Roddice, con un hermoso vestido blanco, de encaje, y arrastrando a su espalda una enorme capa de seda, manchada con grandes flores bordadas, y manteniendo en equilibrio sobre su cabeza un inmenso sombrero aplanado. Presentaba un aspecto impresionante, pasmoso, casi macabro, tan alta, con el borde de su gran capa de color crema, vívidamente manchada, arrastrando por el suelo a su espalda, con el espeso cabello caído sobre la frente casi tapándole los ojos; con su cara rara, alargada y pálida, y las manchas de color flotando alrededor de su cuerpo.

Gudrun oyó que unas muchachas, a su espalda, decían, refiriéndose a Hermione:

—¡Qué rara es!

Y Gudrun de buena gana hubiera asesinado a las chicas. Hermione se acercó con aire de gran amabilidad, dirigiendo una lenta mirada a los padres de Gudrun, y canturreó:

—¿Cómo estáis?

Fue un momento duro, exasperante para Gudrun. Hermione se encontraba tan fuertemente encastillada en su superioridad social, que era capaz de acercarse para conocer a la gente, impulsada por pura y simple curiosidad, igual que si fueran objetos de una exposición. Gudrun también era capaz de hacerlo. Pero le molestaba que alguien se hallara en la posición precisa para hacérselo a ella.

Hermione, con aire importante, y haciendo a los Brangwen objeto de una gran distinción, los llevó al lugar en que se encontraba Laura Crich, recibiendo a los invitados.

Hermione entonó:

—Te presento a la señora Brangwen.

Y Laura, que iba con un rígido vestido de hilo bordado estrechó la mano de la señora Brangwen y dijo que se alegraba mucho de volverla a ver. Entonces se acercó Gerald, vestido de blanco, salvo el blazer negro y castaño, muy apuesto. También fue presentado a los padres de las chicas Brangwen, e inmediatamente comenzó a hablar con la señora Brangwen, tratándola como si fuera una lady, y con su marido, a quien trató como si no fuera un gentleman. El comportamiento de Gerald era terriblemente inequívoco. Estrechaba la mano aquel día con la izquierda, ya que se había lesionado la derecha, que llevaba vendada en el bolsillo de la chaqueta. Gudrun se alegró mucho de que nadie, entre los que formaban su grupo, preguntara a Gerald qué le había ocurrido en la mano derecha.

La embarcación a vapor se acercaba con mucho jadeo, la música alborotando, la gente gritando excitada a bordo. Gerald fue a dirigir el desembarco de los pasajeros. Birkin se ocupó de ir en busca de té para la señora Brangwen; el marido de ésta se había unido a un grupo de maestros de la escuela primaria. Hermione se había sentado junto a la señora Brangwen, y las chicas fueron al embarcadero para ver la llegada de la embarcación de recreo.

La embarcación lanzaba alegres pitidos, las mecánicas ruedas con canaletes, quietas, guardaban silencio. Fueron lanzadas las amarras a la orilla, y la embarcación tocó tierra con sordo sonido de choque. Inmediatamente, los pasajeros se apretujaron para bajar cuanto antes.

En seco tono de mando, Gerald gritó:

—¡Esperen!

Sí, tenían que esperar a que la embarcación estuviera firmemente amarrada, a que hubieran puesto la pequeña pasarela. Cumplido lo anterior, los pasajeros desembarcaron hablando a gritos, como si acabaran de llegar de

América.

Las muchachas gritaban:

—¡Ha sido estupendo! ¡Delicioso!

Los camareros bajaron de la embarcación y se dirigieron a toda prisa a la caseta, llevando cestos. El patrón se quedó en el puente. Al ver que todos habían desembarcado sanos y salvos, Gerald se dirigió a Gudrun y Úrsula:

—¿Os gustaría embarcar en la próxima salida y tomar el té a bordo?

Fríamente, Gudrun repuso:

—No, gracias.

—¿No te gusta el agua?

—¿El agua? Sí, me gusta mucho.

Gerald la miró con expresión escrutadora:

—En ese caso, ¿será que no te gusta ir en una de esas embarcaciones?

Gudrun tardó en contestar, y, cuando lo hizo, habló muy despacio:

—Tampoco es eso. No.

Tenía la cara encendida, parecía estar enojada por algo. Úrsula explicó:

—Un peu trop de monde.

Gerald soltó una corta carcajada:

—¿Qué? Trop de monde! Sí, sí, va bastante gente.

Gudrun se volvió hacia él con vivacidad, y gritó:

—¿Has ido alguna vez de Westminster Bridge a Richmond en uno de esos vapores del Támesis?

Gerald repuso:

—No, no he hecho ese viaje.

—Bueno, pues es una de las experiencias más infames que he vivido.

Gudrun siguió hablando deprisa, excitada, coloradas las mejillas:

—Pues no había sitio donde sentarse, nada de nada, en absoluto, y un individuo, encaramado, cantaba «El agua de los abismos nos balancea», y no dejó de cantar ni un instante. Era ciego, y cantaba acompañándose con un órgano, uno de esos órganos portátiles, y esperaba que le diéramos dinero. Ya puedes imaginar lo que fue el viajecito. A cubierta llegaba constantemente el olor a los guisos que se preparaban abajo, las vaharadas de aceite caliente de

las máquinas. El viaje duró horas y horas, y durante millas, literalmente millas, unos muchachos horribles nos siguieron por la orilla, chapoteando en el repelente barro del Támesis, y se metían en el agua hasta la cintura, con los pantalones puestos al revés, la parte delantera atrás, y así se metían hasta las caderas en el horroroso barro del Támesis, con la cara siempre vuelta hacia nosotros, chillando, chillando exactamente igual que animales de carroña: «¡Aquí estamos, señor! ¡Aquí estamos, señor!». Igual, exactamente igual, que devoradores de carroña, absolutamente repulsivos. Y los paterfamilias que iban a bordo se reían cuando los muchachos se hundían en aquel horroroso cieno, y de vez en cuando les arrojaban medio penique. Y era increíble ver la avidez de la expresión de aquellos muchachos y cómo se tiraban de cabeza a aquella basura cuando les arrojaban medio penique. Verdaderamente, ningún buitre, ningún chacal podría siquiera soñar con llegar a la bajeza de aquellos muchachos. Y jamás, nunca más volveré a subir a bordo de una embarcación de recreo.

Gerald no dejó de mirar a Gudrun ni un instante mientras habló, y en su cara había cierta expresión emocional. Y no era lo que Gudrun había dicho lo que emocionaba a Gerald, sino la propia Gudrun. Le producía una emoción menuda, como un leve picor.

Gerald dijo:

—Naturalmente, en todo organismo civilizado forzosamente hay unos cuantos gusanos.

Úrsula protestó:

—¿Qué? ¡Yo no tengo gusanos!

Gudrun observó:

—¡No, no es eso! Es la naturaleza del espectáculo. Paterfamilias riendo y pensando que todo es muy divertido, y arrojando medios peniques, y materfamilias, con las regordetas rodillas separadas, y comiendo, siempre comiendo sin parar.

Úrsula habló:

—Sí. Los muchachos, en sí mismos, no son los gusanos. Los gusanos son toda la gente, el organismo político en su integridad, como dirías tú.

Gerald rio y apaciguó:

—Bueno, no os preocupéis. Nadie os obligará a subir a esa embarcación.

Esta reprimenda hizo sonrojar rápidamente a Gudrun.

Durante unos instantes guardaron silencio. Gerald, como un centinela, vigilaba a la gente que iba subiendo a bordo. Era un hombre apuesto, muy

dueño de sí mismo, pero aquel aire de militar vigilancia resultaba un tanto irritante. Gerald preguntó:

—¿Tomaréis el té aquí o preferís acercaros a la casa, donde hemos puesto el entoldado sobre el césped?

Úrsula, que siempre se precipitaba, preguntó:

—¿No podemos coger una barca de remos y escaparnos?

Sonriendo, Gerald preguntó:

—¿Escaparos?

Gudrun, sonrojándose ante la franca rudeza de Úrsula, dijo:

—Es que aquí no conocemos a nadie. Somos totalmente extrañas.

Tranquilo, Gerald observó:

—Bueno, pues en menos de un minuto os puedo presentar a bastante gente si queréis.

Gudrun le miró, para averiguar si había dicho esas palabras con mala intención. Luego le dirigió una sonrisa y dijo:

—Bueno, sabes perfectamente lo que queremos decir. Oye, ¿no podemos ir allí y explorar aquella orilla?

Gudrun había indicado una arboleda, en un promontorio en el lado del prado, cerca de la orilla, hacia la mitad de la longitud del lago. Añadió:

—Parece un sitio absolutamente delicioso. Incluso nos podremos bañar. ¡Qué hermoso es ese paraje con esta luz! Realmente, parece un lugar del Nilo, al menos tal como imaginamos el Nilo.

El gracioso entusiasmo que Gudrun mostró por aquel distante lugar hizo sonreír a Gerald. Con ironía, preguntó:

—¿Estás segura de que se encuentra lo bastante alejado?

Pero, inmediatamente, añadió:

—Pues sí, podríais ir allá, si encontramos una barca libre. Parece que ahora están todas ocupadas.

Gerald paseó la vista por el lago, y contó las barcas. Con acento ensoñador, Úrsula exclamó:

—¡Qué delicioso sería!

Gerald preguntó:

—¿Y no vais a tomar el té?

Gudrun contestó:

—Bueno, podemos tomar una taza, rápidamente, y luego irnos allá.

Gerald, sonriendo, miró a una y otra. Parecía un poco ofendido, pero dispuesto a complacerlas. Preguntó:

—¿Sabéis manejar realmente bien una barca?

Fríamente, Gudrun repuso:

—Sí, muy bien.

Úrsula gritó:

—Las dos remamos fantásticamente.

—¿De veras? Tengo una canoa ligera, que no he sacado por temor a que alguien se ahogara. ¿Os sentiréis seguras en esa lancha?

Gudrun repuso:

—Totalmente.

Úrsula gritó, dirigiéndose a Gerald:

—¡Eres un ángel!

—Pues os ruego que penséis en mí y no tengáis un accidente. Yo he asumido la responsabilidad de cuanto ocurra en el lago.

Gudrun le prometió:

—Puedes estar tranquilo.

Úrsula dijo:

—Además, las dos nadamos muy bien.

—Bueno, pues en ese caso diré que os preparen un cesto con el té, y podréis merendar solitas. ¿Es eso lo que queréis?

Volviendo a sonrojarse, Gudrun gritó:

—¡Qué maravilla! ¡Te has portado maravillosamente! ¡De veras!

La sutil manera en que Gudrun le miró y transmitió su gratitud al cuerpo de Gerald, tuvo la virtud de estremecer la sangre en las venas de éste. Chispeándole los ojos, Gerald dijo:

—¿Dónde está Birkin? A ver si me ayuda a sacar la canoa...

En tono discreto, como si quisiera evitar la intimidad que sus palabras conllevaban, Gudrun preguntó:

—¿Y tu mano? Está herida, ¿verdad?

Era la primera vez que se hacía mención de la mano herida. La curiosa manera en que Gudrun se refirió a la lesión, sin preguntar directamente por ella, dio lugar a que Gerald sintiera de nuevo una sensación de caricia en las venas. Sacó la mano del bolsillo. La llevaba vendada. La miró y volvió a metérsela en el bolsillo. Gudrun se estremeció al ver la zarpa vendada. Gerald dijo:

—Bueno, puedo arreglármelas con una sola mano. La canoa es ligera como una pluma. ¡Ahí está Rupert! ¡Rupert!

Birkin abandonó el cumplimiento de sus deberes sociales y se acercó a ellos. Úrsula, que llevaba media hora muerta de curiosidad, preguntó a Gerald:

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—¿La mano? Me la pilló una máquina.

Úrsula exclamó:

—¡Uf...! ¿Y te dolió mucho?

—Sí. Al principio sí. Ahora está mucho mejor. La máquina me aplastó los dedos.

Como si sintiera el dolor, Úrsula exclamó:

—¡Oh! Odio a la gente que se hace daño. Sí, porque tengo la impresión de sentir su dolor.

Úrsula sacudió su mano. Birkin preguntó a Gerald:

—¿Qué quieres?

Poco después, los dos hombres sacaban la esbelta embarcación de color castaño y la ponían a flote. Gerald preguntó:

—¿Seguro que no vais a correr peligro?

Gudrun repuso:

—Seguro. Si tuviera la más leve duda, sería indecente que subiera a la canoa. En Arundel tenía una canoa, y puedes tener la seguridad de que no voy a correr el más leve peligro.

Después de decir estas palabras, y de haber dado la suya, igual que si fuera un hombre, Gudrun, junto con Úrsula, subió a bordo de la frágil embarcación, y las dos la apartaron suavemente de la orilla. Los dos hombres las miraban. Gudrun remaba. Sabía que los dos hombres la estaban observando, y eso dio cierta lentitud y torpeza a sus movimientos. Los colores llameaban en su cara como una bandera.

Mientras la canoa se deslizaba en el agua, alejándose, Gudrun gritó:

—Muchas gracias. Es muy agradable, igual que ir sentada sobre una hoja flotante.

La imagen hizo reír a Gerald. Desde lejos, la voz de Gudrun era aguda y extraña. Gerald la observó fijamente, mientras se alejaba remando. Había algo infantil en Gudrun, algo parecido al comportamiento confiado y respetuoso de un niño. Gerald no dejaba de mirarla mientras remaba. Y para Gudrun constituía una verdadera delicia interpretar de mentirijillas el papel de ser una mujer infantil y pegadiza para aquel hombre que estaba allí, de pie, en la orilla, tan apuesto y tan eficiente, con sus ropas blancas, y que era, además, el hombre más importante entre cuantos trataba en la actualidad. Gudrun no prestó la más leve atención al vacilante, borroso e indistinto Birkin, al lado del otro. En aquel momento una sola figura ocupaba su atención.

La canoa, ligera y rumorosa, se deslizaba en el agua. Pasaron por al lado del grupo de bañistas que se encontraban en el lugar en que se alzaban las casetas rayadas entre los sauces, en el borde del prado, y avanzaron paralelamente a la orilla desierta, dejando atrás los prados inclinados, del color del oro a la luz de la tarde ya avanzada. Otras barcas se deslizaban junto a la orilla boscosa, que se encontraba frente a aquella junto a la que las muchachas navegaban, y a sus oídos llegaba el sonido de risas y voces. Pero Gudrun seguía remando hacia la arboleda, en perfecto equilibrio, a lo lejos, envuelta en la luz dorada.

Las hermanas encontraron un lugar acogedor, donde un arroyuelo desembocaba en el lago, con vegetación de juncos, hierba entre la que crecían rosáceas flores, y un margen cubierto de guijarros a un lado. Allí se acercaron delicadamente a la orilla, con su frágil embarcación, se quitaron zapatos y medias, y, chapoteando, llegaron a la orilla cubierta por la hierba. El agua del lago, formando leves ondas, estaba cálida y clara. Levantaron la canoa, la transportaron a la orilla y miraron satisfechas alrededor. Se encontraban solas, en la olvidada desembocadura de un arroyuelo, y, allí, en el promontorio, se alzaba la arboleda. Úrsula dijo:

—Nos bañaremos sólo un instante y luego tomaremos el té.

Miraron alrededor. Nadie podía verlas, nadie podía llegar de improviso. En menos de un minuto, Úrsula se había despojado de sus ropas, se había deslizado desnuda en el agua, y estaba nadando lago adentro. Poco después, Gudrun la seguía. Nadaron en silencio, en estado de beatitud durante unos minutos, trazando círculos ante la desembocadura del arroyo. Luego volvieron a la orilla, y, corriendo como ninfas, se metieron en la arboleda.

Trotando ágilmente por entre los troncos de los árboles, totalmente desnudas, con el viento agitando su melena, Úrsula dijo:

—¡Qué bonito es ser libre!

Las hayas de la arboleda, grandes y espléndidas, formaban una estructura del color gris del acero con sus troncos y sus ramas, con verdes brotes horizontales aquí y allá, en tanto que, al norte, el espacio abierto y distante parecía relumbrar y se veía como se hubiera visto por una ventana.

Cuando, a fuerza de correr y bailar, las dos hermanas se hubieron secado, se vistieron rápidamente, y se sentaron para beber el fragante té. Se instalaron en la parte norte de la arboleda, con la amarilla luz del sol iluminando la falda cubierta de hierba de la colina, solas en aquel mundo silvestre y pequeño, un mundo que les parecía sólo para ellas. El té estaba caliente y era aromático, y en el cesto también había deliciosos canapés de coco y caviar, y pastelillos rezumantes de vino dulce.

Con deleite, mirando a su hermana, Úrsula preguntó:

—¿Eres feliz, pequeña?

Gravemente, con la vista fija en el sol poniente, Gudrun repuso:

—Úrsula, soy perfectamente feliz.

—Yo también.

Cuando estaban juntas, en las circunstancias que les gustaban, las dos hermanas se sentían en plenitud, en un mundo exclusivamente suyo. Y ése era uno de aquellos momentos perfectos, momentos de libertad y dicha, como sólo los niños conocen, en que todo parece una deliciosa y perfecta aventura.

Cuando hubieron terminado el té, las dos hermanas se quedaron quietas, sentadas, en silencio, serenas. Entonces, Úrsula, que tenía una voz fuerte y bonita, comenzó a cantar para sí misma, en voz baja, «Annchen von Tharau». Gudrun la escuchaba, sentada a la sombra de los árboles, y sentía nacer angustia en su corazón. Úrsula causaba una fuerte impresión de paz y de suficiencia, allí sentada, cantando suave e inconscientemente su canción, parecía fuerte y segura, en el centro de su propio universo. Y Gudrun se sentía fuera de aquel universo. Siempre experimentaba aquella dolorosa y desolada sensación, la sensación de ser ajena a la vida, de ser una espectadora, en tanto que Úrsula participaba, y eso hacía sufrir a Gudrun la conciencia de su propia denegación, y la inducía siempre a exigir a su hermana que se diera cuenta de su existencia, que mantuviera una relación con ella.

En tono curiosamente bajo, sin apenas mover los labios, Gudrun dijo:

—¿Te molesta que haga un poco de Dalcroze, siguiendo esta canción?

Alzando la vista en tranquila sorpresa, Úrsula preguntó:

—¿Qué has dicho?

Mortificada por tener que repetir lo dicho, Gudrun replicó:

—¿Cantarás mientras yo hago Dalcroze?

Úrsula meditó unos instantes, centrando su desperdigada atención. Desorientada, preguntó:

—¿Mientras tú haces...?

Sufriendo las torturas de la inhibición, incluso ante su propia hermana, Gudrun dijo:

—Mientras hago movimientos Dalcroze.

Con súbita comprensión sorprendida, infantil, Úrsula gritó:

—¡Ah! ¡Rítmica Dalcroze! No entendía el nombre. ¡Claro que sí! Me gustará mucho verte. ¿Qué quieres que cante?

—Cualquier cosa que te guste. Ya cogeré el ritmo.

Pero a Úrsula no se le ocurría canción alguna por mucho que se esforzara en ello. Sin embargo, de repente, con voz burlona y conteniendo la risa, comenzó a cantar:

—«Mi amor es dama de alta alcurnia...».

Gudrun, como si una invisible cadena entorpeciera el movimiento de sus manos y de sus pies, comenzó a bailar lentamente, según las normas de la euritmia, con movimientos de aleteo y latido en sus pies, efectuando con las manos y los brazos ademanes lentos y regulares, ya abriendo los brazos de par en par, ya alzándolos por encima de la cabeza, separándolos suavemente, alzando la cara, mientras sus pies no dejaban de golpear el suelo y de avanzar al ritmo de la canción, como si ésta fuera una extraña fórmula de encantamiento, de manera que la blanca y arrebatada forma de Gudrun se deslizaba de acá para allá, en rara e impulsiva rapsodia, como alzada por una brisa mágica, estremeciéndose en ágiles y breves carreras. Úrsula estaba sentada en la hierba, abierta la boca en la emisión del canto, rientes los ojos, como si pensara que la escena fuera una divertida broma, pero destellos amarillos aparecían en sus ojos cuando percibía parte de las inconscientes sugerencias rituales en el complejo estremecimiento, ondulación y deslizamiento de la blanca forma de su hermana, forma presa en un ritmo puro, sin pensamiento, arrebatado, en tanto que su voluntad se había endurecido bajo cierta especie de hipnótica influencia.

«Mi amor es dama de alta alcurnia... Mi amor... es morena pero no es negra...», seguía cantando Úrsula riendo, cantando la canción satírica, mientras Gudrun bailaba más y más deprisa, más y más entregada, golpeando con las plantas de los pies el suelo como si quisiera liberarse de una atadura, lanzando

violentemente las manos hacia aquí y hacia allá, y volviendo a golpear el suelo, corriendo con la cara alzada, ofrecido y bello el cuello, entornados los ojos, ciega. El sol, amarillo, estaba ya bajo y se iba hundiendo más y más, y en el cielo flotaba una luna delgada y sin fuerza.

Estaba Úrsula totalmente absorta en su canción cuando Gudrun dejó de bailar bruscamente, y dijo con leve ironía:

—¡Úrsula!

Ésta abrió los ojos, saliendo así de su trance:

—¿Sí?

Gudrun, quieta, con una burlona sonrisa, señalaba hacia un lado.

Úrsula, asustada, se puso en pie de un salto, y exclamó:

—¡Oh...!

Con acento sarcástico, Gudrun observó:

—No te preocupes, son excelentes personas.

A la izquierda había un pequeño grupo de reses Highland, de vivos colores, suavemente vellosas a la luz del atardecer, alzándose divergentes sus cuernos contra el cielo, que levantaban inquisitivamente las jetas, para enterarse de qué era lo que allí pasaba. Los ojos les brillaban por entre el pelo enmarañado, y las sombras cubrían sus desnudos hocicos.

Con miedo, Úrsula preguntó:

—¿No serán peligrosos?

Gudrun, quien, por lo general, temía al ganado, movió negativamente la cabeza, en movimiento extraño, casi dubitativo, casi sarcástico, con una leve sonrisa en los labios. En voz alta, estridente, parecida al grito de la gaviota, dijo:

—¿Verdad que tienen encanto?

Úrsula, alterada, repuso:

—Sí, mucho. Supongo que no nos harán nada, ¿verdad?

Una vez más, Gudrun dirigió una enigmática mirada a su hermana y meneó la cabeza. Como si también quisiera convencerse a sí misma, pero como si, al mismo tiempo, hubiera depositado su confianza en un secreto poder del que estuviera dotada y que debiera poner a prueba, dijo:

—Estoy segura de que no nos harán nada.

En su voz alta, estridente, añadió:

—Siéntate y vuelve a cantar.

Con acentos patéticos, Úrsula dijo:

—Me dan miedo.

Y siguió mirando el grupo de ganado robusto y bajo, aquellas reses de inmóviles coyunturas, que la miraban con ojos tenebrosos y perversos, por entre la maraña de su pelo. A pesar de todo, Úrsula volvió a sentarse en la hierba, tal como antes estaba. La aguda voz de Gudrun dijo:

—No ofrecen el menor peligro. Canta algo. Lo único que tienes que hacer es cantar.

Evidentemente, Gudrun había quedado presa en una extraña pasión por bailar ante aquellas reses recias y hermosas.

Úrsula comenzó a cantar con voz temblorosa y falsa:

—«En el corazón de Tennessee...».

La voz de Úrsula sólo expresaba ansiedad. Sin embargo, Gudrun, con los brazos abiertos y la cara alzada, avanzó en extraña danza palpitante hacia el ganado, alzando su cuerpo hacia las reses, como en un trance, mientras sus pies golpeaban el suelo en un latir, cual dominados por un frenesí de inconsciente sensación, y sus brazos, sus muñecas, sus manos avanzaban, jadeaban, caían, se alzaban y caían, con sus pechos alzados y estremecidos hacia el ganado, ofrecida la garganta en voluptuoso éxtasis hacia las reses, mientras deslizándose se acercaba imperceptiblemente a ellas, extraña figura blanca, arrebatada en su propio trance, como una marea de extrañas fluctuaciones hacia el ganado, las reses que esperaban y que agachaban la cabeza en leve y brusca contracción, apartándose de Gudrun, contemplándola constantemente, como si estuvieran hipnotizadas, divergentes sus desnudas astas a la clara luz, mientras la blanca figura de la mujer fluía hacia ellas, en la lenta e hipnótica convulsión de la danza. Úrsula sentía la presencia de las reses allí, inmediata, ante ella, y le parecía que el eléctrico latido de los pechos de las reses se transmitiera a sus manos. Pronto tocaría las reses, las tocaría físicamente. Un terrible estremecimiento de temor y placer recorrió el cuerpo de Gudrun. Y Úrsula, en todo momento fascinada, siguió cantando la canción aguda, leve, irrelevante, que penetraba en el pálido atardecer como un encantamiento.

Gudrun oía la pesada respiración del ganado con irremediables miedo y fascinación. Valerosos y amables animales eran aquellos selváticos bueyes escoceses, selváticos y de suave pelo. De repente, uno de ellos soltó un bufido, bajó la cabeza y retrocedió.

Una voz alta y brusca sonó al otro lado de la arboleda:

—¡Ju... Ju-juj...!

El grupo de reses se desintegró y volvió a reunirse de manera absolutamente espontánea, y todas ellas emprendieron corriendo la subida de la falda de la colina, y en su carrera la capa de pelo parecía ondularse como una llama. Gudrun se quedó quieta, en pie sobre la hierba, y Úrsula se levantó.

Allí estaban Gerald y Birkin, que habían llegado a buscarlas, y Gerald había gritado para ahuyentar al ganado.

Gerald gritó en tono perplejo y ofendido:

—¿Se puede saber qué hacéis aquí?

Con voz estridente y airada, Gudrun preguntó:

—¿Y se puede saber por qué habéis venido?

Automáticamente, Gerald repitió:

—¿Se puede saber qué hacéis?

Úrsula, riendo, con voz insegura, repuso:

—Euritmia.

Gudrun, con aire reservado, miraba tenebrosa y resentida a los recién llegados, y quedó callada, en suspenso unos instantes. Luego echó a andar, colina arriba, siguiendo el mismo camino que el ganado, que se había reunido en un grupo prieto, pequeño, hechizado, un poco más arriba.

Gerald gritó, dirigiéndose a Gudrun:

—¿Adónde vas?

Y, acto seguido, la siguió colina arriba. El sol se había puesto, detrás de la colina, y las sombras se pegaban a la tierra. En lo alto, una luz viajera impregnaba el cielo.

Birkin, en pie ante Úrsula, mirándola con móvil sonrisa sarcástica, dijo:

—Mala canción para bailar.

Y, al instante siguiente, Birkin cantaba en voz baja para sí, y bailaba una grotesca danza ante Úrsula, moviendo laciamente extremidades y tronco, con pálidos reflejos en el rostro, unos reflejos constantes, mientras con los pies golpeaba rápida y burlescamente la tierra, en un veloz tabaleo, y su cuerpo colgaba lacio y estremecido entre la cara y los pies, como una sombra.

Úrsula, con tono de risa dominando sobre el de temor, dijo:

—Me parece que todos nos hemos vuelto locos.

Birkin repuso:

—Lástima que no estemos más locos todavía.

Siguió con su incesante danza estremecida. De repente, Birkin se inclinó hacia Úrsula y le besó levemente las puntas de los dedos, acercando luego su cara a la de la muchacha, y mirándola a los ojos, con una pálida sonrisa. Úrsula dio un paso atrás, como si hubiera sido objeto de una afrenta.

Irónicamente, quedando de repente en absoluta inmovilidad, y adoptando de nuevo su aire de reserva, Birkin dijo:

—¿Ofendida? Pensaba que te gustaba todo lo que fuera fantasía.

Confusa, desorientada, casi afrentada, Úrsula repuso:

—No de esta clase.

Sin embargo, en su fuero interno, Úrsula se sentía fascinada por la visión del cuerpo lacio y vibrante de Birkin, perfectamente abandonado a la soltura de su balanceo, y también por la pálida y sarcástica cara que tenía allí, ante ella, en lo alto. Sin embargo, Úrsula se envaró automáticamente, en una reacción de alejamiento, y censuró la actitud de Birkin. Casi le parecía una obscenidad en un hombre por lo general tan serio. Burlón, Birkin preguntó:

—¿Y por qué no de esta clase?

E inmediatamente reanudó aquella danza increíblemente rápida, relajadamente ondulante, mientras miraba malévolamente a Úrsula. Y, moviéndose, en la rápida danza casi siempre sobre el mismo palmo cuadrado, se acercó un poco a Úrsula, y adelantó bruscamente la cara, en la que había destellos increíblemente burlones, satíricos, y de nuevo la hubiera besado si Úrsula no se hubiera echado atrás.

Asustada, Úrsula gritó:

—¡No! ¡No hagas eso!

Con ironía, Birkin comentó:

—Cordelia al fin.

Úrsula se envaró como si estas palabras fueran un insulto. Le constaba que Birkin se las había dicho con intención de insultarla, y eso la dejó desorientada. Gritando, la muchacha contestó:

—¿Y tú, por qué andas siempre hablando como si llevaras el corazón en la boca, llenándotela de esa forma tan horrorosa?

Birkin replicó, complacido con su ocurrencia:

—Para poder escupirlo más fácilmente.

Gerald Crich, afilada y reluciente la cara por la firmeza de su decisión,

siguió a largas zancadas a Gudrun. Las reses se habían reunido, juntos los hocicos, en lo alto de la ladera, para contemplar la escena que se desarrollaba más abajo, en la que dos hombres vestidos de blanco se cernían alrededor de las blancas formas de las dos mujeres, y las reses se fijaban principalmente en Gudrun, que avanzaba despacio hacia ellas. Gudrun se detuvo un instante, volvió la cabeza atrás y miró a Gerald, y luego miró a las reses.

Después, en brusca decisión, levantó los brazos y echó a correr directamente hacia los bueyes de larga cuerna, en estremecidas e irregulares carreras, deteniéndose un segundo para mirar a las reses, alzando después las manos para volver a correr hacia ellas, destellante su figura, hasta que los bueyes dejaron de patear el suelo, cedieron, resoplando de terror, alzaron la cabeza del suelo, e iniciaron la huida, penetrando al galope en el atardecer, haciéndose sus cuerpos diminutos a lo lejos, sin dejar de correr.

Gudrun se quedó mirando al ganado, con expresión desafiante, de máscara, en el rostro.

Gerald llegó junto a ella y le preguntó:

—¿Por qué has querido asustarlos?

Gudrun hizo caso omiso de la presencia de Gerald, limitándose a volver la cara en dirección opuesta.

Gerald insistió:

—No sé si sabes que es peligroso lo que has hecho. Son feroces cuando se revuelven.

En voz alta y burlona, Gudrun preguntó:

—¿Cuando se revuelven hacia dónde? ¿Cuando se revuelven para huir quizá?

—No. Cuando se revuelven contra ti.

Riéndose de Gerald, Gudrun preguntó:

—¿Cuando se revuelven contra mí?

Gerald no aprehendió el significado de estas palabras. Dijo:

—De todos modos, hace pocos días mataron a cornadas a la vaca de un granjero de estos contornos.

—¿Y a mí qué me importa?

Gerald replicó:

—¡Pues a mí, sí! A fin de cuentas, ese ganado es mío.

—¿Que es tuyo dices? ¡No te lo has tragado entero todavía!

Gudrun alargó la mano y añadió:

—Anda, dame uno de esos bueyes.

Indicando el lado opuesto de la colina, Gerald repuso:

—Ya sabes dónde están. Puedes quedarte con un buey y, si quieres, te lo mandaré a tu casa.

Gudrun le miró con expresión inescrutable. Le preguntó:

—¿Imaginas que me das miedo? ¿Que tú y tu ganado me dais miedo?

Los ojos de Gerald se contrajeron peligrosamente. En su cara apareció una leve sonrisa dominante. Dijo:

—¿Y por qué he de pensar eso?

Gudrun le contemplaba fijamente, con sus ojos tenebrosos, dilatados, primarios. Se inclinó hacia delante, levantó el brazo, e imprimiéndole un movimiento giratorio, propinó un leve bofetón en la cara de Gerald, con el dorso de la mano.

Burlona dijo:

—Por esto.

Y Gudrun sintió en su alma un insuperable deseo de ejercer una violencia profunda en la persona de Gerald. Cerró los ojos al temor y al desencanto que llenaban su mente consciente. Deseaba hacer su voluntad, y no estaba dispuesta a dejarse dominar por el temor.

El leve revés en la cara hizo retroceder a Gerald. Se puso mortalmente pálido, y una llama peligrosa entenebreció sus ojos. Durante unos segundos, quedó sin habla, la sangre ahogaba sus pulmones, la gran bocanada de indomables emociones le dilató el corazón hasta el punto que parecía fuera a reventar, que el muro de contención de un pantano rebosante de negras emociones se hubiera desmoronado y que éstas lo hubieran arrastrado.

Por fin, arrancando las palabras de sus pulmones, en voz tan suave y tan baja que a Gudrun le parecía fruto de un sueño en su fuero interno, y no emitida en el aire exterior, Gerald dijo:

—Tú has sido la que ha dado el primer golpe.

Involuntariamente, con firme seguridad, Gudrun repuso:

—Y propinaré el último.

Gerald guardó silencio. No contradijo a Gudrun. Ésta se quedó quieta, con

aire negligente, con la mirada apartada de Gerald, fija en un punto lejano. Automáticamente, en el límite de su conciencia, se formuló una pregunta: «¿Por qué te comportas de esa manera intolerable y ridícula?»

Pero Gudrun estaba enojada, y casi alejó totalmente de sí aquella pregunta. No pudo alejarla del todo, por lo que se sintió un tanto inhibida.

Gerald, muy pálido, la miraba fijamente. En sus ojos brillaban destellos penetrantes, absortos y luminosos. Gudrun se volvió bruscamente hacia él, y en tono casi insinuante le dijo:

—Tú eres quien me induce a portarme de esta manera, ¿comprendes?

—¿Yo? ¿Y qué hago para que así sea?

Pero Gudrun le dio la espalda y emprendió el camino de regreso al lago. Abajo, en el agua, iban apareciendo las luces de las linternas, como pálidos fantasmas de cálida llama flotando en la palidez de la primera media luz. La oscuridad se extendía sobre la tierra como laca, en lo alto estaba el cielo pálido, todo rosáceo, y el lago en una zona parecía pálido como la leche. A lo lejos, en el embarcadero, menudas puntas de rayos de colores penetraban el ocaso. Estaban encendiendo las luces de la embarcación de recreo. Por doquier, los árboles difundían sus sombras.

Gerald, como una extraña presencia, con sus ropas de verano, descendía por la ladera cubierta de hierba, abierta, siguiendo el mismo camino de Gudrun. Y ésta se había detenido para esperarle. Cuando Gerald llegó, Gudrun alargó la mano, le tocó, y dijo suavemente:

—No te enfades conmigo.

Una llamarada envolvió a Gerald, que quedó en estado de inconsciencia. Sin embargo, pudo aún tartamudear:

—No estoy enfadado contigo. Estoy enamorado de ti.

Gerald había perdido el tino e hizo un esfuerzo para conseguir un mínimo dominio mecánico de sí mismo, para no hundirse definitivamente. Gudrun rio con risa argentina, un poco burlona, pero que, al mismo tiempo, constituía una intolerable caricia. Gudrun dijo:

—Bueno, es una manera de decirlo.

La terrible carga obnubilante en su mente, la horrorosa obnubilación, la pérdida de todo el dominio de sí mismo era demasiado para Gerald. Cogió el brazo de Gudrun, con la mano que no estaba lesionada, y lo oprimió con fuerza. Manteniéndola quieta, en su poder, Gerald dijo:

—¿Hacemos las paces?

Gudrun miró aquella cara de fija mirada, aquella cara cuajada, ante ella, y se le heló la sangre. Suavemente, como si estuviera drogada, con voz como un arrullo, embrujada, repuso:

—Hacemos las paces.

Gerald anduvo al lado de Gudrun, como un cuerpo sin mente que avanzara a zancadas automáticas. Sin embargo, se recuperó un poco durante el trayecto. Sufrió cruelmente. Había matado a su hermano, de chico, y era un ser apartado, como Caín.

Úrsula y Birkin estaban sentados el uno al lado del otro, ante las barcas, hablando y riendo. Birkin burlándose amablemente de Úrsula.

Birkin olisqueó el aire y dijo:

—¿No hueles a agua estancada?

Tenía muy aguda sensibilidad para percibir los olores, que interpretaba y comprendía sin dificultad.

Úrsula repuso:

—Es agradable.

—Todo lo contrario. Es alarmante.

Riendo, Úrsula preguntó:

—¿Y por qué es alarmante?

—Hierve, hierve y hierve, es un río de tinieblas que cría lirios y serpientes e ignis fatuus, y que siempre fluye hacia delante. Esto es lo que jamás tenemos en cuenta: que fluye hacia delante.

—¿Qué es lo que fluye hacia delante?

—El otro río, el río negro. Siempre pensamos en el plateado río de la vida que infunde luz al mundo entero, y que sigue adelante hacia los cielos, desembocando en un luminoso mar eterno, refugio de multitudes de ángulos. Pero el otro es nuestra verdadera realidad...

—¿Cuál? Yo no veo otro.

—Pues, a pesar de eso, es tu realidad. Es ese negro río de disolución. Fluye exactamente igual que el otro, ese negro río de corrupción. Y nuestros frutos son los frutos de este río. Así son nuestra Afrodita, nacida del mar, todas nuestras blancas flores fosforescentes de sensual perfección, toda la realidad de los tiempos presentes.

Úrsula preguntó:

—¿Quieres decir que Afrodita es realmente letal?

Birkin replicó:

—Quiero decir que es el floreciente misterio del proceso de la muerte, sí. Cuando la corriente de la creación sintética se detiene, nos encontramos formando parte del proceso inverso, de la sangre de la creación destructiva. Afrodita nació en el primer espasmo de la disolución universal, luego nacieron las serpientes, los cisnes y el loto, flor de agua estancada, y nacieron Gudrun y Gerald, nacieron en el proceso de la creación destructiva.

—¿Y tú y yo?

—Probablemente también. Por lo menos en parte, sin la menor duda. Aun cuando no sé si fue in toto.

Úrsula no estaba de acuerdo:

—¿Quieres decir que somos flores de disolución, fleurs du mal? Pues yo no me siento flor del mal.

Birkin guardó silencio unos instantes. Por fin, replicó:

—No creo que lo seamos, totalmente. Hay individuos que son puras flores de negra corrupción, lirios. Pero también debe de haber rosas, rosas cálidas y llameantes. Como sabes, Heráclito dice: «el alma seca es mejor». Comprendo perfectamente lo que quiere decir. ¿Tú lo comprendes?

—No lo sé. Pero ¿qué importa que todas las personas sean flores de disolución, en el caso de que sean flores?

—Nada. No importa nada. La disolución sigue adelante, de la misma manera que la producción sigue adelante. Se trata de un proceso progresivo que termina en la nada universal, en el fin del mundo, si así lo prefieres. Pero ¿a qué se debe que el fin del mundo sea tan bueno como el principio del mundo?

Un tanto irritada, Úrsula comentó:

—No creo que lo sea.

—Oh, sí, sí... En última instancia, sí. Significa un nuevo ciclo de la creación, después. Aunque no para nosotros. Y si es el fin, nosotros pertenecemos al fin, y somos fleurs du mal. Y si somos fleurs du mal, no somos rosas de felicidad, ¿comprendes?

—Pues yo creo que lo soy. Sí, creo que soy una rosa de felicidad.

Irónicamente, Birkin preguntó:

—¿De confección?

Ofendida, Úrsula repuso:

—No. Natural.

—Si somos el fin, no somos el principio.

—Sí, lo somos. El principio nace del final.

—Nace después del final, y no en el final. Después de nosotros, y no de nosotros.

—Eres diabólico y lo sabes muy bien. Quieres destruir nuestra esperanza. Quieres que seamos letales.

—No. Sólo quiero que sepamos lo que somos.

Airada, Úrsula exclamó:

—¡No señor! Quieres que únicamente conozcamos la muerte.

Detrás, como salida de la penumbra, la voz de Gerald dijo:

—Tienes toda la razón.

Birkin se levantó. Gerald y Gudrun se unieron a los otros dos. Los cuatro comenzaron a fumar en aquellos momentos de silencio, Birkin encendió los cigarrillos, uno tras otro. La llama de la cerilla vaciló en la penumbra, y todos fumaron en paz junto al agua. El lago estaba oscuro, la luz agonizaba sobre sus aguas allí, entre las tierras negras. El aire de alrededor era intangible, estaba y no estaba, y se oía un irreal sonido de banjos o de instrumentos semejantes.

A medida que la flotante luz dorada en lo alto fue muriendo, la luna adquirió luminosidad, y causó la impresión de sonreír en su camino ascendente. Los oscuros bosques en la orilla opuesta se fundieron con la universal oscuridad, y por entre esta universal oscuridad remota luces desperdigadas se filtraban aquí y allá. A lo lejos, en el lago, se veían fantásticos hilos de pálidas luces de colores, como cuentas de fuego descolorido, verdes, rojas y amarillas. La música llegó hasta allá, en un leve soplo, cuando la embarcación de recreo, plenamente iluminada, efectuó un giro para penetrar en la gran sombra, balanceando su silueta de luces casi vivas, emitiendo pequeñas bocanadas de música.

Todos encendían luces. Aquí y allá, cerca, en el agua leve, en el extremo opuesto del lago, donde el agua reposaba lechosa bajo la última blancura del cielo, y donde no había sombra alguna, y las solitarias y frágiles llamas de las linternas flotaban sobre las barcas invisibles. Se oía el sonido de los remos, una barca pasó de la palidez a la oscuridad, bajo el bosque, y allí las linternas parecieron cobrar vida ígnea, colgantes, como dulces globos sonrosados. Y, una vez más, en las aguas del lago se reflejaron quietos, sombríos haces de luz roja alrededor de las barcas. En todas partes, aquellas luces, silenciosas y

sonrosadas, hijas del fuego, se deslizaban cerca de la superficie de las aguas, que devolvían de vez en cuando reflejos apenas visibles.

Birkin fue a buscar las linternas en la mayor de las dos barcas, y las cuatro figuras, como sombras blanquecinas, se congregaron para encenderlas. Úrsula sostuvo en el aire la primera linterna, Birkin bajó la luz contenida en el interior del rosado cuenco formado por las palmas de sus manos, introduciéndola en las profundidades de la linterna. Prendió la llama en la linterna, y todos se apartaron para contemplar la gran luna brillante que colgaba de la mano de Úrsula, dando un extraño resplandor a su cara. La luz de la linterna vaciló y Birkin se inclinó sobre aquel pozo de luz. Su cara quedó iluminada como la de un aparecido, inconsciente y, al mismo tiempo, demoníaca. Úrsula quedó oscurecida, velada, inclinada sobre Birkin. Suavemente, éste dijo:

—Ya está.

Úrsula levantó la linterna. Había una bandada de estorninos cruzando un cielo de color turquesa, sobre una tierra oscura.

Úrsula dijo:

—Es bonito.

Gudrun, que también deseaba sostener una linterna rebosante de belleza en alto, dijo:

—Adorable.

Luego añadió:

—Enciéndeme una linterna.

Gerald estaba al lado de Gudrun, sin poderla complacer, por tener una mano lesionada. Birkin encendió la linterna que Úrsula sostenía en alto. A Gudrun le latía ansiosamente el corazón, en espera de ver la hermosura de su linterna. Era de claro amarillo verdoso, con altas flores de recto tallo que tenebrosos surgían por entre sus hojas oscuras, elevando sus cabezas en el aire amarillento del día, con mariposas cernidas alrededor, en pura luz blanca.

Gudrun soltó un grito menudo, un grito de excitación, como atravesada por una punzada de deleite.

—¡Qué bonita! Pero ¡qué bonita!

Su alma había quedado atravesada por la belleza, se sintió transportada fuera de sí. Gerald se inclinó hacia ella, penetrando en su zona de luz, para ver la linterna. Estaba muy cerca de ella, quieto, tocándola, mirándola a la clara luz amarilla y esplendente del globo. Y Gudrun volvió la cara hacia la de Gerald, levemente esplendente a la luz de la linterna, y quedaron juntos en luminosa unión, estrechamente unidos, rodeados de luz, de una luz que excluía

a los demás.

Birkin apartó la vista y se dispuso a encender la segunda linterna de Úrsula. En ésta se veía el fondo del mar, de color rojizo pálido, con negros cangrejos y algas que se movían sinuosamente bajo las aguas transparentes, y esas aguas adquirirían un llameante color rojo, en lo alto.

Birkin dijo a Úrsula:

—Ahí tienes el cielo en lo alto y las aguas bajo la tierra.

Fija la vista en las manos de Birkin junto a la linterna, para despabilar la luz, Úrsula contestó:

—Todo menos la tierra.

En voz vibrante, un tanto estridente, que causaba la impresión de alejar a los otros de ella, Gudrun dijo:

—Me muero de ganas de ver cómo es mi segunda linterna.

Birkin fue allá y la encendió. Era de un bello y profundo color azul, con un suelo rojo, y un gran pulpo blanco cuyos tentáculos flotaban como suaves corrientes marinas, envolviendo el globo de la linterna. El pulpo tenía cara, y esa cara miraba muy fijamente, desde el centro de la luz; miraba con fría fijeza.

Horrorizada, Gudrun gritó:

—¡Es aterradora!

Y Gerald, a su lado, soltó una breve y baja carcajada. Gudrun, profundamente desilusionada insistió:

—Realmente, da miedo...

Gerald volvió a reír y dijo:

—Cámbiala por la de Úrsula, la de los cangrejos.

Gudrun guardó silencio un instante. Luego dijo:

—Úrsula, ¿eres capaz de quedarte con esa cosa horrenda?

Úrsula contestó:

—Pues el colorido me parece muy bonito.

Gudrun aclaró:

—También a mí. Pero ¿eres capaz de llevar esa linterna colgando en tu barca? ¿No sientes deseos de destruirla ahora mismo?

—Pues no, no la destruiría ni mucho menos.

—¿Verdaderamente no te molesta cambiarla por la de los cangrejos? ¿De verdad que no te molesta?

Gudrun se acercó a Úrsula para intercambiar las linternas. Entregando a Gudrun la linterna con los cangrejos, y cogiendo la del pulpo, Úrsula repuso:

—No, no.

Pero, a pesar de eso, Úrsula no pudo evitar cierto resentimiento ante la manera en que Gudrun y Gerald habían presumido de tener cierta superioridad sobre ella, cierto derecho de precedencia.

Birkin dijo:

—Andando. Las pondré en las barcas.

Úrsula y Birkin se dirigieron hacia la mayor de las dos barcas. Gerald, sumido en las pálidas sombras de los primeros momentos de la noche, dijo, dirigiéndose a Birkin:

—Supongo que me devolverás a la otra orilla, remando tú, claro.

Birkin repuso:

—¿Por qué no vas con Gudrun en la canoa? Será más interesante.

Hubo un breve silencio. Birkin y Úrsula estaban quietos, oscuras sus figuras, con las linternas balanceándose en el aire, junto al agua. El mundo entero parecía una falsa ilusión.

Gudrun se dirigió a Gerald:

—¿Te parece bien la idea?

—Desde mi punto de vista es perfecta. Tú eres quien debe decidir. No olvides que tendrás que remar. Y, francamente, no veo por qué has de acarrearne.

Gudrun dijo:

—¿Y por qué no? Puedo acarrearne a ti lo mismo que puedo acarrear a Úrsula.

Por el tono de la voz de Gudrun, Gerald advirtió que la muchacha deseaba ir en la canoa, a solas con él, y que experimentaba una sutil satisfacción ante la perspectiva. Gerald cedió, impulsado por una extraña sumisión magnética.

Gudrun entregó las linternas a Gerald para que las sostuviera, mientras ella iba a montar el timón en la popa de la lancha. Gerald la siguió, y se quedó en pie junto a Gudrun, con las linternas colgando junto a sus muslos cubiertos por las perneras de los pantalones de franela, resaltando sus luces las sombras alrededor.

De las sombras, sobre Gudrun, surgió la voz de Gerald, con suave acento:

—Dame un beso antes de emprender la marcha.

Gudrun, pasmada, interrumpió su trabajo. Llevada por genuina sorpresa, exclamó:

—Pero ¿por qué?

Irónicamente, Gerald repitió:

—¿Por qué?

Gudrun le miró fijamente unos instantes. Luego se inclinó y besó a Gerald, le besó lenta y cálidamente en los labios. Luego cogió las linternas que Gerald sostenía, mientras éste permanecía atontado, sintiendo un fuego perfecto que ardía en todas sus coyunturas.

Echaron la canoa al agua, Gudrun ocupó su lugar, y Gerald empujó. Solícita, Gudrun le preguntó:

—¿No te lastimarás la mano al empujar? Puedo hacerlo yo perfectamente.

En voz baja y suave que acarició a Gudrun con inexpresable belleza, Gerald dijo:

—No, no hay peligro.

Gudrun contemplaba a Gerald, sentado cerca de ella, muy cerca de ella, en la popa de la canoa, con las piernas hacia ella, y los pies tocando los suyos. Y remó suave y lentamente, ansiando que Gerald le dijera algo importante. Pero Gerald guardaba silencio.

En voz suave, solícita, Gudrun le preguntó:

—Te gusta esto, ¿verdad?

Gerald soltó una breve carcajada, y en la misma voz baja e inconsciente, como si hablara otro ser en su interior, dijo:

—Media un espacio entre nosotros.

Y Gudrun tuvo mágica conciencia de que los dos se encontraban separados, equilibrándose sus cuerpos en la canoa. La invadió una oleada de aguda comprensión y placer. Con voz acariciadora, alegre, dijo:

—Pero yo estoy muy cerca.

—Aunque lejana.

Una vez más Gudrun guardó silencio complacida, antes de contestar con voz sonora y emocionada:

—Pero no podemos movernos mientras estemos navegando, creo yo.

Gudrun acariciaba a Gerald de una forma sutil y extraña, y le tenía totalmente a su merced.

En doce barcas, o quizá más, que navegaban en el lago, se balanceaban las linternas sobre el agua, que las reflejaba con calidad de fuego. A lo lejos, el pequeño vapor emitía su sonido de trompetas y de jadeo, y el de las ruedas con los canaletes que producían un leve sonido de chapoteo, y arrastraba sus hileras de luces de colores, iluminando de vez en cuando el escenario, en su integridad, con los vivos colores de una erupción de fuegos artificiales, cohetes que estallaban en el aire, de los que se desprendían multitudes de estrellas, cohetes de efectismo sencillo, que proyectaban su luz sobre la superficie del agua, revelando la presencia de las barcas que se deslizaban lentas, abajo. Luego la amable oscuridad lo envolvía todo de nuevo, las linternas y las menudas luces formando líneas brillaban suavemente, y se oían el sonido sordo de los remos y las ondulaciones de la música.

Gudrun remaba de manera casi imperceptible. Al frente, no muy lejos, Gerald veía los globos de profundo azul y de color rosa de las linternas de Úrsula balanceándose suavemente, rozándose, mientras Birkin remaba, de modo que, en la estela de la barca, se perseguían evanescentes reflejos iridiscentes. También tenía conciencia del delicado colorido de las luces de su barca, proyectando suavidad a su espalda.

Gudrun dejó quieto el remo y miró alrededor. La canoa se levantaba, impulsada por las más leves ondulaciones de la superficie del agua. Las blancas rodillas de Gerald estaban muy cerca de ella.

En tono suave, casi reverente, Gudrun dijo:

—Es muy hermoso.

Miró a Gerald, mientras éste se inclinaba hacia atrás, contra el pálido cristal de la luz de las linternas. Gudrun podía ver su cara, pese a que era sólo pura sombra. Era como una penumbra. Y en el pecho de Gudrun ardía la pasión, penetrante, por Gerald, hermoso en su viril quietud y misterio. Gerald era como un puro efluvio de virilidad, como un aroma surgido de su silueta suave y firmemente moldeada, como una profunda perfección en su presencia, que la tocaba causándole la sensación del éxtasis, una emoción de pura embriaguez. Le gustaba mirar a Gerald. Por el momento, Gudrun no deseaba tocar a Gerald, no deseaba conocer mayormente la satisfactoria sustancia de su cuerpo vivo. Gerald era puramente intangible, pese a estar muy cerca de ella. Las manos de Gudrun reposaban como dormidas en el remo, sólo quería contemplar a Gerald, cual si fuera una sombra de cristal, y sentir su esencial presencia.

Vagamente, Gerald dijo:

—Sí, es hermoso.

Gerald escuchaba los leves sonidos cercanos, la caída de las gotas de agua que se desprendían de los remos, el leve golpeteo de las linternas a su espalda, al entrecrochar de vez en cuando, el rumor de la ancha falda de Gudrun, y un sonido ajeno, en tierra. Su mente casi estaba sumergida, casi había sido objeto de una transfusión, ajeno, por primera vez en su vida, a las cosas que le rodeaban. Sí, debido a que siempre había centrado agudamente, intensa y constantemente, la atención en sí mismo. Ahora la había liberado e, imperceptiblemente, se había fundido en una unidad con la realidad global. Era como un sueño puro y perfecto, el primer gran sueño de su vida. Siempre había sido precavido, tenaz. Pero allí estaba el sueño y la paz, el perfecto descanso.

En tono dulcemente melancólico, Gudrun preguntó:

—¿Llevo la canoa al embarcadero?

—A cualquier sitio. Déjala que vaya a donde quiera.

En la voz baja y átona de la más pura intimidad, Gudrun dijo:

—Avísame si hay peligro de que topemos con alguien.

—Con prestar atención a las luces basta.

Y de esta manera, la canoa anduvo a la deriva, casi inmóvil, en silencio. Gerald deseaba aquel silencio, puro y entero. Pero Gudrun estaba inquieta, quería oír palabras, quería que Gerald le infundiera seguridad. Ansiosa de comunicación, preguntó:

—¿No habrá alguien que te eche de menos ahí?

Como un eco, Gerald dijo:

—¿Que me eche de menos? ¡No! ¿Por qué?

—Bueno, es que he pensado que quizá haya alguien que te esté buscando.

—¿Y por qué han de buscarme?

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, Gerald se acordó de los buenos modales, y con voz diferente dijo:

—Quizá quieras regresar...

—No, no quiero regresar. Te aseguro que no.

—¿Estás bien aquí? ¿Seguro?

—Seguro.

Y volvieron a permanecer quietos, en silencio. La embarcación de recreo

emitía su sonido de fanfarria, soltaba bocinazos, y en ella alguien cantaba. Entonces, como si la noche se quebrara bruscamente, se oyó un gran grito, una algarabía, un sonido de chapoteo, y el horrible ruido de las ruedas con canaletes al frenar la marcha, chirriando violentamente, en el momento en que fueron impulsadas en sentido inverso.

Gerald se irguió, y Gudrun le miró atemorizada. Con voz irritada, con desesperación, escrutando la oscuridad, Gerald dijo:

—Alguien ha caído al agua. ¿Puedes remar hacia allá?

Aterrada y nerviosa, Gudrun preguntó:

—¿Hacia dónde? ¿Hacia el vaporcito?

—Sí.

Con nerviosa aprensión Gudrun previno:

—Corrige el rumbo si me equivoco.

—Sigue recto.

La canoa comenzó a avanzar rápidamente.

Los gritos y los ruidos seguían sonando. Era un sonido horroroso, en la oscuridad, sobre la superficie del agua.

Con lenta, indignada ironía, Gudrun dijo:

—Esto tenía que ocurrir necesariamente.

Pero Gerald apenas prestó atención a sus palabras, y Gudrun volvió la cabeza atrás para orientarse. Hermosas burbujas de luces balanceándose salpicaban el agua en la semioscuridad. El vapor de recreo no parecía estar lejos. Sus luces se balanceaban en la primera oscuridad de la noche. Gudrun remaba con todas sus fuerzas. Pero ahora que remar se había convertido en asunto grave, lo hacía con indecisión y torpeza, y le resultaba difícil manejar con rapidez el remo. Miró la cara de Gerald, que fijaba la mirada en la oscuridad, muy tenso y alerta, aisladamente centrado en sí mismo, dispuesto a actuar como un instrumento. Gudrun sintió que se le hundía el corazón y creyó morir. Dijo para sí: «Desde luego, nadie se ahogará. No, nadie morirá ahogado. Sería un hecho excesivamente raro y sensacional». Pero la cara tensa e impersonal de Gerald había dejado helado su corazón. Causaba la impresión de que Gerald perteneciera de una forma natural al mundo del terror y de las catástrofes, parecía que hubiera recuperado su verdadera forma de ser.

Se oyó una voz infantil, el chillido alto y penetrante de una niña:

—¡Di... Di... Di... Di...! ¡Oh, Di...! ¡Oh, Di...!

Gudrun sintió que se le helaba la sangre.

Gerald murmuró:

—Es Diana. Alguna de las tuyas tenía que hacer esa cría insensata.

Y volvió a fijar la vista en el remo. A su juicio, la canoa no avanzaba con la suficiente velocidad. Esa tensión nerviosa casi impedía remar a Gudrun. Siguió remando con todas sus fuerzas. Las voces seguían hablando a gritos, lanzando llamadas o contestaciones:

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Ahí, es éste.

—¿Cuál?

—No. ¡Nooo! ¡Maldita sea! ¡Ahí!

Las barcas acudían lo más rápido que podían al lugar del accidente, procedentes de los más diversos puntos del lago, las linternas de colores se balanceaban junto a la superficie, y sus reflejos las seguían alzándose y descendiendo, con premura diversa. Volvieron a sonar los toques de sirena del vaporcito, sin que hubiera, al parecer, razón alguna. La canoa de Gudrun avanzaba deprisa, y las linternas se balanceaban a la espalda de Gerald.

Una vez más se oyó la voz de la niña, chillando con notas de llanto e impaciencia:

—¡Di! ¡Oh, Di! ¡Oh, Di! ¡Di!

Era un sonido terrible en el aire oscuro de la noche. Gerald murmuró:

—¡En cama tendrías que estar, Winnie!

Inclinado, Gerald se deshacía el nudo de los cordones de los zapatos. Y luego se los quitó empujándolos con uno y otro pie. Arrojó el sombrero de fieltro al fondo de la barca.

En voz baja, horrorizada, Gudrun le advirtió:

—¡No puedes tirarte al agua con la mano lesionada!

—¿Qué? No, no le pasará nada a la mano.

En bruscos movimientos, Gerald se había quitado la chaqueta, dejándola caer entre sus pies. Con la cabeza descubierta, todo él vestido de blanco, se sentó. Sus manos se dirigieron a la hebilla del cinturón. Se estaban acercando al vapor, cuya alta forma se cernía sobre ellos, mientras sus innumerables luces lanzaban hermosos dardos, y sinuosas y veloces lenguas de luz de feo rojo, verde y amarillo, contra las lustrosas aguas negras, bajo la sombra de la embarcación.

Desesperada, la voz de la niña gimió:

—¡Sacadla! ¡Di! ¡Sacadla! ¡Oh, papá! ¡Papá!

Alguien estaba en el agua con un salvavidas. Dos barcas se acercaron al lugar, sus linternas se balanceaban ineficaces, y las barcas trazaban círculos.

—¡Ahí! ¡Rockley, ahí!

Se oyó la voz aterrada del patrón del vapor:

—Señor Gerald, la señorita Diana ha caído al agua.

La voz seca de Gerald repuso:

—¿Se ha arrojado alguien al agua, para salvarla?

—El joven doctor Brindell, señor.

—¿Dónde están?

—No lo sé. Todos los buscamos, pero no los hemos encontrado por el momento.

Se produjo un silencio terrible. Gerald preguntó:

—¿En qué punto ha caído?

El patrón contestó dubitativo:

—Me parece que ahí, donde está la barca con las luces rojas y verdes.

En voz baja, Gerald dijo a Gudrun:

—Rema hacia allí.

Angustiada, la voz de la niña gritaba:

—¡Sácala, Gerald! ¡Sácala!

Gerald no hizo caso de esa exhortación. Se puso en pie en la canoa y dijo:

—Inclínate hacia ese lado, no sea que vaya a volcar.

En el instante siguiente, Gerald se había arrojado limpiamente, suave y pesado, al agua. Gudrun sintió el violento balanceo de la canoa, el agua se agitó reflejando estremecidas luces que aparecían y desaparecían, y Gudrun se dio cuenta de la débil luz de la luna, y de que Gerald había dejado de estar con ella. La desaparición era posible. Una terrible sensación de tragedia privó a Gudrun de toda capacidad de pensamiento y sentimientos. Sabía que Gerald se había ido del mundo, y, ahora, sólo quedaba el mundo, el mismo mundo, y una ausencia, la ausencia de Gerald. La noche parecía grande y hueca. Las linternas se balanceaban aquí y allá, y la gente, en el vapor y en las barcas, hablaba en voz baja. A los oídos de Gudrun llegó la voz gimiente de Winifred:

—¡Encuétrala, Gerald, encuéntrala!

Y oyó otra voz, de alguien que intentaba consolar a la niña. Gudrun remaba sin rumbo, yendo de un lado a otro. La terrible, uniforme, fría e ilimitada superficie del agua le infundía un terror indecible. ¿Cabía la posibilidad de que Gerald jamás regresara? Gudrun pensó que también ella debía arrojarse al agua para conocer aquel horror.

Se sobresaltó al oír que alguien decía:

—Ahí está.

Y vio el movimiento de Gerald nadando, como una rata. Sin querer, Gudrun remó hacia él. Pero Gerald estaba cerca de otra barca, una barca mayor. Gudrun siguió remando hacia él. Forzosamente tenía que estar muy cerca de él. Le vio. Parecía una foca. Parecía una foca en el momento en que se agarraba a la borda de la barca. El cabello rubio, mojado, se le pegaba al cráneo redondo, su cara brillaba suavemente. Gudrun oyó su jadeo.

Gerald subió a la barca. Y, oh, la belleza de sus lomos ceñidos, blancos y levemente luminosos, en el momento en que pasó sobre la borda, dio a Gudrun deseos de morir. La belleza de los imprecisos y luminosos lomos de Gerald, al subir a la barca, sus glúteos redondeados y suaves... eso fue demasiado para Gudrun, fue una visión excesivamente decisiva. Gudrun lo sabía. Era algo inevitable. La terrible fatalidad del destino, y aquella belleza...

Para Gudrun, Gerald no era un hombre, era como una encarnación, era una gran fase de la vida. Vio que Gerald se pasaba las manos por la cara, para quitarse el agua de ella, y que luego se miraba la mano vendada. Y Gudrun supo que todo era inútil, que jamás podría ella ir más allá de Gerald, que éste era la última aproximación de la vida a ella.

Oyó la voz de Gerald, brusca y mecánica, perteneciente al mundo de los hombres:

—Apaga las luces. Así veremos mejor.

Gudrun apenas podía creer que el mundo de los hombres existiera. Gudrun se inclinó, y, soplando, apagó las linternas. Tuvo dificultades en hacerlo. Todas las luces se apagaron, salvo los coloridos puntos de luz en los flancos del vapor. El grisáceo azul de las primeras horas de la noche se extendía uniformemente sobre las aguas, la luna estaba en lo alto, y aquí y allá se veían las sombras de las barcas.

Una vez más se oyó el sonido de un choque contra el agua, y en ella desapareció Gerald. Gudrun estaba quieta, sentada, sintiendo debilidad en el corazón, atemorizada por la gran superficie lisa del agua, pesada, letal. Estaba sola, con el liso y sin vida campo del agua extendiéndose debajo de ella. No se

trataba de un aislamiento bueno, sino de una terrible y fría separación, de un estado de suspensión. Gudrun se encontraba suspensa sobre la superficie de una insidiosa realidad, y así estaría hasta el momento en que desapareciera en el fondo de aquella realidad.

Luego el sonido de las voces le dijo que Gerald había salido de nuevo del agua y había subido a la barca. Deseaba entrar en comunicación con Gerald. Con ansia suma reclamaba Gudrun aquella comunicación con Gerald, a través del invisible espacio del agua. Pero un aislamiento insoportable rodeaba su corazón, y no había nada que pudiera atravesar aquel aislamiento.

Oyó la voz decisoria, la voz como un instrumento, pletórica del sonido del mundo:

—Que se vaya el vapor. De nada sirve aquí. Buscad cabos para el dragado.

Las ruedas de canaletes del vapor comenzaron a golpear el agua.

Se oyó la voz enloquecida de Winifred:

—¡Gerald! ¡Gerald!

Gerald no contestó. Lentamente, el vapor trazó un patético círculo, un círculo torpe, y luego se dirigió despacio hacia la orilla, sumiéndose en la oscuridad. El sonido de los canaletes fue muriendo. Gudrun se balanceaba a bordo de su ligera embarcación, y, automáticamente, hundía el remo en el agua para guardar el equilibrio.

Oyó la voz de Úrsula:

—¿Gudrun?

—¡Úrsula!

Las barcas de las dos hermanas se juntaron. Gudrun preguntó:

—¿Dónde está Gerald?

Apesadumbrada, Úrsula repuso:

—Ha vuelto a tirarse al agua. No hubiera debido, con la mano lesionada, y habiendo pasado lo que ha pasado.

Birkin dijo:

—Esta vez, cuando salga, le llevaré a su casa.

La estela del vapor imprimía un balanceo a las barcas, Gudrun y Úrsula escrutaban el agua en busca de Gerald.

Úrsula, que era la de más aguda vista de las dos, gritó:

—¡Ahí está!

En esta ocasión, poco tiempo había buceado. Birkin remó hacia Gerald, y Gudrun hizo lo mismo detrás de la barca de Birkin. Gerald nadó despacio, y se agarró a la borda de la barca con la mano lesionada. La mano resbaló, y Gerald volvió a hundirse. Secamente, Úrsula gritó:

—¿Por qué no le ayudas a salir?

Gerald reapareció, y Birkin se inclinó sobre la borda para ayudarle a subir a la barca. Gudrun contempló una vez más cómo Gerald salía del agua. Esta vez lo hizo despacio, pesadamente, con los ciegos movimientos de un torpe animal anfibio. De nuevo la luz de la luna brilló débilmente sobre la blanca y mojada figura, sobre la espalda inclinada sobre los lomos redondeados. Pero la figura parecía derrotada, aquel cuerpo estaba derrotado, subió a la barca, y se derrumbó con lenta torpeza. Jadeaba roncamente, como un animal atormentado por el dolor. Quedó sentado en la barca, relajado e inmóvil, con la cabeza rotunda y ciega, como la de una foca, inhumano y carente de conocimiento su aspecto. Gudrun temblaba mientras, mecánicamente, seguía la barca en que se encontraba Gerald. Birkin, sin hablar, remaba hacia el embarcadero.

De repente, como si acabara de despertar, Gerald preguntó:

—¿Adónde vas?

Birkin contestó:

—A casa.

En tono de mando, Gerald precisó:

—¡No! No podemos ir a casa mientras se encuentren en el agua. Da la vuelta. Voy a seguir buscándolos.

Las dos mujeres se asustaron. La voz de Gerald era voz de mando, peligrosa, casi enloquecida, sin ofrecer posibilidad de oposición. Pero Birkin repuso:

—No. No puedes.

Había en la voz de Birkin una fluida y extraña fuerza de imposición. En aquella batalla entre dos voluntades opuestas, Gerald guardó silencio. Parecía dispuesto a matar a Birkin. Pero éste siguió remando rítmicamente, sin variar el rumbo, inhumanamente implacable.

Con odio, Gerald dijo:

—¿Por qué te metes en lo que no te importa?

Birkin no contestó. Siguió remando hacia la orilla. Y Gerald guardó silencio, mudo como una bestia bruta, jadeando, castañeteándole los dientes,

inertes los brazos, y con la cabeza como la cabeza de una foca.

Llegaron al embarcadero. Y allí, Gerald, mojado y con aspecto de desnudez, subió los pocos peldaños. Allí estaba su padre, en pie, en la noche. Gerald dijo:

—¡Papá!

—Sí, hijo... Anda, vete a casa y quítate la ropa mojada.

Gerald dijo:

—No podremos salvarlos, padre.

—Todavía hay esperanzas, hijo mío.

—Mucho me temo que no. No hay modo de saber dónde se encuentran. No podremos encontrarlos. Y hay corrientes terriblemente frías.

El padre dijo:

—Vaciamos el lago.

Con voz neutra, añadió:

—Vete a casa, descansa. Rupert, ve con Gerald y encárgate de que le atiendan.

—En fin, padre, lo siento, lo siento infinitamente. Temo que la culpa haya sido mía. Pero no podemos hacer nada. Hasta ahora, he hecho lo que he podido. Desde luego podía seguir buceando, aunque por poco tiempo, y, además, inútilmente...

Gerald, descalzo, se alejó caminando sobre las maderas del embarcadero. Y luego pisó un objeto cortante. Birkin dijo:

—Vas descalzo.

Desde abajo, Gudrun, que estaba amarrando la canoa, gritó:

—¡Aquí están los zapatos!

Gerald esperó a que le llevaran los zapatos. Fue Gudrun quien se los entregó. Y Gerald se calzó un pie. Dijo:

—Cuando uno muere, todo termina. Entonces ¿para qué volver a vivir? Ahí, en esas aguas, hay espacio para millares de muertos.

En un murmullo, Gudrun dijo:

—Basta con dos.

Gerald metió el otro pie en el zapato. Violentos estremecimientos sacudían su cuerpo, y, al hablar, le temblaba la mandíbula.

—Quizá sea verdad. Pero es curioso ver cuán grande es el espacio que hay ahí, en el fondo; es todo un universo. Frío como el infierno, y allí te sientes impotente, igual que si te hubieran cortado la cabeza.

Tan violentos eran sus estremecimientos, que apenas podía hablar. Prosiguió:

—No sé si lo sabes, pero en nuestra familia ocurre algo raro. Cuando algo se tuerce, no hay manera de enderezarlo. No, en nuestra familia no hay manera. Lo he visto durante toda mi vida. No hay modo de enderezar lo que se ha torcido.

Seguían por el camino hacia la casa.

—Y, cuando se está ahí, abajo, con ese frío, todo es tan grande, tan ilimitado, tan diferente de lo que parece desde la superficie, tan interminable, que uno se pregunta cómo es posible que haya tanta gente viva, uno se pregunta por qué razón estamos aquí arriba. ¿Te vas? Espero volver a verte pronto. Buenas noches y muchas gracias. Realmente, muchas gracias.

Las dos muchachas esperaron en la orilla unos instantes, para ver si aún quedaban esperanzas. La luna resplandecía clara en lo alto, con esplendor casi impertinente, las barquitas oscuras estaban apiñadas en el agua, se oían voces y gritos apagados. Pero todo era inútil. Gudrun regresó a su casa cuando Birkin reapareció.

Le habían encomendado que abriera la compuerta que daba salida a las aguas del lago, compuerta que se encontraba en uno de los extremos del lago, cerca de la carretera, de manera que las aguas del lago pudieran quedar al servicio de las minas, en caso necesario. Birkin dijo a Úrsula:

—Ven conmigo. Cuando haya terminado, te acompañaré a tu casa.

Birkin fue a la casita del guardián del lago y cogió la llave de la compuerta. Por una puertecilla, junto a la carretera, entraron en el lugar en que la compuerta se hallaba, donde una alberca de piedra recibía las aguas sobrantes del lago. Una escalera, también de piedra, llevaba al fondo de la alberca. En lo alto de esos peldaños estaba el cierre de la compuerta.

La noche era perfecta, gris plateada, y sólo el sonido de voces inquietas, desperdigadas, turbaba el silencio. El gris resplandor de la luna caía sobre el agua, las oscuras barcas se movían produciendo un leve rumor de remos. Pero la mente de Úrsula había dejado de tener sensibilidad, todo carecía de importancia, todo era irreal.

Birkin insertó la llave de hierro de la compuerta, y empezó a darle vueltas con una llave inglesa. Los pernos comenzaron a levantarse lentamente. Birkin daba vueltas y vueltas a la llave, como un esclavo, y su blanca figura adquiría

concreción. Úrsula apartó la vista de él. No podía soportar verle ocupado en dar pesadamente vueltas a la llave, inclinándose y enderezándose mecánica, laboriosamente, como un esclavo.

De repente, sobresaltando a Úrsula, se oyó el recio ruido del agua al saltar por el oscuro hoyo, poblado de árboles, situado más allá de la carretera. El ruido adquirió más y más profundidad, convirtiéndose en un alto rugido, y después en el pesado y sordo trueno de una gran masa de agua cayendo reciamente, sin cesar. Este formidable y constante sonido de trueno producido por el agua llenó la noche entera, todo quedó dominado por ese trueno, ahogado y perdido. Úrsula tuvo la impresión de que su vida peligraba si no luchaba por conservarla. Se tapó los oídos con las manos y fijó la vista en la luna alta e impasible. Dirigiéndose a Birkin, gritó:

—¿Podemos irnos ya?

Birkin, en uno de los peldaños, miraba el agua para ver si su nivel descendía. Parecía fascinado por el agua. Miró a Úrsula y efectuó un movimiento afirmativo con la cabeza.

Las oscuras barquitas se habían acercado a la orilla. En el linde de la carretera se había congregado una multitud de curiosos, para ver lo que pudiera verse. Birkin y Úrsula fueron a la casita del guardián para devolver la llave. Luego se alejaron del lago. Úrsula quería alejarse deprisa. No podía soportar el terrible y aplastante trueno producido por el agua liberada. Con voz aguda, para que Birkin la oyera, gritó:

—¿Crees que han muerto?

—Sí.

—¡Es terrible!

Birkin no prestó atención a esas palabras. Ascendían por la falda de la colina, alejándose más y más del ruido. Úrsula preguntó a Birkin:

—¿Te ha afectado mucho?

—No me preocupan los muertos, una vez que están muertos, claro está. Lo malo es que se pegan a los vivos y no los sueltan.

Úrsula meditó unos instantes esas palabras. Luego dijo:

—Sí. El hecho de la muerte, en sí mismo, no parece tener gran importancia, ¿verdad?

—No. ¿Qué importa que Diana Crich esté viva o muerta?

Escandalizada, Úrsula protestó:

—¿Que no importa dices?

—No. ¿Por qué ha de importar? Es mejor que haya muerto, así es más real. En la muerte será positiva. En vida era un ser angustiado y negativo.

Úrsula murmuró:

—Eres terrible.

—No, no. Prefiero que Diana Crich haya muerto. No sé por qué, pero su vida constituía un error total. En cuanto al muchacho, pobre diablo, ha recorrido deprisa su camino en vez de recorrerlo despacio. No hay nada que objetar a la muerte. No hay nada mejor que la muerte.

En tono de reto, Úrsula indicó:

—Y a pesar de eso, no quieres morir.

Birkin guardó silencio unos instantes. Con voz diferente, en un cambio que atemorizó a Úrsula, Birkin repuso:

—Me gustaría haber aceptado ya la muerte. Me gustaría haber aceptado el proceso de la muerte.

Nerviosa, Úrsula le preguntó:

—¿Y no lo has aceptado?

Caminaron un trecho en silencio bajo las copas de los árboles. Luego, despacio, como si tuviese miedo, Birkin dijo:

—Hay una vida que pertenece a la muerte, y hay una vida que no es muerte. Uno está cansado de la vida que pertenece a la muerte, de nuestra clase de vida. Pero sólo Dios sabe si esta vida está acabada. Quiero un amor que sea como un sueño, como dormir, como nacer de nuevo, vulnerable como un niño en el instante de llegar al mundo.

Úrsula escuchaba, en parte atenta y en parte ocupada en evitar la aprehensión de lo que Birkin decía. Cuando Úrsula tenía la impresión de comprender en líneas generales lo que Birkin decía, inmediatamente se alejaba de esa comprensión. Quería oír lo que decía Birkin, pero no deseaba quedar envuelta en ello. Era remisa a ceder en aquel punto en que Birkin quería que cediera, por cuanto le parecía que iba a ceder su mismísima identidad. Con tristeza, Úrsula preguntó:

—¿Y por qué el amor ha de ser como dormir?

—No lo sé. Para que sea como la muerte quizá. Realmente, quiero dejar esta vida. Y, sin embargo, el amor es más que la vida. Uno nace de nuevo y nace igual que un niño desnudo salido del claustro materno, desaparecidas las viejas ofensas, el cuerpo caduco, y con un aire nuevo alrededor, un aire que jamás uno ha respirado.

Úrsula escuchaba e interpretaba las palabras de Birkin. Pero sabía tan bien como él que las palabras en sí mismas carecen de significado, que no eran más que algo parecido a una gesticulación, una exhibición tonta, igual que otra cualquiera. Y Úrsula tenía la impresión de sentir las gesticulaciones de Birkin en su propia sangre, lo que la inducía a inhibirse, a pesar de que su deseo la impulsaba hacia Birkin. Con voz grave, preguntó:

—Pero ¿no dijiste que querías algo que no era amor, algo más allá del amor?

Birkin se volvió hacia ella confuso. Siempre había confusión en el modo de hablar de Birkin. Pero se sentía obligado a hablar. Cualquiera que sea la dirección en que uno se mueva, si uno ha de avanzar, siempre se ve obligado a abrirse camino. Y conocer, expresar, era lo mismo que abrirse camino a través de los muros de una prisión, igual que el niño al nacer se abre camino entre los muros del útero materno. Actualmente, no puede haber un movimiento nuevo sin abrirse paso a través del cuerpo caduco, deliberadamente, con pleno conocimiento, en la lucha por salir.

Birkin dijo:

—No quiero amor. No deseo conocerte, Úrsula. Quiero salir de mí mismo y quiero que te pierdas a ti misma, para que nos encontremos, siendo diferentes. Uno no debería hablar cuando está cansado y es desdichado. No, porque entonces se porta como Hamlet, y lo que se dice parece mentira. Únicamente debes creerme cuando me comporto con un poco de orgullo y ligereza. Me odio a mí mismo cuando estoy serio.

—¿Y por qué no puedes estar serio?

Birkin pensó un momento, y, pesaroso, respondió.

—No lo sé.

Siguieron caminando en silencio, sin saber que decir. Birkin se sentía extraviado en un mundo vago.

De repente, poniendo la mano sobre el brazo de Birkin, en un impulso amoroso, Úrsula comentó:

—¡Qué extraño es que siempre hablemos de esta manera! Creo que de algún modo nos amamos.

—Oh, sí, claro... Demasiado.

Úrsula rio casi alegremente. Burlona, dijo:

—Siempre tienes que salirte con la tuya. Eres incapaz de aceptar lo que se te da, tal como se te da.

El humor de Birkin cambió. Se rio suavemente, dio un cuarto de vuelta, y tomó a Úrsula en sus brazos en medio del camino. En voz baja, afirmó:

—Sí.

Y besó la cara de Úrsula, le besó la frente, suavemente, con tan delicada dicha, que ella quedó muy sorprendida, incapaz de corresponderle. Eran besos suaves y ciegos, perfectos en su quietud. Sin embargo, Úrsula los rehuía. Eran besos como extrañas mariposas nocturnas, muy suaves y silenciosas, que se posaban en ella, surgidas de la oscuridad de su propia alma. Estaba inquieta. Se apartó y dijo:

—¿No se acercará alguien?

Los dos miraron la oscura carretera y echaron a andar de nuevo, camino de Beldover. De repente, para demostrar a Birkin que no era una superficial pudibunda, Úrsula lo abrazó, oprimiéndolo prietamente contra su cuerpo, y cubrió su rostro de besos apasionados, duros, feroces. Y, a pesar de lo distante de su manera de ser, Birkin sintió que la antigua sangre latía en su cuerpo.

Birkin musitó para sí: «No, eso no, eso no», al sentir que aquel primero y perfecto estado de ánimo de suavidad y de amor durmiente se desvanecía y se alejaba al impulso de la torrencial pasión que recorría sus miembros y le llegaba a la cara, mientras Úrsula oprimía su cuerpo. Y no tardó en llegar el instante en que Birkin no era más que una perfecta y dura llama de pasión de deseo de Úrsula. Sin embargo, en el pequeño núcleo central de la llama anidaba la incesante angustia de búsqueda de algo diferente. Y esto último también desapareció. Birkin sólo deseaba a Úrsula, con un deseo extremo que parecía inevitable como la muerte, incuestionable.

Entonces, satisfecho y destrozado, logrado y destruido, Birkin dejó a Úrsula, para dirigirse a su casa, y anduvo con rumbo incierto en la oscuridad, sumergido en el antiguo fuego de la pasión ardiente. A lo lejos, muy lejos, en aquella oscuridad, parecía oírse un leve lamento. Pero ¿qué importaba? No importaba, nada importaba, salvo aquella suma y triunfal experiencia de pasión física, que se había alzado de nuevo en llamas, como un soplo de vida nueva. «Me estaba convirtiendo en un muerto-vivo, en un saco de palabras únicamente», se dijo Birkin triunfal, mofándose de sí mismo. Sin embargo, a lo lejos, pequeño, el otro Birkin acechaba.

Cuando regresó, se estaba procediendo al dragado del lago. Se quedó en la orilla y oyó la voz de Gerald. El sonido de trueno del agua al saltar seguía oyéndose en la noche. La luna brillaba, blanca. Y las colinas, más allá, tenían aspecto irreal. El nivel del agua del lago estaba descendiendo. El olor crudo de las márgenes del lago impregnaba el aire nocturno.

En lo alto, en Shortlands, había luz en todas las ventanas, como si nadie se

hubiera acostado. En el embarcadero se encontraba el viejo médico, padre del joven doctor desaparecido. Esperaba en silencio. Birkin también guardaba silencio y observaba.

En una barca llegó Gerald, que dijo:

—¿Todavía aquí, Rupert? No damos con ellos. El fondo del lago forma pendiente y llega a ser muy profundo. El agua está aprisionada entre dos márgenes muy empinadas, formando ramificaciones que son pequeños valles, y no hay manera de saber adónde las corrientes pueden llevarle a uno. Si se tratara de un fondo liso, sería más fácil. Queda uno desorientado y es muy difícil hacer bien el dragado.

Birkin dijo:

—¿Es imprescindible que estés aquí a estas horas? ¿No valdría más que te acostaras?

—¿Acostarme? ¡Dios mío! ¿Crees que podría dormir? Los encontraremos, y no me iré hasta que los hayamos encontrado.

—Pero los encontrarán exactamente igual sin tu presencia. ¿Por qué insistes en quedarte?

Gerald miró fijamente a Birkin. Con ademán afectuoso, puso la mano sobre su hombro y precisó:

—No te preocupes por mí, Rupert. Si debemos preocuparnos por la salud de alguien, ese alguien eres tú. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Pero tú estás gastando energías inútilmente.

Gerald guardó silencio unos instantes. Luego preguntó:

—¿Que gasto energías? ¿Y qué otra cosa se puede hacer con ellas?

—En fin, da igual, pero deja ya ese trabajo. Te estás imponiendo vivir unos momentos horrorosos, y, al mismo tiempo, te pones una rueda de molino al cuello, una rueda de molino formada por unos recuerdos terribles. Anda, vete a casa.

Gerald repitió:

—¡Una rueda de molino de recuerdos terribles!

Una vez más, Gerald puso afectuosamente la mano en el hombro de Birkin:

—Rupert, realmente tienes el don de decir las cosas de forma impresionante. De verdad.

Birkin se sintió súbitamente desalentado. Le irritaba tener el don de decir

las cosas de manera impresionante. Tal como se habla a un ebrio, Birkin propuso:

—¿No quieres irte? Ven a mi casa...

Cariñosamente, con el brazo sobre los hombros de Birkin, Gerald contestó:

—No. Muchas gracias, Rupert. Si te parece bien, mañana iré con mucho gusto a tu casa. Lo comprendes, ¿verdad? Quiero ver este trabajo terminado. Mañana iré a tu casa. La verdad es que lo mejor que puedo hacer mañana es ir a verte y charlar contigo. Sí. Eres muy importante para mí, Rupert, mucho más de lo que tú imaginas.

Irritado, Birkin dijo:

—¿Qué quieres decir con que más de lo que yo imagino?

Tenía aguda conciencia de la mano de Gerald sobre su hombro. Y le desagradaba aquella situación de desacuerdo con Gerald. Sólo quería que Gerald se hurtara a aquel estado de fea desdicha. Cariñoso, el otro repuso:

—Te lo explicaré otro día.

—Ven conmigo. Ahora mismo. Te lo pido seriamente.

Hubo una pausa intensa y real. Birkin se preguntaba a qué se debía que su corazón latiera con tanta fuerza. Los dedos de Gerald se engarfiaron con fuerza, comunicativos, en el hombro de Birkin, mientras aquél decía:

—No. Quiero ver terminado este trabajo, Rupert. Muchas gracias, y conste que sé la intención con que me lo dices. Somos amigos, buenos amigos, Rupert, tú y yo.

—Quizá, pero tengo la absoluta seguridad de que estás haciendo una tontería al quedarte en el barro, aquí.

Después de decir estas palabras, Birkin se fue.

Hasta el alba no encontraron los cadáveres. Diana estaba prietamente abrazada al cuello del joven médico, de modo que lo había ahogado.

Gerald dijo:

—Diana lo mató.

La luna descendió por el cielo y, al fin, se puso. Las aguas del lago ocupaban la cuarta parte de la superficie anterior. Las márgenes de arcilla eran horribles, crudas, y despedían hedor a cruda podredumbre acuática. Por la colina oriental iba surgiendo la luz del amanecer. El agua seguía produciendo sonido de trueno al saltar por la compuerta.

Mientras los pájaros lanzaban agudos gritos saludando a la primera luz del

día, y las colinas detrás del desolado lago se alzaban radiantes con nuevas neblinas, una lenta y desordenada procesión ascendía hacia Shortlands. Transportaban los cadáveres en camilla, Gerald iba al lado, los dos padres, ambos con barba gris, iban detrás, en silencio. Dentro de la casa, la familia esperaba. Alguien tenía que adelantarse para comunicar la noticia a la madre, en su gabinete. El médico, en secreto, hizo estériles esfuerzos para reanimar a su hijo, hasta que, agotado, tuvo que renunciar.

Aquella mañana dominical, en los contornos de la finca reinó una excitación acallada, en susurros. Los mineros y sus familias reaccionaron como si aquella catástrofe les hubiera ocurrido a ellos personalmente, hasta el punto que, en realidad, se mostraron más afectados que si alguno de ellos hubiera muerto en accidente. ¡Gran tragedia, la ocurrida en Shortlands, la principal casa del distrito! ¡Una de las jóvenes señoritas, empeñada en bailar en la cubierta del vaporcito, jovencita caprichosa sin duda, se había ahogado, en plena fiesta, juntamente con el joven doctor! Durante la mañana del domingo, en todas partes, los mineros fueron de un lado para otro comentando la tragedia. En todas las comidas dominicales parecía que hubiera una extraña presencia. Parecía que el ángel de la muerte estuviera muy cerca y se sentía en el aire algo sobrenatural. Los hombres tenían expresión excitada y sobresaltada, y las mujeres adoptaron aire solemne. Algunas lloraron. Los niños gozaron con aquella excitación, al principio. Había una intensidad casi mágica en el aire. ¿Gozaron todos? ¿Gozaron todos con esa emoción?

Gudrun tuvo locas ideas de ir corriendo a consolar a Gerald. No hizo más que pensar, en busca de la perfecta frase de consuelo. Estaba impresionada y atemorizada, pero prescindió de ello y pensó en la manera en que debía comportarse ante Gerald, en la interpretación del papel que le correspondía. Ésa fue su verdadera emoción: la manera en que debía interpretar su papel.

Úrsula estaba profunda y apasionadamente enamorada de Birkin, y no era capaz de nada. Reaccionó con perfecta insensibilidad ante todas las conversaciones centradas en el accidente, pero su expresión de lejanía parecía indicar que estaba preocupada. No hizo más que aislarse, siempre que podía, para quedarse sola, sentada, deseando volver a ver a Birkin. Quería que Birkin fuera a su casa. Y no se contentaba con menos. Birkin tenía que visitarla inmediatamente. Le esperó. Se quedó en casa todo el día, esperando que Birkin llamara a la puerta. Dirigía automáticamente constantes miradas a la puerta. Quizá Birkin estuviera al llegar.

15. LA TARDE DEL DOMINGO

A medida que el día avanzaba, Úrsula tenía la impresión de que la sangre abandonaba su cuerpo y que en la nueva vaciedad se formaba una densa desesperación. Se desangraba de pasión e iba a morir desangrada. Nada quedaba. Sentada, se sentía suspendida en un estado de total nulidad, más insoportable que la propia muerte.

Con la perfecta lucidez de los sufrimientos de la agonía, Úrsula se decía: «A no ser que ocurra algo, moriré. He llegado al término de mi vida».

Se sentía aplastada y borrada por una oscuridad que era la antesala de la muerte. Se daba cuenta de que, durante toda su vida, no había hecho más que acercarse más y más al borde de aquel abismo sin más allá, y, desde aquel punto, tenía que saltar, igual que Safo, a lo ignoto. La conciencia de la inminencia de la muerte era como una droga. De una forma oscura, sin pensar en absoluto. Úrsula sabía que estaba cerca de la muerte. Había viajado durante toda su vida siguiendo el rumbo de los logros, y el viaje casi había concluido. Sabía cuanto debía saber, había experimentado cuanto debía experimentar, había quedado lograda en una especie de amarga madurez, y sólo faltaba caer de la rama del árbol a la muerte. Y hay que redondear el propio desarrollo hasta el final, hay que seguir en la aventura hasta su conclusión. El próximo paso la llevaría del borde del abismo a la muerte. ¡Así era! Este conocimiento le daba cierta paz.

Después de todo, cuando una estaba lograda, la mayor dicha consistía en caer en la muerte, tal como un amargo fruto maduro se desprende y cae. La muerte es una gran consumación, una experiencia de consumación. Es una consecuencia de la vida. Y eso nos consta mientras vivimos. En ese caso, ¿qué necesidad hay de pensar más? Jamás podremos ver más allá de esa consumación. Basta con saber que la muerte es una experiencia grande y concluyente. ¿Para qué preguntar qué ocurre después de la experiencia, cuando todavía no conocemos la experiencia en sí misma? Muramos, puesto que la gran experiencia es aquella que sigue a todo lo demás, la experiencia de la muerte, que es la gran crisis ante la que hemos llegado. Si esperamos, fracasamos, ya que no hacemos más que perder el tiempo ante el umbral, en un estado de indigna inquietud. Ahí está, ante nosotros, como estuvo ante Safo, el espacio ilimitado hacia el que debemos emprender viaje. ¿Es que no tenemos el valor preciso para emprender ese viaje, es que tenemos que gritar «No me atrevo»? Sigamos adelante, penetremos en la muerte, sea lo que sea la muerte. Si el hombre es capaz de saber cuál es el próximo paso que debe dar, ¿por qué ha de temer el paso próximo cuando es el único que puede dar? ¿Por qué formularse preguntas acerca del único paso que cabe dar? Y sabemos con certeza cuál es el próximo paso. Es el paso con el que penetramos en la muerte.

«Moriré, moriré muy pronto», se decía Úrsula con tal claridad que le

parecía estar en trance, en un trance sosegado, claro y cierto, con certidumbre superior a la certeza humana. Pero, en un lugar inconcreto, detrás, en la penumbra, había llanto y desesperación. Era preciso hacer caso omiso de eso. Era preciso ir a donde va el recto espíritu, no se puede permitir que el miedo nos haga fracasar. No se puede fracasar, no hay que prestar oídos a las voces menores. Si el más profundo deseo actual es penetrar en el desconocido mundo de la muerte, ¿cómo vamos a perder la verdad profunda para quedarnos con la superficial?

Úrsula se dijo: «Que termine la vida». Era una decisión. No se trataba de quitarse la vida. No, Úrsula jamás se mataría, matarse era violento y repelente. Contrariamente, se trataba de conocer el próximo paso. Y el próximo paso llevaba al espacio de la muerte. ¿De veras? ¿O acaso...?

Los pensamientos de Úrsula se sumieron en la inconsciencia, mientras estaba sentada, como dormida, junto al fuego. Y entonces el pensamiento volvió. ¡El espacio de la muerte! ¿Podía entregarse a él? Sí... era un dormir. Ya estaba harta. Hasta el momento había luchado y había resistido. Ahora le correspondía ceder, abandonar la resistencia.

En una especie de trance espiritual, cedió, se entregó, y todo quedó en tinieblas. Podía sentir en las tinieblas la voz de su cuerpo, la indecible angustia de la disolución, la única angustia que es excesiva, las lejanas y horrendas náuseas de la disolución aposentada en el interior del cuerpo.

Se preguntó: «¿Tan inmediata es la correspondencia del cuerpo con el espíritu?». Y supo, con la claridad del último conocimiento, que el cuerpo sólo es una de las manifestaciones del espíritu. La transmutación del espíritu integral es, al mismo tiempo, la transmutación del cuerpo físico —se dijo— a no ser que ejerza mi voluntad, a no ser que me absuelva a mí misma del ritmo de la vida, que me quede quieta y permanezca estática, que me separe del vivir, que me absuelva en el ámbito de mi propia voluntad. Pero más vale morir que vivir una vida que es una repetición de repeticiones. Morir es avanzar juntamente con lo invisible. Morir también es un goce, el goce de someterse a lo que es más grande que lo conocido, o sea, lo puramente desconocido. Esto es un goce. Pero vivir de forma mecanizada y separada, en el ámbito del movimiento de la voluntad, vivir como un ente ajeno a lo desconocido, es vergonzoso e ignominioso. En la muerte no hay ignominia. Y hay una ignominia total en la vida mecanizada y sin renovar. La vida puede ser verdaderamente ignominiosa y vergonzosa para el alma. Pero la muerte jamás es una vergüenza. La muerte, en sí misma, lo mismo que el espacio ilimitado, se encuentra fuera del alcance de nuestra capacidad de infligir ignominia.

Al día siguiente sería lunes. ¡Lunes, comienzo de otra semana en la escuela! Otra vergonzosa y estéril semana escolar, de mera rutina y actividad

mecánica. ¿No era infinitamente preferible la experiencia de la muerte? ¿Acaso la muerte no era infinitamente más bella y noble que semejante vida? Una vida de estéril rutina, sin significado espiritual, sin verdadera finalidad. ¡Cuán sórdida era la vida, cuán terriblemente vergonzoso para el alma era vivir! ¡Mucho más digno y limpio era morir! Ya no se podía seguir tolerando aquella vergüenza de la sórdida rutina y de la mecánica nulidad. Cabía la posibilidad de fructificar en la muerte. Ya estaba harta. ¿Dónde, dónde cabía encontrar vida? Las flores no brotan en las activas máquinas, no hay ciclo que cubra la rutina, no hay espacio en el movimiento rotatorio. Y la vida toda era movimiento rotatorio, mecanizado, aislado de la realidad. En la vida, nada se puede buscar o esperar, y eso ocurría en todos los países y en todos los pueblos. La única ventana era la muerte. Se podía mirar, en el exterior, con emoción, el gran cielo oscuro de la muerte, de la misma manera que, en la infancia, se miraba por la ventana de la clase, y se veía la perfecta libertad del exterior. Pero una ya no era una niña, y una sabía que el alma estaba presa en el sórdido y vasto edificio de la vida, y no había salida, salvo la muerte.

¡Qué goce! Cuánta alegría producía el pensar que la humanidad, haga lo que haga, no puede apoderarse del reino de la muerte, no puede aniquilarlo. La humanidad había transformado el mar en calleja asesina, en sucia ruta de comercio, disputándose cada pulgada marítima, igual que las sucias tierras de las ciudades. La humanidad también reclamaba el aire, lo compartía, lo parcelaba, distribuyéndolo entre propietarios, la humanidad había también penetrado ilícitamente en el aire para luchar por su dominio. Todo había desaparecido, todo estaba amurallado, con pinchos en lo alto de los muros, y una estaba obligada a reptar ignominiosamente por entre los muros rematados con picas, a través del laberinto de la vida.

Pero ante el grande, oscuro e ilimitado reino de la muerte, la humanidad fracasaba ridículamente. Todo lo antes dicho podían hacer en la tierra aquellos diversos y pequeños dioses. Pero quedaban en ridículo ante el reino de la muerte, ante cuya faz se revelaba su verdadera y vulgar estupidez.

Cuán hermosa, grande y perfecta era la muerte, y cuán bueno era esperarla. En la muerte, una se podría quitar de encima todas las mentiras, toda la ignominia y toda la suciedad que le habían echado encima; en la muerte, podría limpiarse de todo en un baño de perfecta limpieza y alegre renovación, y seguir adelante, ignota, indubitada, sin ser humillada. A fin de cuentas, la promesa de la perfecta muerte representaba la riqueza en la vida. Y, sobre todo, constituía una alegría poder esperar la pura e inhumana naturaleza diferente de la muerte. Fuera lo que fuese la vida, jamás podría eliminar la muerte, la inhumana trascendencia de la muerte. No, no formulemos preguntas acerca de lo que es o de lo que no es. Saber es humano, y en la muerte no sabemos, no somos humanos. Y el goce de la muerte compensa la amargura y

la sordidez de nuestra humanidad. En la muerte no seremos humanos y no conoceremos. Esta promesa es nuestra herencia, y la esperamos igual que los herederos la fortuna legada.

Úrsula estaba inmóvil, totalmente olvidada de todos, sola ante el fuego, en la sala de estar. Los pequeños jugaban en la cocina, los restantes miembros de la familia habían ido a la iglesia. Y Úrsula se había sumido en la última oscuridad de su alma.

El sonido del timbre, en la cocina, la sobresaltó, y los niños acudieron corriendo por el pasillo, deliciosamente alarmados:

—¡Úrsula, ha llegado gente!

—Ya lo sé. No seáis tontos.

También ella estaba sobresaltada, casi atemorizada. Apenas se atrevía a ir a la puerta.

Ante ésta se encontraba Birkin, levantado hasta las orejas el cuello de su impermeable. Había venido ahora que Úrsula se había ido muy lejos. Úrsula tuvo conciencia de la noche lluviosa, detrás de Birkin. La joven dijo:

—¡Ah, eres tú!

En voz baja, mientras entraba en la casa, Birkin expuso:

—Menos mal que estás en casa.

—Los demás se han ido a la iglesia.

Birkin se quitó el impermeable y lo colgó. Los niños espiaban, asomando la cabeza por la esquina de dos tabiques. Úrsula les dijo:

—Vamos, Billy y Dora, ya podéis desnudaros. Mamá no tardará en volver y se enfadará si no estáis en cama.

Los niños, en imprevista reacción angelical, se fueron sin replicar. Úrsula y Birkin entraron en la sala de estar. El fuego ardía lentamente, bajo. Birkin miró a Úrsula y quedó maravillado ante su luminosa belleza, ante sus ojos, grandes y esplendentes. La contemplaba un tanto distanciado, con maravilla en el corazón. Úrsula parecía impregnada de luz. Birkin le preguntó:

—¿Qué has hecho hoy?

—Nada. Estar sentada.

Birkin la miró con fijeza. Se había producido un cambio en ella. Estaba separada. Se mantenía aparte, en su propio esplendor. Los dos guardaron silencio, sentados bajo la suave luz de la lámpara. Birkin tuvo la impresión de que debía marcharse, de que no hubiera debido ir allí. Sin embargo, careció de

la decisión precisa para iniciar la retirada. Pero estaba de trop. Úrsula se hallaba en un estado de ánimo que la dejaba ausente y aislada.

Entonces oyeron las voces de los dos pequeños, que llamaban tímidamente a Úrsula, junto a la puerta, con una timidez que ellos mismos habían invocado:

—¡Úrsula! ¡Úrsula!

Úrsula se levantó y abrió la puerta. Allí se encontraban los dos, con largas camisas de dormir, muy abiertos los ojos, angelical la cara. Por el momento estaban siendo muy buenos, interpretando a la perfección el papel de dos obedientes niños.

Billy, en un alto susurro, propuso:

—¿Nos acuestas?

Dulcemente, Úrsula repuso:

—Vaya, veo que esta noche os portáis como angelitos... Entrad a darle las buenas noches al señor Birkin.

Los niños, descalzos, entraron tímidamente en la sala. Billy tenía la cara ancha y sonriente, pero en sus redondos ojos azules había una expresión solemnísima de ser bueno. Dora, con su rubia melena, miraba retraída a Birkin, un poco rezagada, como una dríade sin alma.

Con voz extrañamente suave y dulce, Birkin habló:

—¿Venís a darme las buenas noches?

Inmediatamente, Dora se alejó, como una hoja caída impulsada por una ráfaga de viento. Pero Billy avanzó deslizándose, despacio y de buena gana, levantando los labios gordezuelos para que le besaran. Úrsula vio cómo los labios carnosos y recogidos del adulto tocaban suavemente, muy dulcemente, los del niño. Luego Birkin abrió la mano y tocó la mejilla redondeada y confiada del niño, en leve caricia cariñosa. Ninguno de los dos habló. Billy tenía aspecto de querubín, o quizá de monaguillo, y Birkin era un ángel grave y alto que miraba a Billy desde arriba.

Dirigiéndose a la pequeña, Úrsula dijo:

—¿No quieres que te den un beso?

Pero Dora se alejó un poco, como una dríade que no puede ser tocada.

Úrsula dijo:

—¿No quieres dar las buenas noches al señor Birkin?

La niña efectuó un movimiento alejándose un poco más de Birkin. Úrsula exclamó:

—¡Oh, Dora, qué tontita eres!

Birkin se dio cuenta de que la niña le miraba con desconfianza y antagonismo. No podía comprenderlo. Úrsula ordenó:

—Andando. A la cama, antes de que llegue mamá.

Poco después, en el dormitorio, Billy preguntó con ansiedad:

—¿Quién estará con nosotros cuando recemos?

—Quien tú quieras.

—¿Tú?

—Pues sí, yo.

—Oye, Úrsula...

—¿Qué, Billy?

—¿Éste es el que te gusta?

—Eso. Éste es el que me gusta.

—¿Y quién es él?

—Él es un pronombre personal.

Hubo un momento de meditativo silencio. Luego Billy preguntó en tono confidencial:

—¿De veras?

Birkin estuvo sonriendo para sí, mientras se encontraba solo ante el fuego. Cuando Úrsula bajó del dormitorio de los niños, se hallaba sentado, inmóvil, con los brazos apoyados en las rodillas. Al verle inmóvil y sin edad determinada, a Úrsula le pareció un ídolo agazapado, imagen de una religión letal. Birkin volvió la cabeza para mirar a Úrsula, y su rostro, muy pálido e irreal, pareció emitir un resplandor blanco, casi fosforescente.

Sintiendo una indefinible sensación de repulsión, Úrsula le preguntó:

—¿Te encuentras mal?

—No he pensado en ello.

—¿Y no puedes saberlo sin necesidad de pensar en el asunto?

Birkin la miró, con mirada oscura y rápida, y advirtió la repulsión que Úrsula experimentaba. No contestó la pregunta. Úrsula insistió:

—¿Nunca sabes si te encuentras bien o te encuentras mal si no piensas en ello?

Fríamente, Birkin repuso:

—No siempre.

—¿Y no te parece perverso que sea así?

—¿Perverso?

—Sí, a mi juicio es criminal tener tan poca relación con el propio cuerpo que ni siquiera sepas si estás enfermo o no.

Birkin le dirigió una tenebrosa mirada, y resolvió:

—Sí.

—¿Por qué no te quedas en cama cuando te encuentras mal? Tienes un aspecto horroroso.

Con ironía, Birkin preguntó:

—¿Ofensivamente horroroso?

—Ofensivo totalmente. Repelente a más no poder.

—Bueno... ¡Mala suerte!

—Y llueve. Es una noche horrible. Es imperdonable que trates de esa manera a tu propio cuerpo, y creo que un hombre que da ese trato a su cuerpo merece sufrir.

Mecánicamente, Birkin repitió:

—Que da ese trato a su cuerpo.

Eso hizo callar a Úrsula. Siguió un silencio.

Los restantes miembros de la familia llegaron de la iglesia. Úrsula y Birkin tuvieron que hablar con las chicas, después con la madre y con Gudrun, luego con el padre y el chico.

Brangwen, levemente sorprendido, saludó a Birkin:

—Buenas noches. ¿Quería verme?

Birkin repuso:

—No. Bueno, quiero decir que no he venido para hablarle de nada en concreto. Hace un día muy malo, y he pensado que no le molestaría que viniera a su casa.

Comprensiva, la señora Brangwen dijo:

—Ha sido un día realmente deprimente.

En ese instante se oyeron las voces de los pequeños, arriba:

—¡Mamá! ¡Mamá!

La señora Brangwen levantó la cara, y con voz reposada, hablando para que la oyeran desde el lugar en que se hallaban, contestó:

—Dentro de un instante estoy con vosotros.

Luego se dirigió a Birkin:

—¿Ha ocurrido alguna novedad en Shortlands?

Lanzó un suspiro y añadió:

—Supongo que no, pobrecillos...

El padre preguntó a Birkin:

—¿Ha estado en Shortlands hoy, supongo?

—Gerald ha venido a mi casa a tomar el té, y luego le he acompañado a la suya. He tenido la impresión de que en Shortlands están todos excesivamente excitados y de que reaccionan de manera enfermiza.

Gudrun intervino:

—Siempre me ha parecido que esa gente carece del preciso dominio sobre sí misma.

Birkin comentó:

—O que ejerce un dominio excesivo sobre sí misma.

Casi con resentimiento, Gudrun comentó:

—Efectivamente, pasan de un extremo al otro.

Birkin dijo:

—Todos consideran que están obligados a comportarse de manera carente de naturalidad. La gente, cuando queda afectada por el dolor, debería taparse la cara y aislarse, tal como se hacía en tiempos pasados.

Gudrun, sonrojada y exaltada, dijo:

—¡Es verdad! No hay nada peor que este dolor públicamente manifestado... ¡No hay nada más horrible ni más falso! Cuando el dolor no es privado, oculto, ¿qué es?

Birkin se mostró de acuerdo:

—Exactamente. Sentí vergüenza mientras estaba allí y los veía a todos comportarse lúgubrementemente, con falsedad, dominados por la idea de que no podían comportarse de manera natural, ordinaria.

La señora Brangwen, un tanto ofendida por esa crítica, comentó:

—No es fácil sobreponerse a un dolor como el que los Crich experimentan.

Y después de decir estas palabras, subió al piso superior para ver a los niños.

Birkin se quedó unos minutos más y luego se despidió. Cuando se hubo ido, Úrsula sintió un odio tan afilado contra Birkin, que tuvo la impresión de que su cerebro, íntegramente, se transformaba en un cortante cristal de aborrecimiento. Le parecía que todo su ser había quedado intensificado y afilado hasta convertirse en un dardo de puro odio. Úrsula ni siquiera podía imaginar a qué se debía ese fenómeno. Sencillamente, quedó dominada por el odio más penetrante, por un odio sumo, puro y claro, superior a toda comprensión. Ni siquiera podía pensar en aquel odio que la había transportado fuera de sí misma. Era lo mismo que si hubiese quedado posesa.

Y durante varios días anduvo posesa por aquella exquisita fuerza de odio a Birkin. Era superior a cuanto había conocido anteriormente. Parecía que aquella fuerza la hubiera arrancado del mundo para transportarla a una horrible región, en la que nada de cuanto había sido su anterior vida se sostenía en pie. Sentíase perdida y ciega, verdaderamente muerta con respecto a su propia vida.

Era incomprendible e irracional. Úrsula ignoraba por qué odiaba a Birkin. Su odio era totalmente abstracto. Con una fuerte impresión que la dejó atontada, se dio cuenta de que había quedado avasallada por aquel puro arrebató. Birkin era su enemigo. Bello como un diamante, e igualmente duro y precioso, era la quintaesencia de todo aquello que significaba antagonismo para Úrsula.

Pensó en la cara de Birkin, blanca y de facciones puramente trazadas, y en sus ojos, en los que había aquella tenebrosa y constante voluntad de dominio. Úrsula se llevó la mano a la frente, para saber mediante el tacto si estaba loca, ya que hasta ese punto la había enajenado la blanca llama de odio esencial.

Su odio no era temporal, y tampoco se debía a esto o aquello. No quería hacer nada contra Birkin. Ninguna quería tener ninguna vinculación con él. Su relación era inexpresable mediante palabras, se hallaba en tal extremo que no había palabras con que definirla. Era un odio puro, como una piedra preciosa. Parecía que Birkin fuera un rayo de esencial antagonismo, un rayo de luz que no sólo la destruía, sino que la negaba totalmente, que aniquilaba todo su mundo. Veía a Birkin como si éste fuera una clara nota de suma contradicción, un ser extraño, con la apariencia de una piedra preciosa, cuya existencia determinaba la no existencia de Úrsula. Cuando supo que Birkin volvía a estar enfermo, su odio se intensificó unos cuantos grados más, si era posible. El odio la atontaba y la aniquilaba, pero no podía esquivarlo. Úrsula no podía escapar a aquella transfiguración operada por el odio que la afectaba.

16. DE HOMBRE A HOMBRE

Birkin yacía enfermo, impertérrito, en pura oposición a todo. Le constaba lo poco que faltaba para que la vasija que contenía su vida se quebrase. Y también sabía lo recia y durable que era. Sin embargo, lo anterior le importaba muy poco. Valía mil veces más correr el riesgo de morir que aceptar una vida no deseada. Pero lo mejor era insistir, insistir, insistir eternamente, hasta quedar satisfecho viviendo aún.

Sabía que Úrsula se proyectaba en él. Sabía que toda su vida reposaba en Úrsula. Pero prefería no vivir a aceptar el amor que Úrsula le ofrecía. La antigua modalidad del amor le parecía una terrible servidumbre, una especie de obligación impuesta por el Estado. Ignoraba qué era lo que atentaba en su interior, pero la sola idea del amor, del matrimonio, de los hijos y de una vida compartida en la horrible intimidad de la satisfacción doméstica y conyugal, le repelía. Quería algo más claro, más abierto, más lozano. La ardiente y estrecha intimidad entre hombre y mujer le parecía una aberración. La manera en que los casados cerraban sus puertas, y se encerraban en su propia y exclusiva alianza entre sí, incluso amándose, le asqueaba. Veía a toda una comunidad de desconfiadas parejas aisladas en sus casas o en pisos privados, siempre emparejados, sin otra vida, sin otro presente, sin admitir relaciones desinteresadas, un calidoscopio de parejas aisladas, separatistas, parejas matrimoniales formando entidades sin significado. Ciertamente es que la promiscuidad le repelía todavía más que el matrimonio, y la vinculación extramatrimonial no era más que otra forma de matrimonio, una reacción ante el matrimonio legal. Y la reacción resultaba todavía más aburrida que la acción.

Odiaba la sexualidad globalmente considerada por estimarla limitativa en gran manera. La sexualidad era lo que transformaba al hombre en la quebrada mitad de una pareja, y a la mujer en la otra mitad, asimismo quebrada. Y quería ser íntegro y solo, y que la mujer fuera íntegra y sola. Deseaba que la sexualidad volviera a quedar situada en el mismo nivel que los restantes apetitos, que fuera considerada como un proceso funcional y no como un logro, una culminación. Creía en el matrimonio por sexualidad. Pero además deseaba una mayor conjunción, en la que el hombre disfrutara del ser y la mujer disfrutara del ser, siendo dos seres puros, cada uno de los cuales constituía la libertad del otro, equilibrándose como los dos polos de una misma fuerza, como dos ángeles o como dos demonios.

Deseaba ansiosamente ser libre, aunque no bajo la presión de una

necesidad de unificación, ni tampoco torturado por deseos insatisfechos. Los deseos y las aspiraciones debían alcanzar su objetivo sin esa tortura actualmente impuesta, igual que en un mundo abastecido abundantemente de agua la simple sed carece de importancia, ya que se satisface casi inconscientemente. Y quería estar junto a Úrsula con la misma libertad con que estaba consigo mismo, íntegro y solo, claro y lozano, aunque equilibrándose y polarizándose con Úrsula. La fusión, la incorporación, la mezcla del amor había llegado a ser ferozmente repulsiva para él.

Pero le parecía que la mujer siempre se comportaba de manera horrible y rapaz, animada por las ansias de posesión, por la codicia de atribuirse a sí misma gran importancia en el amor. La mujer quería tener, poseer, imponer y dominar. Era preciso proyectarlo todo en la mujer, en la Gran Madre de todo, de la que todo procede y a la que todo debe ser devuelto.

Le llenaba de una furia casi enajenada esa tranquila presunción de la Magna Mater, presunción de que todo era suyo, debido a que ella lo había parido. El hombre era suyo por esa razón. Como Mater Dolorosa lo había parido, y, como Magna Mater lo reclamaba para sí, en cuerpo y alma, en su sexualidad, en su significado, en todo. La Magna Mater le inspiraba horror, la consideraba detestable.

La mujer volvía a alentar sus grandiosas aspiraciones, la mujer, la Gran Madre. Había tenido ocasión de verlo en Hermione. Hermione, la humilde, la sumisa, no era más que la constante Mater Dolorosa, en su sumisión, reclamando lo que en derecho le correspondía, con horrible e insidiosa arrogancia y femenina tiranía, reclamando para sí al hombre que había parido con dolor. Y merced precisamente a esos sufrimientos y a esa humildad, encadenaba a su hijo, lo transformaba en su eterno prisionero.

Y Úrsula, Úrsula era lo mismo, o lo contrario. También ella era la horrenda y arrogante reina de la vida, igual que la abeja reina de la que todas las demás dependen. Veía las llamas amarillas en los ojos de Úrsula, conocía la increíble e insuperable presunción de primacía que albergaba. Úrsula no se daba cuenta. Contrariamente, estaba siempre dispuesta a darse con la frente contra el suelo, ante el hombre. Pero sólo lo hacía cuando estaba segura de su hombre, cuando podía adorarlo tal como la mujer adora a su hijo recién nacido, con la adoración de la total posesión.

Era intolerable esa posesión en manos de la mujer. El hombre siempre tenía que considerarse el fragmento roto, arrancado de la mujer, y la sexualidad era la cicatriz todavía dolorida de aquella rotura. El hombre tenía que ser añadido a la mujer si quería tener un lugar propio, si quería ser íntegro.

¿Por qué? ¿Por qué teníamos que considerarnos a nosotros mismos, hombres y mujeres por igual, quebrados fragmentos de una unidad? No era

verdad. No somos fragmentos rotos de una unidad. Contrariamente, somos la individualización en la pureza y la claridad del ser de algo que antes estaba mezclado. La sexualidad es lo que queda en nosotros de lo que estaba mezclado y sin resolver. La pasión representa una mayor separación de lo antes mezclado, de manera que cuanto es viril queda incorporado al ser del hombre, y cuanto es femenino al de la mujer. Hasta el momento en que los dos quedan claros e íntegros como ángeles, la mezcla de la sexualidad queda superada en el más alto sentido, con lo que dos seres individuales, en compensada conjunción, quedan como dos estrellas.

En los viejos tiempos, los tiempos anteriores a la sexualidad, estábamos mezclados, cada uno de nosotros era una mezcla. El proceso de individualización dio lugar a la gran polarización de los sexos. Lo femenino se concentró en un lado y lo viril en el otro. Pero la separación era imperfecta incluso en aquellos tiempos. Y de esa manera transcurre nuestro ciclo en este mundo. Y ahora ha de amanecer el nuevo día en que cada uno de nosotros sea un ser, consumado en la diferencia. El hombre será puro hombre, la mujer pura mujer, ambos perfectamente polarizados. Pero desaparecerá totalmente la horrible fusión, la mezcla, la autoabnegación del amor. Sólo habrá la pura dualidad de la polarización, cada uno inmune a la contaminación del otro. En el hombre y en la mujer, la individualidad será primordial y la sexualidad quedará subordinada aunque perfectamente polarizada. Cada uno tendrá su individual ser separado, regido por sus propias leyes. El hombre tendrá su pura libertad, la mujer la suya. Cada cual reconocerá la perfección de la relación sexual polarizada. Cada cual reconocerá la diferente naturaleza del otro.

Esto meditó Birkin mientras estaba enfermo. En ocasiones le gustaba estar lo bastante enfermo para tener que guardar cama. Sí, debido a que mejoraba muy rápidamente y comprendía las cosas de forma clara y segura.

Hallándose Birkin en cama, Gerald le visitó. Cada uno de los dos hombres sentía un afecto profundo e inquietante hacia el otro. Los ojos de Gerald tenían un mirar rápido e inquieto, y en toda su persona había un aire tenso e impaciente, como si estuviera entregado a desarrollar alguna actividad. Obediente a los convencionalismos, vestía de negro. Presentaba aspecto serio, muy *comme il faut*. Tal como iba, quedaba apuesto, con su cabello rubio casi blanco, con reflejos como delgados rayos de luz, la cara expresiva y rozagante, el cuerpo colmado de nórdicas energías.

Gerald sentía verdadero afecto por Birkin aunque no acababa de creer en él. Birkin era irreal, inteligente, caprichoso, maravilloso, pero le faltaba sentido práctico. Gerald estimaba que su propio criterio era mucho más sólido y seguro que el de Birkin. No había duda de que Birkin era un hombre delicioso, un espíritu maravilloso, aunque no se le debía tomar en serio, no había considerarle un hombre de veras en el mundo de los hombres de veras.

Amablemente, cogiendo la mano del enfermo, Gerald dijo:

—Vaya, hombre, ¿otra vez enfermo?

Siempre era Gerald el que asumía el papel de protector, el que ofrecía el cálido refugio de su fortaleza física.

Sonriendo, no sin ironía, Birkin repuso:

—Es el castigo de mis pecados, supongo.

—¿Tus pecados? Sí, probablemente es eso. Es decir, ¿si pecaras menos gozarías de mejor salud?

—No sé... En fin, a ver si me enseñas a no pecar...

Birkin se quedó mirando irónicamente a Gerald. Luego le preguntó:

—¿Cómo te van las cosas?

Gerald miró a Birkin, advirtió que había hablado seriamente, y una cálida luz apareció en sus ojos. Repuso:

—En cuanto hace referencia a mí, nada ha cambiado. Realmente, no creo que las cosas puedan cambiar. No hay cambio posible.

—Supongo que te dedicas a tus negocios con la eficacia habitual en ti, y que haces caso omiso de las exigencias del alma.

Gerald repuso:

—Así es. Por lo menos en lo tocante a los negocios. En lo tocante al alma, te diré que tengo la seguridad de que no puedo decirte absolutamente nada.

—No, claro.

Riendo, Gerald dijo:

—No esperarás que sea capaz de saber algo al respecto, supongo.

—No. Y prescindiendo de los negocios, ¿cómo van tus restantes asuntos?

—¿Mis restantes asuntos? ¿Cuáles? No sé a qué puedes referirte.

—Sí, lo sabes muy bien. ¿Estás triste o contento? ¿Y qué me dices de Gudrun Brangwen?

—¿Qué te digo de Gudrun?

En el rostro de Gerald se formó un gesto de desorientación. Añadió:

—Bueno, pues no sé qué decirte. Lo único que puedo decirte es que la última vez que la vi me dio un bofetón.

—¡Un bofetón! ¿Por qué?

—No lo sé.

—¡Increíble! ¿Y cuándo fue eso?

—La noche de la fiesta, antes de que Diana se ahogara. Gudrun estaba asustando al ganado para que se fuera colina arriba, y yo fui tras de ella. ¿Recuerdas?

—Sí, me acuerdo. Pero ¿por qué te atizó? Supongo que no hiciste nada para merecer el bofetón, ¿verdad?

—¿Yo? Que yo sepa, no. Me limité a decirle que esas reses son peligrosas, lo cual es cierto. Entonces se volvió hacia mí de una forma muy rara, y me dijo: «Supongo que imaginas que tengo miedo de ti y de tu ganado, ¿verdad?». Yo le pregunté: «¿Por qué dices eso?», y ella, por toda respuesta, me dio un revés en la cara.

Birkin soltó una rápida carcajada, como si la ocurrencia le hubiera complacido. Gerald le miró interrogativo, también se echó a reír y dijo:

—Te aseguro que no me dio risa. En mi vida había quedado tan sorprendido.

—¿Y no te enfureciste?

—¿Que si me enfurecí? Claro... por menos de un pitillo la hubiera asesinado.

—Ya... pobre Gudrun, seguramente sufrió horriblemente después, por haberse traicionado de manera tan flagrante.

Birkin parecía enormemente divertido. Gerald, también divertido, preguntó:

—Conque sufrió ¿eh?

Los dos sonrieron divertidos maliciosamente.

Birkin dijo:

—Y no tuvo que sufrir poco si tenemos en cuenta lo puntillosa que es en lo tocante a su propio comportamiento.

—¿Es puntillosa? En ese caso, ¿por qué lo hizo? Tengo la seguridad de que fue un acto que yo no provoqué en absoluto, totalmente injustificado.

—Supongo que sería un impulso repentino.

—Sí, de acuerdo, pero ¿qué pudo motivar ese impulso? Yo no le había hecho nada.

Birkin sacudió la cabeza y dijo:

—Le salió la amazona que lleva dentro.

—Bueno, más hubiera valido que en vez de salirle el Amazonas le hubiera salido el Orinoco.

Los dos rieron la torpeza del chiste. Gerald recordaba que Gudrun le había dicho que el último golpe también lo propinaría ella. Pero cierto sentido de reserva le impidió decírselo a Birkin. Éste preguntó:

—¿Sigues ofendido?

—No, no sigo ofendido. La verdad es que lo ocurrido ya no me importa en absoluto.

Gerald meditó unos instantes y, riendo, añadió:

—Casi me he olvidado. Después Gudrun pareció lamentar su comportamiento.

—¿De veras? ¿Y no os habéis vuelto a ver desde entonces?

A Gerald se le nubló la cara:

—No. En casa hemos estado todos... Bueno, en fin, ya puedes imaginar cómo hemos estado desde el día del accidente.

—Sí. ¿Estáis reaccionando ya?

—No lo sé. Desde luego fue un golpe. Pero tengo la impresión de que mamá no se siente afectada. En realidad, creo que aún no se ha enterado. Y lo más curioso es que siempre ha vivido entregada a sus hijos. Para ella nada tenía importancia, salvo los hijos. Y está reaccionando como si la víctima del accidente hubiera sido una criada.

—¿De verdad? ¿Y a ti, te afectó mucho?

—Es un golpe, evidentemente. Pero no puedo decir que lo sienta mucho. No me siento diferente. Todos tenemos que morir, y, al parecer, el que uno muera o no muera no parece tener gran importancia. Ahora soy incapaz de sentir dolor. Me he quedado frío. No me lo explico.

Birkin le preguntó:

—¿Te da igual morir?

Gerald le miró, y en sus ojos azules se veía el brillo acerado del temple del arma blanca. Se sentía incómodo, pero indiferente. En realidad la idea de la muerte tenía gran importancia para él, le infundía un miedo terrible. Repuso:

—No quiero morir, ¿por qué habría de quererlo? Pero la idea no me preocupa. Se trata de un asunto que no está en la agenda en cuanto a mí hace referencia. No me interesa, ¿comprendes?

Birkin recitó:

—Timor mortis conturbat me.

Luego añadió:

—Sí, parece que la muerte ha dejado de ser el tema importante. Es curioso, pero no me preocupa en absoluto. Es como un mañana normal y corriente.

Gerald dirigió una mirada escrutadora a su amigo. Las miradas de los dos hombres se encontraron y se produjo una tácita comprensión.

Gerald achicó las pupilas y su rostro adquirió una expresión fría y sin escrúpulos, mientras miraba impersonalmente a Birkin, con una mirada que terminaba en un punto en el espacio, extrañamente penetrante y, al mismo tiempo, ciego. Con voz abstraída, fría, delgada, dijo:

—Si la muerte ha dejado de ser el tema importante, ¿cuál es el tema importante?

Parecía que Birkin hubiera descubierto el punto débil de Gerald, a juzgar por el tono de las palabras de éste. Como un eco, Birkin repitió:

—¿Cuál es?

Y se produjo un silencio burlón. Luego Birkin dijo:

—Hay un largo camino que recorrer después del punto de la muerte intrínseca, antes de que desaparezcamos.

—Lo hay, pero ¿cuál es ese camino?

Gerald causaba la impresión de que quisiera conducir a Birkin a un conocimiento que el propio Gerald tenía, y mucho más claramente que Birkin. Éste dijo:

—Un camino cuesta abajo por las laderas de la degeneración, de la degeneración mística y universal. Tenemos que pasar por muchas fases de pura degradación, fases largas, como edades históricas. Vivimos mucho después de la muerte, vivimos progresivamente, en avance.

Gerald le había escuchado, en todo momento, con una leve y delgada sonrisa en los labios, como si él, por ignoradas razones, supiera mucho más que Birkin acerca de aquel asunto, como si sus conocimientos fueran directos y personales, en tanto que los de Birkin hubieran sido adquiridos mediante la observación y las conjeturas, sin que Birkin llegara a dar plenamente en el clavo, aunque aproximándose notablemente. Pero Gerald no estaba dispuesto a dar a conocer su secreto. Si Birkin conseguía averiguar esos secretos, que los averiguara, pero Gerald no le ayudaría, sino que seguiría misterioso hasta el final.

Dando un sorprendente cambio a la conversación, Gerald dijo:

—Desde luego, quien lo ha sentido de veras ha sido papá. Esto acabará con él. Tiene la impresión de que el mundo entero se le derrumba alrededor. Ahora ha centrado todas sus preocupaciones en Winnie. Estima que debe salvar a Winnie. Dice que Winnie debería ingresar en una escuela, en régimen de internado, pero la chica no quiere ni oír hablar de eso, y, naturalmente, papá no la mandará jamás a una escuela de ese tipo. Desde luego la chica es muy rara. Cosa curiosa; ningún miembro de mi familia sabe vivir. Sabemos hacer cosas, pero no sabemos vivir. Es curioso ese rasgo familiar.

Birkin, que estaba pensando en otra solución a aquel problema, dijo:

—No, a Winnie no hay que mandarla a un internado.

—¿No? ¿Por qué?

—Es una chica rara, una chica especial, incluso más especial que tú. Y, en mi opinión, los niños especiales jamás deben ser enviados a la escuela. Esto último sólo debe hacerse en el caso de niños relativamente normales. Al menos eso es lo que yo creo.

—Pues yo pienso lo contrario. Creo que si Winnie fuera a la escuela y se mezclara con otras niñas, eso contribuiría a hacerla más normal.

—Es que no se mezclaría. Por ejemplo, tú jamás te mezclaste, ¿no es así? Y Winnie ni siquiera se tomaría la molestia de fingir mezclarse. Es una niña altiva, solitaria y naturalmente distinta. Si es de carácter solitario, ¿para qué transformarla en un ser sociable?

—No, yo no quiero transformarla en nada. Pero creo que ir a la escuela la favorecería.

—¿Te favoreció a ti?

Gerald achicó las pupilas de fea manera. Para él, la escuela había sido un tormento. Sin embargo, jamás se preguntó si era realmente preciso pasar por aquella tortura. Causaba la impresión de tener fe en la educación mediante la tortura y la sumisión. Dijo:

—Ni un instante dejé de odiar la escuela, pero comprendo que era necesaria. Me hizo entrar un poco en vereda. Y si no entras en vereda, por lo menos en ciertos aspectos, no puedes vivir.

—Pues la verdad es que comienzo a pensar que sólo se puede vivir cuando uno se niega totalmente a entrar en vereda. De nada sirve esforzarse en seguir la línea trazada de antemano, cuando sólo sientes deseos de patear la línea en cuestión. Winnie tiene una personalidad especial, y a las personalidades especiales hay que darles un mundo especial.

—Muy bien. ¿Y dónde está ese mundo especial?

—Construyámoslo. En vez de mutilarte para adaptarte al mundo, mutila al mundo para que se adapte a ti. En realidad, dos personas excepcionales bastan para crear otro mundo. Tú y yo formamos un mundo diferente, separado. Tú no quieres el mismo mundo en que se encuentran tus cuñados. Valoras las cualidades especiales. ¿Quieres ser normal y corriente? ¡Mentira! Quieres ser libre y extraordinario, en un extraordinario mundo de libertad.

Gerald contemplaba a Birkin con mirada de sutil comprensión. Pero jamás reconocería abiertamente lo que pensaba. Sabía más que Birkin en cierto aspecto. Mucho más. Y esa era la causa de su ternura y su amor hacia Birkin, como si, en cierta manera, Birkin fuera joven, inocente, infantil. Asombrosamente inteligente, sí, pero incurablemente inocente.

Con mordacidad, Birkin dijo:

—Pero eres tan superficial, que básicamente me consideras un loco.

Sobresaltado, Gerald repitió:

—¡Un loco!

Y el rostro de Gerald se abrió súbitamente, como iluminado por la simplicidad, tal como se abre una flor dejando de ser astuto capullo. Gerald dijo:

—Jamás te he considerado loco.

Gerald dirigió una extraña mirada a Birkin, una mirada que éste no pudo comprender, y dijo:

—Considero que en ti siempre concurre un elemento de incertidumbre. Quizá carezcas de seguridad en ti mismo. Lo cierto es que yo jamás estoy seguro de ti. Eres capaz de cambiar, como si no tuvieras alma.

Gerald dirigió una larga y penetrante mirada a Birkin. Birkin estaba pasmado. Imaginaba que tenía más alma que nadie. Birkin miraba a Gerald. Y éste vio la increíblemente atractiva bondad que había en los ojos de Birkin, una bondad joven y espontánea que ejercía en él una atracción infinita, pero que, al mismo tiempo, le llenaba de amarga mortificación debido a lo mucho que desconfiaba de aquella bondad. Le constaba que Birkin podía prescindir de él, podía olvidarse de él sin experimentar sufrimiento alguno. Eso estaba siempre presente en la conciencia de Gerald, llenándole de amarga incredulidad. Jamás olvidaba aquella conciencia de joven, animal y espontánea independencia. A veces, más aún, a menudo, casi le parecía que Birkin se comportaba como un hipócrita y un embustero cuando hablaba con tanta profundidad e importancia.

Muy diferentes eran los pensamientos de Birkin. De repente, se había encontrado ante otro problema, el problema del amor y la eterna conjunción entre dos hombres. Desde luego, eso era necesario. Durante toda su vida había tenido la necesidad interior de amar a un hombre, pura y plenamente. Naturalmente, siempre había amado a Gerald, y siempre lo había negado.

Recostado en la cama, meditaba intrigado, mientras su amigo, sentado a su lado, seguía sumido en sus propios pensamientos. Cada cual se encontraba en su mundo mental.

Birkin, con el reflejo de una nueva y feliz actividad en sus ojos, dijo a Gerald:

—Como sabes, los caballeros germánicos de los tiempos antiguos hacían un juramento de Blutbrüderschaft...

—¿Se inferían un corte en el brazo y se frotaban el corte ensangrentado los unos con los otros?

—Eso. Y se juraban fidelidad, ser todos de la misma sangre durante toda la vida. Eso es lo que deberíamos hacer. Sin cortes, claro, que están pasados de moda. Tú y yo deberíamos jurar amarnos el uno al otro, en silencio, a la perfección, con carácter definitivo, sin retractación posible.

Birkin miraba a Gerald con la clara y feliz mirada del descubrimiento. Gerald miró a Birkin, atraído, tan profundamente vinculado en aquella fascinada atracción, que sentía desconfianza, le irritaba la vinculación, odiaba la atracción.

Birkin insistió:

—Un día prestaremos ese juramento, ¿te parece bien? Juraremos defendernos el uno al otro, ser fieles, con carácter definitivo, sin quiebra, entregados el uno al otro orgánicamente, sin posibilidad de volvernos atrás.

Birkin hacía un duro esfuerzo para expresarse claramente, pero Gerald apenas le prestaba atención. Su cara resplandecía de luminoso placer. Estaba complacido. Pero mantuvo sus reservas. No cedió.

Birkin alargó la mano hacia Gerald y le preguntó:

—¿Haremos algún día ese juramento?

Gerald tocó levemente aquella mano ofrecida, delgada y viva, y lo hizo como si quisiera reservarse, como si tuviera miedo. En tono de excusa, dijo:

—Esperaremos a que comprenda un poco mejor lo que has dicho.

Birkin se quedó mirando a Gerald. Sintió en su corazón un leve y punzante sentimiento de desilusión, quizá un poco de desprecio. Dijo:

—Sí, más adelante debes decirme lo que piensas. ¿Has comprendido lo que he querido decirte? No se trata de torpe sentimentalismo, sino de una unión impersonal que deje libres a los dos.

Ambos guardaron silencio. Birkin no dejaba de mirar a Gerald. Ahora parecía ver, no al hombre físico y animal que solía ver en Gerald, y que, por lo general, tanto le gustaba, sino al hombre en sí mismo, completo, y predestinado, condenado, limitado. Esa extraña sensación de fatalidad que Gerald producía a Birkin, como si Gerald hubiera quedado limitado a una forma de existencia, a un conocimiento, a una actividad, a una especie de fatal naturaleza de mitad, que a Gerald le parecía integridad, siempre avasallaba a Birkin después de los momentos de apasionada aproximación y le llenaba de una especie de desprecio o de aburrimiento. Era aquella insistencia en la limitación, por parte de Gerald, lo que aburría a Birkin. Gerald jamás podía escapar volando de sí mismo, con verdadera y tranquila alegría. Gerald estaba sujeto por una traba, por una especie de monomanía.

Guardaron silencio. Luego Birkin dijo, en tono más ligero, hurtándose a la tensión del contacto:

—¿No podéis buscar una profesora para Winifred? ¿Una profesora excepcional?

—Hermione Roddice propuso que se lo dijésemos a Gudrun, a ver si quería enseñar a dibujar y a modelar arcilla a Winnie. La niña es increíblemente hábil manejando la pasta de modelar. Hermione asegura que es una artista.

Gerald había hablado en su habitual tono, un tono animado, de charla intrascendente, como si nada insólito hubiera ocurrido. Pero en Birkin se advertía claramente el peso de los recuerdos. Birkin dijo:

—¿De veras? No lo sabía. La verdad es que sería magnífico si Gudrun accediera. Difícilmente se puede encontrar una solución mejor en el caso de que Winifred tenga temperamento artístico. Todo artista verdadero representa la salvación para los demás artistas.

—Yo pensaba que los artistas se llevaban muy mal entre sí, por lo general.

—Es posible. Pero sólo los artistas pueden producir, para los otros artistas, el mundo en que pueden vivir. Si pudieras poner en práctica esta solución, en el caso de Winifred, creo que sería algo perfecto.

—¿Y crees que Gudrun aceptará?

—No lo sé. Gudrun es una chica muy suya, no se dedica a actividades menores. Y, si lo hace, pronto se vuelve atrás. En consecuencia no sé si llegará a condescender a dar clases particulares, nada menos que aquí, en Beldover.

Pero sería, tal como te he dicho, la solución perfecta. Winifred tiene un carácter muy especial. Y lo mejor para ella es poner a su disposición los medios necesarios para que pueda desenvolverse por sí misma. Jamás se adaptará a la vida normal y corriente. Tú mismo tropiezas con dificultades en este asunto, y Winifred es mucho más compleja que tú. Es horrible pensar en lo que puede llegar a ser la vida de Winifred si no se le dan medios de expresión, un camino para que se realice. Sabes perfectamente lo que sucede cuando se confía todo al destino. Has podido comprobar la poca confianza que el matrimonio merece, en este aspecto. Basta con que te fijes en tu madre.

—¿Crees que mamá es anormal?

—¡No! Creo que quería algo más que aquello que da la vida normal, o quizá algo diferente. Y, al no conseguirlo, su vida se ha vuelto insatisfactoria.

Con tristeza, Gerald advirtió:

—Después de haber puesto en el mundo a un buen número de hijos insatisfactorios.

Birkin replicó:

—No más insatisfactorios que los demás. Las personas más normales tienen las más raras personalidades soterradas, a poco que te fijes individualmente en ellas.

En un brusco arrebató de rabia nacida de la impotencia, Gerald dijo:

—A veces pienso que vivir es una condena.

—Bueno, pues sí, ¿por qué no? Dejemos que, de vez en cuando, vivir sea una condena... También hay momentos en que es cualquier cosa menos una condena. A ti, vivir te interesa mucho, en realidad.

Revelando, en la mirada que dirigía a Birkin, una extraña pobreza, Gerald dijo:

—Menos de lo que imaginas.

Hubo un silencio durante el cual ambos quedaron sumidos en sus propios pensamientos. Por fin, Gerald dijo:

—Realmente, no sé qué diferencia puede haber para Gudrun entre dar clases en la escuela primaria y venir a casa a darlas a Winnie.

—La diferencia que media entre prestar servicios públicos y prestar servicios privados. En la actualidad, el único aristócrata, el único noble, el único rey, es el público. Cualquiera está dispuesto a servir al público, pero ser profesor particular...

—No, no me gustaría.

—¡No! Y Gudrun probablemente pensará lo mismo.

Gerald meditó durante unos instantes. Dijo:

—De todas maneras, mi padre impedirá que Gudrun tenga la sensación de ser una empleada en casa. Le estará tremendamente agradecido, se preocupará por ella, por las clases...

—Así debe ser. Y así deberíais reaccionar todos vosotros. ¿Crees que puedes contar con los servicios de Gudrun Brangwen sólo mediante dinero? Es igual a ti en todo, quizá superior.

—¿Tú crees?

—Sí, y si no tienes el valor suficiente para reconocerlo, espero que Gudrun rechace la oferta, y deje que soluciones el problema por tus propios medios.

—Sin embargo, si Gudrun es realmente igual a mí, desearía que no fuera maestra de escuela, porque, generalmente, no estimo que los maestros de escuela sean mis iguales.

—Tampoco yo lo estimo, maldita sea. Pero ¿acaso soy maestro debido a que doy clases, y acaso cura porque predico?

Gerald se echó a reír. Cuando se abordaban estos temas, siempre se sentía inseguro. No quería afirmar su superioridad social, pero era incapaz de ejercer una intrínseca superioridad personal, debido a que jamás basaría su escala de valores en el puro ser. En consecuencia, se mantenía en inestable equilibrio sobre una tácita presunción de categoría social. Ahora, Birkin quería que Gerald aceptara la intrínseca diferencia que media entre los seres humanos, lo cual Gerald no estaba dispuesto a hacer. Esto infringía su sentido del honor social, sus principios. Gerald se levantó, dispuesto a irse. Sonriendo, dijo:

—Durante esta temporada no he prestado a mis negocios la atención debida.

Riendo, con acento burlón, Birkin dijo:

—Hubiera debido recordártelo antes.

También riendo, aunque inseguro, Gerald repuso:

—Sabía que dirías algo parecido.

—¿De veras?

—Sí, Rupert. Nosotros no podemos ser como tú, ya que si lo fuéramos, no tardaríamos en hundirnos. Cuando esté por encima de todos los mundanales problemas, me olvidaré de los negocios.

Sarcástico, Birkin observó:

—Y ahora no estamos hundidos, claro.

—No tanto como imaginas. De todas formas aún tenemos lo suficiente para poder comer y beber...

Birkin remató la frase de Gerald:

—Y para vivir satisfechos.

Gerald se acercó a la cama, y bajó la vista para mirar a Birkin, con el cuello al descubierto, y el cabello alborotado cayéndose atractivamente sobre la frente cálida, encima de los ojos tranquilos y quietos, en la cara con expresión satírica. Gerald, recios sus miembros, rebosante de tensas energías, estaba allí, en pie, remiso a irse. La presencia de Birkin le retenía. Gerald carecía de la fuerza precisa para irse. Birkin dijo:

—Bueno, adiós Gerald.

Y le ofreció la mano que había sacado de dentro de la cama, sonriendo, con mirada chispeante. Gerald cogió firmemente la cálida mano de su amigo, y dijo:

—Adiós. Volveré a visitarte pronto. Te echo de menos en el molino.

—Dentro de pocos días volveré a estar allí.

Las miradas de los dos hombres volvieron a encontrarse. La mirada de Gerald, penetrante como la de un halcón, desprendía ahora una luz cálida, expresando un sentimiento de amor no reconocido. Birkin le miraba como si se encontrara sumido en tinieblas, insondable e ignoto, pero con una calidez que parecía comunicarse al cerebro de Gerald como un fértil sueño. Gerald dijo:

—Bueno, adiós, ¿quieres algo?

—Nada, gracias.

Birkin contempló cómo la figura de Gerald, vestida de negro, salía por la puerta. Cuando la cabeza rubia hubo desaparecido, Birkin dio media vuelta, disponiéndose a dormir.

17. EL MAGNATE INDUSTRIAL

Tanto para Úrsula como para Gudrun se produjo un intermedio en Beldover. Úrsula tenía la impresión de que Birkin había desaparecido de su vida por el momento. En su mundo, Birkin había perdido importancia, había perdido su significado. Úrsula tenía sus propios amigos, sus propias

actividades, su propia vida. Se entregó a sus viejas costumbres con renovadas energías, apartándose así de Birkin.

Y Gudrun, después de haber sentido en todo momento, y en todas sus venas, la presencia de Gerald Crich, relacionado incluso físicamente con ella, reaccionaba casi con indiferencia cuando pensaba en él. Gudrun forjaba nuevos planes para irse e intentar emprender una nueva vida. En todo momento algo en su interior la impulsaba a evitar la formación de una definitiva relación con Gerald. Estimaba que lo mejor y más prudente era tener sólo una amistad superficial con él.

Gudrun albergaba el proyecto de ir a San Petersburgo, donde tenía una amiga, escultora como ella, que vivía con un acaudalado ruso dedicado, por afición, a diseñar joyas. La vida emotiva y un tanto desarraigada de los rusos gustaba a Gudrun. No quería ir a París. Era una ciudad seca y esencialmente aburrida. Prefería ir a Roma, Munich, Viena, o a San Petersburgo o Moscú. Tenía una amiga en San Petersburgo y otra en Munich. Escribió a las dos para que la informaran en lo tocante a viviendas o habitaciones en alquiler.

Gudrun tenía algo de dinero. En parte, había regresado a su casa con el fin de ahorrar, y además, había vendido varias obras, había expuesto y sus esculturas habían sido elogiadas. Le constaba que podía ponerse de «moda» si iba a vivir a Londres. Pero conocía Londres y deseaba otra clase de vida. Había ahorrado setenta libras esterlinas, lo cual nadie sabía. Y estaba dispuesta a partir pronto, tan pronto recibiera contestación de sus amigas. Su personalidad, a pesar de su aparente placidez y calma, era profundamente inquieta.

Un día las dos hermanas fueron a una casita de labradoras a comprar miel. La señora Kirk, mujer robusta, pálida y de nariz puntiaguda, astuta, con modales de falsa dulzura que ocultaban cierta manera de ser gatuna y perversa, invitó a las dos muchachas a entrar en su cocina, excesivamente acogedora y ordenada. Imperaban allí una comodidad y una limpieza gatunas.

En voz levemente quejosa e insinuante, la señora Kirk preguntó:

—¿Y qué me dice, señorita Brangwen? ¿Le gusta estar de nuevo en el pueblo?

Gudrun, que era a quien la señora Kirk había dirigido la pregunta, odió a aquella mujer al instante. Bruscamente repuso:

—Este pueblo no me gusta.

—¿No le gusta? Claro, claro, esto no es Londres. Le gusta vivir allí, le gustan los lugares grandes y lujosos. Pero algunos tenemos que contentarnos con Willey Green y Beldover. ¿Y qué piensa de la escuela primaria? Ahora se

habla mucho de ella.

Gudrun dirigió una lenta mirada a la señora Kirk.

—¿Qué pienso? ¿Quiere decir si considero que es buena?

—Sí. ¿Qué opina?

—Pues opino que sin duda es una buena escuela.

Gudrun había contestado muy fría y secamente. Le constaba que las gentes de las clases bajas odiaban aquella escuela.

—¿Sí? Vaya, vaya... He oído hablar mucho de esa escuela, y cada cual opina a su manera. Por eso me interesaba saber lo que piensan los que trabajan en ella. En fin, cada cual tiene su opinión en este mundo... El señor Crich está totalmente a favor de la escuela. Pobrecillo, temo que no seguirá mucho tiempo más en este mundo. Está muy mal.

Úrsula preguntó:

—¿Ha empeorado?

—Sí... desde que perdieron a la señorita Diana. El pobre ha quedado como una sombra. Pobrecito, ha sufrido mucho en este mundo.

Con leve ironía, Gudrun preguntó:

—¿Usted cree?

—Sí, sí, ha tenido muchos problemas. Y es el señor más amable y más bueno que se pueda imaginar. Sus hijos no han salido a él.

Úrsula preguntó:

—¿Habrán salido a su madre entonces?

La señora Kirk bajó un poco la voz:

—En muchos aspectos, sí. Era una señora muy orgullosa cuando vino a este lugar... ¡Y tanto que lo era! No se la podía ni mirar, y hablar con ella era un gran honor.

La mujer esbozó un gesto seco y astuto. Gudrun preguntó:

—¿La conoció de recién casada?

—Sí, la conocí. Y fui ama de tres de sus hijos. Y eran terribles los tres, tres diablos... Y Gerald era terrible, un verdadero demonio a los seis meses.

La mujer había pronunciado las últimas palabras en un curioso tono de maliciosa astucia. Gudrun dijo:

—¿Sí?

—Era un niño voluntarioso y dominante, que a los seis meses ya quería imponerse al ama. Pateaba y chillaba y luchaba como un demonio. Muchas veces tuve que pellizcarle el culito cuando era un niño de cuna. Y más le hubiera valido que se lo hubieran pellizcado a menudo. Pero la madre no quería que se corrigiera a sus hijos. No, no, ni hablar. Todavía recuerdo las discusiones que la señora tenía con el señor Crich. Cuando el señor Crich se enfurecía, cuando estaba realmente tan enfurecido que ya no podía aguantar más, se encerraba en su estudio y azotaba a los niños. Pero, entretanto, ella paseaba arriba y abajo, ante la puerta, como una leona, igual que una leona, con una mirada que parecía dispuesta a cometer un asesinato. Se le ponía una cara capaz de asustar a la misma muerte. Y cuando se abría la puerta, entraba con las manos levantadas, y decía: «¿Qué has hecho a mis hijos, cobarde?». Se ponía como loca. Creo que el señor Crich le tenía miedo, por eso, antes de atreverse a levantar un dedo contra sus hijos, tenía que ponerse furioso. ¡Menuda vida daban aquellos niños a la servidumbre! Y solíamos dar gracias a Dios cuando uno de ellos recibía su merecido. Eran el tormento de nuestra vida.

Gudrun dijo:

—¿De veras?

—Eran un tormento en todo. Si una no los dejaba estrellar las tazas contra la mesa, si no se les permitía arrastrar al gato con un cordel atado al cuello, si no se les daba lo que pedían, y no hacían más que pedir, entonces chillaban, lloraban y pataleaban, y venía su madre y preguntaba: «¿Qué le pasa al niño? ¿Qué le ha hecho al niño? ¿Dime, pequeño, qué te han hecho?». Y la madre se volvía hacia una como si estuviera dispuesta a patearla. Pero no, a mí no me pateaba, no. Yo era la única que podía tener a raya a aquellos diablillos, sus hijos, sí, porque ella no se ocupaba de sus hijos. No se molestaba en absoluto por ellos. Pero los niños tenían que hacer lo que les diera la gana, y no se les podía decir nada. Y el señorito Gerald era el mimado. Me fui cuando él tenía un año y medio; no podía aguantar más allí. Pero cuando el señorito Gerald era un niño de cuna, tenía que pellizcarle el trasero, si no, no había manera de dominarlo, y no me arrepiento de haberlo hecho.

Gudrun salió de allí rebotando de furia y aborrecimiento. La frase «Le pellizcaba el culito» había provocado en ella una furia blanca y pétrea. No podía tolerarla, y sentía deseos de que la mujer fuera arrastrada fuera de su casa y ahorcada. Pero la frase había quedado grabada en su mente para siempre, y no había manera de borrarla. Gudrun pensó que algún día tendría que repetírsela a Gerald, para ver cómo reaccionaba. Y se odió a sí misma por haber tenido semejante idea.

Pero, en Shortlands, la lucha que había durado toda una vida tocaba a su

fin. El padre estaba enfermo y pronto moriría. Padecía dolores internos que absorbían toda su energía vital, y sólo dejaban en él algunos restos de conciencia. El silencio fue dominándole más y más, y de esa manera la percepción de cuanto había a su alrededor fue haciéndose menos y menos aguda. El dolor parecía absorber su actividad. Sabía que llevaba el dolor en su cuerpo, y sabía que volvería a atormentarlo. El dolor era como una realidad que le acechaba en las tinieblas, dentro de su cuerpo. Y el padre carecía del poder o de la voluntad de ir en busca del dolor en su escondrijo, y conocerlo. Allí estaba el dolor, en la oscuridad, el gran dolor que de vez en cuando le desgarraba y que luego guardaba silencio. Y cuando el dolor le atacaba, se quedaba encogido, en silenciosa sumisión, y cuando le dejaba, se negaba a estudiarlo y conocerlo. El dolor se hallaba envuelto en tinieblas, y el padre permitía que siguiera allí, ignoto. Jamás reconocía su existencia, salvo en un secreto rincón de su fuero interno, donde se acumulaban sus temores y secretos jamás revelados. En resumen, sentía un dolor, el dolor desaparecía, y casi no había diferencia. Eso incluso le estimulaba, le excitaba.

Pero, poco a poco, el dolor absorbió su vida. Poco a poco, le quitó todas sus fuerzas, le desangró sumiéndolo en la oscuridad, le apartó de los manantiales de la vida y le sumergió en las tinieblas. En aquel ocaso de su vida pocas eran las cosas que el viejo Crich podía ver. Los negocios, su trabajo, eso había desaparecido totalmente. Sus intereses en los asuntos públicos habían desaparecido asimismo, como si jamás hubieran existido. Incluso su familia se había transformado en algo ajeno a él, y sólo podía recordar, en una zona leve y no esencial de su propio ser, que éste, aquél y el otro eran hijos suyos. Pero se trataba de un hecho histórico, en modo alguno vital para él. Tenía que efectuar un esfuerzo para saber la relación que tenía con sus hijos. Ni siquiera su esposa existía realmente. Su esposa era como las tinieblas, como el dolor en su interior. Gracias a una extraña asociación, las tinieblas que contenían el dolor y las tinieblas que contenían a su esposa eran idénticas. Toda su comprensión y todos sus pensamientos adquirieron un carácter confuso y borroso. Su esposa y el voraz dolor formaban un mismo poder oscuro hostil a él, con el que jamás se enfrentaba. Jamás expulsó al temor de la guarida en que se había alojado, en su interior. Sólo sabía que había una guarida que era un lugar oscuro, y que algo vivía en aquella oscuridad, algo que de vez en cuando salía para atormentarle. Pero no se atrevía a penetrar en aquella oscuridad y expulsar de ella a la bestia para situarla a la luz. Prefería ignorar su existencia. Pero, de la manera vaga que le era propia, el temor era su esposa, la destructora, y era el dolor, era la destrucción, unas tinieblas que eran cada uno y los dos, al mismo tiempo.

Rara vez veía a su esposa, que apenas salía de su cuarto. Muy de vez en cuando salía, con la cabeza inclinada hacia delante, y con su voz baja y segura de sí misma, y le preguntaba cómo se encontraba. Y él, siguiendo la costumbre

observada durante más de treinta años, contestaba: «Bien, me parece que no he empeorado». Pero temía a su esposa, bajo la defensa de la costumbre, la temía casi tanto como a la muerte.

Pero el padre había sido toda la vida fiel a sus criterios y jamás los había quebrantado. Y moriría sin quebrantarlos, sin saber cuáles eran los sentimientos que albergaba con respecto a su esposa. Toda su vida había dicho: «Pobre Christiana, tiene un carácter tan duro...». Con inquebrantable voluntad se había mantenido en esa postura con respecto a su esposa y había sustituido toda la hostilidad que hacia ella sentía por la piedad: la piedad había sido su escudo y su salvaguarda, su arma infalible. Y en su conciencia seguía apiadándose de ella, por tener una personalidad tan violenta, tan impaciente.

Pero la piedad se iba extinguiendo juntamente con su propia vida, y el miedo, que casi era terror, cobraba más y más vida. Pero antes de que la armadura de su piedad quedara realmente hecha añicos, él moriría igual que un insecto con el caparazón quebrado. Ésa era su última defensa. Los otros seguirían viviendo y sabrían lo que es la muerte en vida, y el subsiguiente proceso de caos sin posible esperanza. Él no. Él negaba a la muerte su victoria.

Había sido siempre fiel a sus criterios, fiel a su caridad, fiel a su amor al prójimo. Quizá había amado al prójimo más que a sí mismo, lo cual significa ir más allá del mandamiento. Esta llama, la llama de procurar el bienestar al prójimo, había ardido siempre en su corazón, sosteniéndolo en todos los trances. Tenía muchos trabajadores a sueldo, era un gran propietario de minas. Y en su corazón siempre había sentido que él era, en Cristo, uno con sus trabajadores. E incluso se había sentido inferior a ellos, como si, mediante la pobreza y el trabajo, ellos estuvieran más cerca de Dios que él. Siempre había manifestado la creencia de que sus trabajadores, los mineros, eran quienes tenían en sus manos el medio de la salvación. Para acercarse a Dios tenía que acercarse a sus mineros. Su vida debía gravitar hacia sus trabajadores. Inconscientemente, éstos eran su ídolo, eran su Dios hecho carne. En ellos rendía culto a la más alta, grande, comprensiva y monótona deidad de la humanidad.

Y su esposa se había opuesto sistemáticamente a sus criterios, como uno de los grandes diablos del infierno. Extraña, como un ave de presa, con la fascinante belleza y abstracción del halcón, su esposa había golpeado las rejas de su filantropía e, igual que un halcón enjaulado, se había sumido en el silencio. Gracias a las circunstancias, debido a que el mundo entero se confabulaba para que la jaula fuera inquebrantable, él había sido más fuerte que su esposa y la había mantenido en aquella prisión. Siempre la había amado, la había amado intensamente. En el interior de la jaula, ella jamás había visto que le negaran algo, y gozaba de todo género de libertades.

Pero su esposa casi había enloquecido. Mujer de temperamento salvaje y dominante, no pudo soportar la humillación que para ella significaba la suave y casi suplicante amabilidad de su marido con todo el mundo. Los pobres no engañaban al viejo Crich. Sabía que acudían a él precisamente los individuos de peor especie, para pedirle dinero, para abusar de su bondad. Afortunadamente para él, la mayoría tenía el orgullo preciso para no pedir nada, la independencia necesaria para no llamar a su puerta. Pero, en Beldover, al igual que en todas partes, había también aquellos individuos dados al lamento, parasitarios, innobles, que se arrastraban pidiendo limosna y que vivían de la sangre de la comunidad, como piojos. Del cerebro de Christiana Crich surgían llamas cuando veía a otras dos mujeres, de cara pálida, serviles, vestidas con ropas negras de dudosa limpieza, avanzar por el sendero, con aire lúgubre, camino de la puerta. De buena gana hubiera azuzado a los perros contra ellas: «¡Rip! ¡Ring! ¡Ranger! ¡A ellas! ¡Echadlas, muchachos!». Pero Crowther, el mayordomo, así como el resto de la servidumbre, estaba de parte del señor Crich. Sin embargo, cuando su marido no se encontraba en casa, la señora Crich se lanzaba como una loba sobre los mendicantes: «¿Qué queréis? Aquí no tenemos nada para vosotras. Y no volváis a entrar en esta casa. Simpson, llévalos fuera y no dejes que entren más».

Los criados tenían que obedecerla. Y Christiana Crich se quedaba allí, en pie, mirando con expresión de águila, mientras el lacayo, confusa y torpemente, llevaba a las lúgubres mujeres por el sendero, camino de la puerta, como si fueran sucios pavos de Navidad, andando de prisa ante él.

Pero, por el guardián, pronto llegaron a saber las horas en que el señor Crich estaba fuera, y comenzaron a hacer esas visitas en los momentos más favorables para ellos. Durante los primeros años, muchas fueron las veces en que Crowther golpeaba suavemente la puerta:

—Visitas para el señor.

—¿Qué nombre han dado?

—Grocock, señor.

—¿Qué quieren?

Esta pregunta era formulada en tono un poco impaciente y un poco gratificado. Al señor Crich le gustaba que recurrieran a sus caritativos sentimientos.

—Se trata de un niño, señor.

—Hágale pasar a la biblioteca y dígame que no deben venir después de las once de la mañana.

Bruscamente, su esposa decía:

—¿Por qué te levantas de la mesa?

—Debo hacerlo. No representa molestia alguna escuchar lo que tengan que decirme.

—¿Cuántos han venido hoy? ¿Por qué no pones la casa a su disposición? Si sigues así, pronto me echarán de casa a mí y a mis hijos.

—Sabes perfectamente, querida, que puedo escuchar todo lo que tengan que decirme. Y si tienen verdaderos problemas, mi deber es ayudarlos en lo que pueda.

—Sí, tu deber es invitar a todas las ratas del mundo a que vengan a roerte los huesos.

—Vamos, Christiana, vamos. No es eso. Ten un poco más de caridad.

Pero su mujer a menudo salía bruscamente de la estancia e iba al estudio. Y allí encontraba a los desmejorados pedigüeños, con aspecto de hallarse en la sala de espera de un médico, y les decía:

—El señor Crich no puede verles. A esta hora no puede. ¿Creen que el señor Crich está a su servicio? ¿Creen que pueden venir cuando les dé la gana? Váyanse, no hay nada para ustedes aquí.

La pobre gente se levantaba aturdida. Pero el señor Crich, pálido, con barba negra, conciliador, aparecía detrás de su esposa, y decía:

—Sí, no me gusta que vengáis tan tarde. Escucharé siempre lo que tengáis que decirme a primera hora de la mañana, pero después ya no puedo hacerlo. ¿Qué te pasa, Gittens? ¿Cómo sigue tu esposa?

—Muy mal, señor Crich, se está acabando, señor Crich...

A veces, la señora Crich tenía la impresión de que su marido fuera una sutil ave de carroña que se alimentara con las miserias ajenas. Le parecía que su marido jamás estaba satisfecho si alguien no le contaba alguna historia sórdida, que se tragaba con cierta fúnebre y comprensiva satisfacción. Su marido no tendría *raison d'être* si en el mundo no hubiera lúgubres miserias, igual que el empresario de pompas fúnebres carecería de sentido en un mundo sin entierros.

La señora Crich se replegó sobre sí misma, se alejó de aquel mundo de reptante democracia. Con una prieta y dura faja de exclusión alrededor de su corazón, la señora Crich vivía en un aislamiento feroz y endurecido, animada por una hostilidad pasiva pero terriblemente pura, como la de un halcón preso en una jaula. Con el paso de los años, tuvo cada vez menos y menos noción del mundo, parecía absorta en cierta esplendente abstracción, casi puramente inconsciente. Solía vagar por la casa y por los campos de alrededor, mirando

vivamente, y sin ver nada. Apenas hablaba. No mantenía relaciones con el mundo. Y ni siquiera pensaba. Vivía consumiéndose en una feroz tensión de hostilidad, como el polo negativo de un imán.

Y tuvo muchos hijos. Sí, ya que, con el paso del tiempo, llegó a no contradecir en nada a su marido, ni con palabras, ni con actos. Desde el punto de vista externo, ni se fijaba en él. Se sometía a él, dejaba que tomara lo que quisiera tomar, que hiciera con ella lo que quisiese. Era como un halcón que, con indiferencia, se somete a todo. La relación entre la señora Crich y su marido era una relación sin palabras, desconocida, pero profunda y terrible. Era una relación de suma destrucción recíproca. Y el señor Crich, hombre que triunfaba en el mundo, que iba perdiendo más y más vitalidad, vaciándose de ella, como si escapara de su interior en algo parecido a una hemorragia. La señora Crich permanecía arrinconada como un halcón en su jaula; pero, aunque su mente había quedado aniquilada, en su interior el corazón seguía altivo e intacto.

Por eso, hasta el último instante, el señor Crich iba al encuentro de su esposa, y, hasta que perdió totalmente las fuerzas, la estrechaba en sus brazos. La terrible luz blanca y destructiva que ardía en los ojos de la señora Crich solamente servía para excitar y provocar mayormente a su marido. Hasta que quedó desangrado y medio muerto, y entonces temió a su mujer más que cuanto en su vida había temido. Pero siempre se decía a sí mismo lo muy feliz que había sido, y lo mucho que había amado a su esposa, con un amor puro que le consumía desde el instante en que la conoció. La consideraba pura y casta. La blanca llama que sólo él conocía, la llama de la sexualidad de su mujer, era una blanca flor de nieve en su mente. Christiana era una maravillosa y blanca flor de nieve, a la que él había deseado infinitamente. El señor Crich agonizaba, con todas sus ideas e interpretaciones intactas. Sólo se derrumbarían cuando soltase su último aliento. Hasta ese instante, serían puras verdades para él. Sólo la muerte revelaría cuán perfectamente completa era la mentira. Hasta la muerte, Christiana sería la blanca flor de nieve del señor Crich. La había subyugado, y la subyugación de Christiana representaba para el señor Crich una infinita castidad, una virginidad que él jamás podría quebrantar y que le dominaba como un hechizo.

La señora Crich había dejado que el mundo exterior huyera de ella; pero, en su interior, la señora Crich seguía íntegra y con todas sus facultades. Se limitaba a estar sentada en su gabinete, como un meditativo y maltrecho halcón, quieta, sin pensar. Sus hijos, de los que tan orgullosa había estado en su juventud, ya no significaban casi nada para ella. Todo eso lo había perdido, y estaba totalmente sola. Únicamente Gerald, el esplendente, tenía cierta existencia para ella. Pero en los últimos años, desde que Gerald se puso al frente de los negocios, la señora Crich también se había olvidado de él.

Contrariamente, el padre, en su trance de muerte, recurría a Gerald en busca de compasión. Siempre había existido cierta oposición entre los dos. Gerald había temido y despreciado a su padre, y, en mayor grado todavía, había evitado el trato con él durante la adolescencia y la juventud. Y el padre había sentido muy a menudo verdadera antipatía hacia su hijo mayor, antipatía que se negó a reconocer, debido a que no quería manifestarla. En la medida de lo posible, había hecho caso omiso de Gerald, sin apenas tratarle.

Sin embargo, Gerald regresó al hogar y asumió responsabilidades en la empresa, demostrando ser un director tan maravilloso que el padre, cansado y asqueado de las preocupaciones que los asuntos comerciales le reportaban, confió la dirección de todos ellos a su hijo, dejándolo todo, implícitamente, a su arbitrio; poniéndose, de manera un tanto conmovedora, a merced de su enemigo. Eso inmediatamente suscitó agudos sentimientos de lástima y de lealtad en el corazón de Gerald, quien siempre se había sentido bajo una sombra de desprecio y de enemistad no reconocida. Por otra parte, Gerald era contrario al ejercicio de la caridad, en reacción contra su padre, a pesar de lo cual vivía dominado por ella, ya que ocupaba un lugar predominante en la vida interior de la familia, por lo que no podía rechazarla. Por eso, Gerald estaba en parte dominado por aquello que su padre preconizaba aun cuando reaccionaba en contra de ello. Gerald no tenía manera ya de liberarse de esas ataduras. Se sentía avasallado por cierta lástima, dolor y ternura, a pesar de la profunda y dura hostilidad que su padre provocaba en él.

El padre se ganó la protección de Gerald gracias al sentimiento de compasión que en él provocaba. Sin embargo, la fuente del amor del padre era Winifred. Ésta, la pequeña de la casa, era el único hijo del señor Crich a quien éste había amado intensamente. La amaba con el gran amor, el amor avasallador, el amor de protección propio del hombre que se encuentra próximo a la muerte. Deseaba protegerla infinitamente, infinitamente, envolverla en calor de protección y amor perfectos. Quería evitar que Winifred llegara a conocer siquiera un dolor, una pena, una ofensa. El señor Crich había sido toda la vida un hombre recto y sin tacha, siempre constante en el ejercicio de la bondad. Y su amor por la niña, por Winifred, era su última pasión de rectitud. Sin embargo, había cosas que preocupaban al señor Crich todavía. El mundo se había alejado de él a medida que sus fuerzas menguaban. Ya no había gente pobre, ofendida y humilde a la que proteger y socorrer. El señor Crich había perdido a esa gente. Ya no había más hijos o hijas causantes de preocupaciones que pesaran sobre él como una responsabilidad anormal. También habían quedado borrados de la realidad. Todas esas cosas se le habían escapado de las manos, dejándole libre.

Quedaba el miedo oculto, el horror, que su mujer le inspiraba, tanto si ésta se encerraba, extraña y sin pensamiento, en su cuarto, como si iba a su

encuentro con paso lento y furtivo, con la cabeza inclinada hacia delante. Pero el señor Crich apartaba esto de su mente. Sin embargo, ni siquiera aquella rectitud observada durante toda su vida podía liberarle del horror interior que sentía. De todas maneras, aún podía tener a raya este horror. Jamás le atacaría abiertamente. La muerte llegaría antes.

Pero ¡estaba Winifred! Si al menos pudiera tener la seguridad de dejarla bien encauzada... Desde la muerte de Diana y la agravación de su enfermedad, las ansias de seguridad del señor Crich con respecto a Winifred llegaron a constituir casi una obsesión. Parecía que, incluso en la agonía, el señor Crich tuviera que padecer otra ansiedad, otra responsabilidad de amor, de caridad, en su corazón.

Winifred era una niña extraña, sensible, que se dejaba llevar por arrebatos, con el cabello negro y el aire reposado de su padre, aunque independiente y espontáneo. Era inconstante, mudable, hasta el punto que parecía que sus propios sentimientos carecieran de importancia para ella. A menudo hablaba y jugaba como la más alegre e infantil de las niñas, y daba muestras del más cálido y delicioso afecto hacia ciertas cosas, de manera especial hacia su padre y hacia los animales que la niña se complacía en tener. Pero si le decían que su querido gato Leo había sido atropellado por un automóvil, volvía la cabeza a un lado y, con una leve contracción de sus facciones, como si la noticia hubiera provocado en ella una reacción de resentimiento, decía: «¿Ah, sí?». Y luego se olvidaba del asunto. Solamente sentía antipatía hacia el criado que le hubiera dado la mala noticia y que deseaba que ella se entristeciera. No quería enterarse, y ése era el factor dominante de su reacción. Evitaba el trato con su madre y con casi todos los miembros de la familia. Pero amaba a su padre, porque éste siempre quería que fuese feliz, y porque, cuando su padre se encontraba ante ella, parecía rejuvenecerse y comportarse con cierta irresponsabilidad. Sentía simpatía por Gerald, debido a la impresión de dominio de sí mismo que causaba. Le gustaban las personas que convertían la vida en un juego. Tenía una pasmosa capacidad crítica instintiva, y era una pura anarquista y aristócrata al mismo tiempo. Aceptaba a sus iguales donde fuera que los hallara, y hacía caso omiso, con beatífica indiferencia, de sus inferiores, tanto si se trataba de sus hermanos como de opulentos invitados a la casa, de gente humilde o de criados de la familia. Era una personalidad absolutamente propia e individual, sin influencias ajenas. Parecía que careciera de todo género de propósitos, que careciera del sentido de la continuidad, y que viviera sencillamente instante tras instante.

Debido a cierta extraña y última ilusión, el padre creía que todo su destino dependía de proporcionar la felicidad a Winifred, de aquella Winifred que jamás podía sufrir, porque jamás establecía relaciones vitales, capaz de perder lo que más quería en la vida y no dar muestras del menor cambio al día

siguiente, olvidada de lo ocurrido de manera que parecía deliberada, cuya voluntad era tan extraña y fácilmente libre, anarquista, casi nihilista, que como un pájaro sin alma revoloteaba de acuerdo con su libre voluntad, sin adquirir vinculaciones o responsabilidades que no fueran las del instante presente, que en todas sus actividades rompía los hilos de las relaciones serias con manos beatíficamente libres, en realidad nihilistas; a causa de que jamás experimentaba preocupaciones, aquella Winifred era quien debía ser objeto de la última pasión del padre.

Cuando el señor Crich se enteró de que había la posibilidad de que Gudrun Brangwen fuera a la casa para enseñar a Winifred a dibujar y a modelar, vio en ello el camino de salvación de la niña. Estaba convencido de que Winifred tenía talento artístico, había visto a Gudrun y le constaba que era una persona excepcional. Confiaría Winifred a Gudrun, en la seguridad de que depositaba su confianza en una persona que la merecía. En Gudrun la niña encontraría una dirección y una fuerza positiva, y el señor Crich albergaba el convencimiento de que así no dejaría a la niña sin dirección ni defensa. Si conseguía injertar a la niña en un árbol de expresión antes de morir, habría cumplido con su deber. Y, gracias a Gudrun, esa posibilidad podía convertirse en realidad. El señor Crich no dudó ni un instante en llamarla.

Mientras el padre se acercaba más y más a la muerte, Gerald experimentaba una creciente sensación de riesgo. Después de todo, su padre se había enfrentado con el mundo en beneficio de Gerald. Mientras su padre vivía, Gerald no tuvo responsabilidades ante nadie. Pero como su padre estaba próximo a desaparecer, Gerald se encontraba indefenso ante los riesgos, carente de la preparación precisa frente a la tormenta de la vida, igual que el primero de a bordo que, habiéndose amotinado, quedando sin capitán, sólo ve ante él un caos terrible. Gerald no había heredado un orden establecido, ni una idea viva. La idea unificadora de todo parecía que fuera a morir juntamente con su padre, la fuerza centralizadora que mantenía unido el conjunto parecía desaparecer a la par que su padre, y las diversas partes se separaban en terrible desintegración. Gerald tenía la impresión de hallarse a bordo de un buque que se desintegraba bajo sus pies, de estar al mando de una embarcación cuyo maderamen se desprendía pieza a pieza.

A Gerald le constaba que, durante toda su vida, había dado tirones al marco de la vida para quebrarlo. Y con algo parecido al terror que siente el niño destructor, se veía al borde de heredar sus propias destrucciones. Y en el curso de los últimos meses, bajo la influencia de la muerte cercana, de las conversaciones con Birkin y de la penetrante personalidad de Gudrun, Gerald había perdido aquella mecánica seguridad en sí mismo que había sido su triunfo. A veces, experimentaba espasmos de odio contra Birkin, contra Gudrun y contra todo el grupo que rodeaba a éstos. Deseaba regresar al más

aburrido conservadurismo, tratar a la gente más estúpida, entre aquella que vivía apegada a los convencionalismos. Quería volver a la más estricta vida conservadora. Pero ese deseo duraba lo suficiente como para moverlo a la acción.

Durante su infancia y su adolescencia, Gerald había querido vivir con cierto salvajismo. Los tiempos de Homero eran su ideal, tiempos en que un hombre era el jefe de un ejército de héroes, o en que ese hombre pasaba años viviendo una maravillosa odisea. Odiaba implacablemente las circunstancias que condicionaban su vida, hasta tal punto que apenas conocía Beldover y el valle de las minas de carbón. Apartaba la vista de la ennegrecida región minera que se extendía a la derecha de Shortlands, para mirar los campos y los bosques, más allá del lago de Willey Water. Cierto era que los jadeos y el ajeteo de las minas siempre podían oírse en Shortlands. Pero, desde su más tierna infancia, Gerald no había prestado atención a ese sonido. Había ignorado aquel mar industrial cuyas olas ennegrecidas por el carbón lamían los límites de la finca. Para él, el mundo era un territorio salvaje en el que cazar y nadar y cabalgar. Se rebelaba contra todo género de autoridad. La vida era salvaje libertad.

Luego fue enviado a la escuela en régimen de internado, lo cual fue como la muerte para él. Se negó a ir a Oxford, eligiendo, en sustitución, una universidad alemana. Pasó cierto tiempo en Bonn, en Berlín y en Frankfurt. Allí, cierta curiosidad inquietó su mente. Quiso ver y saber de una manera curiosamente objetiva, como si ello fuera una diversión para él. Después tuvo que conocer la guerra. Y luego viajó por aquellas zonas selváticas que tanto le habían atraído.

El resultado de todo lo anterior fue que Gerald descubrió que la humanidad era muy parecida en todas partes, y, para una mentalidad como la suya, curiosa y fría, el salvaje resultó más aburrido, menos excitante que el europeo. De esta manera concibió todo género de ideas sociológicas y de reforma. Pero siempre fueron superficiales, y jamás pasaron de ser una diversión intelectual. El interés de estas ideas radicaba principalmente en la reacción contra el orden positivo, en la reacción destructiva.

Por fin, descubrió la aventura verdadera en las minas de carbón. Su padre le pidió que trabajara en la empresa. Gerald había estudiado minería, pero jamás le había interesado. Sin embargo, entonces, casi exultante, se hizo cargo de aquel mundo.

La gran industria quedó fotográficamente impresa en su alma. De repente, pasó a ser real, y él formaba parte de ella. Por el valle corría el ferrocarril minero uniendo mina con mina. Por los rieles circulaban los trenes, cortos convoyes de vagones con pesada carga, largos convoyes de vagones vacíos, y

todos los vagones llevaban en grandes letras blancas pintadas las iniciales: C. B. AND CO.

Había visto desde la primera infancia estas letras blancas en todos los vagones, y tan conocidas le eran que había llegado a no recordarlas, como si no existieran. Pero por fin consiguió ver su propio nombre escrito en la pared. Así tenía la visión del poder.

Muchos eran los vagones que recorrían el país con sus iniciales. Gerald, al llegar a Londres en tren, había visto aquellos vagones. Los había visto en Dover. Hasta esos puntos se ramificaba su poderío. Visitó Beldover, Selby, Whatmore, Lethley Bank, las grandes poblaciones mineras que vivían exclusivamente de las minas. Eran feas y sórdidas. Durante su infancia habían sido como llagas en su conciencia. Pero las contemplaba con orgullo. De él dependían cuatro nuevas poblaciones desangeladas y muchos feos villorrios industriales. Veía las multitudes de mineros, como corrientes, discurriendo por los caminos, procedentes de las minas, al terminar el día; millares de seres humanos ennegrecidos y levemente deformes, con labios rojos, todos ellos viviendo sometidos a su voluntad. Gerald avanzaba despacio en su automóvil por el pequeño mercado de Beldover, la noche del viernes, hendiendo una densa masa de seres humanos dedicados a las compras y gastos de la semana. Todos ellos eran sus subordinados. Eran feos y rudos, pero eran también sus instrumentos. Él era el Dios de la máquina. Despacio, automáticamente, aquella gente dejaba paso a su automóvil.

Poco importaba a Gerald el que le cedieran el paso con presurosa deferencia o con desgana. Nada le importaba lo que pensarán de él. De repente, su visión había quedado cristalizada. De repente había aprehendido el carácter instrumental de la humanidad. Se había hablado demasiado de humanitarismo, de sentimientos y sufrimientos. Era ridículo. Los sentimientos y los sufrimientos del individuo carecían de toda importancia. Se trataba de simples circunstancias, como el sol. Lo que importaba era simplemente el carácter instrumental del individuo. Del hombre como del cuchillo sólo se debía preguntar: ¿Corta bien? Lo demás no importaba.

En el mundo todo tiene su función, y cada cosa es buena o no es buena según cumpla mejor o peor su función. ¿Era un minero buen minero? Si lo era, debía considerársele un ser sin defectos. ¿Era un gerente buen gerente? En caso afirmativo, no había más que pedir. En lo tocante a él mismo, que dirigía la industria en su totalidad, debía preguntarse si era o no era un buen director. Si lo era, su vida se convertía en una vida lograda. Lo demás era secundario.

Allí estaban las minas. Eran viejas. Y se estaban agotando. No rendían. Se hablaba de cerrar una o dos. Ése fue el momento en que Gerald entró en escena.

Miró alrededor. Allí estaban las minas. Eran viejas, estaban anticuadas. Eran como viejos leones, ni más ni menos. Volvió a mirar alrededor. ¡Bah...! Aquellas minas no eran más que esfuerzos de mentes impuras. Allí estaban, como abortos de mentes mal preparadas. Debía apartar de su cabeza la idea de aquellas minas. Se olvidó de ellas y pensó únicamente en el carbón que había debajo de la tierra. ¿Cuánto había?

Mucho. Pero las viejas instalaciones no podían extraerlo. En consecuencia, había que retorcer el pescuezo a esas instalaciones. Allí estaba el carbón, formando vetas, aunque éstas eran pobres. Allí estaba, materia inerte, como siempre había sido, desde el principio de los tiempos, supeditada a la voluntad del hombre. La voluntad del hombre era el factor determinante. El hombre era el supremo dios de la tierra. Su mente obedecía a su voluntad. La voluntad del hombre era el absoluto, el único absoluto.

Y la voluntad de Gerald quería someter la Materia, para ponerla al servicio de sus propios fines. La sumisión en sí misma era lo importante, la lucha sería total, los frutos de la victoria serían meros resultados. Gerald no asumió la dirección de las minas animado por ansias de conseguir dinero. Básicamente, el dinero no le interesaba. No era hombre dado a lujos ni a ostentación, y, a fin de cuentas, la posición social tampoco le interesaba. Quería la pura realización de su voluntad en la lucha con las circunstancias naturales imperantes. Su voluntad quería extraer provechosamente carbón de la tierra. Los beneficios eran simplemente el fruto de la victoria, y la victoria, en sí misma, consistía en llevar a cabo la hazaña. Ante aquel reto, Gerald vibraba de celo. Todos los días iba a las minas, observaba, efectuaba pruebas, consultaba con especialistas, y, poco a poco, concibió un mapa mental de la situación, tal como un general concibe su plan de campaña.

Hacía falta imponer un cambio total. Las minas se explotaban por un viejo sistema, sobre la base de una idea caduca. La idea inicial había consistido en sacar de la tierra el dinero preciso para que los propietarios de las minas gozaran de la riqueza suficiente para vivir con comodidad, para que los trabajadores cobraran un salario suficiente y vivieran en condiciones aceptables, y para incrementar la riqueza del país, considerada en términos generales. El padre de Gerald, perteneciente a la segunda generación de propietarios, teniendo ya la fortuna suficiente, sólo había pensado en los obreros. Para él, las minas eran primordialmente grandes campos para producir pan y abundancia para los centenares de seres humanos congregados alrededor. Había vivido y se había esforzado, junto con sus copropietarios, constantemente, en beneficio de sus obreros. Y éstos, en cierto modo, habían recibido esos beneficios. Había pocos pobres, pocos necesitados. Había abundancia, debido a que las minas eran buenas y de fácil explotación. Y los mineros, en aquellos tiempos, al ver que disponían de más dinero de lo que

habían esperado, estaban contentos y se sentían triunfantes. Se consideraban en situación desahogada, se felicitaban por su buena suerte, recordaban que sus padres habían sufrido y pasado hambre, consideraban que los tiempos habían mejorado. Estaban agradecidos a aquellos hombres, los pioneros, los nuevos propietarios, que habían abierto las minas, sacando de ellas aquel caudal de riqueza.

Pero el ser humano nunca está satisfecho, y los mineros dejaron de sentir gratitud hacia los propietarios y comenzaron a murmurar. Su contento disminuyó al aumentar sus conocimientos. Querían más. ¿Por qué el amo tenía que ser tan desproporcionadamente rico?

Cuando Gerald era todavía un muchacho, hubo una crisis debida a que la Federación de Propietarios cerró las minas cuando los obreros no aceptaron una reducción de los salarios. Ese cierre reveló a Thomas Crich las nuevas condiciones imperantes en la industria. Por ser miembro de la Federación de Propietarios, su sentido del honor le obligó a cerrar las minas en perjuicio de sus trabajadores. Él, el padre, el patriarca, tuvo que negar los medios de vida a sus hijos, a su gente. Él, el hombre rico que tendría dificultades para entrar en el cielo a causa de sus riquezas, tenía que revolverse contra los pobres, contra aquellos que estaban más cerca de Cristo que él, contra los humildes y los ofendidos, contra los que estaban más cerca de la perfección, contra quienes eran nobles y viriles en su labor, y debía decirles: «No trabajaréis y no tendréis pan».

Comprender este estado de guerra fue lo que verdaderamente quebrantó el corazón de Thomas Crich. Quería que el amor gobernara su industria. Sí, quería que el amor fuera el poder directivo incluso en las minas. Y luego, bajo la capa del amor, salía a relucir cínicamente la espada, la espada de la necesidad mecánica.

Eso fue lo que verdaderamente quebrantó su corazón. Necesitaba aquella ilusión, y la ilusión había quedado destruida. Los trabajadores no estaban contra él, pero estaban contra los patronos. Era una guerra, y, sin quererlo, se encontró en el bando en que, según su conciencia, no hubiera debido hallarse. Airadas masas de mineros se reunían a diario, llevadas por un nuevo impulso religioso. Una idea había prendido en ellos: «Todos los hombres de la tierra son iguales». Y estaban dispuestos a imponer materialmente esta idea. Después de todo, ¿no era enseñanza de Cristo? ¿Y para qué sirve una idea como no sea para constituir el germen de la actuación en el mundo material? «Todos los hombres son espiritualmente iguales, todos son hijos de Dios. ¿De dónde nace, pues, esa evidente desigualdad? Se trataba de un credo religioso encaminado a llegar a su conclusión material. Ante esto, Thomas Crich al menos no podía responder. De acuerdo con sus sinceras creencias, tenía que reconocer que la desigualdad era injusta. Y los trabajadores estaban dispuestos

a luchar en defensa de sus derechos. Eran los últimos impulsos de la última pasión religiosa que quedaba en la tierra. Los trabajadores luchaban inspirados en su pasión por la igualdad.

Airadas muchedumbres de trabajadores desfilaban en los pueblos mineros. Iban con el rostro iluminado como si se dirigieran a una guerra santa, y también iban envueltos por la neblina de la codicia. ¿Cómo es posible separar la pasión por la igualdad de la pasión por la codicia, cuándo comienza la lucha por la igualdad en la posesión de bienes? Pero Dios era la máquina. Cada trabajador reclamaba la igualdad en la deidad de la gran máquina de la producción. Y cada hombre era asimismo parte de esa deidad. Cuando la máquina es la deidad, y la producción o el trabajo es el culto, la mente más mecánica es la más pura y la más alta, la representante de Dios en la tierra. Y todos los demás son subordinados, cada cual en su medida.

Se produjeron disturbios. Las instalaciones de superficie de la mina de Whatmore ardieron. Era la mina más alejada, junto a la zona de bosques. Vinieron los soldados. Aquel día aciago, desde las ventanas de Shortlands podía verse el resplandor del fuego en el cielo, no muy lejos, y el trenecillo minero con los vagones destinados a transportar a los obreros, cruzaba el valle transportando soldados. Luego se oyó el lejano sonido de los disparos, más tarde se supo que la multitud de trabajadores había sido dispersada, que habían matado a un hombre a tiros, que el incendio había sido extinguido.

Gerald, que por entonces era todavía un niño, enloqueció de excitación y de placer. Quería ir con los soldados a matar mineros. Pero no le dejaron salir de la finca. En la puerta había centinelas con fusiles. Sumamente complacido, se quedó junto a los centinelas, mientras grupos de mineros, despreciativos e insultantes, pasaban una y otra vez, gritándole burlones: «Valiente soldado, sin fusil y sin cojones».

Escribieron insultos en el muro y en las vallas. Los criados de Shortlands abandonaron la casa.

Y, entretanto, Thomas Crich, con el corazón destrozado, donaba centenares de libras esterlinas con fines caritativos. En todas partes se distribuía comida gratuitamente, la comida gratuita sobraba. Cualquiera podía conseguir pan con sólo pedirlo, y una hogaza sólo costaba penique y medio. Todos los días se distribuía una merienda gratuita en uno u otro sitio. Nunca los niños habían merendado mejor. El viernes por la tarde se distribuían a las escuelas grandes cestos repletos de panecillos y pasteles, y grandes jarras de leche. Los colegiales tenían cuanto podían desear. Enfermaron de tanto comer pasteles y de tanto beber leche.

Todo terminó y los obreros volvieron al trabajo. Pero nada volvió a ser como antes. Se había creado una nueva situación. Se había impuesto una

nueva idea. Incluso en la máquina debía imperar la igualdad. Ninguna pieza podía estar subordinada a otra pieza; todas debían ser iguales. Se iba camino del caos. La igualdad mística se encuentra en el mundo de lo abstracto, y no en el tener y en el hacer, que, a fin de cuentas, son procesos. En las funciones y en los procesos, un hombre debe estar forzosamente subordinado a otro hombre, una pieza a otra pieza. Es uno de los imperativos del ser. Pero había nacido el deseo del caos, y la idea de la igualdad mecánica era el arma de quebrantamiento que impondría la voluntad de los trabajadores, la voluntad de caos.

Gerald era un muchacho en los tiempos de la huelga, pero deseaba ser mayor para luchar contra los mineros. Sin embargo, el padre se encontraba atrapado entre dos medias-verdades, y dividido por ellas. Deseaba ser un cristiano puro, igual a todos los hombres. Incluso estaba dispuesto a dar cuanto tenía a los pobres. Pero, al mismo tiempo, era un gran promotor industrial, y, por eso, sabía perfectamente que debía conservar sus bienes y su autoridad. Esto era, para él, una necesidad divina, igual que su necesidad de dar cuanto poseía. Pero la primera tenía un carácter todavía más divino que la segunda, puesto que era aquella en que basaba su actuación. Sin embargo, debido precisamente a que no actuaba de acuerdo con el otro ideal, éste le dominaba, y padecía mortales torturas por no cumplir con lo que estimaba su obligación. Quería ser un padre de amante dulzura y sacrificada benevolencia. Los mineros le echaban en cara los miles de libras esterlinas que ganaba todos los años. No se dejaban engañar.

Cuando Gerald creció y adquirió conocimientos, alteró su posición. La igualdad le importaba muy poco. La actitud cristiana de amor y sacrificio le parecía una antigüedad. Sabía que la jerarquía y la autoridad debían imperar en el mundo, y que de nada servía mentir al respecto. Y debían imperar por la sencilla razón de que eran funcionalmente necesarias. No, no eran un fin en sí mismas. Podían compararse a la pieza de una máquina. Él mismo era una pieza rectora, básica, y las masas de hombres formaban las piezas regidas, de una manera u otra. Se trataba de un hecho simple. Era inútil excitarse debido a que un eje central mueve cien ruedas periféricas, o debido a que el universo entero gira alrededor del sol. A fin de cuentas, sería una tontería decir que la luna y la tierra, Saturno, Júpiter y Venus tienen tanto derecho, cada uno de ellos por separado, como el Sol, a ser el centro del universo. Semejante afirmación sólo puede hacerse con el deseo de que se produzca el caos.

Sin tomarse la molestia de pensar una conclusión, Gerald la encontró. Olvidó el problema de la igualdad democrática en su integridad, por considerarlo una tontería. Lo importante era la gran máquina social de producción. Importaba que funcionara perfectamente, que produjera la cantidad suficiente de todo, que todo hombre recibiera una porción racional,

mayor o menor según fuera su gradación o magnitud funcional, que todo hombre se divertiera y diera satisfacción a sus apetitos a su manera, siempre y cuando no causara daño a los demás.

En esta disposición de ánimo, Gerald se puso a trabajar para imponer orden en la gran industria. Gracias a sus viajes y a sus lecturas, había llegado a la conclusión de que el esencial secreto de la vida era la armonía. Sin embargo, no definió ante sí mismo qué era esa armonía. La palabra le gustaba, y estimaba que había llegado a conclusiones propias. Procedió a poner en práctica su filosofía a través de la imposición de un orden en el mundo establecido, traduciendo la mística palabra «armonía» en la práctica palabra «organización».

Tan pronto como vio la empresa, se dio cuenta de lo que podía hacer. Tenía que librar una batalla contra la Materia, contra la tierra y el carbón que albergaba. Ésta era la única idea: enfrentarse con la materia inanimada del subsuelo y someterla a su voluntad. Y, para librar esa lucha contra la materia, necesitaba tener perfectos instrumentos en una organización perfecta, un mecanismo tan sutil y tan armonioso en su funcionamiento que fuera equivalente a la mente de un solo hombre, y que, gracias a la implacable repetición de determinado movimiento, cumpliera su finalidad de manera irresistible, inhumana. Este inhumano principio del mecanismo que quería construir era lo que infundía en él una exaltación casi religiosa. Él, el hombre, podía interponer un medio perfecto, inmutable, divino, entre su propia persona y la Materia que tenía que someter. Había dos términos opuestos: su voluntad y la resistente Materia de la tierra. Y, entre los dos, podía situar la mismísima expresión de su voluntad, la encarnación de su poder, una máquina grande y perfecta, un sistema, una actividad de puro orden, de pura repetición mecánica, de repetición ad infinitum, y, en consecuencia, eterna. Encontró Gerald su infinitud y su eternidad en el puro principio maquinal de la perfecta coordinación en un puro, complejo e infinitamente repetido movimiento, semejante al rodar de la rueda. Pero sería un rodar productivo, del mismo modo que el rodar del universo puede llamarse un rodar productivo, una repetición productiva en la eternidad, en lo infinito. Y esto último es el movimiento de Dios, esa productiva repetición ad infinitum. Y Gerald era el Dios de la máquina, Deus ex Machina. Y la voluntad productiva del hombre, en su integridad, era el Ente Divino.

Había descubierto la misión de su vida, consistente en tender sobre la tierra un grandioso y perfecto sistema, en que la voluntad humana funcionara suavemente, sin limitaciones, intemporal, como una divinidad viviente. Tenía que comenzar con las minas. Allí estaban los elementos: en primer lugar, la resistente materia del subsuelo; luego, los instrumentos para dominarla, instrumentos humanos y metálicos; y, por fin, su propia voluntad pura, su

mente. Sería preciso llegar a un maravilloso acoplamiento de miríadas de instrumentos, humanos, animales, metálicos, energéticos, dinámicos, una maravillosa fusión de miríadas de minúsculas entidades formando un todo grande y perfecto. Y entonces se habría alcanzado la perfección, la voluntad del altísimo quedaría perfectamente realizada, la voluntad de la humanidad perfectamente cumplida, pues ¿acaso la humanidad no estaba místicamente contrapuesta a la materia inanimada? ¿Acaso la historia de la humanidad no consistía en la historia de la conquista de la Materia por la propia humanidad?

Los mineros quedaron atrás. Mientras se hallaban todavía en sus luchas por la divina igualdad del hombre, Gerald los había rebasado, les había dado, en esencia, toda la razón, y había emprendido el camino, en su calidad de ser humano, de imponer la voluntad de la humanidad, globalmente considerada. Solamente pensaba en los mineros, con superior altura de miras, cuando estimaba que la única manera de realizar la voluntad del hombre radicaba en construir una máquina perfecta e inhumana. Pero pensaba en ellos de una manera sumamente abstracta, por cuanto los mineros quedaban muy atrás, anticuados, peleando por su igualdad material. El deseo de igualdad ya se había transformado en aquel nuevo y más grandioso deseo, el deseo de un mecanismo perfecto interpuesto entre el hombre y la Materia, el deseo de traducir la Divinidad en un puro mecanismo.

Tan pronto como Gerald comenzó a actuar en la empresa, las convulsiones de la muerte estremecieron al viejo sistema. Durante toda su vida había sido torturado por un demonio furioso y destructivo que, a veces, le poseía como una locura. Ese talante penetró como un virus en la empresa y produjo violentas erupciones. Terribles e inhumanos eran los exámenes que Gerald efectuaba de todos los detalles. No había intimidad que quedara a salvo, no había viejos sentimientos que fueran respetados, Gerald lo atacaba todo. Fijó su atención en los viejos y grises directores, en los viejos y grises oficinistas, en los viejos jubilados medio chochos, y se desprendió de ellos como si se tratara de trastos. La empresa entera le parecía un hospital de empleados inválidos. Gerald no tuvo problemas emotivos que obstaculizaran su trabajo. Dispuso las jubilaciones y la concesión de pensiones que estimó necesarias, buscó sustitutos eficientes, y, cuando los encontró, los colocó en los puestos de los viejos empleados.

Sostenía con su padre conversaciones como la siguiente. En tono de súplica y como pidiendo disculpas, el padre le decía:

—He recibido una carta conmovedora de Letherington. ¿No crees que el pobre podría continuar un tiempo más en su puesto? Siempre estimé que era muy bueno en su trabajo.

—Otro ocupa su lugar ahora, padre. Puedes tener la seguridad de que

Letherington será más feliz fuera de la empresa. Su pensión no es mala ni mucho menos.

—No es la pensión lo que el pobre hombre quiere. Es que le mortifica la idea de que se le considere inútil. Dice que estaba convencido de que aún podría trabajar veinte años más.

—No es ésa la clase de trabajo que necesito. No comprende la situación.

El padre suspiraba. Y llegó el momento en que no quiso saber lo que ocurría en la empresa. Estimaba que era preciso revisar la explotación de las minas si se pretendía proseguir su explotación. A fin de cuentas, a la larga sería peor para todos tener que cerrar las minas. De todas maneras, el caso era que el padre no podía complacer a sus viejos y fieles servidores cuando recurrían a él, y se limitaba a repetir: «Gerald dice...».

De esta manera, el padre fue retirándose más y más a las sombras. Todo su esquema de la vida real había quedado roto. Había sido un hombre justo, de acuerdo con su criterio. Y sus opiniones habían sido las de la Gran Religión. Pero al parecer habían quedado anticuadas, superadas por la marcha del mundo. El padre no podía comprenderlo. Se limitó a retirarse, con su criterio, a un lugar de oscuridad y silencio. Las hermosas velas de la fe, que ya no servían para iluminar el mundo, aún ardían dulcemente y con luz suficiente en aquel oscuro lugar de su alma, en el silencio de su aislamiento.

Gerald procedió inmediatamente a reformar la empresa, comenzando por las oficinas. Era preciso efectuar draconianas reducciones de los gastos, a fin de que fuera posible llevar a cabo las grandes alteraciones que se proponía imponer.

Gerald preguntó:

—¿Qué son esas cargas de carbón para las viudas?

—A las viudas de todos los empleados de la empresa se les entrega una carga de carbón cada tres meses.

—A partir de ahora tendrán que pagarlas a precio de coste. Esta empresa no es una institución benéfica, en contra de lo que todos parecen creer.

Sólo pensando en las viudas, típicas figuras del humanitarismo sentimental, Gerald experimentaba una sensación desagradable. Le parecían casi repulsivas. ¿Por qué no eran inmoladas en la pira funeraria del marido igual que las sati de la India? Por lo menos que pagaran el coste del carbón.

Gerald redujo gastos de mil maneras diferentes, algunas de ellas tan sutiles que los trabajadores ni siquiera se dieron cuenta. Los mineros tendrían que pagar el acarreo del carbón que consumían, lo que también costaba dinero a la empresa, tendrían que pagar el afilado de sus herramientas de trabajo, las

reparaciones de las lámparas, tendrían que pagar muchos gastos insignificantes que, sumados, venían a representar el descuento de un chelín semanal, más o menos, de la paga de cada trabajador. Pese a que esta medida resultó harto molesta para los mineros, lo cierto es que no llegaron a comprender plenamente su alcance. Significaba, para la empresa, el ahorro de centenares de libras esterlinas todas las semanas.

Poco a poco, Gerald se hizo cargo de todo. Y luego comenzó la gran reforma. Puso expertos ingenieros en todos los departamentos. Se instaló una formidable central eléctrica, tanto para la iluminación y el transporte en el interior de las minas como para la alimentación de la maquinaria. Todas las minas tuvieron instalación eléctrica. Se compraron nuevas máquinas en Norteamérica, unas máquinas como los obreros jamás habían visto, grandes «hombres de hierro», como eran llamadas las máquinas excavadoras, y también se pusieron en uso insólitas herramientas. La explotación en el interior de las minas cambió totalmente, quitando toda iniciativa a los mineros. El sistema de capataces fue abolido. Todo se hacía con método científico sumamente exacto y delicado, y hombres con estudios y experiencia lo regían todo, quedando los mineros reducidos a simples instrumentos mecánicos. Tenían que trabajar duramente, más que antes. Y el carácter mecánico de su trabajo resultaba terrible y agotador para ellos.

Pero lo aceptaron. Perdieron la alegría de vivir, y la esperanza fue muriendo poco a poco, a medida que su trabajo se hacía más y más mecánico. A pesar de todo, aceptaron las nuevas condiciones, que incluso les produjeron nuevas satisfacciones. Al principio, odiaron a Gerald Crich y juraban que le harían algo malo, que le asesinarían. Pero con el paso del tiempo lo aceptaron todo con cierta resignada satisfacción. Gerald era su sumo sacerdote, el representante de la religión que los mineros realmente sentían. A su padre lo habían olvidado ya. Había un nuevo mundo, un nuevo orden, estricto, terrible, inhumano, pero satisfactorio a causa de su propio carácter destructivo. Los trabajadores estaban satisfechos de pertenecer a la grandiosa y maravillosa máquina, incluso mientras esa máquina les estaba aniquilando. Esa máquina era lo que querían. Era lo más alto que el hombre había producido, lo más maravilloso y lo más sobrehumano. Les entusiasmaba pertenecer a aquel grandioso y sobrehumano sistema que estaba más allá de cualquier sentimiento o de cualquier razón, que era algo realmente divino. El corazón de los obreros agonizaba, pero su alma estaba satisfecha. De no ser así, Gerald jamás hubiera podido hacer lo que hizo. En realidad, se adelantó a los mineros al darles lo que realmente deseaban, es decir, aquella participación en un sistema grande y perfecto que sometía la vida a puros principios matemáticos. Eso constituía una especie de libertad, la especie de libertad que los mineros ansiaban. Fue el gran primer paso en el camino de destruir, la primera gran fase del caos, la sustitución del principio orgánico por el mecánico, la

destrucción del propósito orgánico, de la unidad orgánica, y la subordinación de toda unidad orgánica a la pura organización mecánica. Éste es el primer y más hermoso estado del caos.

Gerald estaba satisfecho. Sabía que los mineros decían que le odiaban. Pero él había dejado de odiarles hacía ya tiempo. Cuando pasaban junto a él, al anochecer, arrastrando fatigadamente sus pesadas botas, con los hombros levemente deformados, hacían caso omiso de él, ni le saludaban, y pasaban formando un caudal negro grisáceo de aceptación sin emociones. Carecían de importancia para Gerald, salvo como instrumentos, y también él carecía de importancia para ellos, salvo como supremo instrumento de dirección. Ellos tenían su ser, como mineros, él lo tenía como director. Gerald admiraba las cualidades de los mineros. Pero, como hombres, como personalidades, no eran más que seres accidentales, pequeños y esporádicos fenómenos sin importancia. Tácitamente, los mineros estaban de acuerdo con eso. Y Gerald también estaba de acuerdo en que así fuera.

Había triunfado. Había transformado la industria, convirtiéndola en una nueva y terrible pureza. La producción de carbón era mayor que en cualquier tiempo pasado, el maravilloso y delicado sistema funcionaba casi a la perfección. Tenía un equipo de ingenieros realmente inteligentes, tanto en minería como en electricidad, que no le resultaba excesivamente caro. Un hombre con estudios altamente especializados sólo cuesta poco más que un obrero. Los directores que Gerald tenía a su servicio, todos ellos hombres de valía excepcional, no le resultaban más caros que los viejos y torpes insensatos de los tiempos de su padre, que no eran más que mineros ascendidos. Su principal director, que cobraba mil doscientas libras esterlinas al año, ahorrraba a la empresa cinco mil libras por lo menos. El sistema, en su integridad, era tan perfecto que Gerald casi había dejado de ser necesario.

Había triunfado, sí, al fin había triunfado. Y una o dos veces, en los últimos tiempos, hallándose solo por la noche, sin tener nada que hacer, se había levantado bruscamente aterrado, sin saber qué era él. Se puso ante el espejo y contempló larga y detenidamente su cara, sus ojos, en busca de algo. Tenía miedo, un miedo seco y mortal, pero no sabía de qué. Contemplaba su propia cara. Allí estaba, bien formada y saludable, la misma cara de siempre, pero, sin que supiera por qué, no era una cara real, era una máscara. No se atrevía a tocarla, temeroso de que resultara ser sólo una máscara pintada. Tenía los ojos azules y de penetrante mirada, como siempre, y también firmemente alojados en las cuencas, como siempre. Pero no tenía absoluta certeza de que no fueran dos falsas burbujas azules que pudieran reventar en cualquier instante, dejando clara aniquilación. Podía ver las tinieblas que había en ellos, como si fueran sólo burbujas de tinieblas. Temía que llegara el día en que todo su ser se quebrara y quedara reducido a un murmullo sin significado, sonando

aquí y allá en las tinieblas.

Pero su voluntad seguía intacta, y Gerald todavía podía aislarse y leer, y pensar en sus cosas. Le gustaban los libros que trataban de los hombres primitivos, los libros de antropología y los de filosofía especulativa. Tenía una mente muy activa. Pero era como una burbuja flotando en la oscuridad. En cualquier instante podía estallar dejándole en el caos. No moriría. Estaba seguro de ello. Seguiría vivo, pero se quedaría con los significados caídos, fuera de él, sin su razón divina. De una manera extrañamente indiferente y estéril, estaba atemorizado. Pero ni siquiera ante el miedo podía reaccionar. Parecía que sus centros de sentimientos se hubieran secado. Seguía tranquilo, calculador, saludable, y con total libertad de decisión, incluso cuando intuía, con leve y pequeño horror, un horror que era, al mismo tiempo, definitivo y estéril, que su mística razón se estaba derrumbando en aquella crisis.

Y eso significaba una tensión. Sabía que no gozaba de equilibrio. Dentro de poco tendría que desplazarse en una dirección u otra, para hallar alivio a su situación. Sólo Birkin sabía mantener claramente lejos de Gerald aquel temor. Gracias a su rápida suficiencia ante la vida, gracias a la extraña movilidad y mutabilidad que parecían contener la quintaesencia de la fe, Birkin salvaba a Gerald. Pero Gerald siempre tenía que alejarse de Birkin para volver, como quien sale de la iglesia después de una función religiosa, al irreal mundo exterior del trabajo y del vivir cotidiano. Allí estaba el mundo exterior, inalterable, y las palabras eran trivialidades. Gerald tenía que mantenerse en concordancia con el mundo del trabajo y de la vida material. Y eso le era día a día más y más difícil, tal era la extraña presión que sentía, como si el mismísimo núcleo central de su persona fuera un vacío, y el exterior ejerciera una terrible presión.

Había hallado el alivio más satisfactorio en las mujeres. Después de unos momentos de libertinaje con cualquier mujer desesperada, Gerald proseguía su vida fácilmente, olvidado de todo. Lo malo era que, en los tiempos presentes, le resultaba muy difícil mantener su interés por las mujeres. Habían dejado de gustarle. Las simples hembras, en sí mismas, le parecían bien, a su manera, pero incluso así constituían para Gerald casos excepcionales, que, desde luego, le importaban poquísimos. No, las mujeres, consideradas en el sentido anteriormente dicho, no le servían de nada en los últimos tiempos. Gerald se había dado cuenta de que su mente tenía que ser muy activamente estimulada para poder excitarse físicamente.

18. EL CONEJO

Gudrun sabía que ir a Shortlands tenía para ella una importancia decisiva. Le constaba que equivalía a aceptar a Gerald. Y a pesar de que era remisa a admitir la propuesta, debido a que le desagradaban las consecuencias anexas, sabía que acabaría yendo allí. Se engañaba a sí misma. Atormentada, al recordar el revés y el beso, se decía: «¿A fin de cuentas qué fue? ¿Qué es un beso? ¿Qué es un bofetón incluso? Fue un instante que pasó. Puedo ir a Shortlands una temporada antes de marcharme del país, aunque sólo sea para trabajar». Gudrun tenía una insaciable curiosidad de verlo y probarlo todo.

También estaba interesada en saber cómo era Winifred. Después de haber oído a la niña gritando aquella noche, desde el vaporcito, se sentía misteriosamente vinculada a ella.

Gudrun habló con el padre de Winifred en la biblioteca. Luego el padre llamó a la hija, la cual llegó acompañada de la mademoiselle. El padre dijo:

—Mira, Winnie, aquí está la señorita Brangwen, que ha sido tan amable aceptando ayudarte en tus dibujos y esculturas de animales.

La niña miró a Gudrun interesada un instante, antes de avanzar hacia ella y ofrecerle la mano, con la cara vuelta. Bajo la infantil reserva de Winifred había una sangre fría y una indiferencia totales, cierta irresponsable dureza. La niña, sin mirar a Gudrun, dijo:

—Hola, ¿qué tal?

Y Gudrun repuso:

—Hola, ¿qué tal?

Entonces Winifred se echó a un lado, y Gudrun fue presentada a la mademoiselle, quien dijo en un tono que reflejaba gran optimismo:

—Ha gozado usted de un día maravilloso para dar el paseo que le ha traído hasta aquí.

Gudrun repuso:

—Ciertamente, maravilloso.

Winifred observaba desde lejos a Gudrun. Parecía divertida, aunque un tanto insegura acerca de cómo sería aquella nueva persona. Winifred veía muchas personas nuevas, aunque muy pocas llegaban a ser reales para ella. La mademoiselle carecía de toda importancia, y la niña se limitaba a tolerarla, con calma, sin dificultades, y aceptaba la leve autoridad que sobre ella ejercía, con ligero desprecio y burla, con la obediente arrogancia de la indiferencia infantil.

El padre dijo:

—Bueno, Winifred, ¿no estás contenta de que la señorita Brangwen haya

venido? Hace animales y pájaros de madera y arcilla, y en Londres hay personas que escriben en los periódicos sobre las obras de la señorita Brangwen y las alaban mucho.

Winifred esbozó una sonrisita y preguntó:

—¿Quién te lo ha dicho, papá?

—¿Quién me lo ha dicho? Hermione me lo ha dicho, y Rupert Birkin.

Con ligero aire de reto, Winifred se volvió hacia Gudrun y le preguntó:

—¿Los conoce?

Gudrun repuso:

—Sí.

Winifred alteró un poco su postura ante aquella situación. Antes se había predispuesto a aceptar a Gudrun como sirvienta. Pero se daba cuenta de que se suponía que tenían que tratarse como amigas. Esto le gustó. A fin de cuentas, Winifred trataba con gran número de medio-inferiores, a los que toleraba con buen humor.

Gudrun estaba muy tranquila. Tampoco ella tomaba demasiado en serio aquellas situaciones, ya que toda nueva ocasión era para ella principalmente motivo para ejercer sus dotes de observación. Winifred era una niña independiente, irónica, con la que Gudrun jamás se sentiría vinculada. A pesar de eso, Gudrun sintió simpatía por la niña, que le despertó cierta curiosidad. El primer encuentro entre las dos se desarrolló con humillante torpeza. Tanto Winifred como su profesora de arte carecían de facilidad en el trato social.

Sin embargo, no tardaron en entrar en una relación más profunda, en un mundo de mentirijillas. Winifred no prestaba atención a los seres humanos, a no ser que fueran como ella, juguetones y levemente burlones. Sólo aceptaba el mundo de la diversión, y las personas más serias de su vida eran los animales domésticos que tenía. A ellos dedicaba generosamente, con cierta ironía, su afecto y su compañerismo. Y se sometía con aburrida indiferencia al restante panorama mundano.

Tenía un perro pequinés, llamado Looloo, al que amaba con locura.

Gudrun dijo:

—¿Qué te parece, dibujamos a Looloo, a ver si hacemos un dibujo en que se le vea todo lo Looloo que es?

Winifred gritó:

—¡Querido Looloo!

Echó a correr hacia el perro, que estaba sentado con meditativa tristeza en el hogar, y le besó la abultada frente:

—Querido, ¿quieres que te dibujemos? ¿Quieres que tu mamá te haga un retrato?

La niña se echó a reír burlescamente, y, volviéndose hacia Gudrun, dijo:

—¡Vamos a dibujarlo!

Cogieron papel y lápices, dispuestas a empezar el trabajo. Besando al perro, Winifred dijo:

—Y ahora, precioso, estate quieto mientras tu mamá te hace un maravilloso retrato.

El perro la miró con expresión de ofendida resignación en sus ojos grandes y salientes. Winifred lo besó fervorosamente, y dijo:

—No sé cómo me saldrá el retrato. Seguramente será horroroso.

Mientras dibujaba, la niña se echó a reír para sí, varias veces, gritando:

—¡Oh, Looloo, qué guapo eres!

Y sin dejar de reír, corría hacia él y lo abrazaba, como penitencia por una sutil ofensa inferida al perro. Éste estuvo sentado con la resignación y la quietud de una antigüedad inmemorial, en su cara oscura y aterciopelada. Winifred dibujaba despacio, con perversa concentración en sus ojos, la cabeza un poco inclinada a un lado, y el cuerpo en intensa quietud. Parecía trabajar en estado de mágico trance. Terminó bruscamente su trabajo. Miró al perro y luego el dibujo. Gritó con auténtica pena por el perro y, al mismo tiempo, con perversa exultación:

—¡Preciosidad! ¿Qué te hemos hecho?

Con el papel en la mano, se acercó al perro y lo puso bajo su hocico. El perro volvió la cabeza hacia el otro lado, como si estuviera ofendido y mortificado, y la niña, en un impulso, le besó la frente abultada y aterciopelada, y dijo:

—Es un Looloo, un Loozoo, un Looli... Mira el retrato, querido, mira el retrato que te ha hecho mamá.

Winifred miró su dibujo y se echó a reír. Volvió a besar al perro, se irguió y se acercó gravemente a Gudrun, ofreciéndole el papel.

Era un pequeño y grotesco apunte de un pequeño y grotesco animal, tan perverso y tan cómico, que una lenta sonrisa se formó inconscientemente en la cara de Gudrun. Winifred, a su lado, reía con malicia, y decía:

—No se parece, ¿verdad? Es mucho más guapo en realidad. ¡Eres tan guapo, Looloo, querido...!

Y corrió a abrazar al mortificado perro. El pequinés levantó la cabeza y miró a la niña, con triste expresión de reproche en sus ojos, agobiado por la extrema antigüedad de su ser. La niña volvió corriendo al lugar en que se encontraba su dibujo, rio satisfecha, y preguntó a Gudrun:

—No se parece, ¿verdad?

Gudrun repuso:

—Pues sí, se parece mucho.

La niña se quedó con el dibujo, como si se tratara de un tesoro, anduvo por todos lados con él y lo mostró a todos en avergonzado silencio.

Poniendo el papel violentamente en la mano de su padre, Winifred dijo:

—¡Mira!

El padre exclamó:

—¡Es Looloo!

Y sorprendido bajó la vista al oír la casi inhumana risa de la niña a su lado.

Cuando Gudrun fue por vez primera a Shortlands, Gerald no estaba en casa. Pero el día en que Gerald regresó, por la mañana, fue en busca de Gudrun. Era una mañana soleada y suave, y Gerald anduvo despacio por los senderos del jardín, contemplando las flores que se habían abierto durante su ausencia. Como siempre, ofrecía un aspecto limpiísimo y saludable, afeitado, con el cabello peinado con escrupulosa raya a un lado, esplendente la cara al sol, con el breve y rubio bigote bien recortado, y aquellos destellos humorísticos, tan engañosos, en los ojos. Iba de negro, y las ropas sentaban bien a su bien nutrido cuerpo. Sin embargo, mientras iba de un parterre a otro, a la clara luz del sol de la mañana, se advertía en él cierto aislamiento, cierto miedo, como si algo le faltara.

Gudrun llegó caminando deprisa, sin que Gerald la viera. Iba vestida de azul y llevaba medias de lana amarilla, como los alumnos de las escuelas benéficas. Gerald la miró sorprendido. Las medias de Gudrun siempre le desconcertaban. Y había quedado desconcertado por las medias de claro color amarillo y los pesados, muy pesados zapatones. Winifred, que había estado jugando en el jardín, en compañía de la mademoiselle y de sus perros, se acercó corriendo a Gudrun. La niña llevaba un vestido de rayas blancas y negras. El cabello corto le colgaba igualado alrededor del cuello. Cogiendo a Gudrun del brazo, la niña dijo:

—Hoy dibujaremos a Bismarck, ¿verdad?

—Sí, hoy dibujaremos a Bismarck, ¿te gusta?

—¡Sí, mucho! Tengo unas ganas enormes de dibujar a Bismark. Esta mañana está tan espléndido, tan fiero... Es casi tan grande como un león.

La niña se rio con sorna de su propia exageración y añadió enseguida:

—¡Bismarck es un rey! ¡Igual que un rey!

La pequeña institutriz francesa, efectuando una leve inclinación, una de aquellas inclinaciones que Gudrun aborrecía, por considerarlas insolentes, dijo:

—Bonjour, Mademoiselle. Winifred veut tant faire le portrait de Bismarck! Oh, mais toute la matinée: Esta mañana haremos el retrato de Bismarck. Bismarck, Bismarck, toujours Bismarck! C'est un lapin, n'est-ce pas, Mademoiselle?

Gudrun, en su francés correcto pero de acento un tanto pesado, repuso:

—Oui, c'est un grand lapin blanc et noir. Vous ne l'avez pas vu? Non, Mademoiselle, Winifred n'a jamais voulu me le faire voir. Tant de fois je le lui ai demandé, «Qu'est-ce donc que ce Bismarck, Winifred?». Mais elle n'a pas voulu me le dire. Son Bismarck c'était un mystère.

Winifred gritó:

—Oui, c'est un mystère, vraiment un mystère! Señorita Brangwen, diga que Bismarck es un misterio.

Gudrun, en burlona cantinela, dijo:

—Bismarck es mi misterio, Bismarck, c'est un mystère, der Bismarck er ist ein Wunder.

Winifred, con extraña seriedad, bajo la que había una perversa risita, repitió:

—Ja, er ist ein Wunder?

La mademoiselle, con acento de burla levemente insolente, dijo:

—Ist er auch ein Wunder?

Con seca indiferencia, Winifred repuso:

—Doch!

—Doch ist er nicht ein König. Bismarck no era rey, Winifred, contrariamente a lo que tú has dicho. Sólo era... il n'était que chancelier.

Con indiferencia un tanto despreciativa, Winifred preguntó:

—Qu'est-ce qu'un chancelier?

Gerald se había acercado y estrechaba la mano de Gudrun, mientras decía:

—Un chancelier es un canciller, y un canciller es, creo yo, una especie de magistrado. Parece que este Bismarck es un personaje muy importante.

La mademoiselle esperó y saludó efectuando discretamente su reverencia. Gerald dijo:

—¿De manera que no le dejan ver a Bismarck, mademoiselle?

—Non, Monsieur.

—Son muy malas las dos. ¿Y qué vais a hacer con Bismarck? A mí me gustaría que fuera a parar a la cocina, y luego a la cazuela.

Winifred gritó:

—¡No!

Gudrun dijo:

—Vamos a dibujarlo.

Hablando adrede con fatuidad, Gerald dijo:

—Lo mejor es hacer un buen guiso con él.

Con énfasis, riendo, Winifred volvió a exclamar:

—¡Nooo!

Gudrun advirtió el matiz de burla en la voz de Gerald, le miró a la cara y le sonrió. Gerald sintió lo mismo que si le acariciaran los nervios. Sus miradas se encontraron, en una reacción de reconocimiento. Gerald preguntó a Gudrun:

—¿Te gusta Shortlands?

Sin dar importancia a su respuesta, Gudrun contestó:

—Mucho.

—Me alegra saberlo. ¿Te has fijado en esas flores?

La invitó a avanzar detrás de él, por el sendero. Gudrun le siguió amablemente. Luego Winifred se unió a los dos, y la mademoiselle cerraba la marcha. Se detuvieron ante unas salpiglosis veteadas. Mirándolas absorta, Gudrun dijo:

—Son maravillosas realmente.

La reverente, casi extática admiración que Gudrun mostraba por las flores acarició de extraña manera los nervios de Gerald. Gudrun se inclinó y tocó las trompetillas con las puntas de los dedos, de modo infinitamente sutil y delicado. Cuando se irguió, los ojos de Gudrun, con la calidez de la belleza de

las flores en ellos, miraron a Gerald. Preguntó:

—¿Cómo se llaman?

—No lo sé. Me parece que son algo así como petunias.

Gudrun dijo:

—Jamás las había visto.

Estaban los dos juntos, en una falsa intimidad, en un contacto nervioso. Y Gerald estaba enamorado de Gudrun.

Gudrun tenía conciencia de la cercana presencia de la mademoiselle, como una pequeña cucaracha francesa, observadora y calculista. Gudrun se fue, en compañía de Winifred, diciendo que iban a buscar a Bismarck.

Gerald las contempló mientras se alejaban, fija la vista en el suave, sereno y lleno cuerpo de Gudrun, cubierto con la sedosa tela de cachemira. Cuán sedoso, suave y bello tenía que ser su cuerpo... La mente de Gerald se entregó a la apreciación hiperbólica. Gudrun era sumamente deseable, sumamente bella. Gerald quería ir con ella, estar con ella y nada más. Y Gerald no era más que eso, que el ser que estaría con ella, que se entregaría a ella.

Al mismo tiempo, Gerald tenía muy clara y perceptiva conciencia de la limpia y frágil definición de las formas de la mademoiselle. Ésta era como un elegante escarabajo, con delgados tobillos, elevado el cuerpo por los altos tacones, el reluciente vestido negro perfectamente correcto, y el cabello oscuro dispuesto en un peinado alto y admirable. ¡Cuán repulsiva era la naturaleza completa y definida de aquella mujer! Gerald la aborrecía.

Pero, al mismo tiempo, la admiraba. Era perfectamente correcta. Y, en cierta manera, le irritaba que Gudrun hubiera ido allí vestida de vivos colores, como un guacamayo, mientras la familia estaba de luto. ¡Como un guacamayo! Observó la lentitud con que Gudrun levantaba los pies del suelo al caminar. Sus tobillos eran de color amarillo pálido, y su vestido de profundo azul. Pero esto le gustaba. Le gustaba mucho. Sintió que el atuendo de Gudrun era un reto. Gudrun retaba al mundo entero. Y Gerald sonrió alegremente.

Pasando por el interior de la casa, Gudrun y Winifred fueron a la parte trasera, donde se encontraban los establos y los anexos. En la casa y en los terrenos traseros no había nadie. Imperaba el silencio. El señor Crich había salido en automóvil a dar un corto paseo; el mozo de la cuadra acababa de sacar el caballo de Gerald. Winifred y Gudrun se acercaron a la jaula, situada en un rincón, y miraron al gran conejo blanco y negro. Riendo, Winifred dijo:

—¡Qué hermoso es! ¡Mire, mire cómo escucha! ¡Qué tonto...!

Luego la niña añadió:

—¡Vamos a dibujarle mientras escucha! Escucha con todo su cuerpo. ¿Verdad que escuchas con todo tu cuerpo, Bismarck?

Gudrun dijo:

—¿Podemos sacarlo de la jaula?

Winifred miró a Gudrun, con la cabeza inclinada a un lado, y con extraña y calculadora desconfianza. Dijo:

—Tiene mucha fuerza. Realmente es muy fuerte.

—¿Lo intentamos?

—Si quiere, sí. Pero da unas patadas terribles.

Cogieron la llave para abrir la puerta de la jaula. El conejo, en movimientos selváticos y explosivos, comenzó a correr alrededor de la jaula. Excitada, Winifred gritó:

—A veces araña de una manera horrorosa. ¡Mírelo, mírelo! ¿Verdad que es maravilloso?

El conejo corría desatentadamente alrededor de la jaula. Con creciente excitación, la niña gritó:

—¡Bismarck! Eres horrible, eres un animal.

En su exaltada excitación, la niña sintió ciertas dudas, y miró a Gudrun, y los labios de ésta esbozaron una sarcástica sonrisa. Winifred emitió un extraño sonido, como el zureo de las palomas, un sonido de indecible excitación. Y, al ver que el conejo se había aposentado en el más alejado rincón de la jaula, gritó:

—¡Ahora está quieto! ¿Lo cogemos ahora?

La niña se acercó más a Gudrun, quedando junto a ella, levantó la vista a su cara, y con tono excitado, de misterio, susurró:

—¿Lo atrapamos ahora?

Y soltó una perversa risita.

Abrieron la puerta de la jaula, Gudrun metió el brazo, y cogió al conejo, grande y robusto, agazapado en un rincón; lo cogió por sus largas orejas. El conejo estiró las cuatro patas y echó el cuerpo hacia atrás. Se oyó un largo sonido de arañazos, mientras el conejo era arrastrado hacia fuera, y, en el instante siguiente, el conejo colgaba en el aire, retorciéndose selváticamente, con el cuerpo volando como un muelle que se suelta, dando latigazos, suspendido por las orejas. Gudrun sostenía aquella tempestad blanca y negra con el brazo estirado al frente, y mantenía la cara vuelta. Pero el conejo tenía

fuerzas mágicas y lo único que Gudrun podía hacer era sostenerlo. Poco faltó para que Gudrun perdiera la conciencia.

Winifred, con voz casi aterrada, dijo:

—¡Bismarck, Bismarck, te estás portando de una manera horrorosa! Déjelo en el suelo, es malo, Bismarck es malo.

Gudrun quedó atónita unos instantes ante aquella tormenta de rayos y truenos que había estallado en su mano. Luego la cara de Gudrun recuperó el color, y la muchacha se sintió invadida por una nube de intensa rabia. Se sentía como una casa estremecida por una tormenta, totalmente avasallada. La furia le había detenido el corazón, furia ante la bestial e insensata estupidez de aquella lucha; las uñas del animalejo le habían arañado brutalmente la muñeca, y se alzó en el interior de Gudrun una ola de crueldad.

Gerald llegó en el momento en que Gudrun intentaba apresar al conejo poniéndoselo debajo del brazo. Con sutil precisión, Gerald advirtió la presencia de aquella fosca pasión de crueldad en Gudrun. Se acercó corriendo, mientras decía:

—Hubierais debido ordenar a algún criado que se encargara de sacar el conejo.

Casi frenética, Winifred dijo:

—¡Qué horrible es!

Gerald alargó la mano, nerviosa y nervuda, y cogió al conejo por las orejas, liberando así a Gudrun de él. Gudrun, con voz aguda, de gaviota, una voz extraña y vengativa, dijo:

—Casi da miedo la fuerza que tiene.

El conejo apelotonó el cuerpo en el aire y luego lo estiró en un latigazo, hasta quedar en forma arqueada. Parecía un ser realmente demoníaco. Gudrun vio que Gerald se envaraba, y vio la aguda ceguera que cubría sus ojos. Gerald precisó:

—Conozco bien a estas bestezuelas.

El largo y demoníaco animalejo dio con su cuerpo otro latigazo, extendiéndolo en el aire como si volara, con aspecto semejante al del dragón. Luego volvió a replegarse sobre sí mismo, inconcebiblemente poderoso y explosivo. El cuerpo del hombre se estremecía fuertemente al transmitírsele las sacudidas del animal. En ese instante, Gerald sintió una súbita rabia, una rabia cortante, de blancos filos. Rápido como el rayo, echó hacia lo alto y atrás la mano libre, y la dejó caer, como se deja caer el halcón, en el cuello del conejo. En el mismo momento se oyó el chillido extraterreno y horroroso del

conejo, en su miedo a morir. La bestezuela efectuó un inmenso movimiento de retorcimiento, arañó en una última convulsión las muñecas y las mangas de Gerald, toda la barriga del conejo resplandeció en blanco al tiempo que las patas se agitaban en remolino, y, en ese momento, Gerald imprimió un movimiento circular a la mano con que sostenía al conejo y, en el instante siguiente, lo tenía firmemente sujeto entre el brazo y el cuerpo. El conejo se encogía y se estremecía. En la cara de Gerald lucía una sonrisa.

Mirando a Gudrun, Gerald dijo:

—Nadie hubiera dicho que había tanta fuerza en el cuerpo de este conejo.

Gerald vio que los ojos de Gudrun estaban negros como la noche, en la cara pálida, de manera que casi tenía aspecto extraterrenal. El chillido del conejo, después de su violento estremecimiento, tuvo la virtud de rasgar el velo de la percepción de Gudrun. Gerald la miró, y el resplandor blanquecino y eléctrico de su cara se intensificó.

Winifred zureaba:

—La verdad es que no me gusta. No le quiero como a Looloo. En realidad, es odioso.

Mientras Gudrun se recobraba, una sonrisa torcida se formó en su cara. Sabía que su manera de ser había quedado revelada. Gritó con aquella nota alta que asemejaba su voz al grito de las gaviotas:

—¿Verdad que es horrible el chillido de los conejos?

Gerald se mostró de acuerdo:

—Abominable.

Winifred decía:

—No sé por qué ha de portarse como un tonto sólo porque se le saca de la jaula.

Winifred alargó la mano y tocó tímidamente al conejo, que se estaba quieto, como muerto, en su resentimiento. Winifred preguntó:

—No está muerto, ¿verdad, Gerald?

—No, pero debería estarlo.

Repentinamente divertida, la niña gritó:

—¡Sí señor, debería estar muerto!

Y tocó el conejo con más confianza, añadiendo:

—El corazón le va muy deprisa. ¿Verdad que es divertido? Bismarck es

realmente gracioso.

Gerald preguntó:

—¿Dónde lo dejo?

—En el cercado verde, el pequeño.

Gudrun miró a Gerald con extraños ojos oscurecidos, en los que se veía la tensión del conocimiento subterráneo, casi suplicantes, como los de un ser que estuviera a merced de Gerald, pero que, en última instancia, se alzaría con la victoria. Gerald no sabía qué decirle. Se percató del recíproco reconocimiento infernal. Y estimó que debía decir algo para ocultar ese reconocimiento. Gerald tenía la potencia del rayo en sus nervios, y Gudrun parecía el suave recipiente del mágico y horrendo fuego de Gerald, quien se sentía inseguro, con estremecimientos de temor. Gerald preguntó:

—¿Te ha hecho daño?

—No.

Gerald apartó la mirada y dijo:

—Es un animalejo muy bruto.

Llegaron al pequeño cercado, formado por viejos muros rojos, en cuyas grietas brotaban alhelíes. Allí, el césped era suave, fino y viejo, formando una lisa alfombra que cubría íntegramente el cercado, y en lo alto resplandecía el cielo azul. Gerald arrojó allí al conejo, que quedó agazapado e inmóvil. Gudrun lo contemplaba con leve horror.

Gritó:

—¿Por qué no se mueve?

—Está resentido por el trato recibido, y ésa es su forma de quejarse.

Gudrun miró a Gerald, y una sonrisa ligeramente siniestra contrajo la blanca cara de la muchacha. Gudrun gritó:

—¡Cuidado que es tonto el bicho! Es repelentemente tonto, ¿no te parece?

La vengativa mofa que había en la voz de Gudrun estremeció el cerebro de Gerald. Gudrun alzó la vista y miró a Gerald a los ojos, revelando una vez más el burlón reconocimiento, de blanca crueldad. Había un vínculo entre los dos, un vínculo que los dos aborrecían. Los dos eran cómplices en horriblos misterios.

Gerald mostró su antebrazo, blanco y duro, con la piel desgarrada por rojas rayas, y preguntó a Gudrun:

—¿Cómo ha quedado tu brazo?

Sonrojándose ante aquella siniestra visión, Gudrun gritó:

—Pero ¡qué horrible animal! Lo mío no es casi nada.

Levantó el brazo y mostró un profundo y rojo surco en la piel blanca y sedosa.

Gerald exclamó:

—¡Qué mala bestia!

Mas para Gerald fue como si hubiera tenido conocimiento de Gudrun en el largo y rojo surco de su antebrazo, sedoso y suave. Gerald no sentía deseos de tocar a Gudrun. Para tocarla tendría que obligarse a sí mismo a hacerlo deliberadamente. La larga y fea raya roja parecía desgarrar el cerebro de Gerald, rasgar la superficie de su más recóndita conciencia, liberando así el siempre inconsciente e impensable éter rojo del más allá, del obsceno más allá.

Solícito, Gerald preguntó:

—Supongo que no te duele mucho...

Gudrun contestó:

—No, en absoluto.

Y, de repente, el conejo, que había estado agazapado, quieto y suave como una flor, recuperó violentamente la vida, como en un estallido. Corrió y corrió alrededor del cercado, como una bala, dando vueltas y más vueltas, como un peludo meteorito, trazando unos tensos y duros círculos que parecían atar la mente de quienes lo contemplaban. Todos quedaron atónitos, pasmados, con raras sonrisas en el rostro, como si el conejo actuara movido por un ignoto encantamiento. Dio vueltas y vueltas casi volando sobre el césped, junto a los viejos muros rojos, como una tormenta.

Y de repente dejó de correr, se apaciguó, anduvo de un lado para otro sobre el césped, se sentó para meditar y la punta del hocico se le estremecía como una pluma al viento. Después de haber pensado unos instantes, quieto, como un suave bulto de pelo, con un ojo negro y abierto, que quizá los mirara, quizá no los mirara, avanzó tranquilo y comenzó a mordisquear la hierba, con los mezquinos movimientos del conejo al comer deprisa.

Gudrun dijo:

—¡Está loco! ¡Decididamente está loco!

Gerald se echó a reír y comentó:

—El problema consiste en saber en qué consiste la locura. No creo que este conejo esté loco, francamente.

Gudrun, interesada, le preguntó:

—¿Crees que no lo está?

—No. Sencillamente, se porta como un conejo. Los conejos son así.

Había en el rostro de Gerald una extraña, apenas insinuada sonrisa obscena. Gudrun le miró y supo quién era Gerald, supo que era un iniciado, igual que también lo era ella. Por el momento, eso contrarió e inhibió a Gudrun, quien en voz aguda y alta gritó:

—Gracias a Dios por no ser conejos.

La sonrisa se intensificó un poco en el rostro de Gerald. Mirando fijamente a Gudrun, preguntó:

—¿No somos conejos?

Despacio, la cara de Gudrun se relajó, formando una obscena sonrisa de reconocimiento. Con entonación fuerte y lenta, casi viril, respondió:

—¡Ah, Gerald, sí, somos conejos y mucho más todavía!

Gudrun miraba a Gerald con mirada de escandalosa despreocupación.

De nuevo Gerald tuvo la impresión de que Gudrun le daba un bofetón, o, mejor dicho, de que le hubiera desgarrado el pecho silenciosamente, sin posible remedio. Gerald apartó la vista.

Winifred exhortaba suavemente al conejo:

—¡Come, come, querido!

Winifred se deslizaba despacio sobre el césped. Y el conejo se alejaba de ella.

—Deja que tu mamá te acaricie, querido. Sí, porque eres muy misterioso...

19. LUZ LUNAR

Después de su enfermedad, Birkin fue a pasar una temporada en el sur de Francia. No escribió a nadie, nadie tuvo noticias suyas. Úrsula se quedó sola y tenía la impresión de que todo muriera alrededor. Parecía que en el mundo ya no quedarán esperanzas. Una no era más que una roca pequeña, en cuyo cerco la marea de la nada subía más y más. Úrsula era real, pero sólo ella era real, igual que una roca rodeada por las aguas. El resto no era nada. Úrsula era dura e indiferente y estaba aislada en sí misma.

Nada quedaba, salvo una despreciativa y resistente indiferencia. El mundo

entero se desvanecía en las grises aguas de la nada, Úrsula carecía de todo género de contacto y conexión. Detestaba y despreciaba toda aquella comedia. Desde lo más hondo de su corazón, desde lo más hondo de su alma, despreciaba y detestaba a todos los seres humanos, los seres humanos adultos. Sólo amaba a los niños y a los animales. A los niños los amaba con pasión, pero fríamente. Le inspiraban deseos de abrazarlos, de protegerlos, de darles vida. Pero ese amor, basado en la lástima y en la desesperación, sólo representaba una dolorosa atadura para ella. Sobre todas las cosas, amaba a los animales, que eran seres solos e insociables, igual que ella. Amaba a los caballos y a las vacas, en los campos. Cada uno de ellos era individual y vivía para sí, cada uno de ellos era mágico. No, no quedaba enajenado en la vinculación con cierto detestable principio social, carecía de capacidad de tragedia y espiritualidad, y Úrsula detestaba profundamente a ambas.

Úrsula podía comportarse de manera muy agradable y sumisa con respecto a la gente que trataba. Pero nadie se engañaba. Instintivamente, todos sentían su burlón desprecio hacia el ser humano latente en ellos. Estaba profundamente resentida con el género humano. Todo lo que la palabra «humano» entrañaba era despreciable y le repugnaba.

El corazón de Úrsula había quedado mayormente preso en la oculta e inconsciente tensión del ridículo despreciable. Creía que amaba, que estaba llena de amor. Ésa era la idea que tenía de sí misma. Pero el extraño esplendor de su presencia, una maravillosa irradiación de intrínseca vitalidad, era la luz del supremo repudio, repudio y sólo repudio.

Sin embargo, había momentos en que cedía y se ablandaba, en que deseaba amor puro, sólo amor puro. Lo otro, aquel estado de constante e inquebrantable repudio, era también una tensión, un sufrimiento. Y, entonces, de nuevo un terrible deseo de puro amor la avasallaba.

Un anochecer salió de su casa como atontada por aquel constante sufrimiento esencial. Aquellos seres destinados a la destrucción debían morir. Este conocimiento alcanzó en ella un punto decisivo, de terminación. Y esa sensación de fin tuvo la virtud de liberarla. Si el destino iba a llevar a la muerte o a la extinción a aquellos que debían desaparecer, ¿por qué preocuparse, para qué repudiar? Había quedado liberada de eso, y podía buscar una nueva unión con otras realidades.

Úrsula emprendió el camino de Willey Green, el camino del molino. Llegó al lago de Willey Water. El lago volvía a estar casi lleno después de haber permanecido vacío una temporada. Allí emprendió el camino del bosque. Había anochecido. Reinaba la oscuridad. Pero se olvidó de tener miedo, a pesar de estar dotada de una gran capacidad de temor. Entre los árboles, lejos de los seres humanos, había cierta especie de paz mágica. Cuanto más pura se

podía hallar la soledad, sin siquiera sombras humanas, mejor se sentía una. En realidad, su comprensión de los seres humanos la aterraba, la horrorizaba.

Se sobresaltó al percibir algo, a su derecha, entre los troncos de los árboles. Se trataba de una gran presencia que la observaba y la esquivaba. Tuvo un violento sobresalto. Se trataba solamente de la luna, que se había alzado por entre los delgados troncos de los árboles. Pero le pareció profundamente misteriosa, con su blanca y letal sonrisa. Y no había manera de evitarla. Ni de noche ni de día cabía huir de una cara siniestra, triunfal y radiante como la de aquella luna, con su alta sonrisa. Úrsula apretó el paso, acobardada ante el blanco planeta. Quería ver la laguna, junto al molino, antes de emprender el camino de regreso a casa.

Debido a que no quería pasar por el patio del molino, ya que los perros la atemorizaban, se desvió, ascendiendo por la falda de la colina, a fin de descender, después, hacia la laguna. La luna lo dominaba todo allí, en el campo pelado y abierto, y Úrsula sufría al sentirse a merced de su luz. En el suelo había un rebullir de conejos nocturnos. La noche estaba nítida como el cristal, y muy silenciosa. A sus oídos llegó el sonido del balido de los corderos, emitido a lo lejos.

Se dirigió hacia lo alto de la pronunciada pendiente, cubierta de árboles que descendían hacia la laguna, de aquella pendiente en que se retorcían las raíces de los alisos. Se alegró de poder avanzar a la sombra, protegida de la luz lunar. Y allí quedó, de pie, en lo alto del margen, apoyada la mano en el rugoso tronco de un árbol, contemplando el agua, perfecta en su quietud, en cuya superficie flotaba la luna. Pero, por alguna razón, la visión del agua le desagradó. Aguzó el oído para percibir el ronco murmullo de la compuerta. Y deseó que la noche le diera otra cosa, deseó otra noche, y no aquella dureza resplandeciente de luna. Úrsula sentía que su alma lloraba dentro de ella, que se lamentaba desolada.

Vio el movimiento de una sombra junto al agua. Quizá fuera Birkin. Quizá hubiera regresado sin decir nada a nadie. Úrsula aceptó aquella sombra sin formular ningún comentario, pues ya nada tenía importancia para ella. Se sentó entre las raíces del aliso, en la velada oscuridad, escuchando el sonido de la compuerta cual rocío formándose audiblemente en la noche. Las oscuras islillas se percibían vagamente, los juncos también eran oscuros, aunque algunos de ellos despedían menudos y quebradizos reflejos ígneos. Un pez saltó secretamente, revelando la presencia de luz en la laguna. Aquel fuego en la noche fría, reflejándose constantemente en la pura oscuridad, repelía a Úrsula, que deseaba una total oscuridad, una oscuridad perfecta, silenciosa y sin movimientos. Birkin, también pequeño y oscuro, matizado de luz lunar el cabello, se acercaba. Se encontraba ya muy cerca, y, sin embargo, no existía para Úrsula. Birkin ignoraba que Úrsula se encontraba allí. ¿Y si Birkin hacía

algo que no quería que nadie viera, convencido de que se hallaba completamente solo? ¿Qué importaba? ¿Qué importaban las pequeñas intimidades? ¿Qué importaba lo que Birkin hiciera? ¿Cómo puede haber misterios cuando todos tenemos el mismo organismo? ¿Cómo puede haber secretos cuando lo sabemos todo de todos?

Inconscientemente, Birkin tocaba los restos muertos de las flores al pasar, y hablaba para sí, pronunciando frases inconexas. Decía:

—No puedes escapar. No hay manera. Lo único que puedes hacer es replegarte en ti mismo.

Arrojó una flor muerta al agua.

—Una antífona. Mienten al cantar y tú les contestas cantando. No habría verdad alguna si no hubiera mentiras. Y, en ese caso, no habría necesidad de ninguna afirmación...

Se quedó quieto, contemplando el agua, a la que arrojaba flores muertas.

—Cibeles... ¡Maldita sea Cibeles! ¡La condenada Syria Dea! ¡Lamentable ser! ¿Y qué otra cosa hay que...?

Úrsula sentía deseos de reír sonora e histéricamente al escuchar aquella voz aislada. Era ridículo.

Birkin se quedó con la vista fija en el agua. Luego se agachó y cogió una piedra que arrojó violentamente a la laguna. Úrsula tuvo conciencia de la esplendente luna, saltando y balanceándose, deformada, en sus ojos. Parecía proyectar brazos de fuego, como un pulpo, como un pólipo luminoso, palpitando reciamente ante ella.

Y la sombra de Birkin, en la orilla de la laguna, se quedó observando unos instantes, y luego se agachó y la mano tocó el suelo. Después se produjo otro estallido de sonido, y un estallido de luz brillante: la luna había estallado en el agua y se desintegraba volando, en copos de fuego blanco y peligroso. Raudos, como pájaros blancos, los fuegos quebrados se alzaron a lo largo y ancho de la laguna, huyendo en clamorosa confusión, luchando con la bandada de olas oscuras que imponían su presencia. Las más lejanas oleadas de luz, huyendo, parecían clamar contra la orilla, para poder huir, en tanto que las oleadas de oscuridad llegaban pesadamente, alzándose hacia el centro de las aguas. Pero en el centro, en el corazón de todo, persistía aún el vívido e incandescente temblor de una luna blanca, no totalmente destruida, un cuerpo de fuego blanco retorciéndose y luchando, ni roto ni abierto, ni siquiera violado. Parecía que aquel cuerpo se fuera concentrando, con extraños y violentos dolores, en un ciego esfuerzo. Se fortalecía más y más, se reafirmaba la luna inviolable. Y los rayos, como delgadas líneas de luz, se apresuraban a

regresar a la luna fortalecida, que se estremecía sobre las aguas en triunfal resurrección.

Birkin estuvo quieto, mirando, hasta que la laguna volvió a quedar casi en calma y la luna estuvo casi serena. Entonces, satisfecho de haber logrado tanto, buscó más piedras. Úrsula percibió la invisible tenacidad de Birkin. Y, al cabo de un instante, una vez más, las luces quebradas se desperdigaron en una explosión sobre la cara de Úrsula, deslumbrándola. Después, casi inmediatamente, se produjo el segundo disparo. Blanca saltó a lo alto la luna, por el aire. Dardos de brillante luz salieron disparados hacia acá y hacia allá, y la oscuridad se deslizó sobre el centro. No había luna, sino sólo un campo de batalla de luces y sombras rotas, corriendo juntamente. Sombras oscuras y pesadas golpearon una y otra vez el lugar donde el corazón de la luna había estado, borrándolo totalmente. Los blancos fragmentos latían, subiendo y bajando, y no encontraban sitio adonde ir, separados y brillantes sobre el agua, como pétalos de una rosa que el viento ha dispersado, separándolos, alejándolos.

Pero he aquí que temblorosos se dirigían de nuevo hacia el centro, hallando su camino a ciegas, voluntariosos. Y, una vez más, todo quedó quieto, mientras Birkin y Úrsula miraban. Las aguas lamían sonoras la orilla. Birkin vio cómo la luna volvía a integrarse insidiosamente, vio el corazón de la rosa entretejiéndose ciega y vigorosamente, llamando hacia sí los fragmentos desperdigados, recuperándolos, en un latir, en un retornar esforzado.

Y Birkin no estaba satisfecho. Como llevado por una locura, tenía que proseguir. Cogió piedras más grandes, y las arrojó, una tras otra, al blanco y ardiente centro de la luna, hasta que llegó el momento en que no quedaba más que el hueco sonido de las piedras, una laguna de aguas alborotadas, sin luna, sólo con unos escasos copos rotos, entremezclados y brillantes, arrojados a la oscuridad, sin sentido ni significado, una oscura confusión, como un calidoscopio blanco y negro arrojado al azar. El ruido rompía y estremecía la noche hueca, y de la compuerta llegaban agudas y regulares ráfagas de sonido. Copos de luz aparecían aquí y allá, brillando atormentados entre las sombras, lejanos, en extraños lugares... allá, entre la goteante sombra del sauce en el islote. Birkin, quieto, escuchó y se quedó satisfecho.

Úrsula estaba aturdida, el pensamiento la había abandonado. Tenía la impresión de que hubiera caído al suelo y se hubiera vertido, como agua, sobre la tierra. Inmóvil y agotada, siguió en la oscuridad. Sin embargo, se daba cuenta, aún sin ver, de que en la oscuridad había un pequeño tumulto de copos de luz moribunda, un grupo de copos de luz que bailaba en secreto en un constante regreso a la reunión, mezclándose. De nuevo estaban formando un corazón, de nuevo volvían a la vida. Poco a poco, los fragmentos se juntaron reuniéndose, jadeando, balanceándose, bailando, retrocediendo como si

sintiesen terror, pero avanzando de nuevo hacia el lugar que les correspondía, persistentes, fingiendo que huían, después de haber avanzado, pero acercándose temblorosos más y más, más y más cerca de su destino, y el agrupamiento crecía misteriosamente, se hacía más grande y más luminoso, reflejo tras reflejo se integraba en el conjunto, hasta que una rosa arrugada, una luna deforme y gastada comenzó a estremecerse sobre las aguas, renovada, reafirmada, intentando recuperarse de su convulsión, superar la agitación y la deformación, para quedar íntegra y compuesta, en paz.

Birkin vagaba junto al agua. Úrsula temía que apedreara de nuevo a la luna. Se levantó y se le acercó, diciéndole:

—Supongo que no arrojarás más piedras a la luna.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—He estado todo el tiempo. No tirarás más piedras a la luna, ¿verdad?

—Quería ver si podía echarla de una vez de la laguna.

—Comprendo. La verdad es que ha sido horrible. ¿Por qué odias a la luna? No te ha hecho ningún daño.

Birkin preguntó:

—¿Crees que lo he hecho por odio?

Guardaron silencio unos instantes. Úrsula preguntó:

—¿Cuándo has regresado?

—Hoy.

—¿Y por qué no escribiste?

—No tenía nada que decir.

—¿Por qué no tenías nada que decir?

—No lo sé. ¿No hay narcisos ahora?

—No.

Otra vez hubo un período de silencio. Úrsula miró la luna. Se había formado de nuevo y temblaba un poco. Úrsula preguntó:

—¿Te sentó bien la soledad?

—Quizá. Bueno, en realidad no lo sé. De todas maneras pude superar muchas cosas. Y tú, ¿has hecho algo importante?

—No. He pensado en Inglaterra y decidido que he terminado con ella.

Sorprendido, Birkin preguntó:

—¿Y por qué con Inglaterra precisamente?

—No lo sé. Pasó así.

—No es un problema de naciones. Francia es mucho peor todavía.

—Sí, ya lo sé. Me parece que he terminado con todo.

Fueron a sentarse en las raíces de los árboles, en las sombras. Y hallándose en silencio, Birkin recordó la belleza de los ojos de Úrsula, a veces rebosantes de luz, como la primavera, impregnados de maravillosa promesa. Entonces Birkin le dijo, despacio, con dificultad:

—Hay en ti una luz dorada que desearía me dieras.

Parecía que Birkin hubiera estado pensando en eso algún tiempo.

Úrsula se sobresaltó, tuvo la impresión de haberse alejado de Birkin mediante un salto. Sin embargo, también quedó complacida. Preguntó:

—¿De qué clase de luz se trata?

Pero Birkin era tímido, y no dijo nada más. Por eso el momento pasó esta vez. Poco a poco, un sentimiento de pena invadió a Úrsula, que dijo:

—Mi vida no es una vida lograda.

Birkin, que no quería oírla hablar de eso, habló con sequedad:

—Sí.

—Y tengo la impresión de que no hay nadie capaz de amarme de verdad.

Birkin guardó silencio. Despacio, Úrsula dijo:

—Piensas que sólo me interesan las realidades físicas ¿no es eso? Pues no es verdad. Quiero que prestes atención también a mi espíritu.

—Ya lo sabía. Sabía que las realidades físicas, solas, en sí mismas no te interesaban. Pero quiero que me des... que me des tu espíritu... esa luz dorada que es tu verdadero yo... esa luz que tú no conoces... Eso es lo que quiero.

Después de un momento de silencio, Úrsula replicó:

—Pero ¿cómo puedo dártelo si no me quieres? Sólo quieres alcanzar tus propias finalidades. No quieres servirme a mí, sino que quieres que yo te sirva a ti. ¡Es puro egoísmo!

Para Birkin representaba un gran esfuerzo mantener aquella conversación, y, al mismo tiempo, insistir en que Úrsula le diera lo que él quería, o sea que le entregara su espíritu. Birkin respondió:

—Es diferente. Se trata de atenciones o servicios diferentes. Yo te sirvo de otra manera, no en ti misma, sino en otra cosa. Quiero que tú y yo estemos

juntos, sin preocuparnos de nosotros mismos, quiero que estemos realmente juntos gracias precisamente a estar juntos, como si se tratara de un fenómeno y no de algo que debemos conservar mediante nuestros esfuerzos.

Meditativa, Úrsula contestó:

—No. Ocurre que eres egocéntrico. Jamás das muestras de entusiasmo, jamás aparece en ti una chispa a mí dedicada. En realidad, te amas a ti mismo y amas tus propios asuntos. Y quieres mi presencia para que yo te sirva.

Estas frases sólo sirvieron para que Birkin adoptara una actitud de cerrazón con respecto a Úrsula. Birkin dijo:

—Bueno, las palabras carecen de importancia. Hay una cosa y se encuentra entre tú y yo, o no se encuentra, no hay tal cosa.

Úrsula objetó:

—Ni siquiera me amas.

Irritado, Birkin repuso:

—Yo te amo. Pero quiero...

En su imaginación volvió a ver la dorada luz de la primavera a través de los ojos de Úrsula, como si fueran maravillosas ventanas. Y quería que Úrsula estuviera con él allí, en aquel mundo de altiva indiferencia. Pero ¿de qué servía decir a Úrsula que quería estar con ella en la altiva indiferencia? ¿De qué servía hablar? Aquello tenía que ocurrir sin el sonido de las palabras. Era sencillamente baldío intentar llevar a Úrsula a una convicción. Era como un ave del paraíso que jamás se puede capturar, sino que ella misma debe llegar volando al corazón.

—Siempre creo que van a amarme, pero luego viene el desengaño. Tú no me amas. No quieres servirme. Sólo te quieres a ti mismo.

El empleo de aquel «no quieres servirme» fue causa de que una oleada de rabia estremeciera las venas de Birkin. Todas las sensaciones paradisiacas le abandonaron. Irritado, dijo:

—No, no quiero servirte porque en ti no hay nada a que servir. Eso a lo que tú quieres que yo sirva no existe, no es nada. Ni siquiera eres tú, es meramente tu cualidad de hembra. Y no me importa en absoluto tu ego de hembra. Es una muñeca de trapo.

Úrsula soltó una carcajada de burla:

—¡Ah! ¿Eso es todo lo que soy a tu juicio? ¡Y tienes el descaro de decir que me amas!

Se levantó airada, dispuesta a regresar a su casa. Volviéndose hacia Birkin,

que seguía sentado, apenas visible en la oscuridad, dijo:

—Deseas la ignorancia del paraíso. Sé perfectamente lo que significa y te puedes quedar con ella. Quieres que sea tu objeto, que jamás te critique y que jamás hable por mí misma. ¡Quieres que sea un simple objeto para ti! Si eso es lo que quieres, no te preocupes, que sobran las mujeres dispuestas a dártelo. Sobran las mujeres dispuestas a tumbarse en el suelo para que tú camines sobre ellas. Busca a esas mujeres, si es lo que quieres, búscalas.

Llevado por la rabia, Birkin habló con franqueza:

—No. Quiero que depongas tu voluntad imperativa, tu aprensiva, tu atemorizada insistencia en afirmar tu propia personalidad. Eso es lo que quiero. Quiero que confíes en ti misma de una manera tan natural que te permita liberarte de la presión que ejerces sobre ti misma.

Úrsula repitió con sarcasmo estas últimas palabras:

—¡Liberarme de la presión que ejerzo sobre mí misma! Puedo liberarme sin la menor dificultad. Tú eres quien es incapaz de liberarse de sí mismo, tú eres quien vive agarrado a ti mismo como si fueras un tesoro. Tú y sólo tú eres el predicador de la escuela dominical. ¡Predicador!

La gran parte de verdad que había en estas palabras hizo que Birkin se quedara rígido y sin prestar atención a Úrsula. Birkin dijo:

—No quería decir que deberías liberarte de ti misma, en una especie de éxtasis dionisiaco. Sé perfectamente que sabes hacer eso. Pero yo odio los éxtasis, tanto los dionisiacos como los demás. Es algo parecido a hacer rodar una de esas jaulas de ardilla. Quiero que no te preocupes por ti misma, que te limites a existir, a estar presente, sin preocuparte de ti misma, que procures ser alegre, segura e indiferente.

Mofándose de Birkin, Úrsula replicó:

—¿Quién es el que se preocupa de sí mismo? ¡No soy yo!

Había en su voz un tono de fatigada y burlona amargura. Birkin guardó silencio unos instantes. Por fin dijo:

—Bueno, es cierto. Mientras cualquiera de los dos insista en el otro sobre este asunto, los dos estaremos equivocados. Pero el caso es que el acuerdo entre los dos no se produce.

Los dos estaban sentados a la sombra de los árboles, junto al margen. Alrededor, la noche se había puesto blanca; los dos se encontraban en la oscuridad con la conciencia adormecida.

Poco a poco, la quietud y la paz los envolvió. Úrsula puso dubitativamente su mano sobre la de Birkin. Las dos manos se unieron suavemente, en silencio,

en paz. Úrsula preguntó:

—¿Verdaderamente me amas?

Birkin se echó a reír. Divertido, contestó:

—Ése es tu grito de guerra.

Divertida e intrigada, Úrsula preguntó:

—¿Por qué?

—Es tu insistencia, tu grito de guerra... «Brangwen, Brangwen...» Es un viejo grito de guerra el tuyo: «¿Me amas, me amas? Ríndete o perecerás».

Con dulzura, Úrsula dijo:

—No. No es eso ni mucho menos. Pero creo que tengo derecho a saber si me amas o no me amas, ¿no te parece?

—Bueno, pues, en ese caso, dalo por sabido y termina de una maldita vez.

—Pero ¿me amas?

—Sí, te amo. Y sé que te amo de una forma definitiva, por lo que no hace falta volver a decirlo.

Úrsula guardó silencio unos instantes, deliciosamente complacida y dubitativa. Acurrucándose feliz junto a Birkin, le preguntó:

—¿Estás realmente seguro de que me amas?

—Totalmente. Y ahora déjalo. Acéptalo y déjalo.

Úrsula se encontraba pegada a Birkin. Feliz, murmuró:

—¿Que deje qué?

—Que dejes de preocuparte.

Se pegó todavía más a Birkin. Birkin la abrazó y la besó suave y dulcemente. Constituía tal paz y celestial libertad abrazar a Úrsula y besarla dulcemente, y no tener pensamientos, ni deseos, ni voluntad, limitándose a estar quieto junto a ella, en perfecto silencio y juntos, en una paz que no era la del sueño, sino un contentamiento en la dicha. El contentamiento en la dicha, sin deseos ni insistencias, era la gloria celestial: estar juntos en feliz quietud.

Durante largo tiempo estuvo Úrsula acurrucada junto a Birkin, que la besó suavemente, le besó el cabello, la cara, las orejas, suave y dulcemente, como el rocío al caer. Pero aquel cálido aliento en sus orejas alteró de nuevo a Úrsula, prendió los antiguos fuegos destructivos. Úrsula ejerció presión con su cuerpo sobre el de Birkin, y éste se dio cuenta de que su propia sangre cambiaba, como el mercurio. Birkin dijo:

—Estémonos quietos, ¿te parece?

Fingiendo una reacción sumisa, Úrsula repuso:

—Sí.

Pero poco después se apartaba de Birkin y le miraba diciendo:

—Debo regresar a casa.

Birkin repuso:

—Debes regresar a casa... Lástima.

Úrsula se inclinó hacia Birkin y ofreció sus labios para que la besara. Sonriendo, preguntó en un murmullo:

—¿Realmente te duele que me vaya?

—Sí. Me hubiera gustado seguir eternamente tal como estábamos.

Mientras Birkin la besaba, Úrsula murmuró:

—¡Eternamente! ¿De verdad?

Y luego con voz gutural arrulló:

—Bésame, bésame...

Y pegó su cuerpo al de Birkin, que la besó muchas veces. Pero también Birkin tenía sus ideas y su voluntad. Sólo quería una dulce comunión, nada más. Sin pasión. Por eso no tardó en llegar el momento en que Úrsula se apartó de él, se puso el sombrero y se fue a su casa.

Sin embargo, al día siguiente, Birkin se sintió ansioso y lleno de nostalgia. Pensó que el día anterior se había comportado erróneamente. Quizá se hubiera equivocado al decir a Úrsula qué era lo que él deseaba. ¿Se trataba realmente sólo de una idea o de la interpretación de una profunda ansia? En este último caso, ¿a qué se debía que él hablara siempre del logro sensual? Lo uno y lo otro no armonizaban mucho...

De repente, Birkin se encontró cara a cara con una situación. Era eso, sencillamente eso. Por una parte, le constaba que no quería vivir experiencias sensuales más intensas, más profundas, más oscuras que las que se viven en la vida normal. Recordó los fetiches africanos que tan a menudo había visto en casa de Halliday. Su memoria evocó una estatuilla de unos dos pies de altura, una figura alta, esbelta, elegante, del África Occidental, hecha de madera oscura, suave, reluciente. Se trataba de una mujer, con el cabello dispuesto en un peinado alto, formando una cúpula en forma de melón. Birkin la recordaba vívidamente. Aquella mujer era uno de los seres íntimos de su alma. Su tronco era alargado y elegante, y tenía la cara menuda y aplastada como la de una

cucaracha. Llevaba al cuello pesados collares, que formaban algo parecido a una columna de aros. Birkin la recordaba bien. Recordaba su elegancia asombrosamente culta, su reducida cara de cucaracha, el pasmoso tronco alargado y elegante, sostenido por unas piernas cortas y feas, con unas nalgas protuberantes, pesadas, sorprendentes debajo de su cintura, delgada y alargada. Aquella mujer sabía lo que Birkin ignoraba. Aquella mujer tenía tras ella millares de años de conocimientos puramente sensuales, puramente ajenos al espíritu. Seguramente habían transcurrido miles de años desde la muerte de la raza de aquella mujer, desde su muerte mística, es decir, desde que las relaciones entre los sentidos y la mente expresiva se habían roto, dejando la experiencia íntegra perteneciendo a una sola especie, la especie místicamente sensual. Aquello que en el caso de Birkin era inminente, seguramente había ocurrido miles de años atrás a esos africanos: la bondad, la santidad, el deseo de creación, la felicidad productiva forzosamente tuvieron que desaparecer, dejando el solo impulso del conocimiento perteneciente a una sola especie, un conocimiento progresivo a través de los sentidos, un conocimiento que se detenía y terminaba en los sentidos, un conocimiento místico en la desintegración y la disolución, un conocimiento como el que tienen las cucarachas, que viven exclusivamente en el mundo de la corrupción y de la fría disolución. Ésa era la razón por la que la cara de aquella mujer parecía la de una cucaracha, la razón por la que los egipcios rendían culto al escarabajo pelotero. Todo se debía al principio del conocimiento en la disolución y la corrupción.

Largo es el camino que podemos recorrer después de la ruptura de la muerte, después de aquel momento en que el alma, con intensos sufrimientos, se separa, se separa de su sostén orgánico, tal como cae la hoja. Caemos de la conexión con la vida y con la esperanza, nos separamos del puro ser integral, de la creación y de la libertad, y caemos en el largo, largo proceso africano de comprensión puramente sensual, de conocimiento en el misterio de la disolución.

Birkin se daba cuenta de que ese proceso es muy largo. Requiere miles y miles de años, después de la muerte del espíritu creador. Se daba cuenta de que había grandes misterios que revelar, misterios sensuales, dementes, terribles, situados mucho más allá del culto fálico. ¿Hasta qué punto habían superado aquellos individuos del África Occidental, en su cultura de sentido inverso, el conocimiento fálico? En mucho, en mucho lo habían superado. Birkin volvió a recordar aquella figura femenina: el alargado, largo, largo tronco, los curiosos y sorprendentemente pesados glúteos, el largo cuello aprisionado, la cara con las menudas facciones de cucaracha. Aquello se encontraba mucho más allá de todo conocimiento fálico. Se trataba de sutiles realidades sensuales situadas mucho más allá del alcance de la investigación fálica.

De esa manera se culminaba aquel terrible proceso africano. En el caso de las razas blancas, era diferente. Las razas blancas, por tener el norte detrás de ellas, por tener la vasta abstracción de las nieves y del hielo, cumplirían con un misterio de conocimiento destructivo como el hielo, de una aniquilación abstracta como la nieve. Contrariamente, en el África Occidental, dominada por la ardiente abstracción letal del Sahara, se había llegado a la culminación mediante la destrucción solar, mediante el putrescente misterio de los rayos del sol.

¿Era esto todo lo que quedaba? ¿No quedaba nada, en la actualidad, excepto la ruptura con el feliz ser creador? ¿Había llegado ya ese momento? ¿Ha terminado nuestra era de vida creadora? ¿Sólo queda ante nosotros el extraño y terrible «después» del conocimiento en la disolución, del conocimiento africano, aunque diferente, en nuestro caso, por ser nortños rubios y con los ojos azules?

Birkin pensó en Gerald. Era uno de esos extraños y maravillosos demonios blancos del norte, logrado en el destructivo misterio del hielo. ¿Sería el destino de Gerald desaparecer en este conocimiento, en este proceso de helado conocimiento, de muerte de puro frío? ¿Era Gerald un mensajero, un augurio de la universal disolución en la blancura y en la nieve?

Birkin estaba atemorizado. Y cuando llegó a este punto de su meditación, también estaba fatigado. De repente su extraña y tensa atención se relajó, y ya no pudo volverla a centrar en aquellos misterios. Había otro camino, el camino de la libertad. Era la paradisíaca entrada en el ser puro e individual, teniendo el alma del individuo precedencia con respecto al amor y al deseo de unión, siendo más fuerte que las acometidas de la emoción, era un amable estado de orgullosa individualidad, que aceptaba el deber de la permanente conexión con los otros, y con el Otro, bajo el yugo y la correa del amor, pero en el que nunca se pierde la orgullosa singularidad individual, ni siquiera mientras se ama y se cede.

Ése era el otro camino, el camino que quedaba. Y Birkin pensó que debía apresurarse a seguirlo. Pensó en Úrsula, en lo sensible y delicada que realmente era, en su piel fina, tan fina que parecía le faltara una capa. Era maravillosamente dulce y sensible. ¿Cómo había sido él capaz de olvidarlo? Tenía que ir inmediatamente a su lado. Tenía que pedirle que se casara con él. Tenían que casarse inmediatamente, vinculándose así de una manera definitiva, penetrando así en una comunión definitiva. Tenía que ponerse rápidamente en marcha y pedir inmediatamente a Úrsula que se casara con él. No podía perder ni un instante.

Emprendió inmediatamente el camino de Beldover, sin apenas darse cuenta de lo que hacía. Vio la población, en la falda de la colina, pero no le parecía un

pueblo de casas desperdigadas, sino un pueblo amurallado por las últimas calles rectas de las viviendas de los mineros, formando un gran rectángulo, de modo que parecía, a la fantasía de Birkin, Jerusalén. El mundo entero era extraño y trascendente.

Rosalind le abrió la puerta, y, al verle, se sobresaltó un poco, como suele suceder a las muchachitas, y dijo:

—Voy a decirle a papá que está usted aquí.

Tras lo cual desapareció, dejando a Birkin en el vestíbulo, contemplando unas reproducciones de cuadros de Picasso, últimamente aportadas por Gudrun a la casa. Birkin admiraba la casi mágica y sensual aprehensión de la tierra cuando apareció Will Brangwen, bajándose las mangas de la camisa. Brangwen dijo:

—Un momento, que me pongo la chaqueta.

Y también desapareció unos instantes. Al volver, abrió la puerta de la sala de estar diciendo:

—Discúlpeme, pero estaba trabajando un poco en el cobertizo. Pase, por favor.

Birkin entró y se sentó. Miró la cara de Brangwen, colorada, esplendente, con la frente estrecha y los ojos muy vivos, los labios sensuales, bajo el recortado bigote negro. ¡Cuán curioso era que aquél fuese un ser humano! Lo que el propio Brangwen pensara que él fuera carecía de importancia ante su verdadera realidad. Birkin sólo veía un extraño, inexplicable y casi informe conjunto de pasiones, deseos, represiones, tradiciones e ideas mecánicas, todas ellas reunidas separadamente y sin acrisolar, en aquel hombre delgado, con cara esplendente, de casi cincuenta años de edad, que, en la actualidad, se hallaba tan sin forma como a los veinte años, e igualmente increado. ¿Cómo podía ser el padre de Úrsula cuando él seguía increado? Aquello no era un padre. Había transmitido un poco de materia viva, pero el espíritu no pudo transmitirlo. El espíritu no había sido transmitido por antepasado alguno, sino que procedía de lo ignoto. Un hijo es hijo del misterio, o, de lo contrario, es un ser increado.

Después de esperar en silencio unos instantes, Brangwen dijo:

—Parece que el tiempo ha mejorado un poco.

No había conexión entre los dos hombres. Birkin observó:

—Ciertamente. Hace un par de días hubo luna llena.

—¿Cree realmente que la luna influye en el tiempo?

—Pues no, me parece que no. De todas maneras, no sé nada de estos

asuntos.

—¿Sabe lo que suele decirse? Pues que la luna y el tiempo pueden cambiar a la vez, pero que los cambios de la luna no afectan al tiempo.

—¿De veras? Nunca lo había oído.

Hubo una pausa. Luego, Birkin dijo:

—¿No le estaré importunando? En realidad, he venido a ver a Úrsula. ¿Está en casa?

—Me parece que no. Creo que ha ido a la biblioteca pública. Voy a verlo.

Birkin le oyó haciendo preguntas en el comedor. Al regresar, dijo:

—No está, pero no tardará. ¿Quiere hablar con ella?

Con curiosa calma, clara la mirada, Birkin miró a Brangwen, y dijo:

—En realidad he venido a pedirle que se case conmigo.

Un punto de luz apareció en los ojos castaño-dorados del mayor de los dos hombres. Mirando fijamente a Birkin, exclamó:

—¿Qué-é?

Ante la calma y firme mirada de Birkin, Brangwen bajó la vista, y preguntó:

—¿Esperaba mi hija su visita?

Birkin repuso:

—No.

—¿No? Ignoraba que se estuviera fraguando una cosa así...

Brangwen esbozó una sonrisa inhibida. Birkin le miró, y pensó para sus adentros: «Realmente no sé por qué esos asuntos tienen que fraguarse». En voz alta, dijo:

—Bueno, quizá sea un poco repentino...

Pero, pensando en su relación con Úrsula, añadió:

—Pero creo...

Desconcertado e irritado, Brangwen dijo:

—Sí, efectivamente, repentino...

—En cierta manera sí, pero desde otro punto de vista no.

Hubo una breve pausa, tras la cual Brangwen dijo:

—En fin, ella sabrá...

Tranquilo, Birkin se mostró de acuerdo:

—Sí, claro, desde luego.

En la voz recia de Brangwen hubo una nueva vibración cuando dijo:

—De todas maneras, no quisiera que Úrsula se precipitara. Luego, cuando ya es demasiado tarde, de nada sirve recapacitar.

—La verdad es que, en estos asuntos, el demasiado tarde nunca llega.

El padre le preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que cuando uno se arrepiente de haberse casado, el matrimonio termina.

—¿Usted cree?

—Sí.

—Bueno, ésta será su manera de pensar...

Birkin, en silencio, pensó: «Desde luego. Ahora bien, tu manera de pensar, William Brangwen, necesita ser explicada». Brangwen dijo:

—Supongo que ya sabrá usted la clase de gente que somos. La educación que ha recibido ella.

Recordando las correcciones de que fue objeto en la infancia, Birkin se dijo: «No digas ella, ella es la madre del gato». En voz alta, dijo:

—La verdad es que ignoro los detalles.

Había hablado en un tono que parecía encaminado voluntariamente a irritar a Brangwen, el cual dijo:

—Pues bien, ha recibido la mejor educación que pueda recibir una chica, dentro de nuestras posibilidades.

—No tengo la menor duda.

Estas palabras de Birkin constituyeron un peligroso punto y aparte. El padre comenzaba a exasperarse. La mera presencia de Birkin parecía constituir un factor de irritación para Brangwen. En voz tonante, el padre dijo:

—¡Y no estoy dispuesto a que la niña reniegue de las enseñanzas recibidas!

—¿Por qué?

La seca pregunta estalló como una granada en el cerebro de Brangwen:

—¡Por qué! ¡Pues porque no creo en sus nuevas ideas y en sus nuevas

costumbres! ¡Saltando como un saltamontes, ahora sí, ahora no, ahora estamos casados, ahora no! ¡No señor, nunca lo aceptaré!

Birkin le miraba con ojos quietos y fríos. El antagonismo entre los dos hombres se estaba enconando. Birkin dijo:

—Comprendo. ¿Puede hacer el favor de decirme por qué mis ideas y mis costumbres son nuevas?

—¿Ah no? ¿No lo son?

Después de decir estas palabras, Brangwen contuvo su irritación y añadió:

—No me refería a usted concretamente. Quería decir que mis hijas han sido educadas para que piensen y actúen de acuerdo con la religión en que me educaron a mí, y que no quiero que se aparten de ella.

Hubo una pausa peligrosa. Birkin preguntó:

—¿Y qué más?

El padre dudó. Se encontraba en una posición falsa y desagradable. Dijo:

—¿Qué? ¿Qué quiere decir con eso? Yo lo único que quiero decir es que mi hija...

La vaciedad de sus propias palabras le impidió terminar la frase. Se daba cuenta de que divagaba. Birkin añadió:

—Desde luego, no quiero hacer daño a nadie, y en nadie quiero influir. Úrsula hará exactamente lo que le plazca.

La irremediable imposibilidad de mutua comprensión dio lugar a un silencio total. Birkin se sentía aburrido. El padre de Úrsula no era un ser humano coherente, sino un almacén de viejos ecos. El más joven de los dos hombres fijó la vista en la cara del mayor. Brangwen alzó la vista y advirtió que Birkin le estaba mirando. En la cara de Brangwen había una expresión de rabia muda, de humillación, de conciencia de la inferioridad de sus fuerzas. Brangwen dijo:

—Dejando de lado las creencias, le diré que antes prefiero ver muertas a mis hijas mañana mismo que convertidas en juguete de los caprichos del primer hombre que llegue y les diga aquí estoy.

Una extraña luz dolorida apareció en los ojos de Birkin:

—A este respecto le diré que es mucho más probable que sea yo el juguete de los caprichos de una mujer, y no ella de los míos.

Hubo otra pausa. El padre estaba desconcertado. Dijo:

—Sí, comprendo. Úrsula hará lo que le plazca, siempre lo ha hecho. Me he

esforzado siempre en darles lo mejor, pero eso carece de importancia. Tienen que hacer siempre lo que les da la gana, y, si de ellas dependiera, sólo harían siempre su propia voluntad, prescindiendo de todos los demás. Pero la chica debe pensar también en su madre y en mí...

Brangwen no hacía más que pensar en voz alta. Siguió:

—Y le diré una cosa, prefiero verlas bajo tierra a que vivan de acuerdo con esas costumbres libres que, en estos tiempos, lo están invadiendo todo. Sí, antes bajo tierra.

Despacio, con acento de fatiga, aburrido ante el nuevo giro que había tomado la conversación, Birkin observó:

—Bueno, la verdad es que sus hijas no nos van a reconocer, ni a usted ni a mí, el derecho a enterrarlas, porque no tienen las menores ganas de estar bajo tierra.

Brangwen miró a Birkin en un súbito arrebató de ira impotente, y dijo:

—Oiga usted, señor Birkin, ignoro por qué ha venido a esta casa e ignoro lo que quiere, pero le digo que mis hijas son mis hijas, y que cuidar de ellas es asunto mío, mientras pueda hacerlo.

Birkin frunció el entrecejo bruscamente, y sus pupilas se contrajeron en expresión burlona. Pero siguió quieto y rígido. Hubo otra pausa.

Por fin, Brangwen volvió a hablar:

—No tengo nada que objetar a que usted se case con Úrsula. Es asunto que no me concierne. Úrsula hará lo que quiera prescindiendo de mí.

Birkin apartó la vista, y miró hacia el exterior por la ventana, liberando así su conciencia. Después de todo, ¿para qué seguir hablando? Era inútil. Esperaría la llegada de Úrsula, hablaría con ella y luego se iría a su casa. No podía tolerar que el padre le creara problemas. Era innecesario, y no estaba dispuesto a provocar la continuación de aquel estado de cosas.

Los dos hombres, sentados, guardaban silencio absoluto. Birkin apenas se daba cuenta de lo que tenía alrededor. Había ido allí para pedir a Úrsula que se casara con él. La esperaba y se lo pediría. Birkin ni siquiera pensaba en la reacción de Úrsula, en si accedería o no. Le diría lo que quería decirle, y eso era lo único en que pensaba. Se daba cuenta de que aquel hogar carecía de toda importancia para él. Parecía que todo estuviera predeterminado. Birkin sólo veía una cosa ante sí, y nada más. Por el momento, se sentía ajeno a todo lo demás. Era preciso dejar que el destino y el azar resolvieran los problemas.

Por fin oyeron la puerta del jardín. Vieron que Úrsula subía los peldaños, con unos libros bajo el brazo. Tenía en la cara esplendente una expresión

abstraída, como de costumbre; aquella expresión de no estar exactamente presente, de no fijarse en los hechos de la realidad, que tanto irritaba a su padre. Úrsula tenía la enloquecedora facultad de revestirse de luz propia, una luz que excluía la realidad, y en la que cobraba aspecto radiante, como si la iluminara la luz del sol.

La oyeron entrar en el comedor y dejar caer los libros sobre la mesa.

Rosalind gritó:

—¿Me has traído el semanario de chicas?

—Sí, te he traído uno, pero he olvidado cuál era el que querías.

Irritada, Rosalind exclamó:

—¡Lo suponía! ¡Hubiera sido un milagro que te acordaras!

Luego oyeron que hablaban en voz baja. Úrsula gritó:

—¿Dónde?

La hermana contestó de nuevo en voz baja.

Brangwen abrió la puerta y gritó con su voz recia, firme:

—Úrsula.

Al instante siguiente aparecía Úrsula, con el sombrero puesto. Al ver a Birkin, como si su presencia la hubiera pillado de sorpresa, desconcertándola, Úrsula exclamó:

—¡Hola! ¿Qué haces aquí?

Birkin la miró meditativo, dándose cuenta de que su presencia era lo que hacía reaccionar a Úrsula, que tenía aquel aire extraño, radiante, desconcertado, como si el mundo real la dejara confusa, como si ella fuera irreal ante aquel mundo, perteneciendo a un brillante mundo exclusivamente propio. Úrsula preguntó:

—¿Interrumpo una conversación quizá?

Birkin dijo:

—No. Sólo interrumpes un silencio total.

Ausente, vagamente, Úrsula dijo:

—Bueno...

La presencia de los dos hombres no tenía importancia vital para ella, que se reservaba, no los aceptaba. Eso era un sutil insulto que siempre exasperaba al padre. Éste dijo:

—El señor Birkin ha venido para hablar contigo, no conmigo.

Con tono de vaguedad, como si no le concerniera, Úrsula dijo:

—¿Ah, sí?

Luego, centrando su atención, se volvió con expresión radiante hacia Birkin y, con tono todavía muy superficial, le preguntó:

—¿Se trata de algo importante?

Con ironía, Birkin repuso:

—Eso espero.

El padre dijo a Úrsula:

—A juzgar por lo que me ha dicho, ha venido para pedirte que te cases con él.

Úrsula se admiró:

—¡Oh!

Mofándose de ella, el padre la remedó:

—¡Oh! ¿Es todo lo que tienes que decir?

Úrsula se envaró como si la hubieran insultado. Dirigiéndose a Birkin, como si se tratase de una broma, preguntó:

—¿Realmente has venido para pedirme que me case contigo?

—Sí, me parece que he venido a pedirte en matrimonio.

Birkin pronunció forzosamente la última palabra, como si le avergonzara.

Con su aire de radiante vaguedad, Úrsula preguntó:

—¿De veras?

Pronunció estas palabras como si Birkin hubiera dicho cualquier intrascendencia. Parecía complacida. Birkin dijo:

—Sí, quisiera que accedieras a casarte conmigo.

Úrsula le miró. En los ojos de Birkin bailaban luces diferentes, como si quisiera que Úrsula le dijera algo y, al mismo tiempo, como si no lo quisiera. Úrsula se envaró un poco, como si hubiera quedado a merced de la mirada de Birkin, y eso le produjera dolor. Su expresión se oscureció, su alma quedó nublada, y apartó la cara. La habían arrancado de su mundo único y radiante. Temía el contacto, el contacto era antinatural para ella en aquellos momentos. Con vaguedad, en voz dubitativa y ausente, dijo:

—Sí...

El corazón de Birkin se contrajo bruscamente, envuelto de repente por el fuego de la amargura. Aquello no significaba nada para Úrsula. Birkin comprendió que se había equivocado una vez más. Úrsula vivía en un satisfactorio mundo propio. Él y sus esperanzas tenían carácter accidental, y para ella equivalían a una violación. Esta suerte de cosas puso al padre de Úrsula en estado de enloquecida exasperación. Llevaba toda una vida aguantando aquellas reacciones de Úrsula. A gritos, el padre preguntó:

—¿Qué, qué dices a eso?

Úrsula parpadeó sobresaltada. Luego miró a su padre con cierto temor, y dijo, como si tuviera miedo de haberse comprometido con sus palabras:

—Bueno, me parece que no he dicho nada todavía, ¿verdad?

Exasperado, el padre dijo:

—No. Pero tampoco hace falta que te portes como una idiota. No te habrás quedado sorda, supongo...

Úrsula se retrajo, en silenciosa hostilidad, y en la sorda voz del antagonismo, dijo:

—No me he quedado sorda. ¿Por qué me lo preguntas?

Furioso, el padre gritó:

—¿Has oído lo que te han dicho o no?

—Claro que lo he oído.

Con voz tonante, el padre preguntó:

—¿Y no puedes dar una contestación?

—¿Por qué he de darla?

Ante la impertinencia de estas palabras, el padre se puso rígido, pero no dijo nada. Birkin, para calmar la situación, dijo:

—No, no es preciso que decidas ahora mismo. Puedes dar tu respuesta cuando quieras.

Los ojos de Úrsula lanzaron destellos de luz, de una luz muy fuerte. A gritos, dijo:

—¿Y por qué he de dar una respuesta? La idea ha sido tuya, se trata de tus propios actos, y yo no tengo nada que ver con ello. ¿Por qué queréis coaccionarme?

Con ira y rencor, amargamente, el padre gritó:

—¡Coaccionarte! ¡Coaccionarte! ¡Coaccionarte! ¡Es una verdadera lástima

que no se te pueda coaccionar a que tengas un poco de decencia y de sentido común! ¡Coaccionarte! ¡Tú sí que coaccionas, terca y caprichosa criatura!

Úrsula estaba quieta, como suspendida en medio de la estancia, destellante y peligrosa la cara. Había adoptado una satisfecha actitud de reto. Birkin la miró. También él estaba irritado. En tono muy suave, y asimismo peligroso, aseguró:

—Nadie te coacciona.

Úrsula gritó:

—Sí, sí... Vosotros dos queréis obligarme a hacer algo.

Con ironía, Birkin dijo:

—Todo es fruto de tu imaginación.

El padre gritó:

—¡Imaginación! ¡Una necia terca y caprichosa, eso es lo que eres!

Birkin se levantó y dijo:

—En fin, dejémoslo por el momento.

Y sin decir más, se fue.

El padre, con suma amargura, gritaba:

—¡Necia! ¡Eres una necia!

Úrsula salió de la estancia y subió al piso superior, tarareando. Pero, en realidad, estaba muy alterada, como si acabase de librar una violenta lucha. Por la ventana, vio a Birkin alejarse, carretera arriba. Se había ido tan arrebatado por la rabia, que ella se sentía algo preocupada. Birkin era un ser ridículo, pero le temía. Úrsula tenía la impresión de haberse librado de un peligro.

Su padre estaba abajo, sentado, humillado y mortificado, sumido en la impotencia. Después de uno de aquellos inexplicables enfrentamientos con Úrsula, el padre se sentía poseído por todos los demonios. Odiaba a su hija, como si la única realidad de su ser consistiera en odiarla hasta el extremo. Parecía que llevara el infierno entero en el corazón. El padre se fue para huir de sí mismo. Le constaba que tendría que renunciar a todas las esperanzas, ceder y entregarse a la desesperación, acabando, así, de una vez para siempre, con aquellas situaciones.

La cara de Úrsula se cerró. Se encerró en sí misma, completa, para luchar contra todos. Al replegarse sobre sí misma, se tornó dura y completa, como una joya. Era brillante e invulnerable, totalmente libre y feliz, perfectamente

liberada en el dominio de sí misma. Su padre tendría que aprender a no ver aquella actitud de beatífico olvido si no quería enloquecer. Úrsula estaba intensamente radiante, teniéndolo todo en su posesión de perfecta hostilidad.

Seguiría así durante días, así, en su esplendente y franco estado de aparentemente pura espontaneidad, esencialmente olvidada de la existencia de todo salvo de la suya, pero con el interés siempre dispuesto y fácil. Ah, era muy duro para cualquier hombre estar en las proximidades de Úrsula, y su padre maldecía su paternidad. Pero el padre tendría que aprender a no verla, a no saber.

La resistencia de Úrsula era perfectamente estable cuando se encontraba en ese estado, tan esplendente, tan radiante, tan atractiva, en su pura oposición, tan pura, y, a pesar de todo, suscitando desconfianza en todos, despertando antipatía general. Era su voz, clara y repelente, lo que la traicionaba. Sólo Gudrun estaba de acuerdo con ella. En momentos como aquellos, la intimidad entre las dos hermanas llegaba a su más alto grado, de modo que parecía que tuvieran las dos una sola inteligencia. Sentían que un fuerte y esplendente vínculo de comprensión las unía, y que ese vínculo era superior a todo. Durante los días de ciega y resplandeciente abstracción e intimidad de sus dos hijas, el padre parecía respirar un aire letal, que destruía su mismísima esencia. Estaba irritado hasta la enajenación, no podía descansar, y tenía la impresión de que ambas lo estuvieran aniquilando. Pero ante ellas quedaba mudo e impotente. Y no tenía más remedio que respirar el aire de la muerte. En el fondo de su alma, las maldecía, y sólo deseaba que se fueran de su lado.

Y ellas seguían radiantes, en su fácil trascendencia de hembras, de manera que era un placer mirarlas. Se intercambiaban confidencias, y en las revelaciones que se hacían llegaban al último grado de intimidad, comunicándose hasta el último secreto. No se reservaban nada, se lo decían todo, hasta llegar al borde de la perversión. Se armaban recíprocamente de conocimientos, extraían los más sutiles sabores de la manzana de la ciencia. Era curioso ver cómo se complementaban sus respectivos sabores.

Para Úrsula, los hombres de su vida eran como hijos, se apiadaba de sus ansias, admiraba su valentía, y se maravillaba al contemplarlos, tal como la madre se maravilla ante su hijo, con cierto deleite provocado por la novedad que representaban. Mas para Gudrun eran el bando contrario. Les temía y les despreciaba, y respetaba sus trabajos, incluso en exceso.

Gudrun dijo, sin dar importancia a sus palabras:

—Desde luego, la calidad de la vida de Birkin es realmente notable. Lleva dentro una fuente de vida extraordinariamente rica, y es asombroso ver la manera en que puede entregarse a las cosas. Pero en la vida hay muchas cosas que Birkin, sencillamente, ignora. O bien no tiene la más leve idea de la

existencia de esas cosas, o bien prescinde de ellas por considerarlas triviales, a pesar de que se trata de cosas vitales para otra persona. En cierta manera, le falta inteligencia. En ciertos puntos es demasiado intenso.

Úrsula gritó:

—Sí, es como un predicador. En el fondo es un sacerdote.

—Exactamente. No puede oír lo que los demás tienen que decir. Sencillamente, no puede. Su propia voz es tan alta que se lo impide.

—Sí. Habla a gritos, y sus gritos acallan.

Gudrun repitió estas palabras:

—Sus gritos acallan. Por la fuerza de la violencia sencillamente. Y, desde luego, no tiene remedio. Con la violencia no se convence a nadie. Por eso es imposible hablar con él. Y vivir con él me parece que es todavía peor que imposible.

Úrsula le preguntó:

—¿Crees que es imposible vivir con él?

—Creo que ha de ser muy fatigoso, agotador. Seguramente la mantendría a una callada constantemente con sus gritos, y una tendría que seguir toda la vida su manera de ser, sin posible remedio. Seguramente se empeñaría en dirigirla a una en todo. No puede permitir que haya cerca de él otra mente que no sea la suya. Y además, el verdadero punto débil de su inteligencia es la falta de facultad autocrítica. Creo que vivir con Birkin sería totalmente intolerable.

Vagamente, Úrsula asintió:

—Sí...

Sólo en parte estaba de acuerdo con Gudrun. Y añadió:

—El inconveniente consiste en que casi todos los hombres han de resultar intolerables después de convivir quince días.

—Sí, es realmente horroroso. Pero Birkin es terriblemente impositivo. No toleraría que dieras muestras de tener alma. Esto, en su caso, es una verdad literal.

—Sí. Estás obligada a tener su alma.

—Exactamente. ¿Y cabe imaginar algo más letal?

Esto último también era una verdad tan cierta que Úrsula sintió que la más fea sensación de desagrado le rasgaba el alma.

Y, a partir de esa conversación, vivió con ese desagrado desgarrando y

torturando su ser, en la más estéril desdicha.

Luego comenzó a estar en desacuerdo con Gudrun y a apartarse de ella. Gudrun daba cuenta de la vida de una manera excesivamente tajante, infundía fealdad y carácter definitivo a todo lo que decía. En realidad, incluso en el caso de que todo fuera tal como Gudrun decía, en el caso de Birkin había otros detalles que también eran verdad. Pero Gudrun trazaba dos rayas debajo de Birkin, dejándole al margen, tachado, como una cuenta cerrada y saldada. Y así quedaba Birkin, reducido a una cifra total, pagada, saldada, liquidada. Y eso constituía una gran mentira. Este carácter decisivo de todo lo que Gudrun decía, este despachar a la gente y las cosas con una sola frase, era una gran mentira. Úrsula comenzó a rebelarse contra su hermana.

Un día, mientras las dos paseaban por el sendero, vieron un petirrojo posado en la más alta rama de un arbusto, cantando con voz aguda. Se detuvieron para contemplarlo. En el rostro de Gudrun se formó una sonrisa irónica. Sin dejar de sonreír, dijo:

—Se siente importante, ¿eh?

Con una mueca irónica, Úrsula exclamó:

—¡Sí! ¡Es un pequeño Lloyd George del aire!

Satisfecha, Gudrun gritó:

—¡Efectivamente! ¡El pequeño Lloyd George del aire! ¡Todos son exactamente eso!

A partir de entonces, durante días, aquellos persistentes y molestos pajarillos fueron para Úrsula pequeños y gruesos políticos alzando la voz en la tribuna, hombrecillos que tenían que hacerse oír a toda costa.

Pero Úrsula tenía que rebelarse incluso contra eso. Un día, una bandada de verderones cruzó rápidamente el aire, ante ella, en el camino. Y le parecieron tan extraños e inhumanos como raudos dardos de amarillos destellos, cruzando el aire para cumplir una rara función vital, que se dijo: «Después de todo, hace falta mucho descaro para decir que todos los pájaros son como pequeños Lloyd Georges. En realidad, son seres desconocidos para nosotros, son fuerzas desconocidas. Es una impertinencia considerarlos como si fuesen seres humanos. Pertenecen a otro mundo. ¡Qué estúpido antropomorfismo! Gudrun es verdaderamente descarada, insolente, se convierte en la vara que lo mide todo, lo rebaja todo a criterios humanos. Rupert tiene toda la razón, los seres humanos son aburridos y pintan el universo a su propia imagen y semejanza. El universo es no-humano, a Dios gracias». Le parecía una irreverencia, destructiva de cuanto es verdadera vida, transformar a los pájaros en pequeños Lloyd Georges. No sólo era mentir, en perjuicio de los petirrojos, sino

difamarlos. Y, a pesar de ello, eso era lo que ella había hecho. Aunque bajo la influencia de Gudrun, lo cual la eximía de toda responsabilidad.

De esa manera, Úrsula se alejó de Gudrun y de cuanto ésta representaba, y su espíritu volvió a orientarse hacia Birkin. No le había visto desde el fracaso de su propuesta matrimonial. No quería verle porque no deseaba que la pusiera en el aprieto de tener que dar una contestación. Úrsula sabía cuáles eran las intenciones de Birkin al pedirle que se casara con él. Lo sabía vagamente, sin palabras. Sabía la clase de amor, la clase de entrega que Birkin quería. Y Úrsula dudaba de que ésa fuera la clase de amor que ella deseaba. No estaba segura, ni mucho menos, de que aquel vivir recíprocamente al unísono en la separación, fuera lo que deseaba. Quería indecibles intimidades. Quería tener a Birkin, total y definitivamente como algo suyo, en una intimidad absolutamente indecible. Quería sorber a Birkin como se sorbe un elixir de vida. Úrsula se hacía a sí misma grandes juramentos de su plena disposición y voluntad de calentar las plantas de los pies de Birkin entre sus senos, a la manera dicha en el nauseabundo poema de Meredith. Pero sólo con la condición de que Birkin, su amor, la amara de una manera absoluta, con total abandono de sí mismo. Y Úrsula tenía la sutileza precisa para darse cuenta de que Birkin jamás se entregaría íntegramente a ella. Birkin no creía en la total entrega. Lo decía con toda claridad. Ése era su reto. Y estaba dispuesta a luchar con él, aceptando el reto. Sí, por cuanto creía en la absoluta sumisión al amor. Creía que el amor era muy superior al individuo. Birkin decía que el individuo era más que el amor y que cualquier tipo de relación. Según Birkin, el alma esplendente e individual aceptaba el amor como uno más de sus factores condicionantes, el factor del equilibrio del alma. Úrsula creía que el amor lo era todo. El hombre tenía que entregarse a ella. Y ella debía saciarlo por completo. Si el hombre se convertía en su hombre de una manera total, ella, a cambio, se convertiría en su sumisa esclava, tanto si ella quería como si no.

20. LOS GLADIADORES

Después del fracaso de su propuesta matrimonial, Birkin había salido de Beldover, ciega y apresuradamente, llevado por una oleada de furia. Estimaba que se había comportado como un necio, y que la escena, en su integridad, había sido una farsa. Pero eso no le preocupaba en absoluto. Le irritaba profundamente, provocando en él burlón desprecio, el que Úrsula hubiera insistido en aquel viejo grito: «¿Por qué me coaccionáis?», y que jamás hubiera abandonado su aire esplendente e insolentemente abstraído.

Birkin fue directamente a Shortlands. Allí encontró a Gerald, en pie de espaldas al fuego del hogar, en la biblioteca, inmóvil como quien se encuentra en un estado de total y vacía inquietud, absolutamente hueco. Gerald había realizado todo el trabajo que se había propuesto, y ya no tenía nada que hacer. Podía salir en automóvil e ir a la ciudad. Pero no quería salir en automóvil ni quería ir a la ciudad, y tampoco quería visitar a los Thirlby. Se encontraba suspenso e inmovilizado, sumido en la agonía de la inercia, igual que una máquina que ha dejado de recibir suministro eléctrico.

Eso era muy amargo para Gerald, que jamás había sabido lo que era el aburrimiento, que sólo había abandonado una actividad para entregarse a otra, que nunca se había encontrado sin nada que hacer. Poco a poco, todo iba deteniéndose en su interior. Ya no quería hacer las cosas que podía hacer. Había en él algo muerto que se negaba a reaccionar ante toda propuesta. Pensó qué podía hacer para evitar los sufrimientos de aquella nada, para aliviar la presión de aquel vacío. Y descubrió que sólo había tres cosas que le excitaban, que le hacían vivir. Una de ellas era beber o fumar hachís, la otra era que Birkin le tranquilizara y la tercera eran las mujeres. Y en aquellos momentos no tenía con quién beber. Y tampoco tenía mujer. Sabía que Birkin se había ausentado. En consecuencia, a Gerald no le quedaba más remedio que soportar la tensión de su propia vaciedad.

Cuando vio a Birkin, una maravillosa sonrisa iluminó su cara. Gerald dijo:

—Rupert, he llegado a la conclusión de que en este mundo todo carece de importancia, salvo la presencia de alguien capaz de limar las aristas de la soledad. Sin embargo, ese alguien ha de ser siempre la persona adecuada.

La sonrisa que destellaba en sus ojos mientras tenía la vista fija en Birkin era asombrosa. Era un puro esplendor de alivio. Gerald tenía la cara pálida, incluso macilenta. No sin despecho, Birkin dijo:

—La mujer adecuada, supongo que quieres decir.

—Desde luego, cuando se puede elegir. Pero si uno no puede encontrar a esa mujer, basta con un hombre divertido.

Gerald dijo estas palabras riendo. Birkin se sentó junto al fuego y preguntó:

—¿Qué estabas haciendo?

—¿Yo? Nada. Me encuentro en un mal momento. Parece que lo tenga todo en contra. Soy incapaz de trabajar y tampoco puedo divertirme. Quizá se deba a que envejezco. Sí, eso se debe a los años, estoy seguro.

—¿Quieres decir que te aburres?

—Pues no sé si me aburro. No sé qué hacer. Tengo la impresión de estar

poseído por el diablo, o todo lo contrario: que el diablo ha muerto.

Birkin alzó la vista, miró a los ojos a Gerald, y dijo:

—Lo mejor que puedes hacer es golpear algo.

Gerald repuso sonriendo:

—Si fuera algo digno de ser golpeado al menos...

Con voz suave, Birkin se mostró de acuerdo:

—Exactamente.

Hubo una larga pausa, durante la cual ambos tenían aguda conciencia de la presencia del otro. Birkin dijo:

—Hay que saber esperar.

—¡Oh, Dios! ¡Esperar! ¿Esperar qué?

—No sé quién dijo que hay tres curas para el ennui, a saber: dormir, beber y viajar.

—Tonterías. Mientras duermes, sueñas, mientras bebes, maldices, y mientras viajas siempre insultas a un maletero o a alguien. No. Los dos únicos remedios son el trabajo y el amor. Uno debería trabajar y en los momentos en que no trabaja, amar.

—Hazlo.

—Dame el objeto idóneo. Las posibilidades del amor son de tal naturaleza, que ellas mismas se consumen.

—¿Sí? ¿Y luego qué pasa?

—Luego uno se muere.

—Pues deberías morirte.

Gerald replicó:

—No opino igual.

Gerald sacó las manos de los bolsillos de los pantalones y cogió un cigarrillo. Estaba tenso y nervioso. Encendió el cigarrillo en la llama de una lámpara, inclinando el cuerpo hacia delante y chupando largamente. Como de costumbre, se había vestido de etiqueta para cenar, a pesar de que estaba solo. Birkin dijo:

—Hay una tercera cosa además de las dos que has dicho. Sí, son tres: trabajo, amor y lucha. Has olvidado la lucha.

—Pues sí, tienes razón. ¿Has boxeado alguna vez?

Birkin repuso:

—No, nunca.

Gerald levantó la cabeza y exhaló el humo del tabaco hacia lo alto, exclamando:

—Lástima.

—¿Por qué?

—Por nada. Pensaba que podríamos librar un asalto de boxeo. Quizá sea verdad que necesito golpear algo. No es mal consejo, no.

Birkin dijo:

—¿Y por eso se te ha ocurrido golpearme a mí?

—¿A ti? Bueno... Pues quizá... Aunque amistosamente, desde luego.

Mordaz, Birkin repuso:

—Claro...

Gerald estaba en pie, con la espalda apoyada en el canto de la repisa del hogar. Bajó la vista para mirar a Birkin, y en sus ojos apareció un destello parecido al del terror. Eran ojos parecidos a los del caballo semental, inyectados en sangre y fatigados, y dirigiendo la mirada hacia su propio interior, rígidamente aterrados, dijo:

—Creo que si no ando con cuidado, cualquier día cometeré una tontería.

Fríamente, Birkin le preguntó:

—¿Y por qué no la haces?

Gerald escuchaba las palabras de Birkin con nerviosa impaciencia. No dejaba de mirarlo, de arriba abajo, como si pretendiera descubrir algo en él. Birkin dijo:

—Tiempo atrás, practiqué un poco la lucha japonesa. En Heidelberg compartí una casa con un japonés, y me enseñó un poco la lucha que se practica en el Japón. La verdad es, sin embargo, que no llegué a ser muy bueno que digamos...

—¿De veras? Nunca he visto combates de esa clase. Supongo que te refieres al jiu-jitsu.

—Efectivamente. Pero nunca me destacué en esa clase de deportes. No me interesan.

—¿No? Pues a mí sí. ¿Cuál es la base de esa lucha?

—Si quieres, te haré una demostración práctica.

—¿De veras?

Una extraña sonrisa iluminó la cara de Gerald unos instantes. Gerald añadió:

—Oye, me gustaría mucho que lo hicieras.

—Bueno, pues haremos jiu-jitsu. Sin embargo, poco jiu-jitsu se puede hacer con camisa almidonada.

—Pues desnudémonos y hagámoslo como Dios manda. Pero espera, espera un instante.

Tocó el timbre y aguardó la llegada del mayordomo. Cuando éste entró, Gerald le dijo:

—Traiga un par de bocadillos y una botella de sifón. Y no se preocupe más de mí esta noche. Que nadie me moleste, por favor.

El mayordomo se fue. Gerald miró con ojos destellantes a Birkin, a quien preguntó:

—¿Y practicabas el jiu-jitsu con un japonés? ¿Os desnudabais?

—A veces.

—¿De veras? ¿Y era buen luchador el tipo?

—Creo que sí. No soy buen juez en esa materia. Era muy rápido, resbaladizo y estaba lleno de energía eléctrica. Es increíble esa curiosa especie de fuerza fluida que al parecer tiene esa gente. No te agarran como seres humanos, sino como pulpos.

Gerald movió afirmativamente la cabeza:

—Ya lo imagino. Basta con verlos. La verdad es que me repugnan un poco.

—Repugnan y atraen al mismo tiempo. Son muy repulsivos cuando están fríos y tienen aspecto grisáceo. Pero cuando se calientan y excitan, tienen una muy perceptible fuerza de atracción, algo así como un fluido eléctrico se desprende de ellos... Son como anguilas.

—Ya... sí... es probable.

El mayordomo entró, dejando una bandeja en la estancia. Gerald le dijo:

—No queremos nada más. No vuelva a entrar.

La puerta se cerró. Gerald dijo:

—Bueno, ¿nos desnudamos y comenzamos? ¿Quieres tomar un trago antes?

—No.

—Yo tampoco.

Gerald cerró la puerta con pestillo y arrinconó los muebles. El cuarto era amplio, había mucho espacio, y el suelo estaba cubierto con una gruesa alfombra. A continuación, Gerald se quitó rápidamente la ropa, y esperó a que Birkin lo hiciera.

Por fin éste, blanco y delgado, se dirigió hacia Gerald. Birkin era antes una presencia que un objeto visible. Gerald le percibía perfectamente, aunque de manera que apenas podía decirse fuera visual. Contrariamente, Gerald era un ser concreto y perceptible, era pura y definida sustancia. Birkin dijo:

—Ahora voy a enseñarte lo que aprendí, lo que recuerdo. Deja que te coja, así...

Y las manos de Birkin cogieron el cuerpo desnudo del otro hombre. En el instante siguiente, Birkin había volteado a Gerald, y lo tenía con el cuerpo apoyado en su rodilla, cabeza abajo. Tranquilo, Gerald se puso en pie de un salto, destellantes los ojos.

Dijo:

—Muy inteligente. Anda, Pruébalo otra vez.

Y así los dos hombres comenzaron a luchar. Eran muy diferentes. Birkin, alto y flaco, con huesos delgados, delicados. Gerald era mucho más pesado y plástico. Tenía huesos fuertes y de redondeados contornos, extremidades torneadas, todas sus líneas eran bellas y de trazo seguro. Parecía mantenerse en pie sobre la faz de la tierra gracias a un peso adecuado, recio, en tanto que Birkin parecía tener su centro de gravitación en la parte media del cuerpo. Gerald estaba dotado de una fortaleza firme, agresiva, un tanto mecánica, aunque de acción rápida e invencible. Birkin, por el contrario, tenía una naturaleza abstracta, casi intangible. Gravitaba de manera invisible sobre el otro, de manera que apenas parecía tocarle, como una prenda de vestir, y de repente se lanzaba hacia delante, atacando al otro con una presa tensa y delicada que parecía penetrar hasta el mismo núcleo central del ser de Gerald.

Detenían la lucha, discutían acerca de métodos, practicaban presas y golpes, y así se iban acostumbrando el uno al otro, cada cual al ritmo del otro, llegando a una especie de conocimiento físico mutuo. Y luego volvían a luchar de veras. Causaban la impresión de que la blanca carne de cada uno de ellos penetrara más y más profundamente en la del otro, como si quisieran fundirse en un solo ser. Birkin tenía unas energías potentes y sutiles que se proyectaban en el otro hombre con fuerza increíble, aplastándole como si un mágico peso hubiera sido puesto encima de él. Luego el peso desaparecía, y Gerald, liberado, jadeaba, efectuando movimientos de blancos destellos, deslumbrantes.

De esa manera, los dos hombres se entrelazaban entre sí, luchando uno con otro, acercándose más y más. Los dos eran blancos y limpios, pero el cuerpo de Gerald adquirió un color rojo, bello, en los lugares en que era tocado, en tanto que Birkin seguía blanco y tenso. Birkin causaba la impresión de penetrar en la parte más sólida y más difusa del cuerpo de Gerald, de fundir su cuerpo en el del otro, atravesándolo, como si quisiera someterlo sutilmente, percibiendo siempre, por un rápido y fatal conocimiento previo, todos los movimientos de la carne del otro, transmutándola y contrarrestándola, jugando con las extremidades y el tronco de Gerald como un fuerte viento. Toda la inteligencia física de Birkin quedaba interpenetrada con el cuerpo de Gerald, de manera que la delicada y sublimada energía de Birkin penetraba en la carne de Gerald, más recio, como una extraña potencia, lanzando sobre él una sutil malla, una cárcel, a través de los músculos en las últimas profundidades del ser físico de Gerald.

Luchaban en rápidos movimientos, entregados, y, por fin, sin pensar, como dos esenciales figuras blancas progresando hacia una más prieta e íntima unidad de lucha, formando extraños nudos de pulpo, mientras sus extremidades lanzaban destellos a la tenue luz de la estancia. Un tenso y blanco nudo de carne se apretaba en silencio, entre los muros formados por viejos libros pardos. De vez en cuando, se oía un súbito respingo, o un sonido parecido al del suspiro, y luego venía el rápido y sordo sonido de los movimientos sobre el suelo cubierto por la gruesa alfombra, y después el extraño sonido de la carne al escapar debajo de otra carne. A menudo, en el blanco e intrincado nudo del ser violentamente vivo que se balanceaba silenciosamente, no se veía ninguna cabeza, sólo las rápidas y tensas extremidades, las blancas y firmes espaldas, la física conjunción de sus cuerpos formando una prieta unidad. Después aparecía la reluciente y despeinada cabeza de Gerald, en el momento en que la fase de la lucha cambiaba, y, durante otro instante la cabeza castaña, sombría, del otro hombre se alzaba de aquella masa, con los ojos dilatados, temibles, sin vista.

Por fin, Gerald quedó tumbado inerte en la alfombra, con el pecho levantándose y hundiéndose en un recio y lento jadeo, mientras Birkin permanecía arrodillado sobre él, casi inconsciente. Birkin estaba mucho más fatigado que el otro. Respiraba en inhalaciones breves y rápidas. En realidad, apenas podía respirar. Tenía la impresión de que la tierra se inclinara y se balanceara, y una total oscuridad invadía su mente. Ignoraba lo que había ocurrido. Resbaló, cayendo sobre Gerald, quedando en total inconsciencia, y Gerald ni siquiera se dio cuenta. Luego recuperó en parte los sentidos, y sólo se hizo cargo de las extrañas inclinaciones y balanceos de la tierra. El mundo resbalaba, todo resbalaba penetrando en la oscuridad. Y también él resbalaba interminablemente, se alejaba desliziéndose.

Recuperó los sentidos cuando oyó un fuerte golpe fuera de la estancia. ¿Qué ocurría, qué era aquel resonante golpeteo de martillos que estremecía la casa? No lo sabía. Y entonces se dio cuenta de que se trataba de los latidos de su propio corazón. Le pareció imposible, ya que el sonido parecía venir de fuera. Pero no, era en su interior, era su propio corazón. Y aquel latir forzado, sobrecargado, le producía dolor. Se preguntó si Gerald lo oía. Birkin ignoraba si se encontraba en pie, tumbado o cayendo.

Cuando comprendió que había caído, hallándose postrado sobre el cuerpo de Gerald, se sorprendió. Consiguió sentarse, quedando con las manos apoyadas para conservar así el equilibrio, en espera de que el corazón fuera apaciguándose y le doliera menos. Le dolía mucho aquel latido que le privaba de sentir.

Gerald estaba aún menos consciente que Birkin. Atontados, en una especie de no-ser, esperaron muchos minutos que no pudieron contar, ni siquiera conocer.

Jadeando, Gerald dijo:

—Desde luego, no hubiera debido ejercer mi fuerza contigo, hubiera debido contenerme.

Birkin oyó el sonido de estas palabras como si su propio espíritu estuviera a sus espaldas, fuera de él, y lo escuchara. Su cuerpo estaba exhausto y su espíritu oía débilmente. Su cuerpo no podía contestar. Sin embargo, se daba cuenta de que el latir de su corazón se iba acompasando. Se sentía totalmente dividido entre su espíritu, que estaba fuera de él y gozaba de conocimiento, y su cuerpo, que no era más que un inconsciente caudal de sangre que caía y caía.

Gerald volvió a hablar, todavía jadeando:

—Si hubiese empleado la violencia, hubiera podido tumbarte. Pero me has ganado, es verdad.

Endureciendo la garganta y formando las palabras en la tensión que en ella había, Birkin repuso:

—Sí, eres mucho más fuerte que yo. Hubieras podido ganarme fácilmente.

Después Birkin se relajó de nuevo, entregándose al terrible precipitarse de su corazón y de su sangre. Sin dejar de jadear, Gerald dijo:

—Me ha sorprendido tu fortaleza. Es casi sobrenatural.

—Durante unos instantes, sí.

Birkin aún oía los sonidos igual que si fuera su espíritu, desplazado de su cuerpo y un poco alejado, lo que percibiera los sonidos. Sin embargo, su

espíritu se estaba acercando a él. Y los violentos golpes de la sangre en su pecho se acallaban poco a poco, permitiendo que su mente volviera a él. Se dio cuenta de que estaba inclinado hacia atrás, apoyando todo el peso de su cuerpo en el suave cuerpo del otro hombre. Eso le sobresaltó, ya que pensaba que se había apartado de él. Se recobró y se sentó con el tronco erguido. Pero aún tenía una sensación de inestabilidad y confusión. Movi6 el brazo para apoyarse con la mano, y su mano toc6 la de Gerald, que reposaba en el suelo. Y la mano de Gerald se cerr6 s6bitamente sobre la de Birkin, quedando los dos agotados y sin aliento, cogidos prietamente de la mano. La mano de Birkin fue la que, en r6pida reacci6n, hab6a oprimido fuerte y c6lidamente la mano del otro. El apret6n de Gerald hab6a sido brusco y pasajero.

Sin embargo, el normal estado de conciencia iba regresando, volv6a lentamente. Birkin casi respiraba normalmente. La mano de Gerald se apart6 despacio de la de Birkin; 6ste, lentamente, atontado, se puso en pie y se dirigi6 hacia la mesa. Se sirvi6 un whisky con soda. Gerald tambi6n se acerc6 a la mesa en busca de una bebida.

Mirando con ojos entenebrecidos a Gerald, Birkin dijo:

—Ha sido una buena pelea, ¿verdad?

—Ya lo creo.

Despu6s de decir estas palabras, Gerald dirigi6 la vista al delicado cuerpo del otro hombre y a6adi6:

—¿No habr6a sido un esfuerzo excesivo para ti?

—No. Deber6amos luchar, esforzarnos y estar f6sicamente cerca los unos de los otros. Da sensatez.

—¿T6 crees?

—S6. ¿T6 no lo crees as6?

Gerald dijo:

—S6, tambi6n.

Entre las frases que intercambiaban, mediaban largos silencios. La lucha hab6a tenido para los dos un profundo significado, un significado inacabado...

—Somos mental y espiritualmente 6ntimos, y, en consecuencia, deber6amos ser tambi6n f6sicamente 6ntimos... As6 ser6a una relaci6n m6s integral.

Gerald repuso:

—Ciertamente.

Luego se ech6 a re6r complacido y a6adi6:

—A mí me parece maravilloso.

Y estiró los brazos en movimiento de felicidad. Birkin observó:

—Lo es. Sin embargo, ignoro por qué tenemos que justificarnos.

—Es que no hay por qué.

Los dos hombres comenzaron a vestirse. Birkin dijo a Gerald:

—Y, además, estimo que eres hermoso, lo cual es un gozo. Debemos gozar de lo que se nos ofrece.

Con destellos en los ojos, Gerald preguntó:

—Estimas que soy hermoso, ¿quieres decir físicamente hermoso?

—Sí. Tienes belleza nórdica, como la de la luz reflejada por la nieve, y formas hermosas, plásticas. Y es preciso gozar de eso también. Deberíamos gozar de todo.

Gerald emitió una risa gutural y dijo:

—Desde luego, no deja de ser un punto de vista. Por mi parte, puedo decir que me siento mejor. Ciertamente me ha hecho bien. ¿Es esto la Brüderschaft que querías?

—Quizá. ¿Crees que eso compromete a algo?

Riendo, Gerald repuso:

—No lo sé.

—De todos modos, ahora nos sentimos mejor, más abiertos, y eso queríamos.

—Ciertamente.

Se acercaron al fuego, con las botellas, los vasos y la comida. Gerald dijo:

—Siempre como poco antes de acostarme. Así duermo mejor.

—Pues a mí me ocurre todo lo contrario.

—¿Sí? Pues ya ves; no somos iguales. Voy a ponerme la bata.

Birkin se quedó solo, con la vista fija en el fuego. Volvió a pensar en Úrsula. Parecía que Úrsula volvía a ocupar su conciencia. Gerald regresó ataviado con una bata de seda, con anchas franjas negras y verdes, reluciente y llamativa. Mirando la larga bata, Birkin observó:

—Te sienta muy bien.

—Me gusta. Es un caftán de Bojara.

—Me gusta.

Birkin guardó silencio, mientras pensaba en lo muy escrupuloso que era Gerald en materia de indumentaria, y, también, en lo mucho que gastaba en ella. Llevaba calcetines de seda, gemelos bellamente trabajados, ropa interior de seda, y tirantes de seda. ¡Curioso! Ésa era otra de las diferencias que mediaban entre los dos. Birkin era descuidado y carecía de imaginación en lo tocante a su aspecto externo.

Como si hubiera estado pensando en el asunto, Gerald dijo:

—Desde luego hay algo curioso en ti. Eres sorprendentemente fuerte. Uno no lo espera, y queda sorprendido.

Birkin se echó a reír. Miraba la apuesta figura del otro hombre, rubio y señorial con la elegante bata, y pensaba, a medias, en las diferencias que mediaban entre los dos. Eran muy distintos, tan diferentes quizá como el hombre lo es de la mujer, aunque en el mismo sentido. Pero en realidad era Úrsula, la mujer, quien iba adquiriendo ascendencia sobre Birkin en aquellos instantes. Bruscamente, Birkin dijo:

—¿Sabes que esta noche he pedido a Úrsula Brangwen que se casara conmigo?

Birkin contempló cómo un asombro interrogante y esplendente se apoderaba de la cara de Gerald, quien dijo:

—No me digas...

—Sí. Y casi con todas las formalidades, hablando primero con el padre, tal como está mandado... Aunque eso fue por pura casualidad, o, mejor dicho, por pura maldad, o casi.

Gerald le miraba intrigado, como si no acabara de comprender lo que Birkin le decía. Por fin dijo:

—Oye, veamos... ¿quieres decir que tú has ido, con toda seriedad, a pedir al padre la mano de Úrsula?

Birkin repuso:

—Sí, eso he hecho.

—¿Y habías hablado de esto con Úrsula antes de ir allá?

—No, no le había dicho ni media palabra. De repente se me ocurrió ir y pedir a Úrsula que se casara conmigo, pero resulta que me recibió su padre, y, por lo tanto, he hablado primero con el padre.

—¿Y le has pedido la mano de su hija?

—Pues sí... Eso.

—¿Y no has hablado con ella?

—¡Claro que sí! Ha llegado un poco después. Y, en consecuencia, le he pedido que se casara conmigo.

—¡Vaya! ¿Y qué ha dicho? ¿No serás, en estos instantes, un hombre prometido en matrimonio?

—No. Úrsula sólo ha dicho que no quería que la coaccionáramos para que diera una contestación u otra.

—¿Qué ha dicho?

—Que no quería que la obligáramos a contestar mediante coacciones.

—¿«Que no quería que la obligarais a contestar mediante coacciones»? ¿Y qué ha querido decir con eso?

Birkin se encogió de hombros y repuso:

—No lo sé. Supongo que no quería preocupaciones de ese tipo en aquel instante.

—¿Es posible? ¿Y tú que has hecho?

—Me he ido y he venido aquí.

—¿Directamente?

—Sí.

Gerald miraba a Birkin, asombrado y divertido. No acababa de creer lo que su amigo le decía. Gerald insistió:

—¿Es verdad lo que dices? ¿Ha ocurrido realmente así?

—Literalmente.

—No puede ser...

Gerald se reclinó en la silla, disfrutando, divertido, y dijo:

—Tiene gracia. Y luego has venido aquí para luchar con tu ángel bueno, ¿no es así?

—¿Así lo interpretas?

—Es evidente. ¿O no es eso lo que has hecho?

Birkin no acertaba a desentrañar el significado de las palabras de Gerald. Éste preguntó:

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Vas a mantener tu propuesta matrimonial o

la retirarás?

—Creo que la mantendré. Cuando he salido de aquella casa, los he mandado a todos, mentalmente, al infierno. De todas maneras, dentro de poco volveré a pedir a Úrsula que se case conmigo.

Mirándole fijamente, Gerald le preguntó:

—¿Le tienes mucho afecto?

La cara de Birkin expresó fijeza y gran quietud al contestar:

—Creo que la amo.

Durante unos momentos Gerald estuvo esplendente de placer, como si todo lo que Birkin le contaba hubiera sido hecho con el fin de complacerle a él particularmente. Después su cara adquirió la pertinente expresión de gravedad. Gerald efectuó un lento movimiento afirmativo con la cabeza y dijo:

—Yo siempre he creído en el amor, en el amor verdadero, pero ahora ¿dónde lo encuentras?

—No lo sé.

—Muy rara vez se encuentra.

Después de una pausa, Gerald añadió:

—Nunca he sentido eso que se llama amor. He ido detrás de algunas mujeres, y me he interesado muchísimo por algunas de ellas, pero nunca he sentido amor propiamente dicho. Creo que jamás he sentido por una mujer tanto amor como el que siento por ti. Y conste que me refiero a amor. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí. Estoy seguro de que jamás has amado a una mujer.

—¿También lo crees tú? ¿Y piensas que jamás amaré a una mujer? ¿Comprendes lo que quiero decir?

Gerald se llevó la mano al pecho, y, teniéndola allí, la cerró en crispado puño, como si quisiera arrancarle algo, y añadió:

—Quiero decir que jamás sentiré ese... ese... No puedo expresar lo que es, aunque sé lo que es.

Birkin dijo:

—Piensa en lo que es, y dilo.

—Es que no puedo expresarlo con palabras. De todas maneras, me refiero a algo duradero, algo que jamás podrá cambiar...

Gerald tenía la mirada brillante e intrigada. Angustiado, preguntó:

—¿Realmente, tú crees que llegará el momento en que podré sentir esto por una mujer?

Birkin le miró, meneó negativamente la cabeza y dijo:

—No lo sé. No puedo decirlo.

Gerald había esperado alerta la contestación de Birkin, como si en ella estuviera su destino. Luego se retrepó en su asiento y dijo:

—No. Yo tampoco lo sé.

Birkin dijo:

—Tú y yo somos diferentes. Y no puedo saber, ni mucho menos, lo que será tu vida.

—No, de la misma manera que tampoco yo puedo saberlo. Sin embargo, te diré que comienzo a dudar que llegue a sentir eso por una mujer.

—¿Quieres decir que dudas que llegues a amar a una mujer?

—Bueno... pues sí, con lo que se podría denominar verdadero amor.

—¿Realmente lo dudas?

—Bueno... comienzo a dudar.

Hubo una larga pausa. Luego Birkin dijo:

—La vida ofrece muchas posibilidades. No hay sólo un camino.

—Sí, yo también creo eso. Y te advierto una cosa: poco me importa lo que me ocurra... Sí, me da igual, pase lo que pase... Siempre y cuando no sienta...

Hizo una pausa. Una expresión de vacío, de esterilidad cruzó su cara, como si quisiera expresar con ella sus sentimientos, y prosiguió:

—Siempre y cuando sienta que he vivido, de una manera o de otra... Y me importa poco cuál sea esa manera... Pero quiero sentirme...

Birkin dijo:

—Realizado.

—Bueeeeno... quizá sea eso: realizado. Ocurre que tú y yo no empleamos las mismas palabras.

—Da lo mismo.

21. EN EL UMBRAL

Gudrun se encontraba en Londres, realizando una pequeña exposición de sus obras; se hallaba allí con una amiga, preparando su huida de Beldover. Pasara lo que pasara, transcurrido muy poco tiempo, emprendería viaje. En Londres recibió una carta de Winifred Crich, adornada con dibujos:

Papá también ha estado en Londres para que le vieran los médicos. El viaje le cansó mucho. Los médicos dicen que tiene que descansar mucho, por lo que se pasa casi todo el día en cama. Me ha traído un loro tropical de porcelana, hecho en Dresde, y un hombre arando, y dos ratones subiendo por un palo, también de porcelana. Los ratones son de Copenhague. Los ratones son lo mejor, a pesar de que no brillan mucho, pero por lo demás son muy buenos, con las colas largas y delgadas. Todo brilla como si fuera de cristal. Desde luego se debe al esmalte, pero la verdad es que el brillo no me gusta mucho. A Gerald lo que le gusta más es el hombre arando, que tiene los pantalones rotos, y ara con un buey y es, supongo, un campesino alemán. Es todo gris y blanco, con la camisa blanca y los pantalones grises, pero muy brillante y muy limpio. Al señor Birkin le gusta más la chica debajo de un espino en flor, con un cordero y con una falda con narcisos pintados, en la sala de estar. Pero es una tontería, porque el cordero no es un cordero de verdad, y la chica también es tonta.

Querida señorita Brangwen, espero que vuelva pronto porque aquí la echamos mucho de menos. Le mando un dibujo de papá, sentado en la cama. Papá dice que espera que no nos va usted a dejar. Querida señorita Brangwen, estoy segura de que no lo hará. Vuelva pronto, que dibujaremos los hurones, que son una preciosidad, y los bichos más nobles del mundo. Podemos hacer una talla con los hurones, en madera de acebo, jugando, y poniendo hojas verdes detrás. Tenemos que hacerlo porque son muy hermosos.

Papá dice que podríamos tener un taller. Gerald dice que podríamos tener un taller grande y hermoso encima del establo, y que sólo falta hacer ventanas en el techo, que está inclinado, lo cual es muy sencillo. Entonces usted podría estar todo el día en casa, y podríamos vivir en el taller, como dos artistas de verdad, como el hombre del cuadro que tenemos en el vestíbulo, con la sartén y las paredes cubiertas de cuadros. Tengo muchas ganas de ser libre y de vivir la vida libre que viven los artistas. Incluso Gerald dijo a papá que sólo los artistas son libres, porque viven en un mundo de creación que es suyo...

En esta carta, Gudrun vio cuáles eran las intenciones de la familia Crich. Gerald deseaba que ella se incorporara a Shortlands, y utilizaba a Winifred a modo de exploradora. El padre, que sólo pensaba en Winifred, veía en Gudrun una roca de salvación. Y Gudrun admiraba la perspicacia del padre. Además, la niña era realmente excepcional. Gudrun quedó satisfecha. Estaba plenamente dispuesta, si le proporcionaban aquel taller, a pasarse el día en Shortlands. Estaba absolutamente harta de la escuela elemental. Quería ser

libre. Si le proporcionaban un taller, podría seguir con su trabajo, y esperar el desarrollo de los acontecimientos con total serenidad. Y además estaba verdaderamente interesada en Winifred, estaba dispuesta a hacer cuanto fuera preciso para llegar a comprender a la niña.

El caso es que el regreso de Gudrun a Shortlands constituyó un gran acontecimiento para todos, debido a la importancia que tenía para Winifred.

Sonriendo, Gerald dijo a su hermana:

—Debes preparar un ramo de flores para dárselo a la señorita Brangwen cuando llegue.

Winifred gritó:

—¡Oh, no! Es una tontería.

—No, señorita, de ninguna manera. Es una atención normal y corriente, y, además, encantadora.

Con la extrema mauvaise honte propia de sus años, Winifred protestó tozudamente:

—¡Es una tontería!

Sin embargo, la idea le gustaba. Y deseaba ardientemente llevarla a la práctica. Anduvo por el invernadero mirando caprichosamente las flores. Y, cuanto más miraba, más ansiaba formar un ramo con las flores que veía, y más fascinada iba quedando con su visión de la pequeña ceremonia, y más avasalladora era la timidez y la inhibición que sentía, con todo lo cual quedó casi fuera de sí de excitación. No podía apartar la idea de su cabeza. Era como si le hubieran dirigido un reto obsesionante, y ella no osara recoger el guante. El caso es que Winifred volvió a los invernaderos y examinó las adorables rosas en sus tiestos, las virginales artanitas y las místicas flores blancas agrupadas de la planta trepadora. Todas las flores eran bellas, muy bellas, y Winifred pensaba que sería una dicha paradisiaca poder preparar un ramo perfecto para dárselo a Gudrun al día siguiente, cuando llegara. La pasión y la total indecisión que experimentaba la niña casi la pusieron enferma.

Por fin, acudió al lado de su padre:

—Papá...

—Dime, preciosa.

Pero Winifred se quedó callada, casi saltándosele las lágrimas, en su hipersensible confusión. Su padre la miró, y la ternura entibió su corazón, en forma de penetrante amor angustiado.

—¿Qué quieres decirme, pequeña?

En los ojos de Winifred se formó una silenciosa sonrisa, y la niña dijo:

—Papá, ¿es una tontería que dé a la señorita Brangwen un ramo de flores cuando llegue?

El enfermo miró los brillantes e inteligentes ojos de su hija, y sintió que su corazón ardía de amor:

—No, hija mía, no es una tontería. Ése es el modo en que se agasaja a las reinas.

De muy poco sirvió eso para tranquilizar a Winifred, que sospechaba que las reinas eran también una tontería. Sin embargo, no quería desaprovechar aquella romántica ocasión. Preguntó:

—¿Lo hago?

—¿Ofrecer un ramo de flores a la señorita Brangwen? Claro que sí, pajarito. Dile a Wilson que he dicho que te dé todas las flores que le pidas.

La niña esbozó una leve y sutil sonrisa subconsciente, al pensar en sus proyectos. Dijo:

—Diré que me preparen el ramo para mañana, ¿verdad?

—Exactamente. Anda, dame un beso.

Winifred, en silencio, besó al enfermo y salió del cuarto. Fue a los invernaderos y dijo al jardinero, con su estilo sencillo, imperioso y chillón, lo que quería, diciéndole asimismo las flores que había elegido.

Wilson le preguntó:

—¿Y para qué quieres esas flores?

A Winifred la molestaba que la servidumbre hiciera preguntas. Repuso:

—Porque las quiero.

—Eso ya lo habías dicho antes. Pero ¿para qué las quieres: como adorno, para mandarlas a alguien, o qué?

—Las quiero para formar un ramo y ofrecerlo a una persona cuando llegue.

—¡Dios mío! ¿Y quién viene, la duquesa de Portland?

—No.

—¡Ah, bueno! Pues la verdad es que si ponemos todas las flores que has dicho en el ramo, va a resultar una cosa muy rara.

—Sí, quiero una cosa muy rara.

—Pues si es así, no hay más nada que decir.

El día siguiente, Winifred, con un vestido de terciopelo plateado, y un ramo de flores en vivos y contrastados colores en la mano, esperaba con gran impaciencia, en el cuarto de estudio, fija la vista en el sendero, la llegada de Gudrun. Era una mañana lluviosa. Tenía bajo la nariz la extraña fragancia de las flores de invernadero, y el ramo era para ella como un fuego, un fuego pequeño. Le parecía tener un extraño y nuevo fuego en el corazón. Esta leve sensación romántica la embriagaba.

Al fin vio que Gudrun se acercaba, y bajó corriendo al piso inferior para avisar a su padre y a Gerald. Los dos, riendo ante la ansiedad y el grave gesto de la niña, fueron con ella al vestíbulo. Un criado acudió presuroso a la puerta y, en el instante siguiente, se hacía cargo del paraguas y el impermeable de Gudrun. La comisión de bienvenida se estuvo quieta en espera de que la recién llegada entrara en el vestíbulo.

La lluvia había puesto sonrosada la cara de Gudrun, cuyo cabello había quedado despeinado, formando ricitos; parecía una flor que acabara de abrirse bajo la lluvia, era como si el corazón de la flor recién acabara de quedar visible, y parecía emitir la calidez del sol hasta el momento retenida. Gerald sintió que su espíritu quedaba paralizado, al verla tan bella y tan incognoscible. Llevaba un vestido de suave color azul, y medias rojo oscuro.

Winifred avanzó con extraña y solemne formalidad, y dijo:

—Todos estamos muy contentos de que haya vuelto. Estas flores son para usted.

Y le ofreció el ramo.

Gudrun exclamó:

—¡Para mí!

Quedó unos instantes suspensa, y luego un vívido rubor le cubrió la cara, quedando cegada unos instantes por la llama del placer. Luego sus ojos, extraños y llameantes, miraron al padre y a Gerald. Y, una vez más, el espíritu de Gerald quedó paralizado, como si estuviera sometido a algo superior a sus fuerzas, mientras la mirada de Gudrun quedaba fija en él. Había algo muy revelador en aquella situación, Gudrun había quedado muy revelada, a los ojos de Gerald, que apartó la mirada. Y sintió que no era capaz de conseguir que Gudrun apartara la suya. Gerald se estremeció en aquella prisión en que se encontraba.

Gudrun puso la cara junto a las flores. Y, con voz apagada, dijo:

—Son muy hermosas.

De repente, en un brusco arrebató de pasión revelada, se inclinó y besó a Winifred.

El señor Crich avanzó ofreciendo una mano. Bromeando, dijo:

—Temía que hubiera decidido huir de nosotros.

Gudrun, luminosa, traviesa y extraña la cara, miró al señor Crich y replicó:

—¡No! La verdad es que no quería quedarme en Londres.

Con estas palabras parecía decir tácitamente que se alegraba de haber regresado a Shortlands. Había hablado en tono cálido y sutilmente acariciador.

El padre, sonriendo, dijo:

—Realmente me alegro. En esta casa siempre será bienvenida.

Gudrun se limitó a mirar al padre, con ojos cálidos, profundamente azules, tímidos. Inconscientemente, estaba siendo arrastrada por su propio encanto. Sin soltar la mano de Gudrun, el señor Crich prosiguió:

—Y causa usted la impresión de haber regresado al hogar después de haber conseguido todo género de triunfos.

Con una extraña expresión esplendente, Gudrun repuso:

—No. Jamás he conseguido triunfo alguno hasta llegar a esta casa.

—¡Vamos, vamos...! No estamos dispuestos a creer tamañas fantasías. Hemos leído los periódicos, ¿no es verdad Gerald?

Mientras estrechaba la mano de Gudrun, Gerald dijo:

—Y te han tratado muy bien. ¿Has vendido mucho?

—No mucho, la verdad.

Gerald comentó:

—Más vale así.

Gudrun se preguntó cuál sería el significado de esas palabras. Pero aquella recepción la había dejado envuelta en calidez. Se sentía arrastrada por el halago de la pequeña ceremonia organizada en su honor.

El padre dijo:

—Winifred, ve a buscar un par de zapatos para la señorita Brangwen. Más vale que se cambie el calzado inmediatamente.

Gudrun se retiró con el ramo de flores en la mano. Tan pronto se hubo ido, el padre dijo a Gerald:

—Es una joven muy notable.

Secamente, como si esa observación no le hubiera gustado, Gerald repuso:

—Sí.

Al señor Crich le agradaba que Gudrun fuera a verle, se sentara y le hiciera compañía durante media hora. Por lo general, tenía un color ceniciento, se sentía destrozado y sin vida, con la vida entera roída. Pero tan pronto como se animaba un poco, al señor Crich le entusiasmaba causar la impresión de que era el mismo hombre de siempre, en buen estado de salud, y situado en plena vida, y no en otro mundo, sino en medio de una vida recia y esencial. Y Gudrun colaboraba perfectamente con esa ficción. Gracias a Gudrun, estimulado por ella, el señor Crich conseguía aquellas preciosas medias horas de fortaleza y exaltación, de pura libertad, en las que parecía vivir más de lo que había vivido jamás.

Gudrun iba a verle a la biblioteca, donde el señor Crich se hallaba recostado sobre una pila de almohadones. Su rostro parecía de cera amarilla, y tenía los ojos oscurecidos, como si hubieran perdido la visión. Su negra barba, entreverada de gris, parecía brotar de la cerúlea carne de un cadáver. Sin embargo, el ambiente que aquel hombre creaba alrededor era un ambiente de energías y buen humor. Gudrun se acomodaba perfectamente a eso. En su imaginación, el señor Crich era un hombre normal y corriente. Pero su terrible aspecto había quedado impreso en el alma de Gudrun, debajo de su conciencia. Gudrun lo sabía, a pesar del buen humor de que el señor Crich alardeaba. Los ojos del enfermo no podían superar su oscura vaciedad, y eran los ojos de un hombre que ya había muerto.

Un día, el señor Crich, incorporándose un poco, en el momento en que Gudrun entraba, después de ser anunciada por el criado, dijo:

—¡La señorita Brangwen! Thomas, ponga una silla aquí, para la señorita. Aquí, sí.

Con placer, el señor Crich contempló la suave y lozana cara de Gudrun. Le infundía ilusión de vida. El señor Crich dijo a Gudrun:

—Tomará una copa de jerez y un poco de tarta, ¿verdad? Thomas...

Gudrun dijo:

—No, muchas gracias.

Pero tan pronto como hubo pronunciado estas palabras, sintió que el corazón se le hundía de una manera terrible. Su negativa tuvo la virtud de sumir al enfermo en un abismo de muerte. Gudrun comprendió que debía seguir la voluntad del señor Crich, sin contradecirle. En el instante siguiente, Gudrun ya había esbozado su sonrisa pícara, y dijo:

—La verdad es que el jerez no me gusta mucho, pero me gustan casi todas las demás bebidas.

El enfermo se agarró inmediatamente a aquel clavo ardiente:

—¡No! ¡Jerez, no! ¡Otra cosa! ¿Qué hay? ¿Qué tenemos, Thomas?

—Oporto, curaçao...

Mirando confianzudamente al enfermo, Gudrun dijo:

—El curaçao me gusta mucho.

—De acuerdo. Thomas, será curaçao. Y un pastel, ¿o quizá bizcocho?

—Bizcocho.

Gudrun no quería comer nada, pero optó por complacer al señor Crich.

El señor Crich esperó a que Gudrun estuviera servida, con su copita y su bizcocho. Entonces quedó satisfecho. Con cierta excitación, dijo:

—¿Le han hablado del proyecto de montar un taller para Winifred, sobre el establo?

En tono burlón y asombrado, Gudrun exclamó:

—¡No!

—Bueno, me parece que Winnie se lo decía en la carta que le mandó...

—Sí, sí, claro... Pero pensé que quizá se tratara sólo de un proyecto de Winifred.

Gudrun dijo estas palabras sonriendo con sutil benevolencia. El enfermo también sonrió gozoso, y dijo:

—Pues no, no. Es un proyecto totalmente serio. Encima de los establos, bajo la techumbre de traviesas inclinadas, hay espacio más que suficiente, y hemos proyectado transformar este espacio en taller.

Lo de las traviesas había excitado a Gudrun, quien dijo, con entusiasmo:

—¡Sería delicioso, realmente!

—¿Usted cree? ¡Pues se puede hacer!

—Sería perfecto, espléndido para Winifred. Desde luego, eso es lo que necesita para trabajar seriamente. Hace falta disponer de un taller, ya que, de lo contrario, jamás se pasa de ser un simple aficionado.

—¿De veras? Sí, claro, es natural. Desde luego, quisiera que usted compartiera este taller con Winifred.

—Se lo agradezco mucho realmente.

Gudrun sabía ya todo lo que el señor Crich le había dicho, pero estimaba que debía mostrarse agradecida y tímida, agobiada por tanta dicha. El señor

Crich prosiguió:

—Desde luego, lo que más me gustaría sería que pudiera usted dejar su trabajo en la escuela elemental, y venir a este taller para trabajar mucho... Bueno, mucho o poco, según sus ganas.

El señor Crich miró a Gudrun, con sus ojos oscurecidos, de mirar vacío. Gudrun le devolvió una mirada llena de gratitud. Las frases de aquel hombre en la agonía eran naturales, completas, y salían como ecos por entre sus labios muertos. Decía:

—En cuanto a sus honorarios, espero que no le molestará recibir de mí lo que recibe de la Comisión de Educación, ¿verdad? No quiero que salga usted perdiendo dinero.

—Bueno, la verdad es que si dispongo del taller y puedo trabajar en él, también podré ganar dinero en cantidad más que suficiente.

Complacido al interpretar el papel de mecenas, el señor Crich dijo:

—Bueno, ya veremos, ya veremos... ¿No le molesta pasarse el día aquí?

—Si tengo un taller donde trabajar, realmente creo que no puedo pedir otra cosa.

—¿De verdad?

El señor Crich estaba verdaderamente complacido. Pero comenzaba a sentirse fatigado. Gudrun veía la gris y terrible semiinconsciencia del dolor y de la disolución invadir de nuevo al enfermo, veía cómo el tormento regresaba a la vaciedad de sus ojos oscurecidos. El proceso de la muerte no había terminado todavía. Gudrun se levantó con premura y dijo:

—Quizá desee usted descansar un poco. Y yo he de ocuparme de Winifred.

Se fue y dijo a la enfermera que había dejado solo al señor Crich. De día en día, la fibra del enfermo quedaba más y más reducida, el proceso se acercaba más y más al último nudo que mantenía al ser humano unido. Pero ese nudo era duro y prieto, la voluntad del agónico enfermo jamás cedía. Quizá estuviera muerto en nueve décimas partes, pero la décima parte restante seguía inalterable, y así seguiría hasta que también quedara destruida. Con su voluntad mantenía firme la unidad de su ser, pero el círculo de poder del enfermo iba siendo más y más reducido, y, por fin, quedaría reducido a un simple punto, y luego ese punto quedaría borrado.

Para adherirse a la vida, debía adherirse a las relaciones con otros seres humanos, y el señor Crich se aferraba a cuanto podía. Winifred, el mayordomo, la enfermera, Gudrun: éstas eran las personas que lo significaban todo para él, éstos eran sus últimos recursos. Gerald, cuando se hallaba en

presencia de su padre, quedaba envarado por la repulsión. Y lo mismo ocurría, aunque en menor grado, en el caso de todos sus restantes hijos, salvo Winifred. Cuando miraban a su padre, no veían más que muerte. Parecían avasallados por una subterránea antipatía. No veían el tan conocido rostro, no oían la voz familiar. Hasta tal punto quedaban avasallados por la antipatía hacia la muerte visible y audible. Gerald ni siquiera podía respirar en presencia de su padre. Tenía que salir del cuarto apenas entraba. Y, de la misma forma, el padre no podía soportar la presencia de su hijo. Tenía la virtud de provocar una irritación extrema en el alma del moribundo.

El taller pronto estuvo dispuesto, y Gudrun y Winifred tomaron posesión de él. Disfrutaron mucho con la tarea de amueblarlo y prepararlo para el trabajo. Así, apenas tenían necesidad de estar en la casa. Comían en el taller y allí vivían, sintiéndose seguras. Sí, ya que la casa comenzaba a dar miedo. Dos enfermeras blancas iban de un lado para otro, silenciosamente, como heraldos de la muerte. El padre ya no podía levantarse de la cama, y había un constante ir y venir de hermanos, hermanas e hijos, todos hablando en susurros.

Winifred visitaba constantemente a su padre. Todas las mañanas, después del desayuno, entraba en el dormitorio del enfermo, en los momentos en que le aseaban, y le sentaban en la cama, para pasar media hora en su compañía.

Invariablemente, le preguntaba:

—¿Estás mejor, papá?

E invariablemente, el padre contestaba:

—Sí, me parece que estoy un poco mejor, pequeña.

Winifred retenía la mano de su padre entre las suyas, amorosa y protectoramente. Y eso significaba mucho para el enfermo.

La niña volvía a visitarle a la hora de la comida del mediodía, para contarle lo ocurrido por la mañana. Y todos los atardeceres, cuando se corrían las cortinas y el cuarto cobraba aspecto acogedor, Winifred pasaba mucho tiempo al lado de su padre. A esa hora, Gudrun había ya regresado a su casa, Winifred se quedaba sola en Shortlands, y lo que más le gustaba era estar con su padre. Hablaban de todo y de nada, y el padre lo hacía igual que si no le ocurriera nada, igual que cuando estaba sano. Y Winifred, con la sutil intuición con que los niños evitan cuanto es doloroso, se comportaba como si no ocurriera nada grave. Instintivamente contenía su atención, y se sentía feliz. Sin embargo, en lo más profundo de su alma sabía la verdad, y quizá la supiera mejor que los mayores.

Su padre interpretaba a la perfección su comedia ante la pequeña Winifred. Pero cuando ésta se iba, volvía a hundirse en el sufrimiento de su disolución.

A pesar de todo, todavía tenía momentos luminosos, aun cuando a medida que sus fuerzas menguaban, la facultad de centrar la atención se iba debilitando, y la enfermera tenía que llevarse a Winifred para evitar que el padre se sumiera en un estado de agotamiento.

Jamás reconocía que estaba a las puertas de la muerte. Aunque sabía que era así, que le había llegado el final. Pero ni siquiera lo reconocía ante sí mismo. Odiaba esa realidad, la odiaba mortalmente. Su voluntad era rígida. No podía soportar la idea de que la muerte le avasallara. Para él, la muerte no existía. Sin embargo, de vez en cuando experimentaba una gran necesidad de llorar, de gemir y lamentarse. Le hubiera gustado llorar abiertamente ante Gerald, con el fin de que su hijo quedara horrorizado y con ello perdiera su compostura. Gerald lo sabía intuitivamente y se reservaba, para evitar que llegara a ocurrir. La suciedad de la muerte le repelía en gran manera. Se debería morir deprisa; como los romanos, uno debería ser dueño de su destino en la muerte, como lo era en la vida. Gerald se debatía en la aceptación de aquella muerte de su padre, cual si le oprimieran los anillos formados por la gran serpiente de Laocoonte. La gran serpiente había hecho presa en su padre, y el hijo estaba siendo arrastrado al abrazo de la muerte terrible, juntamente con su padre. Gerald se resistía a eso siempre. Y, en cierta extraña manera, era fuente de fortaleza para el padre.

La última vez que el moribundo pidió ver a Gudrun, la cercanía de la muerte le había dejado gris. Pero tenía que ver a alguien, debía ver a alguien, en los momentos de conciencia, entrar en relación con el mundo de los vivos, a fin de no verse obligado a aceptar su propia situación. Afortunadamente, casi siempre estaba en un sopor, un poco ido. Y pasaba largas horas pensando oscuramente en el pasado, casi reviviendo débilmente sus antiguas experiencias. Pero había instantes, incluso cuando se hallaba a las puertas de la muerte, en que se daba cuenta de lo que le ocurría actualmente, se daba cuenta de la muerte que llevaba en sí. Y éstos eran los momentos en que reclamaba ayuda del exterior, sin que le importara quién fuera la persona a quien la pedía. Sí, ya que tener conciencia de aquella muerte que estaba muriendo, era una muerte superior a la muerte, que no podía soportar. Era un reconocimiento inadmisibile.

Gudrun quedó aterrada por el aspecto del señor Crich, por aquellos ojos oscurecidos, casi desintegrados, que no se habían rendido, que seguían firmes.

Con voz débil, el moribundo dijo:

—Bueno, ¿y qué tal les van las cosas a Winifred y a usted?

Gudrun replicó:

—Inmejorablemente.

En la conversación se producían leves lagunas, lagunas muertas, como si las ideas invocadas sólo fueran huidizas pajas que flotaran en el oscuro caos de la muerte del enfermo.

Preguntó él:

—¿El taller cumple bien sus funciones?

—Perfectamente. No puede ser más bello ni mejor.

Gudrun esperó a que el moribundo volviera a hablar.

—¿Y cree que Winifred tiene condiciones de escultora?

Era extraño cuán vacías, cuán carentes de significado sonaban las palabras allí.

Gudrun repuso:

—Estoy absolutamente segura. Winifred hará cosas muy buenas.

—Ah... Entonces ¿usted cree que la vida de Winifred no será estéril?

Suavemente, Gudrun repuso:

—¡Claro que no lo será!

—Me alegro.

Una vez más, Gudrun esperó a que el señor Crich hablara. Con una leve y dolida sonrisa que Gudrun apenas pudo soportar, el moribundo le preguntó:

—Cuando la vida es agradable, es bueno vivir, ¿verdad?

Gudrun sonrió y, mintiendo al azar, repuso:

—Sí, la verdad es que no puedo quejarme, me divierte vivir.

—Sí, comprendo. Es una gran cosa tener buen carácter.

Una vez más, Gudrun sonrió, pese a que la repulsión le había secado el alma. ¿No cabía más remedio que morir de aquella manera, permitiendo que la vida fuera extraída de uno, implacablemente, mientras uno sonreía y conversaba hasta el último instante? ¿No había otra alternativa? ¿Tenía uno que pasar por todo el horror de esta victoria sobre la muerte, del triunfo de la voluntad integral, de la voluntad que no se quebrantaba jamás, como no fuera mediante su total extinción? Sí, así debía ser. No quedaba otro remedio. Gudrun admiraba en gran manera la entereza del moribundo. Pero aborrecía la muerte, en sí misma. Gudrun se alegraba de que la vida cotidiana siguiera igual, y de que ella no estuviera obligada a ver más allá.

—¿Tiene todo lo que necesita? ¿Podemos hacer algo para mejorar su vida entre nosotros? ¿No tiene quejas?

Gudrun repuso:

—Sólo tengo la queja de que me tratan ustedes demasiado bien.

—Bueno, de eso sólo usted tiene la culpa.

Y después de decir estas palabras, el moribundo se sintió levemente exultante, por haber hilvanado el elogio. ¡Todavía tenía fuerzas y vida! Pero, como lógica reacción, las náuseas de la muerte comenzaron de nuevo a invadirle.

Gudrun se fue para regresar al lado de Winifred. La mademoiselle se había ido. Gudrun pasaba la mayor parte del día en Shortlands. Había llegado un profesor particular para dar clases a Winifred, pero no vivía en la casa. Procedía de la escuela primaria.

Un día, Gudrun se disponía a ir al pueblo, en automóvil, junto con Winifred, Gerald y Birkin. El cielo se hallaba cubierto, y de vez en cuando caían chaparrones. Winifred y Gudrun estaban ya listas, esperando junto a la puerta. Winifred guardaba un silencio anormal, pero Gudrun no había reparado en eso. De repente, la niña preguntó, con aire despreocupado:

—¿Cree que papá se morirá, señorita Brangwen?

Gudrun se sobresaltó. Repuso:

—No lo sé.

—¿De verdad que no lo sabe?

—Nadie lo sabe con certeza. Desde luego, es posible que muera.

La niña meditó unos instantes, y luego preguntó:

—Pero ¿usted piensa que sí?

Había formulado la pregunta igual que si se tratara de una cuestión de geografía, o ciencia, aunque con tono insistente, como si quisiera obligar a reconocer algo a una persona adulta. Aquella niña atenta, levemente triunfal, era casi diabólica. Gudrun repitió:

—¿Si pienso que sí?

Después de una breve pausa, dijo:

—Sí, eso pienso.

Winifred tenía fija en ella la mirada de sus grandes ojos. Se quedó quieta, en silencio.

Gudrun dijo:

—Está muy enfermo.

En el rostro de Winifred se formó una sonrisa sutil y escéptica. En tono burlón, la niña dijo:

—Yo creo que no.

Y se alejó de Gudrun, dirigiéndose hacia el sendero. Gudrun mantuvo la mirada fija en la solitaria figura de la niña, con el corazón quieto, parado. Winifred jugaba con el agua de un minúsculo arroyuelo que se había formado con la lluvia, absorta, como si no se hubieran dicho nada.

Desde el lugar en que se encontraba, sobre la tierra húmeda, Winifred gritó:

—He hecho un dique.

Gerald salió al exterior, procedente del vestíbulo, a espaldas de Gudrun. Gerald dijo:

—Más vale que Winifred crea que no.

Gudrun le miró. Sus miradas se encontraron. Y de esa manera intercambiaron un sarcástico conocimiento. Gudrun dijo:

—Sí, más vale.

Gerald volvió a mirarla, y en sus ojos apareció una luz de fuego. Dijo:

—Más vale bailar mientras Roma arde, ya que de todas maneras arderá, ¿no crees?

Gudrun quedó un tanto sorprendida por esas palabras. Pero se dominó y dijo:

—Sí, más vale bailar que gemir.

—Es lo que yo creo.

Y los dos sintieron el deseo subterráneo de liberarse, de prescindir de todo y entregarse al comportamiento desenfrenado, brutal y licencioso. Una pasión pura, extraña y negra, se alzó en el interior de Gudrun. Se sintió fuerte. Sintió que sus manos eran tan fuertes que con ellas podía despedazar el mundo. Recordó el licencioso desenfreno de los romanos, y sintió súbitamente el corazón ardiente. Sabía que también ella deseaba aquello o algo equivalente. ¡Ah, si cuanto llevaba dentro de sí, ignorado y reprimido, pudiera quedar liberado, qué gran acontecimiento orgiástico y satisfactorio sería! Gudrun quería aquello, y temblaba levemente por la proximidad del hombre, que se hallaba en pie exactamente detrás de ella, expresando aquel mismo desenfreno negro que se había alzado en su interior. Quería aquel desconocido frenesí, con aquel hombre. Durante unos instantes, la clara aprehensión de este deseo, perfectamente perceptible en su definida realidad, la preocupó. Luego la borró

totalmente de su conciencia, y dijo:

—Quizá sea mejor que vayamos a la casa de los guardas, con Winifred, y desde allí ir al automóvil.

Disponiéndose a acompañarla, Gerald dijo:

—Sí, claro.

Encontraron a Winifred en la casita de los guardas, admirando una lechigada de cachorros de pura raza, blancos. La niña levantó los ojos, y en ellos había una fea y ciega sombra, mientras miraba a Gerald y a Gudrun. La niña no deseaba verlos. Gritó:

—¡Mirad! ¡Tres nuevos cachorros! Marshall dice que uno de ellos parece perfecto. Es lindo, ¿verdad? Pero no es tan bonito como su madre.

Winifred se volvió para acariciar a la hermosa perra blanca, bull-terrier, que estaba inquieta a su lado. Dirigiéndose a la perra, la niña dijo:

—Mi querida lady Crich, eres bella como un ángel bajado a la tierra. Es un ángel, un verdadero ángel, ¿no cree, Gudrun, que con lo guapa y lo buena que es debería ir al cielo? Todos irán al cielo, ¡principalmente mi querida lady Crich! Oiga, señora Marshall...

La mujer apareció en el marco de la puerta, diciendo:

—Sí, señorita Winifred.

—A este cachorro, si resulta perfecto, póngale lady Winifred. Sí, dígale a Marshall que le llame lady Winifred.

—Ya se lo diré, pero mucho me temo que este cachorro es un señor y no una señora, señorita Winifred.

—¡Oh, no!

Oyeron el sonido del motor de un automóvil. La niña gritó:

—Ahí viene Rupert.

Y salió corriendo hacia la puerta de la finca.

Birkin detuvo el automóvil junto a la puerta.

Winifred gritó:

—¡Ya estamos todos! Quiero sentarme a tu lado, Rupert. ¿Me dejas?

Birkin repuso:

—Es que tengo miedo que no te estés quieta ni un instante y acabes cayéndote.

—No, no lo haré. Me sentaré delante, a tu lado. Es que me gusta que el motor me caliente los pies.

Birkin la ayudó a subir, mientras observaba divertido cómo Gudrun y Gerald se sentaban en la parte trasera. Cuando ya avanzaban por la carretera, Gerald preguntó a Birkin:

—¿Hay noticias, Rupert?

Sorprendido, Birkin preguntó:

—¿Noticias de qué?

Gerald miró a Gudrun, sentada a su lado, y, con la risa achicándole las pupilas, le dijo:

—Sí, Gudrun. Quiero saber si puedo felicitarle. Pero por el momento no he conseguido que me dé noticias definitivas.

Gudrun se sonrojó vivamente, y preguntó:

—¿Felicitarle por qué?

—He oído hablar de un posible compromiso matrimonial. Al menos, el propio Rupert me habló del asunto.

El sonrojo de Gudrun se intensificó más. En tono de reto, preguntó:

—¿Quieres decir con Úrsula?

—Sí. ¿Me equivoco quizá?

Fríamente, Gudrun repuso:

—No creo que haya compromiso alguno.

—¿De veras? ¿No hay noticias, Rupert?

—¿Matrimoniales? No.

Gudrun preguntó:

—¿Se puede saber de qué diablos habláis?

Birkin volvió la cabeza en rápido movimiento. En sus ojos había una expresión irritada. Dijo:

—¿Y por qué lo preguntas? Vamos, vamos, Gudrun, ya sabes de qué se trata. Di lo que piensas del asunto.

Dispuesta a terciar en la contienda que los dos hombres habían iniciado, Gudrun dijo:

—Bueno, la verdad es que no creo que Úrsula tenga ganas de prometerse en matrimonio. Prefiere ser libre.

Había hablado con voz clara, con sonidos como los de un gong, de una manera tan recia y vibrante que recordó a Birkin la voz del señor Brangwen. Birkin, con expresión humorística, pero de firme decisión, afirmó:

—Y yo, por mi parte, quiero un contrato con fuerza de obligar. No me interesa el amor, y menos aún el amor libre.

Esas palabras parecieron divertidas a los dos que iban detrás. ¿Para qué hacer aquella pública confesión? Gerald, divertido, quedó unos instantes callado y luego gritó:

—¿El amor no es suficiente para ti?

Birkin gritó:

—¡No!

Gerald expuso:

—Bueno, bueno, parece que eres de un refinamiento insólito.

El automóvil penetró en una zona embarrada. Volviéndose hacia Gudrun, Gerald preguntó:

—¿Qué pasa en realidad?

En esas palabras había una presunción de intimidación que irritó a Gudrun, quien casi se sintió ofendida. Tuvo la impresión de que Gerald la hubiera insultado deliberadamente, inmiscuyéndose en la intimidación de todos los interesados en el asunto. En voz alta, con tono de rechazo, repuso:

—¿Que qué pasa? ¡Yo qué sé! No sé nada de matrimonio en el sentido total de la palabra, ni siquiera en el sentido semitotal.

Gerald comentó:

—Sólo sabes del matrimonio normal y corriente, sin posibilidades de garantía. Lo mismo me pasa a mí. No sé nada acerca del matrimonio y de sus grados de totalidad. Sólo me parece algo así como una abeja que anda zumbando dentro de la cabeza de Rupert.

—¡Exactamente! Ése es el problema de Rupert. En vez de querer a una mujer, por sí misma, sólo quiere que sus propias ideas se conviertan en realidad. Lo cual, en la práctica, no resulta satisfactorio.

—Desde luego, más vale atacar cuanto de femenino hay en una mujer así, embistiendo como un toro.

Después de decir estas palabras, Gerald pareció muy satisfecho de sí mismo. Dirigiéndose a Gudrun, preguntó:

—Tú crees que lo importante es el amor, ¿no es cierto?

—Así es, mientras dura. No se puede pedir que el amor jamás termine.

Gudrun había hablado en voz muy alta, superando el ruido del automóvil. Gerald dijo:

—¿Con matrimonio o sin matrimonio, total o semitotal, o a medias? ¿Lo importante es el amor, tal como uno lo encuentra?

—Es cuestión de querer o no querer. El matrimonio no es más que un contrato de carácter social, y nada tiene que ver con el amor.

En todo momento, Gerald estuvo mirando a Gudrun con mirada destellante. Gudrun tenía la impresión de que Gerald la estuviera besando libre y perversamente. Esto hacía llamear sus mejillas, pero su corazón seguía firme, sin vacilaciones. Gerald le preguntó:

—¿Crees que Rupert desvaría?

—Desde el punto de vista de una mujer, sí. Desvaría. Realmente, se da el caso de un hombre y una mujer que se aman durante toda la vida, sí, quizá durante toda la vida... Pero el matrimonio nada tiene que ver con el asunto. Si un hombre y una mujer se aman, tanto mejor. Pero si no se aman, ¿para qué buscarse complicaciones?

Gerald preguntó:

—Bueno, has hablado desde el punto de vista de la mujer. Pero, desde el punto de vista de Birkin, ¿qué?

—No lo sé... Y creo que tampoco él puede saberlo. Ni él ni nadie. Parece creer que si uno se casa puede llegar, a través del matrimonio, a un séptimo cielo o algo parecido, todo muy vago, inconcreto...

—Mucho. ¿Y a quién le interesa un séptimo cielo? En realidad, Rupert siente grandes deseos de sentirse seguro, de atarse al mástil del buque.

—Sí, y, a mi juicio, también en eso se equivoca. Tengo la seguridad de que una amante suele ser más fiel que una esposa, debido precisamente a que es dueña de sí misma. Rupert viene a decir que él cree que una pareja formada por marido y mujer puede llegar más lejos que cualquier otro tipo de pareja, pero no dice adónde puede llegar. Pueden conocerse el uno al otro celestial e infernalmente, más esto último que lo primero, tan perfectamente que llegan más allá del cielo y del infierno y penetran en... Y ahí es donde todo queda hecho añicos... En la nada.

Riendo, Gerald dijo:

—Él dice que en el paraíso.

Gudrun se encogió de hombros y dijo:

—Je m'en fiche de tu paraíso.

Gerald observó:

—Eso sucede especialmente cuando no se es mahometano.

Birkin iba muy quieto, conduciendo el automóvil, y sin prestar la más leve atención a lo que los otros dos decían. Por su parte, Gudrun, que iba sentada exactamente detrás de Birkin, experimentaba una especie de irónico placer al dejarlo al descubierto.

Formando una irónica mueca en la cara, Gudrun prosiguió la conversación:

—Rupert asegura que es posible hallar un equilibrio eterno en el matrimonio, siempre y cuando una acceda a vivir al unísono, y, al mismo tiempo, mantenga la propia individualidad separada, sin intentar fundirla con la del otro cónyuge.

Gerald manifestó:

—La idea no me parece atractiva.

Gudrun se mostró de acuerdo:

—Pienso exactamente lo mismo.

—Reconozco que creo en el amor, considerado como un verdadero abandono, o entrega, si uno es capaz de ello.

—Igual que yo.

—La verdad es que Rupert piensa igual, a pesar de que siempre anda diciendo a gritos lo contrario.

Gudrun no estaba de acuerdo:

—No, Rupert jamás se entregará con abandono a otra persona. No se puede confiar en él. Ése es su problema.

—Quiere el matrimonio. Et puis?

Burlona, Gudrun repuso:

—Le paradis!

Mientras conducía, Birkin sintió un cosquilleo en la espina dorsal, como si alguien amenazara su cogote. Pero se encogió de hombros con indiferencia. Había comenzado a llover. Detuvo el automóvil para subir la capota.

22. DE MUJER A MUJER

Llegaron a la población, y dejaron a Gerald en la estación de ferrocarril. Más tarde, Gudrun y Winifred irían a tomar el té en casa de Birkin, que también esperaba a Úrsula. Sin embargo, la primera en llegar fue Hermione. Birkin no estaba en casa, por lo que Hermione entró en la sala de estar y se dedicó a examinar los libros y los papeles de Birkin y a tocar el piano. Luego llegó Úrsula, y se llevó una sorpresa desagradable al ver a Hermione, de quien no había tenido noticias en bastante tiempo. Úrsula dijo:

—¡Qué sorpresa verte aquí!

Hermione repuso:

—Sí. He estado en Aix.

—¿Por razones de salud?

—Sí.

Las dos mujeres se miraron. A Úrsula le desagradó ver la larga y grave cara de Hermione, siempre inclinada hacia abajo. Había en ella un poco de la estupidez y tonta autocomplacencia que se advierte en la cara de los caballos. Úrsula se dijo: «Tiene cara de caballo, y va por el mundo con anteojeras». Parecía que Hermione, lo mismo que la luna, sólo tuviera una cara. No había reverso en ella. Vivía constantemente en el estrecho mundo, aunque para ella completo, de la conciencia manifiesta. Hermione, en la oscuridad, no existía. Lo mismo que la luna, la mitad de Hermione se hallaba alejada de la vida, perdida. Su personalidad se encontraba en el interior de su cabeza, e ignoraba lo que era moverse o correr espontáneamente, como el pez en el agua o como la comadreja en el prado. Siempre necesitaba saber.

Pero esa manera de ser unilateral de Hermione sólo servía para que Úrsula sufriera. Úrsula sólo percibía de Hermione aquella fría seguridad que le parecía que la dejara reducida a nada. Hermione, que meditaba y meditaba hasta quedar agotada y dolorida por el esfuerzo de saber, fatigado y ceniciento el cuerpo, que llegaba tan lenta y difícilmente a sus estériles conclusiones, solía, en presencia de otras mujeres, a las que consideraba simples hembras, lucir sus conclusiones de amarga certeza, como si fueran joyas que le confirieran una indiscutible distinción, que la situaran en una más alta esfera de la vida. Mentalmente, Hermione era propensa a tratar con condescendencia a las mujeres como Úrsula, a las que consideraba seres puramente emotivos. ¡Pobre Hermione! Aquella dolorosa certeza era su única posesión, su justificación. Debía depositar su confianza en eso, ya que bien sabía Dios que se sentía rechazada y deficiente en todos los restantes aspectos. En la vida del pensamiento y del espíritu, Hermione pertenecía al círculo de los elegidos. Y quería ser universal. Pero en el fondo de su ser había un devastador cinismo. No creía en sus propios valores universales. Eran mentira. No creía en la vida

interior. Era un truco, no era verdad. No creía en el mundo del espíritu. Era una afectación. En última instancia, creía en el oro, la carne y el diablo. Éstos, por lo menos, no constituían una ficción. Era una sacerdotisa sin fe, sin convicciones, alimentada con un credo gastado, y condenada a la reiteración de unos misterios que, para ella, no eran divinos. Pero no tenía modo de escapar. Era una hoja de un árbol agónico. En ese caso, ¿qué remedio quedaba, salvo el de luchar en defensa de las viejas y caducas verdades, el de morir por las viejas y marchitas creencias, el de ser la sagrada e inviolable sacerdotisa de profanados misterios? Las viejas y grandes verdades habían sido verdad. Y Hermione era una hoja del viejo gran árbol del conocimiento, que también se marchitaba. En consecuencia, tenía que ser fiel a la antigua y última verdad, a pesar de que el cinismo y la mofa alentaban en el fondo de su alma.

En su entonación lenta, en una cantilena, Hermione dijo a Úrsula:

—No sabes cuánto me alegra volver a verte. Parece que Rupert y tú os habéis hecho muy amigos.

—Pues sí. Rupert anda siempre por mis alrededores.

Hermione guardó unos instantes de silencio antes de contestar. Había advertido con perfecta claridad el alarde contenido en las palabras de la otra mujer, y le había parecido verdaderamente vulgar. Lentamente, con perfecta ecuanimidad, Hermione dijo:

—¿Sí? ¿Y crees que os casaréis?

La pregunta fue formulada con tal calma y levedad, de una forma tan sencilla, lisa y desapasionada, que Úrsula quedó un tanto sorprendida, casi atraída por Hermione. La dejó complacida, casi como si fueran cómplices en una perversidad. En el tono de Hermione había habido cierta desnuda y deliciosa ironía. Úrsula repuso:

—Bueno, él está terriblemente emperrado en que nos casemos, pero yo tengo mis dudas.

Hermione la contempló con lenta y tranquila mirada. Se fijó en aquella nueva nota de alarde. ¡Cuánto envidiaba a Úrsula cierta inconsciente forma de afirmación de su personalidad! ¡Incluso su vulgaridad envidiaba! En su fácil canturreo, Hermione preguntó:

—¿Y por qué tienes tus dudas?

Hermione se sentía perfectamente a sus anchas en aquella conversación, quizá incluso se sentía feliz. Insistió:

—¿Es que en realidad no le quieres?

Úrsula se sonrojó un poco ante la leve impertinencia de la pregunta. Pero, a

pesar de todo, no podía sentirse claramente ofendida. Hermione parecía sensatamente sincera. Después de todo, era una gran cosa comportarse con sensatez. Úrsula replicó:

—Dice que no quiere amor.

Lenta y equilibrada, Hermione preguntó:

—¿Y qué quiere entonces?

—En realidad quiere sólo que le acepte en matrimonio.

Hermione guardó silencio unos instantes, sin dejar de mirar a Úrsula, lenta y pensativamente. Por fin, en tono inexpresivo, preguntó:

—¿De veras?

Luego, cobrando vida, insistió:

—¿Y qué es lo que tú no quieres? ¿El matrimonio?

—No, no. No es eso. Yo no quiero darle la especie de sumisión que él desea. Quiere que me entregue, que renuncie a mí misma, y yo, francamente, me considero incapaz.

Una vez más hubo otra larga pausa antes de que Hermione dijera:

—No, claro; si no quieres, no.

Hubo otro silencio. Un extraño deseo estremecía a Hermione. ¡Ah, si Birkin le hubiera pedido a ella que le fuera sumisa, que se transformara en su esclava! El deseo la estremecía.

—Es que no puedo...

—Pero ¿qué es exactamente...?

Las dos habían hablado al mismo tiempo. Las dos se callaron. A continuación, Hermione, arrogándose la prioridad para hablar, dijo con voz fatigada:

—Pero ¿a qué tienes que someterte exactamente?

—Dice que quiere que le acepte sin emociones y con carácter definitivo. En realidad, no sé qué quiere decir con esas palabras. Dice que quiere que la parte demoníaca de su personalidad sea la que se empareje, físicamente, y no el ser humano. La verdad es que un día dice una cosa y al día siguiente dice otra... no hace más que contradecirse.

Despacio, Hermione habló:

—Y siempre piensa en sí mismo, en sus propias insatisfacciones.

Úrsula gritó:

—¡Sí! Como si él fuera la única persona afectada. Eso es un obstáculo insalvable.

Pero inmediatamente comenzó a retractarse:

—Insiste en que yo acepte sabe Dios qué, en él. Quiere que le acepte, a él, como un valor absoluto. Pero tengo la impresión de que no está dispuesto a dar, no está dispuesto a dar nada. No quiere una cálida intimidad, la rechaza. En realidad, no me permite pensar ni me permite sentir. Odia los sentimientos.

Hubo una larga pausa, pausa que, para Hermione, fue amarga. ¡Ah, si Rupert le hubiera formulado aquella petición! A ella, Birkin la había impulsado hacia el pensamiento, la había conducido inexorablemente al pensamiento. Y luego la había despreciado por eso, por pensar.

Úrsula volvió a hablar:

—Quiere que me anule a mí misma, quiere que deje de tener personalidad.

En su leve cantilena, Hermione dijo:

—En este caso, ¿por qué no se casa con una simple odalisca? Si quiere eso que has dicho, es lo mejor que podría hacer.

En la larga cara de Hermione se formó una expresión sarcástica y divertida. Indecisa, Úrsula repuso:

—Sí...

Lo más pesado era que Birkin tampoco quería una odalisca, no quería una esclava. Hermione hubiera sido su esclava, dominaba en ella un terrible deseo de postrarse ante un hombre, un hombre que la adorara, sin embargo, y que la considerase de suprema importancia en su vida. No, Birkin no quería una odalisca. Quería una mujer que aceptara algo de él y que se entregara de tal manera que pudiera recibir de él las últimas realidades, los últimos hechos físicos, físicos e intolerables.

Y si Úrsula se comportaba tal como Birkin quería, ¿reconocería éste su existencia? ¿Sería capaz de reconocer a Úrsula en todos sus aspectos, o se limitaría a servirse de ella como si de un instrumento se tratara, a servirse de ella para sus propias satisfacciones personales, sin reconocerla? Esto era lo que otros hombres habían hecho. Habían querido ser los protagonistas de la comedia, sin reconocerla a ella, reduciéndola a la nada. De la misma manera en que Hermione se manifestaba como mujer. Hermione era como un hombre, sólo creía en las cosas de los hombres. Traicionaba a la mujer que había en ella. Y Birkin, ¿la reconocería o la denegaría, a ella, a Úrsula?

Las dos mujeres abandonaron sus pensamientos, y Hermione concluyó:

—Sí, sería un error. Sinceramente creo que sería un error.

Úrsula quiso aclarar:

—¿Casarme con él?

Despacio, Hermione dijo:

—Sí. Creo que necesitas un hombre de voluntad fuerte, de talante militar...

Hermione alargó la mano y la crispó en ademán teatral:

—Necesitas un hombre como los héroes de la Antigüedad, necesitas quedarte en casa mientras él se va a la guerra; necesitas ver su fortaleza y oír sus gritos, necesitas un hombre físicamente fuerte y de voluntad viril, no un hombre sensible...

Hubo una pausa, como si la pitonisa hubiera hablado. Y la mujer prosiguió el discurso en tono fatigadamente rapsódico:

—Y Rupert no es todo eso que acabo de decir. Es de salud y de cuerpo frágiles, necesita cuidados, grandes cuidados. Además, es tan mudable y tiene tan poca seguridad en sí mismo... Hace falta tener mucha paciencia y comprensión para ayudarlo. Y me parece que tú no eres una mujer paciente. Tendrías que estar dispuesta a sufrir, a sufrir terriblemente. No puedo siquiera decirte los muchos sufrimientos que es preciso padecer para hacer feliz a Rupert. Vive una intensísima vida espiritual que, a veces, es increíblemente maravillosa. Y luego viene la reacción. No puedo siquiera decirte lo mucho que sufrí con él. Hemos estado juntos mucho tiempo y puedo asegurarte que le conozco, sé cómo es. Y creo que tengo el deber de decírtelo: sería desastroso para ti el que os casarais, para ti todavía más que para él.

A continuación, Hermione habló como en una amarga ensoñación:

—Es tan mudable, tan inestable... Se fatiga y luego reacciona. Podría decirte con toda exactitud cuáles son sus reacciones. Podría explicarte lo dolorosas que son. Un día afirma una cosa y ama lo que afirma, pero al día siguiente se revuelve contra su afirmación, y, llevado por la furia, quiere destruir aquello que ha afirmado. Jamás es constante, siempre tiene esa terrible, horrorosa reacción después de la acción. Siempre el rápido paso de lo bueno a lo malo, de lo malo a lo bueno. Y no hay nada más destructivo...

Humildemente, Úrsula afirmó:

—Sí, debes de haber sufrido mucho.

Una luz extraterrena iluminó la cara de Hermione. Crispó la mano, como si hubiera recibido una súbita inspiración:

—Una tiene que estar dispuesta a sufrir voluntariamente, a sufrir por él, día tras día, hora tras hora, si quiere ayudarlo a ser fiel a algo...

Úrsula la interrumpió:

—Y yo no estoy dispuesta a sufrir día tras día, hora tras hora. No. Me daría vergüenza. Creo que no ser feliz es degradante.

Hermione se detuvo y miró a Úrsula largo rato. Por fin dijo:

—¿Sí?

Con esta palabra, Hermione interpuso una larga distancia entre ella y Úrsula. Para Hermione el sufrimiento era la mayor realidad, pasara lo que pasara. Sin embargo, también ella creía en la felicidad.

—Sí. Tenemos el deber de ser felices.

En el caso de Hermione, la dicha era cuestión de fuerza de voluntad. Distraídamente, Hermione prosiguió:

—Pues sí, considero que sería desastroso, realmente desastroso. Por lo menos en el caso de que os casarais apresuradamente. ¿No podéis vivir juntos sin casaros? Estimo que el matrimonio sería letal para los dos. Para ti más que para él. Y conste que también pienso en su salud.

—Desde luego. El matrimonio no me interesa. Para mí, carece de importancia. Es él quien insiste en casarse.

En cansado tono decisorio, con la infalibilidad de *si jeunesse savait*, Hermione dijo:

—Es la idea que ahora le ha dado.

Hubo una pausa. Úrsula la rompió con una frase dubitativamente retadora:

—Crees que soy una mujer meramente física, ¿verdad?

—No, no... ¡De ninguna manera! Pero creo que eres una mujer vital y joven, y conste que no estimo que se trate de una cuestión de años, ni siquiera de experiencia, antes estimo que es una cuestión de raza. Racialmente, Rupert es viejo, desciende de una vieja raza. Y tú me pareces muy joven, descendiente de una raza carente de experiencia.

—¿De veras? Pues yo considero que Rupert, en cierto aspecto, es increíblemente joven.

—Sí. Incluso infantil en muchos aspectos. Sin embargo...

Las dos guardaron silencio. Úrsula se sentía llena de profundo resentimiento, y experimentaba también un toque de desdicha. Se dijo a sí misma, y dirigiéndose silenciosamente a su antagonista: «No es verdad. Y tú eres quien necesita a un hombre fuerte y brutal, no yo. Tú eres quien necesita al hombre sin sensibilidad, no yo. No sabes nada de Rupert, en el fondo, a

pesar de los años que has pasado con él. No le diste amor de mujer. Le diste un amor de ideas, y ésa es la razón de que huyera de tu lado. No sabes nada. Sólo conoces las cosas que están muertas. Cualquier criada hubiera llegado a saber algo de Rupert, pero tú no sabes nada. ¿Qué imaginas que es tu saber sino muerta comprensión que no significa nada? Si eres falsa e inauténtica, ¿cómo puedes llegar a comprender algo? ¿De qué sirve que hables de amor cuando no eres más que un falso espectro de mujer? ¿Cómo puedes llegar a conocer algo si no crees en nada? No crees en ti misma, no crees en tu feminidad, y por eso tu superficial y pedante sabiduría no sirve de nada».

Las dos mujeres, sentadas, guardaban el silencio del antagonismo. Hermione se sentía ofendida, ya que todas sus buenas intenciones, todo su ofrecimiento sólo había servido para llevar a la otra a un vulgar antagonismo. Sin embargo, era preciso tener en cuenta que Úrsula carecía de comprensión, jamás llegaría a tenerla, jamás podría ser otra cosa que la ordinaria hembra celosa e irrazonable, con poderosa emoción de hembra, atractivo de hembra y cierto grado de entendimiento de hembra, aunque siempre sin inteligencia. Hacía ya mucho tiempo que Hermione había decidido que donde no hay inteligencia es inútil razonar. No quedaba más remedio que ignorar al ignorante. Y Rupert había reaccionado yendo en busca de la mujer egoísta, saludable, muy hembra. Por el momento, ésa era la reacción de Rupert y no había nada que hacer. Actuaba siempre en un insensato balanceo hacia delante y hacia atrás, en una violenta oscilación que, a la larga, tan violenta sería que afectaría su coherencia, y Rupert quedaría desintegrado, muerto. No había manera de salvarle. La violenta reacción, carente de sentido, entre la animalidad y la verdad espiritual seguiría dominando a Rupert hasta que llegara el momento en que resultara desgarrado por los dos polos opuestos, y desapareciera de la vida, sin dejar rastro intelectual. No había nada que hacer. Rupert carecía de unidad, carecía de mente en lo tocante a las últimas esferas del vivir. No era lo bastante hombre para constituir el destino de una mujer.

Y así estuvieron hasta que Birkin llegó. Inmediatamente se dio cuenta del antagonismo que flotaba en la atmósfera, un antagonismo radical e insuperable. Birkin se mordió los labios. Pero adoptó un falso aire desenfadado:

—Hola, Hermione. ¿De regreso ya? ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, ¿y tú? No tienes buen aspecto...

—¿No? ...Creo que Gudrun y Winnie Crich también vendrán a tomar el té. Por lo menos eso han dicho. Será toda una reunión. ¿En qué tren has llegado, Úrsula?

Resultaba un tanto penoso ver a Birkin intentando aplacar a las dos mujeres al mismo tiempo. Las dos le miraban, Hermione con profundo

resentimiento y lástima; Úrsula con impaciencia. Birkin estaba nervioso, y aparentemente de buen humor, y hablaba de temas intrascendentes. Úrsula estaba asombrada e indignada por el modo en que Birkin procuraba poner en marcha una conversación general. Era tan partidario de la conversación intrascendente como el más estúpido partidario de ella que hubiera en toda la cristiandad. Úrsula se puso rígida, y se negó a contestar las preguntas de Birkin. La escena le parecía falsa y mezquina. Y, además, Gudrun no llegaba.

Por fin, Hermione dijo:

—Me parece que este invierno iré a Florencia.

Birkin dijo:

—¿Sí? Hace mucho frío allí.

—Sí, pero viviré en casa de Palestra. Es una casa muy cómoda.

—¿Y por qué se te ha ocurrido ir a Florencia?

Lentamente, Hermione contestó:

—No lo sé.

Luego dirigió a Birkin su lenta y pesada mirada, y dijo:

—Barnes inaugurará su escuela de estética, y Olandese dará una serie de conferencias acerca de la política nacional italiana.

—Dos bobadas sin importancia.

Hermione dijo:

—Pues no, yo no pienso lo mismo.

—¿A cuál de los dos admiras más?

—A los dos. Barnes es un pionero. Y, por otra parte, Italia me interesa, sí, me interesa su proceso de formación de conciencia nacional.

—Pues yo quisiera que llegara a algo que no fuera la conciencia nacional, a algo diferente. Después de todo, la conciencia nacional sólo significa cierta especie de conciencia comercial-industrial. Odio a Italia y su manía nacionalista. Además, pienso que Barnes no es más que un aficionado.

Hermione guardó silencio unos instantes, en estado de hostilidad. Pero, de todas maneras, había conseguido atraer una vez más a Birkin a su propio mundo. Era muy sutil la influencia que ejercía sobre él, parecía atraer la irritada atención de Birkin hacia ella con carácter exclusivo, en menos de un minuto. Birkin era suyo. Hermione dijo:

—No, te equivocas.

Luego, una especial tensión acometió a Hermione, que levantó la cabeza, como una pitonisa inspirada, y habló en tono rapsódico:

—Il Sandro mi scrive che ha accolto il più grande entusiasmo, tutti i giovani, e fanciulle e ragazzi, sono tutti appassionati, appassionati per l'Italia, e vogliono assolutamente imparare tutto...

Había hablado en italiano como si al pensar en italiano lo hiciera en su idioma. Birkin escuchó con desagrado las palabras de Hermione y luego dijo:

—Pues, a pesar de todo, no me gusta. El nacionalismo italiano no es más que industrialismo, y también una envidia superficial que detesto.

—Pues creo que estás equivocado, muy equivocado. La moderna pasión de los italianos, sí, porque es una pasión por Italia, por l'Italia, me parece espontánea y hermosa.

Úrsula preguntó a Hermione:

—¿Conoces bien Italia?

A Hermione la molestaba que la interrumpieran de esa manera. A pesar de ello, repuso con dulzura:

—Sí, bastante bien. De muchacha pasé varios años allí, en compañía de mi madre. Mi madre murió en Florencia.

—¡Oh!

Hubo una pausa, dolorosa para Úrsula y para Birkin. Contrariamente, Hermione estaba abstraída y tranquila. Birkin tenía la cara blanca y sus ojos brillaban como si tuviera fiebre; estaba muy tenso. ¡Y cuánto sufría Úrsula en aquel ambiente al que dos voluntades encontradas habían dado tensión! Úrsula tenía la impresión de que una ancha cinta de hierro le ciñera la cabeza.

Birkin tocó el timbre para que sirvieran el té. Habían decidido no esperar la llegada de Gudrun. Cuando se abrió la puerta, entró un gato. Hermione, con su lenta y deliberada cantilena, saludó al gato:

—Mico, Mico.

El joven gato se volvió para mirarla y después, a paso lento y solemne, avanzó hacia Hermione, quien con extraña voz acariciadora, protectora, como si ella fuera siempre mayor que los demás, o una especie de madre superiora, dijo al gato:

—Vieni... vieni qua... Vieni diri Buon'Giorno alla zia. Mi ricordi, mi ricordi bene, non è vero, piccolo? E vero che mi ricordi? E vero?

Y despacio acarició la cabeza del gato, despacio e irónicamente.

Úrsula, que no sabía italiano, preguntó:

—¿Comprende el italiano?

Hermione tardó un poco en contestar:

—Sí, su madre era italiana. Su madre nació en mi papelería, en Florencia, el día del cumpleaños de Rupert. Fue el regalo de cumpleaños que le hice.

Trajeron el té, y Birkin lo sirvió. Era rara aquella inquebrantable intimidad que había entre él y Hermione. Úrsula se sentía igual que una extraña allí. Incluso las tazas de té y el servicio de plata vieja constituían un vínculo entre Hermione y Birkin. Parecían pertenecer a un mundo pasado, antiguo, en que ellos dos vivieron juntos, y en el que Úrsula era una extraña. Casi era una parvenue en su antiguo ambiente cultural. Sus convencionalismos no eran suyos, y lo mismo ocurría con sus opiniones. Sin embargo, las convenciones y las opiniones de Hermione y de Birkin estaban arraigados, habían sido sancionados por la gracia del paso del tiempo. Él y ella juntos, Hermione y Birkin, eran personas con las mismas viejas tradiciones, con la misma marchita y letal cultura. Y ella, Úrsula, era una intrusa. Siempre le causaban esa impresión.

Hermione vertió un poco de leche en un plato. La sencillez con que Hermione ejercía sus derechos en casa de Birkin tenía la virtud de enfurecer y desalentar a Úrsula. Había en aquello cierta fatalidad, como si forzosamente tuviera que ser tal como era. Hermione levantó al gato del suelo y puso el plato con leche ante él. El gato plantó las dos patas delanteras sobre la mesa e inclinó su graciosa y joven cabeza para beber. Hermione canturreó:

—Sicuro che capisce italiano, non l'avrà dimendicato, la lingua della mamma.

Con sus dedos, blancos y largos, en lento movimiento levantó la cabeza del gato, impidiéndole beber, sometiéndolo a su poder. Era inalterable aquel goce que en el ejercicio del poder manifestaba siempre Hermione, principalmente en el poder sobre todo ser macho. El gato parpadeó pacienzudo y tolerante, con masculina expresión de aburrimiento, mientras se lamía los bigotes. Hermione rio a su manera, en breve carcajada con sonido de gruñido, y dijo:

—Ecco, il bravo ragazzo, com'è superbo, questo!

Era una imagen muy vívida la de Hermione, tan sosegada y tan rara, con el gato. Estaba dotada de auténtica y estática capacidad de impresionar. En ciertos aspectos Hermione era una verdadera artista social.

El gato se negó a mirarla, con movimiento de indiferencia, esquivó sus dedos, y comenzó a beber de nuevo, con la nariz junto a la leche, en perfecto equilibrio, produciendo un menudo y extraño sonido, como un clic, al lamer.

Birkin dijo:

—No es bueno para el gato el que le enseñes a comer en la mesa.

Dándole la razón sin la más leve resistencia, Hermione dijo:

—Es verdad.

Después, mirando al gato, Hermione volvió a hablar en su característica, burlona y bienhumorada cantilena:

—Ti imparano fare brutte cose, brutte cose...

Puso el dedo índice bajo la blanca barbilla del minino, y, así, le levantó lentamente la cabeza. El joven gato miró alrededor con aire de suprema tolerancia, evitando ver cuanto había en sus cercanías, apartó la barbilla del dedo de Hermione y comenzó a limpiarse la cara con una pata. Complacida, Hermione soltó su breve risa, como un gruñido, y dijo:

—Bel giovanetto...

El gato se inclinó hacia delante y puso la pata blanca y bella en el borde del plato. Hermione le levantó la pata con delicada lentitud. Ese cuidado delicado y deliberado en los movimientos trajo a la mente de Úrsula el recuerdo de Gudrun.

—No! Non è permesso di mettere il zampino nel tondinetto. Non piace al babbo. Un signar gatto così selvatico...!

Hermione mantuvo el dedo sobre las patas del gato suavemente posadas, y en su voz había habido aquella misma bienhumorada y caprichosa nota de brutal dominio.

Úrsula estaba ya harta de aquella situación. Sentía deseos de irse en aquel mismo instante. Le parecía que allí no tenía nada que hacer. Hermione había quedado establecida y arraigada para siempre, y ella, Úrsula, era efímera y ni siquiera había llegado aún. Bruscamente, Úrsula decidió:

—Me voy.

Birkin la miró casi atemorizado. Temía la ira de Úrsula. Dijo:

—No creo que tengas tanta prisa como para irte así.

—Sí. Me voy.

Volviéndose hacia Hermione, sin dar tiempo a que se dijera nada más, Úrsula le ofreció la mano:

—Adiós.

Hermione retuvo un instante la mano de Úrsula y canturreó:

—Adiós. ¿Realmente tienes que irte ahora mismo?

Pétrea la expresión y evitando la mirada de Hermione, Úrsula repuso:

—Sí, debo irme.

—Debes irte...

Pero Úrsula había liberado su mano. Se volvió hacia Birkin, a quien dirigió un rápido y casi insultante «adiós», y en el momento siguiente estaba abriendo la puerta, sin haber dado a Birkin tiempo de hacerlo.

Al salir de la casa, emprendió el camino a paso rápido, dominada por la furia y la agitación. Era extraña aquella irrazonable rabia y violencia que Hermione provocaba en Úrsula, sólo con su presencia. Úrsula sabía que con su comportamiento se traicionaba ante Hermione, sabía que producía la impresión de ser mal educada, ruda, exagerada. Pero no le importaba. Siguió alejándose de prisa, para evitar la tentación de volver atrás y reírse en la cara de ellos dos. La indignaban.

23. LA SALIDA

Al día siguiente Birkin fue en busca de Úrsula. Era el día de la semana en que los alumnos de la escuela elemental tenían fiesta por la tarde. Birkin apareció hacia el final de la mañana y propuso a Úrsula dar un paseo en automóvil por la tarde. Úrsula aceptó. Pero mantuvo cerrada e inexpresiva la expresión de la cara, lo que desalentó a Birkin.

Era una tarde hermosa y oscura. Birkin conducía y Úrsula iba sentada a su lado. Pero el gesto de Úrsula seguía siendo inexpresivo y cerrado. Cuando se ponía así, como un muro que se alzara ante él, a Birkin se le encogía el corazón.

Birkin tenía la impresión de que su vida estaba tan limitada que apenas tenía ganas de seguir viviendo. Había momentos en que creía que apenas le importaba que Úrsula, Hermione o cualquier otra persona existieran o no. ¿Para qué preocuparse? ¿Por qué esforzarse en vivir de manera coherente y satisfactoria? ¿Por qué no vivir a la deriva, de modo puramente accidental, como en una novela picaresca? Sí, ¿por qué no? ¿Por qué preocuparse por las relaciones humanas? ¿Por qué tomar seriamente al prójimo, sea macho o hembra? ¿Por qué establecer relaciones serias? ¿Por qué no comportarse despreocupadamente, viviendo a la deriva, aceptando las cosas tal como vienen?

A pesar de todo, se sentía condenado a seguir con sus esfuerzos para vivir

seriamente. Birkin dijo:

—Mira lo que he comprado.

El automóvil avanzaba por una ancha y blanca carretera, bordeada de árboles otoñales. Birkin entregó a Úrsula un pequeño envoltorio de papel. Úrsula lo cogió y lo desenvolvió. Tan pronto hubo terminado de hacerlo exclamó:

—¡Qué bonitos!

Úrsula examinó atentamente el obsequio. Volvió a decir:

—¡Qué increíblemente bonitos!

Y añadió:

—Pero ¿por qué me los regalas?

Había formulado esta pregunta en tono ofensivo. En el rostro de Birkin se produjo una leve contracción de irritación fatigada. Fríamente repuso:

—Porque quiero.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué has de regalármelos?

—¿Estoy obligado a buscar razones?

Hubo un silencio mientras Úrsula examinaba los anillos que Birkin le había entregado envueltos en el papel. Úrsula dijo:

—Son muy hermosos. Éste, principalmente, es maravilloso.

Se trataba de un ópalo redondo, rojizo e ígneo, rodeado de menudos rubíes. Birkin dijo:

—¿Éste es el que más te gusta?

—Creo que sí.

—Pues a mí me gusta el zafiro.

—¿Éste?

Era un bello zafiro, en forma de rosa, rodeada de menudos brillantes. Úrsula dijo:

—Sí, es muy bonito.

Lo puso a la luz y añadió:

—Sí, quizá sea el mejor.

—El azul...

—Sí, maravilloso.

Birkin imprimió un brusco giro al volante para no chocar con un carro. Una rueda del automóvil se metió en la cuneta. Era un conductor distraído, pero de reacciones muy rápidas. Sin embargo, Úrsula se asustó. En el comportamiento de Birkin siempre se daban negligencias de esa clase, lo cual aterraba a Úrsula. De repente, pensó que Birkin era capaz de matarla en un terrible accidente de automóvil. Durante unos instantes, el terror la dejó petrificada.

Preguntó a Birkin:

—¿No crees que conduces de manera peligrosa?

—No. No corremos peligro.

Al cabo de unos instantes, Birkin preguntó:

—¿No te gusta la piedra amarilla?

Era un topacio de forma aproximadamente cuadrada, montado en acero, u otro metal parecido, bellamente trabajado. Úrsula contestó:

—Sí, me gusta. Pero ¿por qué has comprado estos anillos?

—Porque me han gustado. Son de segunda mano.

—¿Los has comprado para ti?

—No. Los anillos quedan muy mal en mis dedos. Los he comprado para regalártelos.

—Pero ¿por qué? Hubieras debido regalárselos a Hermione. Eres suyo.

Birkin no contestó. Úrsula siguió con las joyas en la mano cerrada. Sentía deseos de probarse los anillos, pero algo había en ella que se lo impedía. Además, temía que sus dedos fueran demasiado gruesos, y quería evitarse el bochorno de tener que ponerse los anillos en el dedo meñique. Viajaron en silencio por la carretera desierta.

Viajar en automóvil excitaba a Úrsula hasta el punto que casi se olvidó de la presencia de Birkin. De repente le preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Worksop.

—¿Y adónde vamos?

—A ninguna parte, a cualquier sitio.

Esta contestación gustó a Úrsula.

Abrió la mano y miró los anillos. Le producía intenso placer tener en la mano los tres círculos, mezclados, con sus piedras, las unas junto a las otras,

abultadas. Tenía que ponérselos. Lo hizo disimuladamente, para que Birkin no lo viera, para que no supiera que su dedo era demasiado grueso. Pero, a pesar de sus esfuerzos, Birkin lo vio. Siempre veía todo aquello que Úrsula no quería que viese. Ésa era otra de las odiosas características de su vigilante atención.

Sólo el ópalo, con su delgado aro de alambre, entraba en el anular de Úrsula. Y Úrsula era supersticiosa. Aquello era de mal agüero. No, no aceptaría que Birkin le regalara aquel anillo a modo de prenda de amor. Alargó la mano, con los dedos semicerrados, encogidos, y dijo:

—Mira. Los demás no me entran.

Birkin miró la piedra suave, de rojizo esplendor, en la piel hipersensible de Úrsula, y dijo:

—Ya.

Pensativa, la joven dijo:

—Los ópalos traen mala suerte, ¿verdad?

—No. En realidad prefiero las cosas que traen mala suerte. La buena suerte es una vulgaridad. ¿Hay alguien que desee lo que la buena suerte puede traerle? Yo no.

Riendo, Úrsula preguntó:

—¿Por qué?

Y, consumida por el deseo de ver cómo le sentaban los otros anillos, se los puso en el meñique.

Birkin dijo:

—Los aros se pueden ensanchar un poco.

Dubitativa, Úrsula asintió:

—Sí.

Y suspiró. Sabía que al aceptar los anillos aceptaba una prenda de amor. Sin embargo, parecía que el destino fuera más fuerte que ella. Volvió a contemplar las joyas. Le parecieron muy hermosas, no como adorno ni como riqueza, sino como menudos fragmentos de belleza.

Poniendo la mano, casi sin querer, en el antebrazo de Birkin, dijo:

—Me alegra mucho que los hayas comprado.

Birkin esbozó una sonrisa. Deseaba que Úrsula acudiera a él. Pero, en el fondo de su alma, se sentía irritado e indiferente. Sabía que, en realidad,

Úrsula sentía pasión por él. Pero, en última instancia, aquella pasión no le parecía interesante. Mucho más profundas eran las pasiones cuando uno se comportaba de manera impersonal, indiferente, sin emociones. Úrsula aún se encontraba en la esfera personal y emotiva, siempre abominablemente personal. Birkin había aprehendido a Úrsula como jamás se había aprehendido a sí mismo. La había aprehendido en las raíces de sus tinieblas y de su vergüenza, como un demonio, riéndose de la fuente de mística corrupción que era uno de los principios de la manera de ser de Úrsula, riendo, encogiéndose de hombros, aceptando, sí, aceptando al fin. En cuanto a Úrsula, ¿cuándo llegaría a estar tan fuera de sí que fuese capaz de aceptarle a él, en aquel punto de muerte?

Úrsula se sentía feliz. El automóvil corría, y la tarde era suave y oscura. Hablaba animadamente, analizando personas y los motivos que las movían... Gudrun, Gerald. Birkin daba vagas contestaciones. Había dejado de sentir interés por las personas y las personalidades, ya que todas las personas eran diferentes, pero todas se encontraban encerradas actualmente en una definida limitación —decía Birkin—, pues sólo quedaban dos grandes ideas, dos grandes corrientes de actividad, con diversas formas de reacción, nacidas de ellas. Las reacciones variaban en cada persona, pero estaban todas regidas por unas pocas grandes leyes e intrínsecamente no había diferencias. Las personas tenían acciones y reacciones involuntarias, acordes con unas pocas leyes, y tan pronto como se conocían esas leyes, esos grandes principios, las personas dejaban de ser místicamente interesantes. Esencialmente, todas eran parecidas, y las diferencias constituían tan sólo variaciones sobre un mismo tema. Ni una sola persona rebasaba las limitaciones preestablecidas.

Úrsula no estaba de acuerdo. Para ella, las personas seguían siendo algo parecido a una aventura, aunque quizá no tanto como ella misma se esforzaba en creer. Quizá, en la actualidad, su interés por las personas fuera un tanto mecánico. Quizá su interés también fuera destructivo, y su análisis consistiera, en realidad, en un despedazamiento. Había en Úrsula un espacio profundo en el que las personas y sus características no le interesaban, ni siquiera para destruirlas. Y llegó el momento en que Úrsula rozó este silencio profundo, se quedó quieta, y se orientó un instante, puramente, hacia Birkin. Dijo:

—¿Verdad que será agradable volver a casa, cuando ya haya oscurecido? Podremos tomar un té de última hora, ¿te parece? Será agradable, ¿verdad?

Birkin repuso:

—He prometido cenar en Shortlands.

—Pero eso no tiene importancia... Siempre podrás ir mañana.

Con voz un tanto insegura, Birkin dijo:

—Es que Hermione está allí. Se va dentro de dos días. Y creo que debo despedirla. A lo mejor jamás vuelva a verla.

Úrsula se apartó, encerrándose violentamente en el silencio. Birkin frunció el entrecejo, y en sus ojos aparecieron chispas de ira. Irritado, preguntó:

—Supongo que no te molesta.

—No. Me da igual. ¿Por qué ha de molestarme?

El tono de Úrsula había sido de burla y menosprecio. Birkin dijo:

—Exactamente es lo que me pregunto: ¿Por qué ha de molestarte? Pero al parecer te molesta.

La irritación había puesto tensas las cejas de Birkin.

—Te aseguro que no me molesta, ni me importa en absoluto. Ve al lugar que te corresponde. Eso es lo que quiero.

Birkin gritó:

—¡Necia! Tú y tu «ve al lugar que te corresponde». Entre Hermione y yo todo ha terminado. A poco que nos paremos a pensarlo, Hermione significa mucho más para ti que para mí. Sí, porque lo único que sabes hacer es rebelarte contra ella, en pura reacción. Y ser lo opuesto de ella es ser su equivalente.

Úrsula gritó:

—¡Lo opuesto! Conozco muy bien tus trucos, y no me vas a engañar con tus juegos de palabras. Tú perteneces a Hermione y a su espectáculo muerto. Pero así son las cosas, y no te culpo. Ahora bien, tú y yo no tenemos nada que ver.

Llevado por su ardiente y tensa exasperación, Birkin detuvo el automóvil, y allí quedaron los dos sentados, en medio de una carretera vecinal, para arreglar cuentas. Había estallado una guerra entre los dos, por lo que no se daban cuenta de cuán ridícula era su situación.

Con amarga desesperación, Birkin gritó:

—Si no fueras tan necia, y lo repito, si no fueras tan necia, sabrías que una persona puede ser decente, a pesar de haberse equivocado. Yo me equivoqué al pasar tantos años con Hermione. Fue un proceso letal. Pero, pese a todo, uno puede tener un poco de decencia humana. Pero no, tú no me lo permites, tú pretendes desgarrar mi alma con tus celos, sólo por el hecho de que yo mencione a Hermione.

—¿Celosa yo? ¿Yo celosa? Estás muy equivocado. Yo no tengo los menores celos de Hermione, porque Hermione para mí no es nada. ¡Ni eso!

Úrsula crujió los dedos. Prosiguió:

—Ocurre que eres un embustero. Igual que un perro tienes que regresar a tu vómito. Y odio lo que Hermione representa, no a Hermione. Es todo mentira, todo falsedad, todo muerte. Pero es lo que te gusta, no puedes evitarlo, no, no puedes. Si perteneces a ese viejo y letal modo de vivir, vuelve a él. Pero no te acerques a mí porque yo no tengo nada que ver.

Llevada por la violencia de sus emociones, Úrsula bajó del coche, se acercó al seto en el borde de la carretera, e inconscientemente cogió unos cuantos frutos de bonetero, de color carnosos, algunos de los cuales habían reventado, mostrando las semillas de color anaranjado.

No sin desprecio, airado, Birkin gritó:

—¡Eres una necia!

—Sí señor, soy una necia. Y doy gracias a Dios por serlo. Soy tan necia que no puedo tragar tu inteligencia. Alabado sea Dios. Anda, ve, ve con tus mujeres, esas mujeres que son las que te corresponden, que son como tú; ve con ellas, siempre has tenido una manada de ellas yéndote detrás, y siempre la tendrás. Ve con tus novias espirituales, pero no vengas a mí al mismo tiempo, porque no estoy dispuesta a aguantarlo. No señor, no lo aguanto. Y tú, naturalmente, no estás satisfecho. Tus novias espirituales no pueden darte lo que quieres, no, porque no son lo bastante vulgares y carnales para satisfacer tus gustos. ¡Por eso recurres a mí y dejas a las otras como telón de fondo! Y te casarías conmigo como mujer de uso diario. Aunque quedarías bien provisto de novias espirituales, en segundo término. Veo perfectamente tu pequeño y sucio juego.

De repente, se alzó una llama en el interior de Úrsula, que estampó brutalmente el pie contra el suelo. Birkin se echó atrás, dominado por el temor de que le agrediera. Ella siguió:

—¡Y yo no soy lo bastante espiritual! ¡No soy tan espiritual como la Hermione esa!

Úrsula frunció las cejas, y sus ojos llamearon como los de un tigre. Dijo:

—¡Vete con ella! Es lo único que puedo decirte. ¡Ve con ella! ¡Ve! Es espiritual... ¡Espiritual! ¡Ah! Una sucia materialista. Eso es. ¿Espiritual ella? ¿Qué es lo que le importa, en qué consiste su espiritualidad?

Parecía que su furia saliera al exterior y le quemara la cara. Birkin se estremeció levemente.

Úrsula prosiguió:

—Pues te diré que lo que le interesa es la basura. Basura y sólo basura. Y

lo que tú quieres es basura, tienes ansias de basura. ¡Espiritual! ¿Es espiritual su brutal deseo de dominio, su engreimiento, su sórdido materialismo? Es una verdulera, una verdulera es esa materialista. Y sórdida además. ¿Y en qué resulta, a fin de cuentas, eso que tú llamas su pasión social? Pasión social... ¿Qué pasión social tiene ésa? ¡Muéstramela! ¿Dónde está? Quiere el poder, un poder mezquino e inmediato, quiere tener la ilusión de que es una gran mujer, y eso es todo. En el fondo de su alma es una demoníaca descreída, vulgar y sucia. Eso es en el fondo. Todo lo demás es mentira, pero a ti te entusiasma. Te gusta la falsa espiritualidad, es tu alimento. ¿Y por qué? Por la basura que hay debajo. ¿Crees que ignoro la suciedad de tu vida sexual y de la vida sexual de esa mujer? ¡La conozco muy bien! Y esa suciedad es lo que quieres, farsante. ¡Pues goza de ella! No eres más que un farsante.

Úrsula dio media vuelta sobre sí misma, arrancó unas ramitas del bonetero junto a la carretera, y, con dedos vibrantes, se las puso en la chaqueta, a la altura del pecho.

Birkin la miraba en silencio. Al ver los dedos de Úrsula, sensibles y temblorosos, sintió en su interior el ardor de una maravillosa ternura. Pero, al mismo tiempo, estaba lleno de rabia y brutalidad. Fríamente dijo:

—Es una exhibición degradante.

—Ciertamente, pero más degradante para mí que para ti.

—Tú misma has sido quien ha decidido degradarse.

Una vez más el fuego invadió la cara de Úrsula y sus ojos despidieron chispas amarillas. Gritó:

—¡Tú! ¡Tú! ¡El amante de la verdad! ¡El mercader de pureza! Tu verdad y tu pureza huelen que apestan. Apestan a la inmundicia con que te alimentas, perro de carroña, devorador de cadáveres. Estás podrido, estás podrido, y debes saberlo. Tu pureza, tu sinceridad, tu bondad... ¡Puedes quedarte con ellas! Eres un ser podrido, sucio, letal, obsceno, eso eres, obsceno y pervertido. ¡Tú y el amor! Ya puedes decirlo, ya, que no quieres amor. No, sólo te quieres a ti mismo, y la inmundicia y la muerte... Eso es lo que quieres. Eres pervertido, animal de carroña... Y luego...

Vacilante ante aquellas feroces acusaciones, Birkin advirtió a Úrsula:

—Viene un ciclista.

Úrsula miró y gritó:

—¡Me da igual!

De todas maneras, guardó silencio. El ciclista, que había oído las voces alzadas en aquel altercado, dirigió una curiosa mirada al hombre y a la mujer,

en pie, junto al automóvil parado. Alegremente, dijo:

—Buenas tardes.

Con frialdad, Birkin repuso.

—Buenas tardes.

Guardaron silencio hasta que el ciclista hubo desaparecido a lo lejos.

El fosco gesto de Birkin se había aclarado. Sabía que, en el fondo, ella tenía razón. Sabía que, espiritualmente, era perverso, y que, por otra parte, de un modo extraño, estaba degradado. Pero ¿acaso Úrsula era mejor? ¿Había alguien que fuera mejor? Birkin dijo:

—Quizá sea verdad, todo lo de las mentiras y de la suciedad. Pero la intimidad espiritual de Hermione no es más podrida que la emotiva y celosa intimidad. Uno puede conservar la decencia, incluso ante un enemigo, aunque sólo sea en beneficio propio. Hermione se ha declarado enemiga mía hasta el último aliento. Y ésa es la razón por la que, cortésmente, debo ceder terreno ante ella.

—¡Oh, tú y tus enemigos y tus cortesías! Menudo retrato haces de ti mismo... Pero no engañas a nadie, como no sea a ti mismo. ¡Celosa yo!

La voz de Úrsula se transformó en una llama:

—Digo lo que digo porque es la verdad, y lo digo porque tú eres tú, a saber, un sucio embustero, un sepulcro blanqueado. Por eso lo digo. Y tú debes escucharlo.

Con gesto sarcástico, Birkin remató la última frase de Úrsula:

—Y darte las gracias.

—¡Efectivamente! Si te queda una chispa de decencia, debes darme las gracias.

Birkin observó:

—Pero como no me queda ni una chispa de decencia...

Úrsula gritó:

—No, ni una chispa. En consecuencia, sigue tu camino, que yo seguiré el mío. Es inútil, absolutamente inútil. Puedes irte ahora mismo, no quiero estar ni un segundo más contigo. Vete, déjame.

—Ni siquiera sabes dónde estás.

—No te preocupes, te aseguro que no me pasará nada. Llevo diez chelines en el bolso y con eso me basta para regresar desde el punto al que tú me has

llevado, sea cual sea.

Úrsula dudó. Todavía llevaba los anillos, dos en el meñique y uno en el anular. Seguía dudando.

Birkin dijo:

—Muy bien. En este mundo se puede luchar contra todo, salvo contra la necesidad.

—Opino exactamente igual.

Úrsula seguía dudando. Entonces, una expresión fea y malévola apareció en su cara, se quitó los anillos de los dedos, y los arrojó a Birkin. Uno le dio en la cara, los otros dos en la chaqueta, y los tres fueron a parar al barro. Dijo:

—Quédate con los anillos. Ve y cómprate una hembra en cualquier parte, sobran mujeres que estarán muy contentas de compartir tu espiritual inmundicia, o gozar de tu inmundicia física, dejando tu inmundicia espiritual para Hermione.

Después de decir estas palabras, se echó a andar, con aire indiferente, por la carretera. Birkin se quedó quieto, observando su caminar feo y triste. Úrsula, en movimientos aburridos, iba arrancando ramitas de los arbustos, al pasar. Su imagen se empequeñeció, y llegó el momento en que Birkin casi la perdió de vista. Las tinieblas cubrieron la mente de Birkin. Sólo quedó, en sus inmediaciones, un pequeño y mecánico punto de conciencia.

Se sentía fatigado y débil. Y también aliviado. Se movió, abandonando el lugar en que durante tanto rato había estado. Se sentó en el linde de la carretera. Sin duda alguna, Úrsula tenía razón. Realmente, lo que había dicho era verdad. A Birkin le constaba que su espiritualidad iba unida a un proceso de depravación, a una especie de placer en la autodestrucción. Desde luego, para él la autodestrucción resultaba en cierta manera estimulante, especialmente cuando se proyectaba en la espiritualidad. Pero Birkin lo sabía, lo sabía y se atenía a las consecuencias. Sin embargo, ¿acaso la peculiar intimidad emotiva, emotiva y física, de Úrsula, no era tan peligrosa como la intimidad abstracta y espiritual de Hermione? La fusión, la fusión, esa horrible fusión de dos seres que todas las mujeres y la mayoría de los hombres piden insistentemente, ¿no resultaba nauseabunda y horrible, tanto si afectaba al espíritu como si afectaba al cuerpo emotivo? Hermione se consideraba la idea perfecta hacia la que todos los hombres deberían dirigirse. Y Úrsula era la Matriz perfecta, el baño del nacimiento, hacia la que todos los hombres deberían dirigirse. Y tanto lo uno como lo otro era horrible. ¿Por qué aquellas dos mujeres no podían seguir siendo individuales, ceñidas por sus propios límites? ¿Por qué aquella tiranía odiosa que lo abarcaba todo? ¿Por qué no dejar en libertad al otro ser, por qué intentar absorberle, o mezclarse con él o

fundirse con él? Uno puede abandonarse totalmente a los momentos, pero no al otro ser.

Birkin no podía soportar ver los anillos tirados en el barro pálido de la carretera. Los recogió y los limpió, distraídamente, con sus manos. Eran las menudas demostraciones de la realidad de la belleza, de la realidad de la dicha en cálida creación. Pero las manos de Birkin habían quedado sucias y embarradas.

Las tinieblas cubrían su mente. El terrible nudo de conciencia que se había mantenido en él, persistentemente, se había deshecho, había desaparecido; la vida de Birkin había quedado disuelta en oscuridad, en sus extremidades y en su tronco. Había un punto de angustia en su corazón. Quería que Úrsula regresara a su lado. Birkin respiraba a inhalaciones leves y regulares, como el niño de cuna que respira con inocencia, más allá del sentido de la responsabilidad.

Úrsula regresaba. La vio deslizarse hacia él, con desgana, junto al alto seto, caminando despacio. Birkin no se movió ni volvió a mirarla. Se sentía igual que dormido, en paz, ensoñado y carente de toda tensión.

Úrsula llegó y quedó frente a él, con la cabeza baja. Sosteniendo con ademán melancólico una ramita con campánulas de color rojo purpúreo bajo la vista de Birkin, Úrsula dijo:

—Mira qué flores te he traído.

Birkin vio el conjunto de campanillas colgantes de la rama parecida a la de un árbol, diminuta. También vio las manos de Úrsula, de piel finísima, hipersensible. Birkin cogió la ramita, miró a Úrsula y dijo:

—Son lindas.

Todo volvía a ser sencillo, muy sencillo, y la complejidad se había disuelto en la nada. Sin embargo, Birkin experimentaba intensos deseos de llorar. No lo hacía porque se sentía fatigado y las emociones le aburrían.

Una ardiente pasión de ternura hacia Úrsula le llenaba el corazón. Se irguió y le miró la cara. Era nueva, y muy delicada en su luminoso temor e incertidumbre. La abrazó, y ésta hundió la cara en su hombro.

Birkin se sentía en paz, sencillamente en paz, mientras, en pie, la abrazaba en silencio, en la carretera, bajo el cielo. Por fin se sentía en paz. El viejo y detestable mundo de la tensión había desaparecido al fin, y el alma de Birkin era fuerte y estaba tranquila.

Úrsula le miró. La maravillosa luz amarilla de sus ojos era suave y obediente, y se sentían los dos en paz, el uno con el otro. Birkin la besó suavemente muchas, muchas veces. En los ojos de ella apareció la expresión

de la risa. Preguntó:

—¿Te he insultado?

Birkin también sonrió, y le cogió la mano, suave, entregada. Úrsula dijo:

—Olvídate. Después de todo, ha sido para bien de los dos.

Birkin volvió a besarla muchas veces. Úrsula dijo:

—¿No crees?

Birkin repuso:

—Ciertamente. Pero espera. Me vengaré.

Úrsula se echó a reír bruscamente, con una nota selvática en su risa y abrazó a Birkin. Oprimiéndolo con sus brazos, dijo:

—Eres mío, ¿verdad, mi amor?

En voz baja, Birkin repuso:

—Sí.

La voz de Birkin fue tan baja y de tono tan definitivo que Úrsula se quedó muy quieta, como apresada por un sino irremediable. Sí, Úrsula accedía, pero lo hacía sin su propia aquiescencia. Birkin la besaba despacio, reiteradamente, con tan suave y quieta felicidad, que casi detuvo los latidos del corazón de la joven.

Úrsula gritó:

—¡Mi amor!

Levantó la cara, y miró a Birkin, atemorizada, con el suave pasmo de la dicha. ¿Era real aquello? Pero los ojos de Birkin eran hermosos, suaves, libres de tensión o excitación, hermosos, y sonreían levemente a Úrsula, sonreían juntamente con los de Úrsula. Ésta ocultó la cara en el hombro de Birkin, la ocultó porque Birkin la veía excesivamente bien. Sabía que Birkin la amaba, y tenía miedo, se encontraba en un elemento extraño, sumida en un nuevo cielo que la rodeaba. Úrsula quería que Birkin fuera apasionado, debido a que ella se encontraba a sus anchas en el ámbito de la pasión. Pero aquel estado era sumamente quieto, sumamente frágil y por eso le daba miedo, ya que el espacio infunde más temor que la fuerza.

Una vez más, Úrsula levantó rápidamente la cabeza. Con palabras veloces, en tono impulsivo, preguntó:

—¿Me quieres?

Sin prestar atención al movimiento de ella, prestándola sólo a su quietud,

Birkin contestó:

—Sí.

Sabía que era verdad. Se separó de Birkin. Dio media vuelta sobre sí misma y fijó la vista en la carretera. Dijo:

—Así debe ser. ¿Has encontrado los anillos?

—Sí.

—¿Dónde están?

—En mi bolsillo.

Úrsula metió la mano en el bolsillo de Birkin y sacó los anillos. Estaba inquieta. Dijo:

—¿Nos vamos?

—Sí.

Volviéron a subir al automóvil y dejaron atrás aquel memorable campo de batalla.

En el automóvil anduvieron, avanzada ya la tarde silvestre, en un movimiento sonriente y trascendental. Los pensamientos de Birkin se hallaban dulcemente en paz, la vida discurría por su cuerpo, como surgida de una fuente nueva, y tenía la impresión de haber nacido gracias a los estremecimientos dolorosos de una matriz.

En aquel tono extraño, impregnado de deleite, ella le preguntó:

—¿Eres feliz?

—Sí.

En repentino éxtasis, pasando un brazo alrededor del cuerpo de Birkin y atrayéndolo violentamente contra ella, mientras conducía, Úrsula exclamó:

—¡Yo también!

Añadió:

—No sigas conduciendo mucho tiempo más. No me gusta que te pases la vida haciendo siempre algo.

—No. Pronto terminaremos este pequeño viaje, y entonces seremos libres.

Extasiada, besando a Birkin, que se volvió hacia ella, Úrsula dijo:

—Sí, mi amor.

Birkin conducía extrañamente despierto, como en un nuevo despertar, después de haberse quebrado la tensión de su conciencia. Parecía estar

consciente en todas las partes de su cuerpo, con todo su cuerpo despierto, con una sencilla y esplendente percepción, igual que si saliese de un sueño, como un ser recién nacido, como el pájaro que, al salir del huevo, se encuentra en un universo nuevo.

En el crepúsculo, descendieron por una larga pendiente, y, de improvviso, Úrsula reconoció las formas de Southwell Minster, a su derecha, al otro lado de la hondonada. Con placer gritó:

—¿Es posible que estemos aquí?

La rígida, sombría y fea catedral se hundía bajo las sombras de la noche que se aproximaba en el momento en que penetraron en la estrecha ciudad, en la que las luces doradas de los escaparates de las tiendas resplandecían como tablas de revelación. Úrsula dijo:

—Mis padres vinieron aquí cuando se conocieron. A papá le gusta esa catedral. ¿Te gusta?

—Sí. Parece hecha con cristales de cuarzo surgido de ese oscuro hoyo. Tomaremos el té en la Cabeza del Sarraceno.

Mientras seguían descendiendo, oyeron las campanas de la catedral tocar un himno, al dar las seis.

Glory to thee my God this night

For all the blessings of the light...

A los oídos de Úrsula, la melodía cayó, gota a gota, del cielo invisible a la ciudad ensombrecida. Parecía el sonido de siglos idos, oscuros. Sonaba muy lejana. Úrsula se quedó en pie, quieta, en el antiguo patio de la posada, que olía a establo, a paja y a petróleo. En lo alto vio las primeras estrellas. ¿Qué era aquello? No era el mundo real, era el mundo soñado de la infancia, una reminiscencia grande y limitada. El mundo se había tornado irreal. La propia Úrsula era una realidad extraña y trascendente.

Estaban sentados en una estancia pequeña, junto al fuego. Riendo, insegura, Úrsula preguntó:

—¿Lo es o no lo es?

—¿Qué?

—Todo. ¿Es o no es verdad?

Dirigiendo una mueca a Úrsula, Birkin repuso:

—Lo mejor es verdad.

Riendo, insegura, Úrsula dijo:

—¿Seguro?

Miró a Birkin. Parecía aún muy separado. En el alma de Úrsula se habían abierto ojos nuevos, y veía en él a una extraña criatura procedente de otro mundo. Parecía que fuera un ser encantado, y que todo se hubiera metamorfoseado. Úrsula volvió a recordar la antigua magia del Génesis, cuando los hijos de Dios vieron a las hijas de los hombres, y vieron que eran hermosas. Y Birkin era uno de ellos, uno de aquellos extraños seres llegados del más allá, mirándola a ella y viendo que era hermosa.

Birkin estaba en pie junto al fuego del hogar, mirándola, mirando su cara, que estaba levantada, igual que una flor, una flor lozana y luminosa, con el leve resplandor dorado del rocío de la luz primera. Y Birkin sonreía levemente, como si no hubiera habla en el mundo, salvo el silencioso deleite de las flores, las unas para con las otras. Sonriendo, cada uno de los dos se deleitaba en presencia del otro, en la pura presencia, en la que no se debía pensar, que ni siquiera se podía saber. Pero en los ojos de Birkin se veía una contracción levemente irónica.

Y Úrsula se sentía extrañamente atraída por él, como en un encantamiento. Arrodillándose en el suelo, ante el hogar, Úrsula puso los brazos alrededor de la cintura de Birkin, y apoyó la cara en sus muslos. Era una plenitud, una gran plenitud. Sentíase agobiada por una sensación de plenitud, venida del cielo. Arrobadada, Úrsula dijo:

—Nos queremos.

Mirándola desde lo alto, tranquilo y esplendente el rostro, Birkin dijo:

—Más que eso.

Inconscientemente, con las sensibles yemas de sus dedos, Úrsula seguía el contorno de la parte trasera de los muslos de Birkin, como si siguiera allí un misterioso fluir de vida. Había descubierto algo, algo más que maravilloso, más maravilloso que la vida. Era el extraño misterio del movimiento de la vida de Birkin, allí, en la parte posterior de los muslos, a lo largo de sus flancos. Era una extraña realidad del ser de Birkin, era la mismísima materia del ser, que se encontraba allí, en el recto fluir en descenso de los muslos. Allí, Úrsula descubría a Birkin, como a uno de los hijos de Dios, tal como eran al principio del mundo, no como hombre, sino como otra cosa, como algo más.

Por fin, había alcanzado la liberación. Úrsula conocía la pasión. Pero aquello no era amor ni pasión. Era el regreso de las hijas de los hombres a los hijos de Dios, a los extraños e inhumanos hijos de Dios que fueron al principio.

El rostro de Úrsula era un esplendor de liberada luz dorada, al mirar,

alzada la vista, a Birkin, mientras sus manos reposaban plenamente en la parte trasera de los muslos de éste, de pie ante ella. Birkin la miraba, luminosa y plena la frente, como una diadema sobre sus ojos. Úrsula era hermosa, como una nueva y maravillosa flor, abierta a sus rodillas, una flor paradisíaca, más allá de la feminidad, una flor de luz. Sin embargo, Birkin sentía que en él había algo que no había quedado liberado, algo tenso. No le gustaba que Úrsula se encontrara agazapada, no le gustaba su aspecto radiante... no del todo.

Úrsula lo había alcanzado todo. Había encontrado a uno de los hijos de Dios en el principio, y Birkin había encontrado a una de las primeras y más luminosas hijas de los hombres.

Úrsula seguía con las palmas de las manos las líneas de los lomos y de los muslos de Birkin, y un fuego vivo recorría su cuerpo, un fuego que, oscuramente, procedía de él. Era un oscuro caudal de pasión eléctrica que Úrsula liberaba de Birkin y atraía hacia ella. Úrsula había formado un pleno y nuevo circuito, una nueva corriente de pasional energía eléctrica entre los dos, liberada de los más oscuros polos del cuerpo, y encauzada en un circuito perfecto. Era un oscuro fuego eléctrico que pasaba veloz de él a ella y les llenaba a los dos de paz y satisfacción.

Levantando la cara hacia Birkin, con los ojos y la boca arrebatadamente abiertos, Úrsula dijo:

—Mi amor...

Inclinándose y besándola, y volviendo a besarla, Birkin repuso:

—Mi amor.

Úrsula cerró las manos sobre el volumen pleno y redondeado de los lomos de Birkin, y éste se inclinó sobre ella, en tanto que Úrsula parecía tocar el centro del misterio de oscuridad que era corporalmente Birkin. Parecía que Úrsula se desvaneciera debajo y que Birkin se desvaneciera inclinado sobre ella. Era una perfecta pérdida de la conciencia para los dos, y, al mismo tiempo, la más intolerable accesión al ser, la maravillosa plenitud de la satisfacción inmediata, avasalladora, rebosando de la fuente de la más profunda potencia vital, la más oscura, la más profunda, la más extraña fuente de vida del cuerpo humano, en la parte trasera y la base de los lomos.

Después de un intervalo de quietud, después de que los ríos de extraña y fluida riqueza hubieran pasado sobre Úrsula, inundando y arrastrando consigo su mente, descendiendo caudalosos por su espina dorsal, pasando por sus rodillas, llegando a sus pies, rebasándolos, un caudal extraño que lo arrastró todo consigo, dejándola como un esencial ser nuevo, Úrsula quedó absolutamente liberada, libre en paz total, íntegra su personalidad. Se levantó

con lentitud, dichosamente, y sonrió a Birkin. Estaba en pie ante ella, esplendente, tan terriblemente real que el corazón de Úrsula casi dejó de latir. Birkin estaba allí, ante ella, en su extraño e íntegro cuerpo, con sus maravillosas fuentes, como los cuerpos de los hijos de Dios, que eran al principio. Había extrañas fuentes en el cuerpo de Birkin, más misteriosas y más potentes que cuantas Úrsula había imaginado o conocido, y más satisfactorias, más definitiva, mística y físicamente satisfactorias. Úrsula había creído alguna vez que no había fuente más profunda que la fuente fálica. Pero he aquí que, de la roca hendida del cuerpo del hombre, de los extraños y maravillosos flancos y muslos, más profundos y más misteriosos que la fuente fálica, brotaban caudales de inefable oscuridad, de inefable riqueza.

Los dos estaban alegres y los dos podían olvidar perfectamente. Riendo, volvieron su atención a la comida. Era nada menos que pastel de venado, anchas lonjas de jamón, huevos con berros y zanahorias, nísperos y tarta de manzana, y té.

Con placer, Úrsula exclamó:

—¡Qué buen aspecto tiene todo! ¡Qué aspecto tan noble! ¿Sirvo el té?

Por lo general, Úrsula siempre se comportaba con nerviosismo cuando tenía que cumplir con esa clase de deberes sociales como el de servir el té. Pero entonces se olvidó de sus nervios, se sentía a sus anchas, totalmente relegada su falta de seguridad. El té manó bellamente del esbelto y elegante caño de la tetera. En los ojos de Úrsula había cálidas sonrisas, en el momento en que entregó la taza a Birkin. Por fin había aprendido a comportarse serena, perfectamente. Dijo:

—Todo es nuestro.

Birkin repuso:

—Todo.

Úrsula emitió un sonido raro, breve, como un cacareo de triunfo. Con indecible alivio, exclamó:

—¡No sabes lo contenta que estoy!

—También yo. Pero creo que lo mejor que podemos hacer es abandonar lo antes posible nuestras responsabilidades.

Intrigada, Úrsula preguntó:

—¿Qué responsabilidades?

—Tenemos que dejar nuestros empleos a la velocidad del rayo.

En el rostro de Úrsula apareció el gesto de una nueva comprensión. Dijo:

—Sí señor, desde luego.

—Tenemos que dejar los trabajos. No nos queda más remedio. Y de prisa. Sentada a la mesa, frente a Birkin, Úrsula le miró dubitativa:

—¿Y qué haremos?

—No lo sé. Por el momento, podemos viajar un poco, de vagabundeo.

—En el molino podría ser perfectamente feliz.

—Está muy cerca de todo lo anterior. Mejor viajar.

La voz de Birkin podía ser tan suave y tan despreocupada que penetró en las venas de Úrsula como una exaltación de felicidad. A pesar de todo, Úrsula soñaba con un valle, con selváticos jardines, con la paz. También quería esplendor, un esplendor aristocrático y pródigo. Viajar a la buena de Dios le parecía una vida de inquietud e insatisfacción. Preguntó:

—¿Y adónde iremos?

—No lo sé. Me gustaría que saliéramos tú y yo juntos, y nos alejáramos juntos.

Preocupada, Úrsula preguntó:

—Sí, pero ¿adónde iremos? Al fin y al cabo, sólo tenemos el mundo a nuestra disposición, y todas las partes del mundo están relativamente cerca.

—Me gustaría ir contigo a ningún lado. Vagabundear, sin ir a sitio alguno. Ése es el lugar al que tenemos que ir: a ninguna parte. Quiero vagabundear alejándome de los sitios del mundo, para ir a nuestra Ninguna Parte.

Úrsula seguía meditativa. Dijo:

—Oye, mi amor, temo que por ser solamente seres humanos, no nos queda más remedio que aceptar el mundo tal como nos ha sido dado. Este mundo es el único que tenemos.

—Sí hay un lugar. Ha de haber necesariamente algún lugar en el que podemos ser libres, algún lugar al que no sea preciso llevar ropa, o muy poca solamente, en el que haya unas cuantas personas, pocas, que hayan quedado hartas de esta forma de vivir; un lugar en que las cosas sean lo que realmente son, en que uno pueda ser uno mismo, sin tener problemas por ello. Un lugar en el que sólo haya una o dos personas...

Con un suspiro, Úrsula preguntó:

—Sí, pero ¿dónde está ese sitio?

—En algún punto, en cualquier punto. Viajemos al azar. Eso es lo que

debemos hacer.

Habiendo prendido en ella la idea de viajar, Úrsula afirmó:

—Sí...

Mas para ella se trataba solamente de un viaje. Birkin dijo:

—Ser libre... ¡Ser libre en un lugar de libertad, juntamente con unas cuantas personas libres!

Pensativa, Úrsula repitió:

—Sí...

La idea de «unas cuantas personas libres» la había deprimido. Birkin insistió:

—En realidad no se trata de un sitio, sino de una relación perfecta entre tú y yo, y otras personas; se trata de la relación perfecta que nos permita ser libres, juntos.

—Sí, es eso, mi amor: tú y yo.

Úrsula tendió los brazos hacia Birkin, que se acercó a ella y se inclinó para besar su rostro. Los brazos de Úrsula volvieron a cerrarse alrededor del cuerpo de Birkin, quedando sus manos abiertas sobre los hombros de él, moviéndose despacio por su espalda, descendiendo muy despacio por la espalda, en un extraño movimiento reiterado y rítmico, muy lento, hacia abajo, oprimiendo misteriosamente su cintura, sus flancos. La sensación de unas maravillosas riquezas que jamás podrían ser menoscabadas invadió la mente de Úrsula, como un desvanecimiento, como una muerte en la más maravillosa posesión, con mística seguridad. Poseía a Birkin de una manera tan suma e intolerable que la propia Úrsula quedaba aniquilada, a pesar de que solamente estaba sentada en una silla, con las manos en la espalda de Birkin, sintiéndose anulada.

Una vez más, él la besó suavemente, y en voz baja murmuró:

—Nunca nos separaremos.

Y Úrsula guardó silencio, con las manos firmemente posadas en la parte baja de la espalda, en aquella fuente de oscuridad.

Cuando volvieron a salir de aquel trance, decidieron escribir sus respectivas dimisiones del mundo del trabajo, en aquel mismo instante. Fue Úrsula quien lo quiso.

Birkin llamó y pidió papel sin membrete. El camarero despejó la mesa.

Entonces Birkin dijo:

—Primero la tuya. Pon las señas de tu casa y la fecha, y, después, «Señor Director de Educación, Alcaldía de la ciudad». Luego, «Muy señor mío». Bueno, la verdad es que no sé con exactitud cuál es nuestra situación... Supongo que quedaremos libres antes de un mes... «Muy señor mío: sirvan estas líneas para presentar mi dimisión del cargo de maestra de la escuela elemental de Willey Green. Mucho le agradecería me eximiera lo antes posible del desempeño de mis funciones, sin que tuviera que esperar el transcurso del mes de preaviso.» Bueno, creo que con esto basta. ¿Lo has escrito? Deja que vea. «Úrsula Brangwen.» ¡Bien! Ahora voy a escribir la mía. Tengo que dar un preaviso de tres meses, pero puedo alegar razones de salud. Sí, no habrá problemas.

Birkin se sentó y redactó su dimisión. Cuando hubieron cerrado y dirigido los sobres, Birkin añadió:

—Y ahora, ¿qué te parece, los echamos al buzón al mismo tiempo, aquí? Jackie dirá: «¡Qué coincidencia!», cuando reciba esas dimisiones, así, idénticas. ¿Le decimos la verdad o no?

—Me da igual.

Meditativo, Birkin dijo:

—¿No?

—Carece de importancia, ¿no crees?

—Desde luego. Lo que esa gente imagine no puede hacernos ningún daño. Echaré tu carta aquí. Luego, echaré la mía. De todas maneras, no estoy dispuesto a dar que pensar a esa gente.

Birkin miró a Úrsula, la miró con su extraña individualidad casi inhumana.

Úrsula dijo:

—Sí, es lo mejor.

Alzó la cara hacia Birkin, esplendente, abierta, de tal manera que parecía que Birkin pudiera penetrar directamente en la fuente del esplendor de Úrsula. En el rostro de Birkin se formó un leve gesto de tristeza. Preguntó:

—¿Nos vamos?

—Como tú quieras.

Poco después salían del pueblecito y el automóvil rodaba por los caminos de piso irregular, en campo abierto. Úrsula se acurrucó junto a Birkin, junto a su constante calor, fija la vista en la pálidamente iluminada revelación que veloz corría ante ella, en la noche visible. A veces, se trataba de una vieja y ancha carretera, con césped a uno y otro lado, volando mágica y fantasmal en

la luz verdosa; a veces eran árboles creciéndose desde lo alto, a veces arbustos, otras los muros de los patios o el bulto de un granero.

Bruscamente, Úrsula preguntó:

—¿Vas a cenar en Shortlands?

Birkin se sobresaltó:

—¡Dios santo! ¡Shortlands! ¡Jamás! Además, llegaríamos muy tarde.

—¿Adónde vamos, pues? ¿Al molino?

—Como tú quieras. Es una verdadera lástima ir a un sitio, sea el que fuere, en una noche tan bonita y tan oscura. Lástima tener que salir de esta noche. Me gustaría quedarme aquí, en esta hermosa oscuridad. No hay nada mejor que esto, que esta oscuridad buena e inmediata.

Úrsula se mostró pensativa. El automóvil avanzaba a saltos y balanceos. A Úrsula le constaba que no iba a separarse de Birkin; la oscuridad los mantenía unidos y los contenía, y aquella oscuridad no podía ser superada. Además, Úrsula tenía el pleno y místico conocimiento de los suaves lomos de tinieblas de Birkin, suaves y revestidos de oscuridad, y en este conocimiento se encontraba el carácter bello e inexorable del sino, el sino que se desea y que se acepta plenamente.

Birkin conducía quieto, como un faraón egipcio. Tenía la impresión de hallarse asentado en una inmemorial fuerza, como las grandes estatuas esculpidas del verdadero Egipto, tan real y tan logrado en la plenitud de su fuerza sutil, como lo eran aquéllas, con una vaga sonrisa inescrutable en los labios. Birkin sabía lo que significaba tener aquel extraño y mágico caudal de fuerza en su espalda y en sus lomos, descendíendole por las piernas; una fuerza tan perfecta que le dejaba inmóvil, y mantenía su rostro sutil y distraídamente sonriente. Sabía lo que significaba tener la conciencia alerta y ser fuerte, en aquella otra mente básica, la más profunda mente física. Y de esa fuente le venía un dominio puro y mágico y místico, una fuerza en las tinieblas, como la de la electricidad.

Hablar le resultaba muy difícil, a causa de la perfección de aquel estar sentado en el puro y vivo silencio, sutil, rebosante de impensable conocimiento y de impensable fuerza, sostenido inmemorialmente en una fuerza intemporal, como los inmóviles y potentes egipcios, sentados siempre en su vivo y sutil silencio.

Birkin dijo:

—No es necesario que vayamos a casa. Los asientos del automóvil se pueden abatir, formando una cama. Y también podemos levantar el cubremotor.

Úrsula sintió alegría y temor. Oprimió su cuerpo contra el de Birkin. Dijo:

—¿Y mi familia?

—Manda un telegrama.

No dijeron nada más. Viajaban en silencio. Pero Birkin, llevado por algo parecido a una segunda conciencia, condujo el automóvil hacia un destino. Sí, por cuanto estaba dotado de la libre inteligencia precisa para mandar sobre sus propias intenciones. Sus brazos, su pecho y su cabeza tenían formas redondeadas y vivas como las de los griegos, y no tenía los brazos rectos y durmientes de los egipcios, ni tampoco la cabeza sellada y en duermevela. Una inteligencia ardiente actuaba, con carácter secundario, por encima de su pura concentración egipcia en las tinieblas.

Llegaron a un pueblo que bordeaba la carretera. Avanzaron despacio, en el automóvil, hasta que vieron la estafeta de correos. Allí, Birkin detuvo el coche. Luego dijo:

—Mandaré un telegrama a tu padre diciéndole: «Pasaré esta noche en la ciudad». ¿Te parece bien?

—Sí.

Úrsula no quería que la obligación de pensar la perturbara.

Observó a Birkin, mientras éste se dirigía a la estafeta de correos. Úrsula advirtió que, al mismo tiempo, la estafeta era una tienda. Era extraño Birkin. Incluso en el momento en que entró en aquel iluminado establecimiento público, siguió siendo oscuro y mágico, el vivo silencio parecía constituir el cuerpo de la realidad en él, sutil, potente, de imposible descubrimiento. Allí estaba Birkin. En una extraña elevación emotiva, Úrsula le vio, el ser que jamás podría ser descubierto, terrible en su potencia, místico y real. Aquella realidad oscura y sutil de Birkin, que jamás podría ser explicada, liberaba a Úrsula, elevándola a la perfección, a la perfección de su propio ser. También ella era oscura y lograda en el silencio.

Birkin salió de la tienda y arrojó unos paquetes al interior del automóvil, diciendo:

—He comprado pan, queso, pasas, manzanas y chocolate.

Parecía que la voz de Birkin contuviera el tono de la risa, debido a la impecable quietud y fuerza que constituían su realidad. Úrsula sintió deseos de tocarle. Hablar, mirarle, no era nada. Constituía una falsedad el mirar y aprehender al hombre que tenía junto a ella. Era preciso que la oscuridad y el silencio la envolvieran perfectamente, y entonces podría conocer místicamente, con el tacto no revelado. Tenía que entrar en contacto con él, un contacto leve y sin pensamiento, tener el conocimiento que es la muerte del

conocimiento, la realidad de la certeza de no conocer.

Pronto volvieron a hallarse envueltos en oscuridad. Úrsula no preguntó adónde se dirigían: le daba igual. Se hallaba en un estado de plenitud y pura fuerza que era como la apatía, inmóvil y sin pensamiento. Iba junto a Birkin, y se sentía suspendida en un descanso absoluto, como está suspendida una estrella, increíblemente equilibrada. Pero aún quedaba en ella un oscuro ardor. Le tocaría. Con las perfectas y delicadas yemas de los dedos de la realidad, tocaría la realidad de Birkin, la suave, pura, inexpresable realidad de sus lomos de tinieblas. Tocar, sin pensamiento, en la oscuridad, alcanzar el puro tacto de la viva realidad de Birkin, de sus suaves y perfectos muslos de tinieblas: eso era la anticipación que sustentaba a Úrsula.

Y también Birkin esperaba, en la mágica firmeza del estado de suspensión, que Úrsula adquiriese de él ese conocimiento, tal como él lo había adquirido de ella. La conocía tenebrosamente, con la plenitud del conocimiento oscuro. Ella le conocería, y también él quedaría liberado. Sería libre cual la noche, como un egipcio, firme en un equilibrio perfectamente suspenso, en el puro y místico nudo del ser físico. Se darían el uno al otro aquel equilibrio estelar que es la única libertad.

Úrsula vio que avanzaban por entre árboles, grandes y viejos árboles, con maleza medio muerta al pie. Los troncos rugosos y pálidos tenían aspecto fantasmal, como viejos sacerdotes en la distancia envolvente, y los helechos se alzaban misteriosos y mágicos. Era una noche en la que imperaba la oscuridad en todo, cubierta con nubes bajas. El automóvil avanzaba despacio.

Úrsula susurró:

—¿Dónde estamos?

—En el bosque de Sherwood.

Evidentemente, conocía el lugar. Birkin conducía despacio, mirando a uno y otro lado. Llegaron a un verde camino, entre los árboles. Tomaron cautelosamente una curva, y avanzaron, por entre los robles del bosque, por una senda verde. Esta senda se ensanchaba, formando un círculo de césped, al pie de una cuesta por la que descendía un arroyuelo. El automóvil se detuvo.

Birkin dijo:

—Apagaremos las luces y nos quedaremos aquí.

Inmediatamente apagó los faros, y quedó la noche pura, con las sombras de los árboles, como realidades de otro mundo nocturno. Birkin extendió una manta sobre la maleza, y allí se sentaron, quietos, en silencio, sin pensar. En el bosque se oían débiles sonidos que no alteraban nada, que no podían producir ninguna alteración, ya que el mundo estaba regido por una extraña ley e

imperaba un nuevo misterio.

Se quitaron la ropa, Birkin atrajo a Úrsula hacia sí, y la halló, halló la pura y ardiente realidad de Úrsula en su carne eternamente invisible. Inhumanos, los dedos de Birkin en la no revelada desnudez de Úrsula eran dedos de silencio sobre el silencio, cuerpo de noche misteriosa sobre cuerpo de noche misteriosa, la noche masculina y la noche femenina, que jamás se verán con la vista, que jamás se conocerán con la mente, sólo cognoscibles como palpable revelación de viva diversidad individual.

Úrsula deseaba a Birkin, lo tocaba, recibía el máximo de indecible comunicación, en el tacto, oscuro, sutil, positivamente silencioso, magnífica ofrenda y entrega, perfecta aceptación y cesión, un misterio, la realidad de aquello que jamás podrá conocerse, realidad vital, sensual que jamás podrá transustanciarse en contenido de la mente, sino que sigue fuera, viviente cuerpo de oscuridad, de silencio, de sutileza, el místico cuerpo de la realidad. El deseo de Úrsula quedó satisfecho. Y el deseo de Birkin se satisfizo. Por cuanto ella era para Birkin lo que Birkin para ella; la inmemorial magnificencia de la mística, palpable y real diversidad del otro.

Durmieron en el curso de la noche fría bajo la capota del automóvil, una noche de sueño sin interrupción. Cuando Birkin despertó, el sol se hallaba ya alto. Se miraron y se echaron a reír, y luego apartaron la vista, llenos de tinieblas y secreto. Se besaron y recordaron la magnificencia de la noche. Fue magnificencia, fue el legado de un universo de oscura realidad, hasta tal punto que temían causar la impresión de recordarlo. Ocultaron los recuerdos y los conocimientos.

24. MUERTE Y AMOR

Thomas Crich murió despacio, terriblemente despacio. A todos les parecía imposible que el hilo de la vida pudiera adelgazarse tanto sin quebrarse. El enfermo yacía en un sumo estado de debilidad, de agotamiento, viviendo tan sólo de morfina y alimentos, líquidos que sorbía despacio. Estaba semiinconsciente. Sólo una ínfima brizna de conciencia unía las tinieblas de la muerte con la luz del día. Sin embargo, seguía inquebrantable, entero, completo. Aunque para ello necesitaba absoluta quietud y silencio alrededor.

Cualquier presencia, salvo la de las enfermeras, significaba para él una tensión y un esfuerzo. Todos los días, por la mañana, Gerald entraba en el dormitorio con la esperanza de encontrar muerto a su padre. Sin embargo, siempre veía la misma cara transparente, el mismo horroroso cabello negro

sobre la frente cerúlea, y los terribles y primarios ojos negros que parecían descomponerse, transformándose en informe oscuridad, dotados tan sólo de un granito de visión.

Y siempre, cuando aquellos ojos negros y primarios se orientaban hacia Gerald, éste sentía en sus entrañas una ardiente punzada de rebeldía que parecía transmitirse a todo su ser, amenazando con quebrantarle la mente con su resonancia, con hacerle perder la razón.

Todas las mañanas, el hijo se quedaba allí, en el cuarto, en pie, erguido, tenso de vida, esplendente y rubicundo. El rubio esplendor de la extraña e impositiva figura del hijo producía en el padre febril irritación. No podía soportar la mirada de los ojos azules de Gerald, aquella mirada rara que le llegaba desde lo alto. Pero eso sólo duraba un momento. Esperando cada uno de ellos el momento de la separación, padre e hijo se miraban. Y luego se separaban.

Durante mucho tiempo, Gerald supo mantenerse en estado de perfecta sangre fría, totalmente dueño de sí mismo. Pero, al fin, el miedo socavó su resistencia. Temía que se produjera en su interior un terrible derrumbamiento. Estaba obligado a ser testigo de aquella realidad. Cierta perverso deseo le inducía a contemplar a su padre como si ya hubiera cruzado las fronteras de la vida.

Sin embargo, todos los días aquel ardiente latigazo de miedo horrorizado estremecía con nuevo dolor las entrañas del hijo. Durante todo el día, Gerald se comportaba sintiendo una clara tendencia a estremecerse, como si la punta de la espada de Damocles le cosquilleara el cogote.

No tenía salida posible. Estaba atado a su padre y no le quedaba más remedio que contemplar su muerte. Y la voluntad del padre jamás se relajaba, jamás cedía ante la muerte. Aquella voluntad sólo se quebrantaría cuando la muerte la quebrantara, si no seguía existiendo incluso después de la muerte física. Y, de la misma manera, la voluntad del hijo tampoco cedía en ningún momento. Gerald se mantenía firme e inmune, fuera de aquella muerte y de aquel morir.

Aquello era un calvario. ¿Podría Gerald ver cómo su padre se disolvía lentamente y desaparecía en la muerte, sin que su voluntad jamás cediera, sin que ni un instante se debilitara ante la omnipotencia de la muerte? Igual que un piel roja sometido a tortura, Gerald experimentaría todo el proceso de una muerte lenta, sin un estremecimiento, sin una sola vacilación. Gerald incluso triunfaba en aquel proceso. En cierto modo, deseaba aquella muerte, incluso la imponía. Parecía que se enfrentara personalmente con la muerte, a pesar de que poco le faltaba para retroceder aterrado. Pero se enfrentaba, y triunfaría ante ella.

Sin embargo, la tensión que en él producía aquella prueba fue causa de que perdiera el dominio que solía ejercer sobre la vida exterior, sobre la vida cotidiana. Esto, que tanta importancia tenía para él, llegó a carecer de significado. El trabajo, los placeres... Todo quedó atrás. Siguió dirigiendo más o menos mecánicamente sus negocios, pero esa actividad tenía carácter meramente accesorio. La verdadera actividad de Gerald era aquella horrible lucha de muerte, en su propia alma. Y su voluntad tenía que triunfar. Pasara lo que pasara, no se inclinaría, ni se sometería, ni reconocería a un amo. Gerald no tendría a un amo en la muerte.

Pero a medida que la lucha proseguía, mientras todo lo que Gerald había sido y seguía siendo continuaba en trance de destrucción, de manera que la vida era como una caracola vacía en torno a él, rugiendo y chocando, como el sonido del mar, como un ruido en el que él participaba externamente, en tanto que dentro de la caracola vacía todo era oscuridad y temible territorio de la muerte, Gerald sabía que tendría que buscar refuerzos, ya que, de lo contrario, se derrumbaría sobre sus propias bases, se precipitaría en el gran vacío negro que rodeaba el centro de su alma. Su voluntad daba sostén a su vida exterior, a su mente exterior, a su ser exterior, íntegro e invariable. Pero la presión era muy grande. Tendría que encontrar algo que mantuviera su equilibrio. Algo tenía que penetrar juntamente con él en el vacío de la muerte en su alma, llenar ese vacío, y, de esa manera igualar la presión interior con la exterior. Día a día se sentía cada vez más como una burbuja repleta de oscuridad, a cuyo alrededor giraba la iridiscencia de su conciencia, y sobre la cual la presión del mundo exterior, de la vida exterior, rugía poderosa.

En esta crisis extrema, su instinto le orientó hacia Gudrun. Gerald prescindió de todo. Sólo quería relacionarse con Gudrun. La seguía al estudio para estar cerca de ella, para hablar con ella. En el estudio, Gerald iba de un lado a otro, toqueteando los instrumentos de trabajo, los montones de arcilla, cogiendo las figuritas modeladas por Gudrun —grotescas y de caprichosa fantasía— y mirándolas sin aprehenderlas. Y Gudrun tenía constante conciencia de que Gerald la seguía, de que lo llevaba pegado a los talones, como una condena.

Un día, al atardecer, Gerald, en un tono raro, dubitativo e impremeditado, dijo a Gudrun:

—Oye, ¿por qué no te quedas a cenar esta noche? Me gustaría mucho que cenaras aquí.

Gudrun tuvo un leve sobresalto. Gerald le había hablado como un hombre que dirige una petición a otro hombre. Gudrun repuso:

—Me esperan en casa.

—No creo que se enfaden si no vas. De verdad me gustaría que te quedaras a cenar.

Por fin, Gudrun dio su consentimiento mediante un largo silencio. Gerald dijo:

—¿Digo a Thomas que cenas aquí?

—Tendré que irme inmediatamente después de la cena.

Era una tarde oscura y fría. En la sala de estar, el hogar estaba apagado. Fueron a la biblioteca. Al principio, Gerald habló muy poco, con aire ausente, y Winifred también guardó silencio. Pero Gerald se animó, sonrió, y trató a Gudrun de forma normal y corriente, agradable. Luego volvió a tener momentos de ausencia, de los que no se daba cuenta.

Gerald ejercía una intensa atracción en Gudrun. Tenía aspecto preocupado, y aquellos raros silencios de ausencia, que Gudrun no sabía cómo interpretar, la conmovían, la intrigaban, y provocaban en ella un sentimiento de reverencia hacia él.

Gerald se comportó en todo momento con gran amabilidad. En la mesa, durante la cena, hizo lo preciso para complacer a Gudrun en lo tocante a la comida, y bebieron una botella de delicioso vino dorado, algo dulce, ya que Gerald sabía que Gudrun prefería el vino blanco al borgoña. Gudrun se sintió querida, casi necesaria.

Mientras tomaban el café en la biblioteca, alguien llamó a la puerta, golpeándola muy suavemente. Gerald se sobresaltó y dijo:

—Adelante.

El sonido de su voz, vibrante y aguda, molestó a Gudrun. Se abrió la puerta y apareció una enfermera vestida de blanco, que se quedó, como una sombra, en el marco de la puerta. Era muy linda, pero sorprendentemente tímida y carente de seguridad en sí misma. En voz baja y discreta, la enfermera dijo:

—El doctor quiere hablar con usted, señor Crich.

Gerald se levantó rápida y nerviosamente.

—¡El doctor! ¿Dónde está?

—En el comedor.

—Dígale que ahora voy.

Gerald terminó el café y se fue, siguiendo a la enfermera, que se había esfumado como una sombra.

Gudrun preguntó:

—¿Cuál de las enfermeras es ésta?

Winifred replicó:

—La señorita Inglis. Es la que más me gusta.

Al cabo de un rato Gerald regresó, absorto en sus pensamientos, y con aquella expresión tensa y abstraída que a veces se advierte en el hombre levemente embriagado. No comunicó lo que el médico le había dicho. Se quedó en pie ante el fuego, con las manos a la espalda, y la expresión de la cara indefensa, como si se hallara en trance. En realidad, Gerald no pensaba, sino que había quedado paralizado, en suspenso interior, y los pensamientos cruzaban su mente, sin orden.

Winifred dijo:

—Me voy a ver a mamá, y luego veré a papá, antes de que se duerma.

Winifred dio las buenas noches a Gerald y a Gudrun. Ésta se levantó también, dispuesta a irse. Gerald, lanzando una rápida ojeada al reloj, dijo:

—No te irás ya... Todavía es pronto. Cuando te vayas te acompañaré. Anda, siéntate, no hay prisa.

Gudrun se sentó, como si la voluntad de Gerald, a pesar de su aire ausente, ejerciera un poder sobre ella. Se sentía casi hipnotizada. Para ella, Gerald era un ser raro, algo desconocido. ¿En qué pensaba, qué sentía, mientras estaba allí, como en trance, sin hablar? Gudrun se daba cuenta de que Gerald había conseguido retenerla. Que no estaba dispuesto a dejarla marchar. Gudrun le observaba humilde y sumisa.

Por fin, Gudrun, en voz baja, con aquella dulce y tímida simpatía que siempre hacía vibrar una fibra sensible en el corazón de Gerald, preguntó:

—¿Te ha dicho algo nuevo el médico?

Gerald alzó las cejas en expresión de indiferencia y, como si la pregunta de Gudrun careciera de toda importancia, repuso:

—No, nada nuevo. Dice que el pulso es muy débil, muy irregular, pero que eso, en sí mismo, significa muy poco, como sabes.

Miró a Gudrun. En los ojos de ésta había una expresión oscura y suave, abierta, con un matiz de alarmada sorpresa que excitó a Gerald. Por fin, Gudrun murmuró:

—No lo sabía. No sé nada de esos asuntos.

—Más vale así. Fumemos un cigarrillo.

Rápidamente, Gerald buscó la caja con los cigarrillos y prendió el de

Gudrun. Luego volvió a ubicarse ante el hogar, frente a ella, y dijo:

—Claro... En esta casa tampoco ha habido muchas enfermedades, hasta lo de papá...

Pareció meditar unos instantes. Luego, bajando la vista, la volvió a mirar, con una expresión extrañamente comunicativa en sus ojos azules, que infundió temor a Gudrun, y prosiguió:

—Es una de esas cosas en las que uno no piensa hasta el momento en que llega. Y entonces uno se da cuenta de que, en realidad, ha estado presente en todo instante, siempre, ¿comprendes lo que quiero decir? Me refiero a la posibilidad de esta enfermedad incurable, de esta muerte lenta.

Movió los pies sobre el piso de mármol, en movimiento de incertidumbre, se llevó el cigarrillo a los labios y fijó la vista en el techo. Gudrun dijo:

—Comprendo. Es terrible.

Gerald fumaba sin siquiera darse cuenta. Luego se quitó el cigarrillo de los labios, dejó los dientes al descubierto, asomó por entre ellos la punta de la lengua, y escupió una hebra de tabaco, volviendo un poco la cabeza a un lado, como si estuviera solo, o como quien está absorto en sus pensamientos. Volvió a mirar a Gudrun y habló:

—En realidad, no sé cuál es el efecto que esto produce en uno.

Gudrun fijó la mirada de sus ojos de expresión oscura, impresionada por el reciente conocimiento, en los de Gerald. Éste vio que Gudrun estaba a su merced, y apartó la vista. Luego dijo:

—Pero lo cierto es que ya no soy el mismo de antes, en absoluto. No queda nada de lo anterior, ¿comprendes? Tengo la impresión de estar lanzando zarpazos a un vacío, y, al mismo tiempo, yo mismo soy un vacío. Y por eso no sé qué hacer.

Gudrun murmuró:

—No.

Una pesada emoción recorrió en descenso los nervios de Gudrun, una emoción pesada, casi placer, casi dolor. Añadió:

—¿Qué se puede hacer?

Gerald se volvió a un lado y sacudió el cigarrillo, echando la ceniza en las grandes losas de mármol del hogar, limpio, sin guardafuegos.

—No lo sé. Pero creo que es preciso encontrar una manera de resolver la situación, y no porque queramos resolverla, sino porque estamos obligados, es el único modo de no ser aniquilados. Todo se está desmoronando, nosotros

incluidos, y estamos sosteniendo el edificio entero con las manos alzadas. Evidentemente, es una situación que no puede continuar. Uno no puede estar siempre sosteniendo la techumbre con las manos. Tarde o temprano tendrá que bajar los brazos. ¿Comprendes lo que pretendo decir? Y por eso hay que hacer algo, o de lo contrario se producirá un derrumbamiento universal, en cuanto hace referencia a uno.

Gerald se desplazó un poco, junto al hogar, y, con el tacón, aplastó sin querer una pequeña porción de madera carbonizada. Bajó la vista y la miró. Gudrun tenía clara conciencia del mármol bello y antiguo del hogar, suavemente labrado en formas hinchadas, detrás de Gerald, a uno y otro lado, rebasando, por arriba, su cabeza. Gudrun tenía la impresión de haber quedado atrapada por el destino, aprisionada en una horrible y fatal trampa. Humildemente preguntó:

—Pero ¿qué se puede hacer? Si puedo ayudarte en algo, dímelo, pero no veo de qué manera puedo ayudarte.

Gerald bajó la vista y miró a Gudrun con expresión crítica. Levemente irritado, dijo:

—No quiero que me ayudes, porque no se puede hacer nada. Sólo quiero comprensión. Sólo quiero poder hablar con alguien dispuesto a comprenderme. Eso alivia la tensión. Y no hay nadie con quien pueda hablar de esa manera. Es curioso. Nadie. Por ejemplo, ahí tenemos a Rupert Birkin. Él no quiere comprender, sólo quiere imponer su criterio. Y eso no sirve para nada.

Gudrun se dio cuenta de que había caído en una extraña trampa. Bajó la vista y la fijó en sus manos.

Entonces se oyó el sonido de la puerta, abriéndose despacio. Gerald se sobresaltó. Estaba mortificado. Y fue el sobresalto de Gerald lo que, en realidad, sobresaltó a Gudrun. Entonces Gerald inclinó el tronco hacia delante, en rápida, grácil e intencionada reverencia, diciendo:

—Mamá, gracias por haber bajado. ¿Cómo te encuentras?

La mujer, entrada ya en años, envuelta en una ancha bata roja que daba abultada apariencia a su cuerpo, avanzó en silencio, y, como de costumbre, un poco encorvada. Gerald se había situado a su lado. Acercó una silla a su madre, mientras decía:

—Ya conoces a la señorita Brangwen, ¿verdad?

La madre dirigió una mirada de indiferencia a Gudrun, y dijo:

—Sí.

Luego volvió la vista de sus ojos azules, maravillosos, del color de los nomeolvides, hacia su hijo, mientras se sentaba despacio en la silla que éste le había acercado. Con su voz rápida, apenas audible, dijo a Gerald:

—He venido para preguntar por tu padre. Ignoraba que estuvieras acompañado.

—¿Sí? ¿No te lo ha dicho Winifred? La señorita Brangwen ha aceptado cenar con nosotros para darnos ánimos.

La señora Crich volvió lentamente la cabeza para mirar a Gudrun, pero la miró sin verla. Dijo:

—Mucho temo que no se habrá divertido.

Se dirigió de nuevo a su hijo:

—Winifred me ha dicho que el médico quería hablar contigo. ¿Qué ha dicho?

—Sólo que el pulso es muy débil y las pulsaciones muy irregulares. El pulso se detiene a menudo. Es posible que papá no supere esta noche.

La señora Crich siguió perfectamente impassible, como si no hubiera oído esas palabras. El bulto de su cuerpo estaba encorvado en la silla, el rubio cabello le colgaba laciamente sobre las orejas. Pero su piel era blanca y suave, y sus manos, cruzadas sobre el regazo, como olvidadas, eran muy hermosas, pletóricas de reservas de energía. Parecía que un gran contingente de energías estuviera muriendo en aquella forma silenciosa y abultada.

Levantó la vista para mirar a su hijo, en pie junto a ella, con aire alerta, de soldado. Los ojos de la señora Crich eran maravillosamente azules, más azules que los nomeolvides. Parecía haber depositado cierta confianza en Gerald, y, al mismo tiempo, contemplarle con cierta maternal desconfianza. En voz extrañamente baja, en un murmullo, como si nadie, salvo su hijo, debiera oírle, la señora Crich dijo:

—¿Y tú cómo estás? No habrás perdido el dominio de ti mismo, supongo. No permitirás que lo que pasa te ponga histérico.

El curioso reto contenido en estas últimas palabras sobresaltó a Gudrun. Gerald, en tono animoso y un tanto frío, contestó:

—Me parece que no, mamá. A fin de cuentas, alguien tiene que dirigir la situación.

Rápidamente, la madre contestó:

—¿Sí? ¿De veras? ¿Y por qué has de ser tú quien la dirija? ¿Por qué te arrojas ese deber? La situación se dirigirá por sí misma. No eres necesario.

—No. Creo que no puedo hacer nada. Pero hay que pensar en la manera en que lo que ocurre puede afectarnos.

—Te gusta que las cosas te afecten, ¿verdad? Te enloquece, ¿verdad? Siempre tienes que sentirte importante. No hay ninguna necesidad de que te quedes en esta casa. ¡Vete! ¿Por qué no te vas?

Estas palabras, evidentemente fruto de muchas horas negras, sorprendieron a Gerald. Con frialdad, repuso:

—Mamá, no creo queirme ahora, en el último instante, sea lo más oportuno.

—Ten cuidado. Cuida de ti mismo, que ése es tu principal problema. Te echas demasiadas cargas encima. Cuídate o acabarás mal. Sí, es lo que te pasará. Eres un histérico, siempre lo has sido.

—Estoy bien, madre. Y puedo asegurarte que no hay motivo de preocupación, en cuanto a mí respecta.

—¿Sabes qué te digo? Que dejes a los muertos en paz, que no pretendas enterrarte con ellos. Eso es lo que te digo. Sí, porque te conozco muy bien.

Gerald no supo qué contestar a estas palabras, y no dijo nada. La madre seguía encorvada, en silencio, con sus hermosas manos blancas, sin un solo anillo, agarradas a los extremos de los brazos de la silla. Casi con amargura, añadió:

—No puedes hacerlo. Careces del valor suficiente. En realidad, eres más débil que un gato. Siempre lo has sido. ¿Se queda a dormir en casa esta joven?

Gerald repuso:

—No. Ha de volver a la suya.

—En ese caso, más valdrá que marche en el charrete. ¿Va muy lejos?

—Sólo a Beldover.

—Bueno...

La madre había hablado sin mirar a Gudrun en ningún momento; sin embargo, parecía tener muy en cuenta su presencia. Poniéndose lentamente en pie, con alguna dificultad, la madre dijo:

—Tienes tendencia a echarte demasiadas responsabilidades encima.

Cortésmente, Gerald le preguntó:

—¿Te vas?

—Sí, vuelvo arriba.

Volviéndose hacia Gudrun, le dio las buenas noches. Luego se dirigió despacio hacia la puerta, como si no estuviera acostumbrada a andar. Al llegar junto a ésta, alzó la cara hacia Gerald, en silencio. Gerald le dio un beso. Con su voz apenas audible, ella le dijo:

—Déjame aquí. No quiero que me acompañes más.

Gerald la despidió y observó a su madre mientras se acercaba al pie de la escalera, y mientras la subía lentamente. Luego cerró la puerta, y volvió junto a Gudrun, que también se levantó, dispuesta a irse:

—Extraño personaje mi madre.

Gudrun repuso:

—Sí.

—Tiene ideas muy propias.

—Sí.

Luego los dos permanecieron en silencio. Gerald lo rompió:

—¿Quieres irte? Espera un instante, a que enganchen el caballo.

—No, prefiero ir a pie.

Gerald le había prometido acompañarla por la solitaria senda de más de una milla, y eso era lo que Gudrun quería que hiciera.

No obstante, Gerald le dijo:

—Te advierto que no es ninguna molestia preparar el coche.

Con énfasis, Gudrun insistió:

—Es que prefiero caminar.

—Como quieras. En ese caso, te acompaño. ¿Sabes dónde has dejado tus cosas? Voy a ponerme las botas.

Se puso una gorra y, sobre el traje de etiqueta, un abrigo. Los dos salieron de la casa. Deteniéndose en un rincón resguardado del porche, Gerald propuso:

—Encendamos un cigarrillo. Toma.

Y así, con el aroma del tabaco en el aire nocturno, emprendieron el descenso de la oscura senda, bordeada de recortados arbustos, que discurría por los prados en pendiente.

Gerald deseaba poner el brazo alrededor del cuerpo de Gudrun. Si pudiera rodear a Gudrun con un brazo, mientras caminaban, y atraerla hacia sí, quedaría equilibrado. Tenía la impresión de ser como una balanza de platillos,

uno de los cuales se hundía y hundía en un infinito vacío. De alguna manera tenía que recuperar el equilibrio. Y allí, a su lado, tenía la esperanza de lograr una perfecta recuperación.

Sin pensar en ella, pensando sólo en sí mismo, Gerald pasó suavemente el brazo por la cintura de Gudrun, y la atrajo hacia sí. Gudrun sintió que se le hundía el corazón al darse cuenta de aquel ataque a su persona. Pero el brazo de Gerald era fuerte, y Gudrun se acobardó ante su fuerte presión. Tuvo la impresión de morir, de morir en una muerte pequeña, al sentirse atraída hacia Gerald, mientras caminaban en la tormentosa oscuridad. Gerald equilibraba perfectamente a Gudrun, en contrapeso consigo, en el doble movimiento de la andadura de los dos. De repente, había quedado liberado, perfecto, fuerte y heroico.

Él se llevó la mano a los labios y apartó el cigarrillo, arrojándolo, convertido sólo en un punto luminoso en un seto invisible. Entonces quedó en perfecta libertad para equilibrarse con Gudrun. Exultante, dijo:

—Así está mejor.

La nota exultante en la voz de Gerald fue venenosa como una droga dulzona y fuerte para Gudrun. ¿Tanto significaba ella para Gerald? Gudrun sorbió el veneno. En tono meditativamente cariñoso, preguntó:

—¿Te sientes más feliz ahora?

En el mismo tono de voz exultante, Gerald repuso:

—Mucho mejor. Y estaba muy mal.

Gudrun oprimió su cuerpo contra el de Gerald. Y éste sintió la suavidad y el calor de Gudrun, que parecía la rica y dulce sustancia del propio ser de Gerald. La calidez de Gudrun y su movimiento al andar penetraron maravillosamente en Gerald. Gudrun habló:

—No sabes cuánto me gusta ayudarte.

Gerald repuso:

—Sí. Nadie puede ayudarme salvo tú.

Con extraña y fatal emoción exaltada, Gudrun se dijo en su fuero interno: «Es verdad».

Mientras caminaban, Gerald causó la impresión de levantar a Gudrun, acercándola más y más a él, hasta que llegó el momento en que Gudrun se movía sobre el firme vehículo que era el cuerpo de Gerald. Era muy fuerte, era un firme apoyo, y no cabía la posibilidad de oponerse a su voluntad. Gudrun avanzaba deslizándose en una maravillosa fusión de movimiento físico, descendiendo por la oscura falda de la colina barrida por el viento. A lo lejos

brillaban las lucecillas de Beldover, muchas luces, extendiéndose densamente en la oscuridad de otra colina. Pero Gerald y Gudrun avanzaban en una oscuridad perfectamente aislada, fuera del mundo.

La voz de Gudrun se elevó, casi mimosa:

—¡Cuánto te importo! No puedo comprenderlo, ¿sabes?

La voz de Gerald sonó animada por dolida exaltación:

—¡Cuánto y cuánto! Tampoco puedo saber lo que significas para mí. Lo significas todo.

Esta declaración sorprendió al propio Gerald. Había dicho la verdad. Se había despojado de todas sus defensas al reconocer esta verdad ante Gudrun. Para Gerald, Gudrun lo significaba todo, lo era todo.

En voz baja, pasmada, temblorosa, Gudrun repuso:

—No puedo creerlo.

La exaltación y las dudas la hacían temblar. Aquello era lo que había querido oír, aquello y sólo aquello. Y lo había oído, había oído la extraña y seca vibración de la verdad en su voz al decir lo que Gudrun no podía creer. No podía creerlo. No lo creía. Pero, al mismo tiempo, lo creía, triunfalmente, con fatal exaltación.

Gerald preguntó:

—¿Por qué no? ¿Por qué no lo crees? Es la verdad. Es verdad, tal como estamos ahora, en este momento.

Se quedó quieto, junto a Gudrun, azotados los dos por el viento, y añadió:

—No me importa nada en la tierra y en el cielo, salvo este lugar en que ahora estamos. Y no es mi presencia aquí lo que me interesa, sino la tuya y sólo la tuya. Vendería mil veces mi alma con tal de tenerte aquí, y no podría soportar tu ausencia. No podría soportar quedarme solo. Mi cerebro estallaría. Es la verdad.

Con un firme movimiento, Gerald la oprimió más contra su cuerpo. Atemorizada, Gudrun se opuso:

—No.

Si aquello era lo que Gudrun quería, ¿a qué se debía que perdiera el valor?

Reanudaron su extraño avance. Eran dos seres muy diferentes, que se conocían muy poco el uno al otro, y sin embargo se hallaban terrible e increíblemente unidos. Era como una locura. Pero, a pesar de eso, era lo que Gudrun quería. Habían terminado el descenso de la falda de la colina, y ahora

se acercaban al tramo de camino que pasaba debajo de la vía férrea de las minas de carbón. Gudrun sabía que los muros que formaban aquel puente eran de piedra labrada en forma de cubo, y que en la cara interna de uno de los dos muros crecía el musgo y por ella chorreaba el agua, en tanto que la cara interna del otro muro estaba seca. Gudrun se había situado más de una vez bajo aquel puente para oír el estruendo del tren al pasar por las vías, sobre las traviesas, arriba. Y sabía que, cuando llovía, los jóvenes mineros se guarecían bajo aquel puente solitario y oscuro, en compañía de sus novias. Y ahora Gudrun quería quedarse bajo aquel puente con su novio, y que éste la besara bajo el puente, en la ciega oscuridad. Gudrun dio lentitud a sus pasos cuando se acercaron al puente.

Y bajo éste se detuvieron, y Gerald alzó a Gudrun contra su pecho. Vibrante, el cuerpo de Gerald se puso tenso y poderoso, cerniéndose sobre el de Gudrun, aplastándola contra él, sin aliento, deslumbrada y aniquilada, aplastándola contra su pecho. Bajo el puente, los mineros oprimían a sus novias contra su pecho. Y, ahora, bajo el puente, el amo de todos los mineros la oprimía contra su pecho. Y el abrazo de éste era mucho más poderoso y terrible que los abrazos de los mineros, y el amor del amo era mucho más intenso y superior que el de los obreros. Gudrun pensó que iba a desmayarse, a morir, bajo la inhumana y vibrante tensión de los brazos y el cuerpo de Gerald, pensó que perdería el conocimiento. Entonces la increíblemente alta vibración menguó, y adquirió movimiento ondulante. Gerald se relajó, y, sin separarse de ella, la llevó junto al muro, contra el que apoyó la espalda de Gudrun.

Gudrun estaba casi inconsciente. De esa misma manera estaban las novias de los mineros, con la espalda contra el muro, mientras sus novios las abrazaban y las besaban, tal como a ella la besaban ahora. Pero ¿eran los besos de los mineros tan tiernos y poderosos como los de los firmes labios de su amo? Incluso el recortado bigote constituía una diferencia. Ningún minero lo llevaba.

Y las novias de los mineros, al igual que ella, echaban débilmente la cabeza hacia atrás, y, desde la oscuridad del puente, miraban la mancha de apretadas luces amarillas, en la invisible falda de la colina, a lo lejos, o las vagas formas de los árboles, o las edificaciones del aserradero de la mina, al otro lado.

Los brazos de Gerald la oprimían con firmeza, Gerald parecía absorber con su cuerpo el de Gudrun, absorber su calor, su suavidad, su adorable peso, beber ávidamente en aquella absorción de la realidad física de Gudrun. Gerald la levantó, y causó la impresión de verter a Gudrun en su propio cuerpo, como se vierte vino en una copa. Con voz extraña y penetrante, Gerald dijo:

—Esto vale cualquier cosa.

Y Gudrun se relajó y pareció fundirse, afluir a Gerald, como si fuera un infinitamente cálido y precioso caudal que llenara las venas de Gerald, embriagándolo. Gudrun tenía los brazos alrededor del cuello de Gerald, y éste la besaba y la tenía en estado de perfecta suspensión; Gudrun estaba inmóvil y fluyendo en el interior de Gerald, mientras éste era la firme y recia copa que recibía el vino de la vida de Gudrun. Y así, Gudrun yacía fundida sobre Gerald, ligada a él,alzada contra él, fundiéndose y fundiéndose con los besos de Gerald, fundiéndose en los miembros y huesos de éste, como si fuera de suave hierro, de un hierro que iba recibiendo, hasta rebosar, la electricidad de la vida de Gudrun.

Hasta que Gudrun tuvo la impresión de desvanecerse, su mente se apagó poco a poco, perdió los sentidos, cuanto había en ella había quedado fundido y fluido, y yacía quieta, contenida por Gerald, durmiendo en él, lo mismo que el rayo duerme en la pura y suave piedra. De esta manera, Gudrun se desvaneció y quedó vertida en Gerald, y éste alcanzó la culminación de su ser en la perfección.

Cuando Gudrun volvió a abrir los ojos y vio la mancha de densas luces a lo lejos, le pareció raro que el mundo siguiera existiendo, que ella se encontrara en pie bajo el puente, con la cabeza en reposo sobre el pecho de Gerald. Gerald... ¿Quién era Gerald? Gerald era la aventura exquisita, lo deseable desconocido.

Gudrun levantó la vista y, en la oscuridad, vio la cara de Gerald sobre la suya, la cara hermosa y varonil. Parecía que emitiera una leve luz blanca, que estuviera rodeado de una blanca aureola, como un visitante llegado de lo nunca visto. Gudrun alzó la mano, como Eva hacia las manzanas del árbol de la ciencia, y lo besó, a pesar de que su pasión era como un trascendente temor a aquello que constituía el ser de Gerald, tocando su cara con sus dedos, infinitamente delicados, persistentes, intrigados. Los dedos de Gudrun recorrieron las formas de la cara de Gerald, recorrieron sus facciones. Cuán perfecto y extraño era... y cuán peligroso... Gudrun sintió en el alma la emoción del total conocimiento. Aquel rostro de hombre era la reluciente manzana prohibida. Gudrun lo besó, poniendo los dedos en su cara, en sus ojos, en las aletas de su nariz, en sus cejas, en sus orejas, en su cuello, para conocerlo, para aprehenderlo mediante el tacto. Gerald era firme y bien formado, satisfactoria e inconcebiblemente bien formado, extraño pero indeciblemente luminoso. Era un enemigo, un enemigo total, pero había en él un extraño resplandor de fuego blanco. Gudrun quería tocarlo y tocarlo y tocarlo, hasta tenerlo íntegramente en sus manos, hasta obligarlo a penetrar en su conocimiento. Si Gudrun pudiera adquirir el inapreciable conocimiento de Gerald quedaría colmada, y nada podría privarla de ese logro. Sí, por cuanto Gerald no ofrecía la menor seguridad, era peligroso en el cotidiano mundo

iluminado por el sol.

Con voz gutural, Gudrun murmuró:

—Eres hermoso.

Gerald quedó suspenso, intrigado. Pero Gudrun sintió que se estremecía, y sin querer, volvió a oprimir su cuerpo contra el de Gerald. Éste no podía hacer nada. Se encontraba bajo el poder de los dedos de Gudrun. El deseo insondable, absolutamente insondable, que los dedos de Gudrun podían suscitar en él era más profundo que la muerte, y su voluntad no le servía de nada.

Pero Gudrun ahora sabía, y con eso le bastaba. Por el momento, su alma había quedado destruida por la exquisita impresión del invisible y fluido relampagueo de Gerald. Gudrun sabía. Y este conocimiento era una muerte de la que tenía que resucitar. ¿Qué más podía saber de Gerald? Mucho, mucho más, muchos eran los días de cosecha que tenían por delante las manos de Gudrun, grandes pero de perfecta sutileza e inteligencia, sobre el campo del cuerpo vivo y radiactivo de Gerald. Las manos de Gudrun ansiaban con avidez y codicia aquel conocimiento. Pero, por el momento, sabía bastante, sabía cuanto el alma de Gudrun podía soportar. Demasiado, y Gudrun corría el riesgo de destruirse a sí misma, de llenar demasiado deprisa el delicado continente de su alma, hasta el punto de quebrarlo. Quedaban todos los días en que las manos de Gudrun, como pájaros, podrían alimentarse en los campos de la mística forma plástica de Gerald. Por el momento, sabía bastante.

E incluso el propio Gerald se alegró de verse frenado, rechazado, contenido. En tanto desear es mejor que poseer, el definitivo carácter del final era tan profundamente temido como deseado.

Echaron a andar hacia la ciudad, hacia el lugar en que las lámparas formaban, una a una, las hileras, separadas una de otra por largos trechos, y caminaron por la oscura senda que cruzaba el valle. Por fin llegaron a la puerta que se abría en la senda. Gudrun dijo:

—Déjame aquí.

Aliviado, Gerald dijo:

—¿De verdad no quieres que te acompañe más?

En realidad, Gerald no quería recorrer las calles en compañía de Gudrun, llevando como llevaba el alma desnuda y encendida.

—De verdad, gracias. Buenas noches.

Gudrun le ofreció la mano. Gerald la cogió y, con sus labios, rozó los dedos de Gudrun, peligrosos y llenos de poder. Gerald dijo:

—Buenas noches, hasta mañana.

Y se separaron. Gerald fue a su casa pletórico de la fuerza y el poderío del vivo deseo.

Pero al día siguiente Gudrun no fue a casa de Gerald. Mandó una nota diciendo que estaba resfriada y no podía salir de casa. Fue muy duro para Gerald. Sin embargo, recurriendo a la paciencia, dominó sus impulsos, y escribió una breve nota de contestación, en la que le decía lo mucho que le entristecía el no poder verla.

El día siguiente a éste, Gerald se quedó en casa, ya que le parecía inútil ir a su despacho. Su padre no pasaría de aquella semana. Lo único que Gerald deseaba era estar en su casa, en estado de suspensión.

Se sentó en una silla, junto a la ventana, en el dormitorio de su padre. El paisaje, fuera, estaba negro, revestido de invernal sordidez. El padre, gris, ceniciento, yacía en cama; una enfermera se movía silenciosamente vestida de blanco, pulida y elegante, incluso bella. El aroma de agua de Colonia impregnaba el aire del cuarto. La enfermera salió, y Gerald quedó solo ante la muerte, contemplando el paisaje invernalmente renegrido. A sus oídos llegó la voz débil y decidida, aunque temblorosa, procedente de la cama:

—¿Ha entrado más agua en Denley?

El moribundo le preguntaba acerca de la filtración de aguas del lago de Willey Water en una de las minas. Gerald repuso:

—Un poco más. Tendremos que vaciar el lago.

—¿Realmente?

La débil voz pronunció esta palabra en un esfuerzo que acabó con la extinción del agotamiento. Se produjo un silencio mortal. El enfermo, gris la cara, yacía con los ojos cerrados, más muerto que la propia muerte. Gerald apartó la vista. Se daba cuenta de que algo le estaba quemando el corazón, y que éste quedaría destruido si aquella situación duraba un poco más.

De repente, oyó un ruido extraño. Volvió la cabeza, y vio que su padre tenía los ojos abiertos de par en par, desorbitados y móviles, en frenética lucha inhumana, Gerald se puso en pie de un salto, y quedó paralizado por el horror. De la garganta de su padre salía un horrible estertor de ahogo, un «Gagaaa...», mientras aquellos ojos terribles y frenéticos, rodando enloquecidamente, horribles, en sus cuencas, buscando ayuda en vano, pasaban en un ciego mirar sobre Gerald, y, en aquel instante, saltó el chorro de sangre oscura y de inmundicia, cual impulsado por una bomba, sobre la cara de aquel ser agonizante. El tenso cuerpo se relajó, y la cabeza cayó a un lado, sobre la almohada.

Gerald se quedó traspuesto, con su alma lanzando ecos de aquel horror. Quería moverse, pero no podía. No podía mover sus extremidades. Y su cerebro recogía aquellos ecos y los volvía a emitir, como en un latir.

Entró la enfermera vestida de blanco. Miró a Gerald y luego dirigió la vista a la cama. Lanzó una suave y lastimera exclamación:

—Ay...

Y, presurosa, acudió al lado del muerto. Mientras estaba inclinada sobre la cama, volvió a emitir el leve sonido de agitada lamentación:

—Ay...

Luego se sobrepuso, dio media vuelta y fue en busca de una toalla y una esponja. Limpiaba cuidadosamente la cara muerta, y murmuraba, casi gimiendo, en voz muy baja:

—Pobre señor Crich... Pobre señor Crich... Pobre señor Crich...

La voz de Gerald sonó seca:

—¿Ha muerto?

La enfermera levantó la vista hacia la cara de Gerald, y con su voz suave y gimiente, repuso:

—Sí, se ha ido.

La enfermera era joven, hermosa, vibrante. Una extraña sonrisa torcida pasó por la cara de Gerald, por aquel horror. Y Gerald salió del aposento.

Iba a dar la noticia a su madre. En el descansillo, encontró a su hermano Basil. Casi incapaz de dominar su voz, para evitar que en ella se percibiera la inconsciente y terrible nota de la exaltación que sentía, dijo:

—Papá acaba de dejarnos, Basil.

Palideciendo, Basil gritó:

—¿Qué dices?

Gerald afirmó en silencio, con un movimiento de la cabeza.

Y fue al gabinete de su madre.

Estaba sentada, con su bata roja, cosiendo muy despacio, cosiendo, dando puntada tras puntada. Levantó la vista y miró a Gerald, con sus ojos azules, valientes.

Gerald dijo:

—Papá se ha ido.

—¿Ha muerto? ¿Y quién dice que ha muerto?

—Ya sabes, mamá, basta con verle.

La madre dejó la labor y se levantó despacio. Gerald le preguntó:

—¿Vas a verle?

—Sí.

Alrededor de la cama ya se habían agrupado, llorosos, los hijos.

Las hijas, llorando ruidosamente, casi llevadas por la histeria, gritaron:

—Oh, mamá...

Pero la madre siguió adelante. El muerto yacía con aspecto apacible, como si durmiera dulcemente, muy dulcemente, en reposo, como un hombre joven en un sueño de pureza. El cuerpo aún estaba caliente. La madre estuvo mirándolo unos instantes, en silencio, un silencio denso y triste. Por fin, como si se dirigiera a invisibles testigos flotando en el aire, dijo con amargura:

—Has muerto.

Baja la vista, la madre volvió a guardar silencio. Luego añadió:

—Hermoso, hermoso como si la vida jamás te hubiera tocado..., jamás te hubiera tocado. Dios quiera que no me ocurra lo mismo. Espero que, muerta, aparente mi verdadera edad.

Como en un zureo, junto al muerto, la madre siguió:

—Hermoso, hermoso... Ahora lo podéis ver tal cual era a los veinte años, con su barba primera... Un alma hermosa, hermosa...

Desgarrándosele la voz, gritó:

—¡Que ninguno de vosotros tenga este aspecto cuando hayáis muerto!
¡Que jamás vuelva a ocurrir!

Era una orden extraña y selvática llegada de lo ignoto. El terrible mando que había en su voz obligó a los hijos a moverse, formando un grupo más apiñado. Las mejillas de la madre se habían encendido, y su aspecto era terrible y maravilloso:

—Culpadme, culpadme, si queréis, de que yazga así, como un muchacho de veinte años, con su barba primera en la cara. Culpadme si queréis. Pero ninguno de vosotros sabéis lo que sé.

Guardó silencio, un intenso silencio. Y en voz baja y vibrante, volvió a hablar:

—Pero si hubiera creído que los hijos que di a luz, al morir, llegarían a

yacer con aspecto semejante, los hubiera estrangulado en la cuna. Sí...

En el fondo, sonó la extraña voz de clarín de Gerald:

—No, madre. Nosotros somos diferentes, y no te culpamos.

La madre se volvió y miró a Gerald a los ojos. Luego levantó las manos, en extraño ademán inacabado de enloquecida desesperación. En voz recia dijo:

—¡Rogad! Rogad a Dios por vosotros mismos, ya que vuestros padres no pueden ayudaros.

Las hijas gritaron:

—¡No, madre...!

Pero la madre dio media vuelta y se fue, y todos se dispersaron enseguida, huyendo cada cual de los demás.

Cuando Gudrun supo que el señor Crich había muerto, se sintió frustrada. Se había abstenido de ir a aquella casa, con el fin de que Gerald no la creyera una mujer fácil. Y Gerald se encontraba en una grave situación precisamente cuando Gudrun había adoptado una actitud de frialdad.

Al día siguiente, como de costumbre, fue a dar su clase a Winifred, quien se alegró de verla y de poder refugiarse en el taller. La niña había llorado, y luego había quedado tan atemorizada que había cerrado los ojos a la realidad, para no ver más tragedias. La niña y Gudrun reanudaron su trabajo, en el aislamiento del taller, como de costumbre, y eso les parecía una inmensa dicha, un mundo de pura libertad, en comparación con el dolor y el vacío que imperaba en la casa. Les sirvieron la cena en el taller, donde las dos cenaron gozando de libertad, lejos de la gente que había en la casa.

Cuando hubieron cenado, llegó Gerald. En el amplio estudio de alto techo reinaban las sombras, y la fragancia del café impregnaba el aire. Gudrun y Winifred tenían una mesilla, cerca del fuego, en el fondo del estudio, con una lámpara blanca cuya luz no llegaba muy lejos. Aquello formaba un mundo pequeño, para las dos solas, rodeado de agradable penumbra, con las sombras de las traviesas en lo alto, con los bancos y los instrumentos de trabajo también sumidos en sombras.

Acercándose a ellas, Gerald dijo:

—Es acogedor este sitio.

Había un hogar pequeño, de ladrillos, rebosante de fuego, en el suelo una vieja alfombra turca, azul, la mesilla de roble con la lámpara, sobre la mesa manteles blancos y azules, con el postre, y Gudrun hacía café con la vieja cafetera de latón, mientras Winifred hacía hervir un poco de leche en un botecillo.

Gudrun preguntó a Gerald:

—¿Tomarás café?

—Ya lo he tomado, pero tomaré otra taza con vosotras.

Winifred terció:

—Pues tendrás que tomarlo en vaso, porque sólo tenemos dos tazas.

Gerald repuso:

—Bueno, da igual.

Cogió una silla y la acercó al círculo mágico en que se encontraban Gudrun y Winifred. Qué felices eran las dos, qué agradable y fascinante era estar con ellas en aquel mundo de sombras altivas... El mundo exterior, en el que Gerald había pasado el día ocupado en fúnebres problemas, quedó totalmente borrado. En un solo instante, Gerald quedó sumido en encanto y magia.

Las dos tenían sus cosas muy limpias y ordenadas, dos extrañas y lindas tacitas, escarlata y doradas, una jarrita negra, con discos escarlata, y la curiosa cafetera, cuya llama de alcohol se alzaba inconmovible, visible apenas. Aquello producía un efecto de casi siniestro bienestar, que Gerald aceptó al instante para refugiarse en él.

Todos se sentaron, y Gudrun sirvió cuidadosamente el café. Con voz serena, aun cuando ofreciendo nerviosamente la jarrita negra con sus grandes lunares rojos, Gudrun preguntó:

—¿Un poco de leche?

Gudrun siempre tenía un total dominio de sí misma, pero, al mismo tiempo, siempre estaba profundamente nerviosa. Gerald repuso:

—No, gracias.

Con curiosa humildad, Gudrun puso ante Gerald la tacita de café, y ella se quedó con el vaso feo. Parecía tener deseos de servir a Gerald. Éste dijo:

—¿Por qué no me das el vaso? Es muy feo para que lo uses tú.

En realidad, Gerald hubiera preferido utilizar el vaso y ver a Gudrun servirse delicadamente de la taza. Pero Gudrun guardó silencio, complacida con aquella disparidad, con su voluntario gesto de humildad. Gerald dijo:

—Realmente, habéis creado vuestro propio ambiente familiar aquí.

Winifred dijo:

—Sí. Y no estamos acostumbradas a recibir visitas.

—¿No? ¿Soy un intruso?

Por primera vez en su vida, Gerald tuvo la impresión de que sus ropas, siempre acordes con los convencionalismos, resultaban impropias del lugar en que se hallaba. Allí era un extraño.

Gudrun habló muy poco. No tenía ganas de hablar con Gerald. En aquel momento, más valía guardar silencio, o decir sólo palabras intrascendentes. Más valía no abordar temas graves. Por eso hablaron alegremente de cuestiones ligeras, hasta que oyeron abajo al criado, que sacaba el caballo y le ordenaba: «¡Tras, tras!», para engancharlo al charrete en que Gudrun regresaría a su casa. En consecuencia, Gudrun se puso la prenda de abrigo, cogió sus cosas, y estrechó la mano de Gerald, sin mirarle a los ojos en ningún momento. Y así se fue.

El entierro fue horroroso. Luego, a la hora del té, los hijos no hicieron más que decir: «Fue un buen padre para todos nosotros, fue el mejor padre del mundo», o bien, «Es difícil encontrar a un hombre tan bueno como papá».

Gerald asentía a todo lo anterior. Era la actitud adecuada, de acuerdo con los convencionalismos, y creía en los convencionalismos, habida cuenta de lo que es el mundo. Consideraba que aquel comportamiento era el normal, el que cabía esperar. Mas para Winifred todo fue horroroso, se refugió en el taller, y allí lloró desconsoladamente, y deseó que Gudrun llegara.

Por fortuna, todos se fueron. Los Crich rara vez pasaban mucho tiempo en la casa paterna. A la hora de la cena, Gerald se había quedado solo. Incluso Winifred se había ido a Londres para pasar unos días en casa de su hermana Laura.

Pero cuando Gerald se quedó solo, no pudo soportar la soledad. Pasó un día y pasó otro día. Se sentía constantemente como un hombre encadenado, colgado en el borde de un abismo. Por mucho que lo intentara, no podía asentar sus pies en la tierra. Estaba suspendido en un vacío, y retorciéndose. Fueran cuales fuesen sus pensamientos, siempre se encontraba en el abismo. En los amigos y en los desconocidos, en el trabajo y en las distracciones, siempre veía aquel vacío sin fondo, en el que su corazón, agónico, se balanceaba. No había manera de escapar, y no había nada a que agarrarse. No le quedaba más remedio que retorcerse en el borde de aquel abismo, suspendido de las cadenas de la invisible vida física.

Al principio, no hizo nada, esperando que, después de aquel momento crítico, de aquella tortura extrema, se encontraría de nuevo libre en el mundo de los vivos. Pero el momento no pasó, y la crisis acabó por dominarlo.

Al acercarse el atardecer del tercer día, el miedo le invadió el corazón. No podía aguantar otra noche en aquel estado. Y la noche se acercaba, otra noche

en la que tendría que estar suspendido de las cadenas de la vida física, sobre el abismo sin fondo de la nada. Y no podía soportarlo. Estaba profundamente temeroso, con el alma fríamente aturdida. Había dejado de creer en su propia fortaleza. Era incapaz de volver a alzarse si caía en aquel infinito vacío. Sí, si caía, desaparecería para siempre. Debía retirarse de aquel punto, debía buscar refuerzos. Sin ellos, ya no creía en su propia personalidad individual.

Después de cenar, al enfrentarse con aquella suma experiencia de su propia nada, Gerald rehuyó el encuentro. Se calzó las botas, se puso el abrigo y salió a pasear.

Era una noche oscura y neblinosa. Cruzó el bosque, tropezando aquí y allá, camino del molino. Birkin no estaba. Gerald se alegró en parte. Dio la vuelta al molino, y, a ciegas, a tropezones, avanzó por las cuestas y pendientes, totalmente desorientado en la oscuridad. Era desagradable. ¿Adónde iba? Poco importaba. Siguió a tientas y a ciegas, hasta que volvió a encontrarse en la senda. Luego cruzó otro bosque. Su mente quedó atontada, y siguió adelante, como un autómatas. Sin pensamientos ni sensaciones siguió adelante a tropezones, y volvió a encontrarse en campo abierto, donde volvió a salirse de la senda, y avanzó junto a los setos que se alzaban aquí y allá, con lo que llegó a la salida de la finca.

Por fin, se encontró en la carretera principal. Aquella ciega lucha con las densas tinieblas le había atontado. Pero debía avanzar en una dirección u otra. Y ni siquiera sabía dónde se encontraba. Debía seguir una dirección. No resolvería nada mediante el simple hecho de andar, de andar huyendo. Debía seguir una dirección.

Se quedó quieto en la carretera, que se hallaba en un paraje elevado, en la noche absolutamente negra, sin saber dónde se encontraba. Era una sensación extraña la de estar allí, latiéndole el corazón, y rodeado por la negrura absoluta e ignota. Y así estuvo un rato.

Hasta que oyó pasos, y vio una lucecilla que se balanceaba. Inmediatamente se acercó a aquella luz. Era un minero. Gerald le preguntó:

—¿Sabe adónde lleva esta carretera?

—¿La carretera? ¡Ah, sí, lleva a Whatmore!

—¿Whatmore? Sí, es verdad, muchas gracias. Pensaba que me había extraviado. Buenas noches.

La voz de abierto acento del minero repuso:

—Buenas noches.

Gerald intentó averiguar dónde se encontraba. De todas maneras, cuando llegara a Whatmore estaría a salvo. Se alegraba de hallarse en la carretera

principal. Avanzó animado por una extraña decisión, una decisión adormecida.

¿Era aquello el pueblo de Whatmore? Sí, allí estaba el King's Head, y allá se encontraba la entrada del ayuntamiento. Casi corriendo, Gerald bajó la pronunciada pendiente. Penetró en la depresión, y, siguiendo un trayecto sinuoso, pasó ante la escuela elemental, y así llegó a la iglesia de Willey Green. ¡El cementerio, junto a la iglesia! Se detuvo.

Al instante siguiente, Gerald ya había saltado la tapia y caminaba por entre las tumbas. Incluso en la oscuridad podía distinguir el pálido montón de las conocidas flores blancas, a sus pies. Ésa era la tumba. Se inclinó. Las flores estaban húmedas y pegajosas. A su olfato llegó un crudo aroma a nardos y a crisantemos muertos. Tocó el suelo de arcilla y retrocedió, impresionado por su horrible frialdad pegajosa. La repulsión le mantuvo quieto, alejado.

Allí había un centro, al parecer, allí, en la total negrura, al lado de la tumba invisible y primitiva. Pero allí no había nada para él. No, no había ninguna razón para estar allí. Tenía la impresión de que se le hubiera pegado al corazón un poco de aquella arcilla fría, sucia y pegajosa. No. Ya había estado allí bastante rato.

Pero ¿adónde ir? ¿A casa? ¡Jamás! Era inútil regresar a casa. Peor que inútil. No podía. Algún otro sitio habría. ¿Cuál?

En su corazón se formó una voz peligrosa, como una idea fija. Estaba Gudrun, allí, a salvo en su casa. Y él podía llegar junto a ella, sí, podía. No volvería a su casa hasta después de haber llegado al lado de Gudrun, aunque en ello le fuera la vida. Lo apostó todo a la realización de ese propósito.

Echó a andar, en línea recta, a través de los campos, en dirección a Beldover. Tan oscura estaba la noche, que nadie podía verle. Tenía los pies húmedos y fríos, y la arcilla pegada a sus botas daba pesadez a sus pasos. Siguió adelante tozudamente, como un viento, siempre en línea recta, como si fuera al encuentro de su destino. Había en su percepción grandes lagunas. Sabía que se encontraba en el villorrio de Winthorpe, pero no tenía la más mínima idea de cómo había llegado hasta allí. Y luego, como en un sueño, se encontró en la larga calle de Beldover, bajo la luz de sus faroles.

Oyó voces, oyó una puerta que se cerraba ruidosamente y que luego era atrancada, oyó voces de hombres en la noche. El Lord Nelson acababa de cerrar sus puertas, y los bebedores regresaban a sus casas. Lo mejor era que preguntara a uno de aquellos hombres el camino para ir a casa de Gudrun, ya que Gerald no conocía las callejas laterales.

Preguntó a uno de aquellos hombres de inestable equilibrio:

—¿Puede decirme dónde se encuentra Somerset Drive?

La voz del embriagado minero repuso:

—¿Dónde se encuentra qué?

—Somerset Drive.

—¡Somerset Drive! He oído hablar de ese sitio, pero por mi vida que no sé dónde está. ¿A casa de quién va?

—A casa del señor Brangwen, William Brangwen.

—¿William Brangwen?

—Uno que es maestro de la escuela elemental, en Willey Green. Su hija también es maestra.

—¡Aaaah...! ¡Brangwen! Ahora sí... ¡Claro, William Brangwen! Sí, sí, tiene un par de hijas que son maestras, y él también lo es. ¡Es ése, claro que es ése! ¡Claro que sé dónde vive! ¡Faltaría más! ¿Y en qué calle ha dicho que vive?

Gerald, que conocía bien a sus mineros, repitió pacientemente:

—Somerset Drive.

Efectuando con el brazo un rápido movimiento, como si atrapara algo al vuelo, el minero dijo:

—¡Cierto! ¡Somerset Drive! Conozco la calle como la palma de mi mano, sí, señor... Claro que la conozco...

En vacilante movimiento, el minero dio media vuelta, y, con la mano, indicó la desierta calle envuelta en las tinieblas nocturnas. Y dijo:

—Siga usted hasta allí... allí, la primera esquina a la izquierda... a este lado... Después de la tienda de los Witham...

—Sí, la conozco.

—¡Bien! Y sigue adelante, hasta un poco más allá de la casa en que vive el fontanero, y entonces encontrará Somerset Drive, que comienza a la derecha... Y en Somerset Drive sólo hay tres casas. Tres, sólo tres, me parece... Y estoy casi seguro de que la última de las tres casas es la que busca.

—Muchas gracias. Y buenas noches.

Después de estas palabras, Gerald emprendió el camino, dejando al ebrio parado, como si hubiera echado raíces.

Gerald pasó ante las tiendas y las casas oscuras, casi todas dormidas, y dobló la esquina penetrando en una callecilla sin luces que terminaba en un campo de tinieblas. Cuando estuvo cerca de su meta, aminoró el paso, ya que

no sabía cómo actuar. ¿Qué haría si la casa estaba cerrada y envuelta en neblina?

Pero no era así. Vio una amplia ventana iluminada, oyó voces, y luego el golpe de una puerta en la valla, al cerrarse. Su fino oído captó el sonido de la voz de Birkin, y su aguda vista percibió la figura de éste, y, a su lado, la de Úrsula, con un vestido pálido, los dos en el peldaño que daba entrada a la senda que cruzaba el jardín. Luego Úrsula bajó el peldaño y avanzó por la calle, cogida al brazo de Birkin.

Gerald retrocedió, ocultándose en la oscuridad, y los dos pasaron ante él, a paso lento, charlando felices. La voz de Birkin era baja, y la de Úrsula aguda y clara. Gerald se dirigió rápidamente hacia la casa.

Las persianas correspondientes a la gran ventana iluminada del comedor estaban cerradas. Dirigiendo la vista hacia el término del sendero, Gerald vio a un lado la puerta abierta, por la que salía la luz suave y colorida de la lámpara del vestíbulo. Avanzó rápida y silenciosamente por el sendero, y echó una ojeada al vestíbulo. En las paredes había cuadros y la cuerna de un ciervo, a un lado comenzaba la escalera que llevaba al piso superior, y muy cerca del pie de la escalera se encontraba la puerta que daba al comedor, entornada.

Firme el corazón, Gerald entró en el vestíbulo, con suelo de cerámica de colores, avanzó rápidamente y miró el interior de la amplia y agradable estancia. En un sillón, junto al fuego, vio al padre, dormido, la cabeza caída hacia atrás, junto al borde del gran hogar de roble, su cara en escorzo, dilatadas las aletas de la nariz, entreabierta la boca. El más leve ruido hubiera bastado para despertarle.

Gerald permaneció suspenso durante unos instantes. Echó un vistazo al pasillo a su espalda. Estaba a oscuras. Volvió a quedar paralizado por la indecisión. Y, acto seguido, emprendió rápidamente la subida de la escalera. Sus sentidos estaban tan intensamente aguzados, casi de manera sobrenatural, que Gerald parecía proyectar su voluntad sobre la casa medio inconsciente.

Llegó al primer descansillo y se detuvo, sin apenas respirar. Vio otra puerta, situada exactamente encima del lugar en que se abría la puerta abajo. Seguramente era el cuarto de la madre. La oyó moviéndose, a la luz de una vela. Seguramente esperaba que subiera su marido. Gerald miró alrededor, en el descansillo a oscuras.

Luego, en silencio, caminando con infinito cuidado, inició el recorrido del pasillo, rozando el muro con las puntas de los dedos. Encontró una puerta. Se detuvo y escuchó. Oyó la respiración de dos personas. No era ése el cuarto. Avanzó furtivamente. Había otra puerta que estaba entornada. El cuarto se hallaba oscuro. Vacío. Luego el cuarto de baño, caliente, con olor a jabón. Al

término del pasillo, otro cuarto, en el que oyó una suave respiración. Era ella.

Con casi oculto cuidado dio la vuelta a la manecilla de la puerta, y abrió ésta una pulgada. La puerta gimió levemente. Luego abrió otra pulgada. Luego otra. El corazón dejó de latirle, Gerald parecía crear silencio alrededor, algo parecido a un olvido.

Se encontraba ya en el interior del aposento. La persona que dormía respiraba suavemente. El cuarto estaba muy oscuro. Avanzó pulgada a pulgada, con las manos adelantadas. Tocó la cama, oía claramente la respiración de su ocupante. Se acercó más y se inclinó hacia delante, penetrante la mirada. Y, entonces, con el consiguiente temor, muy cerca de su cara, vio la redonda y oscura cabeza de un muchacho.

Se recobró del sobresalto, dio media vuelta sobre sí mismo, vio la puerta, lejana, y una leve luz más allá. Se retiró deprisa, cerró la puerta sin llegar a encajarla en su marco, y recorrió velozmente el pasillo en sentido inverso. Al llegar al descansillo dudó. Todavía estaba a tiempo de huir de allí.

Pero no podía siquiera pensar en la huida. Mantendría firme su voluntad. Como una sombra volvió a pasar ante la puerta del dormitorio conyugal, y emprendió la subida del segundo tramo de la escalera. Los peldaños gemían bajo su peso. Era exasperante. ¡Qué desastre si se abría la puerta del cuarto de la madre, a su espalda, y ésta le veía! Un verdadero desastre sin posible remedio. Mantuvo el dominio de sí mismo.

No había aún terminado de subir el segundo tramo, cuando oyó unos pasos rápidos, corriendo, abajo. La puerta que daba al exterior encajó con el marco y luego fue cerrada con llave. Oyó la voz de Úrsula y después la adormilada exclamación del padre. Gerald llegó rápidamente al segundo descansillo.

Otra puerta entornada y otro cuarto vacío. Avanzadas las manos, las puntas de los dedos en vanguardia, a tientas, caminando deprisa, como un ciego, temeroso de que Úrsula subiese la escalera, encontró otra puerta. Alerta todos sus sentidos sobrenaturalmente aguzados, Gerald escuchó. Oyó el murmullo de alguien moviéndose en la cama. Tenía que ser ella.

Suavemente, como un ser que sólo tuviera un sentido, el sentido del tacto, Gerald dio la vuelta a la manecilla, que produjo un clic. Se quedó quieto. Oyó el murmullo de las ropas de la cama. El corazón dejó de latirle. De nuevo oprimió la manecilla, y, muy suavemente, empujó la puerta, que produjo un sonido de roce.

Oyó la voz sobresaltada de Gudrun:

—¿Úrsula?

Gerald abrió rápidamente la puerta, entró y la cerró a su espalda.

La voz atemorizada de Gudrun dijo:

—¿Eres tú, Úrsula?

Gerald oyó que Gudrun se sentaba en la cama. En el instante siguiente, Gudrun chillaría. Avanzando hacia la cama, Gerald dijo:

—No. Soy yo. Gerald.

Gudrun quedó paralizada por el asombro, sentada en la cama. Tan asombrada estaba, tan sorprendida, que ni siquiera tenía miedo. Como un eco, con la incomprensión de la extrañeza, exclamó:

—¡Gerald!

Gerald había llegado junto a la cama, y su mano adelantada tocó a ciegas el cálido pecho de Gudrun. Ésta se echó atrás. Luego saltó de la cama y dijo:

—Deja que encienda una luz.

Gerald se quedó totalmente inmóvil. Oyó que Gudrun tocaba una caja de cerillas, oyó los movimientos de sus dedos. Después la vio a la luz de la cerilla que sostenía junto a la vela. La luz se alzó en el cuarto y luego descendió, disminuyendo, oscureciéndose, al bajar la llama de la vela, antes de volver a alzarse.

Gudrun miró a Gerald, allí, en pie, al otro lado de la cama. Llevaba la gorra echada hacia delante, baja la visera, y el abrigo negro abrochado hasta el cuello, casi hasta la barbilla. Tenía la cara rara y luminosa. Era inevitable, como un ser sobrenatural. Tan pronto le vio, Gudrun lo supo. Supo que en la situación concurría un factor inevitable, y que ella debía aceptarlo. Sin embargo, debía retar a Gerald. Le preguntó:

—¿Cómo has llegado?

—Subiendo la escalera. La puerta estaba abierta.

Gudrun le miró. Gerald añadió:

—Tampoco he cerrado esta puerta.

Gudrun cruzó rápidamente el cuarto, cerró la puerta sin hacer ruido, y echó la llave. Luego regresó.

Estaba maravillosa, con los ojos sobresaltados, sonrojadas las mejillas, con la trenza gruesa y un tanto corta, colgándole a la espalda, y con el camisón blanco, largo hasta los pies.

Gudrun vio que Gerald llevaba embarrados los zapatos, y que la arcilla incluso le manchaba los pantalones. Y se preguntó si acaso Gerald había dejado las huellas de sus pies en la escalera. Era una figura muy extraña la de

Gerald, allí, en pie en el dormitorio, junto a la cama revuelta.

Con tono casi de queja, Gudrun le preguntó:

—¿Por qué has venido?

Gerald replicó:

—Tenía que venir.

Y Gudrun vio, en la cara de Gerald, la verdad de esta contestación. Era el destino.

Con desagrado, pero dulcemente, Gudrun dijo:

—Vas embarrado.

Gerald se miró los pies y dijo:

—He estado paseando en la oscuridad.

Él se sentía exaltadamente gozoso. Hubo una pausa. Gerald estaba en pie, a un lado de la cama revuelta, y Gudrun al otro lado, frente a él. Gerald ni siquiera se había echado la gorra atrás. En tono de reto, Gudrun le preguntó:

—¿Y qué quieres de mí?

Gerald desvió la mirada y no contestó. Si no hubiera sido por la extrema belleza y místico atractivo de aquella cara extraña, Gudrun habría echado a Gerald de su cuarto. Pero la cara de Gerald era maravillosa y aún por descubrir para Gudrun. La fascinaba con el encantamiento que produce la pura belleza, le producía el efecto de un prodigio, algo parecido a una nostalgia, a un dolor. Con voz lejana, Gudrun volvió a decir:

—¿Qué quieres de mí?

Gerald se quitó la gorra, con un movimiento de liberación en sueños, y cruzó el cuarto hasta llegar junto a Gudrun. Pero no la tocó, debido a que ésta iba descalza, en camisón, y él estaba mojado y manchado de barro. Los ojos de Gudrun, grandes, dilatados, interrogativos, le miraban y le formulaban la pregunta definitiva.

Gerald dijo:

—He venido porque debía. ¿Por qué me lo preguntas?

Gudrun le miró dubitativa, interrogante, y dijo:

—Porque debo preguntarlo.

Gerald meneó levemente la cabeza, en sentido negativo, y, con extraña expresión de vaciedad, repuso:

—No hay contestación a tu pregunta.

Gerald tenía cierto curioso y casi divino aire de simplicidad e ingenua franqueza. Trajo a la mente de Gudrun la imagen de una aparición, del joven Hermes. Gudrun insistió:

—Pero ¿por qué has venido a verme a mí?

—Porque así tenía que ser. Si tú no estuvieras en el mundo, yo no tendría por qué estar en el mundo.

Gudrun se quedó mirándole, con ojos grandes, dilatados, interrogantes, impresionados. Los ojos de Gerald miraban fijamente los de Gudrun en todo instante, y él parecía haber quedado cuajado en una extraña y sobrenatural fijeza. Gudrun suspiró. Estaba perdida. No le quedaba otra alternativa. Dijo:

—¿No te quitas las botas? Están mojadas.

Gerald arrojó la gorra sobre una silla, y se desabrochó el abrigo, levantando el mentón para desabrocharse los botones del cuello. Llevaba el cabello despeinado, corto y fino. Era bellamente rubio, como el trigo. Se quitó el abrigo.

Deprisa, se quitó la chaqueta, la corbata, y procedió a quitarse las perlas que abotonaban la pechera de la camisa. Gudrun escuchaba, miraba, y esperaba que nadie oyera el crujido de la tela almidonada de la pechera de la camisa. Cada crujido parecía un disparo de pistola.

Gerald había ido allá en busca de vindicación. Gudrun dejó que la tomara en brazos y la estrechara contra su cuerpo. Gerald hallaba en Gudrun un alivio infinito. En ella vertía todas sus tinieblas acumuladas, toda la muerte corrosiva, y volvía a quedar entero. Era maravilloso, maravilloso, era un milagro. Era el siempre reiterado milagro de su vida, en cuyo conocimiento Gerald se perdía en un éxtasis de alivio y maravilla. Y ella, sumisa, le recibía como vasija que se llenaba con su amarga poción de muerte. En aquella crisis, Gudrun carecía de fuerzas para oponer resistencia. La terrible violencia de la fricción de la muerte llenaba a Gudrun, que la recibía en un éxtasis de sumisión, presa de agudas y violentas sensaciones.

Al oprimirla más contra sí, Gerald se hundía más y más profundamente en la envolvente y suave calidez, en un maravilloso calor creador que penetraba en sus venas y le devolvía la vida. Gerald sentía que se disolvía y que se sumergía, para descansar en el baño de la viva fortaleza de Gudrun. Parecía que el corazón de Gudrun, allí, en su pecho, fuera un segundo sol inconquistable, en cuyo esplendor y fortaleza creadora Gerald se hundía más y más. Todas las venas de Gerald, asesinadas y destrozadas, se curaban suavemente a medida que la sangre afluía a latidos, a medida que penetraba furtivamente en él, como si fuera la todopoderosa irradiación del sol. La sangre de Gerald, que parecía haberse retirado en la muerte, regresaba a

oleadas, segura, bella, poderosamente.

Sentía que sus miembros adquirirían plenitud y flexibilidad vitales, que su cuerpo cobraba una fortaleza desconocida. Volvía a ser hombre, un hombre fuerte y rotundo. Y Gerald era un niño, tranquilizado, devuelto a su propio ser, lleno de gratitud.

Y Gudrun era el gran baño de la vida, y a ella rendía culto Gerald. Era la madre y la sustancia de cuanto es vida. Y de ella recibía Gerald, niño y hombre, y volvía a ser entero. El puro cuerpo de Gerald casi había sido asesinado. Pero la milagrosa y suave irradiación del pecho de Gudrun lo penetraba, penetraba su cerebro desgarrado y maltrecho, como una linfa bienhechora, como un suave y tranquilizante caudal de vida, dejándolo perfecto, como si volviera a estar inmerso en la matriz.

El cerebro de Gerald estaba herido, desgarrado, con sus tejidos casi destruidos. No había llegado a saber cuán herido estaba, hasta qué punto sus tejidos, el mismísimo tejido del cerebro, habían quedado dañados por la corrosiva marea de la muerte. A medida que la curativa linfa de la irradiación de Gudrun penetraba en él, iba sabiendo hasta qué punto había quedado destruido, destruido como la planta cuyos tejidos estallan de dentro afuera a causa del hielo.

Gerald hundió su cabeza, pequeña y dura, entre los pechos de Gudrun, y con las manos oprimió los pechos contra sí. Y Gudrun, con manos temblorosas, oprimió la cabeza de Gerald contra sí, mientras Gerald yacía anulado por las irradiaciones de Gudrun, y ésta yacía plenamente consciente. El dulce calor creador penetraba en Gerald como un sueño de fecundidad, en el interior de la matriz. Si Gudrun le otorgara el caudal de aquella viva irradiación, Gerald sería quien realmente era, volvería a quedar entero. Gerald temía que Gudrun le negara aquella irradiación antes de que la obra quedara terminada. Como un niño al pecho de la madre, Gerald se clavaba intensamente en Gudrun, y ésta no podía apartarle. Y la desgarrada y dañada membrana de Gerald se relajó, se ablandó, aquello que antes estaba desgarrado y duro y ardiente, volvió a ceder, se tornó suave y flexible, palpitante de vida nueva. Gerald se sentía infinitamente agradecido, como ante Dios, o como lo está el niño ante el seno de la madre. Se sentía alegre y agradecido, en un delirio, al sentir cómo volvía a ser entero, al sentir cómo le llegaba el sueño pleno e inexpressable, el sueño del total agotamiento y de la reparación.

Pero Gudrun yacía plenamente despierta, destruida en un estado de perfecta percepción. Yacía inmóvil, mirando con los ojos quietos la oscuridad, mientras Gerald estaba sumido en el sueño, abrazado a ella.

Gudrun tenía la impresión de oír el sonido de olas al romper en una oculta playa, olas largas, lentas y tenebrosas, que rompían al ritmo del destino, tan

monótonamente, que parecían eternas. Este interminable romper de las lentas y tristes olas del destino aprisionaba la vida de Gudrun, como en una posesión, mientras yacía mirando, con ojos dilatados y tenebrosos, la oscuridad. Su vista llegaba hasta muy lejos, llegaba hasta la eternidad, y, sin embargo, no veía nada. Estaba suspendida en la percepción perfecta... ¿y qué percibía?

Este talante extremo, mientras yacía mirando la eternidad, totalmente suspensa y consciente de todo, hasta los últimos límites, pasó y dejó inquieta a Gudrun. Llevaba mucho tiempo yacente e inmóvil. Se movió y tuvo conciencia de sí misma. Sintió deseos de mirar a Gerald, de verle.

Pero Gudrun no se atrevía a encender una luz, porque sabía que Gerald despertaría, y no deseaba interrumpir su sueño perfecto, que, le constaba, le había dado ella.

Suavemente, Gudrun se liberó de los brazos de Gerald, y se incorporó un poco para mirarle. Tuvo la impresión de que en el cuarto había un poco de luz. Gudrun pudo distinguir, aunque a duras penas, las facciones de Gerald, mientras éste estaba sumido en un sueño perfecto. Gudrun tenía la impresión de ver muy claramente a Gerald, en la oscuridad. Pero Gerald estaba muy lejos, en otro mundo. Gudrun hubiera chillado de dolor al ver a Gerald tan lejos, tan logrado, en otro mundo. Tenía la impresión de mirarle tal como se mira un guijarro lejano, a través de transparentes aguas oscuras. Y allí estaba ella, a solas con toda la angustia de la conciencia, mientras él se encontraba profundamente hundido en otro elemento, el elemento del vivir sin pensar, remoto, con sólo la luz de pálidas sombras. Era hermoso, lejano, logrado. Jamás estarían juntos. ¡Cuán horrible era aquella inhumana distancia que siempre mediaría entre ella y el otro ser!

No había nada que hacer, salvo yacer quieta y sufrir. Gudrun sentía una avasalladora ternura hacia Gerald, y, al mismo tiempo, un odio celoso y negro, que bullía en lo profundo, por el hecho de que Gerald estuviera yacente, tan perfecto y tan inmune, en otro mundo, mientras ella sufría el tormento de la violenta vigilia, exiliada en la oscuridad exterior.

Gudrun yacía en un estado de intensa y vívida conciencia, de agotadora superconciencia. El reloj de la iglesia daba las horas en rápida sucesión, al parecer de Gudrun. Las oía muy claramente, en la tensión de su vívida conciencia. Y Gerald dormía como si el tiempo sólo fuera un instante, inmutable e inmóvil.

Estaba fatigada, agotada. Pero debía seguir en aquel estado de violentamente activa superconciencia. Era consciente de todo, de su infancia, de su adolescencia, de todos los episodios olvidados, de todas las influencias no percibidas, de todos los acontecimientos que no había comprendido, referentes a sí misma, a su familia, a sus amigos, a los hombres que había

amado, a sus conocidos, a todos. Era como si extrajera una reluciente cuerda de conocimientos del mar de las tinieblas, y fuera sacando más y más cuerda de las profundidades sin fondo del pasado, y la cuerda no terminara, que fuera una cuerda sin fin, y ella tuviera que sacar y sacar la cuerda de la reluciente conciencia, irla sacando, fosforescente, de las infinitas profundidades de la conciencia, mientras se sentía cansada, dolorida, agotada, a punto de quebrarse, y sin acabar aquella tarea.

Si al menos pudiera despertar a Gerald... Gudrun se rebulló inquieta. ¿A qué hora podría despertarle e invitarle a que se fuera? ¿Cuándo podría interrumpir su sueño? Y Gudrun volvió a la actividad de la conciencia automática, aquella interminable actividad.

Pero se estaba acercando el momento en que podría despertar a Gerald. Sería como una liberación. Fuera, en la noche, el reloj había dado las cuatro. A Dios gracias, la noche casi había terminado. Gerald tendría que irse a las cinco, y ella quedaría liberada. Entonces podría descansar y ocupar su propio lugar. El perfecto estado de sueño de Gerald afilaba la animosidad de Gudrun como la amoladera al cuchillo al rojo. Algo monstruoso había en Gerald, en su yuxtaposición contra ella.

La última hora fue la más larga. Pero también pasó. El corazón de Gudrun dio un salto de alivio. Sí, por fin, después de aquella noche eterna, sonaban las lentas y recias campanadas del reloj de la iglesia. Gudrun esperó para percibir cada una de las lentas y decisivas vibraciones. «Tres, cuatro, cinco...» Ya habían terminado. Gudrun se sintió liberada de un peso.

Se incorporó, se inclinó tiernamente sobre Gerald y le besó. La entristecía tener que despertarle. Poco después volvió a besarle. Pero Gerald ni se movió. ¡El pobrecillo estaba profundamente hundido en el sueño! Qué pena tener que sacarle de él. Gudrun dejó que durmiera un poco más. Pero Gerald tenía que irse, realmente tenía que irse.

En un exceso de ternura, Gudrun tomó la cara de Gerald entre sus manos y le besó los párpados. Gerald abrió los ojos, y se quedó inmóvil, mirándola. El corazón de Gudrun se detuvo. Para ocultar su cara de los temibles ojos abiertos de Gerald, en la oscuridad, Gudrun se inclinó y le besó, murmurando:

—Debes irte, mi amor.

Pero se sentía mareada de terror, mareada. Insistió:

—Debes irte, mi amor. Es tarde.

Gerald dijo:

—¿Qué hora es?

Cuán extraña su voz de hombre. Gudrun se estremeció. Aquella voz

representaba para ella una opresión intolerable. Dijo:

—Pasadas las cinco.

Pero Gerald volvió a abrazarla. El corazón de Gudrun, torturado, lanzaba gritos de dolor. Con firmeza, se liberó del abrazo, Dijo:

—De veras, tienes que irte.

—Déjame un minuto más.

Gudrun se acurrucó al lado de Gerald, aunque sin ceder a los impulsos de éste.

Abrazándola con más fuerza, Gerald dijo:

—Un minuto más.

Sin ceder, Gudrun repuso:

—Sí. Pero me da miedo que sigas aquí.

En la voz de Gudrun hubo cierta frialdad que indujo a Gerald a soltarla, con lo que Gudrun se apartó de él, se levantó y encendió la vela. Aquello era el final.

Gerald se levantó. Tenía el cuerpo cálido, rebosante de vida y de deseo. Sin embargo, se sintió un poco humillado, avergonzado, por tener que vestirse a la vista de Gudrun, a la luz de la vela. Sí, debido a que se sentía al descubierto en un momento en que Gudrun estaba en cierto modo contra él. Era muy difícil comprender aquello. Se vistió de prisa, sin ponerse el cuello de la camisa ni la corbata. A pesar de todo, Gerald se sentía logrado, completo, entero. Gudrun pensó que era humillante ver a un hombre vestirse: la ridícula camisa, los ridículos pantalones, los ridículos tirantes. Pero tuvo una idea que la redimió.

Pensó: «Está haciendo lo mismo que un trabajador disponiéndose a ir al trabajo. Y yo soy lo mismo que la esposa de un trabajador». Pero sentía un malestar, malestar de náuseas, náuseas producidas por Gerald.

Gerald se metió el cuello de la camisa y la corbata en un bolsillo del abrigo. Luego se sentó y se puso las botas. Estaban mojadas, lo mismo que los calcetines y los extremos de los pantalones. Pero su cuerpo estaba cálido y vivo. Gudrun dijo:

—Hubieras debido ponerte las botas abajo.

Inmediatamente, sin decir palabra, Gerald se quitó las botas y quedó en pie, sosteniéndolas en la mano. Gudrun se había puesto unas zapatillas y se había envuelto en una amplia bata. Estaba dispuesta. Miró a Gerald, allí, en pie, esperando, con su abrigo negro abrochado hasta la barbilla, la gorra calada, y las botas en la mano. Y, por un instante, en Gudrun volvió a vivir

aquella apasionada fascinación que casi era odio. No, eso no había acabado. La cara de Gerald era muy cálida, de ojos grandes, renovada, perfecta. Gudrun se sintió vieja, muy vieja. Se acercó a Gerald, en pesados movimientos, para que la besara. Gerald la besó rápidamente. Gudrun deseó que la cálida e inexpresiva belleza de Gerald no la afectara de tan irremediable manera, no produjera en ella el efecto de un encantamiento, no la subyugara. Para ella era una carga que le desagradaba, pero a la que no podía sustraerse. Sin embargo, cuando Gudrun miraba las recias y viriles cejas de Gerald, su nariz un tanto pequeña pero bien formada, y sus ojos azules de indiferente mirar, sabía que su pasión por Gerald aún no había quedado satisfecha, y que quizá jamás quedara satisfecha. Pero estaba cansada y con un malestar como de náuseas. Quería que Gerald se fuera.

Bajaron deprisa la escalera. Tenían la impresión de que producían un ruido tremendo. Gudrun precedía a Gerald, envuelta en la bata de vivo color verde y sosteniendo la vela. Iba atormentada por el temor de que alguien de su familia despertara. A Gerald apenas le importaba. Le importaba muy poco que alguien se enterase de lo ocurrido. Y Gudrun le odiaba por ello. Es preciso tener cautela. Uno debe protegerse.

Ella delante, él detrás, fueron a la cocina. Estaba limpia y ordenada, tal como la criada la había dejado. Gerald levantó la vista al reloj: ¡las cinco y veinte! Se sentó en una silla y se puso las botas. Gudrun esperó, observando todos los movimientos de Gerald. Quería que aquello terminara de una vez. Para ella significaba una gran tensión nerviosa.

Gerald se levantó. Gudrun descorrió el cerrojo de la puerta trasera y echó una ojeada al exterior. Aún no había signos de la proximidad del alba. Era una noche fría y cruda, con una porción de luna en un cielo vago. Gudrun se alegró de no tener que salir de casa. Gerald murmuró:

—Adiós.

Gudrun dijo:

—Te acompaño hasta la puerta del jardín.

Y una vez más Gudrun se puso delante, presurosamente, para guiar a Gerald cuando bajara los peldaños. En la puerta del jardín, Gudrun quedó en lo alto del peldaño, y Gerald en pie a nivel inferior. Gudrun murmuró:

—Adiós.

Gerald la besó cortésmente y dio media vuelta.

Gudrun sufrió intensamente al escuchar el paso firme, de tan claro sonido, de Gerald alejándose por la calle. ¡Cuán insensible era la firmeza de aquel paso!

Gudrun cerró la puerta en la valla, y volvió rápida y silenciosamente a la casa, dispuesta a acostarse de nuevo. Cuando estuvo en su dormitorio, con la puerta cerrada, a salvo, respiró con libertad, y se sintió aliviada de un gran peso. Se aovilló en la cama, en la depresión que el cuerpo de Gerald había dejado, en el calor que había dejado. Excitada, agotada, pero contenta, no tardó en hundirse en un profundo y pesado sueño.

Gerald anduvo deprisa, en la oscuridad que precede al alba. No se cruzó con nadie. Tenía la mente hermosamente tranquila y sin pensamientos, como las aguas de un lago en quietud, y el cuerpo cálido, vigoroso, enriquecido. Anduvo deprisa, camino de Shortlands, animado por una sensación de agradecida confianza en sí mismo.

25. MATRIMONIO O NO

La familia Brangwen pensaba abandonar Beldover. El padre necesitaba vivir en la ciudad en la que trabajaba.

Birkin había conseguido ya la licencia para contraer matrimonio, pero Úrsula difería el compromiso constantemente. Se negaba a fijar día, aún vacilaba. Corría ya la tercera semana del mes de preaviso que había dado para dejar su trabajo en la escuela elemental. La Navidad se aproximaba.

Gerald esperaba la celebración del casamiento entre Úrsula y Birkin. Para Gerald era un acontecimiento de crucial importancia. Un día, Gerald preguntó a Birkin:

—¿Por qué no convertimos la ceremonia en un acontecimiento doble? ¿El matrimonio de dos parejas?

Birkin le preguntó:

—¿Y cuál sería la otra pareja?

Con un brillo travieso en los ojos, Gerald repuso:

—Gudrun y yo.

Birkin le miró fijamente, como si aquellas palabras le hubieran dejado un tanto pasmado, y dijo:

—¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio. ¿Te molestaría que Gudrun y yo nos casáramos en la misma ceremonia que tú?

—Todo lo contrario. Ignoraba que hubierais llegado tan lejos.

Fija la vista en Birkin y riendo, Gerald preguntó:

—¿Lejos? ¿En qué estás pensando?

Birkin no contestó, y el propio Gerald confesó:

—Bueno, sí, la verdad es que hemos llegado todo lo lejos que se puede llegar.

Birkin comentó:

—Lo único que te falta es fundamentar tu relación sobre una amplia base social, y atribuirle un alto propósito moral.

Sonriendo, Gerald observó:

—Sí, algo parecido. Darle la altura, anchura y profundidad precisas.

—En fin, me atrevo a decir que, al casarte, darías un paso digno de admiración.

Gerald le dirigió una mirada escrutadora y le preguntó:

—¿Y cómo no te muestras entusiasmado? Pensaba que eras un gran partidario del matrimonio.

Birkin se encogió de hombros y expuso:

—También podría ser un gran partidario de las narices, por ejemplo. Y, a pesar de ello, seguiría habiendo narices chatas y narices no chatas.

Gerald rio:

—¿Y también hay matrimonios de diversas clases, matrimonios chatos y no chatos?

—Eso.

Inclinando un poco la cabeza, Gerald preguntó como si quisiera sondear a Birkin:

—¿Y a tu juicio mi matrimonio sería chato?

Birkin soltó una corta carcajada y repuso:

—¿Cómo voy a saberlo? No me ataques esgrimiendo mis propias imágenes.

Gerald, después de meditar unos instantes, prosiguió:

—Me gustaría saber exactamente tu opinión.

—¿Sobre tu matrimonio? ¿O sobre el matrimonio en general? ¿Y por qué te interesa mi opinión? No tengo opiniones. El matrimonio, desde un punto de vista legal, no me interesa en absoluto. Es una simple cuestión de

conveniencia.

Gerald le estaba mirando muy fijamente. Con total seriedad, dijo:

—A mi parecer, es más que esto. Por mucho que a uno le aburra la ética del matrimonio, casarse, realmente, en el caso personal de cada cual es asunto de gran importancia, de importancia definitiva.

—¿Quieres decir que ir a la oficina del registro con una mujer es un hecho definitivo?

—Si además de ir a la oficina del registro sales casado con ella, sí.

—De acuerdo.

—Sea lo que sea lo que uno piensa del matrimonio legal, llegar al estado de hombre casado, en el caso personal de cada uno, es asunto definitivo.

—En cierta manera, sí.

Gerald observó:

—Queda una cuestión importante: ¿debe uno casarse o no?

Birkin le dirigió una mirada penetrante y divertida. Dijo:

—Gerald, eres como lord Bacon. Razonas como un abogado, o como Hamlet en el «ser o no ser». Si estuviera en tu lugar no me casaría. Pero eso debes preguntarlo a Gudrun, no a mí. Al fin y al cabo no vas a casarte conmigo.

Gerald no prestó atención a la segunda parte de las observaciones de Birkin, y dijo:

—Sí, hay que meditar fríamente el asunto. Es de vital importancia. Uno llega a un punto en que debe seguir una dirección u otra. El matrimonio es una de las direcciones...

Rápido, Birkin le preguntó:

—¿Y cuál es la otra?

Gerald dirigió a Birkin una mirada ardiente, pletórica de extraña conciencia, que éste no pudo comprender, y enseguida repuso:

—No lo sé. Si lo supiera...

Gerald movió inquieto los pies y no terminó la frase.

Birkin le preguntó:

—¿Quieres decir que ignoras cuál es la alternativa del matrimonio? Y, no sabiéndolo, ¿que el matrimonio no es más que un pis aller?

Gerald volvió a dirigir a Birkin aquella mirada ardiente y concentrada, y reconoció:

—Realmente, tengo la impresión de que el matrimonio es un pis aller.

—En ese caso, no te cases.

Después de decir esas palabras, Birkin añadió:

—Te diré lo mismo que te he dicho antes. El matrimonio, en el sentido tradicional, me parece repelente. Decir que se trata de *égoisme à deux* es decir poco. Es como andar de caza por parejas, el mundo entero emparejado, cada pareja en su casita, defendiendo sus propios intereses, y cociéndose en su propio jugo, el jugo de su intimidad mezquina... Es lo más repulsivo que cabe imaginar.

—Plenamente de acuerdo. Es propio de seres inferiores. Pero, como he dicho, ¿cuál es la alternativa?

—Hay que hurtarse al instinto del hogar. No es un instinto, en realidad, sino un hábito de cobardía. No hay que tener un hogar.

—Tienes toda la razón. Pero es que no hay otra alternativa.

—Pues tenemos que encontrarla. Tengo fe en la unión permanente de hombre y mujer. Ir saltando por ahí de flor en flor es agotador. A pesar de todo, la relación permanente entre hombre y mujer no es la solución definitiva; no señor.

Birkin explicó sus ideas:

—En realidad, debido precisamente a que la relación entre hombre y mujer se ha transformado en la relación suprema y exclusiva, esta relación ha quedado dominada por la mezquindad, la insuficiencia y el ahogo.

Gerald asintió:

—Eso mismo creo.

—Debemos derribar de su pedestal esa idealizada relación de amor-y-matrimonio. Necesitamos algo más amplio. Tengo fe en la perfecta relación complementaria entre hombre y hombre. Complementaria del matrimonio.

Gerald dijo:

—Son dos relaciones muy diferentes entre sí.

—Sí, pero igualmente importantes, con la misma capacidad de creación, o, si lo prefieres, igualmente sagradas.

—Ya sabía que tienes fe en eso que acabas de decir. Ocurre que yo no siento esa clase de relación.

Gerald puso la mano sobre el brazo de Birkin, en un ademán de afecto y excusa. Al mismo tiempo, esbozó una triunfal sonrisa.

Gerald estaba dispuesto a aceptar la condena. Para él el matrimonio era como una condena. Estaba dispuesto a condenarse al matrimonio, a convertirse en un reo condenado a trabajar en las minas del submundo, a no vivir al sol, a desarrollar una terrible actividad subterránea. Estaba dispuesto a aceptar eso. El matrimonio era el sello de esa condena. Estaba dispuesto a quedar encerrado y sellado en el submundo, igual que el alma condenada al castigo eterno. Pero no trabaría ninguna relación pura con otra alma. No, porque no podía. El matrimonio no radicaba en comprometerse a tener una relación con Gudrun. Radicaba en comprometerse a aceptar el mundo establecido, a aceptar el orden establecido, en los que no tenía fe vital, y después de esa aceptación, se retiraría al mundo subterráneo, para no perecer. Eso haría.

El otro camino consistía en aceptar la oferta de Rupert, la oferta de una alianza, la oferta de formar con él un vínculo de pura confianza y amor, y, en consecuencia, después formar el vínculo con la mujer. Si Gerald se comprometía con el hombre, podría luego comprometerse con la mujer, y no sólo en matrimonio legal, sino también en matrimonio absoluto y místico.

Pero Gerald no podía aceptar la oferta. A ese respecto, se sentía paralizado, se trataba de una parálisis que podía deberse a una carencia de voluntad, a una atrofia. Quizá fuera carencia de voluntad. Sí, ya que la oferta de Rupert le había producido un extraño placer. Sin embargo, mayor placer le había producido el rechazar la oferta, el no comprometerse.

26. UNA SILLA

Todos los lunes por la tarde había mercadillo de ocasión en la vieja plaza del mercado de la ciudad. Y allí fueron a parar Úrsula y Birkin. Habían estado hablando de muebles y querían ver si encontraban algún trasto viejo que les gustara, en los montones de desechos, sobre los adoquines de la plaza.

La vieja plaza del mercado no era muy grande. Se trataba de un espacio despejado, con adoquines de granito, y, junto a un muro, algunos puestos de venta de fruta. Se encontraba en el barrio pobre de la ciudad. A un lado se alzaban unas cuantas casuchas, al fondo había una fábrica de géneros de punto, que externamente sólo era una inexpresiva pared con gran número de ventanas oblongas; en el otro extremo se abría una calle con piso de losas de piedra arenisca, y muchas tienditas, y, a modo de monumento que coronaba el

paraje, el edificio de los baños públicos, de ladrillos rojos y nuevos, con una torre rematada con un reloj. La gente que recorría la plaza tenía aspecto desaliñado y sórdido, se tenía la impresión de que el aire oliese a suciedad, y, en general, parecía que el lugar estuviera constituido por un conjunto de mezquinas callecitas que se ramificaran, yendo a perderse en los páramos de la mezquindad. De vez en cuando, un gran tranvía, de colores chocolate y amarillo, tomaba difícilmente una curva, junto a la fábrica de géneros de punto.

Úrsula se sintió superficialmente complacida al hallarse entre aquella gente humilde, en la plaza ocupada por montones de sábanas y mantas viejas, montones de objetos viejos de hierro, pálidas pilas de tristes cacharros de loza, silenciosos montones de increíbles prendas de vestir. Con desgana, Úrsula y Birkin avanzaron por el estrecho pasillo formado por la maltratada mercancía. Birkin se fijaba en los objetos en venta y Úrsula se fijaba en la gente.

Excitada, Úrsula observaba a una muchacha embarazada que miraba un colchón por todos lados y lo tentaba, y obligaba a un muchacho, avergonzado y desmoralizado, a tentar también el colchón. La muchacha causaba viva impresión de actividad y ansia, de guardar para sí su secreto, en tanto que el chico impresionaba por su aire de desgana, por su expresión escurridiza. El chico iba a casarse con la muchacha debido a que estaba embarazada.

Después de haber tentado el colchón, la muchacha preguntó el precio a un viejo que estaba sentado en un taburete, rodeado de sus mercancías. El viejo le dijo el precio y la muchacha lo comunicó al chico. Éste parecía avergonzado e inhibido. Volvió la cabeza hacia el lado opuesto a aquel en que se encontraba la chica, aunque no movió el cuerpo, y farfulló algo. Una vez más la chica toqueteó ansiosa y activamente el colchón, hizo operaciones aritméticas de memoria y le regateó al hombre viejo y sucio. El muchacho estuvo en todo momento al lado de la chica, quieto, avergonzado y derrotado, sometiéndose al mal trago.

Birkin dijo:

—Mira, esta silla es bonita.

Úrsula exclamó:

—¡Tiene encanto! ¡Mucho encanto!

Se trataba de una sencilla silla con brazos, de madera, probablemente de abedul, pero dotada de tan delicada gracia que, allí, sobre los sórdidos adoquines, casi daban ganas de llorar de pena. Tenía forma rectangular, con líneas puras y esbeltas y, en el respaldo, cuatro cortas columnitas de madera que a Úrsula se le antojaron cuerdas de arpa.

Birkin precisó:

—En otros tiempos era dorada y tenía el asiento de rejilla. Luego le pusieron asiento de madera. Mira, aquí se ve un poco el rojo que había debajo del dorado. Todo lo demás es negro, salvo en los puntos en que el desgaste ha dejado la madera reluciente y pura. Lo más atractivo es la bella unidad de líneas. Fíjate en los puntos de encuentro de las líneas, en cómo divergen y se compensan unas con otras. Desde luego, el asiento de madera sobra, destruye la perfecta ligereza y unidad en la tensión que la rejilla tuvo que dar a la silla. De todas maneras, me gusta.

Úrsula coincidió:

—Sí... A mí también.

Birkin preguntó al vendedor:

—¿Cuánto cuesta?

—Diez chelines.

—¿Y puede mandarla...?

La compraron.

Birkin dijo:

—Es tan hermosa y tan pura que parte el corazón.

Se alejaron caminando por entre los montones de desechos. Birkin dijo:

—Mi amada patria... Al menos tenía algo que decir, en los tiempos en que se hizo esta silla.

Úrsula, que siempre se irritaba cuando Birkin adoptaba este tono, preguntó:

—¿Y ahora ya no tiene nada que decir?

—No. Nada. Al contemplar esta silla diáfana y hermosa, y al pensar en Inglaterra, incluso la Inglaterra de Jane Austen, me doy cuenta de que mi patria tenía pensamientos que expresar, en aquel entonces, y que expresarlos le producía una dicha pura. Pero ahora sólo podemos rebuscar entre montones de desperdicios, a ver si encontramos restos de la vieja expresión. Ahora carecemos de capacidad de creación, sólo nos queda la sórdida y triste mecanización.

Úrsula gritó:

—¡Eso no es verdad! ¿Por qué has de alabar siempre el pasado a costa del presente? Verdaderamente, la Inglaterra de Jane Austen no me merece una opinión muy alta que digamos. Era notablemente materialista...

—Podía permitirse el lujo de serlo, debido a que podía ser otras cosas también. Y eso no pasa ahora. Nosotros somos materialistas porque carecemos de la capacidad precisa para ser otra cosa, por mucho que lo intentemos. No podemos producir más que materialismo, más que mecanización, que es la mismísima alma del materialismo.

Úrsula, avasallada, se sumió en un silencio irritado. No quería prestar atención a lo que Birkin decía. Se estaba rebelando contra otra cosa. Gritó:

—Odio este pasado del que tanto hablas. Me da asco. Y me parece que incluso odio esa silla vieja, a pesar de que realmente es hermosa. Aunque no tiene la clase de belleza que me gusta. Hubiera preferido que la hubiesen destrozado tan pronto su época pasó, y no que llegara hasta nosotros para sermonearnos acerca del pasado. Estoy harta del bienquisto pasado.

Birkin la contradijo:

—Por muy harta que estés del pasado, no lo estarás tanto como yo del maldito presente.

—Igual. Odio el presente, pero no quiero que vuelva el pasado para sustituir el presente. Y en cuanto a la silla, a esa vieja silla, pues bien, no la quiero.

Birkin se mostró enojado durante unos instantes. Luego levantó la vista al cielo esplendente, más allá de la torre del establecimiento de baños públicos, y superó su enojo. Se echó a reír y dijo:

—Bueno, de acuerdo, no tendremos la silla. También yo estoy harto de todo. De todas maneras, tampoco podemos seguir viviendo de los huesos viejos de la belleza.

—¡No, no podemos! No quiero cosas viejas.

Birkin observó:

—La verdad es que no queremos cosas, sean viejas, sean nuevas. La idea de una casa con mobiliario, todo de mi propiedad, me parece odiosa.

Estas palabras dejaron a Úrsula pasmada unos instantes. Luego dijo:

—Lo mismo me ocurre a mí. Pero en algún sitio hay que vivir.

—En algún sitio no. En cualquier sitio. Se debe vivir en cualquier sitio, y no en un lugar determinado. No quiero un lugar determinado. En cuanto se tiene un cuarto y el cuarto queda terminado, con todo lo preciso, se sienten deseos de huir de él. Ahora que las habitaciones del molino están terminadas, con todo, me gustaría que estuvieran en el fondo del mar. Es esa tiranía del ambiente fijo, cuajado, en la que cada mueble es una tabla de los mandamientos.

Úrsula se arrimó al brazo de Birkin mientras se alejaban del mercadillo. Ella siguió:

—Pero ¿qué vamos a hacer? De alguna manera tenemos que vivir. Y me gusta tener un poco de belleza alrededor. Incluso me gusta cierta clase de grandeza natural, de esplendor.

—Eso jamás lo conseguirás mediante casas y muebles, ni siquiera mediante ropas. Las casas, los muebles y las ropas son expresiones de un mundo caduco y bajo, de una detestable sociedad humana. Y, si tienes una casa Tudor, con antiguos y bellos muebles, lo único que tienes es el pasado perpetuado sobre ti. Es horrible. Y si tienes una casa moderna, perfecta, que Poiret haya organizado a la medida para ti, no haces más que tener otra cosa perpetuada encima. Todo es horrible. Todo son posesiones, posesiones, coaccionándote brutalmente, convirtiéndote en una generalización. Hay que ser como Rodin, como Miguel Ángel, y dejar una porción de piedra casi intacta debajo de la propia figura. Hay que dejar los alrededores sólo esbozados, inacabados, para que nunca se esté contenido, confinado, dominado desde el exterior.

Úrsula se detuvo meditativa y dijo:

—¿Y nunca tendremos un lugar acabado en que vivir, nunca tendremos un hogar?

Birkin repuso:

—Espero, y pido a Dios, que en este mundo no.

Úrsula objetó:

—Pero es que sólo hay este mundo.

Birkin abrió las manos, con expresión de indiferencia, y dijo:

—Bueno, pues, en ese caso, procuraremos no tener cosas.

—Sin embargo, acabas de comprar esa silla.

—Puedo decirle al vendedor que no la quiero.

Úrsula volvió a meditar. Una contorsión leve y extraña alteró la expresión de su cara:

—No. No queremos la silla. Las cosas viejas me enferman.

—Las nuevas también tienen esa virtud.

Volvieron sobre sus pasos.

Allí, ante unos muebles viejos, estaba la joven pareja, la muchacha embarazada y el joven de cara estrecha. La chica era rubia, un tanto baja, y

recia. El muchacho era de estatura media y de cuerpo atractivamente formado. Por debajo de la gorra, sobresalía su cabello negro, caído a un lado, sobre la frente. Mantenía un aire extrañamente lejano, como un miembro más de la legión de los condenados.

Úrsula musitó:

—Regalémosles la silla. Están formando un hogar.

Birkin reaccionó inmediatamente a favor del lejano y furtivo joven, y en contra de la activa y fecunda hembra, y, en tono petulante, habló:

—No estoy dispuesto a ser cómplice de semejante empeño.

Úrsula gritó:

—Sí, sí, para ellos tener un hogar está muy bien. Es lo único que pueden tener.

—Muy bien, en ese caso encárgate tú de ofrecerles la silla. Yo seré un simple espectador.

Un tanto nerviosa, Úrsula se acercó a la joven pareja, que estaba comentando las virtudes y defectos de un palanganero de hierro, o, mejor dicho, el muchacho miraba, furtiva e intrigadamente, como un preso, el abominable trasto, mientras la chica hablaba.

Úrsula dijo:

—Hemos comprado una silla y ahora no la queremos. ¿La quieren ustedes? Nos gustaría mucho que la aceptaran.

Los dos jóvenes la miraron, sin creer que Úrsula estuviera dirigiéndose a ellos. Ella repitió:

—¿La aceptan? Realmente es una silla muy bonita, pero... pero...

Esbozó una deslumbrante sonrisa. El chico y la muchacha siguieron mirándola en silencio, luego intercambiaron una significativa mirada, para determinar qué debían hacer. Y el hombre, con curiosa habilidad, se puso borroso, como si tuviera la virtud de hacerse invisible, como la tienen las ratas. Úrsula, dominada por la confusión y el temor que la pareja le estaba inspirando, explicó:

—Bueno, es que deseamos regalarles la silla.

Úrsula se sentía atraída por el joven. Éste era un ser quieto e indiferente, al que difícilmente cabía calificar de hombre, uno de esos seres que las ciudades han producido, en cierto sentido hermoso y de pura sangre, siempre furtivo, rápido y sutil. Sus pestañas negras, largas y hermosas, sombreaban unos ojos sin pensamiento, dotados sólo de una temible percepción interna y servil, ojos

oscuros y vidriosos. Sus cejas negras y todas sus facciones estaban bellamente trazadas. Tenía que ser un amante temible, pero maravilloso para cualquier mujer, con aquellos portentosos atributos. Sus piernas tenían que ser sutiles y vivas, ocultas en los deformes pantalones, y en aquel hombre había parte de la suavidad, la quietud y la sedosa calidad de una silenciosa rata de ojos negros.

Úrsula había captado el modo de ser de aquel hombre, sintiendo un agradable estremecimiento de atracción hacia él. La mujer de sólido cuerpo miraba con expresión ofensiva a Úrsula. Ésta volvió a olvidarse del hombre y dijo:

—¿No quieren la silla?

El hombre le dirigió una mirada de soslayo valorando a Úrsula, una mirada lejana, casi insolente. La mujer se irguió. Estaba dotada de cierto temple de vendedora ambulante de pescado o de fruta. Ignoraba qué era lo que Úrsula pretendía, por lo que se había puesto en guardia, hostil. Birkin se acercó con malicia y sonrió al ver a Úrsula tan desbordada y atemorizada. Sonriendo, Birkin preguntó:

—¿Qué pasa?

Había entornado levemente los párpados, y tenía el mismo aire de burlona reserva que distinguía a aquellos dos seres. El hombre movió seca y brevemente la cabeza hacia un lado, indicando así a Úrsula, y con curiosa, amable y alegre calidez, preguntó:

—¿Qué quiere?

Una rara sonrisa curvó sus labios. Birkin fijó la vista, irónicamente bajos los párpados, en el hombre, e indicando la silla dijo:

—Regalarle esa silla, ésa con el cartoncillo colgado.

El hombre miró el objeto indicado. Se daba una curiosa hostilidad de masculina y proscrita comprensión entre los dos hombres. En un tono de confianzuda intimidad que ofendió a Úrsula, el hombre preguntó:

—¿Y por qué quiere regalarnos la silla, jefe?

Con una amarga sonrisa, Birkin repuso:

—Piensa que les gustará. Es una bonita silla. La hemos comprado hace un momento y ahora no la queremos. Pero no están obligados a aceptarla. No teman.

El hombre examinó a Birkin, en parte hostil, en parte reconociendo la clase de tipo que era. La mujer preguntó fríamente:

—¿Y por qué no la quieren ahora, cuando dice que la han comprado hace

un momento? ¿Es que se han dado cuenta de que es poca cosa para ustedes después de haberla mirado bien? ¿Les parece que está en mal estado?

La mujer miraba a Úrsula con admiración y, al mismo tiempo, con resentimiento. Birkin contestó:

—No se me había ocurrido pensar en eso. De todas maneras, me parece una silla muy delgadita en todas sus partes.

Úrsula, con expresión luminosa y complacida, dijo:

—Bueno, la verdad es que vamos a casarnos y hemos venido aquí para comprar cosas. Y, ahora, de repente, hemos decidido vivir en el extranjero, y, por eso, no necesitamos muebles.

La muchacha de ciudad, robusta, un poco hinchada, miró el rostro hermoso de la otra mujer, y lo hizo con expresión aprobatoria. Las dos mujeres se aprobaban recíprocamente. El joven se mantuvo al margen, con la delgada raya de su negro bigote extrañamente sugestiva, sobre la boca un tanto ancha y cerrada. Estaba impasible, abstraído, como una presencia oscuramente sugestiva, una presencia de inframundo.

Volviéndose hacia su hombre, la muchacha ciudadana comentó:

—No está mal poder vivir como éstos.

El muchacho no la miró, pero sonrió, inclinando la cabeza a un lado en extraño movimiento de asentimiento. Sus ojos siguieron igual, invariables, vidriados de oscuridad. Con un tono increíblemente tenebroso, el joven dijo:

—Algo les costará ese cambio de opinión sobre tener o no tener la silla.

Birkin repuso:

—En esta ocasión, el cambio de parecer sólo me costará diez chelines.

El joven miró a Birkin, formando una sonrisa como una mueca, una sonrisa furtiva e insegura, y contestó:

—Diez chelines no es mucho. Más caro sale un divorcio.

Birkin intervino:

—No nos hemos casado todavía.

La muchacha, en voz muy alta, dijo:

—Nosotros tampoco. Nos casamos el sábado.

Una vez más, la muchacha dirigió al joven una mirada decidida y protectora, dominante y muy dulce al mismo tiempo. El joven esbozó una sonrisa torcida, y apartó la vista de la mujer, volviendo la cara. La muchacha

se había apoderado de la virilidad de aquel hombre... Pero a él poco le importaba... Estaba dotado de un extraño y furtivo orgullo, de una huidiza personalidad individual.

Birkin dijo:

—Que sean ustedes felices.

La muchacha repuso:

—Lo mismo les digo.

Luego, en tono levemente inquisitivo, de exploración, la muchacha preguntó:

—¿Y a ustedes cuándo les toca?

Birkin miró a Úrsula y contestó:

—Depende de la señora. Iremos al registro tan pronto como ella esté dispuesta.

Úrsula rio, confusa y desorientada. El joven, con una insinuante sonrisa, observó:

—Bueno, no hay prisa.

La mujer dijo:

—Tampoco hay que casarse de prisa y corriendo. Pasa lo mismo que con morirse. Después de casarse, una está mucho tiempo casada.

El joven volvió la cara hacia el otro lado, como si hubiera recibido una cachetada. Birkin dijo:

—Esperemos que cuanto más dure, mejor.

El joven, con tono de admiración, asintió:

—Así se habla, jefe. Hay que gozar mientras se pueda. Luego, ya se sabe, no hay que pedir peras al olmo.

La muchacha, mirando al joven con la acariciadora ternura de la autoridad, observó:

—Siempre que tengas un peral y no lo confundas con un olmo.

Sarcástico, el joven repuso:

—Bueno, es que se nota enseguida.

Birkin preguntó:

—¿Y de la silla qué?

La mujer contestó:

—Pues bueno, de acuerdo.

Se acercaron al vendedor. El joven, apuesto pero desganado, se rezagó un poco. Birkin dijo:

—¿Se la llevan o quieren que cambiemos las señas y pongamos las del sitio al que la quieren mandar?

La muchacha dijo:

—Fred puede cargar con ella. Que trabaje un poco, mientras pueda, para el hogar, dulce hogar.

Con triste sentido del humor, mientras cogía la silla, Fred dijo:

—Sí, sí, hay que sacarle el jugo a Fred.

Sus movimientos eran gráciles, aunque curiosamente encanallados, resbaladizos. Luego dijo:

—Ahí está, la cómoda sillita para la mamá. Habrá que ponerle un almohadón.

El joven dejó la silla sobre los adoquines de la plaza. Riendo, Úrsula preguntó:

—¿Verdad que es bonita?

La muchacha repuso:

—Sí, muy bonita.

Dirigiéndose a Úrsula, el joven dijo:

—Siéntese, y a lo mejor se arrepiente de habérsela regalado.

Úrsula, inmediatamente, se sentó en la silla, allí, en medio del mercado, y dijo:

—Increíblemente cómoda, pero un poco dura.

Invitando al joven a sentarse, Úrsula añadió:

—Pruébela.

Pero el joven dirigió una grosera y torpe mirada de soslayo a Úrsula, una mirada de sus ojos vidriosos, una mirada rápida, extrañamente insinuante, una rápida mirada de rata vivaz. La muchacha expuso:

—No lo malacostumbre. No está acostumbrado a sentarse en sillas con brazos.

El joven apartó la mirada, y con una sonrisa torcida, dijo:

—Con que tengan patas me basta.

Las dos parejas se separaron. La muchacha dio las gracias a Úrsula y a Birkin:

—Muchas gracias por la silla. Durará todo lo que aguante.

El joven comentó:

—La conservaremos para decoración de la casa.

Úrsula y Birkin dijeron:

—Buenas tardes.

El joven, mirando a Úrsula y a Birkin, pero evitando la mirada de éste, en el momento en que volvía la cabeza, dijo:

—Y que tengan buena suerte.

Cada pareja siguió su camino. Úrsula, cogida al brazo de Birkin. Cuando hubieron caminado un trecho, Úrsula volvió la cabeza atrás, y vio al joven, al lado de la muchacha tranquila y de cuerpo redondeado. Los pantalones del joven le tapaban los tacones de los zapatos; se movía con una especie de resbaladizo aire de evasión, y cargado con la antigua y esbelta silla, más agobiado por la intimidación de la conciencia de sí mismo. Llevaba la silla cogida por la parte alta del respaldo, y sus cuatro y esbeltas patas se balanceaban peligrosamente, muy cerca de los adoquines. Pero, a pesar de todo, el joven era, en cierta manera, indómito e individual, como una rata rauda y vital. Tenía una extraña y subterránea belleza, que también era repulsiva.

Úrsula exclamó:

—¡Qué extraña pareja!

Birkin observó:

—Hijos de los hombres. Me recuerdan a Cristo: «Los humildes heredarán la tierra».

Úrsula comentó:

—¡Pero estos dos no son humildes!

—Sí, lo son. No saben por qué, pero lo son.

Esperaron la llegada del tranvía. Úrsula quiso sentarse en la parte alta, y, desde allí, contempló la ciudad. El ocaso comenzaba a oscurecer los interiores de las casas atestadas.

Úrsula preguntó:

—¿Y éstos van a heredar la tierra?

—Sí, éstos.

—En ese caso, ¿qué vamos a hacer nosotros? Nosotros no somos como ellos, ¿verdad? No somos humildes.

—No. Tendremos que vivir en los huecos que ellos nos dejen.

—¡Qué horrible! No me gusta vivir en huecos.

—No te preocupes. Ellos son los hijos de los hombres, y lo que más les gusta son las plazas de los mercados y las esquinas. Nos dejarán huecos en abundancia.

—Prácticamente, el mundo entero.

—Bueno, quizá no tanto... pero tendremos alguna habitación.

El tranvía ascendía despacio por la cuesta, y, desde allí, las feas masas de casas del color gris del invierno parecían una visión infernal, de un infierno frío y anguloso. Úrsula y Birkin, sentados, miraban aquello. A lo lejos se veía la airada rojez del ocaso. Todo estaba frío, todo era menudo, apiñado, y causaba la impresión de que se acercara el fin del mundo.

Contemplando los repulsivos contornos, Úrsula dijo:

—No me importa. Es algo que no me afecta.

Cogiéndole la mano, Birkin observó:

—Ya no nos puede afectar. Y tampoco tenemos ninguna necesidad de ser testigos de esto. Que cada cual siga su camino. Mi mundo es amplio y soleado.

Y allí, en la parte superior del tranvía, Úrsula oprimió su cuerpo contra el de Birkin, y gritó, con lo que todos los pasajeros les miraron:

—¡Sí, mi amor! ¡Es verdad!

Birkin prosiguió:

—Y vagaremos por la faz de la tierra, y contemplaremos el mundo situado más allá de ese mezquino rincón.

Hubo un largo silencio. El rostro de Úrsula adquirió áureo esplendor mientras pensaba. Luego dijo:

—No quiero heredar la tierra, no quiero heredar nada.

Birkin oprimió la mano de Úrsula, y sentenció:

—Tampoco quiero herencias. Quiero ser desheredado.

Úrsula oprimió con fuerza los dedos de Birkin:

—Nada, absolutamente nada nos preocupará.

Quieto, Birkin rio.

Úrsula determinó:

—Nos casaremos y nos olvidaremos de la gente.

Birkin volvió a reír. Úrsula resolvió:

—Casarse es una manera de liberarse de todo.

Birkin complementó la frase de Úrsula:

—Y de aceptar el mundo en su integridad.

Feliz, Úrsula agregó:

—Sí, todo un mundo diferente.

—Bueno, están también Gerald y Gudrun...

—Bueno, pues si están, están. ¿Comprendes? No sirve de nada que nos preocupemos por ellos. No podemos alterar su manera de ser.

—No. Ni tenemos derecho siquiera de intentarlo, ni aun con la mejor intención del mundo.

—¿Lo has intentado alguna vez?

—Quizá. Pero ¿por qué he de querer que Gerald sea libre si no es asunto suyo?

Úrsula meditó unos instantes. Luego resolvió:

—No podemos hacer feliz a Gerald. Tendrá que conseguirlo por sí mismo.

—Sí, lo sé. Sin embargo, necesitamos compañía, ¿no crees?

—Lo dudo... ¿Para qué?

Inseguro, Birkin repuso:

—No lo sé. A veces uno siente ansias de compañerismo: de un ulterior compañerismo.

Úrsula insistió:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué has de andar detrás de otra gente? ¿Para qué la necesitas?

Esas palabras afectaron vivamente a Birkin. Úrsula había dado en la diana. Birkin frunció el entrecejo. Tenso, preguntó:

—¿Todo termina en nosotros dos?

—Sí. ¿Qué más quieres? Si alguien desea acompañarnos, que nos acompañe. Pero no creo que sea preciso andar detrás de nadie.

El rostro de Birkin tenía expresión tensa e insatisfecha. Dijo:

—La verdad es que siempre he imaginado que tú y yo seríamos perfectamente felices con unas cuantas personas, pocas, alrededor, con un poco de libertad con otros.

Úrsula meditó un instante. Dijo:

—Sí, eso es algo que se desea. Pero debe ocurrir. No se puede hacer nada para conseguirlo mediante el ejercicio de la voluntad. Te portas de una manera que causas siempre la impresión de que crees que puedes obligar a las plantas a florecer. Las personas deben amarnos por el sólo hecho de amarnos voluntariamente. Tú no puedes obligar a la gente a que nos ame.

Birkin replicó:

—Ya lo sabía. Pero ¿no se puede hacer absolutamente nada para conseguirlo? ¿Debe uno seguir viviendo como si estuviera absolutamente solo en el mundo? ¿Como si uno fuera el único ser existente en el mundo?

Úrsula repuso:

—Me tienes a mí. Si tenemos esto en cuenta, ¿para qué necesitas más gente? ¿Por qué no puedes ser individual por ti mismo, como siempre dices? Intentas coaccionar a Gerald, de la misma forma que intentaste coaccionar a Hermione. Debes aprender a estar solo. Y cuando intentas coaccionar, eres un ser horrible. Me tienes a mí. Y, a pesar de eso, quieres obligar a otras personas a que también te amen. Intentas coaccionarlas para que te amen. Y, cuando te aman, no quieres su amor.

El rostro de Birkin había adquirido gesto de genuina perplejidad. Dijo:

—¿De veras? Pues es un problema que no puedo resolver. Me consta que deseo una relación perfecta y completa contigo. Y casi la tenemos. Realmente es así. Sin embargo, dejemos esto aparte. Y ahora debo preguntarme: ¿realmente quiero una relación auténtica, una relación suma con Gerald? ¿Deseo una relación definitiva, una relación casi extrahumana, con Gerald? ¿Una relación entre cuanto yo soy y cuanto él es? ¿O, contrariamente, no quiero tal relación?

Úrsula le miró largamente, con ojos extrañamente esplendentes, pero no contestó.

Aquella tarde, Úrsula regresó a su casa con la mirada esplendente, maravillosa, lo cual irritó a sus familiares. Su padre llegó a la hora de la cena, cansado después de las clases de la tarde y del largo viaje de regreso. Gudrun leía, y la madre, sentada, guardaba silencio.

De repente, en voz alta y clara, Úrsula dijo a todos los presentes:

—Rupert y yo nos casamos mañana.

Su padre se puso rígido, se volvió hacia ella y dijo:

—¿Qué?

Gudrun exclamó:

—¡Mañana!

La madre terció:

—Realmente...

Pero Úrsula se limitó a esbozar una maravillosa sonrisa y a guardar silencio. El padre preguntó con truculencia:

—¿Se puede saber de qué hablas? ¿Que mañana te casas, dices?

Úrsula repuso:

—Sí, mañana. ¿Por qué no?

Estas últimas palabras eran las que siempre tenían la virtud de enfurecer al padre. Úrsula añadió:

—Sí, es una buena idea... Iremos al registro...

Después de estas palabras de beatífica vaguedad, hubo un segundo de silencio en la estancia. Gudrun opinó:

—¡Úrsula, creo que esta vez realmente exageras!

La madre, con acento un tanto petulante, preguntó:

—¿Y se puede saber por qué lo has mantenido en tan tremendo secreto?

Úrsula repuso:

—Ningún secreto. Ya lo sabíais.

Ahora fue el padre quien gritó:

—¿Quién lo sabía? ¿Quién? ¿Qué quieres decir con «ya lo sabíais»?

Al padre le había dado uno de sus estúpidos ataques de rabia, por lo que Úrsula se cerró con respecto a él inmediatamente. Con frialdad repuso:

—Claro que lo sabíais. Sabíais que Rupert y yo íbamos a casarnos.

Hubo una pausa peligrosa.

—¿Sabíamos que ibais a casaros? ¿Conque lo sabíamos? ¡Lo sabíamos! ¿Es que hay alguien que sepa algo referente a ti, hipócrita puta?

Gudrun, sonrojándose intensamente, en reacción de violenta repulsa, exclamó:

—¡Papá!

Luego, en voz fría pero amable, como si quisiera recordar a su hermana que debía ser razonable, Gudrun le preguntó:

—Pero ¿no crees que es un paso terriblemente precipitado?

Con la misma enloquecedora alegría, Úrsula repuso:

—No, en realidad no lo es. Rupert llevaba semanas esperando que yo accediera. Y sacó la licencia para contraer matrimonio. Pero, en mi fuero interno, yo aún no me había decidido. Ahora sí. ¿Hay algo que oponer?

En tono de frío reproche, Gudrun dijo:

—Nada, desde luego. Eres perfectamente libre de hacer lo que quieras.

—«Yo aún no me había decidido...» Yo, esto es lo único que te importa, ¿verdad?

El padre hizo una pausa y repitió otra vez las palabras de Úrsula, remedándola de modo ofensivo:

—«¡Yo aún no me había decidido!» ¡Yo, yo, tú, siempre tú! Parece que eres alguien muy importante...

Úrsula se irguió, tensó el cuello, y en sus ojos aparecieron peligrosos destellos amarillentos. Herida y mortificada, dijo:

—Me pertenezco a mí misma. Sé perfectamente que no pertenezco a nadie más. Y tú lo único que quieres es coaccionarme, imponerte por la brutalidad, y mi felicidad jamás te ha importado.

El padre estaba inclinado hacia delante, mirándola fijamente, la cara intensa, como una chispa. La madre exclamó:

—¡No debes decir eso, Úrsula! ¡Más valdrá que te calles!

Úrsula volvió rápidamente la cabeza, destellaron sus ojos, y anunció:

—No, no me callaré. No estoy dispuesta a aguantar en silencio imposiciones y brutalidades. ¿Qué importa el día en que me case? Eso no os afecta en nada. Sólo me afecta a mí.

Su padre estaba tenso, encogido el cuerpo, como el gato que se dispone a saltar. Acercándose a Úrsula, gritó:

—¡Conque no nos afecta!

Úrsula, acobardada pero terca, insistió:

—No. ¿En qué os puede afectar?

A extraños gritos, gritos agudos, el padre dijo:

—No me afecta... No me afecta a mí... Si es así, ¿en qué clase de ser te has convertido?

La madre y Gudrun estaban muy quietas, como hipnotizadas. En un tartamudeo, Úrsula repuso:

—No.

El padre estaba muy cerca de ella. Úrsula dijo:

—Lo único que quieres es...

Úrsula sabía que era peligroso lo que iba a decir, por lo que no terminó la frase. El padre estaba tenso, con todos los músculos prestos. Retó a Úrsula:

—¿Qué?

Úrsula murmuró:

—Imponerte por la brutalidad.

Los labios de Úrsula aún se movían cuando la mano del padre le golpeó la mejilla, mandando a la muchacha contra la puerta.

Gudrun chilló:

—¡Papá! ¡Esto es intolerable!

El padre permanecía inmóvil. Úrsula se había recobrado. Tenía la mano en la manecilla de la puerta. Lentamente se irguió. El padre parecía dubitativo. Con brillantes lágrimas en los ojos, alzada y desafiante la cabeza, prosiguió:

—Es la verdad. ¿Qué es tu amor, qué ha sido siempre? Imposiciones brutales y denegación de todo. Eso y sólo eso.

El padre volvía a avanzar con extraños y tensos movimientos, crispado el puño, con cara de asesino. Pero Úrsula, rápida como el rayo, cruzó la puerta, y, al instante siguiente, oyeron sus pasos subiendo la escalera a todo correr.

El padre quedó unos instantes con la vista fija en la puerta. Luego, como un animal derrotado, dio media vuelta y volvió a sentarse junto al fuego.

Gudrun había quedado con la cara muy blanca. En el silencio, se oyó la

voz de la madre, fría e irritada:

—No hubieras debido darle tanta importancia.

Una vez más se hizo el silencio, y en ese silencio los pensamientos y las emociones de cada cual siguieron distintos caminos.

De repente, se abrió la puerta. Apareció Úrsula, con sombrero, abrigo de pieles, y una maleta. Con aquel tono enloquecedor, optimista, casi burlón, dijo:

—¡Adiós! Me voy.

En el instante siguiente se cerraba la puerta. Luego oyeron la puerta que daba al exterior, los rápidos pasos de Úrsula por el sendero que cruzaba el jardín, y, por último, el golpe de la puerta de éste. El leve sonido de los pasos de Úrsula se extinguió. En la casa reinaba un silencio de muerte.

Úrsula fue directamente a la estación, a paso inconscientemente rápido, como si le hubieran brotado alas en los pies. Ya no salían trenes. Tendría que ir a pie a la estación del empalme. Mientras caminaba en la oscuridad, comenzó a llorar, y lloró amargamente, con angustia de niña, roto e insensible el corazón, hasta llegar al empalme, y durante el trayecto en el tren. El tiempo transcurrió sin que Úrsula se diera cuenta, sin que tuviese siquiera noción de su existencia. Ignoraba dónde se hallaba y lo que estaba ocurriendo. Sólo lloraba con lágrimas surgidas de las insondables profundidades de una pena sin esperanzas, de la terrible pena que siente el niño, pena sin posible consuelo.

Sin embargo, la voz de Úrsula tenía el mismo tono de defensivo optimismo cuando habló con la patrona de Birkin, en el vestíbulo de la casa de éste.

—¡Buenas noches! ¿Está el señor Birkin? ¿Puedo verle?

—Sí, está en el estudio.

Úrsula se dirigió hacia allá, rebasando a la mujer. La puerta del estudio se abrió. Birkin había oído su voz.

Sorprendido, al verla allí, con la maleta en la mano y rastros de haber llorado en la cara, Birkin exclamó:

—¡Hola!

Pocos rastros de haber llorado quedaban en la cara de Úrsula, como les ocurre a los niños. Dando un paso atrás, dijo:

—Seguramente presento un aspecto horroroso.

—No, ¿por qué? Entra.

Allí, inmediatamente, los labios de Úrsula comenzaron a temblar, como los del niño que recuerda una vez más la causa de un llanto anterior, y las lágrimas acudieron a sus ojos. Tomándola en brazos, Birkin le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Pero Úrsula se limitó a sollozar violentamente con la cabeza en el hombro de Birkin, mientras éste la tenía asida y esperaba.

Cuando Úrsula se hubo calmado un poco, Birkin insistió:

—¿Qué ha pasado?

Úrsula oprimió con más fuerza la cabeza contra el hombro de Birkin, como si sintiera dolor, como el niño que no sabe decir lo que le ha ocurrido. Birkin la exhortó:

—Anda, cuéntame lo que ha pasado.

Úrsula se separó bruscamente de él, se secó los ojos, recuperó la compostura, se alejó y se sentó en una silla. Encorvado el cuerpo, un poco como un pájaro con las plumas ahuecadas, en reposo, muy brillantes los ojos, dijo:

—Papá me ha pegado.

—¿Por qué?

Ella volvió la cara a un lado y no contestó. Una lastimosa rojez cubría las sensibles aletas de su nariz y sus labios, temblorosos. Birkin, con su voz extraña, suave y penetrante, volvió a preguntar:

—¿Por qué?

Úrsula le miró con expresión un tanto retadora:

—Porque he dicho que mañana nos casábamos, y papá ha intentado acobardarme con su brutalidad.

—¿Y por qué te ha tratado así?

Úrsula volvió a abrir la boca, al recordar la escena, y las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos. Habló con los labios en todo momento contorsionados por el llanto, de modo que su expresión era tan infantil que Birkin casi sonreía. Sin embargo, no se trataba de una reacción infantil, sino de un conflicto mortal, de una profunda herida.

—Porque no me quiere y mi matrimonio no le importa, y se ha sentido herido en su orgullo de individuo dominante.

Birkin dijo:

—No es exactamente así. E incluso en el caso de que fuera verdad, tú no deberías decirlo.

Llorando, Úrsula gritó:

—¡Es verdad! ¡Es la verdad! ¡Y no puedo permitir que me domine con su brutalidad, fingiendo que es amor cuando no lo es! ¿Y cómo puede mi padre...? ¿Cómo puede...? ¡No, no puede!

Birkin, sentado, guardó silencio. Úrsula le había conmovido hasta un punto indecible. Por fin, dijo en voz baja:

—Pero, en este caso, no debes provocarle.

—¡Y le he querido! ¡Siempre le he querido, y siempre me ha tratado así!

—Bueno, habrá sido un amor entre caracteres opuestos... Olvídalo, que este problema se solucionará. No ha pasado nada irremediable.

Llorando, Úrsula dijo:

—¡Sí, sí, es irremediable!

—¿Por qué?

—Jamás volveré a verle.

—Por el momento, más vale que no le veas, claro. No llores. Tenías que romper con él, era inevitable; así que no llores.

Birkin se acercó a Úrsula, le besó el cabello, suave y delicado, y le tocó levemente las húmedas mejillas. Repitió:

—No llores, deja de llorar.

La abrazó, y la mantuvo junto a su cuerpo, en quietud. Por fin, la joven dejó de llorar, alzó la vista, y Birkin vio que sus ojos estaban dilatados y atemorizados. Úrsula preguntó:

—¿No me quieres aquí?

La expresión oscura y fija de los ojos de Birkin, una expresión que parecía negarse a entrar en juego, intrigó a Úrsula. Birkin preguntó:

—¿Qué dices?

De nuevo angustiada por la posibilidad de hallarse donde no debiera, Úrsula preguntó:

—¿Hubieras preferido que no viniese?

Birkin contestó:

—No. Hubiera preferido que no hubiese habido tanta violencia, tanta

fealdad... Pero quizá haya sido inevitable.

Úrsula le contempló en silencio. Parecía haber quedado insensible. Se sintió humillada y preguntó:

—¿Dónde voy a pasar la noche?

Birkin pensó unos instantes:

—Aquí, conmigo. Estamos tan casados hoy como lo estaremos mañana.

—Pero...

—No te preocupes. Hablaré con la señora Varley.

Birkin se sentó, quedando con la mirada fija en Úrsula. Ésta sentía sin cesar la mirada de los ojos fijos y entenebrecidos de Birkin, lo que le producía un poco de temor. En nervioso ademán, Úrsula se apartó el cabello de la frente, y preguntó:

—¿Estoy fea?

Y volvió a sonarse la nariz.

En los ojos de Birkin apareció una leve sonrisa:

—No, afortunadamente.

Birkin se acercó a Úrsula y la tomó en sus brazos como si fuera un objeto de su pertenencia. Era tan tiernamente bella que Birkin no podía soportar verla, sólo podía soportar ocultarla con su propio cuerpo. Íntegramente lavada por sus propias lágrimas, era nueva y frágil como una flor recién abierta, una flor tan nueva, tan tierna, tan perfecta a causa de su luz interior, que Birkin no podía soportar mirarla, y se veía obligado a ocultarla contra su propio cuerpo, a cubrir sus propios ojos para protegerse. Tenía el perfecto candor de la creación, algo sencillo y translúcido, como una esplendente flor radiante, en aquel instante abierta en primigenia bendición. Era nueva, maravillosamente diáfana, sin sombras. Y él era muy viejo, agobiado por pesados recuerdos. El alma de Úrsula era nueva, indefinida, y con la esplendorosa luz de lo invisible. Y el alma de Birkin era oscura y triste, sólo tenía un grano de esperanza viva, como un grano de mostaza. Pero este grano vivo que había en Birkin emparejaba con la perfecta juventud de Úrsula.

Mientras la besaba y temblaba de pura esperanza, como el hombre que vuelve a nacer a una maravillosa y viva ansiedad que supera con mucho los límites de la muerte, Birkin murmuró:

—Te quiero.

Úrsula no podía saber cuánto significaban para él esas dos palabras. Úrsula, casi infantil, quería pruebas, quería una declaración, incluso un exceso

en la declaración, de todo aquello que le parecía incierto, inseguro.

Pero la pasión de gratitud con que Birkin la recibía en su alma, la extrema e increíble alegría de saberse vivo y apto para unirse a ella, él, que estaba casi muerto, él, que se hallaba tan cerca de descender con el resto de los seres de su raza por la pendiente de la muerte mecánica, eso, Úrsula jamás lo podría comprender. Birkin la adoraba como la vejez adora a la juventud, y recibía de ella la gloria, debido a que, en aquel único grano de fe, era tan joven como ella, era su adecuada pareja. El matrimonio con ella representaba la resurrección y la vida para Birkin.

Todo eso Úrsula no podía saberlo. Deseaba que Birkin le diera gran importancia, deseaba que la adorase. Mediaban infinitas distancias de silencio entre los dos. ¿Cómo podía él explicar la inmanencia de su belleza, que no era forma, ni peso, ni color, sino algo semejante a una extraña luz dorada? ¿Cómo podía el propio Birkin saber en qué radicaba para él la belleza de Úrsula? Birkin decía: «Tu nariz es bella, tu mentón es adorable». Pero estas palabras parecían mentira, y Úrsula se sentía defraudada, ofendida. Incluso cuando Birkin le decía, con el aliento de la verdad en su murmullo: «Te quiero, te quiero», parecía que realmente no fuera verdad. Era algo que se encontraba más allá del amor, aquella alegría de haber rebasado los límites de uno mismo, de haber trascendido la antigua existencia. ¿Cómo podía decir Birkin la palabra «yo» cuando, en realidad, él era algo diferente y desconocido y no él mismo? Este yo, esa vieja fórmula de la edad, era letra muerta.

En la nueva y sutilísima felicidad, como una paz que superaba el conocimiento, no había yo ni tú, sino sólo una tercera realidad; la realidad de la no aprehendida maravilla, de la maravilla de existir, no en uno mismo, sino en una consumación de mi ser y de su ser, en un ser nuevo, en una nueva y paradisiaca unidad recuperada de la dualidad. ¿Cómo puedo decir «te amo», cuando he dejado de ser y cuando tú has dejado de ser, cuando los dos hemos quedado presos y cambiados por una nueva unidad en la que todo es silencioso, debido a que nada tiene respuesta, todo es perfecto y único? El habla viaja entre partes separadas. Pero en el perfecto Uno impera el absoluto silencio de la dicha.

Se casaron legalmente al día siguiente y Úrsula, siguiendo el consejo de Birkin, escribió a sus padres. La madre contestó la carta. El padre, no.

Úrsula no volvió a dar clases en la escuela. Estaba siempre al lado de Birkin, ya en su casa, ya en el molino, y le acompañaba a todas partes. No veía a nadie, salvo a Gudrun y a Gerald. Aún se sentía extraña y desorientada, pero aliviada como el alba alivia a quien la espera.

Una tarde, Gerald estaba hablando con Úrsula en el cálido estudio del molino. Rupert aún no había regresado.

Sonriendo, Gerald preguntó a Úrsula:

—¿Eres feliz?

Un poco intimidada en su optimismo, Úrsula exclamó:

—¡Muy feliz!

—Sí, se te nota.

Sorprendida, Úrsula dijo:

—¿De veras?

Gerald la miró, dirigiéndole una comunicativa sonrisa, y confirmó:

—Con toda claridad.

Úrsula quedó complacida. Meditó unos instantes y dijo:

—¿Y también se le nota a Rupert?

Gerald entornó los párpados y apartó la vista. Repuso:

—Sí, claro.

—¿De verdad?

—Sí.

Gerald había contestado con gran sobriedad, como si se tratara de un asunto del que él no debía hablar. Causó la impresión de estar triste.

Úrsula percibía muy claramente las sugerencias indirectas, y formuló con exactitud la pregunta que Gerald quería que le formulara:

—¿Y por qué no eres feliz tú también? Podrías serlo.

Gerald guardó unos instantes de silencio antes de hablar.

—¿Con Gudrun?

Esplendente la mirada, Úrsula repuso:

—¡Sí!

Pero en el ambiente se había formado una extraña tensión, un énfasis, como si estuvieran intentando transformar sus deseos en verdad, faltando a ésta.

Gerald dijo:

—¿Crees que Gudrun me aceptaría, y que ella y yo seríamos felices?

—Estoy absolutamente segura.

El placer que pensar en esa posibilidad le producía, había redondeado los

ojos de Úrsula. Pero, en el fondo, se sentía tensa, dándose cuenta de su insistencia en una falsa postura. Úrsula gritó:

—¡No sabes cuánto me alegraría!

Gerald sonrió y preguntó:

—¿Y por qué te alegraría?

—Por Gudrun. Estoy segura de que eres el hombre adecuado para ella.

—¿Sí? ¿Y crees que Gudrun piensa lo mismo?

Úrsula se apresuró a contestar:

—¡Sí!

Pero meditó un poco más, y, dubitativa, dijo:

—Ahora bien, Gudrun no es una mujer sencilla. No se la conoce en cinco minutos, ¿no crees? En ese aspecto no se parece a mí.

Después de decir estas palabras, Úrsula rio, extraña, abierta, deslumbrada la cara. Gerald requirió:

—¿Crees que no se parece mucho a ti?

Úrsula frunció las cejas y repuso:

—En muchos aspectos nos parecemos. Pero nunca sé lo que Gudrun hará cuando ocurre algo nuevo.

—¿No?

Después Gerald guardó silencio un momento. Luego tanteó el terreno. En voz leve, muy cautamente, dijo:

—De todas maneras, pensaba proponerle que fuera de viaje conmigo, en Navidades.

—¿Ir de viaje contigo? ¿Estar juntos una temporada?

Con un ademán de humildad, Gerald respondió:

—Una temporada que será todo lo larga que ella quiera.

Los dos guardaron silencio. Por fin, Úrsula dijo:

—Desde luego, siempre cabe la posibilidad de que Gudrun se muestre dispuesta a casarse muy pronto. Habrá que ver.

Sonriendo, Gerald se animó:

—Sí, ya veremos. Pero en el caso de que no acepte el matrimonio, ¿crees que accederá a hacer un viaje conmigo por el extranjero, un viaje corto, de una

semana o dos?

—Sí. En tu lugar, yo se lo propondría.

—¿Y podríamos ir los cuatro juntos?

La cara de Úrsula volvió a iluminarse:

—¿Todos nosotros? Sería divertido.

—Muy divertido.

—Y durante el viaje podrías ver.

—¿Ver qué?

—Cómo van las cosas con Gudrun. Siempre me ha parecido mejor pasar la luna de miel antes de casarse.

A Úrsula le gustó su propia frase. Gerald rio, diciendo:

—En ciertos casos es así. Y me gustaría ser yo uno de esos casos.

Úrsula exclamó:

—¿De veras?

Luego, dubitativa, añadió:

—Quizá lo seas... De todas maneras, más vale divertirse.

Poco después, llegaba Birkin, y Úrsula le repitió lo hablado con Gerald. Birkin exclamó:

—¡Gudrun! Es una amante nata, de la misma forma que Gerald es un amante nato, amante en titre. Si es verdad, como dijo no sé quién, que todas las mujeres se dividen en dos clases, esposas y amantes, Gudrun es amante.

Úrsula gritó:

—¡Y todos los hombres son amantes o maridos! Pero ¿por qué no se puede ser las dos cosas a la vez?

Riendo, Birkin aseguró:

—Son recíprocamente excluyentes.

Úrsula dijo:

—En ese caso, quiero un amante.

—No, te equivocas.

—Es la verdad.

Riendo, Birkin la besó.

Dos días después de esta conversación, Úrsula tuvo que ir a recoger sus cosas a la casa de Beldover. La familia ya se había trasladado al nuevo domicilio. Gudrun tenía un piso en Willey Green.

Desde su matrimonio, Úrsula no había visto a sus padres. Había llorado la ruptura con ellos, pero se daba cuenta de que no serviría de nada hacer las paces. Aunque, tanto si servía para algo como si no, Úrsula no estaba dispuesta a verlos. El caso es que los padres habían dejado las pertenencias de Úrsula en la casa de Beldover, y aquella tarde ella iría a buscarlas en compañía de Gudrun.

Era una fría tarde invernal, y el cielo estaba rojizo cuando llegaron a la casa. Las ventanas estaban oscuras e inexpresivas, y la casa ya infundía temor. La visión del vestíbulo desnudo, vacío, produjo un frío estremecimiento en el corazón de las dos muchachas. Úrsula declaró:

—Creo que no me hubiera atrevido a venir sola. La casa da miedo.

Gudrun exclamó:

—¡Úrsula! ¿No es impresionante? Parece increíble que hayamos vivido en esta casa sin darnos cuenta de cómo es. No puedo concebir que haya sido capaz de vivir aquí, siquiera un día, sin morir de terror.

Contemplaron el comedor. La estancia era grande, pero una celda penitenciaria hubiera parecido más alegre. Los amplios miradores estaban desnudos, al igual que el suelo, en el que se veía una línea brillante y oscura enmarcando las tablas de color claro. En el marchito papel que cubría las paredes se veían manchas oscuras, en los lugares en que había habido muebles o cuadros. La sensación que producían las paredes, secas, delgadas, paredes endebles, y las endebles tablas del suelo, pálidas, salvo el falso ribete oscuro, dejaba la mente en blanco. Todo causaba sensación de vaciedad en los sentidos; aquellas paredes de papel, secas, decían que aquello no era más que un receptáculo sin sustancia. ¿Dónde se encontraban las dos hermanas, en la tierra o en el interior de una caja de cartón suspendida en el aire? En el hogar había cenizas de papel y papel medio quemado.

Úrsula dijo:

—¡Y pensar que pasábamos nuestros días aquí!

Gudrun exclamó:

—¡Es horroroso! Imagina lo que debíamos de ser cuando éramos el contenido de esto.

—Repugnante. Realmente repugnante.

Úrsula reconoció las medio quemadas portadas de Vogue, medio quemadas

representaciones de mujeres vestidas de gala, en el suelo del hogar.

Fueron a la sala de estar. Otro fragmento de aire encerrado, sin peso ni sustancia, causando tan sólo una sensación de intolerable encierro entre papel, en la nada. La cocina parecía tener más sustancia, debido al piso de ladrillos rojos y a la presencia de los fogones, pero estaba fría y desagradable.

Las dos muchachas subieron los peldaños desnudos y de sonido hueco. Todos los ruidos producían últimos ecos bajo el corazón de ambas. Recorrieron el corredor pelado y hueco. Las cosas de Úrsula se encontraban junto a una pared de su dormitorio: un baúl, una gran cesta, unos cuantos libros, abrigos sueltos, y una caja de sombreros. Todo desolado en la universal vaciedad de la tarde.

Contemplando sus abandonadas posesiones, Úrsula dijo:

—Constituyen un alegre espectáculo, ¿verdad?

Gudrun le dio la razón:

—Muy alegre.

Las dos muchachas pusieron manos a la obra, y lo transportaron todo a la puerta frontal. Una y otra vez efectuaron el recorrido de aquel itinerario de ecos y vacío. La casa entera parecía resonar alrededor, con sonido de hueca y vacía inutilidad. Desde lejos, las estancias vacías e invisibles emitían vibraciones casi obscenas. Las chicas transportaron casi huyendo los últimos efectos a la puerta delantera.

Hacía frío. Esperaban a Birkin, que acudiría con el automóvil. Volvieron a entrar y subieron al dormitorio de sus padres, cuyas ventanas daban a la calle, y desde las que se veía, más allá de los campos, el ocaso con rayas negras, con rayas negras y rojas, sin luz.

Se sentaron en el alféizar de la ventana, dispuestas a esperar. Las dos contemplaron el cuarto. Estaba vacío, con una carencia de significado que era casi terrible.

Úrsula dijo:

—Realmente, este cuarto jamás pudo ser sagrado, ¿no crees?

Gudrun lo observó lentamente y repuso:

—Imposible.

—Cuando pienso en su vida, la vida de papá y de mamá, en su amor, en su matrimonio, en todos nosotros, sus hijos, en nuestra crianza... No sé... ¿Serías capaz de vivir una vida así, pequeña?

—De ninguna manera.

—Causa una impresión de nada ese vivir, esas dos vidas... Carecen de significado. Si no se hubiesen conocido, si no se hubiesen casado, si no hubiesen convivido, ¿habría ello tenido alguna importancia?

—Bueno, no se sabe...

—No, desde luego. Pero si llegara el momento en que creyera que mi vida será así...

Úrsula hizo una pausa, cogió del brazo a Gudrun, y terminó la frase:

—¡Huiría!

Gudrun guardó silencio unos instantes. Por fin dijo:

—Ocurre que, verdaderamente, la vida normal y corriente no es aceptable, no puede aceptarse. Tu caso, Úrsula, es muy diferente. Con Birkin serás ajena a esa clase de vida, estarás fuera de ella. Birkin es un caso especial. Pero el matrimonio con un hombre normal y corriente, con su vivir anclado en un lugar fijo es realmente imposible. Hay miles de mujeres que desean esta vida, y que no pueden concebir otra. Pero sólo al pensar en ella tengo la impresión de volverme loca. Hay que ser libre, sobre todas las cosas, hay que ser libre. Se puede prescindir de todo lo demás, pero hay que ser libre. Una no puede convertirse en el número siete de la calle Tal, o de Somerset Drive, o en Shortlands. No hay hombre capaz de compensar ese inconveniente. ¡Ni uno! Para casarse hace falta encontrar a un caballero andante, a un compañero de armas, a un Glücksritter. Es imposible, absolutamente imposible casarse con un hombre que tenga una posición social.

—¡Glücksritter! Es una palabra muy bonita, mucho más bonita que soldado aventurero.

—¿Verdad que sí? Sería capaz de recorrer el mundo entero, en compañía de un Glücksritter. Pero ¿una casa, una casa fija? ¿Qué significaría? ¡Piénsalo, Úrsula!

—Sí, ya lo sé. Hemos tenido un hogar, y ha sido bastante para mí.

—Más que bastante.

Irónicamente, Úrsula recitó:

—«La casita gris, en el oeste».

Con expresión triste, Gudrun comentó:

—Incluso las palabras son grises.

El sonido del motor de un automóvil interrumpió la conversación de las dos hermanas. Llegaba Birkin. Úrsula se sorprendió de que la llegada de Birkin le levantara tanto el ánimo; de que, repentinamente, quedara liberada de

todos los problemas planteados por las casitas grises en el oeste.

Oyeron el seco sonido de los tacones de Birkin contra el suelo del vestíbulo, abajo. Birkin gritó:

—¡Hola!

Y los ecos de su voz viva recorrieron la casa. Úrsula sonrió. Se había dado cuenta de que la casa también había infundido temor a Birkin. Dirigiendo la voz hacia abajo, gritó:

—¡Hola! ¡Estamos aquí!

Oyeron que Birkin subía rápidamente la escalera. Cuando llegó, dijo:

—Es un lugar fantasmal.

Gudrun aseguró:

—Estas casas nunca han tenido fantasmas, jamás han tenido personalidad, y sólo las casas con personalidad pueden tener fantasmas.

—Creo que tienes razón. ¿Estáis llorando el pasado?

Con voz fúnebre, Gudrun contestó:

—Efectivamente.

Úrsula rio y dijo:

—No llorábamos la muerte del pasado, sino que haya existido.

Aliviado, Birkin exclamó:

—¡Ah, bueno!

Birkin se quedó allí unos instantes. Úrsula pensó que en la presencia de Birkin había cierta calidad viva y cálida. Incluso conseguía hacer desaparecer la desagradable sensación que aquella casa vacía causaba.

Intencionadamente, Úrsula comentó:

—Gudrun dice que no podría soportar el casarse y vivir en una casa.

Estas palabras hacían clara referencia a Gerald.

Birkin tardó un poco en contestar:

—Bueno, si sabes por anticipado que no puedes soportarlo, estás a salvo.

Gudrun afirmó:

—Totalmente.

Úrsula terció:

—¿A qué se debe que todas las mujeres piensan que la finalidad de su vida es tener un maridito y una casita gris en el oeste? ¿Qué clase de finalidad es esa? ¿Por qué ha de ser esa la finalidad de la vida?

Birkin observó:

—Il faut avoir le respect de ses bêtises.

Riendo, Úrsula objetó:

—Pero no hay necesidad alguna de respetar la bêtise antes de cometerla.

—¿Y des bêtises du papa, qué?

Irónica, Gudrun añadió:

—Et de la maman.

Y Úrsula agregó:

—Et des voisins.

Todos rieron y se levantaron. Oscurecía. Transportaron las pertenencias de Úrsula al automóvil. Gudrun cerró la puerta de la casa vacía. Birkin había encendido los faros del automóvil. Se sentían todos en una situación de felicidad, como si estuvieran emprendiendo un viaje.

Gudrun dijo:

—¿Puedes detenerte un momento en la tienda de Coulson? He de dejar la llave allí.

—Sí, claro.

Y se pusieron en marcha.

Birkin detuvo el coche en la calle principal. Las tiendas acababan de encender sus luces, pasaban los últimos mineros camino de su casa, como sombras apenas visibles, cubiertas con el polvo gris de la mina, avanzando en el aire azul. Pero sus pies producían sonidos duros y múltiples.

¡Cuán contenta salió Gudrun de la tienda, para subir al automóvil y emprender velozmente el camino cuesta abajo, en el ocaso, junto con Úrsula y Birkin! ¡Qué gran aventura parecía la vida en aquel instante! ¡Cuán profundamente, y cuán de repente, envidiaba Gudrun a Úrsula! Para ella la vida era rauda, era una puerta abierta... Una vida valiente, como si el mundo presente, el pasado y el porvenir carecieran de toda importancia. ¡Ah, si Gudrun pudiera ser así, exactamente así, todo le parecería perfecto!

Sí, ya que Gudrun, salvo en los momentos de excitación, sentía un vacío en su interior. Sentíase insegura. Últimamente, sin embargo, había tenido la impresión de que, mediante el amor fuerte y violento de Gerald, vivía con

plenitud. Pero cuando se comparaba con Úrsula, su alma se sentía insatisfecha y celosa. Gudrun no estaba satisfecha, jamás lo estaría.

¿Qué le faltaba? El matrimonio, la maravillosa estabilidad del matrimonio. Dijera lo que dijese, quería esa estabilidad. Había mentido. La vieja idea del matrimonio era correcta. El matrimonio y el hogar. Sin embargo, en sus labios se formaba una mueca cuando pronunciaba estas dos palabras. Pensó en Gerald y en Shortlands. En el matrimonio y en el hogar. Bueno, más valía dejarlo. Gerald significaba mucho para Gudrun, pero... Quizá no fuera una mujer apta para el matrimonio. Quizá fuera uno de esos seres exiliados de la vida, una de esas vidas errabundas y sin raíces. No, no, eso no podía ser verdad. De repente, Gudrun imaginó una estancia de color de rosa, en la que un hombre apuesto, vestido de etiqueta, la tomaba en brazos, yendo ella con un hermoso vestido de noche, y la besaba a la luz del fuego del hogar. Dio el título «Hogar» a ese cuadro. La factura del cuadro era académica.

Cuando estaban ya cerca de la casita de Willey Green, Úrsula propuso:

—¿Por qué no tomas el té con nosotros?

Gudrun repuso:

—Muchísimas gracias, pero debo irme.

Gudrun sentía grandes deseos de tomar el té con Úrsula y Birkin. Estar con ellos le causaba la impresión de vivir de veras. Sin embargo, cierta perversidad le impedía aceptar.

Úrsula insistió:

—Anda, no seas tonta, ven.

—Lo siento, lo siento mucho, me encantaría, pero no puedo.

Con temblorosa prisa, Gudrun bajó del automóvil. Con tono de lamentación, Úrsula gritó:

—¿De veras no puedes?

En la oscuridad sonó la voz patética y mortificada de Gudrun:

—No puedo, realmente no puedo.

Birkin le preguntó:

—¿Te encuentras mal quizá?

—Me encuentro perfectamente. ¡Buenas noches!

Los otros dos contestaron:

—¡Buenas noches!

Y Birkin, a continuación, gritó:

—Ven cuando quieras.

Con voz extraña, con una resonante voz de desolada mortificación, que intrigó mucho a Birkin, Gudrun repuso:

—¡Muchas gracias!

Gudrun avanzó hacia la puerta del jardín de su casita, y el automóvil se puso en marcha. Pero, inmediatamente, Gudrun dio media vuelta sobre sí misma y fijó la vista en el automóvil, cuya imagen iba adquiriendo vaguedad a medida que se alejaba. Y mientras Gudrun avanzaba por el sendero hacia su extraña casa, sintió que su corazón estaba lleno de incomprensible amargura.

En el cuarto de estar había un reloj de caja alargada, y, en la esfera, una cara pintada, una cara rubicunda, redonda, alegre y con ojos sesgados, que efectuaba guiños, de la más ridícula manera que cabe imaginar, al compás del tictac del reloj, una y otra vez, siempre con el mismo absurdo guiño. Aquella absurda y suave cara de parda rubicundez, le dirigía sin cesar aquel molesto guiño. Gudrun estuvo allí, en pie, varios minutos contemplando la cara, hasta que se sintió invadida por una enloquecida repugnancia, y soltó, sola, una hueca carcajada. Y la cara seguía moviéndose, guiñándole ora un ojo, ora el otro, ora desde un lado, ora desde el otro. ¡Cuán desdichada era! En medio del momento de más activa felicidad, cuán desdichada era... Dirigió la vista a la mesa. Jalea de grosella, y el mismo pastel de harina, casero, excesivamente denso. De todas maneras, la jalea de grosella era buena, y pocas veces la comía.

Durante aquella noche, en todo momento sintió deseos de ir al molino, pero los contuvo. Fue allá la tarde siguiente. Se alegró de encontrar a Úrsula sola. Imperaba allí un ambiente íntimo, acogedor y agradable. Hablaron interminablemente y con gran placer. Mirando sus propios ojos, esplendentes, reflejados en el espejo, Gudrun dijo a su hermana:

—¿Verdad que eres terriblemente feliz aquí?

Gudrun envidiaba en todo momento, casi con resentimiento, la extraña y positiva plenitud que impregnaba la atmósfera alrededor de Úrsula y Birkin.

Gudrun añadió:

—¡Qué hermosa ha quedado esta habitación! Esa estera trenzada, dura, tiene un color precioso, tiene el color de la luz fresca.

La estera le parecía perfecta.

Luego, con tono interrogativo, aunque con total frialdad, preguntó:

—Úrsula, ¿sabías que Gerald Crich tiene la idea de que hagamos un viaje

juntos en Navidades?

—Sí, ha hablado de ello a Rupert.

Las mejillas de Gudrun se sonrojaron intensamente. Guardó silencio unos instantes, como si hubiera quedado sorprendida y no supiera qué decir. Por fin habló:

—Pero ¿no te parece de una frescura increíble?

Úrsula se echó a reír y repuso:

—La verdad es que esa frescura de Gerald me gusta.

Gudrun guardó silencio. Era evidente que si bien faltaba poco para que la enfureciera el que Gerald se hubiera tomado la libertad de hacer aquella propuesta a Birkin, tampoco cabía negar que la idea, en sí misma, le gustaba mucho.

Úrsula opinó:

—A mi parecer, Gerald está dotado de una sencillez adorable. Se trata de una sencillez que, en cierta manera, resulta desafiante. Creo que es adorable.

Gudrun estuvo unos instantes callada. Aún no había dominado la sensación de insulto que experimentó al enterarse de aquel atentado que contra su libertad había cometido Gerald. Por fin, preguntó:

—¿Y qué dijo Rupert?

—Que le parecía estupendo.

Una vez más, Gudrun bajó la vista y se mantuvo en silencio. Úrsula lo rompió para preguntar, tanteando el terreno:

—¿Y tú qué opinas?

Úrsula jamás sabía con seguridad cuáles eran las defensas que Gudrun había montado alrededor. Gudrun levantó la cabeza con dificultad y mantuvo apartada la cara. Repuso:

—Pues pienso que podría ser estupendo, tal como tú dices. Pero ¿no crees que Gerald se tomó una libertad imperdonable al hablar de este asunto con Rupert, quien a fin de cuentas...? ¿Comprendes lo que quiero decir, Úrsula? Es una conversación igual a la que dos hombres pudieran sostener acerca de salir de viaje en compañía de cualquier muchachita, una type, a la que hubieran conocido por casualidad. ¡Me parece imperdonable, totalmente imperdonable! —Gudrun había empleado la palabra «type» a la francesa, no a la inglesa.

Sus ojos llameaban, y su cara estaba sonrojada y enfurruñada. Úrsula la

miraba un poco atemorizada, principalmente debido a que, a su juicio, Gudrun parecía notablemente ordinaria, en realidad muy parecida a una type. Pero Úrsula no tenía el valor suficiente para pensar lo anterior abiertamente. Tartamudeando un poco, negó:

—Oh, no. Oh, no, no, ni mucho menos. Todo lo contrario, me parece hermosa esa amistad entre Rupert y Gerald. Se tratan con toda sencillez, se lo dicen todo el uno al otro, como dos hermanos.

Gudrun se sonrojó todavía más. No podía tolerar que Gerald la traicionara siquiera ante Birkin. Con profundo enojo, preguntó:

—Pero ¿tú crees que es justo intercambiar confidencias así, incluso entre hermanos?

—Sí, claro que sí. Se lo dicen todo con total franqueza. Lo que más me maravilla en Gerald es precisamente eso, lo perfectamente sencillo y directo que puede ser. Y para comportarse así, hace falta ser muy hombre. La mayoría de los hombres están obligados a comportarse indirectamente, debido a que son unos cobardes.

Pero Gudrun seguía acallada por la ira. En lo referente a su propia vida, quería que se guardara secreto absoluto. Úrsula le preguntó:

—¿No vendrás con nosotros? No seas tonta, ven. Podemos pasarlo muy bien. Gerald tiene algo que me gusta mucho. Es un hombre mucho más atractivo de lo que creía. Es un hombre libre, Gudrun. Realmente lo es.

Gudrun seguía con la boca cerrada, enfurruñada y fea. Por fin la abrió:

—¿Sabes adónde se propone ir de viaje?

—Sí, al Tirol, al mismo sitio al que solía ir cuando vivía en Alemania, un lugar muy bello al que van los estudiantes, un lugar pequeño, primitivo y bello, para practicar deportes de invierno.

Un furioso pensamiento cruzó la mente de Gudrun: «¡Lo saben todo!». En voz alta, dijo:

—Sí, se encuentra a unos cuarenta kilómetros de Innsbruck, ¿no es eso?

—No sé con exactitud dónde está, pero la idea me parece muy buena... ¿Imaginas qué agradable, con todo nevado, completamente nevado?

Sarcástica, Gudrun repuso:

—¡Muy agradable!

Úrsula quedó desconcertada. Dijo:

—Desde luego, Gerald habló con Rupert de un modo que en manera

alguna parecía que se tratara de hacer un viajecito con una type.

—Me consta que, a menudo, Gerald hace viajes con esa clase de mujeres.

—¿De veras? ¿Y cómo lo sabes?

Fríamente, Gudrun repuso:

—Conozco a una modelo de Chelsea.

Úrsula guardó silencio. Por fin, riendo dubitativamente, comentó:

—Bueno, esperemos que se divierta con ella.

Estas palabras dejaron todavía más ceñuda a Gudrun.

28. GUDRUN EN EL POMPADOUR

Faltaba poco para la Navidad, y los cuatro preparaban el viaje. Birkin y Úrsula hacían las maletas, empaquetaban sus escasas pertenencias personales para mandarlas al país al que por fin decidieran ir. Gudrun estaba muy excitada. Le gustaba tener la sensación de hallarse ya con un pie en el estribo.

Gudrun y Gerald fueron quienes primero terminaron los preparativos, y partieron camino de Innsbruck, pasando por Londres y París. En Innsbruck se encontrarían con Úrsula y Birkin. Pasaron una noche en Londres. Fueron a un espectáculo musical, y luego al café Pompadour.

Gudrun odiaba el Pompadour, pero siempre volvía allí, como hacían la mayoría de los artistas a quienes trataba. Aborrecía aquel ambiente de vicio mezquino, celos mezquinos y arte mezquino. Sin embargo, siempre volvía cuando iba a Londres. Parecía que se sintiese obligada a volver a aquel pequeño y lento remolino central de desintegración y disolución, aunque sólo fuera para echarle una ojeada.

Gudrun estaba sentada al lado de Gerald, bebiendo un licor dulzón, mientras dirigía foscas miradas a los diversos grupos sentados alrededor de las mesas. No saludaba a nadie, pero a menudo pasaban hombres jóvenes que la saludaban con un movimiento de cabeza, con cierta burlona familiaridad. A ninguno de ellos hizo caso. Y le gustaba estar sentada allí, con las mejillas ardientes, fosca la mirada, viéndolos a todos objetivamente, separados de ella, como seres de un parque zoológico consagrado a simiescas almas degradadas. ¡Dios, qué sucio grupo formaban! La rabia y el aborrecimiento había puesto negra y densa la sangre en las venas de Gudrun. Pero estaba obligada a permanecer sentada y observar, observar. Uno o dos se acercaron a hablar con ella. Desde todos los puntos del café la miraban, en parte furtivamente, en

parte con mofa. La miraban hombres por encima del hombro. Mujeres bajo el ala del sombrero.

Allí estaban los de siempre. En un rincón, estaba Carlyon, con sus alumnos y su muchacha, Halliday, Libidnikov, el Zarigüeya... En fin, todos. Gudrun miró a Gerald. Advirtió que la vista de éste se fijaba un instante en Halliday y los que estaban con él. Éstos se hallaban al acecho, y saludaron a Gerald inclinando la cabeza. Gerald contestó el saludo de la misma manera. Ellos rieron e intercambiaron confidencias en susurros. Gerald les miraba con una chispa constante en los ojos. Los del grupo de Halliday hablaban con Pussum, como si le pidieran que hiciese algo.

Por fin, Pussum se levantó. Llevaba un curioso vestido de seda oscura, con largas y pálidas rayas, que producía un curioso efecto rayado. Estaba más delgada, y causaba la impresión de tener los ojos más abiertos, más desintegrados. Por lo demás, no había cambiado. Gerald la observó con la misma constante chispa en los ojos mientras la chica se acercaba a él. Pussum ofreció a Gerald su mano, delgada y blanca, diciendo:

—Hola, ¿cómo estás?

Gerald le estrechó la mano, pero siguió sentado, dejando que la muchacha quedara de pie, junto a él, apoyada en la mesa. Pussum saludó fríamente, con un movimiento de cabeza, a Gudrun, con quien nunca había hablado, pero a la que conocía de vista y de oídas.

Gerald dijo:

—Muy bien, ¿y tú?

—Pegfectamente. ¿Y Gupert?

—¿Rupert? También está bien.

—No me refería a eso. Me han dicho que se ha casado, ¿es verdad?

—Sí, es verdad, está casado.

En los ojos de Pussum apareció un ardiente destello:

—Bueno, al final lo ha hecho... ¿Cuándo se casó?

—Hace una o dos semanas.

—¡Vaya! Pues no ha escrito.

—No.

—¿Y no te parece hoguible que no haya escrito?

Pussum había pronunciado estas palabras en tono de reto, dando a entender que tenía muy presente que Gudrun estaba escuchando. Gerald contestó:

—No tendría ganas de escribir, supongo.

Pussum insistió:

—Pego, ¿pog qué no lo hizo?

Estas palabras fueron recibidas en silencio. Había una fea y burlona insistencia en la expresión de la menuda y bella figura de la muchacha con el cabello corto, que estaba en pie junto a Gerald. Luego agregó:

—¿Pasas una tempogada en Londres?

—Sólo esta noche.

—Ah, sólo esta noche. ¿Vienes a hablar un poco con Julius?

—Esta noche, no.

—Bueno, se lo diré.

Entonces Pussum dio su toque de malicia:

—Tienes muy buen aspecto.

Gerald contestó con toda la calma, fácilmente, con una chispa de irónica diversión en los ojos:

—Es que me encuentro muy bien.

—¿Has venido a divertirte un poco?

Éste fue un golpe directo contra Gudrun. Pussum había pronunciado estas palabras con indiferente facilidad, en voz equilibrada y átona. Gerald replicó en tono absolutamente neutro:

—Sí.

—No sabes cuánto siento que no vengas a nuestra mesa. No egues muy fiel a tus amigos...

Gerald contestó:

—No mucho.

Pussum se despidió de los dos con una inclinación de cabeza y regresó despacio al lado de sus amigos. Gudrun observó el curioso aire de la muchacha al andar. Caminaba rígidamente, y con secos movimientos de las caderas. Oyeron claramente su voz átona, diciendo:

—No quiegue venir. Tiene otros compromisos.

Hubo más risas, más voces en susurros, más burlas en la mesa. Mirando con calma a Gerald, Gudrun le preguntó:

—¿Es amiga tuya?

Dirigiendo una calma y lenta mirada a Gudrun, Gerald contestó:

—Pasé una noche en casa de Halliday juntamente con Birkin.

Y Gudrun supo que Pussum era una de las amantes de Gerald. Y Gerald supo que Gudrun lo sabía.

Gudrun miró alrededor y llamó al camarero. Quería nada menos que un cóctel helado. Eso divirtió a Gerald, que se preguntó qué se estaba preparando.

Halliday y sus amigos estaban borrachos y entregados a la maledicencia. Hablaban a gritos de Birkin, ridiculizándolo en todo, especialmente en lo tocante a su matrimonio.

Halliday chillaba:

—¡No me habléis de Birkin! Sólo oír su nombre me da vómito... Es tan malo como Jesucristo. «Señor, ¿qué debo hacer para salvarme...?»

Soltó una aguda risita de borracho. Se oyó la voz del ruso, hablando rápidamente:

—¿Os acordáis de las cartas que nos escribía? «El deseo es sagrado...»

Halliday chilló:

—¡Oh, sí, sí! Eran una maravilla. Llevo una en el bolsillo. Sí, estoy seguro de que sí...

Extrajo varios papeles de la cartera, diciendo:

—Estoy seguro de que tengo una de esas cartas... hip... ¡Oh Dios...!

Gerald y Gudrun les contemplaban absortos.

—¡Oh, sí, una maravilla... hip... verdadera! ¡No me hagas reír, Pussum, que me da... hip... hipo!

Todos rieron.

Pussum, inclinándose, con el corto cabello cayéndole hacia delante y balanceándose junto a sus orejas, preguntó:

—¿Y qué decía Birkin en esa carta?

Había algo curiosamente indecente en el pequeño y alargado cráneo de la muchacha, cubierto de oscuro cabello, principalmente cuando se le veían las orejas.

—Espera... oh... espera... ¡No-o, no te la daré! La leeré en voz alta. Os leeré lo mejor de la carta... hip... ¡Oh Dios! ¿Creéis que si bebo agua se me pasará el hipo? ¡Hip! Qué desdichado soy...

Maxim, en su voz precisa y rápida, preguntó:

—¿Es ésa la carta en la que une las tinieblas con la luz, la carta del Caudal de la Corrupción?

Pussum dijo:

—Me parece que sí.

Desdoblado la carta, Halliday expuso:

—¿Sí? Había olvidado, hip, que era ésta. ¡Hip! ¡Es perfectamente maravillosa! Es la mejor de todas.

En la lenta, clara y rítmica voz de un clérigo recitando la Biblia, Halliday leyó:

—«Hay una fase en toda raza en la que el deseo de destrucción supera y avasalla todos los demás deseos. En el individuo, este deseo es, en última instancia, un deseo de destrucción del propio yo». ¡Hip...!

Halliday hizo una pausa y miró alrededor. La rápida voz del ruso dijo:

—Esperemos que comience con destruirse a sí mismo.

Halliday soltó una risa y echó relajadamente la cabeza hacia atrás. Pussum dijo:

—Si quiere destruirse a sí mismo, podrá destruir poco. Está más flaco que una raspa de sardina.

Halliday chilló:

—¡Qué hermosa es la carta! ¡Me enloquece leerla! Y me parece que me ha curado el hipo. Dejad, dejad que siga leyendo. «Se trata de un deseo de emprender el proceso de reducción en uno mismo, una reducción al origen, un regreso a lo largo del Caudal de la Corrupción, a las originarias circunstancias rudimentarias del ser...» De veras, es maravillosa. Casi supera a la Biblia.

El ruso dijo:

—Sí, el Caudal de la Corrupción: recuerdo esas palabras.

Pussum observó:

—Siempre hablaba de la corrupción. Tenía que ser forzosamente muy corrupto para tener tanta corrupción en la cabeza.

El ruso le dio la razón:

—¡Exactamente!

—¡Dejad que siga leyendo! ¡Esto que viene a continuación es perfecto! Escuchad: «Y en la gran regresión, en la reducción al origen del creado cuerpo de la vida, alcanzamos el conocimiento, y, más allá del conocimiento, el

fosforescente éxtasis de la sensación aguda». Realmente, estas frases son absurdamente maravillosas. Sí, sí, son casi tan buenas como las de Jesucristo. «Y si tú, Julius, deseas este éxtasis de reducción con Pussum, debes seguir adelante hasta conseguirlo. Pero no cabe la menor duda de que en ti se da también, en un punto desconocido de tu ser, el vivo deseo de la creación positiva, de unas relaciones en la suma fe, cuando este proceso de activa corrupción, con todas sus flores surgidas del barro, sea trascendente y haya terminado, más o menos.» Me pregunto qué serán las flores nacidas del barro... Pussum, tú eres una flor nacida del barro.

—Muchas gracias, ¿y tú qué eres?

—¡Otra! ¡Sí, según esta carta, soy otra flor nacida del barro! Todos somos flores del barro. Fleurs, hip, du mal. Es perfectamente maravilloso ver a Birkin hurgando en los infiernos, hurgando y atacando al café Pompadour...

Maxim dijo:

—Sigue, sigue... ¿Qué dice a continuación? Es verdaderamente interesante.

Pussum habló:

—Pues a mí me parece que, para escribir esto, hace falta una cara muy dura.

El ruso comentó:

—Efectivamente, lo mismo pienso yo. Desde luego, Birkin es un megalómano, y aquí demuestra estar afecto de manía religiosa. Está convencido de que es el Salvador del género humano. Sigue, sigue.

Halliday entonó:

—«Sin la menor duda, la bondad y la clemencia han estado conmigo todos los días de mi vida...»

Un ataque de risa aguda interrumpió la lectura de Halliday. Volvió a leer, con entonación de clérigo:

—«Sin duda alguna, llegará el momento en que tendrá fin, en nosotros, este deseo de despedazar constantemente, esta pasión de separarlo todo, nosotros mismos, de reducirnos parte a parte, reaccionando en la intimidad sólo para la consecución de la destrucción, utilizando la sexualidad como el gran agente reductor, reduciendo los dos grandes elementos, el macho y la hembra, y destruyendo su complejísima unidad, reduciendo las viejas ideas, regresando al lado de los salvajes en pos de sensaciones, buscando siempre perdernos a nosotros mismos en una última y negra sensación, sin intelecto e infinita, ardiendo solamente con los fuegos destructivos, y animados por la

esperanza de arder sin dejar rastro...»

Gudrun dijo a Gerald, en el mismo instante en que dirigía una seña al camarero:

—Quiero irme.

Los ojos de Gudrun destellaban, y tenía las mejillas encendidas. La lectura de la carta de Birkin, en voz alta, en perfecta cantilena clerical, clara y resonante, frase por frase, produjo el efecto de hacer subir la sangre a la cabeza de Gudrun, causándole la impresión de que hubiera enloquecido.

Mientras Gerald pagaba la cuenta, Gudrun se levantó, y se acercó a la mesa de Halliday. Todos alzaron la vista, y la miraron. Gudrun dijo:

—Disculpadme, pero me gustaría saber si esa carta que estáis leyendo es auténtica.

Halliday repuso:

—Sí, sí, totalmente.

—¿Puedo verla?

Con una boba sonrisa, Halliday se la entregó con gesto hipnotizado. Gudrun dijo:

—Gracias.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la salida del café, cruzando la deslumbrante estancia, por entre las mesas, con su caminar mesurado. Pasaron unos instantes antes de que los del grupo de Halliday se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Del grupo de Halliday salieron unos cuantos gritos mal articulados, y luego alguien inició el sonido del abucheo. Todos los que se encontraban al fondo del local, comenzaron a abuchar la figura de Gudrun, que se alejaba. Gudrun iba vestida a la moda, de verde oscuro y plata, con un sombrero de reluciente verde, como el caparazón de ciertos insectos, aunque con el ala de verde suave, oscuro, con ribete de plata en el borde caído, y llevaba un abrigo verde oscuro, lustroso, con alto cuello de piel gris, y grandes puños de piel, en tanto que el borde inferior del vestido era de plata y terciopelo negro, y las medias y los zapatos eran gris plata. Con lenta y elegante indiferencia avanzaba hacia la puerta. El portero abrió obsequiosamente, y, obedeciendo el mandato de un movimiento de la cabeza de Gudrun, salió corriendo hasta el bordillo de la acera y con el silbato llamó a un taxi. Casi inmediatamente, los dos faros del vehículo avanzaron trazando una curva hacia Gudrun, como dos ojos.

Gerald la había seguido, intrigado, acompañado también por el abucheo, sin haber advertido la mala acción de Gudrun. Oyó la voz de Pussum:

—¡Quitadle la carta! ¡En mi vida había visto cosa semejante! Id tras ella y quitadle la carta. Decidle a Gerald Crich, que es ese que pasa, que la obligue a devolver la carta.

Gudrun se encontraba junto a la puerta del taxi, que el portero mantenía abierta, para que entrara. En el momento en que Gerald salía apresuradamente del local, Gudrun le preguntó:

—¿Vamos al hotel?

Gerald repuso:

—A donde tú quieras.

—De acuerdo.

Dirigiéndose al taxista, Gudrun dijo:

—Al Wagstaff, en Barton Street.

El taxista afirmó con la cabeza y bajó la bandera. Gudrun subió al taxi con los fríos y lentos movimientos propios de una mujer bien vestida y llena de desprecio. Sin embargo, la embargaban unos sentimientos tensos que casi la paralizaban. Gerald subió tras ella. Fríamente, con un leve movimiento de la cabeza, Gudrun indicó al portero con el ala del sombrero, y dijo:

—Has olvidado la propina.

Gerald dio un chelín al portero, éste saludó y el taxi se puso en marcha. Excitado e intrigado, Gerald preguntó:

—¿A qué se ha debido el abucheo?

—A que me he llevado la carta de Birkin.

Gerald vio el papel arrugado en la mano de Gudrun. En los ojos de Gerald aparecieron destellos de satisfacción. Dijo:

—¡Magnífico! Menudo grupo de asnos...

Con pasión, Gudrun dijo:

—¡Los hubiera asesinado a todos! ¡Cerdos! No son más que cerdos. ¿Y cómo es que Rupert es tan tonto como para mandarles cartas así? ¿Por qué se pone a merced de semejante canaille? Me parece intolerable.

La extraña pasión de Gudrun dejó intrigado a Gerald.

Gudrun se rebeló contra Londres. Tomarían el tren, a la mañana siguiente, en Charing Cross. Mientras cruzaban el puente, en el tren, percibiendo los destellos del agua por entre los soportes de hierro, Gudrun gritó:

—Tengo la impresión de que no quiero volver a ver jamás esta sucia

ciudad. No podría tolerar volver a ella.

29. EL CONTINENTE

Durante las semanas que precedieron el inicio del viaje, Úrsula vivió en un estado de irreal ausencia. No era ella. Era nada. Algo que llegaría a ser, pronto, muy pronto. Pero, por el momento, sólo era inminente.

Visitó a sus padres. La entrevista se desarrolló con cierta rigidez, y fue más una verificación de la separación que una reunión. Todos se trataron de forma vaga e indefinida, como si el destino que les imponía separarse los hubiera dejado paralizados.

Úrsula no se recuperó realmente de este estado hasta que se halló a bordo del barco que los transportaba de Dover a Ostende. Oscurecida la mente, Úrsula había ido a Londres en compañía de Birkin. Londres fue una vaga realidad, lo mismo que el viaje en tren hasta Dover. Todo fue como un sueño.

Y, al fin, mientras se hallaba en la popa del barco, en aquella noche oscura y un tanto ventosa, sintiendo el movimiento del mar, y contemplando las desoladas lucecillas que guiñaban desde las costas de Inglaterra, costas de la nada, mientras veía cómo las luces se hacían más y más pequeñas, allí, en la profunda y viva oscuridad, Úrsula sintió que su espíritu bullía y comenzaba a despertar de aquel sueño de anestesia.

Birkin dijo:

—Vayamos delante, ¿te parece?

Quería estar en la mismísima punta de su proyección. En consecuencia, dejaron de contemplar las leves chispas surgidas de la nada, allá a lo lejos, de aquella nada llamada Inglaterra, y volvieron la cara hacia la insondable noche, frente a ellos.

Fueron a la proa del buque, que cabeceaba suavemente. En la total oscuridad, Birkin encontró un rincón relativamente resguardado, donde había una larga cuerda enrollada. Estaba muy cerca de la punta de la proa del buque, cerca del negro e intacto espacio al frente. Allí se sentaron unidos, envueltos en la misma manta, acercándose más y más el uno al otro, siempre más y más cerca, hasta que llegó el momento en que parecía que el uno hubiera penetrado en el otro, y los dos se habían convertido en una sola sustancia. Hacía mucho frío, y la oscuridad casi se palpaba.

Un individuo de la tripulación se acercó por la cubierta, tan oscuro como la misma oscuridad, y, en realidad, invisible. Apenas distinguieron la levísima

palidez de la cara. El hombre se dio cuenta de su presencia, se detuvo dubitativo, y luego siguió adelante, hacia ellos. Cuando la cara del hombre estuvo cerca de los dos, el hombre vio la leve palidez de la cara de Úrsula y Birkin. Entonces el hombre se retiró como un fantasma. Y los dos le miraron sin producir el menor ruido.

Los dos tuvieron la impresión de alejarse, sumiéndose en la profunda oscuridad. No había cielo, no había tierra, sólo constante oscuridad en la que, en un movimiento suave y dormido, parecían caer y caer, cual una cerrada semilla de vida cayendo en el espacio oscuro e insondable.

Habían olvidado el lugar en que se encontraban, habían olvidado todo lo que existía y todo lo que había existido, y sólo en el corazón tenían conciencia, y, allí, tenían conciencia de la pura trayectoria que seguían en oscuridad dominante. La proa del buque surcaba las aguas, con sonido de surco, un sonido leve, en la noche total, sin saber, sin ver, avanzando y avanzando.

En Úrsula la sensación del mundo no percibido que tenía al frente dominaba sobre todo lo demás. En medio de aquella profunda oscuridad, parecía resplandecer en su corazón la irradiación de un paraíso desconocido y no percibido. El corazón de Úrsula rebotaba la más maravillosa luz, dorada como la miel de la oscuridad, dulce como el calor del día, una luz que no se derramaba sobre el mundo, sino en el desconocido paraíso hacia el que Úrsula se dirigía, hacia una dulzura en el habitar, una delicia en el vivir totalmente desconocido aunque un vivir infaliblemente suyo. Hallándose en ese trance, levantó la cara bruscamente hacia Birkin, y éste la tocó con sus labios. La cara de Úrsula estaba tan fría, tan fresca, tan purificada por el mar, que Birkin tuvo la impresión de besar una flor surgida junto a la espuma del mar.

Pero Birkin no gozó del éxtasis de dicha en el previo conocimiento del que gozó Úrsula. Para Birkin, la maravilla de aquel tránsito era avasalladora. Caía en un abismo de infinita oscuridad, como un meteorito que cruza los abismos que median entre los mundos. El mundo había quedado desgarrado en dos, y él volaba como una estrella sin luz, en el inefable vacío. Lo que había más allá aún no existía para Birkin. La trayectoria le avasallaba.

Como en un trance, Birkin yacía envolviendo a Úrsula. La cara de Birkin estaba junto al suave y fino cabello de Úrsula, y respiraba su fragancia, juntamente con la del mar y la noche profunda. El alma de Birkin estaba en paz, entregándose, a medida que caía en lo ignoto. Era la primera vez que una paz suma y absoluta había penetrado en el corazón de Birkin, en ese último tránsito que le llevaba fuera de la vida.

Cuando se dieron cuenta de que en cubierta comenzaba a haber movimiento, los dos salieron de su trance. Se levantaron. ¡Cuán rígidos y doloridos había puesto sus cuerpos la noche! Sin embargo, el paradisíaco

esplendor en el corazón de Úrsula, y la indecible paz de la oscuridad en el de Birkin, eran la suma realidad.

Miraron al frente. Allá, abajo, en la oscuridad, vieron luces. Era el mundo otra vez. No era la dicha del corazón de Úrsula, ni la paz en el corazón de Birkin. Era la superficial irrealidad del mundo de los hechos. Sin embargo, no era exactamente el mundo anterior. No, debido a que la paz y la dicha pervivían en sus corazones.

Extraño y desolado sobre todas las cosas, cual si, después de cruzar la laguna Estigia desembarcaran en un desolado mundo subterráneo, era aquel desembarco en la noche. Allí estaba la cruda, medio iluminada y cubierta amplitud de aquel oscuro lugar, con piso de tablas que sonaba a hueco, y desolado en todas sus partes. Úrsula percibió las grandes, pálidas y místicas letras «OSTENDE» alzándose en la oscuridad. Todos tenían prisa, una prisa ciega, de insectos moviéndose en el aire gris, los maleteros lanzaban gritos en un inglés que no era inglés, luego partían al trote cargados con pesados bultos, y, en el instante en que desaparecían, sus blusas, carentes de color, cobraban aspecto fantasmal. Úrsula se puso junto a una barrera larga, baja, cubierta con chapa de cinc, ante la que veía centenares de personas de aspecto espectral, y, hasta perderse en la vasta y cruda oscuridad, se extendía aquella baja fila de maletas abiertas y de gente espectral, en tanto que, al otro lado de la barrera, pálidos funcionarios con bigote y gorra de visera revolvían la ropa interior que contenían las maletas, y, luego, las marcaban con yeso.

El trámite terminó. Birkin se hizo cargo del equipaje de mano, y emprendieron el camino, seguidos del maletero. Por un amplio portalón pasaron de nuevo a la noche abierta... ¡y se encontraron en un andén de ferrocarril! Allí también se oían voces en inhumana agitación viajando en el aire gris oscuro, y también corrían espectros en la oscuridad, entre los trenes.

Úrsula leyó los carteles colgados en los altos vagones de un tren, a uno de sus lados:

«Köhlh-Berlín...»

Birkin dijo:

—Es éste.

Y Úrsula vio, junto a ella: «Elsass-Lothringen-Luxembourg, Metz-Basle».

—Eso, vamos a «Basle».

El maletero se acercó a ellos:

—A Bâle, deuxième classe? Voilà!

El maletero subió al alto vagón. Le siguieron. Algunos compartimientos ya

estaban ocupados. Pero muchos se encontraban a oscuras y vacíos. El equipaje fue colocado en su lugar, y el maletero recibió la propina.

Mirando primero su reloj y luego al maletero, Birkin preguntó:

—Nous avons encore...?

El maletero repuso:

—Encore une demi-heure.

Después de decir estas palabras, el maletero, ataviado con blusa azul, desapareció. Era un hombre feo e insolente.

Birkin dijo:

—Hace frío. Vayamos a comer algo.

En el andén había un bar. Bebieron café caliente y aguado y comieron alargados panecillos partidos, con jamón entre una y otra parte, tan gruesos que a Úrsula casi se le dislocó la mandíbula al comer el suyo. Pasearon por entre los trenes de altos vagones. Todo era extraño, extremadamente desolado, como un mundo subterráneo, gris, gris, gris sucio, abandonado, una nada, una nada gris y sórdida.

Por fin avanzaban en la noche. En la oscuridad, Úrsula distinguía los campos lisos, la húmeda, llana y triste oscuridad del continente. El tren se detuvo sorprendentemente pronto: ¡Brujas! Luego siguieron avanzando en la lisa oscuridad, vislumbrando dormidas casas de campo, delgados álamos, desiertas carreteras. Úrsula estaba desmadejada, con la mano cogida a la de Birkin. Y éste, pálido, inmóvil, como un revenant, de vez en cuando miraba por la ventanilla, y otras veces cerraba los ojos. Cuando volvía a abrirlos estaba tan oscuro como la oscuridad exterior.

En la oscuridad apareció el destello de unas cuantas luces. La estación de Gante. Fuera, en el andén, se movían unos cuantos espectros más; luego se oyó la campana, y el tren volvió a avanzar en la lisa oscuridad. Úrsula vio a un hombre con una linterna salir de la casa principal de una granja, junto a la vía del tren, y dirigirse hacia unos oscuros barracones. Se acordó del Pantano, de la antigua e íntima vida campestre, en Cossethay. ¡Dios mío, cuánto se había alejado de su infancia! En una sola vida se cruzaban siglos y siglos. Mediaban abismos de recuerdo, desde los tiempos de su infancia en los íntimos contornos campestres de Cossethay y de la granja del Pantano. Úrsula se acordó de Tilly, la sirvienta, que solía darle pan con mantequilla, espolvoreado con azúcar moreno, en la sala de estar, con un reloj de péndulo, con la pintura de dos rosas rojas, en un cesto, en la parte que remataba el reloj, sobre la esfera, pero ahora viajaba hacia lo desconocido, en compañía de Birkin, un total desconocido, y aquellos abismos que mediaban entre su infancia y su

actualidad eran tan inmensos que Úrsula tuvo la impresión de carecer de identidad, de que la niña a la que había visto jugando en el patio de la iglesia de Cossethay no fuera más que un producto de la historia, y no ella.

Llegaron a Bruselas. Media hora para el desayuno. Bajaron del tren. El gran reloj de la estación señalaba las seis en punto. Tomaron café y panecillos con miel en el amplio y desierto restaurante de la estación, sórdido, terriblemente sórdido, sucio, espacioso y desolado en su amplitud. Pero Úrsula se lavó la cara y las manos con agua caliente y se peinó. Fue para ella como una bendición del cielo poder hacerlo.

Pronto estuvieron de nuevo en el tren, avanzando hacia su destino. Comenzó a percibirse el gris del alba. En el compartimiento había varias personas más. Se trataba de corpulentos y sonrosados hombres de negocio belgas, con largas barbas castañas, que hablaban incesantemente en un francés feo que Úrsula no se esforzó en comprender, por sentirse terriblemente cansada.

Parecía que el tren, paulatinamente, saliera de la oscuridad y penetrara en una leve luz, y, luego, a latidos, en la luz del día. ¡Cuán fatigoso era! Aparecieron los árboles, como leves sombras. Luego, una casa, blanca, con curiosa concreción ¿Sería posible? Úrsula vio un pueblo. Pasaban constantemente ante casas.

Era un mundo antiguo, aquel a través del cual Úrsula seguía viajando, un mundo aplastado por el invierno, un mundo sórdido. Pasaban ante tierras de labor y tierras de pasto, ante grupos de árboles pelados, ante parajes cubiertos de arbustos, ante casas de campo desnudas, sin adornos. Aún no habían pasado por tierras que fueran nuevas.

Úrsula miró a Birkin. Tenía la cara blanca, quieta y eterna, demasiado eterna. Bajo la manta, enlazó implorante sus dedos con los de Birkin. Los dedos de Birkin contestaron a Úrsula, y Birkin le devolvió la mirada. ¡Cuán oscuros, oscuros como la noche, eran los ojos de Birkin, como un mundo situado más allá! ¡Si al menos Birkin fuera también el mundo, si al menos el mundo fuera él! ¡Si Birkin pudiera dar existencia a un mundo, y este mundo llegara a ser el mundo exclusivo de los dos!

Los belgas bajaron del tren, que siguió adelante, pasando por Luxemburgo, Alsacia-Lorena, Metz. Pero Úrsula estaba cegada, ya no podía ver nada. Su alma había dejado de mirar.

Por fin llegaron a Basilea, al hotel. Todo había sido como un movimiento en estado de trance, trance del que Úrsula aún no había salido. Por la mañana, salieron a pasear, antes de coger el tren. Úrsula vio la calle, vio el río y cruzó un puente. Pero todo carecía de significado. Quedaron grabadas en su

memoria algunas tiendas, una de ellas llena de cuadros, y otra con terciopelo anaranjado y armiño. Pero ¿qué significado tenían? Ninguno.

Úrsula no se relajó hasta que volvieron a encontrarse en el tren. En ese momento, se sintió aliviada. Con tal de seguir avanzando, estaba satisfecha. Llegaron a Zurich, y poco después pasaban junto a altas montañas cubiertas de nieve. Por fin estaban ya cerca. Eso ya era el otro mundo.

Innsbruck estaba maravilloso, cubierto por una gruesa capa de nieve, al atardecer. En trineo descubierta avanzaron sobre la nieve. ¡Cuánto calor, cuánto ahogo habían pasado en el tren! Y el hotel, con la luz dorada resplandeciendo en el porche, parecía un hogar.

Cuando estuvieron en el vestíbulo, los dos se echaron a reír de placer. El hotel era vital y activo.

Birkin preguntó en alemán:

—¿Podría decirme si el señor y la señora Crich, ingleses, han llegado procedentes de París?

El empleado se esforzó en recordar unos instantes, y, en ese momento, Úrsula vio a Gudrun bajando muy compuesta la escalera, ataviada con un abrigo oscuro y reluciente, adornado con pieles grises.

Agitando la mano hacia la escalera, Úrsula gritó:

—¡Gudrun! ¡Gudrun! ¡Eeeh...!

Gudrun, junto a la barandilla, miró hacia abajo, e inmediatamente perdió su aire compuesto y retraído. Sus ojos destellaron. Gritó:

—¡Úrsula!

Y siguió descendiendo por la escalera, mientras Úrsula emprendía la subida. Se encontraron en un punto en que la escalera se curvaba, y se besaron riendo y lanzando exclamaciones inarticuladas y emocionadas.

Gudrun, contrariada, dijo:

—¡Pensábamos que llegaríais mañana! Quería recibirlos en la estación.

—Pues no, hemos llegado hoy. ¡Qué bonito es este sitio!

Gudrun dijo:

—Es adorable. Gerald acaba de salir a buscar no sé qué. Pero oye, Úrsula, ¿no estás terriblemente cansada?

—Pues no. Seguramente presento un aspecto horroroso, ¿verdad?

—No, de ninguna manera. Estás casi perfectamente lozana. ¡Ese gorro de

piel me gusta muchísimo!

Gudrun examinó a Úrsula, que vestía un amplio abrigo de suave tela, con cuello de piel gruesa, suave, rubia, y un suave y rubio gorro de piel.

Úrsula gritó:

—¡Y tú! ¡No sabes lo bien que estás!

Gudrun adoptó un gesto de inexpresiva indiferencia, y preguntó:

—¿Te gusta?

Quizá con un matiz de ironía, Úrsula repuso:

—Es precioso.

Birkin dijo:

—Subid o bajad, por favor.

Las dos hermanas se habían detenido en el punto en que la escalera se curvaba, manteniendo Gudrun la mano sobre el antebrazo de Úrsula, a mitad de camino hacia el primer piso, obstaculizando el paso, y ofreciendo un espectáculo a cuantos se hallaban en el vestíbulo, abajo, desde el portero hasta el regordete judío vestido de negro.

Las dos muchachas subieron lentamente, seguidas por Birkin y el camarero. Mirando hacia atrás, por encima del hombro, Gudrun preguntó:

—¿Primer piso?

El camarero contestó:

—Segundo, madam. En el ascensor.

Y el camarero se dirigió como una flecha hacia el ascensor, para abrir la puerta a las dos muchachas, pero éstas, haciendo caso omiso, charlando absortas, subieron a pie al segundo piso. El camarero las siguió mortificado.

Resultaba curioso observar la alegría y satisfacción de las dos hermanas en ese encuentro. Era como si se hubieran reunido en el exilio y hubieran unido sus fuerzas solitarias para luchar contra el mundo entero. Birkin las observaba con intrigada desconfianza.

Cuando Úrsula y Birkin se hubieron bañado y cambiado de ropa, llegó Gerald. Estaba esplendente como un hijo del hielo.

Úrsula dijo a Birkin:

—Anda, ve con Gerald y fúmate un cigarrillo con él. Gudrun y yo tenemos que hablar.

Úrsula fue con Gudrun al dormitorio de ésta, y allí las dos hablaron de ropa

y de las experiencias vividas. Gudrun contó a Úrsula lo que había pasado en el café con la carta de Birkin. Úrsula quedó escandalizada y atemorizada. Preguntó:

—¿Dónde está la carta?

Gudrun repuso:

—La tengo guardada.

—Me la darás, ¿verdad?

Pero Gudrun guardó silencio unos instantes antes de contestar:

—¿Realmente quieres esa carta, Úrsula?

—Quiero leerla.

—Lo comprendo.

Ni siquiera Gudrun podía reconocer ante Úrsula que deseaba conservar la carta como recuerdo o como símbolo. Sin embargo, Úrsula se había dado cuenta de ello, y no le gustó. En consecuencia, pasaron a otro tema. Úrsula preguntó:

—¿Qué hicisteis en París?

Gudrun repuso lacónicamente:

—Bueno, lo de siempre... Fuimos a una fiesta muy divertida, en el estudio de Fanny Bath...

—¿Gerald y tú? ¿Y quién más había? Anda, cuéntamelo.

—Bueno, en realidad hay poco que contar. Ya sabes lo terriblemente enamorada que Fanny está de ese pintor, Billy Macfarlane. Billy estaba allí y, en consecuencia, Fanny organizó una fiesta por todo lo alto que le salió carísima. Fue una fiesta realmente notable. Desde luego, todos se emborracharon, pero de una manera interesante, no como el grupo de cerdos londinenses. En realidad, todos eran personas importantes, y en eso radica la diferencia. Había un rumano, un tipo muy simpático. Se emborrachó totalmente, se subió a lo alto de la escalera que hay en el estudio, y, desde allí, pronunció un discurso maravilloso, realmente maravilloso, Úrsula. Comenzó en francés: *La vie, c'est une affaire d'âmes impériales...*, en la voz más hermosa que cabe imaginar. Era un hombre muy apuesto. Pero luego se puso a hablar en rumano, por lo que nadie entendió la segunda mitad del discurso. Después a Donald Gilchrist le dio un ataque de frenesí. Estrelló el vaso contra el suelo y declaró, por Dios, que estaba contento de haber nacido y que era un milagro el estar vivo. En fin, ya sabes, Úrsula, esa clase de fiesta...

Gudrun remató sus palabras con una carcajada un tanto vacía. Úrsula

preguntó:

—¿Y cómo se portó Gerald entre esa gente?

—¡Gerald! ¡Se hizo el amo de la situación! Cuando se anima, se convierte en un torbellino. Pasó el brazo por la cintura de todas las chicas. Realmente, Úrsula, Gerald es irresistible con las mujeres. No había ni una que hubiera sido capaz de resistírsele. ¡Fue increíble! Francamente, no alcanzo a comprenderlo.

Úrsula reflexionó, y en sus ojos apareció una móvil llama. Dijo:

—Yo sí lo comprendo. Tiene una gran capacidad de entrega.

—¡No hace falta que me lo digas! Pero es verdad, Úrsula, todas las mujeres que estaban allí parecían dispuestas a rendirse a su voluntad, incluso Fanny Bath, que está verdaderamente enamorada de Billy Macfarlane. Quedé totalmente asombrada. Y luego tuve la sensación de haber quedado convertida en una multitud de mujeres. Dejé de ser yo. Me transformé en todas las mujeres que había en el estudio. Ese hombre es un sultán...

Los ojos de Gudrun destellaban, tenía las mejillas ardientes, y su aspecto era extraño, exótico, satírico. Úrsula se sintió fascinada, pero al mismo tiempo inquieta.

Se vistieron para la cena. Gudrun bajó ataviada con un atrevido vestido de seda, de vivo color verde, con bordados de oro, con la parte correspondiente al torso de terciopelo verde, y una extraña banda blanca y negra sujetándole el pelo. Estaba brillantemente hermosa y todos los presentes repararon en ella. Gerald se encontraba en aquel estado sanguíneo y esplendente en que más apuesta resultaba su presencia. Birkin contemplaba a la pareja con mirada aguda y riente, un tanto siniestra. Úrsula quedó absolutamente deslumbrada. Parecía que una mágica aureola rodeara su mesa, una aureola casi cegadora, como si aquella mesa estuviera más fuertemente iluminada que el resto del comedor.

Gudrun exclamó:

—¿No os gusta este sitio? ¿Verdad que la nieve es una maravilla? ¿Os habéis fijado cómo lo resalta todo? Es sencillamente maravilloso. Una se siente realmente übermenschlich, más que humana.

Úrsula repuso:

—Es cierto. Pero ¿no se debe, al menos en parte, a que estamos fuera de Inglaterra?

Gudrun repuso:

—Desde luego. En Inglaterra es imposible experimentar esta sensación,

debido, sencillamente, a que jamás soltamos realmente el freno allí. Podéis estar seguros de que en Inglaterra es imposible actuar con plena libertad.

Después de decir estas palabras, Gudrun centró su atención en el plato que estaba comiendo. Emanaciones de vívida intensidad la estremecían. Gerald dijo:

—Es verdad, en Inglaterra jamás nos comportamos con la misma libertad. Quizá se deba a que no queremos. Allí, actuar con total desenvoltura equivale a acercarse en exceso a la llama del polvorín. Tenemos miedo a lo que puede ocurrir, si todos nos comportamos libremente.

Gudrun exclamó:

—¡Oh, Dios! Creo que sería maravilloso que, de repente, Inglaterra entera estallara como un castillo de fuegos artificiales.

Úrsula intervino:

—Es imposible. Allí hay demasiada humedad, la pólvora está húmeda.

Gerald disintió:

—Yo no diría tanto.

Birkin le dio la razón:

—Yo tampoco. Cuando los ingleses se suelten realmente el pelo, en masse, será cuestión de taparse los oídos y salir corriendo.

Úrsula precisó:

—Nunca lo harán.

Gudrun observó:

—Es maravillosa esa sensación de agradecimiento que se experimenta al salir del propio país. En el mismo instante en que pongo los pies en cualquier costa extranjera, me siento tan exaltada que apenas puedo creerlo, y me digo: «Soy un ser totalmente nuevo, recién llegado a la vida».

Gerald advirtió a Gudrun:

—No trates con tanta dureza a la vieja Inglaterra. La maldecimos, pero en realidad la amamos.

Para Úrsula esas palabras estaban basadas en el cinismo. Birkin opinó:

—Quizá, pero se trata de un amor condenadamente incómodo. Es como el amor hacia un padre anciano que sufre terriblemente a consecuencia de varias enfermedades sin posible remedio.

Gudrun le miró con ojos foscos, dilatados, y, con aire de persona que

siempre hace lo que es pertinente, preguntó:

—¿Crees que no hay remedio?

Birkin salió por la tangente. No quería contestar aquella pregunta. Dijo:

—¿Que si hay remedio? ¿Que si hay esperanzas de que Inglaterra llegue a ser real? Sólo Dios lo sabe. Ahora, Inglaterra es una gran irrealidad actual, un cúmulo que se resuelve en una irrealidad. Inglaterra podría ser real si no hubiera ingleses.

Gudrun insistió:

—¿Crees que los ingleses tendrán que desaparecer?

Era extraño el gran interés que Gudrun mostraba en saber la opinión de Birkin. Parecía que Gudrun quisiera saber su propio destino al hacer aquellas preguntas. La mirada de sus ojos foscos, dilatados, se posó en él, como si pudiera extraerle la verdad acerca del futuro, como si Birkin fuera un instrumento de adivinación del porvenir.

Birkin estaba pálido. Con desgana contestó:

—En fin... ¿qué espera a los ingleses, como no sea la desaparición? Tienen que desaparecer de esa especial clasificación de britanismo en que ahora se encuentran.

Gudrun le contemplaba como si estuviera hipnotizada, fijos y dilatados los ojos. Volvió a insistir:

—Pero ¿a qué te refieres cuando hablas de «desaparecer»?

Gerald intervino:

—Exactamente. ¿Te refieres a un cambio en la manera de ser?

Birkin contestó:

—No me refiero a nada. ¿Por qué he de referirme a algo? Soy inglés y he pagado el precio de serlo. No puedo hablar de Inglaterra, sólo puedo hablar de mí mismo.

Despacio, Gudrun expuso:

—Sí, amas inmensamente a Inglaterra, inmensamente, Rupert.

Birkin replicó:

—Y, en consecuencia, me voy de Inglaterra.

Con sabios movimientos afirmativos de la cabeza, Gerald observó:

—No para siempre. Volverás.

Con resplandores de amargura en la mirada, Birkin prosiguió:

—Dicen que las ratas abandonan el buque que va a hundirse. Por esa misma razón yo abandono Inglaterra.

Con una sarcástica sonrisa, Gudrun dijo:

—Regresarás a Inglaterra.

Birkin contestó:

—Tant pis pour moi.

Divertido, riendo, Gerald exclamó:

—¡Está enfadado con su patria!

Un poco burlona, Gudrun apuntó:

—¡Es un patriota!

Birkin se negó a continuar aquella conversación.

Gudrun siguió con la vista fija en él unos segundos más. Luego, la apartó. Dio por terminada la sesión de adivinación, a través de Birkin. Sentíase totalmente cínica. Miró a Gerald. Para ella, Gerald era maravilloso, como una porción de radio. Gudrun tenía la impresión de que podía consumirse y saberlo todo, mediante aquel vivo y fatal metal. Sonrió para sí, al pensar en semejante fantasía. ¿Qué haría consigo misma cuando estuviese destruida? Sí, por cuanto si bien es cierto que el espíritu, que el ser integral, es destructible, tampoco cabe negar que la Materia es indestructible.

Gerald estaba esplendente y abstraído, intrigado por el momento. Gudrun alargó un brazo, hermoso, cubierto de tul verde, y le tocó el mentón con sus sutiles dedos de artista. Con una extraña y sabia sonrisa, Gudrun preguntó:

—¿Dónde están?

Gerald preguntó mientras sus ojos se dilataban súbitamente intrigados:

—¿A qué te refieres?

—A tus pensamientos.

Gerald adquirió el aspecto de un hombre en el instante de despertar de un sueño. Dijo:

—Creo que no pensaba en nada.

Con grave risa en la voz, Gudrun dijo:

—¡Increíble!

Y Birkin tuvo la impresión de que Gudrun, con esa palabra, hubiera dado

muerte a Gerald. Gudrun propuso:

—De todas maneras, bebamos en honor de Britania, bebamos en honor de Britania.

Parecía que en su voz hubiera una enloquecida desesperación. Gerald rio y llenó las copas. Aclaró:

—Yo creo que Rupert quería decir que todos los ingleses deben morir, nacionalmente hablando, para así existir individualmente, y...

Levantando la copa, con una sonrisa levemente irónica, Gudrun remató la frase de Gerald:

—Y existir supranacionalmente.

30. NIEVE

Al día siguiente bajaron a la pequeña estación de ferrocarril de Hohenhausen, término del pequeño tren que cruzaba el valle. La nieve lo cubría todo. Era una blanca y perfecta cuna de nieve, nueva y helada, que se alzaba a uno y otro lado, formando terribles despeñaderos, y aquellas blancas extensiones de plata se alzaban hacia el cielo azul pálido.

Cuando entraron en el andén desnudo, con nieve y sólo nieve alrededor y en lo alto, Gudrun se estremeció como si una ráfaga de frío le hubiese helado el corazón. Volviéndose hacia Gerald, con aire repentinamente íntimo, le dijo:

—Dios mío, Jerry, ahora lo has conseguido.

—¿A qué te refieres?

Gudrun efectuó un vago ademán, indicando el mundo de alrededor, y dijo:

—¡Mira!

Gudrun parecía tener miedo a decir más. Gerald se echó a reír.

Se hallaban en el corazón de las montañas. De lo alto, a uno y otro lado, descendían las blancas extensiones nevadas, de manera que uno tenía la impresión de ser muy pequeño, menudo, en un valle de pura y concreta gloria celestial, todo él extrañamente radiante, invariable y silencioso.

Volviéndose hacia Birkin y poniéndole la mano en el brazo, Úrsula dijo:

—Qué sola y pequeña se siente una aquí...

Gerald dijo a Gudrun:

—No te arrepientes de haber venido, supongo...

Gudrun puso expresión de duda. Salieron de la estación y avanzaron por entre dos muros de nieve. Gerald, respirando profundamente, con placer, dijo:

—¡Ah...! Es perfecto. Ahí está nuestro trineo. Primero caminaremos un poco. El camino es cuesta arriba.

Gudrun, siempre dubitativa, dejó el pesado abrigo en el trineo, imitando a Gerald, y emprendieron la marcha. De repente, echó la cabeza atrás, y empezó a correr por el camino cubierto de nieve, después de haberse bajado el gorro, tapándose las orejas. Su vestido azul, brillante, se agitaba al viento, y sus gruesas medias escarlata destacaban vívidamente sobre la nieve blanca. Gerald la observaba. Parecía que Gudrun corriera al encuentro de su destino, y que dejara a Gerald atrás. Éste dejó que Gudrun adquiriera ventaja, y luego, despreciando sus extremidades, echó a correr tras ella.

En todas partes había nieve profunda y silenciosa. Grandes aleros de nieve oprimían las casas tirolesas de anchas techumbres, hundidas en la nieve hasta los alféizares de las ventanas. Mujeres campesinas, con gruesas faldas, con chales cruzados al pecho y recias botas de nieve, volvían la cabeza para observar a la suave y decidida muchacha que huía, en pesada fuga, del hombre que la perseguía, aunque sin adquirir por ello dominio alguno sobre ella.

Pasaron ante la posada, con sus postigos pintados y su balconcillo, pasaron ante unas cuantas casitas medio enterradas en la nieve, y luego pasaron ante el aserradero, junto al puente cubierto que cruzaba un invisible arroyo, y por allí llegaron a lo más profundo de las intactas sábanas de nieve. El silencio y la pura blancura producían una enloquecedora exaltación. Pero lo más aterrador era el perfecto silencio, que aislaba el alma, que rodeaba de aire helado el corazón.

Gudrun, mirando a Gerald a los ojos con extraña y significativa mirada, dijo:

—Es un lugar maravilloso, a pesar de todo.

El alma de Gerald se estremeció:

—¡Sí!

Gerald tenía la impresión de que una feroz energía eléctrica corriera por todos sus miembros, tenía los músculos sobrecargados, y la fortaleza había puesto duras sus manos. Caminaban rápidamente por el camino nevado, cuyo trayecto quedaba marcado a intervalos por secas ramas clavadas en la nieve. Él y ella eran seres separados, como polos opuestos de feroz energía. Pero se sentían dotados de las fuerzas precisas para saltar sobre los jardines de la vida, penetrar así en lugares prohibidos y regresar.

Birkin y Úrsula también corrían sobre la nieve. Birkin se había desembarazado del equipaje, y los dos habían emprendido el camino un poco antes de que los trineos lo hicieran también. Úrsula se sentía excitada y feliz, pero no hacía más que volver la cabeza hacia Birkin y cogerle del brazo, como si quisiera tener la certeza de que él estaba allí. Úrsula dijo:

—Esto es algo que no esperaba encontrar. Es un mundo diferente.

Penetraron en un valle nevado. Allí fueron alcanzados por el trineo, que llegó rompiendo el silencio con su campanileo. Tuvieron que recorrer otra milla antes de alcanzar a Gudrun y a Gerald, en la pronunciada cuesta, junto a la rosada y medio enterrada ruina.

Luego penetraron en una hondonada con muros de roca negra, y un río cuyas aguas llevaban nieve, en tanto que arriba, en lo alto, el cielo seguía azul. Cruzaron un puente cubierto, tabaleando reciamente sobre las maderas, cruzando así una vez más un cauce nevado y luego comenzaron a ascender despacio, despacio, al rápido paso de los caballos, caminando el cochero al lado, haciendo chascar el látigo, y lanzando su extraño y rudo grito, «¡jiu, jiu!», y los muros de roca desfilaban lentamente hacia atrás, hasta que volvieron a salir a un paraje situado entre laderas y masas de nieve. Subieron y subieron poco a poco, en el frío esplendor de sombras de la tarde, acallados por la eminencia de las montañas, por las luminosas, deslumbrantes laderas de nieve que se alzaban sobre ellos y que se precipitaban bajo ellos.

Por fin, entraron en una pequeña meseta nevada, en la que se alzaban los últimos picos nevados, como los pétalos centrales de una rosa abierta. En medio de los últimos valles desiertos del cielo se alzaba un edificio solitario, con castañas paredes de madera y pesada techumbre blanca, hundido y desierto en el nevado erial, como una imagen de un sueño. Se alzaba como una roca que hubiera caído rodando por las últimas y empinadas laderas, una roca que hubiera adoptado la forma de casa, y que estuviese medio hundida. Era increíble que alguien pudiera vivir allí, sin quedar aplastado por aquella terrible extensión de blancura, por aquel silencio, por aquel claro, alto, vibrante frío.

Sin embargo, cuando los trineos llegaron, en elegante arribada, a la puerta del edificio, de él salió gente, gente que reía excitada. El piso del hostal sonaba a hueco y la nieve había dejado húmedo el pasillo, a pesar de lo cual aquello era un auténtico y cálido interior.

Los recién llegados subieron sonoramente la pelada escalera de madera, seguidos por una criada. Gudrun y Gerald ocuparon el primer dormitorio. E inmediatamente se encontraron solos en una pelada, pequeña y cerrada estancia, toda ella de madera de áureo color: suelo, paredes, techo y puerta, todo del mismo cálido color dorado de la madera de pino barnizada. Frente a

la puerta había una ventana, aunque estaba muy baja, debido a que el techo del cuarto era inclinado. Bajo la inclinación del techo había una mesa con una palangana para lavarse las manos y una jarra con agua, y, al otro lado, otra mesa con un espejo. Flanqueando la puerta, había dos camas, con enormes y abultados edredones con cuadros azules.

Y eso era todo. No había armario, no había comodidades. Estaban los dos encerrados, juntos, en aquella celda de áurea madera, con dos camas de cuadros azules. Se miraron y se echaron a reír, atemorizados por la desnuda cercanía en que el aislamiento los situaba.

Un hombre llamó a la puerta y entró con el equipaje. Era un tipo corpulento, de pómulos aplastados, pálido, y con un áspero bigote rubio. Gudrun le observó, mientras el hombre depositaba en silencio el equipaje, y luego salía del cuarto a pasos pesados.

Gerald preguntó a Gudrun:

—¿No será demasiado primitivo para ti?

La temperatura del dormitorio no era muy alta, y Gudrun temblaba un poco. Gudrun, evasiva, repuso:

—Es maravilloso. Fíjate en el color de las maderas. Se tiene la impresión de estar dentro de una nuez.

Gerald permanecía de pie, mirando a Gudrun, tocándose el bigotillo, levemente inclinado hacia atrás el tronco, y la miraba con sus ojos sin miedo, de agudo mirar, dominado por aquella constante pasión que, para él, era como una condena.

Gudrun se acercó a la ventana, se agachó, y, curiosa, miró hacia fuera. Involuntariamente, casi como si hubiera sentido una punzada de dolor, exclamó:

—¡Oh...! ¡Pero esto es...!

Frente a ella se extendía un valle cerrado, bajo el cielo, por las últimas grandes laderas de nieve y peñas negras, y, al término del valle, como si se tratara del centro de la tierra, un muro cubierto de blanco, y dos picos que brillaban a la última luz del día. Recto, al frente, se extendía el cauce de nieve silenciosa, entre dos grandes laderas con el áspero ribete formado por unos cuantos pinos, un ribete que parecía de pelo, junto a la base. Pero el cauce de nieve se extendía hasta llegar al eterno obstáculo del encierro, allí donde los muros de nieve y roca se alzaban impenetrables, y los picos de las montañas, en lo alto, se encontraban en las inmediaciones del cielo. Aquello era el centro, el nudo, el ombligo del mundo, el lugar en que la tierra pertenecía a los cielos, puros, inabordables, insuperables.

El espectáculo produjo un extraño entusiasmo arrebatado en Gudrun. Estaba en cuclillas ante la ventana, con las manos en la cara, en una especie de trance. Por fin había llegado, por fin se encontraba en su lugar. Allí Gudrun daba por terminada su aventura, y se asentaba como un cristal en el centro de nieve, y desaparecía.

Gerald, a la espalda de Gudrun, se inclinó y miró hacia fuera por encima del hombro de ésta. Tenía la impresión de haberse quedado solo. Gudrun se había ido. Había desaparecido completamente, y sintió que un helado vapor envolvía su corazón. Vio el valle cerrado, el gran callejón sin salida, formado por la nieve y los picos de las montañas, bajo el cielo. Y no había modo de salir de allí. El terrible silencio, el frío y la esplendente blancura del ocaso le envolvieron, mientras Gudrun seguía en cuclillas frente a la ventana, como si se hallara ante un altar, sólo una sombra de sí misma.

Con voz que tuvo sonido de lejanía, voz propia de un desconocido, Gerald preguntó:

—¿Te gusta?

Lo menos que Gudrun podía hacer era dar muestras de que se percataba de la presencia de Gerald allí. Pero Gudrun se limitó a apartar un poco de la mirada de Gerald su cara suave y muda. Y Gerald sabía que en los ojos de Gudrun había lágrimas, lágrimas suyas, lágrimas de su extraña religión, que reducían a Gerald a la nada.

De repente, Gerald puso la mano bajo la barbilla de Gudrun y le levantó la cara hacia él. Los oscuros ojos azules de Gudrun, en la humedad de las lágrimas, se dilataron como si un sobresalto la hubiera afectado hasta la mismísima alma. A través de las lágrimas, los ojos de Gudrun miraron a Gerald, aterrados, horrorizados. Los claros ojos azules de Gerald eran agudos, de pupila pequeña y de visión innatural. Respirando con dificultad, Gudrun entreabrió los labios.

La pasión asaltó a Gerald, oleada tras oleada, como el sonar de una campana de bronce, fuerte, inquebrantable, indómita. Las rodillas se le tensaron quedando como de bronce, mientras se hallaba allí, cernido sobre la cara suave de Gudrun, cuyos labios estaban abiertos y cuyos ojos se habían dilatado, como en una extraña violación. El mentón de Gudrun era indeciblemente suave y sedoso al tacto de la mano de Gerald, que lo sostenía. Gerald se sentía fuerte como el invierno, sus manos eran de vivo metal, invencibles, y no podían ser apartadas. Su corazón sonaba como una campana en su pecho.

La tomó en brazos. Era suave, y estaba inerte, inmóvil. En todo momento, sus ojos, en los que las lágrimas no se habían secado aún, estuvieron dilatados,

en una especie de inerte fascinación indefensa. Gerald era sobrehumanamente fuerte e inquebrantable, como si hubiese sido dotado de fuerza sobrenatural.

La levantó y la oprimió contra su cuerpo. La suavidad de Gudrun, su peso inerte y relajado reposaba contra el de Gerald, sobrecargado, con miembros de bronce, y el peso del cuerpo de Gudrun era para Gerald hasta tal punto deseable, que sabía quedaría destruido si no satisfacía sus deseos. Gudrun se movió convulsivamente para apartarse de él. El corazón de Gerald saltó hacia arriba, como una llama, y retuvo a Gudrun en sus brazos, en un abrazo de acero. Estaba dispuesto a aniquilarla antes que aceptar su rechazo.

Pero el avasallador poderío del cuerpo de Gerald era excesivo para Gudrun. Se relajó de nuevo, y quedó suave y lacia, jadeando en un pequeño delirio, junto a Gerald. Y, para Gerald, Gudrun era tan dulce, representaba tal dicha de liberación, que hubiera aceptado sufrir toda una eternidad de tortura, antes que perder un segundo de aquel dolor de insuperable dicha.

Tensa, extraña y transfigurada la cara, Gerald dijo:

—¡Dios mío! ¿Y después qué?

Gudrun yacía perfectamente quieta, con la quieta cara infantil orientada hacia él, y sus ojos oscuros mirándole. Se sentía perdida, carente de fuerzas. Mirándola, Gerald dijo:

—Siempre te querré.

Pero Gudrun no le oyó. Yacía mirando a Gerald como se mira algo que jamás se llegará a comprender, como un niño mira a una persona mayor, sin esperanzas de comprenderla, solamente sometándose a ella.

Gerald la besó, le cerró los ojos besándoselos, para que no le mirase más. Gerald quería algo, un reconocimiento, un signo, una aceptación. Pero Gudrun se limitaba a yacer silenciosa, infantil y lejana, como un niño que, anonadado y sin poder comprender, se siente perdido. Gerald la besó de nuevo, y renunció.

Preguntó a Gudrun:

—¿Bajamos a tomar café y Kuchen?

Por la ventana se veía cómo entraba la noche, azul pizarra. Gudrun cerró los ojos, se apartó de la monótona perplejidad muerta, y los volvió a abrir para enfrentarse con el mundo cotidiano. Secamente, recuperando en un instante su voluntad, contestó:

—Sí.

Volvió a acercarse a la ventana. La primera noche azul había caído sobre el cauce de nieve, y sobre las grandes y pálidas laderas. Pero, en el cielo, los

pisos nevados estaban rosáceos y resplandecían como trascendentes y radiantes tallos floridos, en el celestial mundo superior, bellos e inaccesibles.

Gudrun percibió toda su belleza, y tuvo plena conciencia de cuán inmortalmente bellos eran aquellos grandes pistilos de rosado fuego alimentado por la nieve, en la azul luz crepuscular del cielo. Podía ver aquello, podía comprenderlo, pero no formaba parte de ello. Estaba separada, sin acceso, era un alma exiliada.

Dirigiendo una última mirada de remordimiento al exterior, Gudrun se apartó de la ventana, y comenzó a peinarse. Gerald había abierto las maletas, y esperaba, contemplando a Gudrun, que sabía que la observaba. Esto último la indujo a peinarse con prisa, un poco febril y precipitadamente.

Bajaron los dos con cierta expresión extraña, de pertenencia a otro mundo, en el rostro, y con cálido esplendor en los ojos. Vieron a Birkin y a Úrsula sentados a una mesa alargada, en un rincón, esperándolos. Celosa, Gudrun pensó: «Qué aspecto tan bueno y sencillo tienen esos dos cuando están juntos». Envidiaba en ellos cierta espontaneidad, cierta infantil suficiencia que ella jamás podría alcanzar. Le parecían dos niños.

Úrsula exclamó, ávidamente:

—¡El Kranzkuchen es delicioso! ¡Delicioso!

Gudrun dijo:

—¿Sí?

Volviéndose hacia el camarero añadió:

—Tráiganos, por favor, Kaffee mit Kranzkuchen.

Y se sentó en el banco, al lado de Gerald. Birkin les miró y sintió dolorosa ternura hacia los dos. Dijo:

—Este sitio me parece realmente maravilloso, Gerald, prachtvoll, wunderbar, wunderschön, unbeschreiblich, y todos los restantes adjetivos alemanes.

Gerald esbozó una leve sonrisa y dijo:

—A mí me gusta.

Las mesas, de madera blanca y sin pintar, estaban situadas junto a tres de las cuatro paredes de la estancia, como en una Gasthaus. Birkin y Úrsula se sentaron de espaldas a la pared, de madera barnizada, en tanto que Gudrun y Gerald se sentaron, junto a ellos, cerca de la estufa, donde la estancia formaba un ángulo entrante. El sitio era bastante amplio, con un pequeño mostrador, igual que en una posada de pueblo, aunque muy desnudo y sencillo, todo de

madera barnizada: el techo, las paredes y el suelo. Los únicos muebles eran las mesas y los bancos, dispuestos a lo largo de tres de las cuatro paredes de la estancia, y, además, la gran estufa verde, en tanto que, en la cuarta pared, se encontraban el mostrador y la puerta. Las ventanas eran dobles y no tenían cortinas. La noche acababa de caer.

Sirvieron el café, bueno y caliente, y un pastel redondo, entero. Úrsula gritó:

—¡Todo un Kuchen! ¡A vosotros os dan más que a nosotros! ¡Comeré un poco del vuestro!

Birkin se había enterado de que en el hostel se alojaban diez personas más: dos artistas, tres estudiantes, un matrimonio y un profesor con dos hijas, todos ellos alemanes. Los cuatro ingleses, por ser recién llegados, se sentaron a una mesa desde la que dominaban la estancia. Los alemanes se asomaron a la puerta, intercambiaron unas breves palabras con el camarero, y se fueron. No era hora de cenar, por lo que no entraron en el comedor, sino que, tan pronto se hubieron cambiado las botas, fueron a la Reunionsaal.

Los recién llegados ingleses oían de vez en cuando las vibraciones de una cítara, el sonido de un piano, carcajadas, gritos y cantos, y un lejano murmullo de voces. El edificio era de madera en su integridad, por lo que todos los sonidos reverberaban en él como en un tambor; sin embargo, en vez de aumentar el volumen de cada uno de los sonidos, lo disminuía, de manera que el sonido de la cítara parecía menudo, como si alguien tocara una cítara diminuta en un lugar desconocido, y también parecía que el piano tuviera que ser pequeño, como una espineta.

Cuando hubieron terminado el café, apareció el posadero. Se trataba de un tirolés de cuerpo ancho, mejillas un tanto aplanadas, piel pálida y con huellas de viruela, y grandes mostachos. Hizo una reverencia a los recién llegados, sonrió mostrando unos dientes grandes y fuertes, y dijo:

—¿Desean los señores pasar a la Reunionsaal para conocer a los otros huéspedes?

Los ojos azules del posadero miraron rápidamente a los cuatro, saltando de uno a otro. El hombre no estaba muy seguro del terreno que pisaba cuando se las tenía con ingleses. Por otra parte, también se sentía inhibido debido a que no sabía hablar inglés, y a que ignoraba si sería conveniente intentar expresarse en el francés que sabía.

Riendo, Gerald repitió:

—¿Deseamos pasar a la Reunionsaal, para conocer a los otros huéspedes?

Hubo un momento de duda. Birkin dijo:

—Bueno, supongo que más valdrá que vayamos, y así romperemos el hielo.

Las dos mujeres, un tanto sonrojadas las mejillas, se levantaron. Y la negra figura a lo Wirt, con cierto aspecto de escarabajo, y de anchos hombros, encabezó la marcha, ignominiosamente, hacia el ruido. Abrió la puerta e invitó a los cuatro a entrar en la sala.

Instantáneamente se hizo silencio; todos los reunidos quedaron afectados por una leve inhibición. Los recién llegados tuvieron la vaga sensación de que muchas caras rubias los miraban. Luego vieron que el posadero saludaba con una reverencia a un hombre bajo y de aspecto enérgico, con grandes mostachos y que le decía en voz baja:

—Herr Professor, darf ich Sie vorstellen...

El Herr Professor actuó rápida y enérgicamente. Sonriente, efectuó una profunda reverencia dirigida a los ingleses, y al instante siguiente comenzó a comportarse como un camarada. Con vigorosa suavidad, rizando la voz en la interrogación, Herr Professor dijo:

—Nehmen die Herrschaften teil an unserer Unterhaltung?

Los cuatro ingleses sonrieron, allí, en medio de la estancia, atentos y dubitativos. Gerald, que era el portavoz, dijo que con sumo gusto participarían en las diversiones. Gudrun y Úrsula, sonriendo, excitadas, se daban cuenta de que todos los hombres las miraban, por lo que levantaron la cabeza, quedaron con la vista fija en el vacío, y se sintieron mayestáticas.

El profesor dijo los nombres de todos los presentes, sans cérémonie. Hubo reverencias a quienes se debían hacer y a quienes no. Estaban todos los huéspedes menos el matrimonio. Las dos hijas del profesor, altas, con piel clara, atléticas, ataviadas con sencillas blusas azul oscuro y faldas de lana, largo y recio el cuello, claros ojos azules, cabello cuidadosamente arreglado, propensas al sonrojo, hicieron una reverencia y dieron un paso atrás. Los tres estudiantes hicieron extremadamente profundas reverencias, con la humilde esperanza de causar la impresión de ser muy bien educados. También había un hombre delgado, de piel oscura, con ojos grandes, ser extraño que parecía un niño o un enano, de aire rápido y distante, que efectuó una leve reverencia. El compañero de este hombre era un joven alto y rubio, muy elegantemente vestido, que se ruborizó hasta la raíz del pelo e hizo una profunda reverencia.

Las presentaciones habían terminado.

El profesor anunció:

—Herr Loerke estaba dando una charla sobre el dialecto de Colonia.

Gerald dijo:

—Le rogamos que nos perdone el que le hayamos interrumpido. Nos gustaría mucho oír la charla.

Instantáneamente hubo más reverencias y ofrecieron asiento a los recién llegados. Gudrun y Úrsula, Gerald y Birkin se sentaron en mullidos sofás arrimados a la pared. Las paredes de la estancia eran, como el resto de la casa, de madera barnizada, sin adornos. Había un piano, sofás y sillones, y un par de mesas con libros y semanarios. En su total carencia de decoración, a no ser que como tal consideremos la gran estufa azul, la estancia era acogedora y agradable.

Herr Loerke era el hombrecillo con figura de niño, cabeza redonda, con la cara llena y dotada de expresión de sensibilidad, y los ojos rápidos como los de la rata. Dirigió una rápida mirada a los ingleses y adoptó una actitud reservada.

Suavemente, con ligero tono de autoridad, el profesor pidió:

—Por favor, prosiga su charla.

Loerke, que estaba sentado, con el cuerpo encorvado, en la banqueta del piano, parpadeó y no contestó. Úrsula, que desde hacía ya un minuto tenía la frase, en alemán, dispuesta para soltarla en el momento oportuno, dijo:

—Será un gran placer oírle.

De repente, el hombre menudo y de reservado comportamiento volvió el cuerpo hacia quienes le habían escuchado anteriormente y comenzó a hablar, de la misma manera brusca con que había orientado el cuerpo hacia sus oyentes. En voz medida y burlona, imitó una pelea verbal entre una vieja de Colonia y un empleado de ferrocarriles.

El cuerpo de aquel hombre era ligero y apenas formado, como el de un muchacho, pero su voz era madura, sarcástica, dotada de la esencial flexibilidad de la energía, y demostrativa de una burlona y penetrante comprensión. Gudrun no comprendía ni una palabra del monólogo de aquel hombre, pero contemplarle la fascinaba. Forzosamente tenía que ser un artista, ya que de lo contrario era imposible tener aquella individualidad, y aquel perfectamente ajustado equilibrio. Los alemanes reían doblándose por la cintura, al escuchar aquellas extrañas y cómicas palabras, aquellas cómicas frases dialectales. Y, en medio de su paroxismo de risa, dirigían miradas deferentes a los cuatro ingleses, que eran allí como elegidos. Gudrun y Úrsula se sintieron obligadas a reír. Y el sonido de las carcajadas estremeció la estancia. Los azules ojos de las hijas del profesor estaban anegados en lágrimas de risa, el regocijo había puesto de color carmesí sus claras mejillas, y su padre emitía los más pasmosos sonidos de hilaridad que quepa imaginar, en tanto que los estudiantes, en un exceso, apoyaban la cabeza en las rodillas.

Úrsula, pasmada, miró alrededor. La risa, como una burbuja, se le subía a la cabeza sin que ella quisiera. Úrsula miró a Gudrun. Ésta miró a Úrsula, y las dos hermanas soltaron la carcajada, llevadas por la alegría general. Loerke les dirigió una mirada rápida con sus grandes ojos. Birkin soltaba risitas involuntariamente. Gerald Crich estaba erguido, con expresión divertida en la cara esplendente. Y de nuevo estallaron las carcajadas, en enloquecido paroxismo. Las hijas del profesor habían quedado reducidas a una estremecida impotencia, las venas del cuello del profesor estaban hinchadas, su cara había adquirido color purpúreo, y los últimos y silenciosos espasmos de la risa le sofocaban. Los estudiantes gritaban palabras inarticuladas que terminaban en inevitables explosiones de risa. Entonces, de repente, el rápido parloteo del artista cesó, se oyeron pequeñas explosiones de risa ya agónica, Úrsula y Gudrun se secaron los ojos y el profesor gritó:

—Ja, das war merkwürdig, das war famos...

Sus agotadas hijas, con voz débil, dieron la razón al padre:

—Wirklich famos...

Úrsula gritó:

—¡Y nosotros no hemos podido comprenderlo!

El profesor exclamó:

—Oh leider, leider!

Los estudiantes, atreviéndose al fin a dirigir la palabra a los recién llegados, dijeron:

—¿No han podido comprenderlo? Ja, das ist wirklich schade, das ist schade, gnädige Frau. Wissen Sie...

Y todos los asistentes se mezclaron, los ingleses penetraron en el grupo, y la estancia entera quedó rebosante de vida. Gerald se encontraba en su elemento, hablaba por los codos, excitado, y su cara resplandecía de extraña diversión. Quizá incluso Birkin terminara soltándose. Por el momento se comportaba de manera tímida y retraída, aun cuando muy atenta.

Convencieron a Úrsula de que cantara «Annie Lowrie», como decía el profesor. Se creó un silencio extremadamente deferente. Úrsula en su vida se había sentido tan halagada. Gudrun la acompañó al piano, tocando de memoria.

Úrsula tenía una voz bonita, muy sonora; pero, por lo general, carecía de confianza en sí misma y estropeaba todo lo que cantaba. Pero en aquella velada cantó sin trabas, incluso con altivez. Birkin se había situado muy en segundo término, y eso fue causa de que Úrsula reaccionara en el sentido

opuesto, brillante, esplendentemente. Los alemanes la inducían a sentirse bella e infalible, y Úrsula quedó liberada, adquiriendo una avasalladora confianza en sí misma. Se sentía como un pájaro en pleno vuelo, mientras su voz se elevaba, y el vuelo y el equilibrio de la canción la divertían extraordinariamente, como el movimiento de las alas de un pájaro volando al viento, planeando y jugando en el aire, como ella jugaba con los sentimientos, sostenida por la atención absorta de sus oyentes. Se sentía muy feliz cantando aquella canción sólo para sí misma, llena de altivez, de emoción y de poderío, conmoviendo a aquella gente y conmoviéndose ella misma, esforzándose satisfactoriamente y dando inmensa satisfacción a los alemanes.

Por fin, todos los alemanes quedaron dominados por una sensación de admirada y deliciosa melancolía, y alabaron a Úrsula, con sus voces de tonos suaves y reverentes que no se cansaban de elogiarla.

—Wie schön, wie rührend! Ach, die schottischen Lieder, sie haben so viel Stimmung! Aber die gnädige Frau hat eine wunderbare Stimme; die gnädige Frau ist wirklich eine Künstlerin, aber wirklich!

Úrsula estaba esponjada y esplendente como una flor al sol matutino. Sintió que Birkin la miraba, como si estuviera celoso, y ella sintió la emoción en sus senos, y tuvo la impresión de que sus venas se tornaran de oro. Era tan feliz como el sol que acaba de abrirse paso por entre las nubes. Y todos parecían admirarla radiantemente. Era perfecto.

Después de la cena, Úrsula dijo que quería salir unos instantes para contemplar el mundo exterior. Todos intentaron disuadirla. Hacía un frío terrible. Pero Úrsula dijo que sólo sería un momento.

Los cuatro se pusieron gruesas prendas de abrigo y salieron al aire libre, a un vago e insustancial mundo de oscura nieve y de fantasmas llegados de un mundo más alto, que proyectaban extrañas sombras ante las estrellas. Realmente hacía mucho frío, un frío hiriente, temible, no natural. Úrsula apenas podía creer en la realidad de aquel aire que respiraba. Parecía un aire consciente, malévol, animado de propósitos, en su intensa y asesina frialdad.

Sin embargo, era maravilloso. Era una embriaguez, un silencio de oscura nieve no vista, de lo invisible que mediaba entre ella y lo visible, entre ella y las brillantes estrellas. Divisó Orión alzándose. Qué maravilloso era Orión, tan maravilloso que daban ganas de llorar.

Y alrededor estaba aquel caudal de nieve, y bajo los pies había nieve firme, cuyo denso frío parecía golpear las botas y penetrar en ellas. Todo era noche y silencio. Úrsula imaginó que podía oír las estrellas. Con precisión imaginó que podía oír el celeste movimiento musical de las estrellas, muy cerca de ella. Tenía la impresión de ser como un pájaro volante entre el armonioso

movimiento de las estrellas.

Y se pegó a Birkin. De repente, se dio cuenta de que no sabía lo que Birkin pensaba. Ignoraba los territorios por los que Birkin vagaba. Se detuvo para mirarle y le dijo:

—¡Mi amor!

Birkin tenía la cara pálida, y en sus ojos oscuros había una chispa, reflejo de la luz de las estrellas. Birkin vio la cara de Úrsula, suave, alzada hacia él, muy cerca. La besó con suavidad. Le preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿Me quieres?

Rápidamente repuso:

—Demasiado.

Úrsula se pegó más a él, y quejosa dijo:

—Demasiado no.

Casi con tristeza, Birkin insistió:

—Sí, demasiado.

Con tono melancólico, Úrsula le preguntó:

—¿Y te entristece el que yo lo sea todo para ti?

Birkin la oprimió contra su cuerpo, la besó y dijo en voz apenas audible:

—No, pero tengo la impresión de ser un pordiosero, me siento pobre.

Úrsula miró las estrellas y guardó silencio. Luego besó a Birkin. Melancólicamente, le dijo:

—Pues no seas un pordiosero, porque quererme no es ignominioso.

Birkin replicó:

—Pero sentirse pobre sí es ignominioso, ¿no crees?

—¿Por qué? ¿Por qué ha de serlo?

Birkin se limitó a quedarse quieto, en el terrible aire frío que se movía invisible sobre las cumbres de las montañas, teniendo en sus brazos a Úrsula.

Añadió:

—Sin ti no podría soportar este lugar frío y eterno. No podría soportarlo, mataría la esencia de mi vida.

Úrsula volvió a besarle bruscamente. Intrigada, desorientada, preguntó:

—¿Odias este sitio?

—Si no pudiera estar junto a ti, si tú no estuvieras aquí, odiaría este lugar. No podría soportarlo.

—Pero la gente es simpática.

—Me refería al silencio, al frío, a esta helada eternidad.

Úrsula se quedó intrigada. Pero luego su espíritu penetró en Birkin, anidó inconscientemente en él. Úrsula dijo:

—Sí, es bueno estar cálidos, juntos.

Y emprendieron el camino de regreso. Vieron las luces doradas de la posada brillando en la noche del silencio de la nieve, pequeñas, en el hoyo, como un racimo de moras amarillas. Parecían un manojo de chispas solares, menudas y anaranjadas, rodeadas de oscuridad de nieve. Detrás se alzaba la alta sombra de un pico, borrando las estrellas como un fantasma.

Se acercaban a casa. Vieron salir del oscuro edificio a un hombre con una linterna encendida que, dorada, se balanceaba, y que era causa de que los oscuros pies del hombre caminaran rodeados de una aureola de nieve. Abrió bruscamente la puerta de un barracón. Un olor a vacas, caliente y animal, salió al aire densamente frío. Vislumbraron dos reses en el oscuro corral, la puerta se cerró, y ni una chispa de luz se filtraba al exterior. Esto trajo de nuevo a la memoria de Úrsula su hogar, el Pantano, su infancia, el viaje a Bruselas, y, cosa rara, a Antón Skrebensky.

¡Oh Dios! ¿Cómo era posible soportar aquello, aquel pasado hundido en el abismo? ¿Podía soportar acaso el mero hecho de que hubiera existido? Miró alrededor, miró aquel mundo alto, de nieve, de estrellas y de poderoso frío. Había otro mundo, que era un mundo formado por imágenes como las de una linterna mágica, el mundo del Pantano, de Cossethay, de Ilkeston, iluminadas por una luz ordinaria e irreal. Había una Úrsula irreal, como una sombra; había todo un juego de sombras de una vida irreal. Aquel mundo era irreal y limitado, como el mundo de imágenes de una linterna mágica. Úrsula deseaba que fuera posible romper aquellas imágenes. Deseaba que aquel mundo pudiera desaparecer para siempre, como desaparece el mundo de la linterna mágica cuando se destruye ésta. Deseaba carecer de pasado. Deseaba haber descendido por las laderas del cielo hasta ese lugar en que se encontraba en compañía de Birkin, sin haber tenido que avanzar trabajosamente por el barro de su infancia y de su adolescencia, despacio, sucia. Consideraba que el recuerdo no era más que una mala pasada que tenía que padecer. ¿En razón de qué decreto estaba ella obligada a «recordar»? ¿Por qué no tomar un baño de puro olvido que fuera como nacer de nuevo, sin recuerdos y sin culpas de una vida pasada? Estaba con Birkin, había llegado a la vida allí, en las nevadas

alturas, junto a las estrellas. ¿De qué le servían sus padres, de qué le servían sus antecedentes? Se sentía nueva y no engendrada, no tenía padre, no tenía madre, no tenía anteriores vinculaciones; ella era ella, pura y de plata, sólo pertenecía a la unidad que formaba con Birkin, a una unidad que emitía notas profundas, que sonaba en el corazón del universo, en el corazón de la realidad, en la que jamás había ella existido anteriormente.

Incluso Gudrun era un ser separado, separado, separado, que nada tenía que ver con aquel yo, con esta Úrsula, en su nuevo mundo de realidad. En cuanto a aquel viejo mundo de sombras, a la actualidad del pasado, más valía dejar que desapareciera. Úrsula, libre, se elevó en las alas de su nueva condición.

Gudrun y Gerald no habían regresado. Habían avanzado por el valle, en línea recta, a partir de la puerta de la posada, sin dirigirse, como hicieron Úrsula y Birkin, a la pequeña colina que se alzaba a la derecha. Gudrun era movida por un extraño deseo. Quería avanzar y avanzar, hasta llegar al término del valle de nieve. Y luego quería ascender por el muro de blanca terminación, ascender hasta llegar a los picos que se alzaban como agudos pétalos en el corazón del helado y misterioso centro del mundo. Consideraba que allí, en lo alto del extraño, ciego y terrible muro de roqueña nieve, allí, en el centro del mundo místico, entre los últimos pétalos apiñados, en el centro del mundo, se hallaba su consumación. Si conseguía llegar allí, sola, y penetrar en el centrado centro de la nieve eterna y de alzados e inmortales picos de nieve y peñas, formaría una unidad con todo aquello, y ella pasaría a ser el eterno e infinito silencio, el dormido, intemporal, helado, centro de Todo.

Gudrun y Gerald regresaron a la casa, a la Reunionsaal. Gudrun sentía curiosidad, quería saber qué pasaba allí. Los hombres que había en la sala de reunión despertaban su curiosidad, ponían su ánimo alerta. Era para ella como un nuevo sabor de la vida. Aquellos hombres se postraban ante ella, y, sin embargo, rebotaban vida.

La reunión se encontraba en un momento de gran bullicio. Todos bailaban la Schuhplatteln, la danza tirolesa en la que se baten palmas y se arroja a la pareja al aire en el momento culminante.

Los alemanes sabían todos bailar aquel baile. En su mayoría procedían de Munich. Gerald también lo bailaba aceptablemente. En un rincón, sonaban tres cítaras. Era una escena muy animada y bulliciosa. El profesor estaba iniciando a Úrsula en los secretos de la danza, y pateaba el suelo, batía palmas, y alzaba a Úrsula en el aire, con gran fuerza y entusiasmo. Cuando llegaba el momento culminante de la danza, incluso Birkin se comportaba muy virilmente con una de las lozanas y fuertes hijas del profesor, que se sentía extremadamente feliz.

Todos bailaban, armando gran alboroto.

Gudrun contempló con deleite la sala. El macizo suelo de madera resonaba con los golpes de tacón de los hombres, las palmas y las vibraciones de las cítaras estremecían el aire, y alrededor de las lámparas pendientes del techo flotaba un polvillo dorado.

La danza terminó bruscamente. Loerke y los estudiantes se apresuraron a traer bebidas. Se oía el excitado murmullo de las conversaciones, el seco sonido de las tapas de las jarras al entrechocar, y grandes gritos de «Prosit! Prosit!». Loerke se multiplicaba, estaba en todas partes al mismo tiempo, como un gnomo, recomendando bebidas a las mujeres, contando complejos y levemente picantes chistes a los hombres, engañando al camarero.

Loerke sentía grandes deseos de bailar con Gudrun. Desde el momento en que la vio, se propuso tratarla, establecer una relación con ella. Gudrun se dio cuenta instintivamente, y decidió esperar a que Loerke la abordara. Pero cierta especie de hosca predisposición mantenía a Loerke alejado de Gudrun, por lo que ésta creía que le había cogido antipatía.

El fornido y rubio muchacho compañero de Loerke se dirigió a Gudrun:

—¿Bailamos la Schuhplätteln, gnädige Frau?

Aquel muchacho era excesivamente blando y humilde para el gusto de Gudrun. Pero Gudrun quería bailar, y el rubio muchacho, llamado Leitner, no dejaba de ser apuesto, dentro de su estilo torpón, levemente servil, dotado de una humildad que ocultaba cierto temor. De todas maneras, Gudrun aceptó.

Volvieron a sonar las cítaras y el baile comenzó. Gerald lo inició, riendo, con una de las hijas del profesor. Úrsula bailó con uno de los estudiantes, Birkin con la otra hija del profesor, éste lo hizo con Frau Kramer, y los restantes hombres bailaron juntos, con tanto entusiasmo como si lo hicieran con mujeres.

El hecho de que Gudrun hubiera bailado con el corpulento y suave joven, compañero de Loerke, fue causa de que éste se comportara con más mezquindad, de manera todavía más exasperante que antes, con respecto a Gudrun, hasta el punto que fingía ignorar su presencia. Esto picó a Gudrun, pero se resarcía del desaire, ante sí misma, bailando con el profesor, que era fuerte como un toro en la plenitud de sus fuerzas, e igualmente rebosante de ruda energía. Analizándolo, Gudrun no podía soportar al profesor; sin embargo, le gustaba bailar con él la rápida danza, y que el profesor, con su rudo y poderoso ímpetu, la alzara en el aire. El profesor también gozaba bailando con Úrsula, a la que miraba con sus grandes y extraños ojos azules, llenos de fuego galvanizante. La madura y casi paternal animalidad con que el profesor la miraba causaba odio a Gudrun; sin embargo, también admiraba la

potencia de su fuerza.

La estancia estaba impregnada de excitación y de recia emoción animal. Loerke tenía la impresión de que un seto erizado de espinas le mantuviera separado de Gudrun, con la que quería hablar, por lo que sentía un implacable y sarcástico odio hacia su joven compañero, Leitner, ahora pareja de Gudrun, que era empleado suyo y no tenía ni un céntimo. Loerke se burlaba del joven, ridiculizándole ácidamente, lo que ponía roja la cara de Leitner, y lo llenaba de impotente resentimiento.

Gerald, que ya dominaba el baile a la perfección, bailaba de nuevo con la más joven de las hijas del profesor, que casi se moría de virginal excitación, ya que Gerald le parecía extremadamente apuesto. Gerald ya la tenía en su poder, como si la muchacha fuera un pájaro palpitante, un ser tembloroso, aleteante y desorientado. Y le hacía sonreír que la chica se encogiera convulsa en sus manos, violentamente, cuando él tenía que elevarla en el aire. Por fin, la chica quedó tan agobiada por el humilde amor que sentía por Gerald, que casi no podía hablar coherentemente.

Birkin bailaba con Úrsula. Menudas llamas danzaban en los ojos de Birkin, quien parecía haberse transformado en un ser malvado, cambiante, burlón, insinuante, totalmente insoportable. Úrsula temía a Birkin, y sin embargo se sentía fascinada por él. Claramente, ante su propia vista, como en una revelación, percibía la sarcástica y licenciosa mofa que había en la mirada de Birkin cuando se dirigía hacia ella en un avance sutil, animal, indiferente. La extraña expresión de las manos de Birkin, que rápidas y astutas, con carácter inevitable, se posaban en aquel punto vital de Úrsula, debajo de sus pechos, y, levantándose en un burlón e insinuante impulso, la alzaban en el aire, cual si lo hicieran sin estar dotadas de fuerza, en virtud de la magia negra, causaba tal temor a Úrsula que poco le faltaba para desmayarse. Al principio, Úrsula se reveló. Aquello era horrible. Rompería el hechizo. Pero antes de que hubiera formado totalmente su resolución, ya se había sometido de nuevo, ya había cedido a la presión del miedo. Birkin supo en todo momento lo que estaba haciendo, de lo cual Úrsula se daba cuenta al ver la sonrisa y la concentración que había en sus ojos. De todas maneras, la responsabilidad de lo que estaba ocurriendo recaía en Birkin, por lo que Úrsula dejó en sus manos la iniciativa.

Cuando quedaron solos en la oscuridad, Úrsula sintió la extraña lascividad de Birkin, allí, cernida sobre ella. Esto preocupó a Úrsula y le inspiró repulsión. ¿Por qué Birkin se portaba de aquella manera? Atemorizada, le preguntó:

—¿Qué haces?

Birkin no dijo nada. Por toda respuesta su cara brillaba sobre Úrsula, brillaba desconocida y terrible. Y, sin embargo, Úrsula se sentía fascinada. Sus

naturales impulsos la inducían a repeler violentamente a Birkin, a liberarse del hechizo que en ella ejercía aquella burlona brutalidad. Pero se sentía fascinada, deseaba someterse, deseaba saber. ¿Qué le haría Birkin?

Birkin resultaba tremendamente atractivo y repelente al mismo tiempo. La sarcástica insinuación que brillaba en su cara y que asomaba a sus ojos de pupilas achicadas, daba a Úrsula deseos de ocultarse, de ponerse fuera de su alcance, para observarle sin que él la viera.

Rebelándose de nuevo contra Birkin, Úrsula le preguntó con súbita fuerza y animosidad:

—¿Por qué eres así?

Las móviles llamas de los ojos de Birkin se concentraron cuando miró de frente a Úrsula. Luego los párpados se cerraron, en un leve movimiento de satírico desprecio. Después los párpados volvieron a alzarse para mostrar la misma expresión implacablemente sugestiva. Y Úrsula cedió, dejando que Birkin hiciese lo que quisiera. Su comportamiento licencioso era repulsivamente atractivo. Pero toda la responsabilidad recaía sobre él, y Úrsula estaba dispuesta a ver en qué terminaba aquello.

En el momento en que Úrsula se dispuso a dormir, comprendió que Birkin y ella podían hacer lo que quisieran. ¿Cómo era posible excluir algo que daba satisfacción? ¿Que era degradante? ¿A quién importaba? Las cosas degradantes eran reales, aunque con una realidad diferente. Y Birkin era hombre que en modo alguno se imponía límites o se avergonzaba. Pero ¿no resultaba horroroso que un hombre tan dado a las realidades del espíritu, fuera —sus propios pensamientos y recuerdos hicieron dudar a Úrsula, pero, por fin, resolvió decir la palabra— tan bestial? ¡Los dos habían sido bestiales! ¡Degradados! Úrsula se estremeció. Pero ¿por qué no? También había experimentado un goce exultante. Ella era bestial. ¡Qué bueno era comportarse de manera vergonzosa! Estaba dispuesta a probar todo lo que fuera vergonzoso. Pero, a pesar de todo, Úrsula no se sentía degradada. Seguía siendo ella, ella misma. ¿Por qué no? Era libre cuando llegaba a saberlo todo, cuando no se privaba de nada oscuro y vergonzoso.

Gudrun, que había observado a Gerald en la Reunionsaal, pensó de repente: «Gerald debería tener libertad para gozar de cuantas mujeres quisiera. Es su manera de ser. Es absurdo darle la calificación de monógamo. Es naturalmente polígamo. Es su manera de ser».

Estos pensamientos le vinieron involuntariamente. Y la escandalizaron un poco. Era como si hubiera visto un nuevo Mene! Mene! escrito en la pared. Sin embargo, era la pura verdad. Gudrun tenía la impresión de que una voz le hubiera hablado, con toda claridad, y hasta tal punto era así que, por unos

instantes, creyó en la revelación.

Volvió a decirse: «Es realmente verdad».

Gudrun sabía muy bien que siempre había estado convencida de lo que se había dicho. Lo sabía de una forma implícita. Pero debía mantener ese conocimiento en la oscuridad, casi también ante sí misma. Debía mantenerlo en total secreto. Se trataba de un conocimiento sólo para ella, un conocimiento que incluso ella misma apenas debía considerar.

Y Gudrun tomó la profunda decisión de luchar contra Gerald. Uno de los dos tenía que triunfar sobre el otro. ¿Cuál de ellos sería? El espíritu de Gudrun quedó reciamente templado. Poco le faltó para echarse a reír, en su fuero interno, ante aquella confianza en sí misma que sentía. Tal era su confianza, que despertó en ella cierta lástima afilada y despectiva hacia Gerald, una especie de ternura. Tal era su carencia de piedad.

Todos se retiraron temprano. El profesor y Loerke fueron a otra salita a seguir bebiendo. Los dos vieron pasar a Gudrun por el descansillo, al otro lado de la barandilla. El profesor dijo:

—Ein schönes Frauzimmer.

Secamente, Loerke se mostró de acuerdo:

—Ja.

Gerald cruzó el dormitorio, con sus extraños y raros pasos de lobo, y se colocó junto a la ventana. Se agachó, miró al exterior, volvió a erguirse, y, aguzada la mirada por una abstraída sonrisa, se volvió hacia Gudrun. Ésta tuvo la impresión de que Gerald fuera muy alto, y se fijó en el brillo reluciente de sus cejas blanquecinas, que se juntaban sobre la nariz. Gerald dijo:

—¿Te gusta esto?

Parecía que él, sin darse cuenta, riera en su fuero interno. Gudrun le miró fijamente. Para ella, Gerald era un fenómeno, no un ser humano. Una especie de codicioso ser. Repuso:

—Sí, me gusta mucho.

Alto y esplendente, con su brillante y rígido cabello de punta, cerniéndose sobre ella, le preguntó:

—Entre todos los que has conocido abajo, ¿quién te ha gustado más?

Sintiendo deseos de contestar su pregunta, y, al mismo tiempo tropezando con dificultades para centrarse en sí misma, Gudrun repitió:

—¿Quién me ha gustado más?

Luego añadió:

—Pues no lo sé. En realidad todavía no los conozco lo suficiente para saberlo. ¿Y a ti, quién te ha gustado más?

—A mí me da igual... No les tengo simpatía ni antipatía a ninguno de ellos. Eso carece de importancia para mí. Pero quería saber qué pensabas tú.

Palideciendo, Gudrun preguntó:

—¿Por qué?

La abstraída e inconsciente sonrisa en los ojos de Gerald se intensificó:

—Pues porque quería saberlo.

Gudrun apartó la vista de Gerald, rompiendo así el hechizo. Se daba cuenta de que Gerald, de una forma extraña, había estado adquiriendo dominio sobre ella. Dijo:

—Todavía no puedo decírtelo.

Gudrun se acercó al espejo para quitarse las horquillas del pelo. Todas las noches pasaba unos minutos ante el espejo, cepillándose el oscuro cabello. Esto formaba parte de los inevitables ritos de su vivir.

Gerald la siguió y se quedó de pie detrás de ella. Con la cabeza inclinada, Gudrun se dedicaba a quitarse las horquillas y a sacudir la cabeza para liberar el cabello. Cuando alzó la vista, vio a Gerald detrás de ella, reflejado en el espejo, contemplándola inconscientemente, sin verla conscientemente, aunque contemplándola, con ojos de pupila menuda que parecían sonreír, aunque en realidad no sonreían.

Gudrun se sobresaltó. Tuvo que hacer acopio de valor para seguir cepillándose el pelo como de costumbre, para fingir que seguía tranquila. No podía estar tranquila en presencia de Gerald. Hizo un supremo esfuerzo para encontrar algo que decirle. Al fin, preguntó:

—¿Qué planes tienes para mañana?

Había pronunciado estas palabras distraídamente, mientras su corazón latía con tal furia, y en sus ojos brillaba tal nerviosismo que, a su juicio, Gerald forzosamente se daría cuenta de ello. Pero Gudrun también sabía que Gerald estaba totalmente ciego, ciego como un loco mirándola. Se desarrollaba una extraña batalla entre la normal conciencia de Gudrun, y la extraña, como de magia negra, conciencia de Gerald. Éste contestó:

—No lo sé. ¿Qué te gustaría hacer?

Había hablado sin apenas pensar, sumergida la mente. Gudrun repuso con tranquila indiferencia:

—Me da igual. Hagamos lo que hagamos, estoy segura de que me gustará.

Y, en su fuero interno, Gudrun se decía: «¿Por qué estoy tan nerviosa? ¿Por qué estás tan nerviosa, insensata? Si se da cuenta estarás perdida para siempre, te consta que estarás perdida para siempre si se da cuenta del absurdo estado en que te encuentras».

Y Gudrun sonrió para sí, como si todo no fuera más que un juego de niños. Entretanto, su corazón se hundía más y más. Tenía la impresión de que fuera a perder el conocimiento. Podía ver a Gerald en el espejo, detrás de ella, de pie, alto y excesivamente erguido, rubio y horriblemente temible. Gudrun miró el reflejo de Gerald en el espejo, con mirada furtiva, dispuesta a pagar cualquier cosa con tal de evitar que llegara a saber que ella podía verle. Gerald ignoraba que Gudrun podía verle reflejado en el espejo. Miraba inconscientemente, baja y resbaladiza la mirada, la cabeza de Gudrun, de la que colgaba suelto el cabello, que ella cepillaba con mano rápida y nerviosa. Mantenía la cabeza inclinada a un lado, y cepillaba y cepillaba ferozmente el cabello. Ni aunque le fuera la vida en ello, podía Gudrun volver la cabeza y mirar a Gerald. No podía, aunque le fuera la vida. Y este conocimiento bastaba para que tuviera la impresión de que estaba a punto de caer desmayada al suelo, indefensa, aniquilada. Gudrun tenía clara conciencia de la temible figura inminente, de pie, cerca de ella, a su espalda; tenía clara conciencia del pecho duro, fuerte, implacable de Gerald junto a su espalda. Y sentía que no podía soportar más, que en cuestión de segundos caería derribada a sus pies, arrastrándose a sus pies, y permitiría que Gerald la destruyera.

Esta idea acosaba la aguda inteligencia de Gudrun, así como su presencia de ánimo. No osaba volverse de cara a Gerald. Y éste seguía allí, de pie, inmóvil, íntegro. Haciendo acopio de valor, Gudrun dijo en voz vacía, resonante, indiferente, que logró emitir ejerciendo cuanto le quedaba de dominio de sí misma:

—Por favor, mira dentro de esa maleta que hay ahí, detrás, y dame...

En ese momento, las fuerzas que había reunido se desvanecieron. En silencio, chilló en su fuero interno: «¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?».

Pero Gerald ya había dado media vuelta, sorprendido e intrigado por el hecho de que Gudrun le pidiera que mirase el interior de la maleta, interior que siempre había considerado como algo íntimo. Ahora, Gudrun se volvió, blanca la cara, llameantes de una extraña y tensa excitación sus ojos oscuros. Vio a Gerald inclinado sobre la maleta, quitando distraídamente la correa pasada, sin trabar. Gerald preguntó:

—¿Qué quieres que te traiga?

—Una cajita esmaltada, amarilla, con un dibujo que representa un corvejón

limpiándose con el pico las plumas del pecho.

Gudrun se acercó a Gerald, se inclinó, alargó su brazo desnudo, hermoso, y diestramente revolvió el contenido de la maleta, y halló la cajita, exquisitamente esmaltada. Quitando la cajita de la vista de Gerald, dijo:

—Es esto, ¿ves?

Gerald se sintió desconcertado. Siguió allí, ocupado en ceñir la correa de la maleta, mientras Gudrun se recogía rápidamente el cabello, como hacía cuando se disponía a dormir, y luego se sentaba para quitarse los zapatos. Gudrun jamás volvería a dar la espalda a Gerald.

Éste se hallaba desconcertado, frustrado, pero de una forma inconsciente. Gudrun esgrimía el látigo ante él. A Gudrun le constaba que Gerald no se había percatado de su terror. El corazón de Gudrun aún latía con violencia. ¡Qué insensata era! ¡Mira que ponerse de esa manera! Daba fervientemente gracias a Dios por la obtusa ceguera de Gerald. A Dios gracias, Gerald no veía nada.

Gudrun estaba sentada, deshaciendo lentamente el lazo de sus zapatos, y Gerald también comenzó a desnudarse. A Dios gracias, la crisis había pasado ya. Gudrun casi sentía cariño por Gerald, casi le amaba.

Riendo y acariciándole, burlonamente, Gudrun dijo:

—Gerald, qué bien has jugueteado con la hija del profesor...

Gerald volvió la cabeza:

—¿Que he jugueteado dices?

Con su más alegre y atractivo aire, Gudrun expuso:

—¡Ya está enamorada de ti! ¡La tienes perdidamente enamorada!

—No creo.

Burlona, Gudrun observó:

—No crees... En estos momentos, la pobre muchacha está echada en la cama, abrumada, muerta de amor por ti. Te considera un ser maravilloso, el hombre más maravilloso del mundo. Es divertido...

—¿Qué es lo divertido? ¿Y por qué es divertido?

Gudrun repuso, en tono de leve reproche que dejó confuso a Gerald, en su orgullo viril:

—Pues ha sido divertido ver cómo trabajabas a la chica, Gerald, realmente ha sido excesivo para la pobrecilla...

—Yo no le he hecho nada.

—Vamos, vamos, ha sido sencillamente vergonzoso ver cómo la encandilabas, cómo la dejabas que ni siquiera apoyaba los pies en el suelo.

Con alegre sonrisa, Gerald dijo:

—El Schuhplatteln se baila así.

Gudrun rio:

—Ja, ja, ja...

La burla de Gudrun recorrió temblando los músculos de Gerald, en una curiosa serie de ecos. Cuando Gerald dormía parecía estar agazapado en la cama, aovillado en su propia fortaleza que, sin embargo, era vacía.

Y Gudrun dormía reciamente, en un dormir victorioso. De repente, Gudrun se puso casi ferozmente despierta. El pequeño cuarto de madera resplandecía a la luz del alba que penetraba de abajo arriba por la baja ventana. Al alzar la cabeza, Gudrun vio abajo el valle, la nieve con una magia rosácea, y la cenefa de pinos al pie de la ladera. Y una menuda figura se movía en el espacio vagamente iluminado.

Miró el reloj de Gerald. Eran las siete. Gerald seguía totalmente dormido. Y Gudrun estaba tan vivamente despierta que casi sentía miedo. Se hallaba en un estado de vigilia duro, metálico. Gudrun quedó yacente, fija la vista en Gerald.

Gerald dormía dominado por su propia salud y su derrota. Ahora, Gudrun se sentía avasallada por un sincero sentimiento de respeto hacia Gerald. Hasta el momento, había temido su presencia. Tendida en la cama, Gudrun pensó en Gerald, en lo que Gerald era, en lo que representaba en el mundo. Estaba dotado de una voluntad firme e independiente. Gudrun pensó en la revolucionaria reorganización de las minas que, en tan poco tiempo, Gerald había efectuado. A Gudrun le constaba que si Gerald se enfrentaba con un problema, fuera el que fuera, con cualquier dificultad, resolvía el problema, superaba la dificultad. Si forjaba un proyecto, lo ponía en práctica eficazmente. Tenía la facultad de poner orden en la confusión. Si se le daba una situación cualquiera, Gerald sacaba siempre la inevitable conclusión.

Durante unos instantes, Gudrun se dejó llevar por las locas alas de la ambición. Gerald, con su fuerza de voluntad y con sus facultades para comprender el mundo real, debería dedicarse a resolver los problemas de los tiempos presentes, el problema del industrialismo en el mundo moderno. Gudrun sabía que Gerald, con el paso del tiempo, impondría los cambios que deseaba efectuar, que era capaz de reorganizar el sistema industrial. Sí, a Gudrun le constaba que Gerald era capaz de eso. Como instrumento, en esos

asuntos, Gerald era maravilloso, y Gudrun jamás había conocido a otro hombre con tantas posibilidades en esa materia. Gerald no se daba cuenta, pero Gudrun sí.

Tan poco consciente de ello estaba, que hacía falta que le orientaran, que alguien pusiera manos a la obra. Y eso podía hacerlo Gudrun. Se casaría con él, y Gerald sería elegido miembro del Parlamento, donde defendería los intereses conservadores y desenredaría la enredada madeja del trabajo y de la industria. Gerald era tan soberbiamente valiente, tan dueño de sí, que estaba convencido de que todos los problemas podían resolverse, en la vida igual que en la geometría. Y Gerald era un hombre que, cuando se ocupaba de un problema, no pensaba en sí mismo, no pensaba en otros asuntos que no fueran la solución del problema. En realidad, Gerald era un hombre muy puro.

El corazón de Gudrun latía deprisa. Y se dejó llevar en alas del entusiasmo, e imaginó el futuro. Gerald sería un Napoleón de la paz, o un Bismarck, y ella sería la mujer que le inspirara. Gudrun había leído las cartas de Bismarck, y la lectura la había conmovido profundamente. Y Gerald sería más libre y más valiente que Bismarck.

Pero, mientras Gudrun yacía en este trance ficticio, bañada en el extraño y falso esplendor de la esperanza en el vivir, algo parecía quebrarse en su interior, y un terrible cinismo comenzó a dominarla, un cinismo que le llegaba como un viento fuerte. Ante ella, todo comenzó a tener sentido irónico. El último sabor de todo era irónico. Cuando sintió el dolor de la innegable realidad, advirtió la cruel ironía de las esperanzas y de las ideas.

Yacente, Gudrun miraba a Gerald dormido. Era muy bello, era un instrumento perfecto. Al parecer de Gudrun, Gerald era un puro, inhumano, casi sobrehumano instrumento. La naturaleza instrumental de Gerald le gustaba tanto que sintió deseos de ser Dios, para utilizarlo como herramienta.

Y, en el mismo instante, se planteó la irónica pregunta: ¿para qué? Gudrun pensó en las esposas de los mineros, con su linóleo y sus cortinas de encaje, y sus hijitas con zapatos de grandes lazos. Pensó en las esposas y las hijas de los directores de las minas, con sus partidas de tenis, y con las terribles luchas de cada una de ellas para ser superior a las demás en la escala social. Y allí estaba Shortlands, con su distinción carente de significado, con la multitud, carente de significado, formada por todos los miembros de la familia Crich. Y allí estaba Londres, la Cámara de los Comunes, y la correspondiente vida social. ¡Dios mío!

Pese a ser joven, Gudrun había tomado el pulso de toda la vida social inglesa. No tenía ambición de escalar alturas sociales. Con el perfecto cinismo de la cruel juventud, Gudrun sabía que destacar en el mundo social comportaba mantener unas falsas apariencias, en vez de otras falsas

apariencias, y el progreso en la carrera social equivalía a tener media corona falsa en vez de un penique falso. La valoración, en toda su integridad, se hacía con moneda falsa. Naturalmente, Gudrun sabía, en su cinismo, que en un mundo en que la moneda falsa circulaba normalmente, más valía tener un soberano falso que un chelín falso. Pero Gudrun despreciaba por igual a los ricos y a los pobres.

Y también se burlaba de sí misma por alentar semejantes sueños. Era fácil convertirlos en realidad. Pero se daba cuenta, en su fuero interno, de lo risibles que eran sus impulsos. ¿Qué le importaba a ella el que Gerald hubiera transformado unas instalaciones viejas y gastadas en una industria que rendía grandes beneficios? ¿Qué le importaba? Tanto las viejas instalaciones como la rápida y espléndidamente organizada industria eran moneda falsa. Sin embargo, a pesar de eso, le importaba en gran manera, externamente. Y lo único que importaba era lo externo, ya que lo interno no era más que una bobada.

Para Gudrun todo se había convertido, intrínsecamente, en una ironía. Se inclinó hacia Gerald y dijo, en su fuero interno, con compasión: «Querido, querido, ni siquiera siendo tú el premio vale la pena jugar a este juego. Y tú, que eres un ser realmente hermoso, ¿por qué has de ser usado en este juego tan lamentable?».

La lástima y el dolor que Gerald le inspiraba, le desgarraban el corazón. Y, en el instante en que eso ocurría, los labios de Gudrun se contrajeron en una mueca, mueca de burlona ironía provocada por aquellas frases que se había dicho en su fuero interno. ¡Qué farsa! Gudrun pensó en Parnell y Catherine O'Shea. ¡Parnell! Después de todo, ¿hay alguien que pueda tomarse en serio la nacionalidad de Irlanda? ¿Hay alguien capaz de tomarse políticamente en serio a Irlanda, sea lo que fuere lo que Irlanda haga? ¿Y quién puede tomarse políticamente en serio a Inglaterra? ¿Quién? ¿A quién le importa lo más mínimo la manera en que la vieja y remendada Constitución sea remendada una vez más? ¿Hay alguien a quien las ideas nacionales inglesas le importen más que el sombrero hongo nacional inglés? ¡Todo era viejo, pasado y carente de importancia!

Sí, así es. Gerald, mi joven héroe. De todos modos, evitaremos las náuseas producidas por revolver una vez más la vieja inmundicia. Sé hermoso, mi Gerald, y sé valiente. Los momentos perfectos realmente existen. Despierta, Gerald, despierta, y convénceme de la existencia de los momentos perfectos. Convénceme, porque lo necesito.

Gerald abrió los ojos y miró a Gudrun. Y ésta le dio los buenos días con una burlona y enigmática sonrisa, en la que había una punzante alegría. Sobre la cara de Gerald apareció el reflejo de la sonrisa de Gudrun, y Gerald también

sonrió, de manera puramente inconsciente.

Ver cruzar por el rostro de Gerald la sonrisa que era reflejo de su sonrisa, dejó a Gudrun rebosante de gozo. Recordó que los niños de cuna sonreían de esa manera. Gudrun rebosaba de gozo, un gozo radiante, extraordinario.

Dijo:

—Lo has conseguido.

Deslumbrado, Gerald preguntó:

—¿Qué?

—Convencerme.

Gudrun se inclinó y besó apasionadamente, muy apasionadamente a Gerald, dejándole desconcertado. No preguntó a Gudrun de qué la había convencido, aunque deseaba preguntárselo. Le gustaba que Gudrun le besara. Gudrun parecía buscar el corazón de Gerald, querer tocar su núcleo esencial. Y Gerald quería que Gudrun tocara su núcleo central. Sí, lo deseaba sobre todas las cosas.

En el exterior, una voz viril, hermosa y valiente, cantaba:

Mach mir auf, mach mir auf, du Stolze,

Mach mir ein Feuer von Holze.

Vom Regen bin ich nass

Vom Regen bin ich nass...

Gudrun supo que esta canción sonaría durante toda su eternidad, cantada por una voz viril, valiente y burlona. La canción marcó uno de los supremos momentos de Gudrun, uno de los supremos dolores de su gravitación nerviosa. Y allí había quedado fijada la canción, en la eternidad de Gudrun.

El día era hermoso y azulado. Entre los picos de las montañas soplaba un viento ligero, que cortaba como un cuchillo cuanto tocaba, llevando consigo fino polvillo de nieve. Gerald salió con la hermosa y ciega cara del hombre que se encuentra en un estado de logro. Aquella mañana, Gudrun y él formaban una perfecta unidad estática, aunque ciega y sin pensamiento. Gudrun y Gerald emprendieron el camino llevando consigo un deslizador. Luego Birkin y Úrsula los seguirían.

Gudrun vestía de escarlata y azul, un gorro y un jersey escarlata, y falda y medias azules. Echó a andar alegremente sobre la blanca nieve, con Gerald a su lado, vestido de blanco y gris, arrastrando el pequeño deslizador. Sus figuras fueron empequeñeciéndose a medida que se alejaban sobre la nieve, subiendo cuesta tras cuesta.

Gudrun tenía la impresión de haberse incorporado íntegramente a la blancura de la nieve, y se transformó en un puro cristal sin pensamiento. Cuando llegó a lo alto de la cuesta, a la zona azotada por el viento, miró alrededor, y vio picos y picos, uno tras otro, de roca y nieve, azulencos, celestialmente ascendentes. Le pareció encontrarse en un jardín, siendo los picos flores puras que su corazón recogía. Gudrun no tenía una percepción separada, destinada a Gerald.

Gudrun se mantuvo agarrada a Gerald mientras se deslizaban por la pronunciada pendiente. Tenía la impresión de que sus sentidos estuvieran siendo afilados en una piedra fina como una llama. La nieve saltaba a uno y otro lado, como saltan las chispas de la hoja de acero al ser afilada, y la blancura alrededor corría más y más de prisa, transformada en pura llama, la blanca pendiente volaba hacia Gudrun, y ésta se fundió como un danzante glóbulo, velozmente impulsada a través de aquella blanca intensidad. Luego, cuando llegaron a la base de la pendiente, trazaron una amplia curva, y pareció que cayeran a la tierra, en un movimiento de menguante velocidad.

Los dos descansaron. Pero cuando Gudrun se puso en pie, no pudo sostenerse. Lanzó un grito extraño, giró sobre sí misma y se agarró a Gerald, hundiendo la cara en el pecho de éste, y desmayándose sobre su cuerpo. Mientras reposaba con abandono sobre Gerald, en la mente de Gudrun se hizo, por unos instantes, un olvido absoluto.

Gerald decía:

—¿Qué te pasa? ¿Ha sido demasiado para ti?

Pero Gudrun no oía nada.

Cuando se recuperó, se irguió y miró alrededor, pasmada. Tenía la cara blanca y los ojos grandes y brillantes.

Gerald repitió:

—¿Qué te pasa? ¿Te has asustado?

Gudrun le miró con ojos brillantes, unos ojos que parecían haber experimentado una transfiguración, y se echó a reír con una alegría terrible.

Con gozo triunfal, la muchacha gritó:

—No. Ha sido el momento completo de mi vida.

Y Gudrun miró a Gerald, mientras reía avasalladoramente, de forma deslumbrante, como una posesa. Gerald tuvo la impresión de que una fina hoja de acero penetrase en su corazón, pero no se preocupó. Ni siquiera prestó atención.

Volviéron a subir, y volviéron a volar por la pendiente, a través de una

blanca llama, de forma espléndida, realmente espléndida. Gudrun reía esplendente, cubierta por el polvillo de los cristales de nieve, y Gerald maniobraba a la perfección. Sabía conducir el deslizador con precisión milimétrica, y poco le faltaba para hacerlo volar atravesando los aires, hasta llegar al mismísimo corazón de los cielos. Gerald tenía la impresión de que aquel deslizador volador no fuera más que una extensión de sus propias fuerzas. Le bastaba con mover los brazos para que el movimiento del deslizador fuera suyo. Gudrun y Gerald exploraron otras grandes laderas, en busca de otra pendiente por la que deslizarse. Gerald pensaba que forzosamente habría un lugar mejor que los conocidos hasta el momento. Y encontró lo que deseaba, una perfecta, larga y pronunciada pendiente, que pasaba junto a la base de una peña, y penetraba en la zona con árboles, abajo. Gerald se dio cuenta de que aquella pendiente era peligrosa. Pero también sabía que dominaba a la perfección el deslizador.

Pasaron los primeros días en un éxtasis de movimiento físico, desliziéndose, esquiando y patinando, en una intensidad tal de velocidad y de luz blanca que superaba a la propia vida, y transportaba el alma de los seres humanos más allá, a una inhumana abstracción de velocidad, peso y eterna nieve helada.

Los ojos de Gerald adquirirían una expresión extraña y dura cuando se deslizaba con los esquís, de manera que antes que un hombre parecía un poderoso y fatal suspiro, elásticos los músculos, siguiendo una perfecta y fugaz trayectoria, con el cuerpo proyectado en un puro vuelo, sin pensamiento, sin alma, zumbando a lo largo de una perfecta línea dinámica.

Afortunadamente, un día nevó y tuvieron que quedarse en casa. Birkin dijo que si no hubiera nevado, todos hubieran perdido sus facultades mentales y hubieran comenzado a expresarse mediante chillidos y gritos, como ejemplares de una extraña y desconocida especie de hijos de la nieve.

Ocurrió la tarde en que Úrsula estuvo hablando con Loerke en la Reunionsaal. Éste, en los últimos días, se había comportado como si no se sintiera feliz en el hostel. Sin embargo, aquella tarde estaba animado y lleno de humor malicioso, como antes solía.

A pesar de todo, Úrsula tuvo la impresión de que Loerke estuviera descontento. Su amigo, el joven corpulento, rubio y bien parecido, estaba un tanto inhibido, e iba de un lado para otro, desorientado, como si no supiera qué hacer, como si alguien le tuviera subyugado, y él se rebelara contra tal subyugación.

Loerke apenas había hablado con Gudrun. Contrariamente, el amigo de Loerke trató constantemente a Gudrun con incesante y exagerada deferencia. Gudrun quería hablar con Loerke. Era escultor, y Gudrun quería saber sus

opiniones acerca del arte de la escultura. Además, la figura de Loerke la atraía. Aquel hombre tenía cierto aire de individuo desechado y mezquino que la intrigaba, y una mirada de viejo que la interesaba, y además de lo anterior, estaba dotado de una extraña individualidad, un aspecto de vivir solo, consigo mismo, sin contacto con el resto de los mortales, que, a juicio de Gudrun, constituía una de las características distintivas de los artistas. Loerke era parlanchín y vivaz, dado a contar chistes maliciosos que, a veces, eran extremadamente inteligentes, pero que, a menudo, no lo eran. Gudrun podía ver en los pardos ojos de gnomo de Loerke la negra expresión de la miseria inorgánica que había detrás de sus pequeñas bufonadas.

La figura de Loerke interesaba a Gudrun. Era una figura de muchacho, casi de árabe callejero. Loerke no intentaba disimularlo. Siempre vestía un sencillo traje de lana, con pantalones cortos, ceñidos bajo la rodilla. Tenía las piernas flacas y no intentaba disimularlo, lo cual resultaba raro en un alemán. Y jamás hacía el más leve esfuerzo para resultar simpático a nadie, sino que, a pesar de su aparente carácter bromista, era hombre reservado.

Leitner, su amigo, era un gran deportista, muy apuesto, con miembros recios y ojos azules. Loerke, de vez en cuando, salía a patinar o con el deslizador, durante un rato, pero no mostraba gran entusiasmo por estos deportes. Y las finas y bien dibujadas aletas de la nariz de Loerke, aletas propias de un árabe callejero de pura raza, temblaban despectivamente en comentario a las espectaculares hazañas deportivas de Leitner. Saltaba a la vista que aquellos dos hombres que habían viajado y vivido juntos, compartiendo el mismo dormitorio, habían llegado a aborrecerse recíprocamente. Leitner odiaba a Loerke con el odio del hombre que se siente ofendido e impotente, en tanto que Loerke trataba a Leitner con una leve vibración de desprecio y sarcasmo. No tardaría en llegar el momento en que los dos se separaran.

Rara vez se les veía juntos. Leitner procuraba siempre estar en compañía de otra gente, a la que trataba con gran deferencia, en tanto que Loerke estaba casi siempre solo. Cuando salía al aire libre, Loerke se tocaba con un gorro de Westfalia, es decir, un ceñido bonete de terciopelo castaño, con grandes orejeras, de manera que parecía un conejo de orejas caídas o un gnomo. Tenía la cara de color castaño rojizo, con piel seca y reluciente que parecía agrietarse en su móvil expresividad. Sus ojos eran impresionantes, castaños, grandes, como los de un conejo, o como los de un gnomo, o como los ojos de un ser perdido, dotados de una extraña, muda y depravada expresión de conocimiento, y de una rápida chispa de raro fuego. Siempre que Gudrun había intentado hablar con él, la había esquivado, mirándola con sus vigilantes ojos oscuros, aunque sin entrar en relación con ella. Gudrun había llegado a pensar que su lento francés y su todavía más lento alemán desagradaban a

Loerke. Por otra parte, el inglés de Loerke era muy deficiente, por lo que éste, por su carácter reservado, había decidido no intentar usarlo siquiera. Sin embargo, comprendía gran parte de lo que se decía en las conversaciones en inglés. Entre una cosa y otra, Gudrun, un poco picada, decidió dejar a Loerke en paz.

Sin embargo, aquella tarde, cuando Gudrun entró en la sala, encontró a Loerke hablando con Úrsula. El fino cabello negro de Loerke trajo a la mente de Gudrun la imagen de un murciélago; el cabello se pegaba a un cráneo redondeado, dotado de sensibilidad, y clareaba en las sienes. Estaba sentado, en postura encorvada, como si también tuviera espíritu de murciélago. Y Gudrun notó que Loerke hacía una lenta confidencia a Úrsula, una remisa, lenta, desganada e insuficiente revelación acerca de sí mismo. Gudrun fue allá y se sentó junto a su hermana.

Loerke la miró y apartó la mirada, como si no quisiera darse cuenta de su presencia. Pero, en verdad, se advirtió que Gudrun le interesaba en gran manera.

Volviéndose hacia su hermana, Úrsula dijo:

—Fíjate qué curioso, pequeña, Herr Loerke está haciendo un gran friso para una fábrica, en Colonia, para la parte exterior de la fábrica, la que da a la calle.

Gudrun miró a Loerke, miró sus manos, manos morenas y nerviosas, prensiles y que, en cierta manera, parecían garras, parecían griffes, inhumanas. Gudrun preguntó:

—¿En qué material?

Úrsula repitió:

—Aus was?

Loerke replicó:

—Granit.

La conversación se transformó al instante en una serie de lacónicas preguntas y respuestas entre colegas. Gudrun preguntó:

—¿Qué clase de relieve?

—Alto rilievo.

—¿Qué altura tiene?

A Gudrun le pareció muy interesante que Loerke estuviera haciendo un gran friso de granito para una gran fábrica en Colonia. Consiguió que Loerke le diera cierta vaga información acerca del diseño. El friso representaba una

feria, con campesinos y artesanos en una orgía, borrachos, absurdos con sus trajes modernos, dando ridículas vueltas en los tiouvivos, contemplando con la boca abierta los espectáculos de las casetas, besándose, dando traspiés, rodando por los suelos, amontonados, balanceándose en los trapecios, disparando en las barracas de tiro al blanco, en fin, un cuadro de frenético y caótico movimiento.

Hubo una breve conversación, breve y rápida, centrada en cuestiones técnicas. Gudrun quedó profundamente impresionada. Úrsula exclamó:

—¡Qué maravilla tener semejante fábrica! ¿Es bonito el edificio?

Loerke contestó:

—Sí, desde luego. El friso forma parte de la concepción arquitectónica. Sí, es una obra colosal.

Luego, Loerke se envaró, se encogió de hombros y prosiguió:

—La escultura y la arquitectura deben conjugarse. El tiempo de las estatuas irrelevantes y de los cuadros para colgar en la pared ha terminado. En realidad, la escultura siempre forma parte de una concepción arquitectónica. Y, como las iglesias han pasado a ser realidad histórica, cosa de museo, y en la actualidad la industria es lo que impera, convirtamos nuestros centros industriales en centros de nuestro arte, y que nuestra zona de fábricas sea nuestro Partenón. Ecco!

Úrsula meditó y dijo:

—Bueno, la verdad es que no veo necesidad alguna de que nuestras grandes fábricas sean tan feas como ahora.

Al instante, Loerke reaccionó:

—¡Exactamente! ¡Es eso! No sólo no hay ninguna necesidad de que nuestros lugares de trabajo sean feos, sino que su fealdad repercute de forma nefasta en el trabajo. Los hombres no seguirán tolerando tan increíble fealdad. La fealdad será insufrible, y los hombres quedarán desanimados por la fealdad, inertes. Y, como es natural, eso quedará reflejado en el resultado de su trabajo. Pensarán que el trabajo, en sí mismo, es feo, que las máquinas son feas, y que la actividad de trabajar también lo es. Y no es así, ya que las máquinas y la actividad del trabajo son extremadamente bellas, enloquecedoramente bellas. Y eso será el final de nuestra civilización, sí, el final. Llegará cuando el trabajo sea intolerable para los sentidos, cuando el trabajo cause náuseas, y, entonces, los trabajadores preferirán morirse de hambre. Cuando llegue ese momento, veremos cómo el martillo sólo se utiliza para destruir. Y, ahora, he aquí que tenemos la ocasión de construir fábricas hermosas, talleres hermosos. Sí, ésta es la ocasión.

Gudrun comprendió sólo en parte las palabras de Loerke. Y eso la dejó mortificada hasta el punto que casi se le saltaban las lágrimas. Preguntó a Úrsula:

—¿Que ha dicho?

Y Úrsula, brevemente, entre tartamudeos, tradujo el parlamento de Loerke. Loerke fijó la vista en la cara de Gudrun para adivinar su pensamiento. Gudrun preguntó a Loerke:

—¿Y estima que el arte debe estar al servicio de la industria?

Loerke repuso:

—El arte debe interpretar la industria, tal como en otros tiempos interpretó la religión.

Gudrun preguntó:

—¿Y esa feria que está haciendo es una interpretación de la industria?

—Ciertamente. ¿Qué hace el hombre cuando se encuentra en una de esas ferias? Goza de la compensación del trabajo; la máquina trabaja para él, en vez de trabajar él para la máquina. Goza del movimiento maquinal, con su propio cuerpo.

Gudrun dijo:

—Pero en este mundo ¿no hay más que trabajo, trabajo mecánico?

Inclinándose al frente, convertidos sus ojos en dos porciones de tinieblas, con puntos de luz, como cabezas de alfileres Loerke replicó:

—¡Trabajo y sólo trabajo! No hay nada más: estar al servicio de la máquina, movimiento y sólo movimiento. Esto es todo. Quien jamás ha trabajado para acallar el hambre no sabe cómo es el dios que nos gobierna.

Gudrun se estremeció, sonrojándose. Sin saber por qué, le faltaba poco para echarse a llorar. Contestó:

—No, nunca he trabajado por hambre; pero, de todos modos, he trabajado.

Loerke preguntó:

—Travaillé, lavorato? E che lavoro, che lavoro? Quel travail est-ce que vous avez fait?

Se expresó en una mezcla de francés e italiano, empleando instintivamente lenguas extranjeras al dirigirse a Gudrun. Con sarcasmo, Loerke añadió:

—Nunca ha trabajado tal como trabaja la gente.

Gudrun repuso:

—Sí, lo he hecho. Y ahora también trabajo para ganarme el pan.

Loerke guardó silencio, mirando fijamente a Gudrun, y luego decidió no seguir con aquel tema. Gudrun le parecía un ser trivial. Úrsula le preguntó:

—Pero ¿usted ha trabajado tal como la gente trabaja?

Loerke miró con desconfianza a Úrsula. Contestó con palabras secas y malhumoradas:

—Sí. Sé perfectamente lo que es tener que quedarme tres días en cama por no tener nada que comer.

Gudrun le miraba con los ojos dilatados, graves, de una manera que parecía extrajera de él, con su mirada, una confesión, como si extrajera los tuétanos de sus huesos. La manera de ser de Loerke, en su integridad, le impedía hacer confesiones. Sin embargo, los grandes y graves ojos que le miraban parecían abrir una válvula en sus venas, e involuntariamente Loerke confesó:

—No tuvimos madre, y a mi padre no le gustaba trabajar. Vivíamos en Austria, en la parte polaca de Austria. ¿Y cómo vivíamos? Pues como podíamos. Casi siempre en un cuarto que compartíamos con tres familias más, cada familia en un rincón del cuarto, y el váter en medio. En realidad, se trataba de un cubo con una tapa. Tenía dos hermanos y una hermana, y mi padre siempre andaba con alguna que otra mujer. A su manera, mi padre era un hombre libre, un hombre capaz de pelearse con quien fuera, en nuestra ciudad, y debemos tener en cuenta que se trataba de una ciudad con guarnición militar. También era un hombre pequeño. Pero no estaba dispuesto a trabajar al servicio de nadie. Le repugnaba y se negaba rotundamente.

Úrsula le preguntó:

—¿Y de qué vivían?

Loerke miró a Úrsula y luego, bruscamente, a Gudrun. Preguntó a ésta:

—¿Ha comprendido lo que he dicho?

Gudrun replicó:

—En parte. Lo suficiente.

Las miradas de Loerke y de Gudrun se encontraron. Luego Loerke apartó la vista. No estaba dispuesto a hablar más del tema. Úrsula le preguntó:

—¿Y cómo se hizo escultor?

—Cómo me hice escultor...

Hizo una pausa. Siguió, aunque en un tono diferente, comenzando a hablar

en francés:

—Cuando fui mayorcito, me dediqué a robar en el mercado. Luego empecé a trabajar, me dedicaba a estampar la impronta en botellas de arcilla, antes de que las cocieran, en una fábrica de botellas de cerámica. Entonces aprendí a hacer modelos de botellas. Y un día me cansé de ese trabajo. Me tumbé al sol y no fui a la fábrica. Después me fui andando a Munich, luego también a pie a Italia, pidiendo limosna, haciendo un poco de todo. Los italianos me trataron muy bien. Conmigo los italianos fueron buenos y decentes. En el trayecto de Bolzano a Roma, casi todas las noches me dieron de cenar y me ofrecieron cama, a veces de paja, en las casas de los campesinos. Amo de todo corazón a los italianos. Dunque, adesso, maintenant, gano mil o dos mil libras al año.

Fijó la vista en el suelo, después de haber pronunciado las últimas palabras en volumen decreciente, hasta que el sonido se extinguió.

Gudrun miró la suave, brillante y delgada piel de Loerke, que el sol había puesto de color tostado rojizo, piel lisa y tirante en la zona de la sien, y miró su cabello fino, y su bigote en forma de cepillo, de pelo grueso y áspero, sobre sus labios móviles y de forma indefinida. Le preguntó:

—¿Y qué edad tenía?

Loerke levantó la vista, con expresión sorprendida en sus ojos grandes, de enano, y repitió:

—Wie alt?

Dudó. Evidentemente, aquélla era una de sus materias reservadas. En vez de contestar, preguntó a Gudrun:

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintiséis.

Mirándola a los ojos, Loerke repitió:

—Veintiséis.

Guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—Und Ihr Herr Gemahl, wie alt ist er?

Gudrun preguntó:

—¿Quién?

No sin ironía, Úrsula aclaró a su hermana:

—Tu marido.

En inglés, Gudrun dijo:

—No tengo marido. —En alemán, contestó—: Treinta y un años.

Loerke la miraba fijamente con sus ojos extraños, grandes, suspicaces. Había en Gudrun algo que armonizaba con el modo de ser de Loerke. Aquel hombre era uno de aquellos «pequeños seres» sin alma, que ha encontrado al compañero en un ser humano. Pero el descubrimiento le causaba sufrimiento. Gudrun se sentía fascinada por Loerke, tan fascinada como si un ser extraño, un conejo, un murciélago o una foca, hubiera comenzado a hablarle. Pero Gudrun también sabía qué era aquello de lo que Loerke no tenía conciencia, a saber, de su tremendo poder para aprehender y comprender los movimientos del vivir de Gudrun. Loerke ignoraba su propia fuerza. Ignoraba que, con sus ojos grandes, vigilantes, sumergidos, podía mirar y ver el interior de Gudrun, ver lo que era, ver sus secretos. Loerke sólo quería que Gudrun fuera tal como era. La conocía muy bien, con un conocimiento subconsciente y siniestro, carente de ilusiones y de esperanzas.

Para Gudrun, en Loerke se daba el último fondo roqueño de cuanto era vida. Todos los demás tenían sus ilusiones, necesitaban sus ilusiones, su antes y su después. Pero Loerke, con un estoicismo perfecto, prescindía del antes y del después, pasaba de toda ilusión. No se engañaba a sí mismo, en un último análisis. En un último análisis, no le importaba nada, no le preocupaba nada, y no efectuaba el menor esfuerzo para ser solidario de algo. Existía a modo de pura voluntad sin relaciones, estoica y temporal. Sólo tenía su trabajo.

También era curioso lo mucho que la pobreza y degradación de la anterior vida de Loerke atraían a Gudrun. Para Gudrun algo insípido e incoloro había en la imagen del gentleman, del hombre que ha seguido el habitual camino de la escuela y la universidad. Contrariamente, experimentaba una fuerte simpatía hacia aquel hijo del barro. Loerke parecía estar hecho con la materia del vivir del inframundo. En ese aspecto, no había posibilidad de superar a Loerke.

Loerke también atraía a Úrsula. Era un hombre que inducía a ambas hermanas a rendirle cierta clase de homenaje. Pero había momentos en que Loerke parecía a Úrsula un ser indescriptiblemente inferior, falso, vulgar.

Tanto Birkin como Gerald sentían antipatía por Loerke. Gerald hacía caso omiso de él, no sin desprecio. Y Birkin reaccionaba con exasperación. Gerald preguntó:

—¿Por qué las mujeres consideran tan impresionante a ese renacuajo?

Birkin repuso:

—Sólo Dios lo sabe. Quizá sea uno de esos tipos que atraen a las mujeres haciéndolas sentir halagadas, y, por eso, ejerce poder sobre ellas.

Gerald miró sorprendido a Birkin y preguntó:

—¿Ejerce atractivo en las mujeres?

—¡Claro! Es el hombre perfectamente subyugado, que vive casi como un delincuente. Y las mujeres acuden corriendo al lado de esos tipos, como una corriente de aire acude al vacío.

—Es curioso que se porten así.

—Sí, es indignante. Pero, en las mujeres, ese individuo ejerce la fascinación de la lástima y la repulsión; es un pequeño monstruo obscuro, salido de las tinieblas.

Gerald se quedó inmóvil, sumido en pensamientos. Luego preguntó:

—¿Qué es lo que quieren las mujeres en el fondo?

Birkin se encogió de hombros y repuso:

—Sólo Dios lo sabe... Quizá cierta satisfacción sobre la base de la repulsión. Parece que vayan reptando a lo largo de un horrendo túnel de tinieblas, y que no puedan quedar satisfechas hasta haber llegado al final del túnel.

Gerald miró aquella especie de neblina formada por polvillo de nieve impulsado por el viento. Aquel día no se veía nada en ninguna parte. Era un día de horrible ceguera. Preguntó a Birkin:

—¿Y dónde está el final del túnel?

Birkin sacudió negativamente la cabeza:

—No lo sé, todavía no he llegado. Pregúntaselo a Loerke, que se ha acercado mucho. En este asunto está mucho más avanzado de lo que tú y yo llegaremos a estar.

Irritado, Gerald preguntó:

—Sí, bueno, pero ¿cuál es la materia en la que está más avanzado?

—En lo tocante al odio social. Vive como una rata en un río de corrupción, exactamente en el punto en que ese río se desploma formando una cascada en el pozo sin fondo. Está más adelantado que nosotros. Odia más profundamente los ideales. Odia de manera suma los ideales; sin embargo, aún está dominado por ellos. Supongo que es judío, o que, por lo menos, lo es en parte.

Gerald asintió:

—Probablemente.

—Es una pequeña negación roedora, una negación que roe las raíces de la vida.

—¿Y cómo es que todo el mundo le hace caso?

—Porque, en el fondo de su alma, todos odian los ideales. Todos quieren explorar las cloacas, y ese tipo es la rata sabia que nada en primer lugar.

Gerald seguía en pie, fija la vista en la blanca nube de nieve, fuera. Con voz átona, la voz propia de un condenado, demandó:

—No he comprendido bien tus palabras, los términos en que te has expresado. Sin embargo, ese deseo al que te has referido parece un tanto sórdido.

Birkin explicó:

—Me parece que todos deseamos lo mismo. Ocurre que nosotros queremos saltar rápidamente al abismo y caer por él en una especie de éxtasis, en tanto que ese individuo nada en el caudal de la cloaca.

Entretanto, Gudrun y Úrsula esperaban la próxima oportunidad de conversar con Loerke. Y no servía de nada abordarle en presencia de Gerald y Birkin. No, porque, en ese caso, las hermanas no podían entrar en contacto con el menudo y solitario escultor. Era preciso tenerle solo, con ellas. Y Loerke prefería que Úrsula estuviera presente, para que actuara a modo de instrumento transmisor con respecto a Gudrun.

Una noche, Gudrun preguntó a Loerke:

—¿Y sólo hace escultura relacionada con la arquitectura?

Loerke repuso:

—Ahora no. En escultura lo he hecho todo, menos retratos. Jamás he hecho bustos. Sí, he hecho muchas cosas...

Gudrun preguntó:

—¿Qué clase de cosas?

Loerke guardó silencio. Luego se levantó y salió de la estancia. Regresó casi inmediatamente, con un rollo de papel, que entregó a Gudrun. Gudrun lo desenrolló. Se trataba de un fotograbado reproduciendo una estatuilla, con la firma F. Loerke. Éste dijo:

—Es una obra primeriza, en manera alguna mecánica. Más popular.

Se trataba de una muchacha desnuda, menuda, de cuerpo bonito, montada en un gran caballo sin guarnición. Era una muchacha joven y tierna, todavía un capullo. Estaba montada de lado, con la cara entre las manos, como avergonzada, apenada, en una especie de leve abandono. El cabello, corto, con toda seguridad pajizo y lacio, le caía hacia delante, en dos crenchas, cubriéndole parcialmente las manos.

Las extremidades de la muchacha eran jóvenes y tiernas. Sus piernas, apenas formadas, eran las piernas de una doncella en trance de entrar en la cruel feminidad, y colgaban infantilmente al costado del poderoso caballo, con expresión patética, con los piececillos cruzados, como si la muchacha los quisiera ocultar. Pero no había ocultación. La muchacha estaba desnuda y al descubierto, en el costado del caballo desnudo.

El caballo, macizo y extático, estaba tenso como en un sobresalto. Era un caballo entero, magnífico, robusto, cuya potencia contenida le otorgaba rigidez. Tenía el cuello arqueado y terrible, como una hoz, y los flancos hundidos, con la rigidez de la potencia.

Gudrun se puso pálida, se le oscurecieron los ojos, como si estuviera avergonzada, y levantó la vista con cierta expresión suplicante, casi de esclava. Loerke la miró y sacudió levemente la cabeza. Con voz átona, perseverando en su intención de parecer tranquila, sin dar importancia a sus palabras, Gudrun dijo:

—¿Qué tamaño tiene?

Loerke la miró de nuevo y dijo:

—¿Qué tamaño?

Indicando el tamaño con las manos, Loerke dijo:

—Sin pedestal, así. Con pedestal, así.

Miraba fijamente a Gudrun. En el rápido movimiento de sus manos, había un leve desprecio, un desprecio brusco y seco. Gudrun pareció retraerse un poco. Echando la cabeza atrás y mirando a Loerke con afectada frialdad, preguntó:

—¿Y con qué material está hecho?

Loerke siguió mirándola fijamente, sin que su dominio sobre ella quedara socavado:

—Bronce. Bronce verde.

Aceptando fríamente el reto del escultor, Gudrun repitió:

—Bronce verde.

Gudrun imaginaba las esbeltas, inmaturas y tiernas piernas de la muchacha, en suave y frío bronce verde. Mirando a Loerke con oscura expresión de homenaje, dijo:

—Sí, hermoso.

Loerke cerró los ojos y, triunfalmente, apartó la vista. Úrsula terció:

—¿Por qué dio tanta rigidez al caballo? Está rígido como un bloque de piedra.

Belicoso de nuevo, Loerke preguntó:

—¿Rígido?

—Sí. Fíjese en lo tieso, estúpido y brutal que es ese caballo. Los caballos son sensibles, muy delicados, verdaderamente sensibles.

Loerke alzó los hombros y extendió las manos abiertas al frente, con lenta indiferencia, como si quisiera decir a Úrsula que no era más que una impertinente e ignorante aficionada. Con insultante tono de paciencia y condescendencia, dijo:

—Wissen Sie, este caballo es una forma, parte de un todo. Es parte de una obra de arte, una pieza de una forma. No es el retrato de un caballo amigo al que se le da un terrón de azúcar. Es parte de una obra de arte, y no guarda relación alguna con lo que se encuentra fuera de la obra de arte, sea lo que sea.

Úrsula, irritada al verse tratada tan de haut en bas, desde las alturas del arte esotérico hasta las profundidades del general esoterismo de los aficionados, alzó la cabeza y replicó, sonrojándose, con voz ardiente:

—Pero, de todas maneras, sigue siendo la imagen de un caballo.

Loerke volvió a encogerse de hombros con indiferencia:

—Bueno, como usted quiera. Desde luego, no es la imagen de una vaca.

En este punto intervino Gudrun, acalorada y brillante, ansiosa de impedir que aquella situación prosiguiera, ansiosa de cortar la insensata insistencia de Úrsula en ponerse en evidencia. Dirigiéndose a su hermana, Gudrun gritó:

—¿Qué quieres decir con que «es la imagen de un caballo»? ¿Qué quieres significar con la palabra «caballo»? No te refieres más que a la idea de caballo que llevas en tu cabeza, y esa idea es la que quieres ver representada. Hay otra idea, otra idea totalmente distinta. Si quieres decir que es un caballo, y si quieres decir que no es un caballo. También yo puedo decir que tu caballo no es un caballo, que es una falsedad, que es un invento tuyo.

Úrsula, desconcertada, vaciló. Pero inmediatamente las palabras acudieron a sus labios:

—Pero ¿por qué tiene Herr Loerke esa idea de lo que es un caballo? Ya sé que es su idea, ya sé que, en realidad, es una imagen de sí mismo...

Loerke soltó un resoplido de rabia, y con tono de rabiosa risa y burla repitió:

—¡Una imagen de mí mismo! Wissen Sie, gnädige Frau, esto es una

Kunstwerk, una obra de arte. Es una obra de arte y no la imagen o el retrato de algo. No tiene nada que ver con nada, sólo consigo misma, no guarda ninguna relación con cosas de la vida cotidiana, con esto, con aquello o con lo otro; no hay ninguna relación, se trata de dos planos de existencia diferentes, y traducir las realidades de un plano a las realidades del otro plano es algo peor que insensato, es oscurecer la mente, es crear confusión. No debe confundir el relativo mundo de la acción con el mundo absoluto del arte. No debe hacerlo.

Gudrun, soltándose en una especie de rapsodia, gritó:

—Es una gran verdad, las dos realidades están total y permanentemente separadas, no tienen nada que ver la una con la otra. Yo y mi arte no tenemos nada que ver. Mi arte está en otro mundo, y yo estoy en este mundo.

La cara de Gudrun estaba sonrojada y transfigurada. Loerke, sentado con la cabeza hundida entre los hombros, como un animal acosado, levantó la vista rápida y casi furtivamente hacia Gudrun, y murmuró:

—Ja... so ist es, so ist es.

Después de este estallido de su hermana, Úrsula guardó silencio. Estaba furiosa. De buena gana hubiera matado a los dos. Con voz tranquila dijo:

—No hay ni media palabra de verdad en ese sermón que acabo de escuchar. El caballo es una imagen de su propia cosecha, una imagen de estúpida brutalidad, y la muchacha es una muchacha a la que usted amó, torturó y luego abandonó.

Loerke la miró con una leve sonrisa de desprecio en los ojos. No, no se tomaría la molestia de defenderse de esa acusación.

Gudrun también guardaba silencio, en un estado de exasperado desprecio. Úrsula era una insufrible lega que se metía en terrenos que ni siquiera los ángeles osan hollar. Pero, en fin, siempre hay que soportar a los insensatos, aunque no sea un placer.

Sin embargo, Úrsula insistió:

—Y en cuanto a su mundo de arte y su mundo de realidad, diré que se ve usted obligado a separarlos debido a que no puede soportar saber lo que realmente es usted. No puede soportar darse cuenta de lo vulgar, rígido y brutal que es usted, y por eso dice: «esto es el mundo del arte». El mundo del arte no es más que la verdad acerca del mundo de la realidad. Eso es todo. Pero se encuentra usted en un estado tan grave que ya no puede comprenderlo.

Úrsula estaba blanca, temblorosa y decidida. Gudrun y Loerke mostraban con su rigidez la antipatía que sentían hacia ella. También Gerald, que había llegado al principio del discurso de Úrsula, estaba de pie, contemplándola con expresión de total desagrado y censura. A juicio de Gerald, Úrsula había

perdido la dignidad, había cubierto de vulgaridad aquel esoterismo que confería al hombre su suma distinción. Gerald unió sus fuerzas a las de los otros dos. Los tres deseaban que Úrsula se fuera. Pero Úrsula siguió sentada en silencio, con el alma en llanto, latiendo violentamente y retorciendo un pañuelo entre los dedos.

Los otros guardaban mortal silencio, dejando que las impertinencias de Úrsula se disolvieran en el aire. Después, Gudrun, con voz absolutamente fría y normal, como si reanudara una normal conversación intrascendente, preguntó:

—¿Era una modelo la muchacha?

—Nein, sie war kein Modell. Sie war eine kleine Malschülerin.

Gudrun exclamó:

—¡Estudiante de arte!

¡Y cuán revelada quedó la situación a la vista de Gudrun! Vio a la joven estudiante de arte, con el cuerpo aún sin formar, de carácter peligrosamente audaz, excesivamente joven, con el liso cabello rubio corto, colgándole hasta el cuello, y curvándose un poco hacia dentro, debido a lo espeso que era, y vio a Loerke, el famoso escultor, y la chica seguramente había recibido una buena educación y pertenecía a una buena familia, y se consideraba lo bastante importante para ser la amante de Loerke. Bueno... Gudrun sabía muy bien la vulgar brutalidad de esa clase de historias. Dresde, París, Londres... Lo mismo daba. Lo sabía muy bien.

Úrsula preguntó:

—¿Y dónde está ahora esa chica?

Loerke levantó los hombros para expresar su total ignorancia e indiferencia al respecto. Dijo:

—Han pasado ya seis años. Ahora tendrá veintitrés años, y ya no valdrá nada.

Gerald había cogido el fotograbado y lo miraba. En el pedestal vio que la obra se titulaba «Lady Godiva». Sonriendo con buen humor, Gerald observó:

—Pero esa chica no es lady Godiva. Esa lady Godiva era una mujer de mediana edad, esposa de no sé qué noble, que se cubría el cuerpo con su larga melena.

Con gesto burlón, Gudrun comentó:

—A la Maud Allan.

Gerald interpretó:

—¿Y qué tiene que ver Maud Allan con esto? Siempre he creído que la leyenda de lady Godiva es exactamente la que he dicho.

—Sí, Gerald querido, tengo la absoluta seguridad de que has interpretado la leyenda perfectamente.

Gudrun, con estas palabras, se había reído de Gerald, con cierto burlón y acariciante desprecio. Riendo también, Gerald expuso:

—La verdad es que hubiera preferido ver a la mujer antes que la melena.

Burlona, Gudrun añadió:

—No hace falta que lo digas.

Úrsula se levantó y se fue, dejando a los tres.

Gudrun cogió el fotograbado de manos de Gerald, y lo miró atentamente. En tono de mofa cariñosa, se volvió hacia Loerke y dijo:

—Desde luego comprendió usted muy bien a su pequeña malschülerin.

Loerke levantó las cejas y los hombros, con complacida indiferencia. Indicando la figura, Gerald preguntó:

—¿Te refieres a la chica?

Gudrun estaba sentada con el fotograbado en el regazo. Alzando la vista, miró a Gerald plenamente a los ojos, de tal manera que Gerald quedó como cegado. En tono juguetón, humorístico, con leve burla, le dijo:

—¿Verdad que supo comprenderla? Basta con mirar los pies, esos pies tan lindos, tan tiernos... Son realmente maravillosos, son...

Gudrun levantó lentamente la vista, dirigiendo una mirada ardiente, llameante, a los ojos de Loerke. El ardiente reconocimiento de Gudrun llenó el alma de Loerke, de modo que pareció que el escultor creciera y adquiriera más superioridad.

Gerald miró los pequeños pies de la escultura. Estaban el uno sobre el otro, cubriendo el uno al otro en patético temor y timidez. Los miró largo rato, fascinado. Luego, no sin dolor, dejó el fotograbado. Se sentía profundamente desolado.

Gudrun preguntó a Loerke:

—¿Cómo se llamaba?

Perdido en los recuerdos, Loerke repuso:

—Annette von Weck. Ja, sie war hübsch. Era linda, pero muy pesada. Latosa a más no poder. Era incapaz de estarse quieta un minuto. Hasta que le

daba de bofetadas, con fuerza, y la hacía llorar. Entonces sí, entonces se estaba cinco minutos quieta.

Loerke pensaba en la obra, en su obra, que era lo único que tenía importancia para él. Fríamente, Gudrun le preguntó:

—¿Realmente la abofeteaba?

Loerke miró a Gudrun, percibiendo en la actitud de ésta un reto. Con tranquila indiferencia, contestó:

—Sí, sí... Le daba las bofetadas más fuertes que he atizado en toda mi vida. No quedaba otro remedio. Era la única manera de acabar la obra.

Gudrun le miró unos instantes, con los ojos dilatados, oscuros. Parecía que estuviera estudiando el alma de Loerke. Luego bajó la vista en silencio.

Un extraño espasmo contrajo la cara del escultor, que dijo:

—No me gustan las chicas mayores de esa edad. A los dieciséis, diecisiete, dieciocho son bellas. Luego ya no me sirven.

Hubo una breve pausa. Gerald preguntó:

—¿Y por qué no?

Loerke se encogió de hombros:

—No me parecen interesantes, ni bellas. No me sirven, no sirven para mi trabajo.

Gerald volvió a preguntar:

—¿Quiere decir con eso que las mujeres dejan de ser bellas después de haber cumplido los veinte años?

—Para mí, es así. Antes de los veinte años, son pequeñas, lozanas, tiernas, leves. Luego, en cuanto a mí respecta, ya pueden ser como les dé la gana. No me sirven. La Venus de Milo es una burguesa. Y todas son unas burguesas.

Gerald le preguntó:

—¿Y no le gustan las mujeres de más de veinte años?

Con impaciencia, Loerke repitió:

—No me sirven, no sirven para mi arte, no me parecen bellas.

Con una carcajada levemente sarcástica, Gerald observó:

—Es usted un Epicuro.

De repente, Gudrun preguntó:

—¿Y qué opina de los hombres?

Loerke replicó:

—Los hombres están bien en todas las edades. El hombre debe ser grande y poderoso. El que sea joven o viejo carece de toda importancia, siempre y cuando tenga tamaño, una forma voluminosa y estúpida.

Úrsula había salido sola al mundo de nieve pura y nueva. Pero la deslumbrante blancura parecía golpearla hasta causarle daño, y tuvo la impresión de que el frío estrangulaba poco a poco su alma. Sentía la cabeza insensible y vacilante.

De repente, sintió deseos de irse. Como si se tratara de un milagro, pensó que podía ir a otro mundo. Allí, en la nieve eterna, se había sentido condenada, como si no hubiera nada más allá.

Bruscamente, como de milagro, recordó que lejos, más allá, abajo, se extendía la oscura tierra feraz, que hacia el sur había extensiones de tierra oscurecidas por los naranjos y los cipreses, agrisadas por los olivos, y que los acebos alzaban maravillosas sombras cual penachos de plumas contra el cielo azul. ¡Milagro entre milagros! Aquel sumamente silente y helado mundo de las cumbres no era universal. Más valía dejarlo y olvidarse de él. Más valía irse.

Úrsula quería que el milagro se realizara inmediatamente. Quería acabar en aquel instante con el mundo de la nieve, con las cumbres de hielo terribles y extáticas. Quería ver la tierra oscura, oler su terrosa fecundidad, ver la paciente vegetación invernal, sentir cómo el sol tocaba los capullos y los hacía reaccionar.

Regresó alegre a la casa, llena de esperanzas. Birkin leía tumbado en la cama.

Irrumpiendo violentamente en la estancia, Úrsula dijo:

—Rupert, quiero irme.

Birkin la miró detenidamente, y en tono dulce le preguntó:

—¿Quieres irte?

Úrsula se sentó junto a Birkin y le rodeó el cuello con los brazos. La sorprendió ver que Birkin no se sorprendiera. Preocupada, Úrsula le preguntó:

—¿Tú no quieres irte?

—No había pensado en esa posibilidad. Pero ahora tengo la plena seguridad de que también quiero irme.

Úrsula irguió el tronco:

—Odio esto. Odio la nieve, lo poco natural que es la nieve, la extraña luz

con que nos ilumina a todos, su repugnante encanto, los sentimientos innaturales que provoca en todos.

Tumbado, inmóvil, Birkin, meditativo, se echó a reír. Dijo:

—Bueno, pues podemos irnos. Sí, podemos irnos mañana. Mañana iremos a Verona, y encontraremos a Romeo y Julieta, y nos sentaremos en el anfiteatro. ¿Te parece bien?

En un brusco movimiento, Úrsula ocultó la cara en un hombro de Birkin, en un arrebato de perplejidad y timidez. Tal era la tranquilidad con que Birkin yacía. Suavemente, llena de alivio, Úrsula dijo:

—Sí.

Sentía que en su alma habían nacido alas nuevas al ver la tranquilidad de Birkin. Dijo:

—Me gustaría ser Romeo y Julieta, ¡mi amor!

—Pero no sé si sabes que en Verona sopla viento helado, procedente de los Alpes. Tendremos constantemente en las narices el olor de la nieve.

Úrsula volvió a erguirse, miró a Birkin y preguntó, preocupada:

—¿No te alegra irte de aquí?

Los ojos de Birkin eran inescrutables y rientes. Úrsula ocultó la cara en su cuello, se pegó prietamente a él, y suplicó:

—No te rías de mí. No te rías de mí.

Riendo y abrazándola, Birkin indagó:

—¿Se puede saber qué te ocurre?

En un susurro, Úrsula repuso:

—Pues que no me gusta que la gente se ría de mí.

Birkin rio todavía más, y besó el delicado cabello de Úrsula, que desprendía un sutil perfume. Con terrible seriedad, Úrsula le preguntó:

—¿Me quieres?

Riendo, Birkin contestó:

—Sí.

Bruscamente, Úrsula levantó la cabeza para que Birkin la besara. Los labios de Úrsula estaban tensos, trémulos y ansiosos, en tanto que los de Birkin parecían suaves, profundos y delicados. Birkin prolongó unos instantes el beso. Luego, una sombra de tristeza cubrió su alma.

Con leve reproche, Birkin dijo:

—Tienes la boca muy dura.

Alegre, Úrsula repuso:

—Y tú la tienes suave y agradable.

En tono de lamentación, Birkin preguntó:

—¿Por qué siempre aprietas los labios?

Rápidamente, Úrsula repuso:

—No te preocupes por eso. Es mi manera de ser.

Úrsula sabía con certeza que Birkin la amaba, estaba segura de él. Sin embargo, no podía liberarse de cierta rigidez y no podía tolerar que Birkin la interrogara. Úrsula se entregaba con deleite al amor de Birkin. Sabía que, a pesar de la alegría que Birkin experimentaba cuando ella se entregaba a él, también se sentía un poco entristecido. Úrsula podía entregarse de manera que se convirtiera en el objeto de la actividad de Birkin. Pero no podía ser ella misma, no se atrevía a ofrecerse totalmente desnuda a la desnudez de Birkin, abandonando toda compostura, entregándose con fe total. Úrsula se abandonaba a él, o bien se apoderaba de él y de él sacaba su alegría. Y gozaba plenamente de él. Pero jamás estaban íntegramente juntos, en el mismo instante, ya que siempre uno de los dos quedaba alejado. De todas maneras, Úrsula gozaba de la alegría de la esperanza, se sentía gloriosa y libre, plétórica de vida y de libertad. Y Birkin estaba quieto, y era suave y paciente, por el momento.

Hicieron los preparativos para irse al día siguiente. Primero fueron al dormitorio de Gudrun, donde ésta y Gerald acababan de vestirse para pasar la velada en el hostel.

Úrsula dijo:

—Pequeña, nos vamos mañana. No puedo aguantar más la nieve. Me daña la piel y el alma.

Un tanto sorprendida, Gudrun dijo:

—¿Realmente te daña el alma? Me parece perfectamente normal que te dañe la piel; para la piel, la nieve es terrible. Pero pensaba que, para el alma, era admirable.

—Para la mía no. Le hace daño.

—¿De veras?

En el cuarto se hizo el silencio. Úrsula y Birkin pudieron darse cuenta de

que su partida aliviaba a Gudrun y a Gerald. Éste, con cierto matiz de intranquilidad en la voz, preguntó:

—¿Os vais al sur?

Apartando la vista, Birkin repuso:

—Sí.

Se advertía que mediaba una extraña e indefinible hostilidad entre los dos hombres en los últimos tiempos. Por lo general, Birkin se comportó de manera apagada, con indiferencia, deslizándose en una especie de fácil y apagado discurrir, paciente y sin reparar en las cosas, desde el instante en que salieron de Inglaterra, en tanto que Gerald se portó con intensidad, como atrapado en una luz blanca. Los dos hombres se negaban recíprocamente.

Gerald y Gudrun trataron con gran amabilidad a la pareja que se iba, preocupándose por ellos como si fueran dos niños de corta edad. Gudrun fue al dormitorio de Úrsula con tres pares de medias, de aquellas medias de colores tan características de ella, y las arrojó sobre la cama. Eran gruesas medias de seda, de color bermellón, azul claro y gris, compradas en París. Las medias grises carecían de costura y eran pesadas. Úrsula se entusiasmó. Sabía que Gudrun forzosamente debía de hallarse en un tremendo arrebató de amor hacia ella, para desprenderse de aquellos tesoros. Úrsula gritó:

—Pequeña, no puedo aceptarlas. No puedo dejarte sin esas joyas.

Contemplando las medias con mirada envidiosa, Gudrun dijo:

—No son joyas... ¿Verdad que son preciosas?

—Debes quedarte con ellas.

—No las quiero. Tengo tres pares más. Quiero que te las quedes. Cógelas, son tuyas.

Y, con manos temblorosas y excitadas, Gudrun puso las medias debajo de la almohada de Úrsula, que dijo:

—De entre todas las cosas, lo que más satisfacción me da es un par de medias realmente bonitas.

—Es verdad. Es lo que más satisfacción da.

Y, después de decir estas palabras, Gudrun se sentó en la silla. Evidentemente, había ido al cuarto de Úrsula con el propósito de tener una última conversación con ella. Úrsula, ignorando lo que Gudrun pretendía, guardó silencio y esperó. En tono un tanto escéptico, Gudrun comenzó:

—¿Crees, Úrsula, que has comenzado a viajar con la idea de no volver jamás al punto de partida?

—Bueno, yo creo que regresaremos. Todo es cuestión de trenes.

—Sí, eso ya lo sabía. Pero, espiritualmente, y valga la expresión, ¿vas a alejarte de todos nosotros?

Úrsula se estremeció. Repuso:

—Ignoro totalmente lo que ocurrirá. Sólo sé que nos vamos de aquí, y que vamos a un sitio u otro.

Gudrun esperó. Luego preguntó:

—¿Y te alegras?

Úrsula meditó unos instantes y contestó:

—Creo estar muy contenta.

Antes que el tono tajante de las palabras de Úrsula, Gudrun percibió el inconsciente esplendor de la cara de su hermana. Luego Gudrun dijo:

—¿Y no crees que echarás de menos tu antigua relación con la gente, con nuestro padre y con todos nosotros, y todo lo que esta relación significa, que echarás de menos a Inglaterra, el mundo intelectual, no crees que necesitarás todo eso para crearte realmente un mundo propio?

Úrsula guardó silencio, esforzándose en imaginar la nueva situación. Por fin, casi involuntariamente, repuso:

—Creo que Rupert está en lo cierto. Uno necesita un nuevo espacio en el que estar, y, entonces, uno se cae del antiguo espacio.

Gudrun contemplaba a su hermana, impassible la cara, fija la mirada. Dijo:

—Estoy totalmente de acuerdo en que una necesita un nuevo espacio. Pero yo creo que un mundo nuevo no es más que una transformación de este mundo presente, y que aislarse en compañía de una sola persona no es, ni mucho menos, hallar un mundo nuevo, sino tan sólo encerrarse en las propias ilusiones.

Úrsula dirigió la vista al exterior, a través de la ventana. Y su alma comenzó a luchar, atemorizada. Las palabras siempre atemorizaban a Úrsula, debido a que le constaba que la fuerza de las palabras siempre la inducía a creer en aquello en que no creía. Llena de desconfianza, desconfianza de sí misma y de todos los demás, Úrsula dijo:

—Quizá.

Después de un silencio, añadió:

—Pero verdaderamente creo que es imposible conseguir algo nuevo mientras se está apegado a lo viejo, ¿comprendes lo que quiero decir? Incluso

luchar contra lo viejo significa estar apegado a lo viejo. Ya sé que siempre se tienen tentaciones de enfrentarse al mundo y luchar contra él. Pero, realmente, no vale la pena.

Gudrun meditó y dijo:

—Sí. En cierto modo una pertenece al mundo si vive en él. Pero ¿no es una ilusión creer que se puede salir del mundo? Después de todo, una casita en los Abruzos o en cualquier otro sitio no constituye un nuevo mundo. No, lo único que se puede hacer con el mundo es contemplar cómo se va acabando.

Úrsula apartó la vista. Las discusiones la aterraban. Dijo:

—Pero puede haber algo diferente, ¿no crees? Una puede ver cómo el mundo acaba, en su propia alma, antes de que el mundo acabe en la realidad. Y entonces, cuando una ha visto su propia alma, una se convierte en otro ser.

Gudrun preguntó:

—¿Es posible ver acabar el mundo en la propia alma? Si quieres decir que puedes ver el final de lo que ocurrirá, no estoy de acuerdo contigo. No, no puedo estar de acuerdo. Y, de todas maneras, no puedes irte volando a otro planeta nuevo, debido a que piensas que puedes ver el fin de éste.

Úrsula se irguió bruscamente:

—Sí. Se puede. Hay un momento en que una deja de tener relaciones aquí. Una tiene una nueva manera de ser que pertenece a otro planeta, un planeta nuevo, que no es éste. Y hay que dar el salto.

Gudrun reflexionó unos instantes. Luego en su rostro se formó una sonrisa de sensación de ridículo, casi de desprecio. Burlona, dijo:

—¿Y qué ocurrirá cuando te encuentres en el espacio? Las grandes ideas de este mundo son las mismas que las del otro. Tú, tú menos que nadie, eres capaz de hurtarte al hecho consistente en que el amor, por ejemplo, es el supremo bien, tanto en el espacio como en la tierra.

—No, no lo es. El amor es excesivamente humano y pequeño. Creo que lo que debemos conseguir proviene de lo desconocido y de allí llega a nosotros, y es algo infinitamente superior al amor. No es tan limitadamente humano.

Gudrun miró a Úrsula con mirada fija y equilibrada. ¡Cuánto admiraba y despreciaba, al mismo tiempo, a su hermana! De repente, apartó la cara y dijo fría y desagradablemente:

—En fin, todavía no he llegado más lejos del amor.

Por la mente de Úrsula pasó un pensamiento: «Como nunca has amado, no puedes llegar más lejos del amor».

Gudrun se levantó, se acercó a Úrsula y le pasó el brazo por los hombros, diciéndole con voz vibrante de falsa benevolencia:

—Anda, ve y encuentra tu nuevo mundo, querida Úrsula. Al fin, el más feliz de los viajes será buscar las Islas de la Bendición de Rupert.

El brazo de Gudrun descansó en los hombros de Úrsula y sus dedos en la mejilla, durante unos momentos. Úrsula se sintió terriblemente incómoda. La actitud protectora de Gudrun resultaba hirientemente insultante. Advirtiendo la resistencia de su hermana, Gudrun se apartó torpemente de ella, se acercó a la almohada y, levantándola, dejó las medias al descubierto. Soltó una risotada hueca y dijo:

—¡Cuánto hablamos! ¡Mundos nuevos y mundos viejos...!

Y pasaron a hablar de temas cotidianos.

Gerald y Birkin se habían adelantado, con la idea de que el trineo en que partían Úrsula y el propio Birkin los alcanzara. Birkin miró a Gerald, a la cara roja y casi inexpresiva, y dijo:

—¿Cuánto tiempo vais a quedaros aquí?

Gerald repuso:

—No lo sé. Hasta que nos cansemos del sitio.

—¿No temes que la nieve se funda antes de que os canséis?

Gerald se echó a reír y dijo:

—¿Se funde la nieve?

—En fin, veo que las cosas marchan bien para ti.

Gerald achicó un poco los ojos:

—¿Bien? Jamás he sabido lo que las palabras vulgares, como ésa, significan. Llegas un momento en que bien y mal son sinónimos, ¿no crees?

—Supongo... ¿Piensas regresar?

—No lo sé. Quizá jamás regresemos. No pienso en el pasado ni en el futuro.

Birkin dijo:

—Ni ansías lo que no existe.

Gerald miró a lo lejos, con ojos de pupila contraída, abstraídos, con ojos de halcón, y dijo:

—No. Hay algo definitivo en este viaje. Gudrun, para mí, es como un final. No sé... Gudrun, por otra parte, parece suave, tiene la piel sedosa y los brazos

pesados y suaves. Y esto tiene la virtud de marchitar mi conciencia, de quemar la esencia de mi mente.

Gerald anduvo unos pasos más, mirando al frente, fija la mirada, con la cara como una máscara utilizada en repulsivos ritos religiosos de pueblos bárbaros. Luego dijo:

—Es algo que te revienta los ojos del alma y te deja ciego. Sin embargo, uno desea estar ciego, desea reventar y no desea que nada cambie.

Había hablado como en un trance, inexpresiva la cara, como si sus palabras surgieran de la nada. De repente, se centró de nuevo en sí mismo, miró a Birkin con ojos vengativos y acobardados, y en tono de rapsodia dijo:

—¿Sabes lo que es sufrir mientras se está con una mujer? Es tan hermosa, tan perfecta, parece tan buena, que te desgarras como si fueras una porción de seda, y cada golpe, cada desgarramiento te quema como el fuego... ¡Ah, esa perfección, cuando uno estalla, cuando uno realmente estalla...!

Gerald se detuvo en la nieve, abrió las manos y siguió:

—Y, entonces, viene la nada. Parece que la mente haya ardiendo, como un harapo, y...

Gerald miró alrededor, fijó la vista en el aire, con un movimiento extraño, de histrión, y añadió:

—Es lo mismo que estallar. ¿Comprendes lo que quiero decir? Es una gran experiencia, es algo definitivo, filial, y, luego, te quedas encogido, como si hubieras recibido una descarga eléctrica.

Gerald anduvo en silencio. Parecía que hubiera estado alardeando, mediante aquellas palabras, aunque, como un hombre en una situación extrema, alardeando sin mentir. Gerald volvió a hablar:

—Desde luego, hubiera preferido no vivir esto. Es una experiencia total. Se trata de una mujer maravillosa. Pero ¡cuánto la odio en cierta manera! Es curioso...

Birkin le miró, miró aquella cara extraña, apenas consciente. Gerald había hablado como si fuera ajeno a sus propias palabras. Birkin dijo:

—Pero ¿ya estás cansado? Ya has vivido la experiencia. Por lo tanto, ¿para qué seguir revolviendo la espada en la herida?

—Bueno, no sé... Aún no ha terminado.

Y los dos siguieron adelante. Amargamente, Birkin dijo:

—No olvides que te he amado al igual que Gudrun.

Gerald le dirigió una mirada extraña, abstraída. Con helado escepticismo, dijo:

—¿Sí? O quizá lo has imaginado.

Apenas era responsable de sus palabras.

Llegó el trineo. Gudrun se apeó, y todos se despidieron. Cada cual siguió su camino. Birkin subió al trineo, y éste se puso en marcha, dejando a Gudrun y a Gerald en pie sobre la nieve, agitando la mano. Algo heló el corazón de Birkin, al ver a los otros dos allí, de pie, en el aislamiento de la nieve, haciéndose más y más pequeños, más y más aislados.

31. TUMBA DE NIEVE

Cuando Úrsula y Birkin se hubieron ido, Gudrun se sintió dispuesta a entablar su lucha con Gerald. A medida que se acostumbraban más y más el uno al otro, mayor era la presión que Gerald ejercía en Gudrun. Al principio, ella podía manejarle, de manera que su voluntad seguía siendo libre. Pero no tardó en llegar el momento en que Gerald hizo caso omiso de sus tácticas femeninas, dejó de respetar sus caprichos, así como su intimidad; comenzó a ejercer ciegamente su voluntad sin someterse a la de Gudrun.

Se había planteado un conflicto de vital importancia, que atemorizaba a los dos. Pero Gerald luchaba solo, en tanto que Gudrun había comenzado a mirar alrededor, en busca de ayuda exterior.

Cuando Úrsula se hubo ido, Gudrun sintió que su propia existencia había quedado desolada, vacía. Sola en su dormitorio, se agachaba y, por la ventana, contemplaba las grandes y brillantes estrellas. Frente a ella se extendía la sombra del pico de la montaña. Eso era el eje. Gudrun se sentía extraña y predestinada, como si toda su existencia hubiera quedado centrada en aquel eje y no hubiera otra realidad.

Un día, hallándose Gudrun en esa situación, Gerald abrió la puerta. Gudrun sabía que Gerald llegaría de un momento a otro. Rara vez estaba sola. Gerald siempre imponía su presencia, la aprisionaba como la escarcha, y así la iba matando.

Gerald dijo:

—¿Sola en la oscuridad?

Gudrun advirtió, por el tono empleado por Gerald, que a éste le desagradaba que ella estuviera sola y a oscuras, le desagradaba aquella soledad

que Gudrun se creaba alrededor. Sin embargo, se sentía extática y predestinada, por lo que trató a Gerald amablemente, diciéndole:

—¿Prefieres encender la vela?

Gerald no contestó. Se acercó a Gudrun y quedó de pie, a su espalda, en la oscuridad. Gudrun dijo:

—Mira qué estrella tan bonita, allí, arriba. ¿Sabes su nombre?

Gerald se agachó junto a ella, para mirar por la baja ventana, y dijo:

—No. Es muy hermosa.

—¡Muy hermosa! Si te fijas verás que despide destellos de diferentes colores... Es soberbia.

Los dos guardaron silencio. En ademán mudo y pesado, Gerald puso una mano sobre la rodilla de Gudrun y le cogió la mano. Le preguntó:

—¿Añoras a Úrsula?

—No, en absoluto.

Luego, perezosamente, Gudrun preguntó a Gerald:

—¿Cuánto me quieres?

Gerald se puso rígido, en antagonismo con Gudrun, y dijo:

—¿Cuánto crees tú?

—No lo sé.

—Pero ¿qué te parece?

Hubo una pausa. Por fin, en la oscuridad sonó la voz de Gudrun, dura e indiferente. Con frialdad, casi frívolamente, puntualizó:

—Creo que me quieres muy poco.

El sonido de la voz de Gudrun heló el corazón de Gerald. Como si reconociera la verdad de la acusación de Gudrun, pero odiándola por haberla formulado, Gerald preguntó:

—¿Y por qué no te quiero?

—No lo sé. Me porté bien contigo. Te encontrabas en un estado terrible cuando recurríste a mí.

Gudrun sentía que su corazón latía con tal fuerza que parecía fuera a ahogarla; sin embargo, se sabía fuerte e implacable. Gerald preguntó:

—¿Cuándo me encontraba en un estado terrible?

—Cuando recurríste a mí por primera vez. Tuve que apiadarme de ti. Pero no fue amor.

Esta afirmación, «no fue amor», sonó enloquecedoramente dura en los oídos de Gerald. Con voz ahogada por la rabia, preguntó:

—¿Por qué has de estar repitiendo constantemente que no hay amor entre tú y yo?

—¿Realmente crees que amas?

En fría pasión de ira, Gerald guardó silencio. Casi con desprecio, Gudrun dijo:

—No creerás que eres capaz de amarme, ¿verdad?

Gerald repuso:

—No.

—Te consta que nunca me has querido, ¿no es cierto?

—Ignoro lo que quieres decir mediante el verbo «querer».

—Lo sabes muy bien. Sabes perfectamente que nunca me has amado. ¿Crees que me has amado?

Impulsado por un estéril espíritu de obstinación y veracidad, Gerald contestó:

—No.

Con tono definitivo, Gudrun dijo:

—Y nunca me amarás.

Había en Gudrun una insoportable frialdad diabólica. Gerald repuso:

—No.

—En ese caso, ¿qué tienes contra mí?

Gerald guardó silencio, dominado por la desesperación y una rabia fría y atemorizada. Su corazón susurraba una y otra vez: «Si pudiera matarla. Si pudiera matarla, quedaría libre».

Le parecía que la muerte era la única manera de cortar aquel nudo gordiano. Dijo:

—¿Por qué me torturas?

Gudrun le echó los brazos al cuello. En tono de lástima, como si consolara a un niño, le dijo:

—Pero si yo no quiero torturarte...

Esta impertinencia enfrió las venas de Gerald, dejándole insensible. Gudrun mantenía sus brazos alrededor del cuello de Gerald, como en un triunfo de la lástima. Y la lástima que Gerald le inspiraba era fría como la piedra; su última fuente era el odio, y el miedo a su poder sobre ella, que Gudrun tenía que contrarrestar constantemente. Suplicó:

—Di que me amas. Di que me amarás siempre, siempre, siempre. Anda, dilo.

Pero sólo la voz suplicaba. Los sentidos de Gudrun estaban totalmente separados de los de Gerald, estaban fríos y prestos a destruirle. Lo que insistía era la avasalladora voluntad de Gudrun. Suplicante, Gudrun insistió:

—¿No quieres decir que me querrás siempre? Dilo, dilo aunque no sea verdad. Anda, Gerald, dilo.

Haciendo un esfuerzo para pronunciar las palabras, sintiendo un dolor mortal, Gerald repitió:

—Siempre te querré.

Gudrun le dio un rápido beso. En tono alegremente burlón, dijo:

—¡Fíjate, has conseguido decirlo!

Gerald se levantó como si hubiese recibido un bofetón. Gudrun, en tono mitad mimoso, mitad despectivo, pidió:

—Procura quererme un poco más y desearme un poco menos.

Gerald tenía la impresión de que la oscuridad, formando grandes oleadas, barría su mente. Tenía la impresión de haber quedado degradado en lo más íntimo, reducido a la nada. Habló al fin:

—¿Quieres decir que no me deseas?

—Eres tan insistente, tienes tan poca gracia, tan poco refinamiento... Eres tan primitivo... Me quebrantas, sólo me fatigas inútilmente... Es horrible.

Gerald repitió:

—¿Para ti es horrible?

—Sí. ¿No crees que más valdría que tuviera dormitorio aparte? Puedo ocupar el de Úrsula.

Gerald consiguió decir:

—Haz lo que quieras. Si lo deseas, puedes irte.

—Sí, ya lo sabía. Y tú también. Puedes dejarme siempre que quieras, y sin avisarme.

Las grandes oleadas de oscuridad cruzaban la mente de Gerald, de tal manera que apenas podía sostenerse en pie. Se sintió invadido por un terrible cansancio, y tuvo la impresión que de buena gana se tendería en el suelo. Se desnudó y se metió en la cama, y siguió allí, yacente, como un hombre bruscamente dominado por la embriaguez. La oscuridad se alzaba y se hundía, de manera que tenía la impresión de yacer en un mar negro que le mareaba. Quedose inmóvil en aquel extraño y horrible ir y venir, durante un rato, totalmente inconsciente.

Por fin, Gudrun dejó su cama y se deslizó en la de Gerald. Gerald siguió rígido, de espaldas a ella. Estaba casi inconsciente.

Gudrun abrazó el cuerpo aterrador e insensible de Gerald, y apoyó la mejilla en su hombro duro.

Musitó:

—Gerald, Gerald.

Gerald siguió igual. Gudrun oprimió el cuerpo de Gerald contra el suyo. Oprimió sus pechos contra sus hombros, le besó los hombros, a través de la chaqueta de la prenda de dormir. El cuerpo rígido y sin vida de Gerald la intrigaba. Estaba desorientada. Insistente, su voluntad quería que Gerald le hablara.

Inclinándose sobre Gerald, besándole una oreja, Gudrun susurró:

—¡Gerald, querido!

El cálido aliento de Gudrun, jugando, volando rítmicamente sobre la oreja de Gerald, relajó su tensión. Gudrun sintió que el cuerpo de Gerald poco a poco se relajaba, que perdía su terrible y rara rigidez. Las manos de Gudrun acariciaron los miembros de Gerald, acariciaron sus músculos, pasando espasmódicamente por ellos.

La sangre caliente volvió a fluir a lo largo de las venas de Gerald, y su cuerpo se relajó. Con abandonada insistencia, con acento de triunfo, Gudrun murmuró:

—Vuélvete hacia mí.

Por fin, Gerald volvió a estar cálido y flexible, entregado. Se volvió y tomó a Gudrun en sus brazos. Y al sentir el cuerpo de Gudrun suave contra el suyo, tan perfecta y maravillosamente suave y receptivo, los brazos de Gerald lo oprimieron con fuerza. Gudrun, aplastada contra Gerald, había perdido su poder. El cerebro de Gerald parecía duro e invencible, como una joya, y era imposible resistirse a él.

La pasión de Gerald era terrible para Gudrun, era una pasión tensa y

horrible, impersonal como una destrucción, definitiva y última. Gudrun tenía la impresión de que aquella pasión la mataría. La estaba matando ya.

Angustiada, en los brazos de Gerald, sintiendo que la vida se extinguía en su interior, Gudrun exclamó:

—Dios mío, Dios mío...

Y, cuando Gerald la besaba, tranquilizándola, el aliento de Gudrun salía de sus labios lentamente, como si se estuviera acabando, como si agonizara. Gudrun se repetía, en su fuero interno: «¿Moriré, realmente moriré?».

Ni la noche ni Gerald daban contestación a esta pregunta.

Sin embargo, al día siguiente, aquella parte de Gudrun que no había quedado destruida, seguía intacta y hostil, y Gudrun no se fue, sino que se quedó para terminar aquellas vacaciones, negándose a ceder. Gerald casi nunca la dejaba sola, la seguía como una sombra, y era para ella como una constante condena, un incesante «tú debes» y «tú no debes». A veces, Gerald era quien parecía ser el más fuerte de los dos, en tanto que Gudrun parecía casi inexistente, como un viento moribundo que se arrastra junto al suelo. Pero otras veces ocurría lo contrario. Sin embargo, siempre se daba aquel movimiento de ir y venir, como el de una sierra. Uno de ellos destruía, destruía a fin de que el otro pudiera existir, y el otro se afirmaba en sí mismo debido a que el oponente había quedado anulado.

Gudrun se decía: «Ha llegado el final, tengo que abandonarle».

Y Gerald, en su paroxismo de sufrimiento, se decía: «Puedo liberarme de ella».

Y Gerald se dispuso a liberarse. Incluso preparó su huida, dejando a Gudrun en la estacada. Pero, en la primera ocasión que lo intentó, su voluntad se resquebrajó.

Gerald se preguntó: «¿Y adónde iré?».

Amparándose en su orgullo, se dijo: «¿Es que no puedo ser independiente?».

Repitió para sí: «¡Independiente!».

Gerald tenía la impresión de que Gudrun fuera autosuficiente, cerrada y completa, como algo contenido en un estuche. Con el sereno y extático razonamiento de su espíritu, Gerald reconocía lo anterior, y se daba cuenta de que ello constituía un legítimo derecho de Gudrun, sí, estar replegada sobre sí misma, encerrada en sí misma, completa y sin deseos: era su derecho. Gerald se dio cuenta, lo reconoció, y sólo necesitaba efectuar un último esfuerzo y conquistar para sí aquella especie de completa integridad. Sabía que sólo

necesitaba una convulsión de la voluntad para también replegarse en sí mismo, encerrarse en sí mismo, como una piedra se fija en sí misma y queda completa, imperturbable, aislada.

Ese conocimiento produjo en Gerald un estado de caos terrible, debido a que por mucho que se esforzara mentalmente en quedar inmunizado y completo en sí mismo, le faltaba el deseo de llegar a ese estado, y, en consecuencia, no podía alcanzarlo. Le constaba que, si quería existir, debía liberarse totalmente de Gudrun, dejarla si ella quería que la dejara, no pedirle nada, no arrogarse ningún derecho sobre ella.

Pero para no arrogarse ningún derecho sobre Gudrun, Gerald tenía que sostenerse solo, por sí mismo, en la mismísima nada. Y su mente quedaba anulada al enfrentarse con esta idea. Quedaba reducida a la nada. Por otra parte, Gerald podía ceder, plegarse a la voluntad de Gudrun. Y, por fin, también le quedaba la posibilidad de matarla. También podía convertirse en un ser indiferente, sin propósitos, disipado, momentáneo. Pero Gerald era hombre serio por naturaleza, no lo bastante alegre ni lo bastante sutil para entregarse al comportamiento licencioso y burlón.

Había aparecido en él una extraña grieta, era como la víctima propiciatoria que, con el vientre rajado, es ofrecida a los cielos. De la misma forma, Gerald había quedado resquebrajado y entregado a Gudrun. ¿Cómo iba a cerrar aquella grieta? ¿Cómo iba a cerrar aquella herida, aquella extraña, infinitamente sensible abertura de su alma, por la que quedaba al descubierto, como una flor ante el universo entero, y por la cual había quedado sometido a su complemento, al otro ser, con lo que quedaba incompleto, limitado, inacabado, como una flor abierta bajo el cielo, y que era el más cruel de los goces? ¿Por qué renunciar? ¿Por qué tenía que cerrarse sobre sí mismo y transformarse en un ser impertérrito, inmune, como una realidad parcial cubierta con una funda, después de haberse abierto, como una semilla fecundada, para salir a la vida y abrazar los cielos no percibidos?

Gerald decidió que conservaría la inacabada dicha de sus deseos, aceptando incluso las torturas que Gudrun le infligía. Quedó dominado por una extraña obstinación. No se apartaría de Gudrun fuera lo que fuese lo que ésta hiciera o dijera. Una extraña y letal ansia le impulsaba a seguir al lado de Gudrun. Ésa era la influencia que determinaba el mismísimo ser de Gerald, a pesar de que Gudrun lo trataba con constante desprecio, repetidas denegaciones e insistentes rechazos. A pesar de eso, Gerald jamás se iría del lado de Gudrun, ya que sólo con estar al lado de ella se sentía revivir, sentía que su ser fluía, se sentía liberado, tenía el conocimiento de su propia limitación, sentía la magia de la promesa, así como el misterio de su propia destrucción y aniquilamiento.

Gudrun torturaba el corazón de Gerald, incluso cuando éste recurría a su ayuda. Y también se torturaba a sí misma. Quizá se debiera a que su voluntad era más fuerte que la de Gerald. Con horror, Gudrun tenía la impresión de que Gerald desgarraba el núcleo central de su corazón, lo dejaba rajado y abierto, y lo hacía con persistencia, como un ser implacable e irreverente, como el muchacho que arranca las alas de la mosca, o raja el capullo de una flor para ver qué hay dentro, Gerald desgarraba la intimidad de Gudrun, su mismísima vida, la destruía tal como se destruye, rajándolo, el capullo inmaduro.

Gudrun era capaz de abrirse a Gerald, aunque desde lejos, en sus sueños, cuando era puro espíritu. Pero no estaba dispuesta a que la violara y la destruyera. Gudrun se encerró en sí misma ferozmente, en contra de Gerald.

Al atardecer subieron la cuesta para ver la puesta del sol. Respirando el aire leve, juntos contemplaron cómo el sol descendía en el aire carmesí, y desaparecía. Entonces, al este, los picos y los riscos quedaron resplandecientes en vívido color rosa, en una incandescencia de flores inmortales contra el cielo pardo purpúreo, como un milagro. Mientras, abajo, el mundo se transformaba en una sombra azulenca, y, arriba, como en una anunciación, quedaba un fluido rosáceo suspendido en el aire.

Para Gudrun aquello fue increíblemente hermoso, como un delirio, y sintió deseos de llevarse los esplendentes picos eternos al pecho y morir. Gerald se fijó en los picos, se dio cuenta de que eran hermosos. Pero en su pecho no se alzaron clamores, sino tan sólo una amargura que, esencialmente, tenía mero carácter visionario. Gerald deseaba que los picos fueran grises y feos, a fin de que Gudrun no hallara apoyo en ellos. ¿Por qué Gudrun traicionaba a los dos, los traicionaba de aquella terrible manera, al abrazar el esplendor del ocaso? ¿Por qué Gudrun le abandonaba, dejándole allí, solo, con el viento helado soplando contra su corazón, como una muerte, para gozar ella entre los rosáceos picos nevados?

Gerald dijo:

—¿Qué importa el ocaso? ¿Por qué te extasías con él? ¿Tan importante es para ti?

Sintiéndose agredida, Gudrun se envaró furiosa y gritó:

—Vete, vete y déjame con el ocaso.

En tono de rapsodia, añadió:

—Es lo más hermoso que he visto en mi vida. No te interpongas entre ese ocaso y yo. Vete. Aquí sobras.

Gerald retrocedió un poco, y dejó a Gudrun allí, como una estatua, incorporada al místico esplendor del oriente. El color rosáceo ya se estaba

extinguendo, grandes estrellas blancas comenzaban a brillar. Gerald esperó. Estaba dispuesto a abandonarlo todo menos sus deseos.

Cuando, por fin, Gudrun regresó a su lado, dijo en tono frío y brutal:

—Es lo más perfecto que he visto en mi vida. Me asombra que quisieras destruirlo. Si eres incapaz de percibir esa belleza, ¿por qué intentas privarme de ella?

Pero, en realidad, Gerald había destruido aquello para Gudrun, quien se dañaba esforzándose en gozar de un efecto ya muerto.

Con voz suave, mirando a Gudrun, Gerald dijo:

—Llegará el día en que te destruiré a ti mientras contemplas un ocaso. Te destruiré por embustera.

Para Gerald, en esas palabras hubo una dulce promesa. Gudrun quedó helada, pero mantuvo su arrogancia, y dijo:

—Tus amenazas no me dan miedo.

Gudrun rechazaba a Gerald, conservando en todo momento, rígidamente, la intimidad de su dormitorio, en el que Gerald no entraba. Pero Gerald esperaba, con curiosa paciencia, entregado al deseo que ella le inspiraba.

En promesa realmente voluptuosa, Gerald se decía: «Al final, cuando llegue el momento oportuno, me desembarazaré de ella». Y todos sus miembros se estremecían delicadamente, con placer anticipado, del mismo modo que también temblaba en sus más violentos accesos de apasionado acercamiento a Gudrun, llevado por los excesos de su deseo.

Gudrun había entablado una curiosa relación de hermandad con Loerke, una relación insidiosa y traicionera. Gerald lo percibía claramente. Pero, por hallarse Gerald en aquel extraño estado de paciencia, de renuncia a endurecerse para atacar a Gudrun, hacía caso omiso de aquella relación, a pesar de que la dulce amabilidad con que Gudrun trataba a Loerke, a quien Gerald odiaba por considerarle un insecto venenoso, le producía accesos de aquellos extraños temblores que le acometían a menudo.

Gerald dejaba sola a Gudrun únicamente cuando iba a esquiar, deporte al que era muy aficionado y que Gudrun no practicaba. Gracias al esquí, Gerald tenía la impresión de abandonar volando la vida, de transformarse en un proyectil lanzado hacia el más allá. Y, frecuentemente, mientras Gerald esquiaba, Gudrun hablaba con el menudo escultor alemán. El tema de esas conversaciones siempre era el mismo: su arte.

Los dos tenían casi las mismas ideas. Loerke odiaba a Mestrovic, los futuristas no le convencían, le gustaban las figuras de madera del África

Occidental y le gustaba el arte azteca, mexicano y de la América Central. Loerke sabía percibir lo grotesco, y se embriagaba con una curiosa especie de movimiento mecánico que era para él como una manera de fundirse con la naturaleza. Gudrun y Loerke compartían un juego infinitamente sugestivo, extraño y burlón, como si tuvieran una esotérica comprensión de la vida, como si sólo ellos estuvieran iniciados en los terribles secretos esenciales que el resto del mundo no osaba conocer. Su relación se basaba en unas extrañas y apenas comprensibles sugerencias, que se alimentaban con la sutil lujuria de los egipcios y los mexicanos. Todo su juego radicaba en la sutil intersugerencia, y querían conservarlo siempre en el plano de la sugestión. Los matices verbales y físicos les producían las más altas satisfacciones nerviosas, satisfacciones surgidas de un extraño intercambio de ideas medio apuntadas, de miradas, ademanes y gestos, lo que resultaba absolutamente intolerable, aunque incomprensible, para Gerald. Éste carecía de instrumentos con los que pensar en aquella relación entre los otros dos. Los instrumentos intelectivos de Gerald eran excesivamente rudimentarios.

Las sugerencias del arte primitivo eran el refugio de Gudrun y Loerke, y los misterios interiores de las sensaciones eran el objeto de su culto. Para ellos, el Arte y la Vida eran la Realidad y la Irrealidad.

Gudrun decía:

—Desde luego, la vida carece de importancia. Lo esencial es el propio arte. Lo que una hace en la vida tiene peu de rapport, poco significa.

Y el escultor replicaba:

—Sí, es exactamente así. El aliento del propio ser es lo que uno hace en su arte. Lo que uno hace en la propia vida es una bagatela que solamente sirve para que los profanos se ocupen de ello.

Era curiosa la sensación de entusiasmo y libertad que esas conversaciones provocaban en Gudrun. Se sentía segura. Desde luego, Gerald era una bagatela. El amor era una de las cosas temporales en la vida de Gudrun, salvo cuando la afectaba como artista. Pensaba en Cleopatra. Cleopatra forzosamente tuvo que ser artista. Extraía lo esencial de cada hombre, arrancaba las últimas sensaciones y tiraba la cáscara vacía. Y María Estuardo y Eleonora Duse, jadeando con sus amantes, después del teatro, éstas eran los exponentes esotéricos del amor. ¿Qué era el hombre amante sino combustible para aquellos transportes de sutil conocimiento, combustible para el arte femenino, el arte del puro, perfecto, conocimiento en la comprensión sensual?

Una noche, Gerald discutía con Loerke acerca de Italia y Trípoli. El inglés se hallaba en un extraño e inflamable estado de ánimo, y el alemán estaba excitado. Era una batalla de palabras que, en realidad, significaba un conflicto

espiritual entre los dos hombres. Y, en todo instante, Gudrun veía en la actitud de Gerald el arrogante desprecio inglés hacia el extranjero. A pesar de que Gerald temblaba, de que sus ojos llameaban, de que estaba con la cara enrojecida, en sus argumentaciones había una brusquedad y en sus modales un salvaje menosprecio, que hacían hervir la sangre en las venas de Gudrun, y que mortificaban a Loerke, dando ocasión a sus argumentaciones. Gerald no hacía más que formular afirmaciones como martillazos, y todo lo que decía el alemán le parecía despreciable e insensato.

Por fin, Loerke se volvió hacia Gudrun, levantó las manos en ademán de irónica impotencia, y se encogió de hombros en cómica renuncia, todo ello con expresión de súplica infantil. Comenzó a decir:

—Sehen Sie, gnädige Frau...

Gudrun, destellantes los ojos, ardientes las mejillas, gritó:

—Bitte sagen Sie nicht immer, gnädige Frau.

Parecía una vívida Medusa. Había hablado con voz muy alta, clamorosa, y todos los que se hallaban en la habitación la miraron sobresaltados. También en voz alta, dijo:

—¡Y, por favor, no me llame señora Crich!

Este tratamiento había significado para Gudrun, en los últimos días, sobre todo en labios de Loerke, una intolerable humillación, una limitación de su libertad.

Los dos hombres se miraron pasmados. A Gerald se le pusieron blancos los pómulos. En suave y burlona insinuación, Loerke preguntó:

—¿Cómo quiere que la llame entonces?

Sonrojadas las mejillas, Gudrun repuso:

—Sagen Sie nur nicht das. Por lo menos, no me dé ese tratamiento.

Por la expresión de caer en la cuenta que apareció en el rostro de Loerke, Gudrun vio que había comprendido. Gudrun no era la señora Crich. Claro... eso explicaba muchas cosas. Con malicia, Loerke preguntó:

—Soll ich Fräulein sagen?

No sin altanería, Gudrun repuso:

—No estoy casada.

El corazón de Gudrun palpitaba alocadamente, aleteaba como un pájaro asustado y desconcertado. Sabía que acababa de infligir una cruel herida, y apenas podía soportarlo.

Gerald estaba sentado con la espalda erguida, perfectamente quieto, pálida y sosegada la cara, como el rostro de una estatua. Había dejado de tener conciencia de la presencia de Loerke, de la de Gudrun, de la de todos. Estaba perfectamente quieto, en una calma inalterable. Entretanto, Loerke, encogido el cuerpo, la cabeza hundida entre los hombros, observaba.

Gudrun sentía dolorosamente que tenía que decir algo para aliviar la tensión. Formó una sonrisa torcida, y dirigió a Gerald una mirada de profundo conocimiento, casi despectiva. Formando una mueca, dijo:

—Más vale decir la verdad.

Pero Gudrun volvía a estar bajo el dominio de Gerald, debido a que le había propinado aquel golpe, debido a que le había destruido, y ella ignoraba cómo había reaccionado ante ello. Gudrun observaba a Gerald. Le interesaba. Había perdido todo interés por Loerke.

Por fin, Gerald se levantó, y, a paso tranquilo y reposado, se acercó al profesor. Los dos iniciaron una conversación sobre Goethe.

La sencillez del comportamiento de Gerald, aquella noche, dejó un tanto molesta e intrigada a Gudrun. Gerald no causó la impresión de haberse enfadado, sino que pareció curiosamente puro e inocente, realmente bello. A veces, Gerald adoptaba aquel aire de limpia lejanía, y eso siempre la fascinaba.

Inquieta, Gudrun se mantuvo a la espera durante toda la velada. Pensaba que Gerald evitaría su trato, o que manifestaría, de una manera u otra, su reacción. Pero Gerald habló con ella sencillamente, sin rastros de emoción, igual que hubiera hablado con cualquiera de los huéspedes. Cierta paz, una abstracción dominaban su alma.

Por eso, Gudrun fue al dormitorio de Gerald, ardiente y violentamente enamorada de él. Gerald la besó y fue su amante. Gudrun consiguió que Gerald le proporcionara unos momentos de extremado placer. Pero Gerald no se entregó a Gudrun, sino que siguió lejano y cándido, carente de consciencia. Gudrun deseaba hablarle. Pero aquel inocente y hermoso estado de inconsciencia en que Gerald se encontraba se lo impedía. Gudrun se sentía atormentada y tenebrosa.

Sin embargo, Gerald, a la mañana siguiente, la miró con cierta aversión, con un horror y un odio que entenebrecieron sus ojos. Gudrun se retiró a su terreno, el terreno en que anteriormente se encontraba. Pero, a pesar de ello, Gerald no adoptó una actitud hostil.

Loerke esperaba a Gudrun. El diminuto artista, aislado en su total envoltorio, consideraba que por fin había encontrado una mujer que podía

darle algo. Esperaba inquieto el momento de hablar con Gudrun e ingeniaba sutiles recursos para estar cerca de ella. La presencia de Gudrun dejaba a Loerke lleno de agudeza y excitación. Loerke gravitaba sagazmente hacia Gudrun, como si ésta tuviera una invisible fuerza de atracción.

Loerke no tenía la menor duda en cuanto hacía referencia a Gerald. Era un profano. Le odiaba sólo por ser rico y altivo, y por su elegante apariencia externa. Sin embargo, la riqueza, la altivez y la clase social, así como la apostura física, sólo eran factores externos. En cuanto se trataba de sostener una relación con una mujer como Gudrun, él, Loerke, tenía un modo de hacer y un poderío que Gerald ni siquiera había podido soñar.

¿Cómo podía Gerald albergar esperanzas de satisfacer a una mujer del calibre de Gudrun? ¿Imaginaba que la altivez, la voluntad dominante o la fortaleza física podían servirle para algo? Loerke sabía un secreto que superaba estas cualidades. El poder más grande es el poder sutil y que se adapta, y no el que ataca ciegamente. Y él, Loerke, gozaba de comprensión en materias con respecto a las cuales Gerald era un perfecto asno. Él, Loerke, podía penetrar en profundidades cuya existencia Gerald ignoraba. Gerald quedaba atrás, muy atrás, como un novicio, en la antesala de aquel templo de misterios que era Gudrun. Pero él, Loerke, ¿acaso no podía penetrar en la oscuridad interior, acaso no podía descubrir el espíritu de aquella mujer, en su último recoveco, y luchar allí con él, luchar con la serpiente central que está enroscada en el núcleo esencial del vivir?

Después de todo, ¿qué es lo que la mujer quiere? ¿Es solamente el éxito social, convertir en realidad la ambición social, en el común vivir humano? ¿Es una unión en el amor y la bondad? ¿Quiere la mujer «bondad»? ¿Quién, salvo un necio, pensaría eso con respecto a Gudrun? Eso era lo que se veía desde la calle, en Gudrun. Cruza el umbral y verás que es completamente cínica en lo tocante al mundo social y sus ventajas. Y, en cuanto se penetraba en el interior de la casa del alma de Gudrun, se advertía un penetrante ambiente corrosivo, una inflamada oscuridad de sensaciones, una vívida, sutil y crítica conciencia que veía un mundo deforme y horrible.

¿Y a continuación qué más? ¿Sería la ciega fuerza de la pasión lo que ahora podía satisfacer a Gudrun? No, sino las sutiles emociones de las sensaciones extremas en la reducción. Sería una voluntad inquebrantable que reaccionara contra la voluntad inquebrantable de Gudrun, en miríadas de sutiles emociones de reducción, llevadas a cabo en la oscuridad con ella, mientras la forma externa, el individuo, seguía absolutamente invariable, incluso sentimental, en sus posturas.

Pero entre dos personas determinadas, sean las que sean entre cuantas hay en el mundo, la gama de las puras sensaciones es limitada. La cumbre de la

reacción sensual, tan pronto como se alcanza, desde cualquier punto, no permite avanzar más. Sólo queda la posibilidad de la repetición, o de la separación de los protagonistas, o la sumisión de uno a la voluntad del otro, o la muerte.

Gerald había penetrado en todas las zonas externas del alma de Gudrun. Para ésta, Gerald era el más crucial ejemplo del mundo existente, el non plus ultra del mundo masculino, tal como existía. Al conocerle, Gudrun se sintió como Alejandro al ver nuevos mundos. Pero no había nuevos mundos, ya no había más hombres, sólo había seres, seres últimos y definitivos como Loerke. Para Gudrun, el mundo había terminado. Para ella sólo quedaba la oscuridad interior e individual, la sensación dentro del ego, el obscuro y religioso misterio de la última y suma reducción, las místicas actividades de la fricción que reduce diabólicamente, que desintegra el vital y orgánico cuerpo de la vida.

Gudrun sabía todo lo anterior en su subconsciente, aunque no en su mente. Sabía cuál iba a ser su próximo paso, sabía hacia dónde se dirigiría cuando dejara a Gerald. Temía a Gerald, temía que Gerald la matara. Pero Gudrun no estaba dispuesta a que la mataran. La sutil amenaza aún tenía la virtud de unirla a Gerald. Y no sería la muerte de Gudrun lo que rompiera ese vínculo. Gudrun tenía que ir más lejos, tenía que gozar de una experiencia situada más allá, lenta y exquisita, una experiencia de inimaginables sutilezas de sensación, antes de terminar.

Gerald carecía de la capacidad precisa para proporcionarle la última serie de sutilezas. No podía alcanzar el núcleo central de Gudrun. Pero aquel lugar al que los rudos golpes de Gerald no podían llegar, podía ser alcanzado por la fina e insinuante hoja de la comprensión de insecto de Loerke. Por fin, había llegado el momento de que Gudrun se entregara a aquel otro, al ser, al último y definitivo artesano. Gudrun sabía que Loerke, en el último recoveco de su alma, se mantenía alejado e independiente de todo, y que, para él, no había cielo, ni tierra, ni infierno. No había lealtad alguna para él, a nada se adhería. Era puramente individual, y, por su alejamiento de todos los demás, absoluto en sí mismo.

Contrariamente, en el alma de Gerald todavía quedaban adherencias al resto, al todo. Ésta era la limitación de Gerald. Era hombre limitado, borné, y, en última instancia, sometido a la necesidad de la bondad, de la justicia, de la solidaridad con los últimos propósitos. Y Gerald no admitía que el último propósito fuera la perfecta y sutil experiencia del proceso de la muerte, con la voluntad intacta. Ésa era su limitación.

Desde el momento en que Gudrun había desmentido que estuviera casada con Gerald, se advertía en Loerke una actitud de triunfal espera. El artista

parecía un ser alado que, en el aire, espera el momento de posarse. No abordó violentamente a Gudrun, jamás fue inoportuno. Pero llevado por un instinto infalible, en la total oscuridad de su alma, Loerke se mantenía en mística correspondencia con Gudrun de forma externamente imperceptible, pero patente. En los dos días siguientes, Loerke siguió manteniendo con Gudrun aquellas conversaciones acerca del arte y de la vida que tanto gustaban a los dos. Alababan las realidades del pasado, y gozaban sentimental e infantilmente con las perfecciones alcanzadas en tiempos idos. Les gustaba de modo especial el siglo XVIII, el período de Goethe, de Shelley y de Mozart.

Jugueteaban con el pasado y con las grandes figuras del pasado, de manera parecida al juego del ajedrez o al teatro de marionetas, con el solo fin de divertirse. Todos los grandes hombres estaban a su disposición, como marionetas, y ellos dos eran el dios que dirigía y hacía funcionar el teatrillo. Jamás hablaban del futuro, salvo cuando se reían de algún absurdo sueño de destrucción del mundo en una ridícula catástrofe resultante de la invención humana: un hombre inventaba un explosivo tan poderoso que partía la tierra en dos porciones, y cada una de estas porciones seguía un rumbo diferente en el espacio, con la consiguiente consternación de los habitantes de la tierra; o bien, la población del mundo quedaba dividida en dos mitades, y cada una de esas mitades decidía que era perfecta y estaba en lo justo, en tanto que la otra mitad se hallaba equivocada y debía ser destruida, de lo que resultaba otro fin del mundo. O bien, y ésta era una de las pesadillas que Loerke padecía en sueños, el mundo se enfriaba, nevaba en todas partes, y sólo seres blancos, osos polares, zorros blancos y hombres con horrible aspecto de pájaros de la nieve, sobrevivían, en un vivir de helada crueldad.

Con la salvedad de estas historietas, jamás hablaban del futuro. Se divertían, principalmente, mediante absurdas fantasías de destrucción o sentimentales y bellas escenas de teatro de marionetas, basadas en el pasado. Era una delicia sentimental reconstruir el mundo de Goethe en Weimar, o el de Schiller en la pobreza y la fidelidad amorosa, o ver de nuevo a Jean-Jacques en sus estremecimientos, o a Voltaire en Ferney, o a Federico el Grande leyendo sus propias poesías.

Hablaban durante horas, hablaban de literatura, de escultura y de pintura, se divertían refiriéndose a Flaxman, Blake y Fuseli, con ternura, y se divertían hablando de Feuerbach y Blöcklin. Estimaban que necesitarían toda una vida para volver a vivir, in petto, las vidas de los grandes artistas. Pero preferían limitarse a los siglos XVIII y XIX.

Hablaban mezclando diversos idiomas, aunque los dos utilizaban como idioma básico el francés. Pero mientras Loerke terminaba las frases con expresiones farfulladas en inglés y una última conclusión en alemán, Gudrun se las arreglaba hábilmente para ir tejiendo la frase hasta terminar en el idioma

con que la hubiera iniciado. Estas conversaciones agradaban en gran manera a Gudrun. Estaban llenas de expresiones raras y fantásticas, frases de doble significado, palabras evasivas, sugerentes vaguedades. A Gudrun le producía verdadero placer físico ir trenzando la conversación con los hilos de diferente color de los tres idiomas.

Y, en todo momento, los dos aguardaban, aguardaban dubitativos alrededor de la llama de una invisible declaración. Loerke deseaba que se produjera, pero se sentía retenido por una inevitable renuencia. Gudrun también lo deseaba, pero quería demorarla, demorarla indefinidamente, por cuanto aún sentía lástima de Gerald, aún se sentía un tanto vinculada a él. Y, además, lo cual era lo peor, Gudrun irradiaba compasión reminiscente y sentimental hacia sí misma en su relación con Gerald. Debido a lo que esa relación había sido, Gudrun se sentía unida a Gerald por hilos inmortales e invisibles, sí, debido a lo que había sido, debido a que Gerald acudió a ella, aquella primera noche, a su propia casa, en aquel momento extremo, debido...

Poco a poco, Gerald llegó a quedar dominado por un sentimiento de aborrecimiento de Loerke. No lo tomaba en serio, se limitaba sencillamente a despreciarle, pero advertía en las venas de Gudrun la influencia de aquel pequeño ser. Eso era lo que le enfurecía, la conciencia de la presencia de Loerke en las venas de Gudrun, el hecho de que el ser de Loerke fluyera dominante por el interior de Gudrun.

Realmente intrigado, Gerald preguntaba:

—Pero ¿qué tiene este gusano para que te quedes alelada con él?

Gerald, individuo viril, no podía ver absolutamente nada atractivo o importante en un tipo como Loerke. Esperaba ver cierta apostura o cierta nobleza que explicara el que un hombre ejerciera atracción en una mujer. Pero en Loerke no las veía, sólo veía la repulsión que causa un insecto.

Gudrun se sonrojaba profundamente. Esos ataques eran lo que jamás podría perdonar. Replicaba:

—No sé lo que intentas decir. ¡Dios mío, cuánto me alegro de no estar casada contigo!

El tono de alarde y desprecio con que Gudrun pronunciaba estas palabras hería a Gerald, que se callaba al instante. Pero pronto se recuperaba, y en tono peligroso, afilada la voz, insistía:

—Dime una cosa, sólo una cosa, ¿qué es lo que te fascina en ese individuo?

Con el frío rechazo de la inocencia, Gudrun contestaba:

—Es que no me fascina.

—Sí, sí, te tiene fascinada. Esa especie de víbora reseca te tiene fascinada como un pajarito que ya se ha quedado sin aliento, presto a caer en el garrate de la víbora.

Gudrun le miraba con negro furor y decía:

—No estoy dispuesta a que te dediques a analizarme.

—Que estés dispuesta o no, carece de importancia, ya que eso no altera el hecho de que estás decidida a arrojarte al suelo y besar los pies de ese insecto. Y conste que no quiero impedirte. Anda, arrójate al suelo y bésale los pies. Pero me gustaría saber qué es lo que tanto te fascina. Vamos, dílo, ¿qué es?

Gudrun guardaba silencio, rebosante de negra rabia. Luego gritaba:

—¿Cómo te atreves a decirme esas brutalidades, especie de pequeño señorito campesino, bruto cobarde? ¿Qué derechos imaginas que tienes sobre mí?

Gerald se quedaba con la cara blanca y reluciente, y, por la luz de sus ojos, Gudrun sabía que estaba sometida a su poder, al poder del lobo. Y, precisamente porque estaba en su poder, le odiaba con tal intensidad que se maravillaba de que su odio no le matara. Con su voluntad, Gudrun daba muerte a Gerald; allí, de pie ante ella, lo borraba de la faz del mundo.

Sentándose en un sillón, Gerald decía:

—No se trata de una cuestión de derecho.

Y Gudrun advertía el cambio que se operaba en el cuerpo de Gerald. Veía que el cuerpo tenso y mecánico de Gerald se movía ante su vista, como una obsesión. El odio que le tenía estaba matizado de irremediable desprecio. Gerald proseguía:

—No se trata de los derechos que yo tenga sobre ti, a pesar de que ciertos derechos tengo, si mal no recuerdo. Sólo quiero saber qué es lo que te tiene tan subyugada a esa broza de escultor del piso de abajo, qué es lo que te induce a adorarlo, convertida en un humilde gusano. Quiero saber qué persigues al arrastrarte a sus pies.

Gudrun estaba junto a la ventana, de espaldas, escuchando. Se volvió, y con su voz más indiferente y cortante repuso:

—¿De veras quieres saber qué tiene ese hombre? Pues tiene comprensión de la mujer, tiene que no es un estúpido. Eso es lo que tiene.

En la cara de Gerald se formó una extraña y siniestra sonrisa animal, y dijo:

—Pero ¿de qué clase de comprensión se trata? ¿Será la comprensión de

una pulga, una pulga saltarina con una trompetilla? ¿Por qué has de arrastrarte abyectamente ante la comprensión de una pulga?

Por la mente de Gudrun cruzaron las representaciones del alma de una pulga, debida a Blake. Quiso aplicarlas a Loerke. Blake también era un payaso. Pero, ante todo, debía contestar a Gerald. Le preguntó:

—¿No crees que la comprensión de una pulga es más interesante que la comprensión de un necio?

Gerald repitió:

—¡Un necio!

Gudrun replicó, empleando en último término la palabra alemana:

—De un necio, de un necio vanidoso, de un Dummkopf.

—¿Me llamas necio? En ese caso, te diré que prefiero ser un necio a ser la pulga del piso inferior.

Gudrun le miró fijamente. La ciega y brutal estupidez de Gerald le provocaba hastío en el alma, la limitaba. Dijo:

—Con esas palabras te has traicionado.

Sentado, Gerald meditó. Anunció:

—Me iré pronto.

Gudrun se revolvió:

—Recuerda que soy completamente independiente de ti, completamente. Toma tus decisiones, que yo tomaré las mías.

Gerald meditó esas palabras:

—¿Quieres decir que, desde este instante, somos dos extraños?

Gudrun quedó cortada y se sonrojó. Gerald le había tendido una trampa, la estaba coaccionando. Se enfrentó con él:

—Jamás podremos ser extraños. Pero si quieres hacer algo con independencia de mí, quiero que sepas que gozas de total libertad para hacerlo. No hagas la más leve concesión en beneficio mío.

Incluso esa sugerencia tan leve de que Gudrun le necesitaba bastó para excitar la pasión de Gerald. Estando sentado, su cuerpo experimentó un cambio, y el ardiente caudal fundido al fuego ascendió por sus venas involuntariamente. En su fuero interno, Gerald gimió, gimió en su servidumbre, pero le gustó aquel gemir. La miró con mirada clara, esperándola.

Gudrun se percató al instante de lo que le ocurría a Gerald, y la repulsión estremeció su cuerpo. ¿Cómo era posible que Gerald pudiera mirarla con aquella mirada clara, cálida y esperanzada? ¿Acaso lo que se habían dicho no bastaba para separar radicalmente sus dos mundos, para dejarlos helados y aparte uno del otro? Pero no, a pesar de eso, Gerald estaba transido y excitado, esperándola.

Eso dejó confusa a Gudrun, que, apartando la mirada, dijo:

—Siempre que me disponga a cambiar, en cualquier sentido, te lo diré.

Y, después de decir estas palabras, salió del dormitorio.

Gerald quedó con la mente en blanco, en un noble estado de recogida desilusión que parecía destruir poco a poco su entendimiento. Sin embargo, el inconsciente estado paciente persistía en él. Siguió inmóvil, sin pensamiento ni conocimiento, durante un largo rato. Luego se levantó y bajó a la sala del hostel, para jugar al ajedrez con uno de los estudiantes. Gerald iba con la cara abierta y clara, con cierto inocente *laissez-aller* que turbó terriblemente a Gudrun, que casi la llevó a temer a Gerald, de modo que, precisamente por eso, le aborreció profundamente.

Después, Loerke, que jamás le había hablado de asuntos puramente privados, comenzó una conversación centrada en el estado y condición de Gudrun. Le preguntó:

—¿Usted no está casada, verdad?

Gudrun le miró plenamente a los ojos. En su tono mesurado, Gudrun repuso:

—En absoluto.

Loerke rio, retorciendo la expresión del rostro de manera rara. Un delgado mechón de cabello se le había extraviado sobre la frente. Gudrun advirtió que la piel de Loerke era de un claro color tostado, en sus manos, en sus muñecas. Y las manos de Loerke parecían prensiles, prietamente prensiles. Loerke parecía un topacio, con su extraño color tostado y translúcido.

Loerke dijo:

—Excelente.

Pero, a pesar de esto, Loerke todavía necesitaba ulterior estímulo para seguir adelante. Preguntó:

—¿La señora Birkin es su hermana?

—Sí.

—¿Y está casada?

—Sí.

—¿Tienen ustedes padres?

—Sí, tenemos padres.

Y en breves palabras, lacónicamente, Gudrun le explicó su situación. En todo momento, Loerke la miró fijamente, con curiosidad. Por fin exclamó, un tanto sorprendido:

—¡Vaya, vaya! ¿Y resulta que Herr Crich es rico?

—Sí, es un rico propietario de minas de carbón.

—¿Y cuánto tiempo ha durado su amistad con él?

—Unos meses.

Hubo una pausa. Por fin, Loerke dijo:

—Estoy un poco sorprendido. Pensaba que los ingleses eran muy fríos. ¿Qué piensa hacer cuando se vaya de este lugar?

Gudrun repitió:

—¿Qué pienso hacer?

—Sí, no puede reanudar su profesión de maestra. No...

Loerke se encogió de hombros. Añadió:

—No, eso es imposible. Deje la pedagogía para la canaille que no sirve para otra cosa. Usted es una mujer muy notable, eine seltsame Frau. ¿Por qué renegar de ello, por qué ponerlo en tela de juicio? Usted es una mujer extraordinaria. ¿Por qué seguir los cauces ordinarios, por qué vivir ordinariamente?

Gudrun, quieta, sonrojadas las mejillas, contemplaba sus manos. Le gustaba que Loerke hubiera dicho, de manera tan sencilla, que ella era una mujer notable. Loerke era incapaz de hacer semejante manifestación con la finalidad de halagarla, ya que se lo impedía su carácter individualista, tendente siempre a ser objetivo. Lo había dicho de la misma manera que hubiera asegurado que una escultura era notable, basándose en sus conocimientos.

Y a Gudrun la dejó satisfecha escuchar esas palabras de labios de Loerke. Por lo general, la gente vivía dominada por la pasión de clasificarlo todo según ciertas fórmulas, ciertas gradaciones. En Inglaterra estaba de moda ser perfectamente vulgar. Y Gudrun se sentía aliviada al ser considerada extraordinaria. Ya no tenía que preocuparse para vivir de acuerdo con las fórmulas preestablecidas.

Gudrun dijo:

—Ocurre que no tengo dinero.

Alzando los hombros, Loerke dijo:

—Bah... El dinero... Tan pronto como uno entra en años, encuentra dinero en todas partes, a su servicio. El dinero sólo escasea cuando uno es joven. No piense en el dinero. Siempre encontrará el que necesite.

Riendo, Gudrun preguntó:

—¿Usted cree?

—Siempre. Gerald le dará dinero si usted se lo pide.

Gudrun se sonrojó profundamente. No sin dificultad, repuso:

—Pediría dinero a cualquiera menos a él.

Loerke le dirigió una penetrante mirada y dijo:

—Bueno, en ese caso, pídaselo a cualquiera. Pero no vuelva a Inglaterra, no vuelva a esa escuela. Sería una estupidez.

Hubo otra pausa. Loerke no osaba proponer directamente a Gudrun que se fuera con él, ni siquiera sabía con seguridad si realmente quería que Gudrun se fuera con él. Por otra parte, Gudrun temía que le hiciera esa propuesta. Loerke odiaba el aislamiento en que vivía, pero, al mismo tiempo, era muy remiso a compartir su vida, siquiera por un día.

Gudrun dijo:

—El único lugar que conozco es París, y no puedo aguantarlo.

Gudrun miró fijamente a Loerke, dilatados los ojos. Loerke bajó la vista y volvió la cara a un lado. Dijo:

—¡No, París no! En París, entre la religión d'amour, el último «ismo» y la nueva moda de regresar a Cristo, uno vive de tal manera que más valdría pasarse el día entero dando vueltas en un tióvivo. Vaya a Dresde. Tengo un taller y puedo proporcionarle trabajo, sí, sin la menor dificultad. No he visto obras suyas, pero tengo fe en usted. Vaya a Dresde. Es una ciudad agradable, una ciudad en la que se puede vivir bien, todo lo bien que se puede vivir en una ciudad, claro... Allí lo tiene usted todo, sin las insensateces parisienses y sin la cerveza de Munich.

Loerke la miraba fríamente. Lo que le gustaba a Gudrun de Loerke era que le hablaba lisa y llanamente, como si hablase consigo mismo. Era un colega en el arte, y, antes que eso, un ser igual a ella.

Loerke volvió a hablar:

—París me asquea. Bah... L'amour... Lo detesto. L'amour, l'amore, die

Liebe... Lo detesto en todos los idiomas. Las mujeres y el amor; no hay nada más aburrido.

Gudrun se sintió levemente ofendida. Sin embargo, eso era lo que ella pensaba básicamente. Los hombres y el amor; no había nada más aburrido. Asintió:

—Opino igual que usted.

—Una lata. ¿Qué importa el que lleve un sombrero u otro? Pues lo mismo pasa con el amor. No llevo sombrero, y, cuando lo llevo, lo hago solamente por comodidad. Tampoco necesito el amor, como no sea por comodidad. Le voy a decir una cosa, gnädige Frau.

Loerke se inclinó hacia ella, efectuó un ademán raro, rápido, como si echara a un lado un objeto, y dijo:

—Gnädige Frau. Realmente, lo mismo da. Pues bien, le digo que lo daría todo, absolutamente todo, daría todo el amor a cambio de un poco de compañerismo en la inteligencia.

Los ojos de Loerke la miraban tenebrosos, chispeantes, malignos. Con una leve sonrisa, preguntó:

—¿Me comprende? Me importaría muy poco que la mujer en cuestión tuviera cien años, mil años. Me daría igual siempre y cuando fuera capaz de comprender.

Al terminar estas palabras, Loerke cerró bruscamente los ojos, con sequedad; una vez más, Gudrun quedó un tanto ofendida. ¿Acaso Loerke no la encontraba atractiva? De repente, Gudrun se echó a reír y dijo:

—Parece que, para complacerle, tendré que esperar ochenta años. De todas maneras también parece que, por el momento, ya soy lo suficientemente fea, ¿verdad?

—No. Es usted hermosa, y me gusta que lo sea.

Gritando, con un énfasis que dejó a Gudrun un tanto apabullada, Loerke dijo:

—¡Es que no se trata de eso! ¡No! Lo importante es que usted está dotada de ingenio, de cierta clase de ingenio, de cierta clase de inteligencia. Y, en cuanto a mí, digamos que soy pequeño, chétif, insignificante. ¿Comprendido? ¡Bien! Pues en ese caso, no me pida que sea fuerte y guapo.

Loerke se llevó las puntas de los dedos a los labios, en un ademán raro, y prosiguió:

—Sin embargo, se trata de mí. Soy yo quien busca una amante, y mi yo

espera el tú entre las amantes, un tú que sea acorde con mi particular inteligencia. ¿Comprende?

—Sí, comprendo.

Loerke movió rápidamente la mano hacia un lado, como si apartara un objeto molesto, y dijo:

—En cuanto a lo otro, en cuanto al amour, carece de importancia, carece de toda importancia. ¿Importa que esta noche beba vino blanco o que no beba nada? No importa, no importa. Y lo mismo pasa con ese amor, con ese amour, con ese baiser. Sí o no, soit ou soit pas, hoy, mañana o nunca, igual da, no importa, importa tanto como el vino blanco.

Terminó bajando de manera lacia y rara la cabeza, en movimiento de negación. Gudrun le miraba fijamente. Se había puesto pálida.

De repente, Gudrun se inclinó al frente, alargó la mano y cogió la de Loerke. Con voz aguda y vehemente, dijo:

—Eso es verdad. Para mí es también la verdad. Lo importante es la comprensión.

Loerke la miró casi asustado, furtivamente. Luego afirmó con la cabeza, con cierta tristeza, como enfurruñado. Gudrun soltó la mano. Loerke no había correspondido en modo alguno al apretón de Gudrun. Los dos guardaron silencio.

De repente, mirando a Gudrun con ojos tenebrosos, llenos de conciencia de su propia importancia, proféticos, Loerke dijo:

—¿Sabe una cosa? Su destino y el mío quedarán unidos hasta...

Hizo una mueca y se calló. Gudrun palideció, se le pusieron blanquecinos los labios. La impresionaban terriblemente esas profecías nefastas. Dijo:

—¿Hasta cuándo?

Pero Loerke meneó negativamente la cabeza:

—No lo sé. No lo sé.

Gerald regresó de su sesión de esquí al hacerse de noche, por lo que no acompañó a Gudrun en la merienda de café y pasteles, a las cuatro de la tarde. La nieve se encontraba en perfectas condiciones, y Gerald había recorrido, solo, un largo trecho, entre las laderas nevadas, con sus esquís, y había ascendido hasta alcanzar una gran altura, hasta llegar a una altura tal que podía ver, por encima del desfiladero, a cinco millas de distancia, el Marienhütte, el hostel en lo alto del cerro, medio enterrado por la nieve, y el valle, más allá, hasta la oscura zona de pinos. Por allí podía regresar a casa. Pero la idea de

volver a casa le produjo un estremecimiento de náuseas. Podía descender hasta allá, con los esquís, y llegar a la vieja carretera imperial, situada bajo el cerro. Pero ¿para qué ir a la carretera? La idea de encontrarse de nuevo en el mundo le repugnaba. Tenía que quedarse allí, arriba, en la nieve, eternamente. Había sido feliz allí, solo, en las alturas, deslizándose velozmente sobre los esquís, emprendiendo largos vuelos, pasando junto a las oscuras peñas veteadas de nieve esplendente.

Pero Gerald sintió que se le formaba hielo en el corazón. Aquel extraño estado de ánimo, de paciencia e inocencia, en que se había hallado durante días, estaba desapareciendo, y volvería a ser presa, una vez más, de horribles pasiones y torturas.

Descendió con desgana, quemado por la nieve, extrañado por la nieve, a la casa que se alzaba en el hoyo, entre los puños de las cumbres de las montañas. Vio el amarillo resplandor de las luces de la casa, y se detuvo, deseando no tener necesidad de tratar con aquella gente, de oír el murmullo de sus voces, de experimentar la confusión de otras presencias. Estaba aislado, como si alrededor de su corazón hubiera un vacío o un caparazón de puro hielo.

Cuando vio a Gudrun sintió un estremecimiento en el alma. Tenía aspecto altivo y soberbio, y sonreía lenta y amablemente a los alemanes. En el corazón de Gerald surgió repentinamente el deseo de matarla. Pensó que sería un logro perfecto y voluptuoso dar muerte a Gudrun. Durante toda la velada, estuvo como ausente, sin pensamientos, extrañado por la nieve y sus propias pasiones. Pero aquella idea jamás le dejó. ¡Qué perfecta y voluptuosa consumación sería estrangular a Gudrun, quitarle, al estrangularla, hasta la última chispa de vida que en ella había, hasta dejarla totalmente inerte, suave, relajada para siempre, como un suave montón muerto entre sus manos, muerta, muerta sin posible remedio! Entonces, la tendría de una forma definitiva y para siempre. Sería una definitiva consumación perfectamente voluptuosa.

Gudrun no se dio cuenta de lo que Gerald pensaba, ya que éste se comportó amablemente, en serena actitud, como de costumbre. La amabilidad de Gerald incluso la indujo a tratarle brutalmente.

Gudrun entró en el dormitorio de Gerald cuando éste se hallaba medio desnudo. Y no percibió el curioso y alegre destello de puro odio con que Gerald la miró. Gudrun se quedó junto a la puerta, con una mano a su espalda. Con insultante indiferencia, dijo:

—He estado pensando, Gerald, y he decidido no regresar a Inglaterra.

—¿Sí? ¿Y adónde irás?

Gudrun ignoró la pregunta. Tenía que expresar lógicamente lo que había decidido, y quería hacerlo tal como lo había pensado. Prosiguió:

—No veo razón alguna para volver a Inglaterra. Entre tú y yo todo ha terminado.

Hizo una pausa para que Gerald hablara. Pero éste no dijo nada. Gerald volvía a hablar en su fuero interno: «¿Todo ha terminado? Sí, creo que sí. Pero no ha llegado el final todavía. Recuerda que aún no se ha producido el final. Y tenemos que dar un final a esta situación. Sí, debe tener una conclusión definitiva».

Eso fue lo que Gerald se dijo. Pero no habló en voz alta. Gudrun siguió:

—Lo pasado, pasado está. No me arrepiento de nada, no lamento nada. Espero que a ti te suceda lo mismo.

Gudrun esperó, para que Gerald hablara. Siguiéndole la corriente, Gerald dijo:

—Desde luego, no lamento nada.

—Excelente, excelente. Ninguno de los dos lamenta nada, que es como debe ser.

Distraídamente, Gerald dijo:

—Exactamente tal como debe ser.

Gudrun tardó un poco en volver a hablar, a fin de seguir el hilo de su razonamiento. Agregó:

—Nuestro intento ha fracasado. Pero cada uno de nosotros puede efectuar nuevos intentos por su cuenta.

Un leve estremecimiento de rabia recorrió las venas de Gerald. Fue como si Gudrun le hubiera excitado, le hubiera provocado. ¿Por qué lo hacía? Gerald preguntó:

—¿Intentos de qué?

Un poco sorprendida, pero dando a su contestación un tono tan banal que le quitó toda importancia, Gudrun repuso:

—Intentos de amar, supongo.

En voz alta, Gerald preguntó:

—¿Nuestro intento de amarnos ha sido un fracaso?

Para sus adentros, Gerald se dijo: «Debería matarla aquí mismo. Sólo falta eso: matarla». Gerald se sentía poseído por un denso y pesado deseo de dar muerte a Gudrun. Ésta no se daba cuenta. Y preguntó:

—¿No? ¿Crees que no ha sido un fracaso?

Una vez más el insulto contenido en la pregunta formulada en tono indiferente recorrió la sangre de Gerald como una corriente de fuego. Replicó:

—En ciertos aspectos, nuestra relación fue un éxito. Hubiera podido...

Pero Gerald calló antes de dar fin a la frase. Incluso en el instante de comenzarla, no creía en lo que se disponía a decir. Le constaba que la relación con Gudrun jamás hubiera podido ser un éxito. Gudrun aseguró:

—No. No sabes amar.

—¿Y tú?

Los grandes ojos entenebrecidos de Gudrun miraban fijamente a Gerald, como dos lunas de tinieblas. Gudrun le contestó con la verdad desnuda, escueta:

—Soy incapaz de amarte a ti.

Un cegador relámpago atravesó el cerebro de Gerald, y un estremecimiento le sacudió el cuerpo. Su corazón estalló, transformándose en pura llama. Toda su conciencia se concentró en sus muñecas, en sus manos. Gerald no era más que un ciego e incontenible deseo de dar muerte a Gudrun. Las muñecas estaban a punto de estallar, y no quedaría satisfecho hasta el momento en que sus manos se cerraran sobre Gudrun.

Pero antes de que su cuerpo se arrojara sobre ella, en la cara de ésta se formó una expresión de astuta comprensión, y en el instante siguiente ya había salido del cuarto. Fue corriendo a su dormitorio y se encerró con llave. Tenía miedo, pero conservaba la confianza en sí misma. Sabía que su vida vacilaba allí, al borde del abismo. Pero gozaba de una curiosa seguridad en su equilibrio. Le constaba que su astucia podía triunfar sobre el ingenio de Gerald.

De pie en su dormitorio, Gudrun temblaba de excitación y de horrible exaltación. Tenía la certeza de que su astucia triunfaría sobre Gerald. Gudrun podía confiar plenamente en la fuerza de su ánimo y en su inteligencia. Pero sabía que sería una lucha a muerte. Un solo error bastaría para perderla. Sentía en su cuerpo un extraño, tenso mareo que la exaltaba, parecido al que siente el que corre el riesgo de caer desde una gran altura, y no mira hacia abajo, no reconoce su propio temor.

Gudrun se dijo: «Me iré pasado mañana».

No quería que Gerald imaginara que ella le temía, que huía por miedo. Básicamente, Gudrun no le temía. Sabía que, para protegerse, debía evitar la violencia física de Gerald. Pero ni siquiera físicamente le temía. Y quería demostrárselo. Cuando le hubiera demostrado que, fuera Gerald lo que fuese, ella no le temía, cuando le hubiera demostrado eso, podría dejarle para

siempre. Pero, entretanto, la lucha entre los dos, a pesar de ser terrible, carecería de final concluyente. Y Gudrun sentía la necesidad de tener confianza en sí misma. Por muchos que fueran los terrores que sufriera, Gudrun jamás temería a Gerald, jamás se dejaría acobardar por él. No la acobardaría, no la dominaría, no tenía ningún derecho sobre ella. Y Gudrun mantendría esto último hasta demostrarlo a Gerald. Una vez lo hubiera demostrado, quedaría liberada de él para siempre.

Pero aún no lo había demostrado. No lo había demostrado a Gerald ni se lo había demostrado a sí misma. Y eso era lo que todavía la unía a Gerald. Estaba unida a Gerald, no podía vivir aún en una superación de Gerald. Gudrun estuvo sentada en la cama, bien abrigada, durante largas horas, pensando sin cesar. Parecía que jamás pudiera acabar el entretejido de su gran número de pensamientos.

Gudrun se dijo: «Si me amara, sería diferente. Pero no me ama. Es un hombre que quiere enamorar a todas las mujeres con las que se cruza. Y ni siquiera se da cuenta de lo que hace. Pero la verdad es que ante todas las mujeres despliega su atractivo masculino, exhibe lo muy deseable que es, intenta conseguir que toda mujer piense en lo maravilloso que sería tenerle a él como amante. Ignora totalmente que las mujeres también tienen su parte en el juego. Sin embargo, jamás deja de tener conciencia de la presencia de las mujeres. Hubiera debido ser un gallito, y así contonearse ante cincuenta hembras, todas ellas sometidas a su dominio. Pero, verdaderamente, su donjuanismo no me interesa en absoluto. Yo podría interpretar el papel de Doña Juanita millones de veces mejor que él interpreta el papel de Don Juan. Me aburre, ¿sabes? Su virilidad me aburre. En mi vida he visto algo tan aburrido, tan esencialmente estúpido, y tan estúpidamente envanecido. Realmente la vanidad insondable de estos hombres dados a contonearse es ridícula».

»Son todos iguales. Ahí tenemos a Birkin. Todos ellos están formados dentro de las limitaciones de la vanidad, y nada más. Realmente, sólo sus ridículas limitaciones y su intrínseca insignificancia pueden dar lugar a que sean tan engreídos.

»En cuanto a Loerke, digamos que es mil veces superior a Gerald. Gerald es muy limitado, es como un callejón sin salida. Es capaz de dar vueltas y vueltas a la noria eternamente. Y en el pozo ya no hay agua. Van dando vueltas y vueltas a la noria cuando ya nada se puede sacar del pozo, diciendo siempre lo mismo, creyendo en lo mismo, haciendo lo mismo. ¡Dios mío, no hay paciencia que los aguante!

»No adoro a Loerke, pero, por lo menos, es un individuo libre. No anda por ahí envarado por el orgullo de su virilidad. No se dedica a dar vueltas y

vueltas a la vieja noria. ¡Oh, Dios, cuando pienso en Gerald y en su trabajo, en sus oficinas de Beldover, en sus minas, me pongo enferma! ¡Qué me importa eso a mí! ¡Y pensar que este hombre imagina que puede amar a una mujer! ¡Más valiera pedirle amor a una altiva farola del alumbrado público! ¡Oh, esos hombres con sus eternos trabajos, con sus eternas norias de Dios, en las que dan vueltas y más vueltas! Es insoportablemente aburrido. ¡Es aburrido! ¡Y pensar que llegué a tomarle en serio!

»Por lo menos, en Dresde, viviré de espaldas a todo eso. Y allí podré divertirme. Será divertido ir a esas exhibiciones de euritmia, ir a la ópera alemana, ver teatro alemán. Será divertido participar en la vida bohemia alemana. Y Loerke es un verdadero artista, es una persona libre. Allí, podré escapar de tantas y tantas cosas... Eso es lo importante; escapar de la horrible y aburrida repetición de actos vulgares, de frases vulgares, de posturas vulgares. No, no me engaño a mí misma, y sé que Dresde no será una panacea. Sé que no lo será. Pero huiré de esa gente que tiene su propio hogar, sus hijos, sus amigos y conocidos, su esto y su aquello. Viviré entre gentes que no poseen cosas, que no tienen un hogar, con una criada al fondo, y que no tienen una posición y una categoría, y un título, y un círculo de amigos de la misma estofa. ¡Oh Dios, esa gente organizada, toda ella ruedecillas y más ruedecillas, todas girando, las unas dentro de las otras, esa gente tiene la culpa de que a una la cabeza le haga tictac, como un reloj, con la locura de la muerta y mecánica monotonía, la absoluta carencia de significado! ¡Cuánto odio la vida! ¡Cuánto odio a todos los Geraldos que nada más pueden ofrecer!

»¡Shortlands! ¡Qué horror! Pienso en lo que es vivir allí una semana, y luego otra, y luego una tercera semana...

»No, no estoy dispuesta a pensarlo... No lo aguantaría.»

Y Gudrun quedó realmente aterrada, incapaz de soportar esos pensamientos.

La idea de la mecánica sucesión de día tras días, tras día, tras día, ad infinitum, hacía palpar su corazón casi hasta la locura. La terrible servidumbre de ese tictac del tiempo, de este constante girar de las saetas del reloj, de esta eterna repetición de horas y de días... ¡Oh Dios, era horroroso sólo pensarlo! Y no había manera de sustraerse a ello. No, no la había.

Gudrun casi deseaba que Gerald estuviera a su lado para liberarla del horror de sus propios pensamientos. ¡Cuánto sufría Gudrun, yacente y sola, enfrentada con el terrible reloj, con su eterno tictac! Toda la vida, la vida entera se reducía a esto: tictac, tictac, tictac, luego el toque de las horas; luego, tictac, tictac, y el avance a sacudidas de las saetas del reloj.

Gerald no podía liberarla de eso. Gerald, su cuerpo, sus movimientos, su

vida, todo era el mismo tictac, el mismo avance a sacudidas sobre la esfera, el horrible y mecánico avance a sacudidas sobre la faz de las horas. ¿Qué eran los besos de Gerald, qué eran sus abrazos? Gudrun oía claramente el tictac, tictac, de aquellos besos, de aquellos abrazos.

Gudrun, sola, rio en voz alta. Tan aterrada estaba que intentó liberarse del terror mediante la risa. ¡Cuán enloquecedor era estar segura, siempre segura!

Entonces, en un fugaz instante de conciencia de sí misma, Gudrun se preguntó si se sorprendería mucho, al día siguiente, cuando despertara, al ver que durante la noche se le había puesto el cabello blanco. Gudrun había sentido muchas veces que el cabello se le ponía blanco bajo la intolerable carga de sus propios pensamientos, de sus sensaciones. Sin embargo, su cabello seguía igual, castaño, como siempre, y ella permanecía invariable, viva imagen de la salud.

Quizá fuera una mujer extremadamente saludable. Quizá sólo a su buena salud se debiera el que quedara tan a merced de la verdad. Si fuera enfermiza, tendría ilusiones, fantasías. Pero, por ser como era, no tenía manera de escapar. Siempre tenía que ver y tenía que saber, sin poder escapar. Nunca podía escapar. Y allí estaba ella, situada ante la esfera del reloj de la vida. Y si daba media vuelta, como si se hallara en la estación ferroviaria, para mirar el tenderete de libros, incluso con la espina dorsal seguía viendo el reloj, siempre la blanca esfera del gran reloj. En vano hojeaba libros, en vano modelaba estatuillas de arcilla. Le constaba que, en realidad, no leía. Y en realidad, no trabajaba. Veía las saetas avanzar a saltos en la eterna, mecánica, monótona esfera del tiempo. En realidad, nunca vivía, sólo miraba. Verdaderamente, ella era un pequeño reloj de doce horas enfrentado con el inmenso reloj de la eternidad. Ante ese reloj estaba ella, como la Dignidad y la Insolencia, como la Insolencia y la Dignidad.

Esta imagen gustó a Gudrun. Su cara realmente se parecía a una esfera de reloj, su cara redondeada, a menudo pálida e impasible. Sintió deseos de levantarse para mirarse al espejo, pero sólo imaginar la visión de su cara, como la esfera de un reloj de doce horas, le infundió tan profundo terror, que se apresuró a pensar en otras cosas.

¿Por qué no había alguien que fuera amable con ella? ¿Por qué no había alguien que la tomara en brazos y la oprimiera contra su pecho, y le diera reposo, puro, profundo reposo reparador? ¿Por qué no había alguien que la tomara en brazos y la envolviera perfectamente, dándole seguridad, hasta que se durmiera? Deseaba intensamente gozar de un sueño así, perfectamente envuelta. Cuando dormía siempre se sentía al descubierto. Dormía al descubierto, sin alivio, sin redención. ¿Cómo podía soportar aquella ausencia interminable, eterna, de alivio?

¡Gerald! ¿Podía él envolverla con sus brazos y dejarla cubierta en el sueño? ¡Ah! Pobre Gerald, era él quien necesitaba que le durmieran. Eso era todo lo que necesitaba. Lo único que Gerald conseguía era hacer más onerosa la carga de Gudrun, sí, pues si Gerald estaba presente, la carga de dormir era, para Gudrun, más intolerable. Gerald añadía cansancio a aquellas noches de Gudrun que jamás maduraban, a aquel dormir sin fruto. Quizá Gerald consiguiera cierto reposo gracias a Gudrun. Quizá. Quizá eso era aquello que Gerald siempre le pedía con pesada insistencia, como el niño hambriento que llora pidiendo el pecho de la madre. Quizá en eso radicara el secreto de la pasión de Gerald, de su jamás saciado deseo de ella. Quizá Gerald necesitara que ella le hiciera dormir, le diera reposo.

¿Se trataba de eso? ¿Sería ella la madre de Gerald? ¿Había ella querido tener por amante a un niño al que cuidar durante la noche? Despreciaba a Gerald, le despreciaba, y el corazón de Gudrun se endureció. Aquel Don Juan era un niño que lloraba por la noche.

¡Y cuánto odiaba Gudrun al niño que lloraba por la noche! Lo asesinaría con placer. Lo estrangularía y lo enterraría, como hizo Hetty Sorreli. No cabía duda de que el hijo de Hetty Sorreli lloraba por la noche, como lloraba el hijo de Arthur Donnithorne. ¡Ah, los Arthur Donnithorne y los Gerald de este mundo...! Tan viriles durante el día, pero niños llorones siempre, por la noche. Ojalá se convirtieran en mecanismos. Ojalá se convirtieran en instrumentos, en máquinas y sólo máquinas, en simples voluntades, que funcionan como el reloj, en perpetua repetición. Sí, que lo fueran, que quedaran totalmente absortos por su trabajo, que fueran perfectas piezas de una máquina, en un duermevela de perpetua repetición. Que Gerald dirigiera su empresa. Con ello viviría satisfecho, tan satisfecho como el émbolo que va y viene sin cesar el día entero. Gudrun lo había visto.

El émbolo, el humilde émbolo, la unidad de la empresa. Luego la carretilla de dos ruedas; después el carro con cuatro ruedas; luego la bomba de alimentación con ocho, luego la máquina de extracción del mineral con dieciséis ruedas, y así sucesivamente, hasta llegar al minero, con mil ruedas, y después al electricista, con tres mil ruedas, y al director de trabajos subterráneos, con veinte mil, y al director general con cien mil ruedecillas dando vueltas y vueltas y formando su unidad, y por fin Gerald, con un millón de ruedas, ejes y pernos.

¡Pobre Gerald, cuántas ruedecillas había en su unidad! Era más complicado que un cronómetro. Pero ¡qué fatigoso, Dios mío! ¡Qué pesado, Señor! Era un cronómetro, un escarabajo, y el espíritu de Gudrun se desmayaba de aburrimiento de sólo pensarlo. ¡Cuántas y cuántas eran las ruedas que entraban en las cuentas, consideraciones y cálculos, en lo referente a Gerald! Basta, basta... Incluso la capacidad del hombre para crear complicaciones tenía su

límite. O quizá no lo tuviera.

Entretanto, Gerald, sentado en su dormitorio, leía. Cuando Gudrun se fue, Gerald se sintió subyugado por el deseo reprimido. Estuvo sentado en el borde de la cama durante una hora, en estado de embrutecimiento, en el que de vez en cuando aparecían y desaparecían y volvían a aparecer fragmentos de conciencia. Pero Gerald no se movió, estuvo inerte largo rato, con la cabeza inclinada, caída, sobre el pecho.

Luego levantó la vista, y se dio cuenta de que había estado preparándose para acostarse. Tenía frío. Pronto se encontró tendido en la cama, a oscuras.

Pero no podía soportar la oscuridad. La total oscuridad se alzaba ante él y le enloquecía. Se levantó y encendió una vela. Quedó sentado un rato, con la vista fija al frente. No pensaba en Gudrun. No pensaba en nada.

En una súbita reacción, bajó al piso inferior a buscar un libro. Toda su vida había tenido horror a las noches que le esperaban cuando no podía dormir. Le constaba que era superior a sus fuerzas el tener que enfrentarse con las noches de insomnio y la horrorosa contemplación del paso de las horas.

Estuvo largo rato sentado en la cama, como una estatua, leyendo. Su mente, dura y aguda, leía deprisa, y su cuerpo no comprendía nada. En estado de rígida inconsciencia, leyó durante toda la noche, hasta el alba, cuando, fatigado y con el espíritu asqueado, principalmente asqueado de sí mismo, concilió el sueño y durmió un par de horas.

Luego se levantó, con el cuerpo duro y lleno de energías. Gudrun apenas le habló, hasta el momento de tomar el café:

—Me voy mañana.

Gerald le preguntó:

—¿Te parece que vayamos juntos hasta Innsbruck para salvar las apariencias?

—Quizá.

Gudrun dijo «quizá» entre dos sorbos de café. Y el sonido que produjo con el aliento, al inhalarlo para pronunciar la palabra, dio náuseas a Gerald. Rápidamente se levantó para alejarse de ella.

Gerald dispuso lo preciso para emprender la marcha al día siguiente. Luego se proveyó de comida y salió, dispuesto a pasar el día esquiendo. Dijo al posadero que quizá subiera a Marienhütte, o que quizá fuera al pueblo, situado a altura inferior.

Para Gudrun, el día estaba lleno de promesas, como la primavera. Sentía la proximidad de la liberación, sentía que una nueva fuente de vida brotaba en su

interior. Fue para ella un placer preparar las maletas, revolver libros, probarse diferentes prendas, mirarse al espejo... Tenía la impresión de disponerse a comenzar una nueva etapa de su vida, y se sentía feliz como una niña. Se sentía hermosa y atractiva a la vista de todos, con su suave y exuberante figura, con su felicidad. Sin embargo, bajo todo lo anterior anidaba la muerte.

Por la tarde saldría en compañía de Loerke. El mañana se extendía con total vaguedad ante ella. Eso era lo que le producía placer. Podía ir a Inglaterra en compañía de Gerald, podía ir a Dresde con Loerke, podía ir a Munich, a casa de una amiga que allí tenía. Al día siguiente podría ocurrir cualquier cosa. Y el día presente era el blanco, nevado e iridiscente umbral de todas las posibilidades. Todas las posibilidades, esto era el encanto para Gudrun, un encanto dulce, iridiscente, indefinible, pura ilusión. Todo era sólo posibilidad..., pues la muerte era inevitable, y nada era posible salvo la muerte.

Gudrun no quería que nada se materializara, que nada adoptara una forma definida. Deseaba que, de repente, en un instante del viaje que emprendería, un hecho, una realidad, absolutamente imprevisibles, la arrastraran por un camino totalmente nuevo. De manera que, a pesar de que deseaba salir con Loerke para pasear por última vez en la nieve, no quería de ningún modo comportarse con gravedad ni hablar sobre asuntos de carácter práctico.

Por otra parte, Loerke no era una figura grave. Con su gorro de terciopelo castaño, que daba a su cabeza forma redondeada, asemejándola a una castaña, con las orejeras de terciopelo castaño al viento, y un mechón, como de gnomo, de su cabello fino y negro, agitado por el viento sobre sus ojos, grandes y oscuros, de gnomo, con la reluciente y transparente piel castaña arrugándose en extrañas muecas en su cara de facciones pequeñas, parecía un ser pequeño y raro, un niño-hombre, un murciélago. Pero su figura, ataviada con el traje de lana verdosa, con su aspecto enclenque, chétif, seguía siendo extrañamente diferente de la del resto de los mortales.

Habían salido con un pequeño deslizador, para los dos, y avanzaban por entre cegadoras laderas cubiertas de nieve, nieve que quemaba sus rostros endurecidos, mientras reían en una interminable serie de bromas, ocurrencias y políglotas fantasías. Esas fantasías eran, para los dos, la realidad, y se sentían felices jugueteando con las pequeñas bolas de colores del humor verbal y caprichoso. En pleno juego de interrelación, los dos parecían chispear, gozando de un juego puro. Y querían que su relación siguiera sucediendo en el plano de un simple juego, un juego que era perfecto.

Loerke no tomaba demasiado en serio el deporte del deslizamiento. No ponía fuego en él, contrariamente a lo que hacía Gerald. Y eso gustaba a Gudrun. Estaba tan cansada de la intensidad de los movimientos físicos de

Gerald... Loerke dejaba que el deslizador siguiera loca y alegremente su camino, como una hoja al viento, y cuando en una curva ambos salían rodando por la nieve, lo único que deseaba Loerke era que los dos pudieran levantarse ilesos del suelo blanco, riendo, felices y contentos. Gudrun sabía que Loerke era un hombre capaz de entrar en los infiernos diciendo frases irónicas y humorísticas, si le daba por ahí. Y eso gustaba inmensamente a Gudrun. Le parecía que equivalía a alzarse por encima de la sordidez cotidiana, de la monotonía de las contingencias.

Alegremente, sin prestar atención al paso del tiempo, dedicados solamente a divertirse, estuvieron entregados a aquel juego hasta que atardeció. Entonces, cuando el pequeño deslizador giró peligrosamente sobre sí mismo y se detuvo, al pie de la ladera, Loerke dijo bruscamente:

—¡Espere!

Y sacó de la nada un termo, un paquete de Keks y una botella de Schnapps. Gudrun gritó:

—¡Loerke! ¡Qué gran idea! ¡Qué comble de joie! ¿De qué es el Schnapps?

Loerke miró la etiqueta, y riendo, dijo:

—Heidelbeer!

—¡No! ¡Hecho con los arándanos cubiertos por la nieve! Parece nieve destilada.

Gudrun olisqueó reiteradamente el líquido, y dijo:

—¿Verdad que huele a arándanos pequeñitos? ¡Es maravilloso! ¡Igual que si se pudieran oler los arándanos enterrados bajo la nieve!

Gudrun estampó en leve movimiento la planta del pie contra la nieve. Loerke se arrodilló, silbó, y puso la oreja junto a la nieve, para escuchar. Al hacerlo, orientó hacia arriba la mirada de sus ojos negros y chispeantes. Gudrun se rio, animada por la excéntrica manera en que Loerke se mofaba de las extravagancias verbales en que ella incurría. En sus burlas, Loerke resultaba todavía más absurdo que Gudrun en sus extravagancias, por lo que no quedaba más remedio que reír, y experimentar un sentimiento de liberación.

A los oídos de Gudrun, sus voces, la de Loerke y la suya sonaban argentinas, como campanillas, en el aire quieto y helado, a la primera luz del ocaso. Cuán perfecto era, cuán maravillosamente perfecto, aquel plateado aislamiento, aquel juego entre los dos.

Gudrun tomó un sorbo de café caliente, cuya fragancia voló alrededor, como abejas murmurando en torno de las flores, en el aire níveo, y tomó

cortos sorbos del Heidelbeerwasser, y comió las frías, dulces y cremosas galletas. ¡Qué bueno era todo! Cuán perfecto era el sabor, el olor y el sonido, allí en el absoluto silencio de la nieve, a la luz del atardecer.

Por fin, oyó la voz de Loerke:

—¿Se va mañana?

—Sí.

Hubo una pausa, durante la cual la noche pareció alzarse silenciosamente, como una estremecida palidez infinitamente alta, hacia el infinito que se hallaba al alcance de la mano.

—Wohin?

Éste era el problema: ¿Wohin? ¿Adónde? Wohin? Qué bella era esta palabra... Gudrun sentía deseos de que jamás fuera contestada, que la palabra sonara eternamente. Sonriendo a Loerke, repuso:

—No lo sé.

Loerke sonrió a su vez:

—Nunca se sabe.

Gudrun repitió:

—Nunca se sabe.

Hubo un silencio, mientras Loerke comía galletas rápidamente, como un conejo come hojas. Riendo, Loerke dijo:

—Pero ¿cuál será el lugar de llegada escrito en el billete que compre?

—¡Oh, Dios! ¡Hay que comprar billete!

Eso fue un golpe para Gudrun. Se vio a sí misma en la ventanilla, en la estación. Luego pensó algo que la alivió. Respiró con libertad, y gritó:

—¡Tampoco estoy obligada a irme!

—Ciertamente.

—Quiero decir que no hace falta ir al lugar escrito en el billete.

Eso sorprendió a Loerke. Sí señor, cabía la posibilidad de comprar un billete y no ir al punto de destino. Uno podía partir y soslayar el destino. Evitar el punto predeterminado. ¡Era una buena idea! Loerke dijo:

—En ese caso, saque un billete para Londres, que es la ciudad a la que jamás se debe ir.

—Exactamente.

Loerke vertió un poco de café en un bote de hojalata, y preguntó:

—¿Me dirá adónde va?

—La pura verdad es que no lo sé. Depende de los vientos que soplen.

Loerke le dirigió una penetrante mirada, frunció los labios, cual Céfiro, y sopló sobre la nieve. Dijo:

—Soplan vientos que llevan a Alemania.

Riendo, Gudrun repuso:

—Me parece que sí.

De repente, se dieron cuenta de la presencia de una vaga figura blanca, cerca de ellos. Era Gerald. A Gudrun el corazón le dio un salto de terror, de profundo terror. Se puso en pie.

En el blanquecino aire del ocaso sonó la voz de Gerald, como si pronunciara una sentencia:

—Me han dicho que estabais aquí.

Loerke exclamó:

—¡Dios mío! Ha llegado usted como un fantasma.

Gerald no contestó. Para Loerke y Gudrun la presencia de Gerald resultaba extraña y fantasmal. Loerke puso el termo boca abajo y lo sacudió. Sólo cayeron unas cuantas gotas pardas. Dijo:

—¡Se ha terminado!

Gerald veía la menuda y extraña figura del alemán clara y objetivamente, como si la contemplara con prismáticos. La figurita le desagradaba enormemente, y deseaba que desapareciera.

Loerke sacudió la caja de las galletas, produciendo un seco sonido, y dijo:

—Todavía quedan galletas.

E inclinándose hacia delante, sin dejar de estar sentado en el deslizador, ofreció galletas a Gudrun, que metió la mano en la caja y sacó una. Loerke hubiera querido ofrecer galletas a Gerald, pero éste parecía tan firmemente decidido a que no se las ofreciera, que Loerke, con un vago movimiento, dejó la caja. Luego cogió la pequeña botella y la puso al trasluz. Dijo, como si hablara para sí:

—Todavía queda un poco de Schnapps.

Brusco, levantó la botella galantemente en el aire, en postura extraña y grotesca, inclinado hacia Gudrun, y dijo:

—Gnädiges Fraulein, wohl...

Se oyó un golpe seco y recio, y la botella voló por los aires. Loerke dio un paso atrás, sobresaltado, y los tres quedaron inmóviles, estremecidos por una emoción violenta.

Loerke, con una diabólica sonrisa en la cara de piel brillante, se volvió hacia Gerald, y con un tono satírico, malévolo y frenéticamente satírico, le dijo:

—¡Buen golpe! C'est le sport, sans doute.

En el instante siguiente, Loerke estaba cómicamente sentado en la nieve. El puño de Gerald le había golpeado la parte lateral de la cabeza. Pero Loerke recuperó el dominio de sí mismo, se levantó temblando, y miró rectamente a Gerald. El cuerpo de Loerke era débil y furtivo, pero en sus ojos brillaba una sátira demoníaca:

—Vive le héros, vive...

Pero Loerke se encogió cuando el puño de Gerald, en un negro relampagueo avanzó hacia él. El puño le golpeó el otro lado de la cabeza, y Loerke cayó de lado, como una caña quebrada.

Gudrun avanzó. Levantó la mano crispada, y la bajó violentamente, golpeando así la cara y el pecho de Gerald.

Gerald quedó sumido en un estado de estupefacción, como si el aire se hubiera quebrado. Su alma se abrió, en una apertura amplia, muy amplia, intrigada y dolida. Luego, su alma rio, dispuesta, con las manos recias avanzadas al frente, a coger al fin la manzana de sus deseos. Al fin podía convertir su deseo en realidad.

Gerald apresó el cuello de Gudrun con sus manos duras e indomablemente poderosas. El cuello de Gudrun era bellamente, muy bellamente suave. Sin embargo, Gerald percibía en su interior los resbaladizos acordes de la vida. Y aplastaba con sus manos esta vida, sí, porque podía aplastarla. ¡Qué dicha! ¡Qué dicha, qué satisfacción al fin! La pura delicia de la satisfacción le llenaba el alma. Veía cómo la inconsciencia asomaba en la cara hinchada de Gudrun, veía cómo los ojos de Gudrun, desorbitados, se alzaban como si fueran a esconderse en las cuencas. ¡Qué bueno era eso, qué bueno, qué divina satisfacción al fin! Gerald no se daba cuenta de que Gudrun se debatía y luchaba. La resistencia de Gudrun venía a ser la pasión con que Gudrun correspondía a Gerald en aquel abrazo, y, cuanto más violenta era la resistencia de Gudrun, mayor era el frenesí de deleite, hasta que llegó al punto culminante, la crisis, y la lucha menguó, los movimientos de Gudrun se suavizaron, se apaciguaron.

Loerke recobró el conocimiento tendido en la nieve. Maltrecho y atontado, no pudo ponerse en pie. Sólo tenían conciencia sus ojos. Con voz débil, indignada, dijo:

—Monsieur! Quand vous aurez fini...

Una oleada de desprecio y asco estremeció el alma de Gerald. El asco, como una náusea, llegó hasta lo más hondo de su alma. ¿Qué estaba haciendo? ¡Cuán bajo se había permitido caer! ¡Como si Gudrun le importara lo bastante para matarla, si le importara tanto como para querer tener su vida en sus manos!

La debilidad le invadió el cuerpo. Fue un terrible relajamiento, un fundirse, un desvanecimiento de todas sus fuerzas. Sin darse cuenta, había soltado su presa, y Gudrun había caído de rodillas. ¿Tenía Gerald que ver aquello, tenía que vivirlo?

Gerald estaba a merced de una terrible debilidad, todas sus articulaciones parecían haberse convertido en agua. Echó a andar llevado por el viento, giró sobre sí mismo, y se alejó, caminando sin rumbo.

Mientras subía por la ladera, débil, acabado, llevado solamente por el deseo de evitar todo contacto, la última confesión asqueada de su alma fue: «En realidad, no quería. Estoy harto, quiero dormir, estoy harto». Se sentía hundido en un mar de náuseas.

Se encontraba débil, pero no quería descansar, quería seguir adelante, y seguir, seguir hasta el final. No quería volver a detenerse jamás, hasta que llegara al final. Ése era su único deseo. Y siguió adelante, inconsciente y débil, sin pensar, mientras pudiera seguir moviéndose.

El ocaso extendía una fantasmal luz extraterrena en lo alto, una luz azulenca y rosácea, mientras la fría noche azul se hundía en la nieve. En el valle, abajo, atrás, en el gran lecho de nieve, había dos figuras menudas, Gudrun de rodillas, como un ejecutado, y Loerke sentado, con la espalda apoyada en el deslizador, cerca de Gudrun. Y eso era todo.

Gerald ascendía tambaleándose por la ladera nevada, en la azulenca oscuridad, ascendía sin cesar, ascendía siempre inconsciente, ascendía a pesar de su cansancio. A la izquierda se alzaba una empinada cuesta con rocas negras, con masas de rocas caídas, con vetas de nieve trazando vagas rayas en la negrura de las rocas, alrededor de las rocas. Sin embargo, no se oía ningún sonido. Aquello no producía ruido.

Empeoraba su situación una luna pequeña y brillante que resplandecía frente a él, a la derecha, un objeto dolorosamente brillante que siempre estaba allí, implacable, y del que no había posibilidad de escapar. Gerald quería llegar

al final. Estaba harto. Pero no podía dormirse.

Ascendía penosamente, viéndose a veces obligado a cruzar una ladera de rocas negras, de las que el viento había barrido la nieve. Y tenía miedo, mucho miedo de caer. Y allí, en lo alto, en la cresta, soplaba un viento que casi avasalló a Gerald con su helado frío preñado de sueño. Pero no, el final no estaba allí. Tenía que seguir adelante. Sus indefinidas náuseas no le permitían detenerse.

Habiendo llegado a lo alto de un risco, Gerald vio la vaga sombra de algo todavía más alto, ante él. Siempre más alto, siempre más alto. Sabía que estaba siguiendo el camino que le llevaría a lo alto de las laderas, donde se encontraba el Marienhütte, y luego la pendiente al otro lado. Pero, en realidad, no estaba consciente. Sólo quería seguir adelante, seguir adelante mientras pudiera, avanzar y avanzar; eso era todo hasta que hubiera terminado. Había perdido la noción del lugar en que se hallaba. Sin embargo, el instinto de supervivencia que le quedaba inducía a sus pies a seguir el camino por el que habían pasado los esquís.

Bajó resbalando una pronunciada pendiente nevada. Eso le atemorizó. No llevaba alpenstock. No llevaba nada. Pero, después de haber caído por la pendiente sin sufrir daño, volvió a caminar en la oscuridad iluminada. Se encontraba en un hoyo, entre dos altas laderas. Dudó. ¿Debía ascender por una de las laderas o seguir caminando sin rumbo por la depresión en que se hallaba? ¡Cuán frágil era el hilo que le unía a la vida! Quizá fuera aconsejable ascender por la ladera. La nieve allí era firme, y no presentaba dificultades. Gerald siguió adelante. Algo se alzaba en la nieve. Llevado por una levísima sombra de curiosidad, se acercó a aquello.

Se trataba de un crucifijo medio enterrado, de un Cristo bajo una pequeña cubierta inclinada en lo alto de un palo. Gerald se alejó. Alguien iba a asesinarle. Tenía gran temor a que le asesinaran. Pero se trataba de un miedo que se hallaba fuera de él, como si fuera el fantasma de sí mismo.

Sin embargo, ¿por qué temer? Forzosamente tenía que ocurrir. ¡Ser asesinado! Aterrado, miró la nieve alrededor, las rocas, las pálidas laderas con sombras del mundo superior. Estaba predestinado a que lo asesinaran. Lo veía claramente. Ése era el momento en que la muerte se alzaba, y no había forma de escapar.

¡Oh Dios, tenía que ocurrir! Gerald podía percibir el golpe que descendía sobre él, y sabía que había sido asesinado. Siguió avanzando, en vagos movimientos, alzadas las manos como si quisiera tentar lo que le iba a ocurrir. Y así Gerald esperaba el momento en que se detendría, en que todo dejaría de ser. Pero el momento no había llegado aún.

Había llegado al fondo de la nevada depresión, rodeada de empinadas laderas y de precipicios, de la que partía una senda en cuesta que llevaba a la cumbre de la montaña. Gerald anduvo vagando inconsciente, hasta que resbaló y cayó, y, al caer, algo se quebró en su alma, e inmediatamente se durmió.

32. MUTIS

A la mañana siguiente, cuando llevaron el cadáver, Gudrun estaba encerrada en su dormitorio. Desde la ventana vio a los hombres que se acercaban con su carga sobre la nieve. Gudrun se quedó quieta, sentada, y dejó pasar los minutos.

Llamaron a la puerta. Abrió. Una mujer le dijo en voz baja y excesivamente respetuosa:

—¡Le han encontrado, Madam!

—Il est mort?

—Murió hace horas.

Gudrun no supo qué decir. ¿Qué debía decir? ¿Qué debía sentir? ¿Qué debía hacer? ¿Qué esperaban de ella? Se sentía fría y desorientada. Dijo:

—Gracias.

Y cerró la puerta. La mujer se fue escandalizada. Ni una palabra, ni una lágrima... ¡ah! Gudrun era fría, era una mujer fría.

Gudrun se sentó en su cuarto, la cara pálida, impassible. ¿Qué haría? No podía llorar ni fingir. No podía alterar su manera de ser. Inmóvil, sentada, se ocultaba a la vista de los demás. Sólo quería evitar la relación material con los acontecimientos. Lo único que hizo fue mandar un largo telegrama a Úrsula y a Birkin.

Sin embargo, por la tarde tuvo el súbito impulso de ir en busca de Loerke. Miró con aprensión la puerta del dormitorio que había ocupado Gerald. Por nada del mundo entraría allí.

Encontró a Loerke sentado, solo, en la sala. Fue directamente a su encuentro, y le dijo:

—No es verdad. ¿Qué cree usted?

Loerke la miró. Una leve sonrisa de tristeza torció sus labios. Se encogió de hombros y preguntó:

—¿Qué no es verdad?

—No le matamos nosotros, ¿verdad?

A Loerke le desagradaba verse abordado de aquella manera por Gudrun. En cansado movimiento, volvió a elevar los hombros, y dijo:

—Es algo que ha ocurrido.

Gudrun le miró con fijeza. Loerke, por el momento, estaba triste, frustrado, aunque tan vacío y carente de emociones como la propia Gudrun. ¡Dios, qué tragedia tan estéril, tan absolutamente estéril!

Gudrun volvió a su dormitorio, para esperar la llegada de Úrsula y Birkin. Quería salir de allí, quería irse. Ése era su único deseo. No podría pensar ni sentir hasta que se hubiera ido, hasta que hubiera quedado liberada de las circunstancias en que se hallaba.

Pasó aquel día, y llegó el siguiente. Oyó el trineo, y vio bajar de él a Úrsula y a Birkin. La presencia de aquellos dos también la inhibió.

Úrsula acudió inmediatamente al lado de Gudrun. Con las lágrimas resbalándole por las mejillas, gritó:

—¡Gudrun!

Y abrazó a su hermana. Gudrun ocultó la cara en el hombro de Úrsula; pero no pudo hurtarse a la fría y demoníaca ironía que helaba su alma.

Gudrun pensó: «¡Ajá, ésta es la manera en que debo comportarme!».

Pero no pudo llorar. Por otra parte, la visión de la cara de Gudrun fría, pálida e impasible, pronto cegó la fuente de lágrimas de Úrsula. Poco después, las dos hermanas no tenían nada que decirse. Por fin, Gudrun preguntó:

—¿Me he portado muy mal al obligaros a regresar aquí?

Úrsula la miró con desconcierto y repuso:

—Ni siquiera se me había ocurrido pensarlo.

—Tuve la impresión de portarme muy mal con vosotros al llamaros. Pero la verdad es que no puedo tratar con nadie. Es demasiado para mí.

Úrsula sintió un escalofrío. Afirmó:

—Sí.

Birkin llamó a la puerta y entró. Tenía la cara blanca e inexpresiva. Gudrun se dio cuenta de que Birkin sabía la verdad. Birkin le estrechó la mano y dijo:

—Este es el fin de este viaje, por lo menos.

Gudrun le miró asustada.

Los tres guardaron silencio, sin tener nada que decir. Por fin, Úrsula preguntó en voz baja:

—¿Le has visto?

Birkin le dirigió una mirada dura y fría, y no se tomó la molestia de contestar. Úrsula repitió:

—¿Le has visto?

Fríamente, Birkin repuso:

—Sí.

Luego Birkin miró a Gudrun, y le preguntó:

—¿Hiciste algo?

Gudrun repuso:

—Nada, nada.

Birkin dijo:

—Loerke dice que Gerald fue a vuestro encuentro, cuando estabais en el deslizador, en el fondo del Rudelbahn, que tuvisteis unas palabras, y que Gerald se fue. ¿Qué clase de palabras fueron? Debo saberlo para poder contestar satisfactoriamente las preguntas de las autoridades si llega el caso.

Gudrun le miró, blanca, infantil, muda en su confusión. Dijo:

—No hubo palabras. Derribó a Loerke de un puñetazo, medio me estranguló, dejándome desvanecida, y se fue.

Para sus adentros, Gudrun se decía: «Un pequeño ejemplo del eterno triángulo».

En irónico movimiento, Gudrun volvió la cara, dejando de dar frente a Birkin. Gudrun sabía que el enfrentamiento había sido entre Gerald y ella, y que la presencia de una tercera persona había sido meramente circunstancial. Quizá fuera una circunstancia inevitable, pero circunstancia al fin y al cabo. Sin embargo, más valía que creyeran que se trataba del eterno triángulo, de la trinidad del odio. Para ellos sería más sencillo.

Birkin se fue, con aire frío y abstraído. Pero Gudrun sabía que Birkin la ayudaría, la sacaría del atolladero. Sonrió levemente para sí, con desprecio. Que Birkin trabajara, ya que tan eficiente era ayudando al prójimo.

Birkin fue a ver de nuevo a Gerald. Le había amado. Sin embargo, el cuerpo inerte allí yacente le inspiró básicamente asco. Estaba tan inerte, tan fríamente muerto... Era un despojo. Birkin tuvo la impresión de que sus entrañas se transformaran en hielo. Y no podía evitar estar allí, de pie,

contemplando aquel cuerpo helado y muerto que había sido Gerald.

Era el helado despojo de un macho muerto. Birkin se acordó de un conejo que había encontrado en la nieve, muerto, helado, como una tabla. El conejo estaba rígido como una tabla seca en el momento en que Birkin lo cogió. Y así estaba Gerald; rígido como una tabla, un poco aovillado, como si durmiese, aunque la horrible dureza era perceptible a los sentidos. La visión llenó de horror a Birkin. Deberían calentar la estancia, deberían deshelar el cadáver. Las extremidades se romperían como si fueran de cristal si intentaban enderezarlas.

Alargó la mano y tocó la cara muerta. Y la dura y pesada sensación del hielo le heló las entrañas. Se preguntó si acaso él se estaría helando también, si se estaría helando desde dentro. La vida que había debajo del corto bigote rubio estaba helada, formando un bloque bajo las silenciosas aletas de la nariz. ¡Y aquello había sido Gerald!

Volvió a tocar el agudo y casi destellante pelo rubio del cuerpo helado. Era pelo frío como el hielo, pelo casi venenoso. El corazón de Birkin comenzó a helarse. Había amado a Gerald. Contempló la cara bien formada, de extraño color, con la nariz pequeña y bien dibujada y las mejillas viriles, y la vio helada, como una porción de hielo. Sin embargo, había amado aquella cara. ¿Qué debía uno pensar o sentir? El cerebro de Birkin comenzaba a helarse, su sangre se transformaba en agua helada. Sentía frío, mucho frío, un frío pesado e hiriente que le oprimía los brazos desde fuera, y un frío aún más pesado que le congelaba las entrañas, frío en el corazón, frío en los intestinos.

Por las laderas nevadas, Birkin fue al lugar en que aconteció la muerte. Por fin, llegó a la gran depresión entre cumbres y abismos, cerca de la cumbre del cerro. Era un día gris, el tercer día de grisura y silencio. Todo era blanco, helado, pálido, salvo los grupos de rocas negras que aquí y allá salían de la tierra como raíces, y otras veces parecían caras desnudas. A lo lejos, de un pico descendía una ladera, con muchas rocas negras formando hileras.

Aquello era como un cazo poco profundo entre las piedras y la nieve del mundo superior. En aquel cazo se había dormido Gerald. En el más alejado extremo de la depresión, los montañeros habían clavado los hierros en la pared nevada, y, utilizando una larga cuerda, habían ascendido la gigantesca pared nevada, hasta llegar a la mellada cumbre, desnuda bajo el cielo, donde el Marienhütte se escondía entre las rocas desnudas. Alrededor, puntiagudos picos cortados rozaban el cielo.

Gerald hubiera podido encontrar aquella cuerda. Y, gracias a ella, hubiera podido subir a la cumbre. Hubiera podido oír los perros del Marienhütte y hallar cobijo. Hubiera podido descender por inclinada, muy empinada, ladera del sur, y llegar al oscuro valle poblado de pinos, a la gran carretera imperial

que llevaba hacia el sur, a Italia.

¡Hubiera podido! ¿Y luego qué? ¡La carretera imperial! ¿El sur? ¿Italia? ¿Y luego qué? ¿Era el camino de salida? Era sólo otro camino de entrada. Birkin, erguido en el aire doloroso, contemplaba los picos y el camino que llevaba al sur. ¿Servía para algo ir al sur, ir a Italia? ¿Descender por la vieja, muy vieja, carretera imperial?

Birkin dio media vuelta sobre sí mismo. O bien el corazón se le rompería, o bien dejaría de sentir. Más valía que dejara de sentir. Sea cual sea el misterio que ha dado lugar a la existencia del hombre y del universo, es un misterio no-humano y tiene sus propios y grandes fines, de manera que el hombre no es el criterio aplicable. Más valía dejarlo todo a merced del vasto y creador misterio no-humano. Más valía luchar con uno mismo y no con el universo.

«Dios no puede prescindir del hombre.» Esto había dicho un gran maestro francés de la religión. Pero era una falsedad. Dios puede prescindir del hombre. Dios pudo prescindir del ictiosaurio y del mastodonte. Esos monstruos no consiguieron desarrollarse creadoramente, por lo que Dios, el misterio creador, prescindió de ellos. De la misma manera, el misterio podía prescindir del hombre, cambiar y desarrollarse creadoramente. El eterno misterio creador podía prescindir del hombre y sustituirlo por otro ser creado, mejor. Igual que el caballo ha sustituido al mastodonte.

Pensar esto consolaba a Birkin. Si la humanidad penetraba en un callejón sin salida y con ello daba fin a su existencia, el misterio creador intemporal crearía algún otro ser superior, más maravilloso, una raza nueva y más bella que encarnaría la creación. El juego jamás terminaría. El misterio de la creación era insondable, infalible, inagotable, incesante. Las razas aparecían y desaparecían, las especies se extinguían, pero siempre surgían especies nuevas, más bellas o igualmente bellas, siempre en creciente maravilla. La fuente era incorruptible e inhallable. Carecía de límites. De ella podían surgir milagros, razas absolutamente nuevas, especies jamás vistas, nuevas formas corporales, nuevas unidades del ser. Ser hombre no era nada en comparación con las posibilidades del misterio creador. La perfección, la indecible satisfacción consistía en que fuera el misterio lo que directamente impulsara el propio pulso. Ser humano o inhumano carecía de toda importancia. El pulso perfecto latía al unísono con el ser indescriptible, con las milagrosas especies por nacer.

Birkin regresó a casa, al lado de Gerald. Entró en el cuarto y se sentó en la cama. ¡Muerto, muerto y frío!

Imperial Caesar dead, and turned to clay

Would stop a hole to keep the wind away.

No hubo respuesta de aquello que había sido Gerald. Era sustancia extraña, congelada, helada. Nada, Nada.

Terriblemente fatigado, Birkin se dedicó a los asuntos que aquel día debía resolver. Lo hizo todo serenamente, con tranquilidad. Gritar, llorar, comportarse trágicamente no servía de nada. Ya era tarde. Más valía comportarse con discreción, y vivir con plenitud, paciente el alma.

Pero aquella noche, cuando Birkin, obedeciendo el mandato del corazón, volvió al lado de Gerald para contemplarle allí, entre los cirios, sintió que el corazón se le contraía bruscamente; poco faltó para que la vela que llevaba en la mano se le cayera al suelo, y, emitiendo un extraño gemido, sintió que las lágrimas saltaban de sus ojos. Birkin se sentó en una silla, súbitamente estremecido. Úrsula, que le había seguido, se apartó horrorizada de él, al verle sentado con la cabeza hundida entre los hombros, el cuerpo estremecido por convulsiones, y produciendo aquel extraño y horrible sonido de llanto.

Para sí, Birkin gritaba: «¡No hubiera debido ocurrir! ¡No hubiera debido ocurrir!». Úrsula sólo pudo pensar en las palabras del Kaiser: «Ich habe es nicht gewollt». Miraba a Birkin casi con horror.

De repente, Birkin quedó en silencio. Pero siguió con la cabeza inclinada hacia delante para ocultar la cara. Después, furtivamente, se secó la cara con los dedos. Bruscamente levantó la cabeza y miró a Úrsula, con ojos tenebrosos, casi vengativos. Dijo:

—Hubiera debido amarme. Se lo ofrecí.

Atemorizada, blanca la cara, torpes los labios, Úrsula dijo:

—¡De nada hubiera servido!

—Sí, hubiera servido.

Birkin se olvidó de Úrsula y volvió a fijar la vista en Gerald. Con la cabeza extrañamente levantada, como el hombre que echa la cabeza atrás ante un insulto, casi altaneramente, contempló la cara fría, muda y material. Tenía un matiz azulenco. Lanzaba un chorro de hielo que atravesaba el corazón de Birkin, vivo. ¡Fría, muda, material! Recordó que Gerald había oprimido su mano en un cálido y decisivo apretón de amor definitivo. La había oprimido durante un segundo, y luego la había soltado, la había soltado para siempre. Si Gerald hubiera sido fiel a aquel apretón, la muerte hubiese carecido de importancia. Quienes mueren, y, al morir, pueden aún amar, pueden aún tener fe, no mueren. Siguen viviendo en el ser amado. Gerald hubiera podido vivir todavía, en el espíritu, con Birkin, incluso después de la muerte. Hubiera podido vivir, con su amigo, otra vida.

Pero estaba muerto, como la arcilla, como el hielo corruptible. Birkin miró

los pálidos dedos, la masa inerte. Recordó aquel caballo semental muerto que había visto: una muerta masa de macho, una masa repugnante. También recordó la hermosa cara de un ser al que había amado, y que había muerto conservando la fe en el ceder ante el misterio. Aquella cara muerta era hermosa, y nadie hubiera podido calificarla de fría, muda, material. Nadie podía recordar aquella cara sin adquirir fe en el misterio, sin que una nueva y profunda confianza en la vida calentara el alma.

¡Y Gerald! ¡Aquel negador! Gerald dejaba el corazón frío, helado, apenas capaz de seguir latiendo. El padre de Gerald adquirió una expresión melancólica que partía el corazón, pero no adquirió aquel terrible aspecto de fría y muda Materia. Birkin miraba y miraba a Gerald.

Úrsula se mantuvo a un lado, observando cómo el hombre vivo miraba la cara helada del hombre muerto. Ambos rostros estaban impassibles e incapaces de conmovier. Las llamas de los cirios bailaban en el aire helado, en el intenso silencio.

Úrsula dijo:

—¿No le has mirado ya bastante?

Birkin se levantó y dijo:

—Para mí es muy amargo.

—¿Qué? ¿Que haya muerto?

Birkin miró a Úrsula a los ojos y no contestó. Úrsula dijo:

—Me tienes a mí.

Birkin sonrió y la besó. Dijo:

—Si muero, te darás cuenta de que no te dejo.

—¿Y si muero yo?

—Tampoco me dejarás. No habrá, para nosotros, desesperación en la muerte.

Úrsula le cogió la mano y dijo:

—Pero ¿la muerte de Gerald significa desesperación para ti?

—Sí.

Se fueron. El cuerpo de Gerald fue trasladado a Inglaterra, donde sería enterrado. Birkin y Úrsula acompañaron al cadáver, juntamente con un hermano de Gerald. Fueron los hermanos y hermanas Crich quienes insistieron en que el entierro se efectuara en Inglaterra. Birkin hubiera querido que el cadáver de Gerald quedara en los Alpes, cerca de la nieve. Pero los familiares

insistieron estridentemente en imponer su voluntad.

Gudrun fue a Dresde. No escribió dando noticias de su vida allí. Úrsula pasó una semana o dos con Birkin, en el molino. Los dos hablaron muy poco.

Una noche, Úrsula preguntó a Birkin:

—¿Necesitabas a Gerald?

—Sí.

—¿Yo no te basto?

—No. Me bastas en cuanto puede bastar una mujer. Para mí, representas a todas las mujeres. Pero necesito un amigo, un amigo que sea tan eterno como somos eternos tú y yo.

—¿Y por qué no te basto? A mí, tú me bastas. No necesito a nadie más. ¿Por qué no te ocurre lo mismo?

—Teniéndote, puedo vivir toda mi vida sin nadie más, sin otra verdadera intimidad. Pero, para tener una vida de logro completo, para ser realmente feliz, necesitaba también la unión eterna con un hombre, necesitaba un amor de otra clase.

—No te creo. Es una obstinación, una teoría, una perversión.

—En fin...

—No puedes tener dos clases de amor. ¿Por qué has de tenerlas?

—Parece que no. Sin embargo, eso era lo que quería.

Úrsula dijo:

—No puedes tenerlas porque es una falsedad, es imposible.

Birkin repuso:

—No lo creo así.